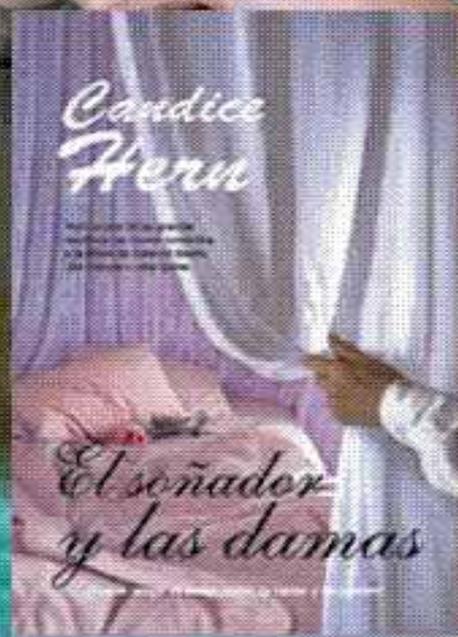
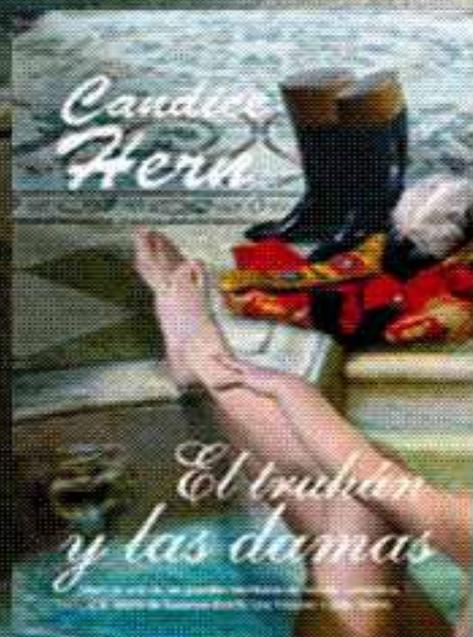


Trilogía Las Damas

Candice
Hern

Incluye



Hern es una de las grandes escritoras de novela romántica, a la altura de Suzanne Enoch, Lisa Kleypas o Julia Quinn.

Índice

El soñador y las damas

Portada

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

El truhán y las damas

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

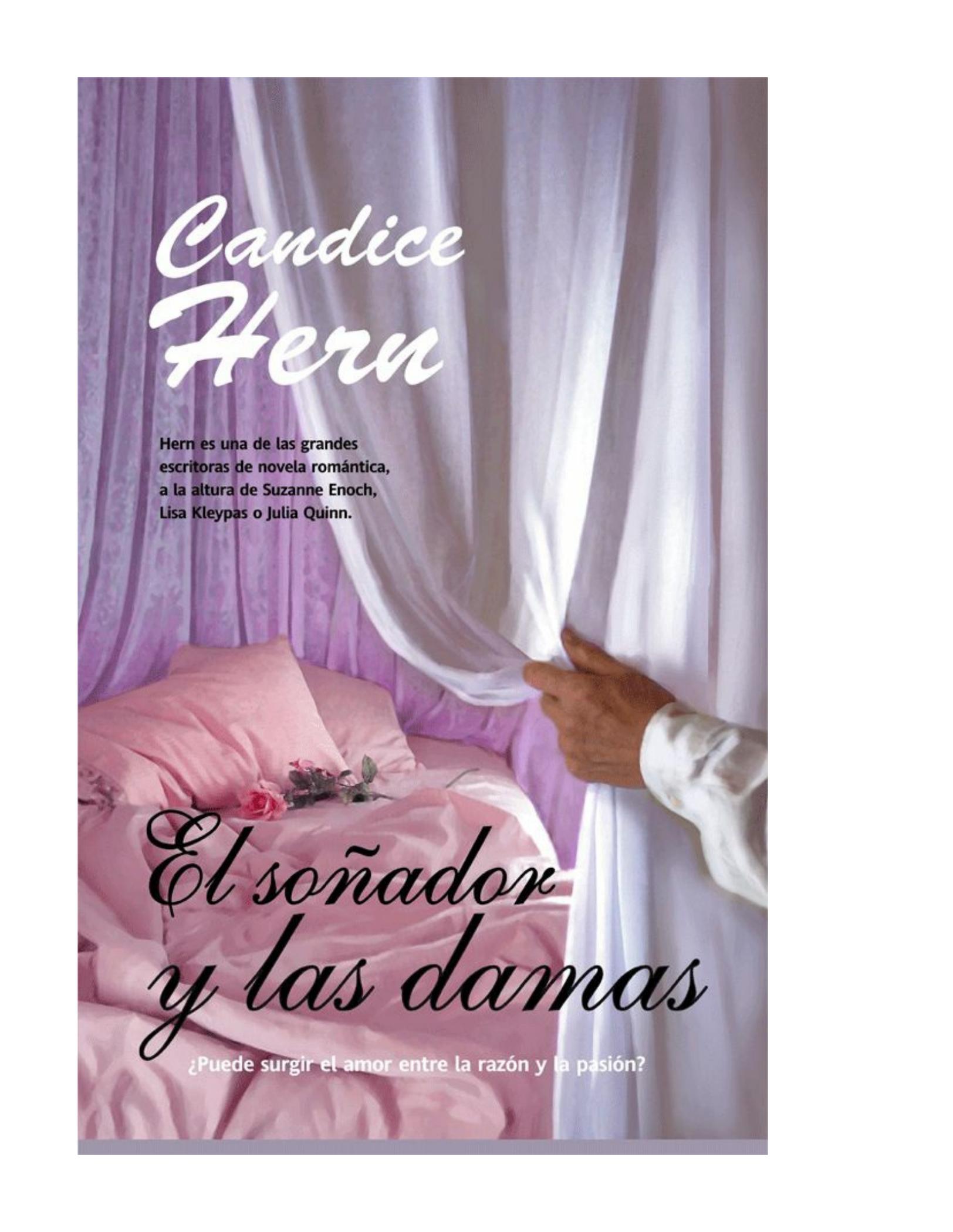
Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Nota de la autora

El caballero y las damas

Portada
Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19



Candice Fern

Hern es una de las grandes escritoras de novela romántica, a la altura de Suzanne Enoch, Lisa Kleypas o Julia Quinn.

El soñador y las damas

¿Puede surgir el amor entre la razón y la pasión?

El soñador y las damas

Candice Hern

Traducción de David Luque Cantos



PANDORA

Libros publicados de Candice Hern

LAS VIUDAS ALEGRES

1. En la pasión de la noche
2. Tan solo una aventura
3. Déjate llevar

Título original: *Once a Dreamer*

© Candice Hern, 2003

Ilustración de portada: © Judy York, via Agentur Schlück GmbH

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español: © 2014, La Factoría de Ideas.C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500. Arganda del Rey. Madrid.
Teléfono: 91870 45 85.

www.lafactoriadeideas.es

informacion@lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-749-4

Epub realizado por La Factoría de Ideas Servicios editoriales
(servicioseditoriales@lafactoriadeideas.es)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Greg, por, literalmente, apoyarme en esta tarea y aportar muchas ideas a esta historia; la mejor, que la Entrometida fuera un hombre.

Prólogo



Londres, mayo 1801

—¡Pero yo lo amo!

A Eleanor Tennant le hubiera gustado zarandear por los hombros a su sobrina, sin embargo se limitó a proferir un teatral suspiro de frustración. Estaba cansada de aquella discusión, que de una manera u otra se llevaba repitiendo docenas de veces a lo largo de la última semana. Trató de controlar su impaciencia con el fin de proporcionarle a la chica una guía madura y sensata.

—Belinda, querida mía, apenas conoces a ese hombre. Es tu primera temporada en la ciudad y Barkwith es el primer caballero que flirtea contigo. No malinterpretes sus intenciones.

—No flirtea conmigo —dijo Belinda al tiempo que taconeaba en el suelo con su delicado piecillo de una manera no muy propia de una dama—. Me ama.

Eleanor gruñó y echó mano de la tetera.

—Supongo que eso es lo que él te dice.

—Una y otra vez —la desafió Belinda con la barbilla alzada y altiva—. Cien veces. Mil.

Era peor de lo que sospechaba. Belinda siempre había sido una jovencita terca y obstinada, sin embargo, de entre todas las posibles dificultades que se hubieran podido presentar, aquella era la que Eleanor habría preferido evitar. Su sobrina era demasiado inocente para entender el peligro de alentar las atenciones de un hombre como Geoffrey Barkwith, un seductor con reputación de disoluto y una clara inclinación hacia el juego. Era un hijo menor sin fortuna propia y todo el mundo sabía que estaba a dos velas. Un hombre así no podía tener un verdadero interés en una chica como Belinda. A pesar de ser sorprendentemente bella, Belinda no poseía una atractiva fortuna que pudiera tentar a alguien que claramente tenía necesidad de ella. Su padre, el hermano de Eleanor, era un capitán de la marina que llevaba en alta mar casi tres años. El dinero que enviaba de vez en cuando servía para mantener la casa y poco más. Belinda no era una heredera.

De hecho, el deseo de Eleanor era arreglar para su sobrina un matrimonio

respetable con un hombre con recursos. La belleza de la chica y su vívida personalidad inclinarían la balanza a su favor, a pesar de la insuficiente dote.

Eleanor dio un largo y reparador sorbo a su té.

—¿Y qué sucede con el señor Pendleton? —preguntó—. Prácticamente vive en nuestro umbral con la esperanza de que repares en él. ¿No crees que deberías darle una oportunidad? Quizás a otros caballeros también. La temporada no ha hecho más que empezar.

—Por Dios, al señor Pendleton solo lo animas tú, tía Ellie. No le he dado ningún motivo para que espere nada de mí. Además, es un caballero mortalmente aburrido.

Qué chica más desagradecida. Eleanor se había esforzado para organizar la presentación del honorable Charles Pendleton, heredero de un vizcondado y propietario por derecho propio de una fortuna considerable. Por si fuera poco, era un hombre sensato y con los pies en la tierra, todo lo contrario que la excitable y volátil Belinda. Era perfecto, absolutamente perfecto. Qué golpe de efecto supondría para Eleanor anunciar a su hermano un compromiso tan beneficioso.

—Para serte sincera, querida, no creo que hayas considerado con detenimiento al señor Pendleton —insistió Eleanor—. Creo que si te permitieras conocerlo un poco mejor verías qué buen...

—No quiero al señor Pendleton. Estoy enamorada de Geoffrey.

Esta niña obstinada iba a acabar con ella. ¿Cómo podía hacerla comprender? Conocía de sobra a los hombres como Geoffrey Barkwith. Solo querían una cosa de una preciosa chica sin fortuna, y no era el matrimonio.

—Por favor, trata por una vez de ser sensata, Belinda. Necesitas un marido que pueda mantenerte, que te pueda garantizar una vida segura. El señor Pendleton es...

—Un viejo arrugado que tiene la suerte de tener unos bolsillos amplios. No me importa su fortuna, tía Ellie. Ni él tampoco. Quiero a Geoffrey, no a otro.

—Se sentó en el sofá, junto a Eleanor, y la miró de la manera condescendiente y petulante de los jóvenes que creen a sus mayores demasiado anticuados para entender cualquier cosa importante. Aunque Eleanor solo tenía veintinueve años, estaba segura de que Belinda la consideraba una rígida señora de mediana edad.

—Sé que solo quieres lo mejor para mí —dijo Belinda—, que quieres

acomodarme en una situación quizás mejor que la tuya propia. Lo entiendo, de verdad. —Su voz había adoptado un tono dulce e indulgente que crispó a Eleanor—. Pero tú debes entender que el amor que nos une a mí y a Geoffrey es algo más que una mera atracción. Está refinado por la delicadeza, exaltado por la pureza del corazón y la dignidad de la mente. Ha vertido votos de constancia y afecto ineludible en el seno de mi corazón, y mis propios afectos se elevan con la bendición de ese deleite recíproco. Disponiendo de tal amor, una mínima competencia económica sería suficiente para subsistir.

—Cielo santo, ¿de dónde has sacado ese lenguaje tan barroco, pomposo y de tantas pretensiones? ¿Qué has estado leyendo? Oh, no me lo digas, esa espantosa revista otra vez, ¿verdad?

—No es espantosa. El Gabinete de las Damas de Moda es una buena publicación con excelentes artículos. —Bajó la vista a su regazo y se concentró en alisarse la falda—. Me tomé la libertad de escribir una carta, anónima por supuesto, a la...

—Oh, no. Por favor, dime que no has escrito a esa mujer monstruosa.

—Le mandé una carta a la Entrometida y le presenté mi caso.

—¡Belinda! ¿Cómo has podido? —Eleanor soltó la taza de té con tal fuerza en el plato que fue un milagro que este no se rompiera en mil pedazos. Le pidió al Señor que le diera fuerzas para no asesinar a la única hija de su hermano—. ¡La Entrometida! Nunca tuvo una mujer un nombre tan apropiado. No puedo creer que prestes la menor atención a lo que esa vieja indiscreta y sentimental tenga que decir. ¿De verdad le has escrito? Dios santo, niña, pensaba que eras más sensata. Supongo que ahora vas a decirme que ha publicado tu carta para que la vea todo el mundo.

—Sí, lo ha hecho, y creo que deberías leer su respuesta, tía Ellie. Es una mujer muy sabia, ya lo sabes.

Belinda sacó la pequeña revista de detrás del cojín donde la había escondido y se la ofreció, como si fuera el mismísimo Santo Grial. Eleanor la cogió y comenzó a pasar bruscamente las páginas, repletas de ensayos, críticas de libros, consejos de moda y poesías, hasta que encontró el temido artículo.

LA ENTROMETIDA

LA CARTA QUE RECLAMA AHORA MI ATENCIÓN PROCEDE DE UNA JOVEN CUYO CASO, O ESO CREO, NO ES NI MUCHO MENOS SINGULAR, SINO QUE POR EL

CONTRARIO ES UNA CLARA REPRESENTACIÓN DE UN EQUIVOCADO CONCEPTO ADOPTADO POR LOS GUARDIANES DE LAS BUENAS MANERAS QUE SE ENCARGAN DE PRESENTAR A LAS JOVENCITAS EN SOCIEDAD. ME ENTROMETO DESCARADAMENTE EN ESTA SITUACIÓN CON LA ESPERANZA DE ANIMAR A OTROS PADRES O GUARDIANES SOBREPROTECTORES PARA QUE AFLOJEN UN POCO LA CUERDA EN ASUNTOS DE TALES CONSECUENCIAS PARA LA FELICIDAD DE LAS personas a su cargo. He aquí la carta:

Señora,

Me tomo la libertad de hablarle de un asunto de vital importancia y solicitar de su experiencia y buena naturaleza un consejo que me prevenga de un destino tan fatal que no puede ser descrito. Mis afectos se han visto atrapados por un maravilloso caballero. Él representa todo lo que desearía en un compañero para toda la vida: es amable, cariñoso, guapo, encantador, considerado, honorable y sincero. Se queda a poco de la perfección y con el corazón en la mano puedo decir que soy la más afortunada de las mujeres al saber que siente un afecto por mí tan profundo como el que yo siento por él. Mi felicidad sería completa si pudiera llegar a ser su esposa.

Por desgracia, la persona que ejerce como mi guardiana, mi tía, no percibe las excelentes cualidades de este buen caballero. En lugar de eso, se halla cegada por antiguos rumores e insinuaciones y tristemente influenciada por su carencia de fortuna. Desde luego no es un indigente, sus modestos ingresos serían suficientes para mantenernos a ambos. Mi querida tía, sin embargo, me anima a aceptar los acercamientos de un hombre de mayor riqueza y rango. Estoy naturalmente predispuesta a seguir los deseos de mi querida tía, quien en toda ocasión ha buscado con tanto empeño mi bienestar y mejor interés. Por el contrario, no puedo sentir otra cosa que no sea repugnancia ante la idea de casarme con un hombre hacia el que no siento ningún afecto, especialmente si el objeto de este es otra persona. Por favor, aconséjeme si debería ligarme a los deseos de mi tía y sacrificar mi felicidad futura, o bien si debería permitirme aceptar al caballero que posee mi corazón.

Señorita Dora Dolida.

ES MI FIRME CREENCIA QUE LA MUJER QUE UNE SU DESTINO AL DE UN HOMBRE

POR EL QUE NO SIENTE OTRA COSA QUE NO SEA INDIFERENCIA NO PUEDE ESPERAR ENCONTRAR NINGÚN GRADO DE DICHA EN SU MATRIMONIO. DONDE FALTA EL AFECTO Y LA ESTIMA MUTUA NO PUEDE MORAR LA FELICIDAD. PEOR AÚN, SI LOS AFECTOS DE LA MUJER HAN SIDO DEPOSITADOS EN OTRO HOMBRE, SE CREA UNA SITUACIÓN POTENCIALMENTE PELIGROSA. ESA CIRCUNSTANCIA ES POCO AGRADABLE E INJUSTA PARA AMBAS PARTES. MUCHOS BIENINTENCIONADOS GUARDIANES TIENEN TAL DETERMINACIÓN POR CASAR BIEN A LAS PERSONAS A SU CARGO QUE A VECES SE PERMITEN CONVENIR UN MATRIMONIO INFELIZ. LA FORTUNA PUEDE APORTAR LOS MEDIOS PARA LOS PLACERES MATERIALES PERO NO PUEDE BRINDAR CONSUELO A LAS HERIDAS DE UN CORAZÓN ROTO. ADEMÁS, LA FALTA DE RIQUEZA NO ES MENOSCABO PARA LA FELICIDAD. SI EL AMOR DE LA SEÑORITA DOLIDA POR EL CABALLERO QUE POSEE SU CORAZÓN SE BASA EN ALGO MÁS QUE UNA MERA ATRACCIÓN, ESTÁ REFINADO POR LA DELICADEZA, EXALTADO POR LA PUREZA DEL CORAZÓN Y LA DIGNIDAD DE LA MENTE, UNA MÍNIMA COMPETENCIA ECONÓMICA SERÁ SUFICIENTE PARA SUBSISTIR. ES DE ESPERAR QUE SU ESTIMADA TÍA MODIFIQUE su pensamiento para favorecer una unión verdadera, por encima de la LLAMADA DEL DINERO Y LA POSICIÓN, Y ANIMARÁ A LA SEÑORITA DOLIDA A seguir los deseos de su corazón.

Al levantar la vista del papel, Eleanor se encontró con la mirada triunfal de Belinda.

—¿Lo ves? —dijo Belinda—. Está de acuerdo conmigo respecto a Geoffrey. Dice que debería obedecer a mi corazón.

Los dientes de Eleanor estaban tan apretados que apenas podía hablar.

—Y supongo que pretendes seguir su consejo.

—Por supuesto.

—Por supuesto. —Y Eleanor pretendía encontrar a la Entrometida y retorcerle su cuello de metomentodo.



«Una dama nunca debe rendir voluntariamente su vida a un caballero, por muy generoso, agradable y honorable que sea, si no está en su mano concederle sentimientos amorosos, no solo de gratitud y estima.»

—La Entrometida

—La señorita Eleanor Tennant viene a visitar a lady Westover.

El mayordomo estudió durante unos momentos la tarjeta de Eleanor.

—Lo siento, pero su señoría no está en casa.

Eleanor, irritada por el tiempo que le había llevado seguir el rastro de aquella desgraciada, no iba a rendirse tan fácilmente. Aquel tipo desvergonzado no había hecho ni el amago de comprobar si su patrona la recibiría. Con solo echar una mirada a la tarjeta había tomado la decisión por su cuenta.

Un estúpido sirviente. No sabía con quién estaba tratando.

Eleanor lo empujó hacia un lado y entró en el vestíbulo.

—Entonces esperaré.

El mayordomo, cogido por sorpresa ante su temeridad, no tuvo tiempo de impedirle el paso.

—Señora —dijo en un tono del que se desprendía un gélido desdén—. Me temo que su señoría está de viaje. Por supuesto, me encargaré de que reciba su tarjeta cuando regrese.

Impasible, Eleanor se mantuvo firme y miró al hombre con un temple de acero. No iba a darle largas porque a su señoría no le apeteciera recibir a nadie. Esta no era una entrevista social.

—Es muy importante que hable con lady Westover. Hoy, ahora. Por favor, muéstreme dónde puedo esperarla, luego infórmela de inmediato de que estoy aquí. Puede asegurarme que no me iré hasta que no hable con ella.

El mayordomo parecía estar a punto de sufrir una apoplejía, no obstante se las arregló como pudo para conservar la dignidad al tiempo que conducía a Eleanor a un pequeño salón junto a la entrada.

—Por favor, espere aquí —le pidió, y abandonó la sala a una velocidad exagerada para un hombre de su edad.

Se imaginaba que la espera sería larga si lady Westover no estaba vestida

aún. Eleanor se acomodó en un sillón orejero que parecía cómodo y se concentró en analizar el ambiente circundante. Le sorprendía haber encontrado a la Entrometida (esa odiosa repartidora de consejos irresponsables) en una de las mejores casas de Mayfair. Esta preciosa mansión en Portman Square era muy diferente al modesto hogar que ella compartía con su sobrina en Charlotte Street.

La habitación, no obstante, era pequeña y no especialmente elegante. Sin duda se utilizaba para las visitas menos importantes, indignas de las grandes salas cuya existencia sugerían las majestuosas escaleras que ascendían más allá de las columnas arqueadas del imponente vestíbulo. Eleanor se sentía molesta por tener que esperar en una sala tan minúscula, como si fuera una mera visitante de comercio, pero no podía echarle la culpa al mayordomo por hacer su labor. En realidad no era un lugar incómodo, de hecho era solo un poco más pequeño que su propio salón de Charlotte Street. Sospechaba que el salón principal era más grande que su casa entera, pero era poco probable que lo comprobara jamás. Se dedicó a examinar el entorno para hacerse una idea de cómo era la señora de la casa.

Ensayó mentalmente las palabras que le diría en cuanto pusiera un pie en la sala. Si bien quizás debería ir directa al grano y golpear a esta mujer idiota en la cabeza con su parasol.

Cuando reclutó a su prima Constance para que la ayudara a averiguar la identidad de la Entrometida, ambas se quedaron sorprendidas al descubrir que el rastro conducía directamente a lady Albinia Westover. Primero preguntaron en la editorial donde se imprimía El Gabinete de las Damas de Moda, pero nadie pudo darles ni siquiera una pista del nombre real de la Entrometida. El impresor mismo aseguraba no saberlo, aunque Eleanor no lo creyó y regresó a la imprenta durante varios días antes de convencerse de que el hombre nunca iba a darle la información que le pedía.

A Constance se le ocurrió la idea de enviar a la Entrometida, a través del impresor, un paquete con un envoltorio muy característico. Después de hacerlo vigilarían el edificio para ver si alguien acudía a recogerlo, y eso precisamente fue lo que sucedió. Sin embargo, la Entrometida no era tonta y se tomó muchas molestias para ocultar su identidad. Siguieron al correo que salió del edificio con el paquete de Eleanor para dárselo a otro hombre.

Escondidas tras las cortinas del elegante carruaje de Constance, las dos mujeres vieron que el paquete iba pasando de mano en mano en una desconcertante ruta zigzagueante que les llevó de una parte de la ciudad a la opuesta, desde St. James's y el West End, pasando por Westminster, hasta llegar finalmente a Mayfair. Cuando el último correo descendió los escalones de la puerta de servicio de la casa en Portman Square, la prima de Eleanor reconoció la residencia y a su propietaria.

Constance se había casado bien y formaba parte de un círculo social elevado e inaccesible para Eleanor. Conoció a lady Westover en una ocasión pero no tenía una relación estrecha con ella. Estaba casada con sir Harold Westover, un expresivo tory del Parlamento, famoso por sus densas arengas antirreforma y la propuesta de varias leyes conservadoras. Constance admitió que consideraba a lady Westover algo cabeza hueca, aunque, como era su deber, apoyaba a su marido en las causas que defendía. La mera idea de que su identidad secreta fuera la de la Entrometida provocó que Constance se desternillara de risa dentro del carruaje desde el que observaban la casa.

A Eleanor le habría gustado que su prima la hubiera acompañado a esta difícil entrevista, ya que ella al menos contaba con la excusa de conocer a la dama. No obstante, no se podía confiar en que Constance se tomara el asunto en serio. No serviría al propósito de Eleanor que su prima prorrumpiera en carcajadas nada más ver a lady Westover.

Por lo tanto, Eleanor se preparó para la batalla en solitario.

Mientras esperaba miró a su alrededor y se fijó en el mobiliario, caro aunque de alguna manera pasado de moda. Se preguntó si las otras salas públicas estarían más al tanto de las tendencias que esa. No había ninguna esfinge o cabeza dorada de cocodrilo a la vista, a pesar de que Constance había descrito a lady Westover como una mujer muy preocupada por el estilo. ¿Qué clase de mujer entraría por esa puerta? A Eleanor le costaba relacionar en su mente la imagen de una mujer a la moda, insípida y entregada esposa de un político conservador, con la prosa florida y el romanticismo exacerbado de la Entrometida.

Esperaba, no obstante, que la contradicción inclinara la balanza a su favor. Lo más probable es que la mujer del político no quisiera que su embarazosa identidad secreta fuera revelada, especialmente a su recto marido. Eleanor estaba algo más que dispuesta a usar sus dotes de persuasión e incluso el chantaje para conseguir lo que quería. De hecho, y se avergonzaba al

pensarlo, estaba ansiosa por hacerlo.

Haría uso de zalamerías, coacciones e, incluso, amenazas si era necesario, para forzar a la mujer a encararse con la sobrina de Eleanor, Belinda, y retractarse de su poco madurado consejo. En resumidas cuentas, obligaría a la Entrometida a enfrentarse a los peligros potenciales de sus caprichosas recomendaciones.

Eleanor quería que lady Westover se retorciera de la vergüenza.

Sonrió con suficiencia al conjurar esa imagen en su cabeza, justo en el momento en el que la puerta del salón se abrió.

No era la Entrometida.

Un hombre estaba de pie en el umbral, mirándola con la cabeza ladeada en un ángulo interrogante. Iba demasiado bien vestido para ser un sirviente, rondaba su propia edad, era alto, algo delgado, con una espesa cabellera rojiza y los ojos de un color azul brillante. La intensa pero ilegible expresión de aquellos ojos la dejó desconcertada.

El hombre entró en la habitación.

—Soy Simon Westover. Tengo entendido que desea hablar con mi madre.

La extraña sonrisa se desdibujó del rostro de la mujer, que se levantó de la silla. A Simon le alegró que dejara de sonreír. Estaba demasiado guapa cuando lo hacía. Siempre se ponía nervioso cuando tenía cerca a una mujer bonita.

Lo miraba directamente a los ojos, sin remilgos. Advirtió que los suyos eran verdes, encendidos por alguna clase de emoción; no estaba seguro de si era rabia, desafío o determinación.

—Sí —dijo—. Deseo hablar con lady Westover, si me lo permite. Es un asunto muy importante.

—Lo siento. —Miró la tarjeta que le había dado Felton—. Señora Tennant, mi madre está visitando a unos amigos en Richmond y estará fuera de casa varios días. Pero, si me lo permite, será un honor transmitirle el mensaje que tenga para ella.

—¡Oh, qué contrariedad! —La señorita Tennant golpeó el aire con el puño y comenzó a dar vueltas por la habitación murmurando para sí. Simon la miraba fascinado mientras las faldas de muselina silbaban alrededor de sus esbeltos tobillos. Parecía haberse olvidado completamente su presencia. Estaba seriamente molesta por algo. ¿Qué demonios había hecho su madre

para encenderla de ese modo? Solo captó varias palabras del monólogo que murmuraba entre dientes.

—Cansina... demasiado tarde... tenía que haberlo supuesto... odiosa Entrometida.

—¿Qué? —Esas últimas palabras le hicieron sentir un escalofrío por la espalda. Seguro que no había oído correctamente—. ¿Ha... ha dicho...?

Dejó de dar paseos y se dio la vuelta para mirarlo. Entrecerró los ojos y de repente los abrió de par en par, como si la hubiera golpeado una súbita revelación. Su boca se torció en una especie de mueca.

—He dicho —y cada palabra fue vocalizada claramente con deliberada precisión— que el diablo se lleve a esa odiosa Entrometida.

—Oh, Dios santo. —Simon se sintió indispuerto de repente. Quería sentarse en una silla pero la señora Tennant estaba de pie, así que él debía permanecer del mismo modo. Al menos, se las arregló como pudo para acercarse a la chimenea, donde se apoyó en el estante situado sobre ella dándole la espalda a la señora.

¿Estaba llegando a conclusiones precipitadas? Era un término muy común. No tenía que referirse necesariamente a la columna de consejos de El Gabinete de las Damas de Moda. Pero no. En su mirada se leía la verdad.

—Lo sabe —dijo.

—Sí, lo sé. Por eso estoy aquí. Tengo una cuenta que saldar con la Entrometida.

Oh, Dios. La confirmación le sentó como una bofetada. Simon giró su cabeza palpitante para mirarla por encima de hombro. Deseó con todas sus fuerzas que se sentara, en lugar de estar allí de pie apuntándolo con la barbilla y despidiendo fuego verde por los ojos.

—¿Cómo... cómo lo ha averiguado? —Su voz surgió aguda y atragantada, revelando sin duda la desdicha y aprensión que sentía en ese momento. Ella se rió sin ganas.

—Estoy segura de que le gustaría saberlo. Confieso que no fue fácil. La rabia impulsó mi determinación. No iba a rendirme hasta encontrar a la Entrometida. Y la he encontrado, ¿verdad?

Simon escondió su rostro de ella.

—Sí.

—Y supongo que a usted o su madre no les gustaría que se supiera la verdad.

—No. No, por supuesto que no. —Malditos fueran los infiernos. ¿Qué iba a

hacer? No podía permitirle que lo arruinara todo. Tenía que detenerla. ¿Cómo? ¿Qué es lo que quería?

—¿Lo sabe su padre?

La cabeza de Simon dio un respingo.

—Cielos, no. —Hizo un esfuerzo por recuperar la compostura y disimular el pánico que había comenzado a oprimirle la garganta—. Señora Tennant, por favor. Le suplico que tome asiento y me explique qué quiere.

Gracias a Dios hizo lo que le pidió. Regresó al sillón que ocupaba cuando Simon entró en la habitación. Se tomó un tiempo excesivo en acomodarse y arreglarse las faldas antes de que Simon se sentara en el sofá frente a ella. Si la ansiedad no se hubiera enredado en su pecho como una tira de cuero, Simon habría disfrutado de la imagen; el terciopelo verde, la muselina blanca y las mejillas encendidas contra el brocado rojo del gran sillón orejero. Siempre fue susceptible a los rostros bellos. Sin embargo, ese no era el momento de rendirse a su libido. Ella no estaba allí para que él la admirara. Portaba una noticia que nunca esperó escuchar.

La Entrometida había sido desenmascarada.

La señora Tennant lo atravesó con su inquebrantable mirada, sus ojos verdes brillaban triunfales. Lo tenía contra las cuerdas y era consciente de ello.

—Bien, señora Tennant —dijo sorprendido por la estabilidad de su propia voz—. Supongo que quiere algo a cambio de mantener la identidad de la Entrometida en secreto. ¿Qué exactamente?

—Una retractación.

¿Qué demonios? Alzó las cejas inquisitivamente.

—Quiero que la Entrometida se retracte de sus malos consejos antes de que sea demasiado tarde.

Ni dinero ni favores políticos. ¿Solo quería una retractación? ¿Podía ser más fácil?

—Me temo que no la entiendo. Quizás sea mejor que se explique.

—Se publicó una carta en El Gabinete de las Damas de Moda de una joven que preguntaba si debería permitir las aproximaciones de un hombre que su tía no aprobaba.

—Ah, sí. Supongo que se refiere a Dora Dolida.

—No se equivoca.

—Y asumo que es usted la afectuosa tía.

—Ciertamente lo soy.

—Tal como recuerdo, la señorita Dolida escribió con el corazón henchido de amor y se regocijaba de que sus tiernos sentimientos fueran correspondidos. ¿No es eso lo que todos buscamos, señora Tennant? ¿Experimentar el grado sumo de felicidad que se encuentra en el afecto recíproco? «Cuando dos almas se unen en simpatía, cada momento rebosa de una nueva alegría.» —Ella lo miró como si le hubieran brotado alas en la espalda. Quizás no era el momento adecuado para recitar unos versos—. Señora Tennant, siento que el consejo que recibió su sobrina no fuera de su agrado.

—¿De mi agrado? —La piel de la mandíbula se le arrugó de la rabia—. Fue algo más que eso, señor Westover. Fue poco inteligente, inapropiado, imprudente y posiblemente peligroso.

—¿Peligroso?

—El consejo de la Entrometida le dio a mi sobrina de diecisiete años alas para aceptar los avances de un hombre cuyas intenciones no incluyen el matrimonio. Yo considero eso peligroso, ¿usted no?

—Dios mío.

—Incluso dijo en la carta, aquí... —Mientras hablaba sacó una copia de El Gabinete de las Damas de Moda de su bolso y la abrió por una página con la esquina doblada—. Deje que se lo lea para que no haya lugar a malas interpretaciones, que su tía (es decir, yo) «se halla cegada por antiguos rumores e insinuaciones y tristemente influenciada por su falta de fortuna». El consejo escrito aquí ignora completamente el llamado rumor e insinuación y se concentra en la falta de fortuna. Aunque naturalmente tengo la esperanza de que Belinda se case bien, ya que no tiene una fortuna digna de remarcar, me preocupa mucho más el hecho de que haya caído en las redes de un sinvergüenza cuya única intención es arruinar su reputación. ¿No cree que habría sido inteligente averiguar, aunque fuera mínimamente, la causa del rumor y la insinuación?

—Lo siento mucho, señora Tennant, pero no veo cómo nadie podía haber sabido...

—Alguien con un poco de sentido común —dijo, al tiempo que azotaba con fuerza el brazo del sillón con la revista— habría tenido eso en cuenta; los rumores maliciosos han de ser investigados y aclarados antes de decirle a una chica que siga el deseo de su corazón. Ese ridículo consejo bien podría conducir a esta impresionable chiquilla a su deshonor.

El calor se expandió por las mejillas de Simon a causa del disgusto y se dio la vuelta en un intento vano por esconder su rubor, al tiempo que maldecía a todos sus antepasados de piel clara y pelo rojizo. Nunca había considerado los consejos de la Entrometida bajo ese prisma. La preocupación de la señora Tennant no estaba del todo exenta de razón.

—Espero que se equivoque, señora Tennant, y que sea capaz de ofrecerle a su sobrina un mejor consejo. Le aseguro que la respuesta a esa carta tenía una buena intención. Nunca se pretendió aprobar la clase de calamidad que usted teme.

—Y aun así la Entrometida ofrece constantemente ese tipo de consejos tontos que hablan de seguir al corazón. Muchas de sus lectoras son jovencitas llenas de ideales románticos, todas ellas suspirando por convertirse en la heroína de un tierno relato sentimental semejante a los que leen en El Gabinete de las Damas de Moda y otras revistas. Eso sin mencionar las novelas de la señora Radcliffe y similares. —Se levantó de su sillón y Simon sintió que estaba a punto de recibir una clase magistral. Él también se levantó y retornó a su lugar junto al estante. Esta vez no le dio la espalda.

Deseaba poder olvidar el enorme alcance de las consecuencias del desenmascaramiento de la Entrometida y el daño potencial que podría desencadenar su revelación. Deseó que aquella mujer se encontrara allí por un motivo distinto, para así poder echarse atrás en una silla y dedicarse simplemente a observarla. La encantadora señora Tennant se ponía excepcionalmente guapa cuando se enfadaba.

—Todas esas jóvenes —continuó— buscan al héroe de sus sueños, y nunca lo encontrarán en los hombres rectos y apropiados hacia los que sus padres o guardianes, que solo quieren lo mejor para ellas, desean orientar su atención. En lugar de ser sensatas, personas como la Entrometida las animan a percibir una grata impresión del primer hombre que responde a sus ideales de caballero atractivo y romántico.

»En el caso de mi sobrina Belinda, ese hombre tiene una reputación que infundiría terror en el corazón de cualquier concienzudo guardián. Es un jugador, un libertino disoluto y muy probablemente un aventurero. Se sabe que bordea el territorio de la morosidad y se encuentra en una situación de extrema necesidad de una heredera. Belinda no es una heredera, señor Westover. Se lo pregunto, ahora sin rodeos, ¿qué puede querer un hombre

como el que le he descrito de una preciosa joven sin fortuna?

Sin cuestionar que seguramente existía cierta validez para sus temores, Simon sospechaba que la mujer estaba reaccionando de forma exagerada. Pese a las historias de terror que utilizaban a menudo las madres para infundir miedo a sus hijas en el asunto de la tan traída y llevada incorrección, la mayoría de los caballeros de la alta sociedad no iban por ahí pervirtiendo a jóvenes inocentes. Los hombres con reputación de libertinos se centraban generalmente en viudas, matronas dispuestas y mujeres licenciosas. Siempre había una oveja negra, por supuesto, pero no era lo habitual. Todo era culpa de Richardson y su Clarissa. Las madres, tías y tutoras veían al villano Lovelace en todo hombre que se atreviera a coquetear con las jóvenes que tenían a su cargo.

—Espero de todo corazón que se equivoque —dijo Simon—. Nunca creí que resultara así cuando respondí a la carta de su sobrina.

La señora Tennant se quedó sin respiración.

—¿Qué ha dicho?

—Nunca quise hacer daño con mi respuesta. Yo solo...

—¿Me está diciendo que usted responde a esas cartas? ¿La Entrometida no es su madre?

—¿Mi madre? ¿Qué...? —Oh, Dios santo. Después de todo ella no conocía la verdad. Pensaba que su madre, precisamente su madre, escribía para la revista. Que Dios lo ayudara, ¿qué había hecho? ¿Por qué no se había limitado a sentarse tranquilamente a escuchar sin decir nada?

—Usted es la Entrometida. —Simon ahogó un gemido. Idiota. Si hubiera sido más paciente, le habría asegurado que su madre no era la Entrometida y el asunto se habría quedado ahí, sin revelar nada. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?—. ¿Es usted la Entrometida, señor Westover? —insistió. Ya no importaba. Sería ridículo negarlo ahora. Se le secó la boca, se veía incapaz de hablar. Respiró profundamente y asintió—. ¡Canalla!

La dama echó el brazo hacia atrás para coger impulso y le cruzó la cara de una fuerte bofetada.



«Un triste destino espera a aquellos que permiten a la ambición dirigir sus preferencias y a la avaricia mandar en sus corazones.»

—La Entrometida

La potencia del golpe lo impulsó hacia atrás. La miró sorprendido e incrédulo. Eleanor no sintió ni siquiera un poco de arrepentimiento —bueno, quizás un poquito sí— por la marca que le había dejado en la mejilla con la forma de su mano. ¿Cómo se atrevía la Entrometida a ser...?

—¡Un hombre! De verdad, no me lo creo. Ya resultaba suficientemente malo pensar que alguien de mi propio sexo fuera capaz de escribir semejante tontería, pero la mera idea de un hombre soltando esa ingenua monserga romántica y sentimental era casi imposible de creer.

Él se frotó la mejilla y continuó mostrándose profundamente confuso.

—¿No cree que un hombre pueda ser romántico? —Sintió que sus propias mejillas se encendían. No era eso a lo que se refería. Sabía bastante bien lo romántico que podía ser un hombre para llenar la cabeza de una chica de dulces mentiras—. El señor Coleridge o el señor Wordsworth bien podrían discutirle esa afirmación, pero quizás no ha leído usted las *Lyrical Ballads* — se defendió.

Eleanor alzó los ojos al techo en un mudo y exasperado suspiro. Tenía que haber supuesto que el hombre se refería al ideal de romance y no a la noción terrenal del flirteo y la seducción.

—No me refería a poesía romántica, aunque bien sabe Dios que a veces es terriblemente tonta. No, simplemente me sorprende que un hombre sea poseedor de tan frívola opinión y haga uso de un lenguaje tan florido como el de la Entrometida.

El hombre reaccionó al comentario con una mueca de disgusto. Si se tenían en cuenta los pájaros que anidaban en su cabeza, patentes en sus sentimentalismos de hace un rato, no debía de ser una sorpresa que el señor Westover hubiese escrito esos horribles consejos carentes de sentido común.

—¿Por qué le molesta tanto la idea de que la Entrometida sea un hombre?

Le sorprendió la pregunta. ¿De verdad estaba tan ciego y era tan estúpido?

—Bueno, para empezar se hace usted pasar por una mujer. Sus lectoras ciertamente creen que la Entrometida es una señora de cierta edad.

—Es algo frecuente, se lo aseguro —dijo—. Quizás le sorprenda saber que la mayoría de los contenidos de las revistas de mujeres están escritos por hombres. Asumimos seudónimos femeninos para que nuestras lectoras se sientan más cómodas. Como usted, otras señoras pueden no ser muy receptivas a la opinión de un hombre sobre la moda actual o a ciertos comentarios sobre las tareas domésticas.

—Pero usted no está dando a conocer los últimos diseños de París, ¿verdad? Está ofreciendo consejo a jovencitas...

—Y a veces a hombres jóvenes...

—Principalmente a jovencitas y a mujeres que requieren asesoramiento en asuntos del corazón.

Arqueó la ceja, inquisitivo.

—¿Y por qué no puede tener un hombre una opinión igual de válida en cuestiones tan importantes? Estamos igual de involucrados en ellas, ¿no es así?

Sus maneras eran serias pero sus ojos azules brillaron momentáneamente, distrayéndola de su propósito. ¿Ahora quién era la tonta? Sacudió la cabeza y rehusó tales distracciones.

—Quizás tenga razón. Dejemos de lado, de momento, el hecho de que toma una identidad falsa y engaña deliberadamente a sus lectoras. Considerando su consejo como algo singular, sigue siendo irresponsable y caprichoso.

—Me entristece que piense así. Como un fuerte defensor de la libre empresa del corazón no creo que sea mi labor ofrecer juicios sobre la dirección que este toma. Mi consejo a su sobrina fue simplemente que siguiera el deseo de su corazón, algo que creo que debería permitírse nos a todos. Dentro de los límites de la razón.

—Oh, pero nunca escribió eso de los límites de la razón en su respuesta, ¿verdad?

—Siempre les doy a mis lectoras el beneficio de la duda, señora Tennant.

—Tienta al destino con demasiada confianza, señor Westover. Muchas de sus lectoras, mi sobrina sin ir más lejos, siguen sus consejos al pie de la letra sin detenerse a valorarlos. La Entrometida les dice lo que quieren oír.

No las desafía a pensar, a analizar, a razonar. Les da permiso para hacer elecciones irreales e irracionales. No reparte sabiduría. Usted, con sus exquisitas sensiblerías, les ofrece una muleta donde apoyarse y las anima a ensimismarse en sus locuras románticas. Por eso precisamente estoy tan alterada por todo este asunto.

La boca del hombre se torció en una mueca. Eleanor pensó que varias de sus flechas habían dado en el blanco.

—Quizás subestima usted a su sobrina —aventuró—. Si el caballero en cuestión es tan poco apropiado como usted cree, y por esas razones que me dice, es probable que ella llegue a esas conclusiones por su cuenta en algún momento.

—Oh, estoy segura de que tal cosa sucederá. Sin embargo para entonces será demasiado tarde, ya la habrá deshonrado.

La miró dolido. Eleanor sospechaba que la razón no era que lamentara su consejo, sino que no creía lo que ella decía. No pensaba que Barkwith fuera a deshonrar a Belinda. Sin duda su estúpido ideal de romanticismo no permitía esa clase de comportamiento reprochable. Creía en el amor. Por supuesto, estaba bastante equivocado.

—Si simplemente hubiera añadido esas palabras, «dentro de los límites de la razón» —continuó—, me habría quedado algún margen de persuasión con Belinda. Tal como están las cosas, no tengo ninguno. Ha colocado a la Entrometida en un pedestal alto y adornado y no va a escuchar a nadie más.

—¿Entonces quiere una rectificación por mi parte? ¿Quiere que me retracte de mi consejo públicamente?

—Eso era lo que quería, sí. —Una sonrisa torció las comisuras de su boca—. No obstante, ahora la cosa se ha complicado.

—¿De qué forma?

—En que es usted un hombre, por supuesto.

—¿Qué cambia eso? —Su tono dejaba entrever su frustración.

—Lo convierte en un fraude. Me pregunto lo que pensarían sus lectoras si supieran que la Entrometida es un hombre. ¿Y su padre? ¿Qué pensaría él?

Se le quedó el aire atrapado en el pecho durante unos momentos.

—Deje a mi padre fuera de esto.

—No creo que pueda hacer tal cosa. Sir Harold Westover es bastante franco en su comportamiento político, ¿verdad? Si no me equivoco, apoya

con mucho ímpetu los ataques judiciales a las separaciones matrimoniales privadas. De hecho, ¿acaso no es el señor Westover el precursor de las leyes parlamentarias que quieren prohibir esa circunstancia? —Le debía un agradecimiento a Constance por proporcionarle tanta información sobre la familia Westover. Antes de ir en busca de la Entrometida, Eleanor jamás había oído hablar de Harold y Albinia Westover—. Dios mío —prosiguió—, me resulta desagradable pensar en el escándalo público que resultaría si se descubriera que su hijo se hace pasar por una mujer y proporciona consejo a los corazones confusos. Se me nubla la mente al pensarlo.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Teme que papá se entere de la verdad, ¿eh? ¿Tanto lo intimida? —Era una mujer muy malvada si estaba disfrutando de su desasosiego.

El color estaba regresando a su cara y los ojos azules le centelleaban de furia. El hombre tenía mérito. De alguien de su temperamento romántico habría esperado un colapso nervioso en una situación como aquella. Estaba incómodo, claro. De hecho, suponía que estaba furioso con ella y bastante ansioso. Sin embargo, aguantó con una especie de dignidad estoica antes de rendirse.

—¿Qué quiere de mí? —repitió.

—Le sugiero un intercambio de favores. Si usted hace algo por mí, le prometo no revelar públicamente su identidad secreta.

—¿Qué tengo que hacer?

—Está ansioso por guardar su pequeño secreto, ¿verdad? —Era casi embriagador saber que tenía su futuro entre las manos, y aun así no podía evitar burlarse de él.

No obstante, su mirada de ojos azules no se apartó de ella.

—Tengo mis razones para evitar ser asociado públicamente con la Entrometida y El Gabinete de las Damas de Moda —sentenció—. Por favor, acabe con este juego y dígame qué debo hacer para lograr su silencio.

Tenía razón. Era de mal gusto jugar más tiempo con ese hombre.

—Quiero que venga a Charlotte Street conmigo y admita ante Belinda que es usted la Entrometida y que cometió un error al darle ese consejo. Debe decirle que tras reconsiderarlo ha decidido que no puede apoyar su deseo de destruir su vida con el hombre equivocado.

—Pero yo...

—Si no accede a mi petición, me veré obligada a usar todos los medios a mi alcance para asegurarme de que Belinda y otras jovencitas

impresionables se lo piensen dos veces antes de pedirle consejo. Puede estar seguro de que no voy a perder el tiempo y publicaré la verdadera identidad de la Entrometida. Quizás en una revista rival como El Museo Mensual de las Damas. O, mejor aún, en La Revista del Caballero.

El señor Westover cerró los ojos y respiró profundamente. Eleanor advirtió que estaba realizando un esfuerzo para controlar su temperamento. Cuando volvió a abrirlos su mirada fue directa e impresionantemente intensa. Eleanor supuso que esa faceta mostrada por él en ese momento era la heredada de su indómito padre.

—¿Puede jurarme —dijo en un tono que revelaba la pugna interior por no perder el control— que solo su sobrina lo sabrá y que se puede confiar en que guarde silencio?

—Solo puedo hablar por mí, y tiene mi promesa. Si accede a mis términos, haré todo lo que esté en mi mano para conseguir el silencio de Belinda. Es una buena chica. Una vez que sepa la verdad, creo que se podrá confiar en ella. Entonces ¿estamos de acuerdo? ¿Vendrá conmigo a conocer a mi sobrina?

El trayecto hasta Charlotte Street no era largo, sin embargo, a esa hora el tráfico era denso y la marcha resultó lenta. Simon aprovechó el retraso para estudiar a la mujer que tenía sentada enfrente. La señorita Tennant era muy atractiva, a pesar de la mueca engreída que mostraba en ese momento. Parecía muy satisfecha de sí misma.

Su vestido blanco de muselina y la chaqueta spencer de terciopelo verde, a pesar de su delicado corte, no estaban a la última moda. Simon sabía más de esas cosas que la mayoría de los hombres debido a su vinculación con una revista para damas. En realidad le importaba poco la moda, generalmente lo único que le interesaba era si el vestido favorecía o no a la mujer.

Sin duda el traje de mañana de la señora Tennant era muy favorecedor. Llevaba un tocado de paja con el ala hacia arriba para revelar unos rizos color castaño oscuro que le caían sobre la frente y enmarcaban sus mejillas. En sus ojos se reflejaba el verde de su chaqueta y se preguntó si estos cambiaban de tono dependiendo de lo que llevara puesto. No obstante fue su boca la que lo cautivó definitivamente. El labio superior era más grueso

que el inferior y sobresalía ligeramente, succulento, maduro, dispuesto para ser besado.

Simon apartó la vista bruscamente. Esta no era la mujer ni el momento para dejarse llevar por tales fantasías. Ella tenía una parte importante de su vida en las manos, y si cometía el error de mostrar un interés inapropiado hacia ella podría incumplir su promesa y proclamar su secreto a los cuatro vientos.

Además, probablemente existiera un señor Tennant.

Era el momento de dedicar su mente a asuntos más pertinentes.

—¿Me permite preguntarle cómo consiguió seguir la pista de la Entrometida hasta la casa de los Westover? —quiso saber.

Ella sonrió fugazmente.

—¿Qué sucede, señor Westover? ¿Tiene miedo de que otros puedan desenmascararlo tan fácilmente como yo lo hice?

—Esa idea se me ha pasado por la cabeza, sí.

—Pese a que probablemente no debiera admitirlo, ya que prefiero verle sufrir por la aprensión, puede estar seguro de que no fue tarea fácil. El impresor guardó silencio, cerró la boca como una ostra guardando una preciada perla. —Gracias a Dios—. Fue mi prima, la señora Poole, quien concibió la idea de enviarle un paquete en particular a la Entrometida y seguir su itinerario.

—El que estaba envuelto con lazos rojos y azules. —Debió imaginar que algo iba mal cuando recibió ese extraño paquete completamente vacío, salvo por un viejo ejemplar de la revista. Maldita sea. Pensaba que se había protegido con una complicada serie de correos. Ella sonrió, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Si no hubiera tenido tal determinación en mi aventura, señor Westover, me habría rendido tras la segunda entrega. Tiene organizado un buen entramado. Debe de estar bastante desesperado por ocultar su asociación con la Entrometida.

Así era. Pero no había considerado que la tenaz señora Tennant se pudiera inmiscuir en el motivo por el que le daba tanta importancia a conservar ese anonimato.

—Hábleme de su sobrina y de su inapropiado pretendiente —le pidió, con la esperanza de llevar la conversación por otros derroteros—. Puede que sea de ayuda saber más de la situación si tengo que convencerla para que

ignore mi anterior consejo.

—Belinda es la hija de mi hermano, el capitán de la marina real Benjamin Chadwick. Ha estado en alta mar de manera intermitente durante toda la vida de la chica. Me convertí en su tutora cuando su madre murió, hace ya cinco años. He tenido que capitanear una pequeña nave, como diría Benjamin. Es una criatura muy obstinada, a menudo he lamentado que no tuviera cerca una figura paterna firme.

—¿Y su marido?

—Soy viuda, señor Westover.

Simon trató de mantener un gesto solemne, a pesar de que se sintió inapropiadamente alegre por la noticia. Ahora podía continuar admirando su boca sin remordimiento de conciencia. Quizás cuando regresara a casa intentaría escribir una oda a su labio superior.

—Belinda siempre ha sido un poco tozuda —continuó ella—. Es bastante bonita y está acostumbrada a que las cosas se hagan a su manera. Cuando su padre estuvo de acuerdo en costearle una temporada y la señora Poole convino en presentarla en niveles sociales más elevados, supe que su belleza atraería a muchos admiradores. Y muchos problemas. Mi prima ayudó a que varios jóvenes elegibles y perfectamente apropiados se fijaran en Belinda. No obstante, desde el momento en que puso los ojos en Geoffrey Barkwith ya no se interesó por nadie más. ¿Conoce a Barkwith?

—El nombre me es familiar —dijo Simon—, pero no recuerdo que me haya sido presentado. Quizás mi madre lo conozca.

—Estoy segura de que le dirá que es un truhan. No solo un libertino, sino además un jugador. Tiene una reputación espantosa y no tengo ninguna duda acerca de sus verdaderas intenciones. Dependo de la buena voluntad de mi hermano, señor Westover, y me imagino que no se tomaría muy bien que permitiera que su hija cayera en las garras de un hombre como Geoffrey Barkwith. Eso sin tener en cuenta que quiero mucho a Belinda. — Su voz tendió hacia un tono más amable—. No quiero que le hagan daño, solo deseo su felicidad.

Le brillaron los ojos por la emoción contenida. Simon supo entonces que podía confiar en ella. Si le hubieran preguntado no habría sabido explicar la razón, pero así era. Ella mantendría su promesa. No poseía ningún motivo oculto del que Simon debiera guardarse. Era simplemente una gallina protectora guardando a su pollito. No, esa era una comparación demasiado mundana tratándose de la señora Tennant. No era una gallina. Era quizás

una mujer dragón, una furia vengadora, una reina guerrera, Boudica enrabiada tras la violación de sus hijas.

Tal vez dedicaría su pluma a aquellas imágenes en lugar de al delicioso labio superior.

La cuestión inmediata, sin embargo, era la de la confianza. Debía confiar en ella sin reservas para que guardara su secreto. Y también en Belinda. Había demasiado en juego.

—¿Confía usted, señora Tennant, en que podamos convencer a su sobrina de que mantenga el secreto de la verdadera identidad de la Entrometida?

—Eso creo. No cabe duda de que se sentirá muy decepcionada al descubrir que la Entrometida no es la sabia anciana que ella esperaba. Con todo, no creo que tenga la necesidad de proclamar la noticia por toda la ciudad. Es una chica inteligente. Entenderá su deseo de mantenerlo en secreto.

Simon esperaba que tuviera razón. Estaba empezando a fraguar lo que le diría a la chica cuando el carruaje se detuvo frente a la modesta casa de Charlotte Street y ayudó a la señora Tennant a bajar del mismo. La puerta se abrió en cuanto subieron dos escalones de la entrada de la residencia. Una mujer mayor, quizás la criada, esperaba en el umbral frotándose las manos, nerviosa.

La señora Tennant se detuvo.

—Señora Davies, ¿qué pasa? ¿Ha sucedido algo?

—Será mejor que entre, señora Tennant —dijo la mujer, al tiempo que dedicaba una mirada escéptica a Simon—. No sé qué hacer.

Estaba claro que habían llegado en mitad de una crisis doméstica. Puede que no fuera el mejor momento para aquella charla de arrepentimiento.

—Quizás debería irme. —Lo intentó—. Podría regresar en otro momento.

—Oh, no, nada de eso —exclamó la señora Tennant—. Tenemos un acuerdo. —Lo dejó sorprendido cuando le puso una mano en la espalda y prácticamente lo forzó a subir los escalones y a traspasar la puerta.

—¿Qué pasa, señora Davies? —dijo una vez que los dos estuvieron dentro—. ¿Qué ha ocurrido?

La criada miró de nuevo a Simon y se mostró reticente a hablar.

—Este es el señor Westover. No se preocupe por él. Dígame qué sucede.

—El tono condescendiente de la señora Tennant sugería que la criada había caído en el melodrama una o dos veces en el pasado.

—Se ha ido, señora Tennant. La señorita Belinda se ha ido.

La señora Tennant se mantuvo erguida y quieta, aunque su rostro perdió todo color. Simon se sentía extraño, como si sobrara allí. El estrecho vestíbulo de entrada comenzó a parecerle demasiado concurrido. Tenía un mal presentimiento sobre todo esto.

—¿Qué quiere decir con que se ha ido? —preguntó la señora Tennant—. ¿Se ha ido con sus amigas? ¿O con... con el señor Barkwith?

—No sé adónde ha ido —dijo la criada—, pero cuando fui a limpiar su habitación supe que algo iba mal. Los cajones estaban abiertos y parecía que habían sido revueltos. Miré en su armario y muchos de sus trajes habían desaparecido. Incluso su sombrero nuevo.

—Dios santo. —La señora Tennant echó una mano hacia atrás para agarrarse al filo de la mesa del vestíbulo.

—Y entonces encontré esto, es para usted, estaba apoyada en el tintero del escritorio. —La señora Davies tenía en las manos una carta enrollada y sellada con cera roja—. Es de Belinda, reconozco su letra.

La señora Tennant cogió la nota y rompió el sello sin demora y sin importarle el cerco de cera que cayó al suelo del vestíbulo. La leyó en apenas unos segundos y levantó la vista dirigiéndola directamente hacia Simon. La rabia en sus ojos no dejaba lugar a la duda.

Una descarga de pura cobardía le recorrió el cuerpo, por vergonzoso que fuera reconocerlo. Sintió el imperioso deseo de darse la vuelta y echar a correr. Sin embargo, ella lo mantuvo clavado en su lugar con la mirada.

—¡Usted! —gritó—. ¡Es todo por su culpa! Lea esto.

Simon miró el papel que le tendía como si fuera algo viscoso y nocivo. No quería ni tocarlo.

—Léalo.

Se lo puso en la mano para que no tuviera más remedio que cogerlo. No necesitaba leerlo. Era fácil adivinar qué decía. No obstante, su mirada furiosa le incitó a hacer lo que le pedía. Leyó la nota:

Queridísima tía Ellie:

He seguido el sabio consejo de la Entrometida de hacer caso al deseo de mi corazón y me he marchado con Geoffrey. Cuando regresemos seré la señora Barkwith. Por favor, no te enfades mucho. Alégrate por mí, iyo soy muy feliz!

Belinda.

Simon ahogó un gemido y se preguntó si el día podía empeorar más aún. No levantó la vista. No podía soportar la idea de enfrentarse a su mirada.

—¿Lo ve? —dijo la señora Tennant con la voz henchida de rabia—. ¿Ve lo que ha hecho?

Simon se preparó para otro golpe, aunque esa vez no se produjo. No le habría importado. En realidad puede que lo mereciera.

—Ciertamente ha seguido a su corazón —gruñó ella en un tono de disgusto total—. Bueno, supongo que eso es lo que voy a tener que hacer yo.

En ese momento alzó la mirada y, tal como esperaba, se topó con su rostro furioso.

—¿Que va a tener que hacer qué?

—Voy a seguir a su estúpido corazón, por supuesto. Voy a ir tras ella. Y usted va a venir conmigo.



«Una joven de verdadero mérito no debe quejarse por la falta de oportunidades sociales. Es poco probable que permanezca en el anonimato, pues ya sea a la luz del día o en la oscuridad, un diamante siempre brilla.»

—La Entrometida

Eleanor giró sobre sus pies y subió las escaleras. Entró en el salón y se colocó delante de la ventana fingiendo que miraba algo en la calle. Oyó que el señor Westover la seguía, pero no se volvió. Le temblaban las manos, no tenía ni idea de cuánto tiempo más podría aguantar las lágrimas.

Ay, Belinda.

—¿Señora Tennant?

Alzó la mandíbula para reaccionar a su presencia pero no lo miró. No se vendría abajo delante de aquel bobo que además era el causante de sus problemas.

—Señora Tennant, siento muchísimo lo que ha sucedido. Entiendo que considere necesario seguir a su sobrina, y haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a que la encuentre. Sin embargo, no creo que sea apropiado que la acompañe.

Eleanor suspiró. Sin duda era el hombre más contradictorio y problemático con el que jamás se había topado, pero ahora no tenía ni tiempo ni energías para pelearse con él. En lo único en lo que podía pensar era en la pobre Belinda siendo seducida por Barkwith, enfrentándose al abandono y a la deshonra, con el corazón destrozado por ese sinvergüenza.

No. No iba a permitir que eso ocurriera. Belinda era una tonta con muchos pájaros en la cabeza, pero Eleanor sentía un afecto irracional por ella. Detestaba que un corazón roto la aguardara en su futuro inmediato. Eleanor tenía que encontrarla y traerla de vuelta mientras su reputación, que ya no su virtud, siguiera intacta.

No podía hacer aquello sola.

Respiró profundamente y se apartó de la ventana.

—No me importa lo que usted crea que es o no apropiado, señor Westover. De hecho, es usted la última persona en cuya opinión confiaría

en estos momentos.

Él tuvo la vergüenza de sonrojarse pero no de mantener la boca cerrada.

—Así sea pues, pero al menos permítame que la ayude con los detalles. Le proporcionaré el transporte que me pida, además de todos los gastos del viaje. —Cielo santo, no había pensado siquiera en cómo iba a pagar el viaje. Tendría que alquilar un carruaje, caballos, cocheros y, dependiendo de lo que tardara en seguir el rastro, habitaciones en varias posadas. Y comidas. Y peajes. Y sobornos, claro, para comprar la información que necesitara. Todo le saldría bastante caro, bastante más de lo que se podía permitir. Quizás pudiera acudir a su prima Constance en busca de auxilio—. Es lo menos que puedo hacer —dijo el señor Westover.

Eleanor lo estudió desde el otro lado de la habitación. Ya había advertido que su atuendo era muy elegante. La chaqueta verde botella estaba cortada con precisión y perfecta maestría. También había que tener en cuenta la mansión Mayfair. El señor Westover contaba con una pequeña fortuna a su disposición.

—Sí —aceptó tomando una decisión impulsiva—. Creo que tiene el deber de hacerlo. De hecho, sí, es lo menos que puede hacer.

—Bien. Asumo que no hay tiempo que perder. ¿Tiene idea de cuánto tiempo puede haber pasado desde que salieron de Londres?

—Estaba aquí esta mañana cuando fui a visitar a mi prima, poco antes de pasarme por la casa Westover. Al menos yo... oh, ahora que lo pienso no la vi. No bajó a desayunar. Supuse que se habría subido la bandeja a la habitación. —Eleanor miró detrás de él, donde la señora Davies estaba cotilleando cerca de la puerta, y alzó una ceja a modo de pregunta.

—Dios se apiade de mí, señora Tennant, pero juraría que hoy no ha dormido en su cama. —La criada se tragó sus lágrimas—. Y cuando le pregunté a Tilly si le había llevado su chocolate matutino me dijo que la señorita Belinda le pidió la noche anterior que no la despertara hasta tarde ni la molestara a no ser que ella la llamara.

—Dios mío, debió de marcharse en mitad de la noche —dijo Eleanor—. Ahora puede estar ya a medio camino de Escocia.

—Tan lejos no —la tranquilizó el señor Westover al tiempo que se acercaba a la puerta—, pero nos llevan bastante ventaja. Volveré a mi casa deprisa para preparar uno de los carros de viaje de mi padre. ¿Cree que habrán usado la diligencia o acaso el señor Barkwith posee un carruaje propio?

—No tengo ni idea. —Eleanor fue entonces consciente de lo poco que sabía y una ola de pánico invadió todo su ser. Buscó la silla más cercana y se hundió en ella—. No tengo ni idea de cuándo se marchó o en qué clase de carruaje, ni siquiera qué dirección podría haber tomado. —No pudo ocultar la desesperación de su voz—. ¿Cómo demonios voy a seguirla?

Levantó la vista buscando la ayuda del señor Westover. Parecía tan perplejo como ella misma, y Eleanor se dio cuenta de que aquel tonto romántico, aquel idiota charlatán y sentimental, no era el fornido héroe que necesitaba en ese momento. Si quería encontrar a Belinda antes de que fuera demasiado tarde debería confiar en sus propios recursos.

Aun así, seguramente le podría dar algún uso a aquel molesto caballero.

—¿Podría averiguar dónde vive Barkwith? —le pidió. Sería más fácil para un hombre, incluso para uno como el señor Westover, localizar los clubes habituales de Barkwith, a sus camaradas o a alguien que pudiera indicarle dónde vivía ese canalla—. Quizás alguien nos pudiera dar una pista de cuándo y cómo se fue de la ciudad.

—Sí, por supuesto. Me pondré a ello de inmediato. Entonces regresaré con el carruaje y cualquier información que haya conseguido. Por cierto, me ayudaría que me describiera a su sobrina, por si se da el caso de que alguien la hubiera visto con Barkwith.

Eleanor soltó un gruñido.

—Dios santo, espero que no. Belinda posee una belleza muy particular, de esas que hacen a la gente volverse a mirarla. Si han sido vistos juntos seguro que la recuerdan. —Respiró profundamente e intentó encontrar palabras para describir esa belleza tan particular de su sobrina—. Belinda tiene el pelo muy oscuro, casi negro, aunque no del todo, y suelen caerle delicados rizos sobre la cara. Sus ojos, por otra parte, son de un tono verde azulado pálido, una especie de aguamarina. Lo más digno de atención, espectacular si cabe, son las largas y negras pestañas sobre esos ojos, y las cejas muy oscuras, perfectamente arqueadas.

Eleanor recordaba claramente el precioso retrato en miniatura de Belinda que hizo que pintaran a principios de año como regalo para el cumpleaños de su padre. Deseó tenerlo a mano para que las palabras, ineficaces, no fueran necesarias.

—Es un poco más baja de lo habitual —continuó—, y... y... —¿Cómo podía describir el generoso pecho que había volteado tantas cabezas durante la

temporada?—. Tiene una figura bien proporcionada.

El señor Westover levantó las cejas y el atisbo de una sonrisa asomó a las esquinas de su boca.

—Ciertamente parece que su belleza es extraordinaria. Está claro que sale a su tía.

Demonios. ¿Estaba realmente aquel hombre horrible flirteando con ella? En otras circunstancias, podría —sí, podría— haberle resultado agradable ese hecho, pero no era momento para tales tonterías. Decidió ignorarlo.

—Y puede que le resulte útil saber que Geoffrey Barkwith es de una estatura similar a la de usted, de cabello y ojos oscuros.

—Estoy seguro de que ambas descripciones me serán de ayuda, especialmente si, tal como sospecho, no viajan con sus verdaderos nombres. Descubriré lo que pueda y retornaré lo antes posible con un carruaje.

—Gracias, señor Westover. Haré el equipaje para que salgamos en cuanto regrese.

Se había dado la vuelta para marcharse pero se detuvo en seco.

—¿Salgamos?

—Sí, los dos. —Él meneó la cabeza pero ella no tenía tiempo para discusiones y alzó la mano para impedir que hablara—. Señor Westover, ¿cree que una mujer sola podría hacer algún avance en esta búsqueda, teniendo que interrogar a posaderos, cocheros y mozos de cuadra? No. Será más sencillo si un hombre me acompaña.

—Seguro que otra persona podría hacerlo —le dijo—. ¿Algún pariente, quizás? No creo que desee estropear su propia reputación viajando con un soltero que no es de su familia.

—Bobadas. Es la reputación de Belinda la que me importa, no la mía. No hay nadie que pueda hacer tal cosa, señor Westover. Es su responsabilidad.

Era verdad, por mucho que le escociera admitirlo.

—Está muy alterada, no piensa con claridad —opinó él.

Eleanor alzó su semblante hacia aquel hombre alto y esbelto, y lo miró con los ojos entreabiertos.

—Mi mente funciona con claridad, gracias. Me acompañará, señor Westover. Preciso de un escolta masculino, pero además necesito que convenza a Belinda del error que ha cometido. Se ha aventurado en esta estupidez, le recuerdo, porque tiene la bendición de la Entrometida. Será necesaria la intervención de la misma para que mi sobrina entienda que

está en un error.

—Será un placer hablar con la chica cuando regrese con usted. No obstante, no puedo mostrarme a favor de que vaya tras ella acompañada solamente de un hombre que no está casado.

—Sabe usted muy bien el concepto que tengo de sus consejos, señor Westover.

Puso los ojos en blanco, contrariado.

—En este caso haría bien en escucharme. Sería imprudente, cuando menos, viajar conmigo en un carruaje cerrado sin la compañía de una carabina.

Eleanor enarcó una ceja.

—¿Eso piensa? ¿De verdad es usted tan peligroso, señor Westover?

Se ruborizó de nuevo —este hombre era muy dado a ello—, pero no apartó la vista.

—No del modo que usted insinuó —repuso—, pero mi presencia supondría un serio riesgo para su reputación.

—No soy una joven doncella. Siendo viuda puedo tomarme ciertas libertades, particularmente en casos de emergencia como este. Desde luego, si esto no es una emergencia desconozco qué podría serlo, así que por favor deje de hacerme perder el tiempo con discusiones. Y recuerde, por si lo ha olvidado, que llegamos a un acuerdo.

—Esto no era parte del acuerdo.

—Ahora lo es. Si no accede a acompañarme, le prometo que revelaré la verdad sobre la Entrometida. Tenga la certeza de ello. —No pudo disimular una nota quejumbrosa en su voz y tuvo miedo de echarse a llorar. Eleanor no tenía intención de que este extraño la viera en semejante estado—. Por favor, dese prisa —le urgió, su voz era poco más que un susurro.

Él la miró de una manera muy intensa y asintió.

—Como desee. Entretanto, le sugiero que considere otras opciones, o que al menos disponga que una doncella o señora de compañía venga con nosotros. Regresaré tan pronto como pueda —concluyó.

Se fue con tanta prisa que Eleanor no pudo replicar.

Se dejó caer contra el respaldo del sillón, casi aplastando el sombrero que había olvidado que aún llevaba puesto. Eso le recordó que no tenía tiempo que perder en lamentos. Se puso en pie y desató el nudo de su barbilla, luego se quitó el sombrero y se llevó una mano a la frente. La señora

Davies dijo que Belinda se había llevado su sombrero nuevo, el que insistió en que le comprara porque sus lazos color chocolate eran del mismo tono exacto que los ojos de Geoffrey. La pobre chica estaba perdida en la vorágine del primer amor.

Eleanor se preguntó cómo soportaría Belinda los dolores de cabeza que le causaría la tensión de la huida. ¿Insistiría al menos en mantener su virtud intacta hasta que tuviera lugar la boda? Lo más probable es que se entregara a Barkwith a la menor oportunidad. Tras conseguir lo que quería, el sinvergüenza ya no encontraría ningún motivo para casarse con ella.

Ay, Belinda.

Pensar en la chica le estaba rompiendo el corazón, pero no se resignaría a la derrota. Cuanto antes localizara a Belinda y la devolviera a casa, más fácil sería reparar su reputación, si bien no su corazón. Eleanor, asustada, respiró profundamente y subió las escaleras para preparar el viaje.

Dos horas más tarde, mientras un pequeño portaequipajes a rebosar esperaba en el vestíbulo de entrada, Eleanor daba vueltas de un lado a otro de su salón. ¿Dónde demonios estaba aquel miserable? Si no fuera porque no tenía dinero para contratar un transporte, no le esperaría ni un minuto más. Estaban perdiendo un tiempo precioso. ¿Qué podía estar llevándole tanto tiempo?

Corrió hacia la ventana al oír el sonido de la llegada de un carruaje. Soltó un gemido de frustración al comprobar que no era el señor Westover, sino su prima Constance.

Qué contrariedad. ¿Cómo iba a contarle a su elegante prima la noticia de la fuga de Belinda? Una punzada de vergüenza le atravesó el corazón. ¿Qué diría Constance, qué pensaría, al saber cuán miserablemente había fallado Eleanor en sus labores como tutora de la única hija de su hermano?

Se abrió la puerta del salón y Constance entró como una exhalación, envuelta en una vaporosa nube de lavanda y seda.

—Hola, querida. He pensado en pasarme por tu casa para enterarme de qué había pasado con lady Westover. ¿Era...? —Se detuvo a mitad de la pregunta y se quedó mirando a Eleanor—. Dios santo, ¿qué pasa, Ellie? Ha ocurrido algo.

—Oh, Constance. —El labio inferior de Eleanor temblaba de tal manera que casi no podía hablar. Un instante después, sollozaba como un bebé en los brazos de su prima.

Su madre se había llevado a Richmond el carro de viaje, grande y lujoso. Con todo, Simon estaba contento de disponer de un carruaje más nuevo, elegante y compacto. Aunque dentro solo cabían dos pasajeros, daría muy buen servicio.

Su ajustado interior era otra razón para no estar de acuerdo con la descabellada idea de la señora Tennant de arrastrarlo a esta aventura. No podía imaginar un disparate mayor que pasar largas horas en un coche tan pequeño con una criatura tan arrebatadora. Ella bien podía considerar muy divertida la idea de considerarlo peligroso, y probablemente tenía razón, pero Simon sentía una cierta inclinación hacia las mujeres fuertes y enérgicas, sobre todo cuando también resultaban ser bellas. Esta tenaz viuda de ojos color esmeralda era todo eso y muy probablemente más aún.

Simon nunca había sido capaz de resistirse a una cara bonita. A menudo se había comportado como un idiota con las mujeres, tenía una cierta inclinación a danzar al son que ellas marcaban. No podía evitarlo. Las mujeres eran unas criaturas encantadoras, y él era muy propenso a sucumbir a todos sus embrujos.

Bajo ninguna circunstancia debería permitirse acompañar a la señora Tennant en su persecución de los amantes fugados.

Pidió cuatro de sus propios caballos para empezar el viaje, además de dos mozos de cuadra de confianza de los Westover para llevar las riendas. Traerían de vuelta a la ciudad a los animales cuando alquilara otros frescos en la primera posta, y allí mismo contrataría nuevos cocheros. Les indicó que prepararan el carruaje mientras él salía a averiguar lo que pudiera sobre Geoffrey Barkwith.

No tardó mucho. Haciendo unas discretas pesquisas en su propio club descubrió que Barkwith era miembro de Boodle's. Aunque él no pertenecía a ese club, Simon fue capaz de convencer al encargado de que tenía un importante mensaje para Barkwith y necesitaba hablar con él de inmediato. Bastó con una sonrisa cómplice y un billete de cinco libras para que el hombre renunciara a sus escrúpulos y le diera a Simon la dirección de Barkwith. Simon agradeció a los cielos que Barkwith no fuera miembro de White's, donde ningún soborno era suficiente para que un empleado traicionara la confianza de un socio.

Las habitaciones de Barkwith se ubicaban en una pequeña casa de Conduit Street. Incapaz, en apariencia, de poder permitirse el lujo de un lacayo, se conformaba con los servicios de un criado y del portero del vestíbulo. Una

guinea en manos del segundo bastó para que le dijera que el joven caballero había abandonado el edificio poco antes del amanecer, aunque había indicado que estaría poco tiempo fuera. Por desgracia no sabía nada sobre su destino o el medio de transporte en el que viajaba. Era responsabilidad de Simon descubrir aquella vital información, y no tenía del todo claro cómo iba a hacerlo.

Lo único que podía hacer era buscar el rastro de los huidos en todas las posadas. Si habían salido directamente de Charlotte Street, Simon pensaba que Holborn, con sus muchas casas de postas, sería el lugar más probable donde empezar la búsqueda.

Su primera parada fue La campana y la corona, una concurrida posada desde la que partían regularmente varios carruajes del servicio real de correos y enormes diligencias. Hojeó las listas de pasajeros, habló con los vendedores de billetes, los mozos de cuadra y demás personal, pero nadie había visto a una pareja que coincidiera con la descripción de Belinda y Barkwith.

Contrariado por el tiempo que llevaba indagando sin éxito, Simon se dirigió al Rey Jorge y al Jabalí azul, con pocas esperanzas.

No hubo suerte, ni tampoco en el Dragón verde.

Había cuatro docenas de posadas en Londres, tardaría varios días en preguntar en todas. Y mientras tanto las horas pasaban y la señora Tennant estaría esperando ansiosa su regreso, sin duda impaciente por echarse a la carretera. Al diablo con todo, no estaba hecho para ser un héroe. Le habría gustado aparecer como el caballero blanco de brillante armadura acudiendo al rescate de la dama en apuros, pero las posibilidades de que tal cosa sucediera se iban diluyendo minuto a minuto.

Necesitaba ayuda.

Diez minutos después, Simon llegaba a las oficinas de Bow Street con la intención de hablar con sir Richard Ford, el magistrado jefe. El juzgado estaba concurrido, y sir Richard interrogaba en ese momento a un testigo, así que condujeron a Simon por un intrincado laberinto de estrechos pasillos y le hicieron esperar en una oficina pequeña y mal ventilada.

Por suerte, la espera no se alargó más de un cuarto de hora. Sir Richard entró, se presentó y se sentó tras la gran mesa desvencijada situada en el centro de la habitación.

—¿Tiene algún crimen que denunciar?

—No es un crimen, precisamente —dijo Simon—. Al menos, espero que no sea así. Se trata sencillamente de una desagradable circunstancia que espero que alguno de sus investigadores me ayude a solucionar. —Procedió a contarle lo que sabía de la supuesta fuga de Geoffrey Barkwith y Belinda Chadwick.

—¿Y cuál es su relación con las personas implicadas? —le preguntó sir Richard.

Simon se aclaró la garganta, nervioso, y esperó no tener que explicarle el asunto de la Entrometida.

—Soy amigo de la familia —dijo—. La tía de la chica me ha pedido ayuda para encontrar a su sobrina y devolverla a casa antes de que su reputación se vea comprometida.

—Ya veo. Entonces la tía, ¿la señora Tennant?, pretende alcanzarlos antes de que lleguen a Escocia. ¿Desea impedir una boda de ese tipo, no es cierto?

—No cree que se produzca esa boda.

—Ah. —La mirada de sir Richard era penetrante e inamovible, pero Simon no apartó los ojos de los suyos—. Entenderá, señor Westover, que los recursos aquí en Bow Street son limitados. Los investigadores se dedican a interrogar, perseguir y arrestar a criminales. No podemos involucrarnos en cualquier riña doméstica menor.

—Entiendo —asintió Simon—. También sé que a veces se permite una investigación privada para alguien dispuesto a pagar por ella. Ese es mi caso, sir Richard.

El magistrado estudió a Simon durante un largo e incómodo minuto.

—Solo tengo a ocho investigadores disponibles para hacer servicios externos. Ahora mismo puedo prescindir de uno. Le costará una guinea al día y otros catorce chelines para cubrir gastos, ¿está de acuerdo?

—De acuerdo.

Sir Richard llamó a voces a su secretario y le pidió que localizara a alguien llamado Hackett y lo trajera al despacho.

—El hombre que le recomiendo es un alguacil de la recién formada patrulla ecuestre. Es un oficial, experimentado investigador y un excelente jinete. Si alguien puede rastrear a su pareja huida, ese es Hackett.

Al tiempo que se mencionaba su nombre, el hombre apareció en el despacho. Era un tipo grueso aunque de algún modo compacto, de mediana edad, con el pelo entrecano y las cejas pobladas. Llevaba el reconocible

atuendo de la patrulla ecuestre: la chaqueta azul de dos pecheras adornada con grandes botones metálicos amarillos, la faja escarlata, los pantalones azules, las botas negras con espuelas de acero, un sombrero, también negro, de cuero y un par de guantes blancos.

Se descubrió la cabeza y saludó a su superior con una reverencia.

—Sir Richard.

—Hackett, este caballero es el señor Westover. Necesita sus servicios para un asunto de carácter privado.

Simon se había levantado ya de su silla, y el investigador se volvió hacia él y le dedicó otra reverencia.

—Obidiah Hackett a su servicio, jefe.

—Quizás debería exponer de nuevo la situación —propuso sir Richard—, por el bien del señor Hackett.

Simon repitió la historia.

—He llegado a la conclusión —explicó Simon—, de que hace falta más de una persona para preguntar en todas las posadas. Por eso he venido a Bow Street a pedir ayuda.

—Disculpe, jefe, pero va a necesitar algo más que interrogar a unos pocos vendedores de billetes, se lo aseguro —intervino Hackett—. Cuando consigamos saber su punto de partida, nos veremos obligados a seguir su rastro posada a posada. Aunque estuviese totalmente seguro de que se dirigen a Gretna, que no es el caso, nunca es conveniente especular sobre el posible itinerario de un fugitivo. Me jugaría el sueldo a que viajan por postas. Este tipo de gente no quiere a nadie sentado a su lado armando ruido. —Las gruesas cejas subían y bajaban, puntuando su colorido discurso con su constante movimiento—. Y considerando la naturaleza matutina del comienzo de su trayecto, habrá que cabalgar a buen paso para interceptarlos. ¿Dice que la tía vendrá siguiéndonos en su carro para llevársela a casa?

—Correcto.

—Bueno, eso supone una problemática complicación, ¿no cree? Yo cabalgo delante, alguien tendrá que ir pasándole los mensajes a la tía. Una operación sincronizada de tal precisión precisa dos hombres, jefe. Al menos dos hombres, o no hay garantía de éxito.

Simon miró al magistrado.

—¿Podría cederme a un segundo hombre?

Sir Richard suspiró.

—¿A quién tiene en mente, Hackett?

—Mumby, señor. Entre los dos creo que podremos resolver rápidamente la situación.

—Está bien. —El magistrado miró a Simon—. Hackett y Mumby por dos guineas al día y catorce chelines para gastos.

—De acuerdo —dijo Simon, y se preguntó si no habría sido ese el plan desde el principio.

—Pero déjelos hacer su trabajo, señor Westover. Ambos son investigadores experimentados. Sé que quiere ayudar, pero, y espero que me perdone, solo estorbaría.

—Entiendo —dijo Simon. Nada le agradecería más que hacerse a un lado y dejar que los investigadores se ocuparan de todo—. Les dejaré el asunto al señor Hackett y al señor Mumby. Ahora, si me...

—Discúlpeme otra vez, jefe —dijo Hackett—, pero me veo obligado a hacerle notar un detalle que sir Richard no ha mencionado aún. La recompensa.

—¿Recompensa?

—Sí, señor Westover. En un caso criminal, ya sabe, el investigador que trae al perpetrador comparte la recompensa establecida. En un caso privado, bueno, se espera la misma clase de compensación si la investigación llega a una conclusión satisfactoria. ¿Entiende lo que le digo, jefe?

—Sí, por supuesto. —Se esforzó para no sonreír ante tal ocurrencia, aun a sabiendas de que estaba siendo claramente extorsionado.

—Y con dos hombres en el trabajo —continuó Hackett—, la recompensa obviamente tendrá que acomodarse a una remuneración igualitaria para ambos.

Simon dejó de luchar y sonrió fugazmente.

—Estoy seguro de que sir Richard y yo llegaremos a un acuerdo aceptable para todas las partes involucradas.

Hackett le devolvió la sonrisa, convirtiendo sus ojos en dos meras ranuras bajo las pobladas cejas.

—Es usted un auténtico caballero, señor Westover.

Simon metió la mano en su abrigo, sacó un pequeño monedero de cuero y extrajo unas pocas monedas.

—Entretanto, tome esto para los gastos de hoy —dijo, tras lo cual sacó

una tarjeta del bolsillo del chaleco, cogió una pluma del escritorio de sir Richard, la mojó en el tintero y garabateó algo en la parte trasera.

—Esta es la dirección de la señora Tennant, la tía de la chica que se ha fugado. Háganle saber enseguida cualquier noticia que tengan del caso.

—Sin problemas, jefe. Devolveremos a la jovencita al seno de su familia en muy poco tiempo.

—Eso espero, señor Hackett. De verdad que lo espero.



«Una unión no es recomendable cuando una naturaleza crítica enfatiza los defectos insignificantes y no permite el pleno compromiso del corazón.»

—La Entrometida

—Por supuesto que debe acompañar a la señora Tennant en su viaje. —La mirada de acero de Constance Poole clavó al señor Westover en el lugar donde estaba—. No hay discusión posible. No puede viajar sin escolta, y por supuesto que no debe tratar con un par de investigadores de Bow Street sin ayuda.

El señor Westover lanzó una mirada lastimera en dirección a Eleanor. Casi sentía pena por el hombre, pero necesitaba de su asistencia. Parecía que Constance iba a usar sus maneras más autocráticas (esas que no daban lugar a la réplica) para conseguir que fuera así.

Tras un buen rato llorando a moco tendido, Eleanor le había confesado toda la situación a Constance, y esta convino que los amantes debían ser perseguidos. También le prometió que usaría todo el poder que le daba su posición social para acallar el asunto y restaurar la respetable posición de Belinda en la sociedad.

Eleanor estaba enormemente agradecida de tener el apoyo incondicional de Constance, y sabía que si Belinda salía de esta aventura con su reputación intacta sería en gran parte gracias a la encantadora señora Poole. A pesar de ello, Eleanor no pudo esconder su exasperación respecto al tema de la Entrometida. Constance rió hasta que las lágrimas le cayeron por las mejillas al enterarse de su identidad. Le sorprendió y le pareció una circunstancia deliciosa que el señor Simon Westover, y no su madre, fuera la Entrometida. De hecho, lo encontró tan gracioso que Eleanor casi pierde la paciencia con ella.

Se preguntaba lo que pensarían todos esos ricos estirados al ver a la correctísima señora Poole riendo a carcajadas, atragantándose y cacareando de aquella forma tan impropia de una dama.

Lo peor de todo es que quedó bastante claro que Constance no veía la perfidia del hombre en el asunto de Belinda. Más divertida que preocupada,

no pareció entender la seriedad de la situación en la que estaba envuelta su sobrina hasta que el señor Westover regresó con un precioso carruaje de viaje y los servicios de dos investigadores de Bow Street. La noticia de que Geoffrey Barkwith partió antes del amanecer hizo que Constance recuperara un poco la compostura. La rabia de Eleanor aumentó. No sabía qué cuello quería retorcer con más ganas, el de Belinda, el de Barkwith o el de la Entrometida.

—Habiéndole pedido ayuda en este lamentable asunto —dijo Constance—, me cuesta entender su reticencia a unirse a mi prima en esta crucial empresa de salvar la virtud de la pobre Belinda.

—Mi reticencia —contestó él— se debe al daño potencial a la reputación de la señora Tennant si se la vieran viajando sola conmigo en un carruaje cerrado. Seguro que otra persona podría acompañarla. Quizás usted...

—Imposible.

Eleanor intervino rápidamente.

—Mi prima se encuentra en una situación delicada y no puede viajar distancias largas.

Tal como esperaba, el rostro del señor Westover se tornó escarlata.

—Alguien más, entonces. Cualquiera. —El pobre hombre parecía verdaderamente contrariado—. Simplemente, considero inapropiado ir con usted.

Constante agitó la mano en el aire rechazando esa idea.

—Es usted demasiado correcto en su sensatez, señor. Mi prima es una viuda respetable. Nadie se atrevería a cuestionar sus acciones.

—Sí, pero...

—Además, todas las preocupaciones deben centrarse ahora en Belinda. Su reputación es mucho más frágil que la de la señora Tennant.

—Sí, pero...

—En estas circunstancias, señor Westover, no creo que tenga elección. Después de todo, está ese asunto de la Entrometida.

Su cabeza se giró bruscamente hacia Eleanor y en sus ojos resplandeció una súbita rabia. Un pequeño nudo de culpa se le enredó momentáneamente en el estómago. Había tardado muy poco en romper su palabra.

—Perdóneme, señor Westover, pero era necesario que le revelara el secreto a la señora Poole. Ella creía que su madre era la Entrometida. Sabía que había ido a la casa Westover y...

—Y yo le sonsaqué la información —dijo Constance—. No culpe a mi prima. Fue todo obra mía, pero le aseguro que su secreto está a salvo conmigo. Lo estará, quiero decir, mientras acceda a acompañar a Eleanor.

Lo tenían atrapado, y él lo sabía. Otra pizca de chantaje. La expresión en sus ojos sugería el temor a que tuviera que pagar por su error durante mucho, mucho tiempo. Aunque la posición de su mandíbula indicaba una ira contenida, la resignación era la nota predominante en su rígida expresión.

La acompañaría, no había otra opción.

—Además —continuó Constance—, me preocuparé menos por la seguridad de mi prima si usted va con ella.

El destello en los ojos de Constance le provocó a Eleanor un escalofrío en la espalda. En ese instante quedó incómodamente claro que Constance escondía otras razones para querer que él la acompañara. Cielos, ¿en qué estaba pensando? ¿No creería que meterlos juntos en un espacio cerrado provocaría alguna clase de romance entre ellos? ¿Creía realmente que la forzada proximidad facilitaría que el señor Westover se enamorara de Eleanor? No podía pensar en serio que ella pudiera estar interesada en un hombre así. Vaya tontería. Era una idea estúpida, descerebrada y sin sentido.

Constance le dedicó una fugaz sonrisa, y a Eleanor no le cupo duda entonces de que su prima había perdido la cabeza.

—Me inclino ante su buen juicio, señoras —dijo el señor Westover—. Le pediré a uno de los mozos de cuadra que regrese a la casa Westover y mande preparar mi equipaje. Lo haría yo mismo, pero prefiero estar cerca por si los investigadores llegan portando noticias. Si me disculpan. —Hizo una ligera reverencia y salió de la habitación. El eco del vivo paso de sus pies en las escaleras sonaba sospechosamente parecido al de un hombre huyendo para salvar la vida.

En cuanto se fue, Constance se echó a reír.

—Oh, Ellie ¡es adorable! ¿Has visto que se ha ruborizado?

—No es adorable.

—Sí que lo es. No me puedo creer que este sea aquel hombre tan horrible que me describiste. Esperaba a un frágil hombrecillo con la cabeza en las nubes y los dedos manchados de tinta. ¿Por qué no mencionaste que era un tipo alto y guapo?

—No lo mencioné porque no es así.

—Ellie...

—De acuerdo, es bastante alto.

Constance desplegó una sonrisa de oreja a oreja, presumida como un gato que acabara de tragarse un canario, y sus ojos marrones brillaron de alegría.

—Es alto, esbelto, viste maravillosamente y tiene un rostro que bien podría haber sido esculpido por un maestro clásico. No seas tonta, querida, no lo infravalores solo porque tenga una encantadora tendencia a ruborizarse. Es un caballero extremadamente atractivo, sí, extremadamente atractivo, al que tendrás en el bolsillo los próximos días. Harás bien en no malgastar tal oportunidad.

—¡Lo sabía! —Eleanor golpeó el brazo del sofá con tal fuerza que levantó una nube de polvo—. Sabía que habías perdido la cabeza. El embarazo te está causando un efecto extraño, Constance. Has perdido el contacto con la realidad. Eso debe de ser, si no fuera así no pensarías siquiera lo que creo que estás pensando.

Constance se echó a reír como una colegiala traviesa.

—No tienes ni idea de lo que estoy pensando.

—Sí, la tengo. Tienes la esperanza estúpida de que se produzca algún tipo de romance entre nosotros. Ay señor, eres tan mala como él.

—¿Qué? —Constance se inclinó hacia delante, la curiosidad chisporroteaba en sus ojos como una corriente de electricidad—. Ellie, ¿ha mostrado el señor Westover un interés romántico hacia ti?

Eleanor soltó un gruñido.

—No seas ridícula, solo me refería a que eres tan absurdamente romántica como él. Ninguno de los dos os dais cuenta de la seriedad de esta situación. En vez de eso, él le crea sueños amorosos a Belinda y tú me inventas la posibilidad de un romance. Una descerebrada, eso eres, y él también; los dos. Al demonio todo, Constance, lo que necesito ahora es pensar con claridad, aplicar sentido común al problema en cuestión. No sirve a ningún propósito caer en estas fantasías irrelevantes, inútiles y profundamente molestas.

—No estés tan segura de que todo son fantasías, querida. He visto cómo te miraba ese hombre. Cielos, apenas podía apartar los ojos de ti. Está interesado, Ellie. No te haría ningún daño mostrar tú misma un poco de interés.

Eleanor chasqueó la lengua, exasperada.

—Sinceramente, Constance, ¿de verdad crees que puedo estar interesada en un idiota romántico que puede haber ayudado a mi sobrina a salirse del buen camino? Estoy furiosa con ese hombre, por todos los santos, no extasiada por sus encantos. Además, siempre he preferido a los hombres de pelo oscuro, y el suyo es prácticamente rojo.

Constance apenas pudo contener una carcajada en el momento que entró el señor Westover. No estaba solo.

—Buenas noticias —anunció—. Acabo de encontrarme a nuestros dos caballeros de Bow Street cuando venían de camino para informar de una interesante circunstancia.

Eleanor se levantó para saludar a los investigadores, pero se distrajo por el ruido de una tos. Se volvió y se encontró a Constance con aspecto de estar a punto de sufrir una apoplejía mientras trataba de aguantarse la risa. Todos los aspectos de aquel lamentable asunto parecían una gran fuente de divertimento para su odiosa prima.

Aunque en esa ocasión no podía culpar a Constance. Los hombres, de pie en la entrada, aunque estuvieran vestidos con sendos uniformes idénticos, no podían ser más diferentes. Uno era bajo, rechoncho y patizambo, de espesa cabellera y pobladas cejas. El otro medía más de metro ochenta, era delgado como un palo, de piernas largas y canijas y con un fino cabello que le caía ralo por detrás del cuello.

Eleanor no pudo evitar pensar que las piernas arqueadas de uno y las delgadas del otro creaban un contraste bastante cómico. No era sorprendente que Constance tuviera el rostro enterrado en un cojín del sofá mientras le temblaban los hombros por la risa que trataba de contener.

Sin embargo, aquellos hombres estaban allí por un asunto importante y esperaba que creyeran que lo que le sucedía a Constance es que se sentía sobrepasada por las emociones.

El señor Westover señaló con el brazo a Eleanor.

—Caballeros, esta es la señora Tennant. Su sobrina, la señorita Belinda Chadwick, es quien ha desaparecido.

El rechoncho dio un paso al frente e hizo una reverencia bastante creíble.

—Obidiah Hackett a su servicio, señora. Y este de aquí es Francis Mumby.

—Buenas tardes, señores. ¿Tienen noticias de mi sobrina?

—Así es —dijo Hackett—. Mumby, aquí presente, posee un cerebro superior y prodigioso, único en la hermandad de Bow Street. Se aproxima a

sus investigaciones de una manera muy cerebral. En este caso, con una rapidez que excede a todas las expectativas, localizó la posada donde el señor Barkwith alquiló un tóburi de cuatro caballos poco antes del amanecer de esta mañana. De paso se aseguró, con idéntica perspicacia, de que una joven que coincide con la descripción de su sobrina lo acompañaba.

En medio de esa excéntrica verborrea, alimento para la traicionera alegría de Constance, se escondían buenas noticias que provocaron un suspiro de alivio de Eleanor.

—Gracias a Dios —dijo—. Al menos tenemos por donde empezar. ¿Qué más han averiguado? ¿Saben qué dirección tomaron?

—Mumby dice que iban al norte por la carretera de Islington.

—De acuerdo entonces —dijo Eleanor—. Vámonos, no hay más tiempo que perder.

Se decidió que los dos investigadores se marcharan inmediatamente y comenzaran los relevos para perseguir a los huidos. Informarían al señor Westover de sus avances dejando un mensaje en el Delfín de Islington con instrucciones para la siguiente posta. Eleanor vio al señor Westover darle un saquito de dinero a Hackett y pensó que le debería mucho a este hombre cuando todo aquello terminara. Tranquilizaría su conciencia recordando el problema que había causado el imprudente consejo de la Entrometida a una joven tan impresionable como Belinda. Sin embargo, creía que, puesto en una balanza, el señor Westover saldría perdiendo.

Aunque a Simon le dolía la espalda y tenía las piernas agarrotadas se mantuvo acurrucado contra la puerta del carruaje. Actuaba de forma ridícula, por supuesto. Ni a él ni a ella les mataría el roce de un muslo. No obstante, si eso acabara sucediendo, temía verse tentado a dejar la pierna apretada contra la suya, a sentir el calor de su carne a través de la tela de la pelliza... y merecería una bofetada por su impertinencia.

Al diablo, ¿cómo iba a soportar tantas largas horas, días incluso, sentado junto a esa gloriosa y apasionada criatura tan decidida a rescatar a la joven a su cargo? El fuego del arrojío y la urgencia encendía sus ojos verdes y le coloreaba las mejillas. De vez en cuando evidenciaba su ansiedad mordiéndose el labio inferior, lo que hacía al superior engordar deliciosamente.

Era más de lo que la carne y la sangre podían soportar.

Comenzó a considerar de nuevo la idea de componer una oda a su labio superior.

Dulce carne tentadora,
madura y exuberante.
Rosa teñida de rosado rubor,
besada por el polvo de las hadas
para endulzarla como las bayas de verano.

¿O mejor cerezas? ¿Ciruelas? ¿Granadas? No, la rima con cereza era difícil. Tendría que dedicarle más empeño a aquella tarea, pero estaba seguro de que las palabras «perfecto», «suave» y «delicioso» figurarían en los versos.

La señora Tennant se mordía el labio más a menudo desde que recibieron noticias de los investigadores en Islington, luego en Highgate y después en Whetstone. Los dos dispares investigadores se estaban ganando el sueldo y pasaban mucho tiempo a caballo. No obstante, los fugitivos llevaban al menos doce horas de ventaja. Si tenían suerte, Simon pensaba que los alcanzarían para el desayuno nupcial.

—Oh, vaya. ¿Cree que va a llover?

La voz de la señora Tennant sacó a Simon de su ensueño. Contempló el cielo gris por la ventana.

—Sí, parece que va a llover. Pero todavía no, diría yo. Desde luego no antes de que paremos a pasar la noche.

—Ah, pero no vamos a parar pronto. Si hay un mensaje en Chipping Barnet podemos continuar unas cuantas horas más. Nos llevan bastante ventaja, debemos avanzar todo lo que podamos.

—Sí, me temo que están al menos medio día por delante de nosotros. — Simon vio los dientes hundirse en el labio inferior una vez más. Apartó la atención de su boca para concentrarse en su obvia preocupación—. Me temo, señora Tennant, que debe prepararse para la idea de que lleguemos demasiado tarde.

Ella se giró para mirarlo con los ojos entornados.

—Oh, tengo la certeza de que no llegaremos a tiempo, señor Westover. Si se detienen a pasar la noche no hay duda de que ya será demasiado tarde para Belinda.

—Oh. Bueno, entonces... —Un revelador calor le subió por las mejillas—. Si cree que eso es lo que sucederá, lo más seguro es optar por un veloz

matrimonio.

—No habrá matrimonio.

—¿Tiene intención de impedirlo?

—No habrá ningún matrimonio que impedir. —Soltó un suspiro de frustración—. ¿De verdad es usted tan ingenuo? Barkwith no se casará con ella después de esta noche. Mi única esperanza es traerla de vuelta a casa lo antes posible y acallar este asunto. Lo que quiero, todo lo que puedo esperar, es evitar su completa ruina social.

—Van al norte —dijo él—. Seguramente se dirijan a Escocia.

—No lo creo.

Contuvo una sonrisa ante su tozuda determinación.

—Señora Tennant, creo que es usted una escéptica.

—Soy una mujer realista, señor Westover.

—Podría tener algo de fe en su sobrina. Su carta me daba a entender que estaba muy enamorada.

—Eso piensa ella.

—Y que Barkwith le retornaba ese afecto.

—Eso piensa ella, le repito. Le romperá el corazón a la pobre.

—¿Cómo puede estar tan segura? ¿No puede ser que Barkwith esté locamente enamorado de ella y tenga la firme intención de casarse?

—Geoffrey Barkwith es un sinvergüenza, una comadreja, un mujeriego. —Sus palabras estaban envueltas en rabia y frustración—. Se trata de un conocido libertino que ha usado sus encantos y su agradable apariencia para entrar en más dormitorios de los que se pueden contar.

—Puede que sea verdad. Por otro lado, es bastante joven, o eso creo. Puede que simplemente estuviera disfrutando de la vida de manera salvaje hasta que la joven adecuada, su sobrina, capturara su corazón.

—Cielos. Dígame, ¿era usted igual de salvaje a su edad, señor Westover?

Maldita sea, parecía empeñada en hacerlo sonrojar. O quizás simplemente creía que era siempre así de florido.

—No todos los hombres se pasan la juventud haciendo esos disparates —dijo—. Si Barkwith es tan guapo y encantador como dice, el ardor femenino también lo habrá inducido a esos actos. Además, aunque fuera un truhan de la peor clase, eso no impide que pueda haberse enamorado de su sobrina.

Eleanor emitió un gruñido de desprecio.

—Lo siguiente será que me diga que los truhanes reformados son los mejores maridos.

Sonrió, ya que eso era precisamente lo que estaba a punto de decir.

—Cosas peores se han visto.

La señora Tennant suspiró y se echó sobre el cojín de terciopelo.

—No sé por qué malgasto el aliento discutiendo con un romántico incorregible. Lo de usted es irremediable.

—¿Irremediable porque creo en el amor?

—Sí.

—¿Usted no?

—No, no creo en el amor.

Le sorprendieron sus palabras. Simon se había pasado la mayor parte de su vida buscando amor y romance. Le costaba imaginar tal desdén por el aspecto más importante de la existencia de una persona. ¿De verdad era tan cínica? No, no quería creerla. Simplemente era demasiado obstinada para concederle la razón.

—¿Entonces usted y el señor Tennant...?

—Fue un matrimonio concertado, le puedo asegurar que no hubo amor.

Se cruzó de brazos y giró la cabeza para mirar por la ventana. Simon no estaba seguro de si estaba herida, enfadada o ambas cosas.

—Lo siento —se disculpó.

—No hace falta que lo haga. Así funciona el mundo. El mundo real, no esa fantasía romántica en la que usted parece vivir.

Lo mejor habría sido dejar pasar el asunto, pero el sentimental que habitaba en él lo obligó a seguir.

—¿Y nunca existió otra persona? ¿Alguien que le haya importado, a quien le entregara su corazón?

La ligera tensión en sus hombros le advirtió que había tocado hueso.

—Va demasiado lejos, señor Westover. No tengo intención de discutir mi vida privada con usted.

No era necesario que lo hiciera. A Simon le quedó claro que había sido así, tiempo atrás. Sin embargo, un matrimonio concertado la apartó de ese camino y ahora había olvidado lo que significaba estar enamorada.

Pobre mujer. Pobre mujer bella y obstinada.

—Perdóneme —dijo—. No tenía derecho a preguntar. Trataba sencillamente de hacerle ver que lo que usted entiende como una tragedia para Belinda puede ser una historia de amor con un final feliz. Es posible que se equivoque con Barkwith, ya sabe.

—Tonterías. Sé exactamente lo que pretende.

—De acuerdo. Supongamos por un momento que está en lo cierto. ¿Qué pasa si los cogemos? ¿Qué propone hacer?

—Rescatar a Belinda, por supuesto.

—¿Y si ella no quiere que la rescate?

Giró su fiera y decidida mirada hacia él, de nuevo era la reencarnación de Boudica.

—Entonces tendremos que secuestrarla. La ataremos y le pondremos una mordaza si es necesario, la arrastraremos por mucho que grite y patalee. Cualquier cosa con tal de apartarla de las garras de ese villano.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

Dios santo, ¿en qué se había metido?

Cuando ya se había resignado a tener que acompañar a aquella encantadora viuda, Simon decidió que le gustaba la idea de que dependiera de él. Esperaba tener la oportunidad de ser su caballero de brillante armadura, de ser un héroe a sus ojos si encontraba a su sobrina y la llevaba a casa a salvo.

Sin embargo, nunca pensó que el secuestro y otras arriesgadas acciones entrarían en la ecuación.

Él era un poeta y ella quería un espadachín.

¿Qué demonios iba a hacer?



«Ni la ausencia ni la distancia, ni la dureza de las condiciones ni el tiempo, nada puede romper los tiernos lazos que unen a dos corazones enamorados.»

—La Entrometida

—No se puede hacer nada. Vamos a tener que pasar la noche en St. Alban's.

Eleanor pegó la nariz al cristal para observar la lluvia que caía con fuerza en el exterior del vehículo. Le dolía tener que admitirlo, pero el señor Westover tenía razón. Tendrían que parar. Sus progresos aminoraban a medida que la lluvia embarraba los caminos. Durante la mayor parte del viaje había podido ver la evolución de los postillones a través del cristal frontal, pero ahora estaba tan manchado de barro que era complicado adivinar incluso las siluetas de los caballos.

Los caminos eran intransitables incluso para un carruaje de tan magnífica factura. En los últimos kilómetros, a pesar de agarrarse bien a su asidero, Eleanor se vio empujada, más veces de las que podía contar, contra el hombre de largas piernas que la acompañaba. El brillo en sus ojos revelaba lo mucho que disfrutaba él de esos encuentros.

Hombres. Caballeros o plebeyos, todos eran iguales.

—¿Cuánto queda para St. Alban's? —preguntó.

—La ciudad está a menos de ocho kilómetros, o eso creo. No estoy seguro de dónde está el León rojo. En cualquier caso, no muy lejos.

Eleanor sintió que la observaba y se puso algo nerviosa. Las palabras de Constance resonaban continuamente en su cabeza. Su prima pensaba que el hombre estaba interesado en ella. ¿Habría cometido un grave error al pedirle que la ayudara en aquella persecución?

—Sospecho que le alegrará que nos detengamos a pasar la noche, ¿me equivoco? —dijo—. Al menos por salir de este carruaje.

¿Resultaba tan obvio lo que estaba pensando?

—Confieso que tanto ajetreo cansa bastante —contestó—. En realidad, no me hace feliz parar una noche. Eso solo significa más tiempo perdido.

—Ellos también habrán hecho un alto para descansar.

Se giró para enfrentarse a él cara a cara. Maldito fuera por recordárselo, por incitarla a imaginarse lo que pasaría esa noche entre Belinda y Barkwith.

—Lo sé. —Su voz sonó fría y acusadora—. Lo sé.

—Entiendo su preocupación, señora Tennant, y lo siento. Por mi parte, voy a seguir pensando bien y asumiré que todo va a acabar felizmente.

—Ay, hombre estúpido. No se atreva a volver a hablarme de amor verdadero y finales felices.

Él se echó a reír suavemente.

—No puedo evitarlo. Creo en el poder del amor. Siempre he sido optimista respecto a esos temas.

—Eso se ve en cada consejo idealista que da bajo la identidad de la Entrometida.

—¿Es malo ofrecer esperanza a la gente? ¿Animar a las jóvenes a conseguir la felicidad?

—Ya hemos pisado ese terreno, señor Westover. No hace falta que le repita mi punto de vista sobre sus a veces tan mal concebidos consejos.

—Cierto —repuso—. No obstante, me agrada un buen debate y de momento no tenemos otra cosa que hacer. Me gustaría escuchar algo más sobre su opinión sobre los consejos de la Entrometida. Su iluminada crítica podría quizás ser de buen uso para futuros artículos.

En ese momento, otro bache del terreno hizo que se chocaran de nuevo el uno contra el otro. Él sonrió amplia y fugazmente y por primera vez Eleanor advirtió sus hoyuelos.

Hoyuelos, por todos los santos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Supuso que durante todo aquel día había sido algo reservado. Hasta el momento en el que los dos perfectos agujeros se hicieron visibles a ambos lados de su boca.

La constelación de pecas, la tendencia a sonrojarse y ahora los hoyuelos. Se negó a escuchar el insistente eco de la voz de su prima en su cabeza. No era adorable.

—Se ríe de mí, señor —dijo—. No puede convencerme de que realmente cree que mis opiniones son iluminadas. Somos tan opuestos como... como el señor Hackett y el señor Mumby.

Su sonrisa se ensanchó y los hoyuelos se tornaron más profundos.

—¿Me está sugiriendo que uno de los dos tiene la mente abierta y el otro la tiene cerrada? Oh, me pregunto quién es quién.

—Otra vez se ríe usted de mí, señor.

—Solo entablo conversación para pasar el rato. O al menos lo intento, por lo que parece en vano. Quizás prefiera que permanezcamos sentados en silencio.

—No, no lo prefiero —respondió Eleanor, al tiempo que sonreía ligeramente—. Lo que sucede es que me encuentro susceptible debido a los acontecimientos del día. Tiene razón, señor Westover. La conversación es preferible a un tenso silencio. Incluso si acaba en una acalorada discusión.

—Me esforzaré por controlar mi temperamento, señora.

El tono jocoso en su voz indicaba que se burlaba de nuevo de ella, pero esa vez Eleanor no picó el anzuelo.

—Centrémonos en temas menos controvertidos, entonces —propuso ella—. Hábleme de su familia. De momento podemos ignorar a su formidable padre, que tanto miedo infunde en su corazón y que por supuesto nunca debe saber sobre las actividades de la Entrometida. A menos que no le importe explicarme por qué es tan importante que no se entere.

—No, no me importa.

—No se preocupe. Me puedo figurar sus motivaciones respecto a ese asunto. Dejaremos de momento a un lado al estimable sir Harold. ¿Tiene usted hermanos o hermanas?

Había entornado los ojos ante la mención de su padre, pero sonrió cuando cambió de tema.

—Tengo un hermano menor, Malcolm.

—¿Es como usted?

Los hoyuelos aparecieron de nuevo.

—¿Me pregunta si es un tonto romántico con la cabeza en las nubes?

—No, me refería a si era —no, no diría la palabra adorable— pelirrojo.

—¿Cree que soy pelirrojo? Vaya, siempre he preferido pensar que el tono de mi cabello era castaño rojizo. Suena bastante más exótico. —No tenía nada de exótico, era prácticamente rojo—. Pero la palabra pelirrojo me suena a niño de colegio, ¿no lo cree? —Parecía haber leído sus pensamientos—. Sí, veo que sí lo cree. Bueno, por suerte para mi hermano, yo me llevé todo el pelo rojo de la familia. Malcolm lo tiene castaño. Es un tipo apuesto, muy apto para los deportes. Me temo que no he sido nunca muy deportista, no podría medirme a Malcolm en ese aspecto. Yo fui siempre el enclenque y estudioso. El escritorzuelo.

Un estudioso. ¿Existía algo más inútil en un momento de crisis? Eleanor apostaría cualquier cosa a que en privado usaba gafas. ¿Y enclenque? Su altura le hacía parecer más delgado de lo que era en realidad, aunque ciertamente no era un tipo grueso. Probablemente el hermano grande y apuesto habría sido de mayor ayuda en el momento que alcanzaran a los fugitivos. Habría hecho papilla a Barkwith mientras ella desaparecía con Belinda. En vez de eso, estaba atrapada junto al hermano que se crió con la cabeza metida entre los libros, un escritorzuelo romántico, un hombre de letras, cuando lo que ella necesitaba era un hombre de acción.

No obstante, sus desafortunadas palabras eran en parte responsables de aquella desagradable situación. Tenía que confiar en su labia y determinación para darle la vuelta al asunto y devolver todo a la normalidad.

—¿Cómo acabó escribiendo para una revista para damas? —le preguntó.

No respondió al instante, y Eleanor pensó que no la había oído. Estaba a punto de repetir la pregunta cuando por fin lo hizo:

—Conozco a algunas de las otras personas que escriben en El Gabinete de las Damas de Moda. Necesitaban a alguien que ofreciera consejo en asuntos del corazón, e imagino que pensaron que yo...

—¿Era el más cualificado?

—Supongo.

—¿Por qué? ¿Posee una extraordinaria experiencia en asuntos del corazón, señor Westover?

Sonrió.

—Extraordinaria no. La normal, diría yo. No, se me pidió que escribiera la columna porque mis amigos sabían que tenía modestas aspiraciones literarias y cierta afinidad hacia el... romance.

—Es usted un sentimental, señor. —El señor Westover se encogió de hombros sin saber bien qué decir—. Es extraño que con tan fuertes inclinaciones en esa dirección no se haya enamorado ni casado nunca. Al menos, supongo que es así.

—Sigo buscando al anhelo de mi corazón —dijo, y una pícaro expresión iluminó sus ojos—. Me temo que aún no he conocido a la mujer idónea. No es que no la haya buscado, se lo aseguro. Aunque no soy muy dado a las reuniones sociales, me guardo demasiado para mí. Mi madre me arrastra a algunas de vez en cuando, pero le confieso que nunca he disfrutado particularmente de esa clase de eventos.

—Entonces me causa perplejidad que cargue a sus espaldas con el peso de aconsejar a las jovencitas teniendo tan poca experiencia en los vericuetos de la sociedad. No es una sorpresa que esos consejos sean a menudo tan equívocos.

—No me falta experiencia mundana, señora Tennant. De hecho, yo...

—Usted observa la vida desde las inalcanzables alturas de su torre de marfil. Si viviera en el mundo comprendería lo irreal que es aconsejar a las jóvenes que sigan el dictado de sus corazones. Los héroes románticos que ellas albergan en sus fantasías no existen o son del todo inapropiados.

—Escribo desde el corazón, señora Tennant, con la esperanza de que las jóvenes, y los jóvenes, se creen altas expectativas y luchen por llegar a ellas. Mis respuestas se basan en lo que yo creo que les traerá la felicidad.

—Me pregunto cuántas de esas mujeres a las que ha aconsejado alcanzaron la felicidad —inquirió—. O cuántas acabaron solas, con el corazón roto o unidas para siempre a un héroe de pacotilla que hace de su vida un suplicio. O deshonradas para siempre por un sinvergüenza. Como Belinda.

El carruaje se topó con un gran bache y ambos se vieron impulsados hacia arriba. Eleanor tenía la certeza casi total de que el señor Westover se había golpeado la cabeza con el techo, pero el caballero ignoró la circunstancia y contestó con la misma tranquilidad que si estuvieran sentados relajadamente en su salón de Mayfair.

—Prefiero confiar en un futuro feliz para la mayoría de mi correspondencia —replicó—. Tengo fe en el amor. Y en los sueños. ¿Nunca sueña usted, señora Tennant?

—Sí, por supuesto que lo hago, pero con los ojos abiertos. Sé exactamente lo que significa vivir en el mundo real. Para las mujeres, especialmente, es una realidad amarga. —El carruaje dio otro bote y Eleanor se precipitó contra el costado de su acompañante. Se apartó rápidamente de él, no sin antes interceptar una mirada de sus brillantes e intensos ojos azules. Ignoró la extraña sensación que provocó esa mirada en su pecho y continuó con la conversación como si no hubiera pasado nada—. Su esfuerzo por implementar ideales románticos en las jovencitas —prosiguió— no las prepara para el mundo real. Como poco es irresponsable, peligroso si me apura, avivar sentimientos que ofrecen falsas esperanzas de amor y devoción eterna.

—Me temo que no soy tan descreído en el tema del amor. Me regocijo en esas tiernas emociones que refinan y exaltan el carácter humano. —Sonrió al ver que ella alzaba la vista al techo del vehículo, exasperada—. Nada en la vida posee mayor importancia que el amor —declaró—. No existe nada más jubiloso que dos corazones unidos por un mutuo afecto.

—Pero hay que tener la mente puesta en el futuro. Esas tiernas emociones momentáneas no permanecen, y los efímeros accesos de mutuo afecto se disuelven a menudo en la indiferencia y el desprecio.

Alzó las cejas sorprendido.

—¿No cree que el amor pueda durar?

—No su ideal de amor, basado en la ilusión de la pasión y el deseo. La pasión, como le digo, se diluye.

—¿Le prohibiría entonces a su sobrina incluso una breve alegría? ¿Va a cortar el fruto del amor cuando está totalmente florecido, como una asesina fría y calculadora, solo porque no cree que vaya a durar?

Cielo santo, cuando se le tocaba la fibra sonaba igual que la Entrometida: exaltado, florido y grandilocuente.

—Apostaría a que también escribe poesía —murmuró por lo bajo.

—Yo... eh... compongo algunos versos de vez en cuando.

—Sí, por supuesto que lo hace. —Y también apostaría a que era un material espantoso.

—Me temo que no entiendo la relación entre mis intentos poéticos y su oposición a que su sobrina se enamore.

—No me opongo a que Belinda se enamore. Es normal que suceda con una chica así. Si hubiera sido cualquier otro hombre no habría puesto trabas. Había un agradable joven, el señor Pendleton, que estaba loco por Belinda. Habría sido perfecto para ella. Pero no cuadraba con sus sueños de héroe romántico. Lo creía tedioso y poco interesante. Ahora que lo pienso, también él tenía el pelo rojizo.

El señor Westover hizo una mueca. Era un golpe bajo, merecido, por otra parte.

—No, como le he dicho una y otra vez, lo que critico es el modo tan a la ligera en que lanzó a Belinda en brazos de Barkwith, sin la menor preocupación sobre si sería o no cuestionable. No confío en él. Si sus intenciones fueran nobles aceptaría su falta de fortuna. Pero conozco a ese tipo de hombres. No son en absoluto honorables. No va a casarse con Belinda. A menos que alguien le ponga una pistola en la cabeza.

—Y cuando los encontremos, ¿será usted quien la sostenga?

Contempló la lluvia que caía contra la ventana como una catarata y consideró la pregunta.

—No lo sé. Habrá que esperar a que descubramos si es necesario. —Eleanor suspiró, renovando repentinamente su preocupación—. Pobre Belinda. Pobre niña estúpida.

—No ha sido muy difícil seguir su rastro. —Obidiah Hackett se quitó los sucios guantes blancos y los echó dentro de su sombrero—. La señorita Chadwick tiene un aspecto muy característico que todos los mozos de cuadra y cocheros recuerdan con detalle. Una preciosidad, por lo que entiendo. Con todo, llevan aún una prodigiosa ventaja. Esta noche, empero, no podrán avanzar con esta lluvia. Cabalgaré desde el amanecer y me reuniré con Mumby. —Rebuscó en las alforjas de su caballo y sacó un raído mapa de carreteras. Deslizó el dedo por una página y dijo—: Dejaré un mensaje para ustedes en el Toro negro de Redburn. Entretanto, pueden encontrarme en la habitación de arriba, donde tengo la intención de tomarme un par de pintas y sacarme este frío de los huesos. Si me disculpan, jefe, señora. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección a la señora Tennant, luego se echó las alforjas al hombro y se encaminó hacia las habitaciones.

Simon notó la preocupación en los ojos de Eleanor.

—Bueno, al menos no les hemos perdido la pista —la animó.

—Sí, le doy gracias a Dios por ello. Ojalá la lluvia no nos hubiera forzado a parar tan pronto.

—Al menos aprovechémoslo. Tengo entendido que la comida de aquí es muy buena. Propongo que nos libremos del polvo del camino y tomemos una agradable cena. ¿Bastará con media hora?

Ella estuvo de acuerdo, y Simon se mostró agradecido. Pensó que haría que le subieran la cena a su habitación, pero aquella circunstancia le iba a dar la oportunidad de causar en ella una mejor impresión de la que le había procurado hasta el momento. Odiaba el hecho de haber empezado tan mal, que su opinión sobre él fuera tan pobre. Una agradable cena en un apartado sería algo que podría cambiar las tornas a su favor. Un poco de adulación, una pizca de flirteo... Simon sabía cómo cortejar a una dama.

Tras pedir que subieran agua caliente y jabón a ambas habitaciones, se

dirigió a la suya, situada en el mismo pasillo que la de ella. Hacía tiempo que no se las arreglaba sin Jennings, su criado. La señora Tennant no tenía una criada que la acompañara, así que llevarse a Jennings era poco apropiado. Además, a Simon le vendría bien apañárselas por su cuenta un tiempo. Quizás la señora Tennant tenía razón respecto a que aislado en su torre de marfil. Unos días en la carretera cuidando de sí mismo le quitarían las telarañas. La adorable compañía femenina era simplemente un añadido.

Media hora después, recién afeitado y con una camisa limpia y un chaleco de seda estampada bajo el abrigo azul oscuro, llamó a la puerta de la señora Tennant. Se había cambiado a un vestido de noche. Era de muselina india a rayas, atado a la cintura por una larga faja de seda estampada... algo pasado de moda pero bonito. El cuello cuadrado, que podría haber dejado entrever una tentadora visión de su pecho, era desgraciadamente demasiado alto y adornado por una desafortunada cantidad de lazos. Solo pudo adivinar lo que había debajo. Su pelo, oscuro como el café turco y sin sombrero que ocultara su gloria, estaba totalmente recogido en lo alto de su cabeza, al estilo griego (una información que conocía gracias a El Gabinete) y algunos suaves rizos le caían en el rostro. Los tentadores bucles estaban todavía algo húmedos, y toda ella desprendía un vago aroma a jabón.

La mirada, como siempre, se le perdió en su boca. El irresistible labio superior se frunció levemente, acentuando el encantador punto donde sobrevolaba al inferior.

Aunque húmedo y regordete tiente,
una atractiva marca atrae la mirada:
la pequeña cúspide que cae
bajo el dulce arco de Cupido.

—¿Señor Westover?

El diablo se lo llevara, le había dicho algo y él no la estaba escuchando. Simon apartó sus pensamientos de la oda y del objeto de la misma.

—¿Disculpe?

—Le he preguntado dónde está nuestro salón privado. —Lo miraba de tal modo que Simon se preguntó cuánto tiempo había pasado contemplando su boca.

—Oh. —Trató de reavivar su mente. Maldita sea, ya pensaba que era un idiota. Si no era más cuidadoso ella creería que era también un demente—. Oh, lo siento. Me temo que no quedaba ningún salón privado libre. Existe un salón formal que parece perfectamente respetable.

—Estoy segura de que servirá bien. Vamos a...

—Me siento obligado a recordarle, señora, que este es un lugar público y me preocupa su reputación. Puede dar lugar a malentendidos...

—Señor. Si vamos a perseguir a la idiota de mi sobrina por medio país estoy segura de que habrá más de una ocasión en la que se nos vea juntos en público. Si a mí no me importa, a usted tampoco debería, señor Westover.

—Como desee —asintió, pero seguía esperando no encontrarse con cualquier tía abuela moralista o gran dama cotilla que estuviera de regreso a la ciudad. ¿Se mantendría la obstinada señora Tennant igual de tranquila si se enfrentara a una situación así?

—Hay bastante gente en la posada —afirmó—, el comedor puede que esté bastante concurrido.

—Entonces démonos prisa —replicó ella al tiempo que echaba a andar por el largo pasillo y exponía ante los hambrientos ojos de Simon su piel color marfil, visible sobre el bajo talle de la espalda del vestido. Eso bien compensaba el alto escote.

Haría las odas de una en una, se propuso a sí mismo. Se ocuparía de su precioso cuello y de la espalda más tarde, tras el labio superior. Y de los ojos verde esmeralda. Y de la gloriosa oscuridad de su cabello. Y de su férreo temperamento. Y de su tozudez, digna de una noble mula.

Señor, esta mujer era un festín para un poeta. El recuerdo de la señora Tennant daría trabajo a su pluma durante meses.

El León rojo era una posada grande y lujosa. Ni el correo ni las diligencias se detenían allí, solo se dedicaba a atender a los viajeros privados, por ello no era tan antiestética y simple como otras casas de postas. Al no tener que preparar las comidas multitudinarias para los correos y las paradas de la diligencia, las cenas eran agradables y placenteras.

Aquella noche, sin embargo, estaba inusualmente concurrida y Simon tuvo suerte de procurarse la última mesa disponible en el comedor. Ordenó la comida y sirvió el vino en cuanto lo trajeron. Con la intención de evitar los temas que pudieran provocar una nueva discusión sobre la Entrometida o cualquier otra cosa que lo rebajara, Simon llevó la conversación hacia temas

inofensivos. Le preguntó a Eleanor por el padre de Belinda, el capitán Chadwick, lo que derivó en un debate sobre la guerra, el nuevo lord del almirantazgo y los renovados rumores sobre una invasión de Napoleón. Simon estaba disfrutando profundamente de la conversación y de la comida cuando el dueño se aproximó a la mesa.

—Les pido disculpas, señor, señora, pero me pregunto si podría apelar a su buena voluntad.

—¿Sí?

—Estamos al completo, tal como pueden ver. Una mujer que viaja con dos jóvenes damas acaba de llegar y no tenemos sitio para acomodarlas en el comedor. Me pregunto, señor, si no les importaría compartir su mesa con ellas. Es una señora, se lo aseguro, y las dos jóvenes damas parecen extremadamente bien educadas.

Maldición. Esa era precisamente la clase de situación que quería evitar. ¿Qué iban a pensar aquellas personas de una bella joven viuda en compañía de un hombre sin relación con ella? Simon sabía la respuesta exacta a esa pregunta.

Volvió la vista hacia la entrada, donde tres mujeres esperaban de pie. Una era rolliza, de mediana edad; las otras dos eran bastante jóvenes y sus ojos delataban curiosidad. Miró a la señora Tennant para comprobar su reacción. Sonrió y asintió. Esa mujer era muy tozuda o muy ingenua. El dueño advirtió el obvio movimiento de cabeza y ya no hubo nada que hacer.

—Sí, por supuesto —convino Simon—. Nos alegrará compartir nuestra mesa. Por favor, haga entrar a esas damas.

—Gracias, señor, señora. Se lo agradezco mucho. No quería verme obligado a rechazarlas.

Antes de que Simon tuviera tiempo a reaccionar, se añadieron tres sillas a su mesa, una de las cuales entre la suya y la de Eleanor, pulverizando así sus esperanzas de al menos sentarse junto a ella. Se puso en pie cuando se acercaron las mujeres. La mujer era baja y rechoncha, de mejillas redondeadas y pequeños ojos oscuros, y llevaba una pañoleta tan grandilocuente que le daba un aspecto semejante al de la proa de un barco. Las jovencitas seguían su estela, como dos fragatas de muselina blanca tras la nave principal. Todos se presentaron. La mujer era la señora Fitzhugh de Lutterworth, esposa de un propietario local. Las chicas eran su hija, la señorita Sally Fitzhugh, y su sobrina, la señorita Delia Banks. Ambas

aparentaban unos diecisiete o dieciocho años y presentaban un aspecto, cada una a su manera, totalmente vulgar.

—Es muy amable por su parte —dijo la señora Fitzhugh— permitir que unas perfectas desconocidas se unan a ustedes, señor Westover y señora... ¿señora Tennant, verdad?

Simon casi suelta un gruñido. Era exactamente como había anticipado que ocurriría. La señora Fitzhugh estaba jugueteando nerviosamente con su elaborado turbante y lanzando miradas por el comedor como si buscara una mesa más adecuada. Vaya, maldita sea, no iba a quedarse allí sentado colaborando en la deshonra del nombre de esta adorable viuda.

—La señora Tennant y yo somos primos —dijo, e ignoró los ojos verdes que se clavaron en él desde el otro lado de la mesa—. Viajamos juntos al norte por un asunto familiar. Una pequeña crisis, en realidad.

—Oh. —Sus ojos pasaron de Simon a la señora Tennant y volvieron de nuevo a él—. Nada demasiado serio, espero.

—Confiamos en que así sea —dijo la señora Tennant, y le brindó una fría sonrisa—. En cualquier caso, nos alegra que se unan a nosotras. Ni les cuento lo feliz que me hace hallar alguien nuevo con quien hablar. Hemos estado metidos en ese pequeño carruaje todo el día. Estoy segura de que mi primo convendrá en que ambos estamos un poco hartos de la compañía del otro, ¿verdad, Simon?

Ay, el diablo se la llevara.

—Bastante, Eleanor. Estoy tremendamente cansado de ti. —Se inclinó hacia la señora Fitzhugh y dijo en tono falsamente molesto—: Ya sabe lo odiosos que pueden llegar a ser los parientes.

—Especialmente los cansinos parientes masculinos —añadió Eleanor.

Eleanor. Iba a seguir llamándola por ese nombre. No iba a volver a dirigirse a ella como la señora Tennant. De ahora en adelante sería Eleanor. Sonaba tan apropiado. Eleanor la de los ojos esmeralda, fuerte y bella. Eleanor, el ángel vengativo. Eleanor, la de preciosa boca y verbo afilado.

—Sé exactamente a lo que se refiere —convino la señora Fitzhugh, y tomó la copa de vino que le ofrecía el camarero—. Nunca me he llevado bien con mis primos, y mis hermanos y yo nos peleábamos como perros y gatos. Por el contrario, siempre he disfrutado de la compañía de mis primas, y especialmente de mi hermana Ann, la madre de Delia, Dios la tenga en su gloria. Y estas dos chicas —dijo señalándolas con la cabeza y agitando las plumas— son como dos eslabones de una cadena. Lo hacen todo juntas. —

La mujer estaba claramente satisfecha de ver que la situación no era impropia, y se lanzó a una charla imparable.

—Bueno, cuando sea momento de que mi Sally haga sus votos en Londres se acabará todo, a no ser que Delia se mude con ella. Después de todo, sería lo correcto; es lo que su querida mamá hubiera deseado.

Eleanor sonrió a las chicas.

—Es encantador de su parte. No hay nada más excitante para una chica que su primera temporada. Espero que las dos os lo paséis bien.

Delia, pecosa y con una barbilla desafortunada, se cubrió la boca y soltó una risita. Sally, de rostro demasiado anguloso y grandes ojos marrones, era más segura de sí misma.

—Gracias, señora —habló por primera vez—. Nuestra intención es pasarlo maravillosamente, ver todos los monumentos y acudir a muchos eventos elegantes.

Su madre lanzó una mirada a Eleanor que implicaba dudas sobre la elegancia de las actividades que Sally encontraría. Estaba claro que los Fitzhugh no eran ricos. Los simples vestidos de muselina de las chicas no habían sido diseñados y ni siquiera copiados de ninguno de los modistos en boga. Las chicas bien podrían tener las palabras «ratón de campo» tatuadas en la frente.

—Hay muchas cosas emocionantes que hacer en la ciudad —dijo Eleanor—, y cosas maravillosas que ver. Aseguraos de ir a la torre y a la abadía de Westminster, y de visitar las pinturas de la Royal Academy.

—Sí, señora —dijo Sally—. Desde luego pretendemos ver lo máximo posible.

—Pero lo que más nos interesa es ir a fiestas y bailes —añadió tímidamente Delia.

—Eso es —asintió Sally—. Ya ve, vamos a Londres a conocer a los hombres de nuestros sueños y regresar con marido.

Eleanor dedicó a Simon una mirada que le advertía del peligro, luego devolvió su atención a las chicas.

—Maridos, vaya. Os deseo suerte y que lo paséis muy bien. Con todo, no os sintáis desanimadas si no recibís ofertas enseguida. A menudo una joven necesita más de una temporada para atraer a un pretendiente.

—Me temo que solo podemos permitirnos una temporada —dijo la señora Fitzhugh—. Si no se traen de vuelta a un marido en verano ya les he dicho

que tendrán que buscar en el vecindario, cerca de casa.

—¡Madre! —exclamó Sally—. Los caballeros de Lutterworth son tan sosos como el agua de un arroyo. —Se dirigió a Eleanor—. Siempre está poniéndonos delante de las narices a tipos ricos de campo. Nosotras no queremos gente tan ordinaria, por eso vamos a Londres, donde hay muchos más caballeros por conocer, gente activa, guapos caballeros interesados en otras cosas aparte de la rotación de los cultivos y los precios del grano. Delia y yo queremos que algún joven caiga a nuestros pies, que se enamore locamente de nosotras.

Un momento de aturdido silencio siguió a aquel sorprendente discurso. Eleanor fue la primera en reaccionar.

—¿De verdad? —Se volvió para encontrarse con los ojos de Simon al otro lado de la mesa—. ¿Y qué piensas tú, primo? ¿Crees que estas jóvenes damas van a encontrar a sus héroes románticos en la ciudad?

—Yo... eh... no veo ningún motivo por el que dos damas tan encantadoras deban fallar en tal empresa.

—Bueno, yo sí —dijo la señora Fitzhugh—. Tengo la esperanza de que sean más sensatas. Quiero a estas dos, pero soy la primera en admitir que ninguna de ellas es una gran belleza. Seguro que Londres está repleto de jóvenes preciosas, ricas y elegantes que se llevarán toda la atención de los hombres. No quiero que se sientan decepcionadas, pero...

—¡Madre! No eres nada romántica. No sé por qué tienes que ser siempre tan pesimista. Gracias al cielo hay otras personas que piensan diferente. La semana pasada...

—Sí, sí, lo sé. —La señora Fitzhugh alzó una mano, derrotada—. La Entrometida dice que todo el mundo debería perseguir los deseos de su corazón.

—¿La Entrometida? —repitió Eleanor clavando enseguida sus ojos en Simon. Este se preguntó si sería posible meterse debajo de la mesa y llegar a su habitación escapando a gatas.

—Sí —dijo la señora Fitzhugh—, esa mujer que dispensa consejos en El Gabinete de las Damas de Moda. Las chicas viven sus vidas según los dictados de esa mujer.

—¿Es cierto eso? —dijo Eleanor—. ¿Y qué clase de cosas dice?

—¿No lee usted a la Entrometida? —Sonó la voz pausada y tímida de Delia, convertida en un graznido incrédulo—. Dios mío, creía que todo el mundo leía su columna. Es una mujer maravillosa. Y muy sabia.

—Ciertamente lo es —dijo Sally—. Creemos en las ideas de la Entrometida. Sabemos que no somos guapas, pero tenemos buen corazón. Y la semana pasada dijo... mire, déjeme que se lo lea. Lo recorté para guardármelo en mi bolsillo, como un símbolo de esperanza. Dice: «Una mujer con virtud, sensibilidad y un tierno corazón, aunque no tenga belleza o fortuna, acabará atrayendo las atenciones de un pretendiente adecuado. Un auténtico caballero reconocerá siempre los méritos intrínsecos de una joven de provecho, y nunca retirará su afecto meramente para satisfacer las ambiciones de la sociedad». ¿Lo ve? Hay caballeros por ahí para simples chicas de campo como Delia y como yo. La Entrometida lo dice.

—Claro que sí —dijo Eleanor mirando a Simon, divertida, por encima del borde de su copa de vino.

—Espero que tenga razón —deseó la señora Fitzhugh.

—Yo también —murmuró Simon—. Yo también.



«Si una joven de carácter débil espera atar a su pretendido marido con otras cuerdas que no sean las del amor, no tardará mucho en descubrir su imprudencia.»

—La Entrometida

A pesar del temprano comienzo de la jornada y del azul del cielo, el ánimo de Eleanor no era bueno aquella mañana. Un nuevo día implicaba que Belinda había pasado la noche con Barkwith, había echado a perder su virginidad y muy probablemente su reputación. Una sombría sensación de fatalidad nublaba a Eleanor. Ya no quedaban esperanzas de salvar a aquella joven tozuda de dar aquel temerario paso. Lo único que se podía hacer para entonces era alcanzarlos, apartar a Belinda de ese hombre horrible y hacer lo posible para encubrir lo que había pasado.

—¿Qué sucede, Eleanor?

Era culpa suya que el señor Westover la llamara ahora por su nombre de pila. Le ofreció abiertamente esa posibilidad durante la horrenda cena con la señora Fitzhugh y sus chicas, y desde entonces había frecuentado su uso. A decir verdad no le importaba. Esta situación provocaba que pasaran muchas horas juntos en la carretera, el uso familiar de los nombres era algo natural. No obstante, había algo en el modo en el que pronunciaba su nombre, en cómo parecía saborear cada sílaba, que le producía inquietud.

Lo miró interrogante.

Él alargó la mano y pasó ligeramente un dedo enguantado por el puente de la nariz de Eleanor. El delicado roce le despertó un suave hormigueo en la nuca.

—Tiene la frente arrugada —dijo—, como si algo especialmente problemático ocupara su mente. Está pensando en Belinda, me atrevería a decir.

La miró con tal preocupación que tuvo que apartar la vista. A pesar de esa estupidez de la Entrometida, era un hombre amable y bienintencionado. Si era cierto que Belinda se había entregado a Barkwith la noche anterior —y Eleanor no tenía motivos para dudarlo— entonces ya no había razón para que Simon continuara persiguiéndola. Era demasiado tarde para que

cualquier palabra de la Entrometida evitara el desastre. Ya no podía hacerse mucho más, excepto quizás convencer a Belinda de que volviera a casa. Simon había admitido que no era un deportista, así que era poco probable que estuviera dispuesto, o fuera capaz, de hacer pedazos a Barkwith tal como merecía. Cuando llegara el momento, Eleanor podría encargarse perfectamente de esa tarea.

Aun así, no pensaba liberar a Simon de su promesa. Aunque odiaba admitirlo, se había acostumbrado a ver al hombre de largas piernas a su lado. Le alegraba no estar sola en un viaje así y empezaba a resultarle reconfortante tenerlo junto a ella. Incluso le gustaban su pelo rojo —bueno, castaño rojizo— y sus hoyuelos. Las peleas con él respecto a su estúpida filosofía sentimental la mantenían muy entretenida.

Además lo necesitaba, después de todo estaba pagando las facturas. No podría hacerlo sin él.

No, no le pediría que se fuera.

—Sí, tengo muy presente a Belinda —reconoció—. Espero que Barkwith no la abandone todavía.

—¿Qué? Pensaba que quería liberarla de sus garras.

—Eso quiero, pero no hasta que la encontremos, hasta que haga lo necesario para apartarla de su lado. Mientras viajen juntos, sin embargo, pueden idear alguna clase de ficción que aporte respetabilidad a su relación. Sin duda, Barkwith la hará pasar por su esposa. Pero una vez que la abandone, ¿cómo demonios iba a arreglárselas ella sola?

—Ojalá no estuviera tan segura de que no va a casarse con ella. Puede que la sorprenda.

—Me provocaría una conmoción que contrajeran matrimonio.

Una sonrisa asomó a los rincones de su boca y Eleanor centró su mirada en los hoyuelos.

—Creo que de verdad se quedaría usted conmocionada —dijo—. Si me permite decírselo, Eleanor, no es usted nada romántica, no tiene remedio.

—Mejor eso que el confiado romanticismo ingenuo de las chicas de la señora Fitzhugh.

—Ah... —Se echó a reír, y los hoyuelos hicieron su aparición estelar—. Me preguntaba cuánto iba a tardar en sacar ese tema tan delicado. Dios mío, le entusiasmó mi desconcierto, creo que disfrutó enormemente de la velada, ¿verdad?

—Inmensamente.

—Confieso que nunca me había visto cara a cara en medio de una discusión entre lectoras de la Entrometida. Fue... interesante.

Eso la hizo sonreír. No pudo evitarlo. La idea de una buena discusión con Simon provocaba de alguna forma que se le fuera un poco el mal humor. Batallar con aquel hombre era muy divertido, hacía años que no se lo pasaba tan bien. A veces se mostraba en desacuerdo con él por puro jugueteo. Pero esa vez no.

—De verdad, Simon, no puede pensar que esas pobres chicas van a encontrar el amor en la ciudad. Todos los caballeros las ignorarán o se reirán de ellas esta temporada.

—Asume que acudirán a eventos de alta alcurnia. Lo creo improbable, dadas sus obvias circunstancias. En niveles más bajos de la sociedad los caballeros no son tan insensibles como en las altas esferas. No me sorprendería en absoluto que estas chicas atrajeran las atenciones de algún joven perfectamente adecuado que apreciara sus sosos encantos campestres.

—Es usted optimista, ¿verdad?

—Lo admito. Sin embargo, hace falta algo más que optimismo para pensar que Sally y Delia cumplirán los deseos de su corazón. Lo que importa es el hecho de que las jóvenes creen en ello lo suficiente para ir en su busca. Esa es la cosa más importante para mí cuando escribo consejos para las jóvenes damas. Quiero darles confianza para tener esperanza, para soñar, para tocar las estrellas. Los jóvenes, especialmente las damas, necesitan confianza en sí mismas y un carácter fuerte para entrar en la sociedad. Sin un poco de brío les será difícil triunfar. Si se las enseña a creer en su propia valía, a creer que son merecedoras de consideración, y en la mayoría de los casos así es, entonces esa estima es más probable que les alcance para lograr sus metas. Una mujer con confianza tiene más posibilidades de atraer la atención de un caballero que una que no se cree merecedora de ella.

Eleanor se quedó sinceramente sorprendida. Estaba tan enojada por el miserable consejo que le dio a Belinda que no se le había ocurrido imaginar que pudiera haber algo de mérito en la filosofía de la Entrometida. Era posible, solo posible, que el hombre tuviera algo de razón.

Pero no lo iba a admitir.

—Todavía creo que perjudica más que beneficia con ese idealismo tan de color de rosa —replicó—. ¿Y si esas chicas no consiguen nada y regresan a

su pueblo de campo decepcionadas y rechazadas?

Eleanor mantuvo vivo el debate la mayor parte de la mañana, a medida que iban recibiendo los mensajes de los investigadores en cada casa de postas. Las lluvias del día anterior dejaron los caminos hechos un desastre y la marcha no era tan rápida como les habría gustado a los postillones. Los animales sudaron de lo lindo para cruzar aquellos kilómetros de lodo y fango, y el hermoso carro estaba tan cubierto de barro que parecía recién salido de un pantano. Se reunieron con el señor Mumby en Pagnell, en un punto donde el puente sobre el río Ouse se había inundado, por lo que los carruajes estaban pasando al otro lado en ferri. Iba a lomos de su caballo, y se agachó un poco para hablar con ellos a través de la ventana. Menos locuaz que su compañero, Francis Mumby era un hombre que iba al grano.

—Estamos demasiado rezagados respecto a ellos —sentenció—. No podemos permitirnos más contratiempos como este. A menos que se les rompa una rueda o se queden atrapados en una zanja y pierdan un día de viaje, será difícil alcanzarlos antes de Gretna.

—Pero al menos no les han perdido el rastro —dijo Simon.

—No es difícil seguirlo. Es para lo que nos paga. —Condujo su caballo por la rampa de entrada al ferri—. Dejaremos un mensaje en el Pavo real de Wellingboro —gritó por encima de su hombro.

Mientras esperaban su turno para montar en el ferri, Eleanor observó a aquel hombre espigado alejarse al galope en cuanto llegó a la otra orilla. A pesar de los retrasos, se sentía agradecida por los esfuerzos de los investigadores. Y por la capacidad de Simon para pagarles.

—No creo que le haya agradecido lo suficiente el haber contratado a estos dos —comentó—. Son muy eficientes.

—Ciertamente lo son. Decidí que era mejor dejar la persecución para los profesionales. Parecía la opción más sensata. Soy bueno en algunas cosas, pero perseguir fugitivos por todo el país no es una de ellas.

—Creo que está haciendo un buen trabajo —dijo Eleanor, aunque enseguida se preguntó por qué había sentido la necesidad de darle su apoyo. Debía de sentirse culpable por el dinero que estaba gastando.

—Seguir las huellas de Hackett y Mumby no supone mucho esfuerzo —replicó él, modesto—. Cualquiera podría hacerlo.

—Pero nadie me habría entretenido ni la mitad de lo que usted lo ha hecho. Discutir con usted me hace olvidar por un tiempo la seriedad de la situación de Belinda.

Sus ojos azules centellearon con pícaro deleite.

—Es un placer para mí distraerla, señora.

Diablos, estaba flirteando con ella de nuevo. Aquella vez, de manera inesperada, se permitió un pequeño placer para sí misma. Se dio la vuelta rápidamente, esperando esconder su sonrisa, y dedicó su atención a los postillones que conducían a los caballos hasta el ferri.

Seguir el rastro de mensajes dejados por los investigadores debía haber sido simple, ya que la pareja de fugitivos había marchado por las carreteras principales. No obstante, se había convertido en una experiencia frustrante para Simon, y seguramente también para Eleanor, a medida que los retrasos se sucedían e iban encontrándose con un obstáculo tras otro.

Habían perdido una cantidad de tiempo considerable en Pagnell esperando a que el ferri los cruzara al otro lado del río. Poco después un rebaño de ovejas, aparentemente infinito, los mantuvo parados en el camino. Cuando los pastores se detuvieron a conversar y permitieron que las ovejas se desperdigaran en todas direcciones, Simon se desesperó tanto que sacó la cabeza por la ventana para gritarles que se dieran prisa. Lo que provocó, como era de esperar, fue el efecto contrario.

En una de las postas, el refresco de los caballos se hizo de rogar. Los únicos animales disponibles estaban siendo herrados y tuvieron que esperar a que el herrero acabara. En la siguiente parada faltaban mozos de cuadra y se las tuvieron que arreglar con un único postillón en lugar de los dos habituales. Por suerte era eficiente, aunque un poco temerario, y les sacó una buena velocidad a las bestias.

Y así hasta el siguiente obstáculo. Se encontraron con un choque entre una diligencia y el primer carromato de una caravana de gitanos. Parecía que nadie había resultado herido, pero los caballos se habían enredado y un carromato elaboradamente pintado había volcado, y había dejado una colorida amalgama de objetos esparcidos por la carretera.

El carruaje de Simon no fue el único obligado a detenerse a esperar que los vehículos se desenredaran y el paso quedara despejado para continuar. Las familias gitanas y los pasajeros de una diligencia se bajaron y estiraron las piernas junto a la carretera mientras los conductores se gritaban los unos a los otros. Un par de ancianas gitanas lanzaron grandilocuentes improperios al conductor de la diligencia en su propia lengua, gesticulando

ostensiblemente, al tiempo que supervisaban la recuperación de los objetos caídos del carro volcado.

Algunos de los gitanos aprovecharon la situación para sacar todo tipo de cachivaches de sus carromatos y ponerlos a la venta. Se mezclaron con los pasajeros de la diligencia y los otros vehículos detenidos por el accidente para ofrecerles pasteles, licores, cintas de lazo, pañuelos, colgantes, bisutería, jarrones, utensilios, hierbas y cualquier otra cosa que llevaran encima y pudieran despachar. Unas pocas mujeres leían las palmas de las manos. Las agobiantes cuerdas de un violín se oían de fondo tras toda aquella conmoción.

Simon dejó la ventanilla abierta, miró a Eleanor y se encogió de hombros resignado.

—Parece que vamos a estar atrapados un largo rato —se lamentó—. Mejor será que tomemos un poco el aire. El conductor de la diligencia tendrá un horario que cumplir, así que con suerte nos pondremos en marcha pronto.

—Si no tuviéramos tanta prisa puede que disfrutara de todo esto —dijo Eleanor, y abrió su propia ventanilla—. Es casi como una feria improvisada, ¿verdad? Es una suerte poder asistir a este espectáculo por la ventana del carruaje.

—¿Lazos, señor? ¿Bonitos lazos para la bonita dama? —Una gitana de ojos negros le tendía un puñado de coloridas cintas por la ventanilla de su lado. Llevaba la cabeza cubierta de varios pañuelos de brillantes colores y lucía gran profusión de bisutería, incluyendo unos largos y balanceantes pendientes y un enorme broche que sujetaba su chal. Los brazaletes de oro le cubrían casi hasta el codo y tintineaban cuando agitaba las cintas en el aire—. ¿Lazos? ¿Me compra los lazos?

Simon negó con la cabeza, pero la mujer insistió.

—¿Le compra a su bella dama unos lazos, sí? Vea cuántos colores. Mira qué bonitos.

La mujer parecía dispuesta a quedarse allí tintineando sus adornos y agitando la mercancía hasta que capitulara. Simon miró a Eleanor y sonrió.

—Sí, creo que la bella dama necesita un lazo, ¿verdad que sí, Eleanor?

¿Era posible que la señora Tennant, siempre tan segura de sí misma, se hubiera vuelto tímida de repente? Desde luego, ahora parecía un borreguito.

—No es necesario, Simon.

—Oh, sí que lo es. —Aquella mujer nunca se iría si no lo hacía—. ¿Qué

color le gusta?

—No lo sé.

—Lo escogeré yo, si no le importa. Déjeme ver. ¿Qué color le sentaría mejor a Eleanor? —Pasó los dedos entre los lazos cuando la mujer introdujo las manos más si cabe en el carruaje—. Ajá. Creo que el rojo. Quiero uno de los rojos, por favor.

Le dio unas cuantas monedas pequeñas a la gitana a cambio del lazo.

—Nais tuke. Zhan le Devlesa tai sastimasa —dijo la mujer, escabulléndose hacia otro de los carruajes detenidos.

—Ay, Señor, espero que eso no fuera una especie de maldición gitana. — Le colocó el lazo en la mano abierta a Eleanor—. Aquí tiene. Tal como dijo antes la gitana, un bonito lazo para una bonita dama.

Dios santo, juraría que la había hecho ruborizarse.

—Gracias, Simon, es muy amable de su parte.

—La amabilidad no tiene nada que ver con esto —aseguró, y le dedicó otra sonrisa. Recuperó el lazo y se lo anudó a Eleanor en la muñeca. Entonces asió su mano durante un momento y admiró su obra—. Sí. Creo que le queda muy bien.

Sin soltarle la mano, recorrió con los dedos el sedoso lazo, rozando la piel desnuda justo sobre el guante. Giró la muñeca y continuó explorando. La piel de esa zona era muy blanca, tanto que las venas azules de debajo se percibían claramente. Y también era muy suave, como la de un niño. Incluso a través de sus propios guantes podía sentir esa suavidad.

Para su deleite, ella no apartó la mano, y Simon juraría haber notado que un pequeño temblor le subía por el brazo. ¿Era posible que esta mujer preciosa, orgullosa y segura de sí misma fuera susceptible a sus modestos flirteos? ¿O simplemente estaba acostumbrada a atenciones semejantes? Imposible. ¿Le permitiría llevarse esa pálida muñeca a los labios tal y como estaba deseando hacer?

—¿Por qué eligió el rojo? —le preguntó en voz baja.

Antes de convencerse a sí mismo de que no era algo apropiado, bajó la cabeza y le besó la mano. Dejó que sus labios disfrutaran de la piel suave de la parte anterior de la muñeca. Ella emitió un diminuto resuello, un leve jadeo, lo suficiente para incitarle a dejar sus labios sobre ella más tiempo. Alzó la cabeza, sonrió, y dijo:

—Me recuerda a usted.

—¿El rojo? —Soltó una risa suave, apartó la mano y, afortunadamente, no la usó para abofetearle por su impertinencia—. Pensaba que el poeta que lleva dentro habría elegido el verde, por mis ojos, acompañando la elección de floridos sentimentalismos sobre mis órbitas esmeralda.

Se perdió en la profundidad verde de sus ojos y supo que ciertamente les rendiría tributo poético más pronto que tarde. No obstante, la oda a su labio superior mantuvo ocupada su pluma la noche anterior:

Como la seda carmesí, este labio tan bello
ostenta un premio incomparable.
Carnosa y madura su rara confección,
un fuerte roce de su dulce conexión.

—El verde era una elección demasiado obvia —dijo, concentrándose en el momento presente—. Me decidí por el rojo porque tiene que ver con su fiero espíritu.

Ella se echó a reír.

—¿Mi fiero espíritu? No estoy segura de si sentirme halagada u ofendida.

—Halagada, por supuesto. Desde el momento en que me abofeteó, o quizás algo después —añadió con una sonrisa—, he admirado su incuestionable determinación para salvar a su sobrina de la deshonra. En mi mente, en mi romántica mente de poeta, como diría usted, aparece la imagen de un ángel vengativo, dispuesto a combatir contra cualquier impedimento para asegurar su salvaguarda, fortalecido por la ira del bien, como Boudica luchando contra el imperio romano.

—Cielo santo. ¿Tan formidable como eso?

—Igual de admirable.

Se encogió de hombros.

—Cualquier madre haría lo mismo. Es un instinto poderoso, el de proteger a los jóvenes.

En ese momento se dio cuenta de lo poco que sabía de ella.

—¿Tiene usted hijos propios?

Una sombra nubló sus ojos durante un instante, pero se recuperó rápido.

—No tuve esa suerte —dijo.

—Lo siento —se disculpó él. Era obviamente un tema doloroso y muy personal que no debería haber tocado.

—Pero he tenido a Belinda a mi cargo estos cinco años —explicó—. Ha sido

como una hija para mí.

—Y como una buena madre, la vengará. No tengo dudas sobre ello. De hecho... —Tomó entonces de nuevo su mano—. Que esta cinta roja sea un símbolo de su misión. Debe llevarla puesta como un talismán hasta que encontremos a Belinda. Entonces yo mismo se la quitaré y la guardaré, con su permiso, a modo de recordatorio de este viaje. Y como una advertencia para que la Entrometida tenga más cuidado a la hora de administrar sus consejos.

—Que así sea entonces. —Apartó dulcemente la mano de la suya—. Un talismán para ambos. Y descuide, haré que la Entrometida cumpla esa promesa.

Las notas del violín subieron de tono, el músico merodeaba cerca de ellos. Guardaron silencio y dejaron que la melodía impregnara el carruaje y tejiera su encantamiento. A veces melancólica y apasionada, otras quejumbrosa y suntuosa, la exuberante música capturó a Simon y penetró en todas las capas de su piel. No había oído nunca una armonía tan sensual. El momento habría resultado perfecto si hubiera estado sosteniendo todavía la mano de Eleanor.

La miró para ver si estaba tan hechizada como él, y así parecía. Tenía los ojos entornados y los labios levemente separados, como si la música la sumiera en un estado hipnótico y seductor.

Su aspecto era deliciosamente irresistible. Un repentino acceso de deseo lo invadió. Simon no quería otra cosa que no fuera besarla allí mismo. No, eso no era del todo cierto. Quería más. Quería tenderla de espaldas contra los cojines de terciopelo y hacerle el amor.

No haría ninguna de las dos cosas, por supuesto. Era un caballero, solo hacía dos días que la conocía. Estaban inmersos en una seria empresa y además ella no tenía un gran concepto de él. No le gustaría que la besara un hombre al que no respetaba, al que consideraba un tonto molesto y sentimental.

Sin embargo, la música lo conmovió, agitó su fuero interno. Sentía la necesidad de conectarse a ella de alguna manera.

La mano de Eleanor reposaba a su lado, sobre un cojín. Sus dedos estaban curvados y relajados mientras escuchaba atenta la estridente melodía del violín. Simon puso su mano junto a la de ella, se acercó poco a poco hasta que el cuero de sus guantes rozó mínimamente la seda de los suyos. Eleanor no se movió, ni siquiera pareció darse cuenta.

Y entonces se volvió más audaz. Arqueó el dedo meñique y lo colocó con delicadeza sobre el de ella. No protestó ni alzó la voz. Simon cerró los ojos y saboreó la pequeña e inocente unión. Era dulce, cálida.

Solo fue el principio.

Alzó los otros dedos para que su mano cubriera la de ella por completo.

El carruaje se agitó al ponerse en movimiento. Simon abrió los ojos y apartó la mano. Eleanor, que estaba apoyada en el respaldo del asiento, cambió de posición. ¿Había siquiera notado la presencia de sus dedos?

¡Maldición!

—El escenario se ha trasladado a un lado del camino —dijo Eleanor, girando el cuello para contemplar la acción—. Al fin podemos pasar. Gracias al cielo. Hemos perdido mucho tiempo. Pero la música era encantadora, ¿verdad?

Ciertamente lo era, aunque a él le había hecho quedar como un estúpido. Gracias a Dios se había salvado de ponerse un poco más en evidencia. Primero le había dejado besarle la muñeca, luego le permitió posar una mano sobre la suya; de seguir las cosas por ese rumbo se habría visto tentado a seguir adelante, a besarle algo más que la mano.

El momento ya había pasado, y no hablaron del asunto en su apresurado trayecto hasta Market Harboro. Mejor así. Si le dispensaba atenciones que ella no deseaba, habría estropeado la creciente concordia entre ambos. El comportamiento de Eleanor ya no era tan áspero, ahora en cambio se mostraba agradecida. Con todo, seguía sintiendo poco respeto hacia él por culpa de la Entrometida, y esa idea lo irritaba. Ella lo consideraba un frívolo por escribir en una revista para damas. Sin embargo, no podía revelar la verdad sobre El Gabinete de las Damas de Moda. Ya era lo bastante arriesgado que supiera que Simon era la Entrometida. No podía poner a otros en peligro.

Si bien continuaría sufriendo sus burlas a causa de la Entrometida, existían otros caminos para ganarse el aprecio de aquella deseable señora Tennant. Ya había hecho algún progreso, había dejado que la besara en la muñeca. Era un paso pequeño, pero era algo.

El postillón mantuvo una velocidad casi temeraria para recuperar el tiempo perdido. El camino estaba embarrado a causa de las lluvias y la ventana frontal pronto estuvo cubierta de suciedad. Era difícil ver a través de ella.

Las vistas de Northamptonshire no eran en cualquier caso dignas de

mención. Incluso Simon, que se conmovía con todo tipo de belleza, encontraba poco en lo que inspirarse en aquellos insípidos paisajes. Antes estaban cubiertos por grandes bosques, pero habían sido talados para sustituirlos por un patrón entrecruzado de setos, zanjas y desagües. Diminutas casitas de piedra caliza aquí y allá interrumpían ese patrón, y un número extraordinario de torres de iglesia proyectaba negras siluetas en el oscuro cielo azul del crepúsculo.

Acababan de pasar junto a una de esas achaparradas casitas cuando el carruaje dio un brusco bote, viró a la izquierda y se agitó salvajemente. Al momento siguiente, entre los relinchos de los caballos y el crujido de la caoba, el carruaje se inclinó peligrosamente y se detuvo ruidoso y sin gracia alguna, quedando casi volcado en el espeso barro.

Simon se precipitó con fuerza contra la ventana. Eleanor aterrizó encima de él.

«El padre que casa a su hija para obtener un beneficio económico debe recordar que la riqueza no concede por sí sola el afecto recíproco, sin el cual el matrimonio es cuando menos un estado de discordia y desgracia, una perspectiva terrible para el futuro de una joven.»

—La Entrometida

Eleanor se precipitó contra él con tanta fuerza que se le cortó la respiración.

—¡Eleanor! Dios santo, ¿se encuentra bien?

Aturdida y un poco desorientada, Eleanor realizó un rápido examen de su cuerpo y no encontró nada roto ni fuera de su lugar. No sentía ningún dolor intenso, aunque parecía no poder respirar correctamente. Trató de responder a su pregunta, pero tenía la boca enterrada por el tejido rígido y con olor a almidón de la corbata de Simon.

—Sí —dijo cuando logró levantar la cabeza, golpeando la nariz de Simon con el ala de su sombrero al hacerlo.

—¡Ay! —Simon se echó hacia atrás como pudo, aplastado como estaba contra la puerta del carruaje, que ahora estaba casi en posición horizontal. Cuando se llevó la mano a la nariz golpeó a Eleanor en la barbilla con el codo.

—¡Ahh! —Eleanor quiso tocarse la barbilla malherida por pura inercia y al intentarlo su codo se estrelló violenta y ruidosamente contra Simon.

Al tratar de apartar sus largos brazos, Simon le quitó el sombrero y causó que el lazo que lo unía a su mentón se tensara casi hasta el punto de la estrangulación. Ay, señor, la estaba ahogando. Ella soltó un resuello constreñido y Simon, visiblemente alarmado, trató torpemente de soltar el nudo. Lo que logró al hacerlo fue tirar de la cabeza de Eleanor hacia él de tal modo que sus frentes chocaron entre sí con un sonoro crac.

Ambos se quejaron al unísono y se quedaron tendidos cara a cara en silencio, aunque respirando laboriosamente. Entonces, Eleanor levantó la cabeza, miró el rostro perplejo de Simon y se echó a reír a carcajada limpia. Llegó a tal punto que no se podía controlar y escondió la cabeza en su hombro para rendirse ante lo absurdo del momento. La risa de Simon se unió a la suya y su cuerpo, debajo del de ella, se agitaba de tal modo que

Eleanor acabó botando encima de él. Simon tenía un brazo atrapado debajo de ella, el otro lo tenía enredado en su cintura y la agarraba para que no se cayera.

Eleanor levantó al fin la cabeza, parpadeando para poder ver a través de sus ojos, húmedos a causa de la risa.

—No mueva ni un músculo —se las arregló para decir entre risas—, o uno de los dos acabará matando al otro.

Sus ojos brillaban de alegría mientras ella lo miraba, sonriendo. Pero de pronto dejó de reír y su expresión se oscureció para convertirse en algo más intenso. Eleanor se puso seria y lo miró directamente, sin remilgos. Un denso silencio cayó entre ellos. Sus rostros estaban a pocos centímetros, los ojos de uno fijos en los del otro, sus alientos mezclándose en el aire. De repente se dio cuenta de la impropia y completamente inadecuada naturaleza de su posición, allí despatarrada tan poco grácilmente sobre él.

Simon fue el primero en romper el silencio.

—¿De verdad está bien, Eleanor? —Los ansiosos ojos azules estudiaron su rostro—. ¿Está herida? ¿Se ha hecho daño?

—Aparte de la paliza que me acaba de dar creo que estoy bien. —Desconcertada por la repentina e inquietante conciencia de lo que sentía por él, quiso apartarse. Se movió un poco, pero Simon la sostenía con fuerza.

—¿Está segura? —insistió.

—Sí. Estoy bastante bien. Solo sacudida y revoloteada como un par de dados. E irritada ante la posibilidad de un nuevo retraso. Diablos, parece que solo nos acompaña la mala suerte. Quizás eso que dijo la gitana era de verdad una maldición. Ahora, si me suelta...

—Oh, no creo que deba hacer eso. —Un brillo divertido, y algo más, resplandecía en sus ojos—. Creo que lo que debería hacer es esto.

Alzó el brazo con el que le agarraba la cintura y colocó una mano bajo su sombrero, en la nuca. Atrajo la cabeza de ella hacia la suya para acortar la distancia que los separaba y la besó.

Fue un beso suave, no había urgencia, hambre ni una pasión especial en él. Se trataba de la simple unión de unos labios. A pesar de todo, provocó que varias ráfagas de calor recorrieran el cuerpo de Eleanor y se despertara dentro de ella un anhelo que creía haber olvidado años atrás.

Se echó hacia atrás, un poco asustada por su reacción y por lo tentada que estaba de permitirle que llevara ese beso a otro nivel. Pero no iba a permitir

que eso sucediera. Sería demasiado peligroso. Además, aquel no era el momento ni el lugar para semejante tontería.

—Suélteme, por favor.

Él obedeció, y Eleanor se torció la muñeca al ponerse derecha. Al mirarlo descubrió que la alegría había desaparecido de sus ojos, sustituida por una mirada intensa y desconcertante. Peor aún, no se equivocó al reconocer lo que sin querer habían causado sus bruscos movimientos. Al darse cuenta de su excitación se quedó quieta. Sus miradas se encontraron durante otro intenso momento antes de que Eleanor se recompusiera y se apartara de él.

Se negó a pensar en lo que acababa de suceder, en aquella situación indudablemente extraña, y se dedicó en cuerpo y alma a la labor de salir del carruaje. Abrió la puerta que tenía sobre ella con algo de dificultad, ya que el ángulo en el que había quedado el carruaje hacía que fuera casi imposible mantenerla abierta. Tenía que sostenerla con una mano e impulsarse poco grácilmente hacia arriba para salir. Le regaló a Simon, que seguía tendido, una clara panorámica de algo que ningún hombre tenía derecho a ver sin permiso. En cuanto tuvo fuera brazos y piernas, se deslizó hasta el suelo. Aterrizó en el barro y se hundió en él hasta los tobillos.

Era demasiado para su segundo mejor par de botas.

Los caballos estaban asustados y cabrioleaban a pesar de los esfuerzos del solitario postillón, que trataba de mantenerlos calmados y desenredados. Los animales se lanzaban contra sus arneses para dejar clara su infelicidad, en medio de un concierto de relinchos y bufidos.

—¿Está usted bien, señora? —gritó entre el descontento alboroto de los equinos.

—Sí, gracias. ¿Y usted? ¿Y los caballos?

—Solo están un poco confusos. Estarán bien cuando pongamos el armazón derecho. ¿Y el señor Westover, está herido?

Eleanor se sintió mal por no conocer la respuesta a esa pregunta. No se había molestado en preguntar. La puerta del carruaje se había cerrado sola cuando ella salió, y así permanecía.

Arrastró los pies sobre el lodo para acercarse de nuevo al carruaje. Gateó hasta la puerta y la abrió. Al introducir la cabeza tímidamente en el interior del vehículo encontró a Simon exactamente como lo había dejado. No se había movido ni un ápice. ¡Dios mío! ¿Estaba herido?

—Simon, ¿está herido? Cielo santo, ¿por qué no dice nada? ¿Puede

moverse?

Simon la miró durante un momento con una expresión ilegible en sus ojos, acto seguido respiró profundamente y comenzó a moverse.

—Sí, puedo moverme, no me he hecho daño. —Retorció sus largas piernas para adoptar una posición casi de contorsionista y poder levantarse, luego salió por la puerta con una sorprendente agilidad felina.

Eleanor, en cambio, cayó de rodillas al soltar la puerta. Simon, inmaculado salvo por sus botas, extendió la mano y la ayudó a ponerse en pie. Ella se miró las chorreantes faldas y la pelliza y juró por lo bajo, maldiciendo algo más que el simple barro. No le habían gustado las significativas y nada bienvenidas sensaciones en el bajo vientre que le había provocado este odioso alborotador. No solo era un mal momento y un mal lugar para estas tonterías, además era el hombre equivocado. Era un romántico tonto con la cabeza en las nubes. Se dedicaba a una profesión totalmente estúpida y tenía miedo de enfrentarse a su propio padre. Por si fuera poco, escribía una prosa horriblemente exagerada y probablemente su poesía sería mucho peor si es que era posible. Algunas mujeres podrían encontrar estimulantes sus ojos azules, la nariz recta y la clásica hermosura de sus pómulos, pero eso carecía de importancia. Además, estaba lo del pelo rojo. Él podía decir que era castaño rojizo, pero no, era pelirrojo. Su cabello era rojo oscuro. Y a Eleanor nunca le habían gustado los pelirrojos.

No era adorable, ni remotamente. No debía sentir otra cosa que no fuera desprecio por aquel hombre retorcido que había enviado a Belinda a los brazos de un sinvergüenza. Cualquier sentimiento distinto hacia él debía ser erradicado. En ese mismo momento. De inmediato.

El hombre objeto de aquellos confusos pensamientos estaba ayudando al postillón a ocuparse de los caballos. Luego se puso a examinar el coche.

—Los ejes parecen sólidos —informó—, y las ruedas están intactas. Esta maldita cosa está simplemente atascada. Una vez la saquemos del fango, todo irá bien.

No era la primera vez que Eleanor pensaba en lo desafortunado que era viajar con el hermano literato y canijo. El musculoso hermano deportista habría sido de mayor utilidad en la situación en la que se hallaban. Al tener a mano solo a Simon supuso que no le quedaba otra opción que ayudar ella misma. Sus ropas ya estaban sucias, un poco de barro añadido no crearía una gran diferencia. Se desabotonó la pelliza, que era demasiado ajustada para permitirle moverse con libertad, y comenzó a quitársela.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Simon, alzando las cejas sorprendido.

Eleanor señaló con la cabeza la rueda trasera atascada.

—Creo que si trabajamos juntos podremos liberarla.

—¿Ha perdido la cabeza? —La miró como si pensara que así era—. ¿No se da cuenta de lo pesado que es este carruaje? Puede parecer ligero porque es mucho más pequeño que uno de cuatro pasajeros pero es engañosamente macizo y su parte inferior es extremadamente sólida. E incluso si fuera ligera, ¿piensa que permitiría que intentara levantarlo? Maldita sea, Eleanor, podría hacerse daño.

—Si trabajamos juntos no. No puede...

—No consentiré que levante el carruaje, así que será mejor que deje de discutir el asunto.

—Simon, si se niega a dejarme ayudar tendremos que esperar asistencia. ¿Quién sabe cuánto tiempo supondrá eso? Usted y yo podríamos...

—Vaya a ayudar a Meeks con los caballos. Necesita más que yo de su colaboración. Me hará falta que tiren cuando consiga poner esta cosa derecha.

—Pero yo...

—Maldita sea, Eleanor, haga lo que le digo. Siempre me está martirizando para que sea sensato. Bien, ahora es usted quien debe serlo. Es más importante que ayude a controlar a los animales. Ahora fuera de mi camino. Y en cuanto se lo diga ponga a esos caballos en movimiento.

Eleanor lo miraba con la boca abierta mientras él se quitaba la chaqueta, el chaleco y la corbata, abría la puerta del carro —una tarea nada fácil desde ese ángulo, como ella ya sabía—, y tiraba la ropa dentro. Todavía estaba con la boca abierta cuando se dio la vuelta y se detuvo frente a ella vestido solo con la camisa blanca, el pantalón beis y las botas altas. Su aspecto era... diferente.

—¿A qué está esperando? —dijo irritado—. ¡Vamos!

Apenas podía creerlo. De verdad pensaba que podía hacerlo solo. Sin duda se haría daño, ¿qué pasaría entonces? A pesar de todo hizo lo que le pidió y fue a ayudar a Meeks. El postillón estaba montado en uno de los caballos delanteros. Eleanor sostuvo las riendas del zaguero derecho sin apartar los ojos de Simon.

Sin chaqueta no estaba tan delgado como imaginaba. Lo que ella creía

efecto del buen hacer del sastre era en realidad un digno par de hombros. Se remangó la camisa hasta los codos, revelando unos musculados antebrazos cubiertos de vello rojo oscuro. Ese mismo vello castaño rojizo asomaba por el cuello de la camisa, ahora abierta.

¿Era esta criatura tan masculina su poeta de mirada mística y cabeza en las nubes? Eleanor se quedó perpleja ante la transformación. Pensó en el extraño incidente dentro del carruaje. Si hubiera estado atenta se habría dado cuenta de que el cuerpo al que estuvo aferrada con tal fuerza no era el de un hombre huesudo y debilucho. Recordó otra cosa que sabía sobre ese cuerpo y sus mejillas se encendieron.

Desde su posición no podía ver con claridad lo que estaba haciendo Simon. De hecho, desapareció por completo tras realizar un par de pruebas y ajustes con la rueda.

Y entonces el carruaje se movió.

—Cuando los avise —gritó desde detrás del vehículo—, empiecen a tirar.

Entre crujidos y gemidos, el transporte fue recuperando lentamente, centímetro a centímetro, la posición vertical. Simon resurgió por fin; estaba empujando el vehículo en cuclillas desde abajo y gruñendo por el esfuerzo. Apretaba los dientes en una mueca y los músculos de cuello, muslos y brazos se le tensaron por el gran peso del vehículo. ¡Se estaba moviendo! ¡Estaba liberando la rueda!

Justo cuando pensaba que ya lo había conseguido, Simon siguió empujando y el carruaje comenzó a inclinarse ligeramente hacia el otro lado.

Dios santo, iba a volcarlo otra vez.

—¡Ahora! —gritó entonces.

Y Meeks puso en movimiento a los caballos delanteros. Eleanor apenas tuvo que guiar al caballo trasero para que avanzara recto. En solo unos pocos pasos, la rueda obstruida se liberó y los caballos aceleraron arrastrando el carruaje. Eleanor se apartó rápidamente. Meeks aminoró el paso de los animales y los condujo a una zona seca antes de detenerlos por completo.

Eleanor se dio la vuelta para mirar a Simon. Estaba cubierto de barro, agachado, con las manos en las rodillas y respirando grandes bocanadas de aire. Su rostro estaba rojo, pero por una vez no era a causa de la vergüenza.

Eleanor no pudo evitar mirarlo fijamente. No solo era adorable. Era

magnífico.

Simon se enderezó y cada músculo de su cuerpo se quejó en señal de desaprobación. Señor, al día siguiente estaría dolorido. Pero al menos el condenado coche estaba intacto. De todas formas sería mejor comprobarlo antes de seguir.

Sacó los pies del espeso lodo y se encaminó con esfuerzo hacia el carruaje. Eleanor estaba de pie como una estatua en medio del camino, mirándolo embobada. Echó un vistazo a sus ropas y descubrió que estaba cubierto de barro. Su camisa se aferraba a él como una segunda piel. Señor, ¡qué vergüenza que lo viera así!

—Supongo que mi aspecto es horroroso —señaló, y se echó a reír al imaginarse la ira de su ayuda de cámara cuando regresara a casa con la ropa y las botas arruinadas. Al mirar a Eleanor se dio cuenta de que sus faldas estaban cubiertas de barro de rodilla para abajo, al igual que las mangas desde el codo hasta la muñeca. La brillante cinta roja de la gitana, sin embargo, debió de haber quedado protegida por el puño de su pelliza, ya que destacaba como un faro entre todo aquel fango. Para rematar el cuadro, tenía un chorretón de barro en una mejilla y una deliciosa mancha en la punta de la nariz. Su sombrero estaba torcido hacia un lado, con los adornos dispuestos desigualmente. Sonrió al mirarla—. Puede que mi aspecto sea horroroso, pero si me permite decirlo, Eleanor, usted no está precisamente sin mácula. Vaya par.

Ella no habló, solo lo miraba fijamente con los ojos verdes muy abiertos y... algo más. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Tanto le sorprendía ver a un hombre cubierto de barro? No le parecía de ese tipo de mujeres mojigatas que se horrorizaban al ver a un hombre en mangas de camisa.

No creía que ella fuera en absoluto mojigata. Recordó el breve beso y la osadía con la que se había apretado contra él en el carro volcado. Aunque el roce había sido casi casto, no le cabía duda de que ella había sido muy consciente de su excitación. Hubo un ardoroso momento en el que sus ojos no se apartaron de los de Simon, antes de recuperar el buen sentido y quitarse de encima. Fue tan ardiente que se vio obligado a quedarse tendido un rato para recobrar el control de sí mismo. Aun ahora tenía que luchar contra el recuerdo de los labios de ella contra los suyos, sus suaves y redondos senos apretados contra su pecho, la carnosidad casi insoportable

de sus piernas a horcajadas sobre sus ingles. Por si fuera poco, cuando se arrastró fuera del carro disfrutó de una panorámica de sus maravillosamente formados muslos.

No, no era una mojigata. Ni una mujer desvalida. Si tuviera que conjeturar una hipótesis diría que Eleanor era una mujer autosuficiente que, no obstante, no se sentía del todo cómoda con su sexualidad. Era una mujer apasionada respecto a sus convicciones y probablemente, y de igual modo, lo era en otras áreas de su vida.

Con todo, apostaría a que no permitía a menudo que sus instintos físicos la dominaran. Era una pena. Algún día le gustaría comprobar hasta qué punto podría él liberar esas pasiones. Por supuesto que para que eso ocurriera su opinión sobre él tendría que cambiar de alguna forma. Estaba claro que Simon no era santo de su devoción. Sin contar que en aquellos momentos su aspecto era el de una rata de cloaca.

¿Qué demonios estaba mirando? Se echó otro vistazo para comprobar si había algo que pudiera llamar su atención, pero solo vio barro.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—¿Eh?

—¿Por qué me mira así, Eleanor? ¿Me han salido cuernos o una cola rizada?

—Oh. —Agitó la cabeza como si quisiera espantar algún pensamiento—. Lo siento. Es que... estuvo... Dios mío, eso ha sido espectacular.

Cielo santo, ¿eso en sus ojos era una chispa de admiración? ¿Una pequeñita? Bien, bien, bien. Simon se estiró los tiesos pantalones y sacó pecho como un gallo de corral.

—No ha sido nada —mintió, pues se había hecho daño en todos los músculos de su cuerpo. No obstante, obtener la admiración de aquella mujer compensaba el dolor.

Se aproximaron al carruaje, donde Meeks aguantaba todavía a los intranquilos animales. El postillón había realizado un excelente trabajo y Simon se lo agradeció. Le daría una o dos monedas adicionales en la siguiente posta. Simon examinó meticulosamente la rueda y descubrió que uno de los radios estaba roto.

—Maldición. Esto habrá que arreglarlo. ¿Cuánto queda para Market Harboro, Meeks?

—Unos seis kilómetros, señor.

Simon probó de nuevo la rueda.

—Si vamos a paso lento creo que aguantará hasta allí. Tendremos que repararla al llegar.

—Asumo que eso quiere decir que hoy no avanzaremos más —preguntó Eleanor en tono resignado.

—Eso me temo. No podemos arriesgarnos con la rueda. La próxima vez podría romperse y acabaríamos tirados en una zanja.

—No me importaría —aseguró—, dudo que pueda acabar más sucia que ahora.

Simon se echó a reír.

—Cierto, pero la próxima vez podría abrirse la cabeza. No, hay que repararla. Además, vendería mi alma por un poco de jabón y agua caliente.

—Yo también —dijo Eleanor, suspirando anhelante.

—Entonces vámonos. Meeks, si llegamos de una pieza se ganará media corona extra.

—Allá vamos, señor.

Entraron en el carruaje y pronto reemprendieron la marcha a un ritmo prudente. Meeks manejó a los caballos con destreza, avanzando en zigzag por el camino para evitar baches y surcos.

Simon se sentía muy incómodo. El maldito barro se estaba secando y la camisa, que antes era blanca, se le puso rígida en algunas partes y empapada en otras. Olía mal. Miró bajo la prenda para comprobar que el barro no le había llegado a la piel. Iba a tener que quitársela.

—Dese la vuelta, Eleanor. No puedo soportar este barro ni un momento más. —Ella giró bruscamente la cabeza hacia la ventana, Simon sonrió ante su desconcierto. Se desabotonó la camisa y se la sacó por la cabeza con cuidado sin poder evitar dejarse alguna mancha en el proceso. Puso la prenda del revés con esmero y usó la relativamente limpia parte interior para quitarse el barro de pecho, brazos y cara. Entonces tiró la prenda sucia al suelo y la apartó con el pie. Recuperó la chaqueta, se envolvió en ella y se la abrochó lo mejor que pudo sin tener que levantarse. Quedó al descubierto una parte en forma de uve de su pecho, pero era un mal menor.

—Es la mejor solución por ahora —dijo—. No es demasiado indecente, aunque tampoco un modelo de recato. Le pido disculpas, Eleanor, pero me atrevo a decir que el carruaje y nuestras prendas manchadas de barro serán prueba suficiente de nuestra desventura cuando lleguemos al Cisne y es de esperar que se me perdone una leve falta de decoro.

Eleanor se giró para mirarlo y sus ojos fueron a parar inmediatamente a su pecho. Los apartó abruptamente. Maldición. Era obvio que su parcial desnudez la ponía nerviosa, así que echó mano de una corbata, se la puso alrededor del cuello e introdujo los extremos debajo de la chaqueta. Así. Mucha menos carne al descubierto. Ninguna razón para sentirse turbada.

¿O acaso el problema no era ese? Quedaba el asunto del beso. Estaba seguro de que Eleanor lo había disfrutado antes de apartarse. Rememoró también aquella intrigante chispa de admiración que estaba seguro que vio antes en ella. Esperaba que fuera eso. No, sabía que era eso. Admiraba lo que había hecho.

Su pecho parcialmente cubierto se llenó de un ridículo orgullo.

—Me dijo que no era muy deportista.

Apenas había hablado desde que entraron en el carruaje, sus repentinas palabras lo pillaron por sorpresa.

—No estaba enterado de que remolcar carruajes del barro fuera un deporte.

—No quise decir eso.

—Entonces ¿qué?

—Dijo que su hermano era el deportista y usted era el ratón de biblioteca.

—Ah. ¿Cree que porque no me paso los días boxeando contra Gentleman Jackson o cruzando espadas con Henry Angelo¹ soy un afeminado que vive entre algodones? —No respondió de inmediato, y su confianza se desinfló un poco. Aquella maldita mujer tozuda tenía la determinación de pensar mal de él—. Sí, supongo que eso es precisamente lo que piensa.

Se giró para mirarlo. Sus ojos verdes, claros y diáfanos, se fijaron en los suyos.

—No, me sorprendió, eso es todo. Usted fue el que afirmó ser el hermano canijo y literato, y yo lo creí. No pensaba que pudiera hacer tal cosa.

La pequeña chispa de admiración asomó de nuevo a sus ojos. Ahora estaba seguro.

—Mi padre no permitiría que ninguno de sus hijos fuera un debilucho —dijo—. Nos forzaba a hacer todo tipo de extenuantes ejercicios físicos desde que empezamos a andar. Malcolm siempre disfrutó más de ello que yo, se esforzaba por destacar en todo tipo de actividades que para mí no tenían ningún interés. Yo jamás lo dejaría todo y viajaría doscientos cincuenta kilómetros para ver un combate de boxeo, por ejemplo. Él es mucho más

ancho que yo, a su lado soy un enclenque. Y está claro que soy el hermano lector. Me sorprendería que Malcolm hubiera leído algo que no fuera La Revista del Deportista.

Eleanor sonrió.

—En cualquier caso, me alegra saber que no es usted el hermano débil y delicado que me había hecho creer. Si no fuera por usted seguiríamos esperando en mitad de la carretera a que llegara ayuda. Sus esfuerzos nos han ahorrado mucho tiempo.

Simon no pudo evitar sonreír. Se había ganado una módica porción de respeto. Le agradaba mucho más de lo que hubiera imaginado.

—Gracias —respondió—. Pero recuerde que en absoluto estamos ganando tiempo. Meeks, gracias a Dios, se lo está tomando con calma. Pero sin contar con el tiempo que tardemos en llegar, deberemos parar a pasar la noche en Market Harboro para que arreglen la maldita rueda.

—Y para quitarnos el barro.

—Ay, señor, sí. El pobre carruaje tiene tan mal aspecto como nosotros. Haré que lo laven mientras arreglan la rueda.

—Con nuestra suerte comenzará a llover pronto y no hará falta que se tome esa molestia.

Le dedicó una sonrisa tan rotundamente encantadora que tuvo la poderosa necesidad de tocarle el rostro y limpiarle el barro de la mejilla. Con todo, no quería echar a perder el pequeño progreso que había hecho hoy. Sí, había permitido que la besara, pero había sido más dulce que apasionado. No se apresuraría. Quería que ese diminuto germen de admiración creciera y prosperara. Nada le agradaría más que desembarazarse del manto de la Entrometida y parecer un hombre de verdad a sus ojos. Un hombre corriente que casualmente era también un romántico sin remedio, que adoraba a las mujeres y que estaba empezando a adorar a esta hasta un punto más allá de la razón.

¹ N. del t.: John Gentleman Jackson, campeón de boxeo de la época. Henry Angelo, famoso espadachín.



«El caballero que abandona sus intenciones con una buena joven por motivos tan poco merecedores de ello como la fortuna o la posición social no merece la felicidad y es poco probable que la consiga.»

—La Entrometida

Llegaron sanos y salvos a Market Harboro. Si Eleanor se hubiera visto forzada a sentarse sobre aquellas ropas mugrientas un minuto más se habría puesto a gritar. O quizás se las habría quitado, igual que Simon. Él continuaba tan sucio y mugriento como ella, pero al menos se encontraba algo más cómodo.

Ver su pecho desnudo había provocado en Eleanor de todo menos comodidad. Por suerte se lo había cubierto parcialmente con la corbata. A pesar de ello, esa era otra razón para alegrarse de que aquella etapa del viaje terminara.

Ninguno de los dos mencionó el beso. Eleanor prefería fingir que no había ocurrido, Simon probablemente pensaba que era demasiado insignificante para referirse al asunto.

Era tarde y la ciudad estaba relativamente en calma, apenas unas cuantas tiendas permanecían abiertas. Una de ellas estaba situada bajo una encantadora y vetusta estructura de madera sostenida por columnas de roble. Justo detrás había una iglesia con una impresionante torre de aguja que dominaba la ciudad. Eleanor recordaba ambos edificios de otra ocasión en la que pasó por aquel lugar. No era una época que quisiera recordar.

—Ah, aquello debe de ser el Cisne.

Miró al otro lado de la calle principal y vio que así era. Una compleja estructura de hierro forjado con un cisne pintado en el centro adornaba el hermoso edificio. El postillón arengó a los caballos a cruzar el arco de la entrada, justo debajo del gran cartel. Eleanor soltó un largo suspiro.

Simon sonrió.

—Yo me siento igual —dijo—. Estoy harto de toda esta suciedad.

Cuando el carruaje se detuvo, Simon bajó de un salto y echó un rápido vistazo a la rueda trasera. Acto seguido dio la vuelta y ayudó a Eleanor a bajar.

—Justo a tiempo —señaló—. La rueda está a punto de desvencijarse. Permítame arreglar la estancia y luego haré que la reparen.

El posadero, un hombre alegre de prominente barriga que se presentó como el señor Pettigrave, se mostró extremadamente solícito y simpatizó con su accidente. Además, tenía un mensaje de Hackett que le entregó enseguida a Simon.

—Continúan sobre la pista —informó Simon tras leer la nota y cedérsela a Eleanor—. Son buenas noticias. Derby es la siguiente parada donde fueron vistos. Encontraremos nuevas instrucciones allí, en La cabeza del rey. —Se giró para dirigirse al posadero—. Espero que pueda acomodarnos a mi prima y a mí . ¿Dos dormitorios y un salón privado para la cena?

Eleanor no puso objeciones a que fueran primos una noche más. En cualquier caso estaba demasiado cansada para protestar. Por fortuna había habitaciones disponibles, o quizás Simon se había asegurado de que así fuera dándole unas monedas adicionales al posadero. Esperaba sinceramente que Simon fuera tan rico como ella creía, ya que ciertamente aquello le estaba costando una gran cantidad de dinero. ¿Cómo iba a poder pagarle jamás tal generosidad? ¿Con unos pocos besos? ¿O acaso esperaba algo más?

La mujer del posadero mostró a Eleanor su dormitorio mientras Simon fue a averiguar el asunto de la rueda. Tan rolliza como un redondo de ternera, de su enorme cofia sobresalían unos enredados rizos grises. La señora Pettigrave se aseguró de que hubiera un fuego encendido y de que se cerraran las cortinas. Se quejó y lamentó el horroroso estado de las ropas de Eleanor, sin parar de parlotear todo el tiempo.

—¡Dichoso barro! Es una lástima, vaya que sí, el estado de los caminos estos días. Bueno, de nada sirve lamentarse. No se puede detener la lluvia, ¿verdad? Venga, déjeme que la ayude a quitarse todo eso, querida. Oh, mire esta bonita pelliza. Pero no se preocupe, la secaremos en la chimenea grande de la cocina y le quitaremos ese barro, ya verá. Oh, y ese vestido de muselina, vaya, vaya... habrá que lavarlo. Mire esto. El barro le ha llegado hasta la blusa. Será mejor que me dé eso también. Dese la vuelta, querida, y le desataré el corsé.

La mujer continuó hablando sin parar mientras ayudaba a Eleanor a quitarse la ropa y ponerse el camisón. Cogió el vestido que Eleanor se iba a

poner para la cena y lo colgó junto al fuego para que se le fueran las arrugas.

—Bajaré todas estas cosas y las lavaremos —continuó hablando—. Las tendrá listas antes del desayuno o yo no me llamo Pettigrave. Un poco de barro no las estropeará. Oh, y mire esas botas. Asegúrese de dejarlas fuera esta noche para que nuestro chico se encargue de ellas. Será mejor que me dé esas medias también, querida, las lavaré junto con el vestido. Ahora póngase cómoda y haré que le suban agua caliente y jabón para que se sienta mejor, ¿está bien?

Cuando se fue, Eleanor se dejó caer en la cama de plumas, exhausta por los acontecimientos del día y por la incesante charla de la mujer. Se echó hacia atrás en el ondulante colchón y saboreó la soledad. Tenía mucho en qué pensar, todo ello, de un modo u otro, nada halagüeño.

Dejó otros asuntos a un lado y pensó en Belinda. A pesar de que la situación de su sobrina siempre había sido prioritaria en su cabeza, Eleanor había permitido que otros temas ocuparan durante aquel día sus pensamientos y se sentía culpable por ello. La seguridad de Belinda era la única cosa que le importaba. Nunca debía olvidarlo.

Belinda y Barkwith seguían en camino y aparentemente estaban juntos. ¿Dónde la estaría llevando? Las Midlands eran territorio de caza. Muchos hombres tenían cabañas en aquellas comarcas. ¿Le habría prestado algún amigo una residencia vacía fuera de temporada a Barkwith? Dondequiera que estuviesen, Eleanor tenía fe en Hackett y Mumby. Encontrarían ese lugar. Ojalá pudiera confiar en que Belinda se quedase allí y no saliera corriendo en cuanto descubriera la verdad.

Por otro lado, era poco probable que Barkwith echara a perder su juego tan pronto. Mantendría a Belinda ensimismada en la pasión física por algo más de tiempo. La pobre chica estaría tan enamorada que no se daría cuenta de lo que estaba pasando.

Pobre Belinda.

¿Y qué haría Benjamin? ¿La echaría de casa cuando se enterara de lo mala tutora que había sido? ¿Qué haría entonces? ¿Regresar a casa de sus padres? No, eso no.

No volvería allí. Quizás Constance la ayudara a encontrar un puesto de acompañante para alguna anciana respetable.

Una sirvienta llamó a la puerta. Traía agua caliente, jabón y unas toallas. Eleanor ardía en deseos de quitarse el polvo y el barro del camino. Le

habría gustado sumergirse en una profunda bañera llena de agua caliente perfumada, pero suponía que ese lujo era demasiado pedir para una fonda de paso, tendría que esperar hasta llegar a casa.

Se preguntó cuándo ocurriría. ¿Cuánto tardarían en atrapar a los huidos? Sus pensamientos volvieron a Belinda, a lo que le esperaba en las profundidades de la desesperación tras haber alcanzado cotas tan altas de alegría y pasión. Su corazón dio un vuelco por lo mal que lo iba a pasar la pobre chica, aunque eso no quitaba que tuviera ganas de retorcerle el gaznate.

Eleanor vertió el agua caliente en la palangana de cerámica y se quitó la bata. Introdujo un áspero trozo de tela en el agua y comenzó a lavarse. Por Dios, qué placer sentirse limpia de nuevo. Mientras se restregaba la suciedad del día, su mente se perdió en los acontecimientos del mediodía. El lazo en su muñeca —que inexplicablemente no se atrevía a deshacerse— le recordó a la gitana, y de nuevo se preguntó si sus palabras fueron una maldición. Si pensaba en todo lo que había ocurrido, en todos los retrasos del viaje, era una posibilidad.

Y entonces se acordó de Simon.

Estaba pensando en él, desnuda como estaba en mitad de la habitación. Maldito fuera aquel hombre, su esbelto cuerpo musculoso y su pecho al aire.

La nueva opinión que tenía de Simon la confundía tanto como la molestaba. Habría sido más fácil sentir desprecio por un hombre al que no respetaba, de cuyas opiniones pudiera burlarse y que no le resultara en absoluto atractivo. Su idealismo romántico, que ella odiaba, había horadado tanto la percepción que tenía de él como hombre que llegó a considerarlo un pusilánime en todos los aspectos.

Era desconcertante admitir que había estado equivocada en tantas cosas. Seguía sintiendo desdén por el rol que desempeñaba como la Entrometida, aunque estaba comenzando a aceptar que la filosofía tras su comportamiento estaba construida sobre algo más que ensoñaciones. Sus convicciones, aunque equivocadas, eran tan fuertes como las suyas.

Era extraño, pero había hecho falta un despliegue de potencia física por su parte para que descubriera sus otras fortalezas. ¿O estaba simplemente tratando de convencerse de que no era una superficial que se impresionaba fácilmente y que solo se sentía atraída por sus atributos físicos?

Sí, parecía absurdo, pero lo encontraba atractivo. Se preguntó si siempre

había pensado igual pero se lo ocultaba a sí misma debido al papel que tuvo en la fuga de Belinda. Ciertamente, Constance sí vio ese atractivo. En realidad hasta dijo que era adorable, y eso que probablemente ni siquiera llegara a ver los hoyuelos.

Eleanor terminó de lavarse y se puso delante del fuego para secarse. Agitó el vestido que la señora Pettigrave había colgado en la silla. Era el mismo de la noche anterior. ¿Se percataría Simon de ello? ¿Le importaba a ella que fuera así?

Hacía mucho tiempo que Eleanor no se permitía estar interesada en un hombre. No quería estarlo. Era demasiado peligroso.

De momento debía preocuparse por Belinda. Hasta que no la encontrara y se resolviera su situación no podía distraerse en otros menesteres.

Pasado un rato, limpia y arreglada, se reunió con Simon en el salón privado que había alquilado para la cena. Era una habitación pequeña y confortable con los suelos de madera, muebles funcionales y una chimenea con una elaborada estructura metálica delante del fuego que recordaba al cartel de la posada. Simon se puso de pie al verla entrar.

—Tendrá que conformarse conmigo esta noche —dijo al tiempo que se acercaba al aparador para servir unas copas de vino—. No vendrá ninguna madre con sus hijas para entretenernos.

—Es una pena. Podría haber afilado sus habilidades como dispensador de consejos. —Aceptó la copa de vino que le tendió y advirtió su sonrisa al ver el lazo rojo aún anudado en su muñeca. Le había dicho que no se lo quitaría. Era un recordatorio de la misión de encontrar a Belinda, nada más, no había motivos para que sonriera. Se sentó en la silla que él apartó para ella de la mesa redonda de pedestal situada en el centro de la habitación, y miró hacia atrás al notar que se demoraba más tiempo del necesario. ¿Qué estaba mirando? Simon cogió su copa y se situó junto al fuego. Eleanor aprovechó la oportunidad para estudiarlo mientras él le hablaba sobre el estado de la rueda del carruaje.

Tras admitirse a sí misma que lo consideraba atractivo, se preguntó cómo había podido alguna vez pensar lo contrario. Como siempre, iba perfectamente vestido: llevaba una camisa inmaculada, una chaqueta verde botella y un chaleco de seda a rayas. Ahora sabía que la ropa le quedaba tan bien por el cuerpo que había debajo. Su rostro estaba igualmente bien formado, con las definidas líneas y ángulos de una escultura griega adornadas con unos ojos del color de un cielo de verano. Aunque siempre

había preferido el pelo oscuro en un hombre, estaba comenzando a pensar que el castaño rojizo era bastante atractivo. En realidad el pelo de Simon era rojo oscuro, no tenía el tono de una zanahoria sino más bien el del cobre bruñido. Era espeso y algo ondulado, una se preguntaba cómo sería pasar los dedos por él.

Cielos, ¿qué le sucedía? ¿Pasarle los dedos por el pelo? Aquello era perfectamente ridículo.

—Espero que no se sienta muy decepcionada, Eleanor.

Y perfectamente embarazoso; no tenía ni idea de acerca de qué le había estado hablando.

—¿Disculpe?

Sonrió, mostrando sus blancos y rectos dientes. Y los hoyuelos.

—¿Ha oído algo de lo que he dicho?

—Lo siento, Simon, estaba pensando en las musarañas. —Eso era cierto en parte pero desde luego no quería que supiera que él era el objeto de sus pensamientos. No estaría bien que se llevara una impresión equivocada. Se sentía mucho más cómoda cuando discutían—. Cuéntemelo otra vez, ¿por qué voy a sentirme decepcionada?

—Estaba diciendo que el herrero no tendrá lista la rueda hasta mañana después de las diez. Si esperaba salir temprano será simplemente imposible.

—¡Oh, demonios! Otro estúpido retraso. Me pregunto si encontraremos algún día a Belinda.

—Quizás ellos han tenido la misma mala suerte en estos caminos embarrados y no están tan lejos como pensamos.

—Lo bastante. Dos noches seguidas juntos.

Simon puso una silla al otro lado de la mesa y se sentó frente a ella sin soltar el dispensador de vino. La copa de ella estaba casi llena, sin embargo él repuso la suya y dio un sorbo antes de hablar.

—Sé lo angustioso que le resulta todo esto —la reconfortó.

—Es peor que angustioso, se lo aseguro, saber que Belinda posiblemente ha tirado su vida a la basura por este hombre. No pretenda saber lo que siento.

—Lo siento, Eleanor. Por todo, de verdad. Sé que no desea oír esto pero siguen camino al norte. De momento han seguido la ruta de las diligencias que les llevará a Gretna desde Carlisle. Puede que...

—No, no van a Gretna. Ya se lo he dicho, una y otra vez.

—¿Hay algo que no me cuenta? Algo que le dé una certeza total sobre los planes de Barkwith.

Había muchas cosas que no le contaba.

—Conozco a ese tipo de hombres, eso es todo. Puede que la haya llevado a una cabaña por aquí mismo, en esta comarca.

—Aunque solo sea por discutir...

—Algo que siempre hacemos cuando saca este tema.

—Digamos que van a Escocia a casarse. Solo imagine por un momento que es así. ¿Qué haría en tal caso?

—¿Hacer? No habría mucho que pudiera hacer en esa improbable situación, ¿verdad que no?

—¿Lo aceptaría?

—Sí, por supuesto. De hecho lo preferiría a cualquier otro desenlace. Es la única situación que permitiría que Belinda retuviera algo de su respetabilidad. Aunque solo el cielo sabe qué clase de vida tendría con ese hombre.

—Ella lo ama.

—Como si eso importara.

—Las personas que se aman mutuamente pueden ser felices el resto de su vida. El amor puede durar años, ya sabe.

—Bah, otra de sus fantasías románticas.

—Siento mucho que no crea en la longevidad de la felicidad marital. Es un objetivo vital para mucha gente.

—Un objetivo inalcanzable. La pasión dura poco. Una vez que ese fuego se acaba queda poco para mantener un matrimonio con vida.

—Esa es una triste sentencia. Sospecho que su desafortunada experiencia, un matrimonio concertado aparentemente sin amor, ha marcado su actitud. ¿Ha conocido alguna vez un matrimonio feliz? ¿Sus padres quizás?

—Mis padres se despreciaban el uno al otro. En el momento en el que mi madre cumplió su deber y le dio un hijo, se sintió libre para enredarse en multitud de aventuras amorosas, casi tantas como mi padre. Se me dijo que fui el resultado de un momento de locura que no se volvió a repetir.

—Dios santo, no es de extrañar que ahora sea una desconfiada. Pero seguro que ha conocido algún otro matrimonio feliz. ¿Qué me dice de su prima, la señora Poole?

—Constance es una tonta romántica. Se parece a usted; de hecho, sigue

locamente enamorada del señor Poole tras ocho años y cuatro hijos. Su etapa de bendición marital ha durado algo más que la del resto, lo admito. Su amor se marchitará y la pasión se gastará a su debido tiempo.

—No necesariamente —atajó Simon—. He conocido muchos matrimonios que mantienen el amor, e incluso la pasión, durante décadas. A mi madre, por ejemplo, se le siguen iluminando los ojos cuando mi padre entra en la habitación. Se adoran. No me sorprendería que el romanticismo y la felicidad de su prima se alargaran otros veinte o treinta años. Puede ocurrir, Eleanor.

Quería rebatirle, pero en ese momento la puerta se abrió y entraron dos camareros acompañados de la señora Pettigrave.

—Aquí tienen, queridos —dijo la dueña—. Directamente de la cocina, todo bueno y caliente.

Apartó el dispensador de vino y colocó un mantel blanco en la mesa. Uno de los camareros soltó su carga en el aparador y dispuso rápidamente los platos y utensilios para la comida.

—Servimos buena comida aquí en el Cisne. Nada estiloso, pero bueno, se trata de entrañable comida de campo. Para engordar, ya saben. Eso es bueno para usted, señor, si me permite que se lo diga. Podría ganar un poquito de carne. Parece que lo han metido por el ojo de una cerradura, tan estirado. Aquí tienen una buena pata de cordero fresca y un poco de jamón. Sam, ponlo aquí mismo. Y Ned tiene una buena ave asada. Un plato de patatas, otro de guisantes y un poco de pepino estofado. Lo justo, ¿eh? Mandaré subir a uno de los chicos dentro de un rato con el queso y una de mis tartas de grosella. ¿Quieren algo más, señor?

—De momento no —dijo Simon—. Todo tiene una pinta deliciosa. Estoy deseando probar esa tarta de grosella.

—Bueno, no me gusta presumir, pero parece que a la gente le gustan mis tartas. Las llevo haciendo desde que llegué al Cisne hace treinta y cuatro años.

—¿Treinta y cuatro años? Eso es mucho tiempo.

Eleanor no quería que Simon comenzara una conversación con la mujer, a la que sin duda no le importaría charlar durante horas. No tenía ni idea de en lo que se estaba metiendo.

—Vine al Cisne cuando me casé con el señor Pettigrave —relató—. He trabajado aquí desde entonces. Solía...

—¿Ha estado casada con el señor Pettigrave treinta y cuatro años? —Sus ojos se posaron fugazmente en Eleanor.

—Así es, señor. Hemos estado...

—¿Han sido unos años felices? Si me permite la pregunta...

Eleanor soltó un gruñido. Sabía exactamente dónde quería ir a parar. ¿No se rendía nunca?

La dueña se quedó callada tras oír la cuestión. La había cogido bastante desprevenida.

—¿Felices? —Se encogió de hombros—. En su mayor parte. Al principio las cosas fueron duras, pero desde que la posada pasó al señor Pettigrave a la muerte de su padre hemos estado bastante bien. Tenemos...

—Pero ¿y usted y el señor Pettigrave? Aparte de luchar para mantener la despensa llena, ¿ha sido su matrimonio feliz? ¿Todavía... se agradan?

La cara rechoncha de la mujer se quebró en una sonrisa.

—Vaya, ¿está flirteando conmigo, señor Westover? ¿Trata de averiguar si estaría dispuesta a un poco de traqueteo? —Levantó la mano para tocarse el lazo de su cofia y echó su amplio pecho hacia delante—. Es usted un diablillo descarado, ¿eh? Bueno, será mejor que el señor Pettigrave no lo coja tirándome los tejos, no lo soportaría.

Los ojos de Simon brillaron.

—Es de los celosos, ¿verdad?

Se echó a reír y su orondo cuerpo tembló cuando lo hizo.

—¡Y que lo diga! Ese hombre es un animal, se lo digo yo, un tigre.

¿Ese posadero de rostro amable y voz suave, un tigre? Eleanor se tuvo que aguantar la risa.

—Digamos que no le gusta que otros hombres muestren su interés. Se pone hecho una furia. —Agitó las pestañas con pícara ingenuidad—. Por supuesto yo no animo a nadie a ello, ¿verdad que no? Así que si tiene en mente algo de esa índole ya le digo que no va a llegar muy lejos. El señor Pettigrave se enfadaría. Además —bajó la voz en un susurro conspiratorio—, no está bien que me seduzca delante de esta dama.

—Entonces, ¿sigue el señor Pettigrave enamorado de usted?

—¡Vaya por Dios! Es usted un pillo persistente, ¿eh? Como siempre digo, los tipos grandes, altos y pelirrojos solo dan problemas. —Sonrió a Eleanor y le dedicó a Simon lo que ella creía que era una sonrisa provocativa—. Sí, ya que me lo pregunta, al señor Pettigrave todavía le gusto, tras todos estos años. Nos casamos enfervorecidos, estábamos tan locamente enamorados

que no pudimos esperar. No podíamos apartar las manos el uno del otro. Y le aseguro que aun ahora ese hombre no me quita las manos de encima.

Se tapó la boca y se rió como una niña traviesa. Eleanor tuvo que resistirse para no hacer lo mismo.

—No debería ir por ahí diciendo esas cosas —continuó la dueña—, pero es la verdad. A veces es contradictorio y tozudo como una mula pero no cambiaría al señor Pettigrave por ningún hombre de la Tierra. Ni siquiera por un guapo diablillo como usted. Así que tenga cuidado cuando esté cerca de él, señor Westover, procure que no se entere de que le gusto.

Diciendo esto se dio la vuelta y dejó el salón meneando las caderas, riendo alegremente para sí. Simon miró a Eleanor, sonrió y alzó las cejas interrogante.

—¿Y bien? ¿Qué me dice a eso?

—Digo que mejor será que el posadero no lo pille flirteando con su esposa. Simon echó la cabeza hacia atrás riendo a carcajadas.

A pesar de haber salido tarde, a la mañana siguiente llegaron pronto a Derby. Era una ciudad vieja, de calles espaciosas y bien pavimentadas y muchas casas elegantes y edificios públicos. Incluso contaba con un bello mercado.

Se detuvieron en La cabeza del rey, cerca de la plaza del mercado, donde los investigadores habían dejado el mensaje de que Barkwith, que decía viajar con su esposa, había sido visto en Ashbourne. Pidieron pasteles y una tetera antes de seguir adelante. Eleanor hizo una mueca sombría con la boca al servirlo.

—Al menos pretende resultar respetable —dijo Simon—. Es lo que esperaba, ¿me equivoco?

—Sí, por supuesto. Mejor que la trate como a su mujer que como a su... querida. Lo que pasa es que es muy triste saber con total certeza que han llegado a la intimidad. —La expresión en sus ojos hacía notar lo desagradable que le resultaba esa idea—. Es muy joven.

Él le tocó la mano donde los extremos de su lazo rojo pendían de su muñeca. Le agradaba que siguiera llevándolo puesto.

—Si viaja con el nombre de Barkwith —indicó— la señorita Chadwick no será asociada con esta aventura.

—Quizás. Pero tiene un aspecto característico que todo el mundo recuerda.

Solo espero que nadie que nos conozca de Londres oiga noticias de la bella morena de ojos aguamarina que viaja con ese sinvergüenza. Sabrán enseguida de quién se trata. Oh, ¡maldito sea ese tipo! ¿Por qué tuvo que engatusarla de esa forma? ¿Por qué no la cortejó normalmente, como cualquier caballero respetable?

—¿Lo habría aprobado usted?

—No, por supuesto que no.

—Entonces ahí tiene la razón por la que eligió fugarse.

Emitió un sonido similar a un gruñido. No estaba seguro de si estaba enfadada con Barkwith o con Simon por insinuar que todo aquel asunto era una fuga y no algo más siniestro.

—Ay, ¿por qué no se enamoraría Belinda locamente de alguien como Charles Pendleton?

—Quizás no era tan atractivo como Barkwith.

—Ni mucho menos —dijo sonriendo vagamente.

—Bueno, no puede culparla entonces. Los hombres atractivos, guapos y encantadores como nosotros siempre tenemos mujeres enamoradas a nuestros pies. Los demás tipos no tienen nada que hacer.

La sonrisa de ella se ensanchó.

—Al fin estamos de acuerdo. Ustedes, los tipos guapos, hacen que sea difícil para una joven impresionable tomar una decisión sensata. Los ven como caballeros con sus brillantes armaduras y los corrientes señores Pendleton del mundo nos parecen soberanamente aburridos.

¿Pensaba Eleanor que era un caballero de brillante armadura? No, por supuesto que no. Qué idea tan estúpida. Solo estaba siguiéndole aquella broma tonta. Pero lo de ser su caballero de blanca armadura... eso estaría bien.

Se terminaron pronto el té y regresaron al carruaje. Gracias a las carreteras despejadas y a los eficientes relevos de caballos y postillones, llegaron pronto a Ashbourne. Las noticias con las que se encontraron en el León dorado fueron descorazonadoras.

Los investigadores habían perdido el rastro.

En el mensaje de Hackett se les pedía que esperaran en la posada mientras él y Mumby comprobaban las posibles rutas. Ashbourne era una encrucijada de donde salían seis carreteras diferentes. Los fugitivos podían haber tomado cualquiera de ellas.

Simon compartía la frustración de Eleanor.

—Maldita sea. Yo esperaba que tomaran la carretera de Leek pero Hackett dice que no fue así. Supongo que solo nos queda esperar. Conseguiré un salón donde podamos estar cómodos y pediré algo de comer.

Simon lo arregló todo mientras Eleanor permanecía a su lado en silencio. Luego la llevó al salón alquilado y le ofreció una silla junto a la chimenea. Se quitó el sombrero y se atusó el pelo. El fuego era agradable aunque quizás el ambiente estaba demasiado caldeado, lo que generaba un encantador tono rosado en sus mejillas. A Simon no le sorprendió que se levantara para quitarse la pelliza. El casimir verde oscuro estaba abrochado a la cintura con una pequeña hebilla de oro y una vez que se lo soltó, Simon la ayudó a sacarse la prenda. El vestido de muselina prensada de debajo era sencillo y por desgracia recatado, de cuello alto y mangas largas. No se veía nada de su piel desnuda.

Se sentó de nuevo durante un momento, luego se levantó como una marioneta tirada por sus hilos y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Maldita sea —dijo—, esto es desquiciante. ¿Qué hacemos aquí sentados esperando? Deberíamos estar buscando en los caminos también, seguro que alguien los ha visto.

—Estoy de acuerdo con que es exasperante, pero si nos vamos, los investigadores no nos encontrarán cuando tengan noticias. Me temo que lo mejor es quedarnos aquí.

La llegada de comida y bebida les dio algo en lo que ocupar su tiempo. Simon trató de sacar algún tema de conversación banal mientras cortaba el jamón frío pero Eleanor no reaccionó, inmersa como estaba en la rabia y la impaciencia.

—No puede ser una espera muy larga —dijo entre bocado y bocado de la ensalada de pepino—. Hackett y Mumby rastrearán bastante rápido todas las carreteras hacia el norte.

—Si es que fueron al norte.

Seguía con la idea idiota de que Barkwith no se iba a casar con Belinda. Todas las señales, a pesar de este contratiempo menor, indicaban que su destino era Gretna. ¿Por qué no podía aceptar Eleanor que su sobrina estaba metida en una situación de matrimonio a la fuga? ¿Por qué era tan obstinada?

—Creo que deberíamos asumir que han ido al norte hasta que no tengamos pruebas de lo contrario —dijo—. Es la única dirección lógica.

—Hay muchas fincas en Derbyshire. Barkwith se codea con gente de alta alcurnia. Uno de ellos puede haberle prestado una parcela para llevar a Belinda.

Las palabras de Eleanor provocaron que Simon dejara de cortar su pastel de pichón y levantara la vista para mirarla.

—Eleanor, sea razonable. Es poco probable que un hombre lleve a su amante a una finca grande en el campo. Esas cosas no se hacen.

—A veces sí. —Calmó el tono de voz, su mirada era distante, estaba perdida en sus pensamientos. Poco a poco, el fuego regresó a sus ojos—. Diablos —dijo al fin—, creo que cuando los encontremos no podré resistirme a asesinarlo. Voy a matar a ese hombre.

Era obvio que no iba a cambiar su opinión respecto a las intenciones de Barkwith, y Simon no quería alterarla más después de los progresos del día anterior. Entonces había percibido claramente su admiración por él y no quería contrarrestar aquel logro desafiando sus convicciones.

—Tendremos que esperar a ver qué pasa. Entretanto, ¿quiere un poco de jamón?

Simon llegó hambriento y había comido bastante, Eleanor, muy poco. No estaba seguro de si debía hacerla entrar en razón o simplemente tomarla en sus brazos y dejarla llorar. Por supuesto, sabía cuál de esas opciones prefería pero no creía que ella llorara tan fácilmente. Era demasiado tozuda, estaba demasiado enfadada, era demasiado orgullosa.

La mayoría de los hombres que conocía se sentían atraídos por mujeres dóciles, dulces y frágiles que los hacían sentirse fuertes y protectores. Simon nunca había buscado esa clase de seguridad. Prefería mujeres de voluntad férrea y mente propia. Eleanor, espléndida y preciosa en medio de sus justos ataques de rabia, lo atraía más que cualquier otra mujer que recordara.

Y estaba además ese delicioso labio superior.

Tras la comida seguía sin haber noticias de los investigadores y la agitación de Eleanor era palpable. Estaba otra vez dando vueltas por el salón. Simon se había retirado a una ventana y estaba encaramado en el ancho saliente con la esperanza de encontrar algo afuera que lo entretuviera. No había mucho que ver salvo la hilera de humildes casas y una iglesia con una bella torre. Estaba leyendo ausente una inscripción en el

alféizar cuando reparó en otra cosa que había escrita. Curioso, se inclinó para investigar.

—Oh, vaya —dijo—. ¿Quiere mirar esto, Eleanor? Esta ventana es un verdadero manual de versos. —Le hizo un gesto para que se acercara—. ¿Ve todas estas inscripciones? Parece que durante años y años los visitantes han dejado aquí su marca. ¡Ah! Recuerdo cuando Malcolm y yo éramos pequeños y competíamos por encontrar el mensaje más antiguo inscrito en cualquier lugar viejo al que fuéramos. Normalmente era la tumba de un pobre tipo profanada por siglos de visitantes dejando sus huellas.

—Yo solía hacer lo mismo —dijo Eleanor; una sonrisa iluminaba sus ojos por primera vez desde que habían llegado a Ashbourne—. Siempre me han gustado estos viejos mensajes del pasado. Me acuerdo de cuando iba a la torre de Londres de pequeña y me tenían que arrastrar para que me fuera de allí porque no podía parar de leer las inscripciones que había en una de ellas, no recuerdo cuál.

—La torre Beauchamp.

—Sí, esa era. Recuerdo que leí un libro de historia en el colegio que mencionaba que Guildford Dudley había inscrito el nombre de su joven esposa, lady Jane Grey, en la pared de piedra de la torre mientras estaba apresado esperando su ejecución. Busqué y busqué hasta que encontré la minúscula palabra: «Jane». De algún modo su encanto era mayor a las elaboradas inscripciones de otros prisioneros que estuvieron allí meses o años. El pobre Guildford no estuvo allí lo suficiente para poder rendirle otra cosa que no fuera ese simple tributo.

—Vaya, Eleanor —dijo Simon sonriendo ampliamente—, qué historia tan romántica. No es propia de usted.

—Es usted un hombre horrible.

Simon la cogió del codo y la acercó más.

—Mire aquí: «¿Qué mejor chica en la que pensar que Selena Dobbs de Lincoln? F. H., 1754». Un poeta que sigue a su corazón. Apuesto a que las otras ventanas tienen muchos mensajes. Veamos quién encuentra el más antiguo.

Ella le sonrió, agradeciendo y aprobando sus intentos por distraerla. Al inclinarse sobre la ventana al otro lado del salón, dijo:

—Cielo santo, hay cientos de ellas. Aunque no hay muchos versos. Solo mensajes cortos e iniciales, lo normal. «Amo a Dolly Walker-J. B., 1733.» Y

aquí pone «Dulce Jane Dorrit» con un corazón, fechado en 1714.

—Ajá. Gano yo: «E. G. ama a P. T., 1706».

—No todos son mensajes de amor: «Peter Holdern estuvo aquí, 1701».

—Ah, pero «Annie S., mi amor verdadero, 1698».

—Es usted incorregible, Simon. Siempre igual de romántico. Oh, aquí hay uno interesante: «Marchamos con el príncipe Charlie». Un pedacito de historia, me pregunto quién fue y si sobrevivió a Culloden.

—Pero sigo ganando yo con el de 1698.

—Espere. Tengo uno. «Ningún corazón más sincero que el mío hacia ti. A. W., 1636».

—No. ¿De verdad? ¿1636? Y con ese sentimiento tan encantador. ¿Puedo superar algo así? Veamos. No. No encuentro ninguno anterior, pero qué le parece este: «F. B. tiene la llave de mi corazón, de su lado nunca me iré. J. M., 1762». ¿Lo ve, Eleanor? No soy el único que sueña con amor y felicidad eterna.

—Y le deseo suerte encontrándolo.

—¿Y si yo escribiera algo? —preguntó.

—Seguro que tiene algún verso cursi a mano, no lo dudo.

—No creo que haya tiempo para poner una de mis odas. —Además, la oda al labio superior estaba todavía en fase creativa, no estaba lista para ser inmortalizada en el alféizar de una ventana—. He pensado en algo corto y simple.

—Ah. Entonces quizás: «La Entrometida, consejos poco prácticos gratuitos».

Él se rió.

—No, incluso más simple. Solo un nombre.

—«Simon, 1801.» Algo poco inspirado, pero directo sin duda.

—No, no pondré mi nombre.

Ella lo miró interrogante.

—¿Entonces qué?

—«Eleanor. Un sencillo tributo.»

Simon se encontró con la mirada de ella, que estaba al otro lado de la sala, y un denso silencio se extendió entre ambos. Sus ojos verdes se oscurecieron con una expresión que juraría que era de deseo, una mirada que le encogió las tripas y casi le detuvo el corazón. Dio un paso hacia ella...

La puerta del salón se abrió con un crujido ensordecedor y Obidiah Hackett

entró ruidosamente, sin aliento. Maldición. Eleanor se dio la vuelta y se quedó de pie en medio de la habitación con una mano en el pecho y los ojos muy abiertos a la espera de noticias.

Hackett se quitó el sombrero y se secó la frente.

—Los hemos encontrado.

Eleanor resolló levemente.

—¿Han encontrado a Belinda?

—Disculpe, señora —dijo Hackett—. He elegido mal las palabras. Me refería a que hemos encontrado su rastro. Tomaron la carretera de Buxton y fueron vistos por última vez en Las tres coronas. Apostaría mis botones de latón a que regresaron a la carretera principal en Stockport. No obstante, debo partir de inmediato si quiero asegurar esa información esta noche. Mumby ya está de camino. Está oscureciendo, así que les recomiendo que pasen la noche en la posada Las tres coronas de Buxton. Uno de nosotros cabalgará hacia allí para darles un informe. —Hizo una breve reverencia—. Señora. Jefe.

Simon lo siguió hasta el pasillo y le dio unas pocas monedas.

—Por favor, dese prisa —le dijo.

Hackett asintió agradecido, se metió el dinero en el bolsillo y se dio la vuelta para marcharse, pero entonces se detuvo.

—Por ciertamente, jefe —dijo—, todas las posadas de Buxton parecían ocupadas. Puede que tenga que soltar unas cuantas guineas adicionales para conseguir una habitación.

Cuando Simon regresó al salón, Eleanor ya se había puesto la pelliza y estaba atándose los lazos del sombrero. La expresión relajada que animaba su rostro pocos minutos antes, así como esa leve llamarada de algo más, había desaparecido. De nuevo estaba centrada en el asunto principal.

—Vamos —exhortó.



«El verdadero afecto no siempre responde a un escrutinio lógico. Un millar de definiciones y explicaciones razonables no ayudarán a entenderlo ni siquiera un ápice.»

—La Entrometida

Era tarde cuando avistaron las primeras casas de Buxton. Habían atravesado páramos y colinas sombrías, pasando por las mesetas desoladas y acantilados de piedra caliza para llegar a la nueva ciudad balneario. Era como deslizarse en un depósito natural entre los picos; la luminosa y moderna ciudad estaba rodeada en tres de sus lados por un anfiteatro de verdes colinas silvestres.

—¡Qué encantador! —se sorprendió Eleanor—. Vaya, mire, hay una gran medialuna. —El magnífico edificio semicircular con su piedra nueva recién pulida brillaba suavemente bajo el crepúsculo—. Es casi como un Bath en miniatura.

—Eso es lo que pretendía el duque de Devonshire al invertir tanto dinero en construir Buxton —comentó Simon—. Hay arroyos naturales por aquí, ya sabe. Se dice que los romanos tenían pozos, pero ninguno ha perdurado. Llamaron a este lugar Aquae Arnemetioe, el balneario de la diosa en el huerto. El pozo de Santa Ana se ha considerado durante siglos un lugar sagrado por sus aguas curativas. Cromwell lo mandó tapiar con la esperanza de destruir la creencia en su poder.

—Cielo santo, ¿cómo sabe tanto sobre ello? —Eleanor tiñó sus palabras con tono de burla—. ¿Ha memorizado una guía para impresionarme?

—Conozco bien la zona. Tengo una pequeña casa por aquí. —Entonces sonrió, casi desarmándola con el brillo de su mirada—. Pero me alegra haberla impresionado.

No podía sentirse otra vez de esa manera.

—Pensé que vivía en la formidable casa de su padre en Londres.

—Solo me quedo allí cuando estoy en la ciudad. En realidad paso mucho tiempo aquí en Derbyshire. Tengo unos buenos amigos que viven en una casa cercana, pasamos mucho tiempo juntos, charlando, escribiendo o paseando.

—En comunión con la naturaleza, diría yo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Sí, de hecho considero el campo más inspirador y romántico que la ciudad. «Contemplo estos altos acantilados, que en un escenario aislado impregnan pensamientos de profunda soledad, y conectan el paisaje con la quietud del cielo.»

Eleanor enarcó las cejas, sorprendida. Eso no era lo que habría esperado de la sobrecargada pluma de la Entrometida.

—¿Es suyo?

—Wordsworth. —Ah. Lo imaginaba—. Igual que a él, me encanta el paisaje de páramos de esta zona y su aire vigorizante. Algunas ciudades y pueblos de los alrededores son encantadores. Buxton, por ejemplo. —Señaló con la cabeza en dirección a la ciudad, en cuyo centro se estaban internando en esos momentos—. Aunque es muy antigua, es de nuevo desarrollo. Hasta ahora, sin embargo, no ha logrado alcanzar las expectativas que Devonshire puso en ella ni ha adquirido el nivel de popularidad que él esperó.

—¿De verdad? Pues ahora mismo parece muy popular.

Los postillones habían aminorado el paso debido a la extraordinaria densidad del tráfico de la supuestamente tranquila y pequeña ciudad balneario. La calle principal, al igual que otras carreteras y cruces estaba repleta de todo tipo de vehículos: grandes diligencias con chóferes encapuchados llevando las riendas y parejas de hombres con libreas a pie en la parte de atrás; equipos montados por postillones tirando tálburis privados y calesas amarillas alquiladas; elegantes carros de dos ruedas con postillones a las riendas y caballeros jóvenes sentados detrás, y un surtido de carros de caza y carromatos más humildes. Los hombres a caballo zigzagueaban entre los vehículos y peatones.

A Eleanor le recordaba a Hyde Park a una hora avanzada del mediodía, aunque menos elegante. Muchos de los caballeros tenían aspecto de dandis, pero no vio a ninguna mujer tocada con un sombrero a la última moda acicalarse y posar en una calesa abierta o un landó. Aun así, no era la clase de multitud que se espera encontrar en mitad del distrito de Derbyshire.

—Hackett mencionó que la ciudad estaba abarrotada de gente —comentó Simon—, no dijo por qué. Me pregunto a qué se debe. La ciudad no parece dispuesta para acoger una feria y no es una ciudad de mercado.

—Puede que no encontremos habitaciones para pasar la noche con toda esta gente. Quizás deberíamos esperar otro informe de Hackett o Mumby y

seguir adelante.

—Estoy de acuerdo —dijo—, pero no podemos saber cuándo regresarán. Puede que no sea hasta tarde, o incluso mañana por la mañana. Me temo que pasaremos cierto tiempo en Las tres coronas.

Pronto llegaron a la gran posada, cuyo patio encontraron atestado de carruajes. Los postillones se las arreglaron para encontrar un hueco libre y condujeron a los caballos hacia él. Simon descendió de un salto y ayudó a Eleanor a hacer lo propio.

—Será mejor que me encargue de conseguir caballos frescos. Si la posada está tan concurrida —dijo—, tengo que asegurarme de conseguir animales para mañana. Puede esperar aquí si lo desea.

—No, iré adentro para ver si hay posibilidad de conseguir habitaciones. Quizás haya un posadero susceptible a un poco de flirteo.

Simon sonrió, mostrando sus hoyuelos.

—Ningún hombre se resistiría a esos increíbles ojos verdes. No tengo duda alguna de que para mi regreso habrá conseguido las dos mejores habitaciones de la ciudad.

—Y si no preguntaré por la mujer del posadero y dejaré que usted haga su trabajo. Se le dan bien, según tengo entendido.

Eleanor se marchó, dejando atrás la risa de Simon. No importaba lo sarcásticas o despectivas que fueran sus palabras, Simon nunca se las tomaba mal. Su naturaleza era insoportablemente alegre. Eso se debía probablemente a sus hoyuelos. Sería muy fácil sucumbir ante un hombre así, sin embargo tenía la determinación de no hacerlo. Admitía que era atractivo, pero no iría más allá. No permitiría, bajo ninguna circunstancia, que Simon Westover la encantara, cortejara o sedujera. Sabía exactamente adónde conducía esa estupidez, ya había pasado una vez por ello y no tenía intención de repetirlo.

La primera puerta que vio parecía ser la de la taberna. Los sonidos del interior indicaban la presencia de una clientela animada, incluso ruidosa. Maldición. Tenía pocas esperanzas de encontrar habitaciones disponibles con tanta gente. No obstante, no le agradaba la idea de pasar la noche en el banco de una bulliciosa taberna.

Irguió los hombros, trató de mostrarse confiada y abrió la puerta.

—Vaya, vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí? Mirad qué cosa más linda nos ha traído el viento, amigos. Ven aquí, cariño. Danos un beso.

Eleanor suponía un frustrante enigma para Simon. Estaba de mal humor desde que dejaron Ashbourne. Nunca perdía una oportunidad de desacreditar su idealismo y lanzarle burlas sobre la Entrometida. Sus chistes y bromas suponían, probablemente, el preludio a una viva discusión, de buen carácter, durante la cena. No le importaba debatir con Eleanor. Era una mujer inteligente, conversar con ella podía ser muy estimulante. Simplemente le gustaría que no fuera tan condenadamente descreída. Y que no tuviera tanto miedo.

Parecía que cada vez que pasaban un momento agradable juntos, incluso un casto instante de atracción mutua, ella se retiraba para refugiarse en su contradictorio y combativo humor. No le quedaba otro remedio que respetar el hecho de que necesitaba sentir que controlaba todas las situaciones; para Eleanor la posibilidad de una atracción física amenazaba con romper ese control.

Pobre Eleanor. Se preguntaba qué le habría ocurrido para que tuviera tanto miedo de sentir, de permitirse un poco de pasión. ¿Quién le había hecho tanto daño? ¿El señor Tennant? La causa, fuera la que fuera, era profunda y estaba sólidamente enraizada. No podría desembarazarse de su influencia aunque quisiera. En lugar de eso, se escondía bajo una armadura de censura y burla.

Hubo momentos, cuando sus ojos se encontraron en una intensa y breve unión, cuando se besaron, en los que Simon estuvo seguro de que ella sentía la misma atracción física hacia él. Y no había que olvidar aquel momento tan plenamente sexual, cuando el carruaje volcó, tras el casto beso. Cada uno de aquellos incidentes solo había durado unos instantes; Eleanor se había apartado de su lado antes de que la cosa pasara a mayores.

Simon decidió que su misión en aquel viaje sería ganarse su confianza, mostrarle que podía perder el miedo.

Se acercó a los establos e hizo los arreglos necesarios para disponer de cuatro caballos frescos y dos postillones por la mañana. La posada era popular y tenía un establo amplio. La situación implicaba que hubiera más trabajo y que más mozos de cuadra trabajaran de noche, pero no había escasez de animales. Para asegurarse, dejó unas pocas monedas en las manos del mozo de cuadra.

—Así será, señor. Tendrá sus cuatro caballos y dos chicos para partir de cuando usted diga. Puede que sea antes de lo que cree. No espere

encontrar siquiera un cuchitril libre para esta noche. Podrán dormir tres en la misma cama y dese con un canto en los dientes.

—¿A qué viene tanta actividad?

—Al combate, por supuesto.

—Cielo santo, ¿va a haber un combate?

—¿Quiere decir que no ha venido por eso? —El mozo meneó la cabeza y chasqueó la lengua—. Es un mal momento para venir a Buxton si no es por el combate. Todos los señoritos desde Birmingham a York han venido aquí para ver la pelea de Crawley y Duggan de mañana.

Por primera vez, Simon se fijó en la gente que había en el patio y las calles. A excepción de un par de viejas alcahuetas, no se veía a ninguna mujer. La ciudad estaba abarrotada de hombres. Muchos hombres.

¡Dios santo! Eleanor acababa de entrar sola en la taberna de una posada llena de hombres que habían acudido a ver un combate. Vividores libertinos en un viaje de placer. Hombres que sin duda ya habían bebido de más brindando por la pelea del día siguiente. Hombres rudos que no esperaban ver a una dama respetable caminar entre ellos.

Simon echó a correr. Abrió de golpe la puerta de la ruidosa taberna y se le cayó el alma a los pies.

¡Eleanor!

Se hallaba en las garras de un borracho, al que pateaba y arañaba para intentar zafarse. La había colocado en su regazo y la sostenía con fuerza a pesar de que ella no paraba de luchar. El tipo le toqueteaba un pecho con una de sus grandes manos e intentaba besarla.

La rabia irrumpió en el ánimo de Simon y lo poseyó por completo. De dos largas zancadas se colocó junto al lascivo desgraciado. Lo agarró por la muñeca y retiró la impúdica mano del pecho de Eleanor. Mantuvo asida la muñeca como si sus manos fueran unas tenazas y le propinó al enorme bobo un puñetazo en plena cara.

El estúpido borracho se derrumbó hacia atrás como un árbol caído y golpeó el suelo con un sonoro golpe.

Eleanor nunca se había sentido tan contenta de ver a alguien en toda su vida. Simon le puso las manos en los hombros y la examinó con ojos ansiosos para asegurarse de que no le habían hecho daño.

—Dios mío, Eleanor, ¿está usted...?

—¡Cuidado, Simon!

Al darse la vuelta se encontró con los nudillos de uno de los esbirros del asaltante. Simon encajó el golpe sin llegar a caer al suelo.

El hombre miró a Simon con odio en sus ojos y en posición de combate.

—Esto es lo que consigues, truhan pelirrojo, por venir cuando un hombre ha reclamado lo suyo. Este tipo es mi amigo y no nos tomamos bien que quieran llevarse lo que es nuestro.

Simon dio un despreocupado paso al frente y le destrozó la mandíbula de un potente rechazazo.

—Y esto es lo que consigues por insultar a una dama.

Y de repente se desencadenó un infierno en la taberna. Se soltaron puñetazos, se escucharon gritos y volaron mesas y sillas. El hombre al que Simon había golpeado graznó enfurecido y se lanzó contra él, lanzando golpe tras golpe. Eleanor se puso de rodillas para evitar un puñetazo y se colocó detrás de una mesa caída para protegerse. Estaba cerca de la puerta, podía haber escapado con facilidad, pero un duendecillo malvado en su hombro la incitó a quedarse a mirar.

Pobre Simon. Tres hombres le estaban atacando al mismo tiempo y, aunque se defendía valientemente, eran demasiados para él. Eleanor palpó con las manos el suelo húmedo a su alrededor y encontró una jarra de cerveza. Apuntó a uno de los hombres que estaban masacrando a Simon, la lanzó y el pesado recipiente le alcanzó justo encima de la oreja. Enrabiado, aunque sin saber muy bien de dónde procedía aquello, comenzó a dar vueltas sobre sí mismo buscando al culpable y golpeó en la nariz a un hombre que pasaba por allí. El nuevo contendiente respondió enseguida y los dos comenzaron a darse de lo lindo.

Cuando pensaba que iba a tener que lanzar otra jarra para distraer a otro de los asaltantes de Simon, un enorme caballero se abrió paso entre la multitud. Al llegar junto a Simon agarró a uno de los hombres que lo atacaban, lo levantó como si fuera un saco de plumas y lo tiró hacia atrás con suma facilidad. Otros dos caballeros de menor tamaño parecían acompañar al tipo grande y los tres, junto a Simon, armaron una poderosa defensa.

Al menos las fuerzas se habían equilibrado.

El ruido era ensordecedor, una algarabía de gritos, risas, ánimos, muebles rotos, cristales y platos destrozados, el chasquido de los puños golpeando carne y hueso, los gemidos y aullidos de dolor y furia, el temblor de las

paredes y las ventanas, el sonido sordo de cuerpos cayendo; se trataba de la tumultuosa y completamente estúpida excitación de un grupo de hombres divirtiéndose.

A pesar de aquel caos, Simon no paraba de mirar ansiosamente a su alrededor, sin duda buscando a Eleanor. Ella le hizo una señal desde detrás de la mesa para hacerle ver que estaba bien. Él la vio, se mostró aliviado y se llevó un puñetazo en el estómago por distraerse.

Esquivó los siguientes golpes y se abrió camino hasta el santuario de Eleanor, lanzando puñetazos defensivos y certeros a todos los que lo atacaban. Su enorme aliado se mantuvo alerta, enfrascándose en peleas uno contra uno con cualquiera que amenazara a Simon o a cualquiera de sus dos colegas.

No obstante, en aquella batalla ya no había bandos, era una riña general alimentada por mero entretenimiento. Nadie parecía ya concentrarse en Simon por haber sido el autor del primer puñetazo. De hecho nadie se dio cuenta, o a nadie le importó, que diera cada vez menos golpes y se estuviera acercando a la puerta.

Casi había llegado hasta Eleanor, que para entonces estaba cansada de todo aquel asunto y quería irse, cuando un hombre salió de la nada y le dio un izquierdazo en la oreja. En un instante, llovieron golpes en una y otra dirección, y Eleanor quedó olvidada.

Disgustada, se levantó de su escondite, cogió un taburete caído y lo estrelló contra la cabeza del oponente de Simon. El hombre se derrumbó como un castillo de naipes.

Simon se rió alegremente, la cogió de la mano y se internó entre la maraña de curiosos que se habían reunido a ver el espectáculo. Al llegar a la puerta la condujo hacia el patio de la posada.

Se miraron en silencio, cada uno examinando al otro para ver si estaban heridos. Simon estaba hecho un desastre. Tenía la chaqueta rota por los hombros, la corbata suelta, le faltaban varios botones del chaleco, tenía el cuello manchado de sangre y había perdido el sombrero allí dentro. Le sangraba un corte encima de un ojo y se le estaba formando un moratón en la mandíbula. No obstante, sus ojos azules resplandecían con un fuego especial.

—Está herido —dijo ella.

—Quítese el sombrero —respondió en un tono brusco.

—¿Por qué?

—Hágalo.

Obedeció. Entonces, suponiendo que se había estropeado, lo examinó para comprobar los daños sin encontrar ninguno. Se llevó instintivamente las manos a la cabeza para ponerse bien el pelo, luego levantó la vista y enarcó las cejas a modo de pregunta.

—Póngalo en ese banco a su espalda —le pidió.

Lo miró fijamente, pero esa vez no le apetecía discutir. Algo en su tono la urgió a hacer lo que le decía. Se dio la vuelta y soltó el sombrero en el banco.

De repente él le dio la vuelta, la cogió entre sus brazos y estampó sus labios contra los suyos en un beso que era casi primitivo en su naturaleza y urgencia. No tenía nada que ver con el dulce e inocente roce de labios del día anterior. Este era crudo y sin ataduras, oscuro y avaricioso.

Era el momento más puramente carnal que Eleanor había experimentado en la última década.

Ni siquiera consideró la idea de luchar, a pesar de que él la agarraba con tal fuerza que pensaba que iba a romperle las costillas. En lugar de eso, le devolvió el beso con idéntica pasión, al principio incapaz y luego sin voluntad de permitir que el buen juicio tomara el control. Simon envolvió su boca con la suya y ella la abrió para dejarlo entrar.

Era una buena sensación. Demasiado buena. No debería consentirla. No debería permitirse a sí misma ese frívolo momento de puro placer sensual. No debería rendirse a este indescriptible bienestar en sus brazos. Pero ser manoseada por ese borracho había sido una experiencia aterradora y suponía que se podía conceder aquella breve indulgencia.

Simon se separó de ella casi tan repentinamente como la besó y atrajo su cabeza a su fuerte hombro. Ambos respiraban pesadamente. Ninguno habló durante lo que parecieron minutos. Simplemente se abrazaron. Eleanor sintió entonces un temblor en su pecho y se dio cuenta de que él se estaba riendo.

—Eleanor, Eleanor —murmuraba su nombre una y otra vez, con los labios pegados a sus cabellos, sin controlar su risa. Al fin, sin soltarla, dijo—: Perdóneme, Eleanor, pero no he podido contenerme. El calor de la batalla, supongo. Cuando me topé con ese rufián maltratándola me volví un poco loco. Quería matarlo por atreverse a tocarla y ahora mire lo que he hecho. ¿Le causó algún daño?

—No, solo me puso furiosa. Ha estado usted maravilloso, Simon.

—Igual que usted, querida mía. No creo que necesitara de mi ayuda. Lo de la silla y ese último tipo fue espectacular. Y estoy casi seguro de que la jarra voladora que acertó a uno de mis atacantes provenía de sus manos, ¿verdad?

—Le superaban en número, era injusto.

Él se echó a reír de nuevo y la abrazó con mayor firmeza. A los pocos segundos aflojó un poco los brazos para mirarla.

—La mayoría de las mujeres se habrían desmayado si un borracho las hubiera tratado de esa manera. Pero usted se enfrentó a él y luchó con gran valor. Siempre supe que era la reencarnación de Boudica.

—No soy tan fuerte como ella —replicó modesta—. No habría podido pelear sola. Era mucho más fuerte que yo y nadie más vino a ayudarme. Seguro que todos pensaban que era una cualquiera.

—Lo siento mucho, querida. El jefe de los establos me contó que toda esta gente había venido a la ciudad por un combate. Por eso no hay apenas mujeres, respetables al menos. Nunca debí permitir que entrara ahí sola.

—¿Un combate? Bueno, eso lo explica todo. —No podía creerse que estuviera teniendo una conversación tan normal con un hombre que acababa de besarla como un saqueador vikingo. Quizás él tenía razón. Probablemente se debía solo al hervor de la sangre tras la pelea. No significaba nada.

—No es su culpa. Entré en la taberna por propia voluntad. No sabe la alegría que me dio verlo aparecer por esa puerta.

Simon le puso una mano en la mejilla.

—¿De verdad?

Oh, cielos, iba a besarla otra vez. Y aquella vez no era producto de la acalorada situación, sino un acto totalmente consciente. No podría soportarlo de nuevo.

Sus intensos ojos azules estudiaron su boca y le rozó suavemente el labio superior con el pulgar.

«Carnosa y madura su rara confección, un fuerte roce de su dulce conexión.»

Bajó la cabeza despacio, muy despacio...

—Simon, viejo zorro, ¿qué demonios...? Oh, lo siento.

Simon gruñó y se apartó, liberándola de su abrazo. Eleanor también quería

gruñir, pero de alivio. Habría sido un gran error dejarse besar de nuevo, y probablemente no habría sido capaz de resistirse. Mujer estúpida. Y un conocido de Simon casi había sido testigo de tal estupidez.

Trató de ocultar la turbación que sonrojaba sus mejillas dándose la vuelta para ajustarse las faldas y colocarse el sombrero. Simon, por el contrario, la tomó del codo para presentarle a su amigo, el enorme caballero que acudió en su ayuda en el salón. Su estado era similar al de Simon: no llevaba sombrero, tenía la ropa torcida, uno o dos moratones en la cara, sangre en la camisa y la viveza de la lucha iluminaba sus ojos azules.

—Señora Tennant —dijo Simon—, permítame que le presente a mi hermano, Malcolm Westover.

Sorprendida, Eleanor le tendió la mano al joven.

—Encantada de conocerlo, señor Westover.

Tomó su mano, se inclinó sobre ella, y en un tono muy sugerente respondió:

—El placer es todo mío, señora Tennant, se lo aseguro. —Los ojos azules, tan similares a los de Simon, no se apartaron de ella.

Eleanor retiró la mano antes de que se la besara.

—Dios mío, Simon, tenía razón en lo que contaba sobre su hermano.

Malcolm sonrió. Notó que no tenía hoyuelos.

—¿Y qué clase de cuentos va extendiendo mi hermano sobre mí, señora?

—Solo que usted es el hermano corpulento, y desde luego no cabe duda de ello.

El joven soltó una carcajada.

—Es cierto que lo soy, aunque como a Simon le gusta recordarme, él es un poco más alto y tiene mucho más desarrollado el piso de arriba. —Devolviéndole la atención a su hermano, dijo—: He de decir, viejo, que me podrías haber tumbado hasta a mí con el puñetazo que le diste a ese tipo. Un rechazazo sorprendente, absolutamente sorprendente.

Eleanor habría jurado que Simon, el hermano culto, estaba exultante de orgullo.

Ella también pensaba que su actuación había sido maravillosa al defender su honor con tanto ahínco. Lo miró y mandó una silenciosa señal de admiración. Él se la agradeció con una sonrisa, con sus hoyuelos y todo, y un ligero sonrojo coloreó sus mejillas.

—Todavía no puedo creerlo —dijo Malcolm—. Si alguien me hubiera dicho que este canijo intelectual de tejado colorado iba a dar un puñetazo en

público, habría dicho que era una broma.

—Era necesario —dijo Simon.

—Sí, vi que ese patán borracho estaba manoseando a la señora Tennant —dijo Malcolm—, pero no tenía ni idea de que era tuya. Le habría sacado los ojos si lo hubiera sabido.

—Malcolm, la señora Tennant no es...

—Y esa es otra. Nunca te he visto pasear a ninguna en público. ¿Desde cuándo...? ¡Eh!

Simon había agarrado a su hermano por el cuello de la camisa y estaba pegado a él, nariz con nariz.

—A no ser que quieras el mismo tratamiento que el truhan que se atrevió a tocarla —dijo con los dientes apretados—, vas a disculparte con la señora Tennant en este mismo instante. Ella no es mi amante. No es la amante de nadie. Es una señora, una señora que ya ha soportado un escarnio público esta misma noche. No permitiré que sea insultada por mi propio hermano.

—Pardiez, Simon. No tenía ni idea, suéltame.

—Primero discúlpate.

Malcolm miró a Eleanor como pudo, ya que la sujeción de Simon no le daba mucha libertad de movimiento.

—Estoy terriblemente arrepentido de lo que he dicho, señora. Ha sido un error. No pretendía faltarle al respeto, se lo aseguro. —Simon lo soltó y Malcolm casi se cae hacia atrás. Se frotó el cuello—. Lo siento, señora Tennant. Nunca tuve muchas luces.

Parecía tan verdaderamente arrepentido que Eleanor tuvo que aguantarse la risa.

—Disculpa aceptada, señor Westover. Es un error comprensible.

El joven hinchó los carrillos de aire y lo soltó de una bocanada, aliviado.

—Gracias, señora. —Entonces se volvió hacia su hermano—. Por Júpiter, viejo, estás lleno de sorpresas esta noche. La primera ha sido encontrarte aquí. Nunca pensé que te gustara mucho el boxeo.

—No estamos en Buxton por el combate —dijo Simon—. La señora Tennant es amiga mía, su sobrina ha desaparecido. La estamos buscando.

—¿En Buxton?

—No estamos todavía seguros de dónde se encuentra.

En el rostro de Malcolm se dibujó una sonrisa.

—Ajá, ya veo lo que pasa. La chica se ha fugado con un tipo

desvergonzado. Apuesto a que es eso. Va camino de Gretna, ¿verdad?

—Cállate, Malcolm. No es asunto tuyo.

—No, no, claro que no. —Se volvió hacia Eleanor con ojos de corderito degollado—. Si puedo ser de alguna ayuda, señora, hágamelo saber. Es lo menos que puedo hacer después de... bueno, es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, señor Westover, pero su hermano ha contratado a dos investigadores de Bow Street para encargarse de todo, prefiero que nadie más se implique en el asunto, si no le importa.

—Por supuesto, aunque desde luego mantengo en pie la oferta.

—Gracias, señor.

—Siento curiosidad, no obstante —dijo Malcolm—. ¿Cómo es que el intelectual de mi hermano se ha visto envuelto en el... eh... problema de su sobrina?

—Se podría decir que él tuvo parte de culpa —dijo Eleanor—, gracias a los estúpidos consejos de la Entrometida.

—¿A qué?

Simon agarró a Eleanor del brazo y comenzó a tirar de ella.

—Debemos averiguar si hay habitaciones para esta noche —dijo—. Vas a tener que perdonarnos, Malcolm.

Entonces su padre no era el único miembro de la familia que desconocía la identidad de la Entrometida. Estaba claro que Simon no deseaba que su hermano supiera del asunto.

—No hay nada que averiguar —dijo Malcolm, mirando con escepticismo a su hermano—. No hay una habitación libre en varios kilómetros a la redonda.

—Maldita sea —dijo Simon antes de murmurar una disculpa a Eleanor por su lenguaje—. Uno de los investigadores tiene que reunirse aquí con nosotros, o al menos mandarnos un mensaje para comunicarnos su siguiente parada. No voy a volver a entrar con la señora Tennant en esa taberna. ¿Qué diablos vamos a hacer?

Malcolm miró hacia atrás un momento.

—Tengo una idea en mente. Espera aquí un segundo.

Se reunió con dos hombres que estaban cerca de la entrada. Eleanor los reconoció, eran los caballeros que habían luchado a su lado en la taberna. Ellos también iban desaliñados, tenían los ojos brillantes y parecían ligeramente mareados. O ligeramente borrachos. Malcolm le dio una palmada en el hombro a cada uno y les dijo algo al tiempo que señalaba

con la cabeza en dirección a Simon y Eleanor.

—Siento haber mencionado a la Entrometida —le dijo a Simon mientras su hermano conferenciaba con sus amigos—. Malcolm no lo sabe, ¿verdad?

—No. Aparte de algunos otros compañeros de la revista nadie lo sabe. Excepto usted.

—¿Por qué sigue escribiendo si tanto le avergüenza?

—No me avergüenza...

—Señora Tennant, permítame que le presente a mis amigos. —Malcolm se había acercado a ellos, flanqueado por sus dos amigos—. El del pelo lanoso es Daffy Arbuthnot.

El joven tenía el cabello tan rubio y rizado que parecía un hombre disfrazado de cordero. Dio un paso al frente e hizo una especie de reverencia.

—A su servicio, señora. —Se puso derecho, se arregló el pañuelo y se quitó el polvo de la chaqueta—. Debe disculpar el horrible estado de mi atuendo. Ha habido algo de acción ahí dentro, no sé si lo sabrá. Bueno, por supuesto que lo sabe, ¿estaba usted en medio, verdad? Por cierto, un gran espectáculo, Westover. Una derecha deslumbrante.

Simon asintió agradecido, sonriendo inocente.

—Y este pícaro de ojos negros es Sackville Gates —continuó Malcolm.

Aquel también hizo una reverencia al saludar a Eleanor. Pero si bien el señor Arbuthnot se mostró brillante y gregario, la actitud del señor Gates era apocada y reticente. Se aclaró la garganta.

—Un placer, señora —dijo antes de dedicar toda su atención a limpiarse la suciedad del puño de la chaqueta.

—El asunto es —dijo Malcolm— que en su momento conseguimos una habitación para los tres. Bueno, era inevitable, ya que llegamos los primeros. En cualquier caso, me alegro de poder brindársela a la señora Tennant y probar suerte en la taberna o los establos. Me temo que tendrás que hacer lo mismo, Simon.

Eleanor les regaló una sonrisa a cada uno de los jóvenes, ninguno de los cuales, ahora que los escrutaba con mayor detalle, estaba enteramente sobrio.

—Muchas gracias, caballeros. Eso es muy generoso de su parte. Creo que aceptaré su desinteresada oferta.

—Bien hecho, muchacho —aprobó Simon—. Supongo que no habrá ningún

salón privado donde podamos cenar tranquilamente.

—Es poco probable —dijo Malcolm.

—Sí, lo hay —intervino Daffy Arbuthnot—. ¿No lo recuerdas, Westover? Había un pequeño salón adjunto al dormitorio.

—Por Júpiter, tienes razón, Daffy —dijo Malcolm—. Lo había olvidado, eso es todo. Nunca pude retener dos cosas en la cabeza al mismo tiempo.

—Tiene sentido —dijo el señor Arbuthnot—. Eso te pasa por dejar que te golpeen demasiadas veces. Es cierto que existe ese salón. Gates y yo teníamos pensado prepararnos ponche más tarde y quizás echar una partida o dos para aprovecharnos del espíritu apostador que se respira en el aire, por si no lo sabes. —Volvió su cabeza lanuda hacia Eleanor—. Considérelo a su disposición, señora. Puede fácilmente adecuarse a una cena para dos. —Malcolm le dio un codazo en las costillas—. O para usted sola, señora Tennant. Puede cenar sola, alejada del jaleo del comedor público.

Eleanor sonrió ante su incomodidad. Sin duda había llegado a la misma conclusión que Malcolm respecto a su relación con Simon. A ella, por el contrario, le importaban poco aquellas nimiedades y no le preocupaba mucho su reputación. Aunque era solo la tercera noche que pasaban en el camino, parecía que ella y Simon llevaban semanas juntos. Ya se había acostumbrado a viajar y cenar con él a solas.

Pero aquella noche preferiría no estar con él sin compañía; después de ese beso no. Podría conducirla por una senda que no estaba dispuesta a tomar.

—No pensaría en acaparar ese lujo para mí sola —dijo—. Me alegrará compartir el salón y la cena con todos ustedes.

—No, no, eso no puede ser.

—No podemos aceptar.

—No sería correcto.

—No, en absoluto.

—No se preocupe por nosotros.

—Cenaremos en el comedor.

—O en la taberna.

Los tres hombres continuaron protestando hasta que Simon alzó una mano.

—Yo soy el primero que no quiere cenar con esos patanes de ahí dentro —dijo señalando con la cabeza la taberna, donde los sonidos de la trifulca se habían suavizado pero continuaba el estridente sonido de docenas de hombres borrachos—. Si la señora Tennant lo permite, estaré encantado de

cenar en su salón. Pero solo si todos vosotros, o al menos uno, os unís a nosotros.

Miró fugazmente a Eleanor para darle a entender que quería cuidar su reputación, aunque a ella no le importara. Gracias a Dios era un caballero.

—¿Malcolm? —le instó.

El hermano de Simon miró a Eleanor, que asintió para que aceptara. Podría ser interesante averiguar por medio de su hermano algunos detalles sobre el hombre que se escondía detrás de la pluma de la Entrometida.

—De acuerdo —convino Malcolm—. Me uniré a ustedes. Confieso que estoy ansioso por saber algo más de esta... aventura suya. Pero estos dos están ya con la cabeza muy lejos, no le recomiendo que permita que compartan su mesa, señora.

—Tiene razón —dijo Sackville Gates—. No somos una compañía adecuada para una dama. —El alivio era patente en su voz cuando soltó la excusa fácil para no unirse a ellos. El joven era bastante tímido—. Sabes dónde encontrarnos, Westover. Vamos, Arbuthnot. —Tomó a su amigo de pelo rizado del brazo y ambos desaparecieron rápidamente dentro de la taberna.

—Bueno, está arreglado —dijo Simon—. Ahora, Malcolm, creo que deberíamos concederle a la señora Tennant algo de privacidad y tiempo para que se refresque. Dale la llave de tu habitación y mientras nosotros nos encargaremos de pedir la cena.

Malcolm le tendió la llave a Simon, que tomó la mano de ella, la colocó en la palma y luego le cerró los dedos a su alrededor. Se resistía a soltarle la mano. Eleanor recordó el íntimo abrazo que compartieron minutos antes, y supo por la ardiente mirada de Simon que él también estaba pensando en ello.

—Gracias de nuevo por venir a rescatarme, Simon.

—Fue un placer, señora.

Ella alzó la mano para tocar el pequeño corte que Simon tenía sobre un ojo.

—Esto no tiene aspecto de haber sido un placer. Siento que esté herido.

—Cualquier servicio que pueda prestarle es ciertamente un placer —replicó con la voz algo ronca.

Eleanor recordó que Malcolm estaba presente, apartó la mano y se metió la llave en el bolsillo.

—Sí, me atrevería a decir que todos los hombres encuentran un absurdo

placer en hacerse pedazos mutuamente. Para mí, por el contrario, no es tan satisfactorio. Al menos ahora tengo la confianza, Simon, en que cuando nos encontremos con Barkwith puedo pedirle que lo haga picadillo. Eso sí que sería un placer.



«El marido que ama y respeta verdaderamente a su esposa no le negará su derecho a expresarse libremente. Con una mezcla de concordia y discordia la música y el matrimonio se componen más armónicamente.»

—La Entrometida

—¿Barkwith? ¿Geoffrey Barkwith?

—Sí —confirmó Simon.

Simon abrió los ojos desorbitadamente, sorprendido.

—¿La sobrina de la señora Tennant se ha fugado con Geoffrey Barkwith?

—Sí.

—¡No me lo puedo creer! —Malcolm negó con la cabeza y silbó incrédulo—.

Ay, Señor, vaya cosa.

—¿Conoces al tipo?

Se encogió de hombros.

—Algo. Es una buena pieza. Le gustan mucho las faldas, es endiabladamente guapo y muy popular entre las damas. Se le ha relacionado con muchas en los últimos dos años.

—Eso he oído.

—Ha estado un poco más tranquilo esta temporada, eso sí. Parece que se ha centrado en un joven diamante —dijo Malcolm—. Una preciosidad de pelo oscuro y unos ojos increíbles. —Contuvo el aliento un instante—. Dios mío. ¿Es esa su sobrina? ¿La señorita Chadwick?

—La mismísima.

Malcolm se quedó boquiabierto y los ojos casi se le salen de las órbitas.

—Pardiez. ¿Barkwith y la señorita Chadwick se han fugado? ¡Menudo embrollo!

Aquello no presagiaba nada bueno. La reacción de su hermano era probablemente la típica que Eleanor podría esperar de la gente si la historia salía a la luz. Simon reconoció, con un disgusto considerable, la chispa de interés en los ojos de Malcolm. Estaba saboreando el hecho de poseer información privilegiada acerca un chisme de impacto.

—Malcolm, tienes que guardarte bien esa información. La señora Tennant ya está lo bastante alterada. Está tratando de que este asunto se mantenga

en secreto.

—Es lógico —dijo Malcolm sin parar de menear la cabeza.

—No repitas lo que te he contado, Malcolm.

—Sí, sí, mis labios están sellados.

Pero su cerebro estaba todavía rumiando las noticias. Iba a suponer un sublime esfuerzo para Malcolm guardarse esa jugosa información para sí. Y Simon no confiaba en que se contuviera cuando charlara con sus amistades entre copa y copa. Su hermano siempre hablaba demasiado cuando estaba borracho.

—Lo digo en serio, Malcolm. Si se te ocurre soltar media palabra sobre esto me ocuparé de ti. ¿Ha quedado claro? —No es que usara muy a menudo el tono de hermano mayor, pero aquello era importante.

Si perdía la confianza de Eleanor por culpa de su hermano habría más cosas en peligro que sus juegos amorosos. Al fin y al cabo ambos tenían un acuerdo, y si hacía algo para traicionarlo ella podría sentirse libre de publicar la identidad de la Entrometida. A pesar de las otras consideraciones personales, no debía olvidar la importancia de mantener esa información en secreto.

—Bueno, hermano, ¿te ha quedado claro o no?

—Sí, por supuesto. —Malcolm hundió el tacón de su bota en el suelo y se pasó una mano por el pelo castaño que le caía sobre la frente. Sería un esfuerzo tremendo para él guardar ese secreto, no le hacía feliz tener que hacerlo—. No hace falta que te pongas así —dijo en un tono petulante casi cómico—. He dicho que mis labios están sellados.

—Pues asegúrate de que sigan así.

—Sí, sí, de acuerdo. Pero al menos satisface mi curiosidad. Supongo que este viaje es para tratar de detener la boda.

—A decir verdad —dijo Simon—, creo que ya es demasiado tarde. Vamos con mucho retraso. Háblame de ese Barkwith. Eleanor, quiero decir, la señora Tennant, cree que es un aventurero que no tiene intenciones honestas. ¿Qué opinas tú?

—Bueno, como he dicho, apenas lo conozco. Es un tipo tremendamente guapo. Las mujeres se le tiran a los pies. Pero nunca he escuchado nada desagradable sobre él. De vez en cuando anda falto de dinero, pero ¿quién no? Es el hijo menor, ya sabes.

Simon sonrió.

—¿Tratas de decirme algo, Malcolm? ¿Estás danzando de nuevo en el

desagradable borde de la ruina?

—Aún no. Además, he apostado fuerte a que Crawley ganará mañana el combate sin despeinarse, así que pronto me recuperaré.

—O perderás hasta la camisa. Acudirás a mí antes de meterte en problemas, ¿verdad?

—No te preocupes, viejo. Crawley es apostar sobre seguro —dijo chasqueando los dedos.

—Espero que tengas razón —dijo Simon—. Sabes un par de cosas sobre estos asuntos.

—Eso es cierto. —Sonrió ampliamente—. Lo bastante para aseverar que esta noche has inflado el orgullo de los Westover con esa derecha tuya. Para quitarse el sombrero, hermano. Ha sido extraordinario.

Simon se sentía ridículamente orgulloso de sí mismo al ser alabado por algo en lo que nunca había destacado por un hermano cuya maestría en el asunto era destacable. Se preguntó si Malcolm se pondría tan gallito si Simon elogiase un poema que él hubiese escrito. Era poco probable que lo comprobara, pues el día en el que Malcolm escribiera un poema sería el día en el que el infierno se congelara.

—Vayamos a arreglar la cena —dijo Simon—. Luego vendrás conmigo al carruaje a recoger el equipaje de la señora Tennant para que se lo suban.

Malcolm asintió, y juntos caminaron hacia la entrada de la posada.

—Podrías mejorar un poco la izquierda —dijo Malcolm, y procedió a explayarse en lecciones sobre el arte y la ciencia del boxeo, deteniéndose para hacer una demostración ocasional.

Localizaron al posadero, que acordó mandar agua caliente y jabón para Eleanor por una módica cantidad, y en retirar los equipajes de los jóvenes amigos de Malcolm de la habitación por otra módica cantidad. Se mostró menos contento ante la idea de servir una cena privada en la planta de arriba, pero rindió sus reticencias tras recibir una guinea adicional por las molestias.

—Este tipo te va a vaciar la cartera —aseguró Malcolm—. Sabe que no hay otra habitación en toda la ciudad. Seguro que te ha cobrado de más. Hasta te cobra por dirigirle la palabra.

Simon se mostró de acuerdo. Esta sería sin duda una de las paradas más costosas en su camino al norte. Aunque había sido previsor. En un compartimento oculto en el carruaje guardaba una caja fuerte. La abriría si

era necesario.

Los dos hermanos caminaron por el concurrido patio hasta el carruaje de Simon. Los carros estaban alineados en filas de tres, de tal modo que no era tarea fácil. El combate había atraído una buena cantidad de gente a aquella pequeña ciudad balneario.

—Un lugar extraño para celebrar un combate —apuntó Simon.

—Lo es, ¿verdad? Una contrariedad más bien. No entiendo por qué lo han traído aquí.

—Devonshire, diría yo. Las aguas no están atrayendo tanta atención como él esperaba, así que quizás está intentando atraer a un público diferente.

—Bueno, ha funcionado. Nunca he visto un patio tan lleno. Ahí está.

Tras sacar el equipaje de Eleanor y hacérselo llegar a su habitación, se sentaron en un banco en el exterior de la taberna. Simon se negó a entrar, aunque no se oía ninguna pelea. Por otra parte, le habría gustado recuperar su sombrero.

—¿Qué pasa, viejo? —dijo Malcolm cuando Simon dejó claro que no quería entrar—. ¿Tienes miedo de que alguien te reconozca como el instigador de la pelea y empiece otra?

—Esa idea ha pasado por mi mente, y no tengo intención de jugarla. Ya estoy bastante cansado, Malcolm. No estoy habituado a estas cosas.

Malcolm se rió con ganas.

—Un poco de ejercicio no hace daño.

—Al contrario, me ha hecho bastante daño. Tengo moratones por todas partes. Y ya estaba con agujetas, por sacar ayer el maldito carruaje del barro.

Malcolm lo miró pensativo.

—Pardiez, Simon, has estado muy ocupado, ¿eh? ¿Todo este esfuerzo por la causa de la bella señorita Chadwick? ¿O es por la igualmente bella tía? Por cierto, ¿hay un señor Tennant?

—No, es viuda.

—Me alegra oír eso tras presenciar aquel momento tan tierno entre vosotros dos. No te imagino mezclándote con mujeres casadas.

Había sido más que un momento tierno. Había sido casi perfecto hasta que el enorme cuerpo de Malcolm se metió de por medio. A Simon se le calentó la sangre tras la pelea en la taberna y no habría podido apartar las manos de Eleanor ni por todo el oro del mundo. Había sentido tal deseo y pasión que tuvo dificultades para recordar que era un caballero.

Ella debió de sentir también la misma necesidad primitiva, ya que no solo había permitido que la besara, sino que prácticamente se había derretido en sus brazos y lo besó a él con igual fervor. A Simon le agradaba que se hubiera dejado llevar durante un momento, aunque fuera breve, por un crudo instinto emocional, renunciando a algo de ese infernal autocontrol. Habría permitido aún más si el entrometido de su hermano no hubiera elegido ese momento exacto para aparecer donde nadie lo llamaba.

—Por segunda vez en una misma noche —dijo Malcolm—, rompiste todos mis esquemas. Jamás imaginé que te vería manosear a una mujer en público.

—Olvida eso también, te lo ruego. Era algo privado.

—Y tan privado. —Sonrió y le dio una palmada en la espalda a su hermano—. Buen trabajo, viejo. Es una mujer despampanante.

—Ten cuidado con lo que dices, hermano, la señora Tennant es una señora y de momento está bajo mi protección. No permitiré que recibas una mala impresión sobre ella o se la des tú. No hay nada entre nosotros.

—A mí me pareció que había algo.

—Malcolm, juro que...

—De todos modos, mi piso de arriba nunca ha estado muy bien amueblado. Lo habré entendido mal, ¿verdad? Me pasa a menudo. Por otra parte, ¿qué era todo eso de que te culpaba a ti de la fuga de su sobrina?

—Oh, eso. —Simon esperaba que su hermano se hubiera olvidado de ese pequeño desliz. Era mucho pedir. Malcolm disfrutaba tanto de un poco de polémica como cualquier vieja alcahueta—. Es bastante complicado. Un malentendido. Yo... eh... le di a la chica la impresión de que aprobaba sus afectos hacia Barkwith y ella pareció pensar que le estaba aconsejando que se fugara con el tipo.

—Creía que no conocías a Barkwith.

—Y así es. Era un consejo en términos generales.

Malcolm frunció el ceño, confuso.

—Te dije que era complicado —adujo Simon. Necesitaba llevar a su hermano por otros derroteros, y rápido, antes de revelar más de lo que debería—. ¿Os gustaría a ti y tus amigos quedaros en Tandy Hill esta noche?

Los ojos de su hermano se iluminaron.

—¿Tandy Hill? ¿Lo dices en serio?

—Sí, claro. Solo está a unos pocos kilómetros de aquí y podríais volver temprano para ver el combate. Será más cómodo que acurrucarse en un banco de la taberna.

—¡Por Júpiter! Claro que lo sería. Eres un gran tipo, viejo. Espera a que se lo diga a Arbuthnot y Gates. Ni siquiera les había mencionado que mi hermano tenía una casa cerca. Siempre eres muy protector con tus actividades y tus amigos de aquí, así que no quise forzar nada. Pero dime, Simon, ¿por qué no la usas tú mismo?

—No voy a dejar a Eleanor aquí sola, y no voy a llevarla a mi casa sin una carabina. Además, los investigadores tienen que encontrarse con nosotros aquí. No, aprovechad la casa tú y tus amigos, mientras me prometas que no la vas a dejar hecha un desastre. Puedo mandarle un mensaje al vigilante para que os espere después de cenar. ¿Qué me dices?

—Digo que eres un hermano excelente. Un príncipe entre los hombres —dijo al tiempo que le daba de nuevo unas palmadas en la espalda.

—Queda arreglado entonces. Ahora veamos si podemos encontrar algún lugar para asearnos antes de la cena. Tenemos un aspecto espantoso.

Malcolm se sirvió otra copa de vino y su hermano colocó entonces discretamente la licorera fuera de su alcance. El joven se estaba emborrachando lenta y alegremente. Eleanor pasó el rosbif y se alegró al ver que Malcolm cogía unos cuantos pedazos y los ponía en su plato. Quizás si comía se contrarrestarían los efectos del alcohol, aunque era evidente que no era así.

Nunca había visto a nadie, incluido su hermano, comer tanto de una sentada. Además del rosbif había jamón, trucha, anguila, aves asadas, patatas, espárragos, guisantes y jaleas. Era comprensible que un joven tan grande como Malcolm requiriera mayores raciones que la mayoría. Por desgracia, su tolerancia al vino no era equiparable a su capacidad para engullir comida.

—Le digo —farfulló entre bocado y bocado— que no es propio de Simon usar los puños como lo ha hecho esta noche, señora Tennant. No es propio de él en absoluto. Nunca en mi vida le he visto hacer tal cosa. —Se acercó a Eleanor y bajó la voz a un murmullo cómplice—. A decir verdad, nunca pensé que fuera capaz. Es un poco canijo, ya sabe. —Hipó, se cubrió la boca y se echó a reír.

Eleanor se sentía mal por Simon. Su hermano no había hecho otra cosa que azuzarle desde que habían comenzado a cenar. A Malcolm le resultaba muy divertido el hecho de que su hermano intelectual hubiera sacado los puños en público. Todo aquello le parecía una broma y no paraba de reírse a expensas de Simon.

Por una vez, no obstante, Eleanor se sentía bastante en deuda con el mayor de los Westover, y no solo por rescatarla de la taberna en otro despliegue de fuerza física. Ni por el consuelo que sintió en sus brazos después de eso. Era también obra suya que le hubieran subido el equipaje junto con agua caliente, jabón y toallas limpias.

Apreciaba su concienzuda labor y su infinita generosidad. No tenía ni idea de cuánto le estaba costando esto, pero nunca se quejaba ni le negaba comodidades.

Se sentía aliviada por haberse podido cambiar de ropa; después de haber estado gateando por el suelo de la taberna, la que tenía puesta olía a cerveza. Esperaba que el aire de la noche ayudara a evaporar aquel hedor rancio, o la próxima vez que se la pusiera la tomarían por una borracha. No contaba con el lujo de un extenso guardarropa y para aquel viaje no había llevado demasiadas prendas.

Eleanor se preguntó cómo se las habían arreglado los dos hermanos para ponerse presentables para la cena sin tener una habitación propia. Ambos se habían cambiado de camisa —ahora no tenían manchas de sangre— y de chaqueta. Simon se había limpiado el corte de encima del ojo, ya no parecía tan grave como en un principio daba a entender la espectacularidad de la sangre. Apenas era un rasguño. Eso sí, el moratón en la mandíbula no se podía ocultar.

—Padre nos hizo aprender cosas de hombres desde pequeños —continuó Malcolm mientras cortaba un pollo pequeño—. Cazar, pescar, boxear, practicar esgrima, esa clase de cosas. Ahora es un viejo duro de pelar, pero ya en su juventud era un tipo indómito, o eso dicen. No iba a permitir que sus hijos fueran unos debiluchos, eso seguro. Siempre se me han dado bien los deportes. Pelear, hacer carreras, disparar... eso me gusta. Simon nunca ha disfrutado de ello ni la mitad que yo, ¿verdad que no, viejo?

—No especialmente. —Simon miró a su hermano, reticente, mientras condimentaba su propio plato, hasta arriba de comida. Eleanor y Belinda podrían haberse alimentado durante una semana con lo que esos dos comían en una cena.

—Nunca lo entendí —dijo Malcolm—. No entiendo qué puede ser más satisfactorio que una buena pelea o una carrera de caballos.

—Sospecho que su hermano tiene otras fuentes de diversión —dijo Eleanor.

Malcolm levantó la vista de su plato, se limpió la boca y se echó a reír.

—Así es. Yo mismo no me muevo mucho entre faldas, pero el viejo Simon es una máquina en lo que se refiere al sexo opuesto.

—¿Es eso cierto? —Miró intrigada en dirección a Simon y advirtió el familiar rubor. Debió imaginar que esos brazos que le resultaron tan agradables sobre su cuerpo tenían bastante práctica.

—Eso diría yo —prosiguió Malcolm—. Adora a las mujeres. No puede mirar a una mujer bella sin enamorarse de ella perdidamente. El viejo Simon se ha enamorado y desenamorado más veces de las que puedo contar. Les pone esa carita de cordero degollado y les suelta unos poemas que ni se imagina usted.

—¿Ah, sí? —Sus ojos no se apartaron de Simon en ningún momento. Su rubor había pasado del rojo al morado mientras pretendía estar ocupándose de un pollo asado.

—Páginas y páginas de esas cosas floridas... —continuó Malcolm al tiempo que gesticulaba con el tenedor—. Le gusta escribir poemas sobre el delicado arco de una ceja o la curva en forma de concha de mar de una oreja. No daría crédito a lo mucho que se puede explayar con una insignificante parte del cuerpo.

—Malcolm...

—Y las damas... me han contado que sus ofrendas poéticas hacen que se derritan a sus pies. No sé cómo lo hace. Nunca he podido juntar tres letras seguidas. Sin embargo, Simon ha escrito esas cosas desde que éramos niños.

—Malcolm...

—¡Oh! Recuerdo a la hija de Elliot, ¿cómo se llamaba? Una cosita rubia muy mona. Debía de tener unos diez años entonces. Simon solía escribirle pequeños poemas de amor y los escondía para que ella los encontrara. Una vez su padre se tropezó con uno y...

—Ya es suficiente, Malcolm. La señora Tennant no quiere oír mis aventuras de juventud.

—A ella no le importa, ¿verdad, señora Tennant?

—En absoluto. —Si de Eleanor dependiera, Malcolm podría decir todo lo que quisiera. Necesitaba saber qué clase de hombre era su hermano. Un libertino, por lo que parecía, aunque a primera vista nunca lo habría supuesto. ¿Quién iba a imaginar que aquel hombre era en realidad un vividor? Estúpida pregunta, ya que ella misma había caído en sus encantos. Debía fortalecer sus defensas para no bajar la guardia cuando estuviera con él. Vaya ironía sería caer en la misma trampa acerca de la que siempre advertía a Belinda.

—Bueno, a mí me importa —dijo Simon.

—Oh, no seas un viejo quejica —dijo Malcolm, y se volvió para dirigirse a Eleanor—. Solo trato de decir que Simon ha estado componiendo versos casi desde que aprendió a hablar.

—No me sorprende escuchar eso.

—¿No? Oh, ya veo, ¿le ha dedicado alguno ya? Simon, diablillo. Pensé que decías que...

—¡Malcolm!

—No, me alegra decir que no he recibido un poema de su hermano —dijo Eleanor—. No he tenido el... el placer de leer ninguno. —Y francamente, esperaba que eso siguiera así. A juzgar por la florida prosa de la Entrometida, imaginaba que sus poemas serían tan horribles como esos que a menudo se publicaban en El Gabinete de las Damas de Moda. Cosas edulcoradas de pluma de autores que se hacían llamar Crescenza, Alonzo, Zenobia o Fortunatus.

Recordó entonces aquella extraña cantinela que soltó antes de besarla, algo de una confección carnosa y madura. Oh, Dios mío, ¿era eso un intento de poesía? Y si era así, ¿qué parte del cuerpo (por usar la prosaica expresión de Malcolm) estaba describiendo? Eleanor tuvo ganas de quejarse en voz alta.

—Oh, no se preocupe, señora Tennant —la tranquilizó Malcolm—. Tendrá su poema. Probablemente lo esté componiendo en estos momentos.

—¡Malcolm!

—Lo siento, viejo —dijo Malcolm. Pareció comprender al fin que su hermano había pasado de sentirse humillado a estar enfadado con él—. No puedo mantener la boca cerrada tras unos cuantas copas de vino.

—Creo que ya has bebido bastante esta noche —dijo Simon con los labios ligeramente apretados. Se puso de pie y colocó las manos en la silla de Malcolm—. Vamos a buscar a tus esbirros para que os vayáis a Tandy Hill

antes de que me vea obligado a usar de nuevo los puños.

—Pero si no he acabado de cenar...

—Sí que has acabado. Vamos, Malcolm. Gracias por su hospitalidad, Eleanor. Siento que haya tenido a semejante patán en su compañía.

—Yo no lo siento en absoluto. Ha sido una noche muy esclarecedora. Les agradezco a los dos su compañía.

—Enviaré a alguien para que se lleve los platos —dijo Simon—. La buscaré abajo mañana temprano. Deberíamos tener noticias de los investigadores para entonces. —Dicho esto, cogió a su enorme hermano del brazo y salió de allí a toda prisa sin volver la vista atrás.

Cuando se hubieron ido, Eleanor se echó una copa de vino y se la llevó al dormitorio adyacente. Comprobó la ropa que tenía delante de la chimenea y descubrió que el olor a cerveza era menos evidente, gracias a Dios. No se demoró en cambiarse, se quitó enseguida el vestido de la cena para sustituirlo por un camisón de noche. Entonces se acurrucó sobre el grueso colchón y dio sorbitos al vino mientras rumiaba lo que había averiguado de su compañero de viaje gracias a la lengua suelta de su hermano.

Estaba empezando a entender por qué Simon se había convertido en la Entrometida. Tenía sentido, de una manera estúpida, que un hombre que adoraba a las mujeres, se enamoraba fácilmente y escribía floridos poemas dedicados a las destinatarias de su afecto fuera el tipo de persona que aconsejaría a una chica joven que siguiera a su corazón. Aparentemente, él mismo llevaba haciendo lo propio desde hacía años aunque sin demasiado éxito, ya que seguía soltero. Si se había enamorado tantas veces como insinuaba su hermano debieron de haberle roto el corazón una o dos. O tres. Cualquier hombre corriente que hubiera experimentado múltiples fracasos amorosos gozaría de una mayor sensibilidad respecto a las dificultades de cualquier romance y no sería tan ligero dando consejos a una chica impresionable para que lo arriesgara todo por amor.

Pero Simon no era un hombre corriente. Era un romántico de corazón. Eleanor sospechaba que nunca se rendiría en su búsqueda del amor verdadero, no importaba cuántas veces le rompieran el corazón. Por una parte admiraba esa resistencia. Por otra, pensaba que toda esa filosofía era poco práctica e ilógica y los consejos de la Entrometida irresponsables y equivocados.

Tenía que mantener siempre presente en su cabeza aquella idea sobre

Simon Westover; era un hombre que daba malos consejos a jóvenes muchachas inocentes. Si se concentraba en pensar en su estúpido rol como la Entrometida sería más fácil no considerarlo un hombre de cuerpo fuerte y carácter voluntarioso, un hombre generoso dispuesto a embarcarse en una loca persecución junto a una perfecta desconocida, un hombre atractivo de naturaleza romántica en cuyos brazos se había sentido cómoda y a salvo, y que había conseguido, al besarla, que se le encogieran los dedos de los pies de felicidad. Si no olvidaba su contribución a la situación actual de Belinda y a su futura infelicidad, quizás no se castigaría a sí misma imaginándoselo con tantas mujeres.

Sí, la rabia sería la mejor solución. La rabia y el desprecio. No permitiría que otras emociones confundieran esta situación. Hasta que el destino de Belinda no se aclarara, Eleanor solo dedicaría sus pensamientos al lazo rojo que simbolizaba el deber hacia su sobrina. No pensaría en otra cosa.

O al menos lo intentaría.

Un mensaje de Hackett había llegado durante la noche informando de que los fugitivos habían sido vistos en Manchester. Simon y Eleanor salieron antes de que el público del combate se despertara, para que nada entorpeciera su salida de Buxton.

Simon no había dormido bien debido al escándalo a su alrededor, que duró hasta primeras horas de la mañana. Sospechaba que Eleanor estaba igual de exhausta. Apenas dijo nada y tenía una expresión tensa en la boca, ambos labios se le comprimían en una fina línea.

Desde que se despertó, Simon no había parado de recordar los breves momentos en los que la sostuvo entre sus brazos y la besó. Señor, vaya beso. El ansia del momento lo había desprovisto de todo su control. Había sido un saqueo despiadado de su boca, un momento de pura lujuria animal. Pero era el beso que no llegó a darle el que más lamentaba. Para entonces ya había recuperado la compostura y estaba dispuesto a hacer un buen trabajo, tierno y delicado. La mirada en sus ojos le decía que ella sabía que esa vez sería diferente.

Incluso después de que aquel momento tan significativo se viera interrumpido por Malcolm, Simon había notado un cambio en ella. En otras ocasiones, como cuando él se dio cuenta de su admiración tras sacar el carruaje del barro, Eleanor había recuperado la compostura y el control con

bastante rapidez. Hasta entonces no se había permitido verse desconcertada por la admiración o la atracción que sentía hacia él. Aquella vez no estuvo tan rauda sacando sus espinas de erizo, Simon advirtió sus miradas de admiración durante toda la noche. Incluso percibió algo más. ¿Interés? ¿Deseo?

Su corazón de poeta se disparaba solo de pensarlo. ¿O estaba tan dolorido por los golpes que simplemente se lo estaba imaginando?

Frustrado, y a pesar del recuerdo del irritante parloteo de su hermano, Simon trabajó durante la noche en su oda al labio superior de Eleanor:

Igual que un rubí en su cara de marfil,
el tesoro carmesí encuentra su lugar.
Una mueca, una palabra, dos labios se separan
y calientan la sangre de mi corazón.

Por culpa de las burlas de Malcolm, probablemente nunca reuniría el valor suficiente para entregárselo a Eleanor. Claro que no sería la primera vez que un tributo semejante quedaba sin dueña. Como le había dicho una vez a Eleanor, sus adoraciones se producían a menudo desde la distancia. Pero aquella vez la destinataria de su afecto se sentaba a su lado, y sus piernas y brazos se encontraban con frecuencia, a causa del rebote y los envites del carruaje.

Eleanor estuvo pensativa durante la mayor parte del día, brindándole solo algún comentario ocasional o una breve respuesta a una pregunta suya mientras seguían el rastro de mensajes de Hackett y Mumby. No mencionó nada sobre el beso. Parecía que su intención era fingir que no había sucedido. Simon no estaba del todo seguro de cómo abordar el tema o de si sería prudente hacerlo, así que, a su vez, pasó aquella jornada perdido en sus pensamientos. Eleanor permaneció en silencio a su paso por el abrupto paisaje y la sinuosa red de muros de cerramiento de piedra seca, blanca y brillante bajo el sol de la mañana; a través de valles escarpados y pastizales salpicados de rebaños de ovejas de cabezas negras. Por Whaley Bridge, cruzando Disley, Hoo Lane, Bullock Smithy y Stockport antes de llegar a la gran ciudad industrial de Manchester.

Era una urbe en expansión, ruidosa y fea. Al igual que las zonas más concurridas de Londres era un laberinto de pequeñas calles, angostos callejones y solares repletos de miserables hileras de casas junto a

almacenes y fábricas de todo tipo. A Simon le recordó a los campos de Spital y le resultó igualmente ofensivo para su sensibilidad estética; era sombría, maloliente y sucia. Le dolía ver su adorado campo modificado de esa manera, las tierras deforestadas y sometidas a cerramientos, el aire campestre ensuciado por el humo de las fábricas, los pueblos derruidos para construir ciudades atiborradas de un número antinatural de personas. Era suficiente para hacer llorar a un inglés de corazón.

Cada vez que doblaban una esquina en su discurrir por Manchester se encontraban una asombrosa actividad constructiva. Era sorprendente que los investigadores hubieran sido capaces de seguir a alguien en una ciudad tan poblada y agitada.

El adusto Francis Mumby los recibió en La cabeza del sarraceno.

—Saben que vamos tras ellos —informó—. En lugar de ir por la carretera principal han estado zigzagueando desde Ashbourne, tratando de ocultar su rastro. Vinieron a Manchester para tratar de perdernos. Pero estamos aguantando su paso, todavía van hacia el norte.

—¿Tenemos alguna posibilidad de alcanzarlos? —preguntó Simon.

—Depende de lo que hagan. Si siguen en zigzag hasta llegar a Escocia —dijo el investigador mientras acariciaba el aire con sus dedos largos y delgados—, podríamos cogerlos continuando en línea recta. Pero no vamos a perder el tiempo informando de cada desvío que toman. Hackett y yo trataremos de mantenerlos en el camino principal. Vayan a Bolton desde aquí. Dejaremos noticias en el Rey Jorge.

Cuando Mumby se marchó, Simon sugirió que pararan para comer, pero Eleanor no tenía hambre. No obstante, en la cocina se ofrecían pasteles de carne y ella le sugirió que compraran uno para llevar.

—Gran idea —convino—. Por Dios, estoy hambriento.

—No me cabe duda de que lo está. —Parecía haber un toque de sarcasmo en ese comentario, aunque Simon no entendía por qué. Un hombre tenía que comer, ¿no?

Los pasteles no estaban listos así que tuvieron que esperar un poco. Eleanor se paseaba inquieta por el patio de la posada. Simon advirtió entonces algo a través de la ventana de la taberna que pensó que ella podría encontrar divertido; al menos ayudaría a que la espera resultara más llevadera. Entró para asegurarse de si había visto lo que había creído ver; llegó a un acuerdo con el hombre de la mesa de la esquina y salió a recoger a Eleanor.

—Acompáñeme adentro un momento —le pidió—, me gustaría que conociera a alguien.

Lo siguió dentro a pesar de sus reticencias.

—Este es el señor Jackson —dijo Simon cuando llegaron a la mesa de la esquina—. Es pintor de perfiles. Le presento a la señora Tennant.

Eleanor alzó una ceja.

—¿Cómo está usted, señor?

—No me quejo —dijo el hombre—. Perdone que no me levante, como ve tengo una pierna de menos. Me la dejé en Nueva York hace unos años. Ahora me gano la vida de retratista. Mi trabajo es lograr una réplica exacta de una persona en una miniatura de perfil. Este caballero dice que le gustaría que hiciera una de usted.

Eleanor miró enseguida a Simon, luego devolvió su atención al artista.

—Es una idea encantadora, señor Jackson, pero me temo que no tenemos tiempo que perder. Estamos esperando el pastel de carne del señor Westover, volveremos al camino en cuanto esté preparado. Lo siento muchísimo.

El señor Jackson cacareó como una gallina.

—Solo será un minuto. Bueno, siendo precisos, en realidad serán tres. Se lo puedo hacer en una tarjeta, en yeso con un marco o en marfil para ponerlo en un relicario o un anillo. Si no me cree, aquí tiene unos ejemplos.

Abrió un maletín y repartió por la mesa un puñado de retratos de perfil. Estaban colocados en marcos cuadrados de papel maché, marcos dorados en forma de óvalo, pequeñas fundas de cuero rojo, relicarios, pulseras, anillos, cajas de rapé y estuches para palillos de dientes. Los perfiles estaban pintados delicadamente en tinta negra e incluían bonitos detalles del pelo y la ropa.

—Oh, son encantadores —dijo Eleanor al tiempo que cogía un relicario y lo admiraba—. Yo solía esculpirlos cuando era niña pero siempre prefería los pintados. Son exquisitos, señor Jackson.

—Siéntese, señora Tennant, y tendrá listo el suyo en dos minutos.

—Sí, hágalo, señor Jackson. El que ella quiera —dijo Simon antes de que Eleanor pudiera objetar.

Eleanor continuaba reacia.

—¿Cuál se hace más rápido?

—No importa. Son todos iguales, puedo meter uno en un marco en nada

de tiempo.

—De acuerdo —dijo Eleanor—. ¿Qué hago yo?

Jackson la sentó en una silla en la que había adherida una pantalla especial de papel fino. Colocó una barra delante del asiento y le dijo a Eleanor que se sujetara a la misma para mantenerse erguida. Un candelero estaba también adosado al brazo de la silla y la luz de la vela producía una sombra contra el papel. Jackson se sentó al otro lado de la pantalla y comenzó a trazar el perfil de Eleanor con un extraño artilugio mecánico al que él llamaba pantógrafo. Estaba hecho de unos brazos articulados de madera con un lápiz insertado en cada uno de los extremos. Al tiempo que Jackson marcaba el contorno del perfil, el pantógrafo creaba una réplica exacta en miniatura. Era un proceso fascinante, y Simon quería quedarse a mirar, pero en ese momento entró el posadero a decirle que los pasteles de carne estaban listos.

Cuando regresó de la cocina con los dos pasteles en la mano, Jackson ya había completado el perfil. Lo estaba montando en un marco ovalado de latón aplastado. Lo sostuvo en alto para que Simon lo viera.

—Es extraordinario. Ha capturado muy bien su imagen, Eleanor. Es precioso. —Y así era. Sus suaves rizos, la nariz, la elegante curva de la mandíbula y el grueso labio superior estaban perfectamente definidos. Incluso el lazo de su cuello estaba maravillosamente pintado.

Eleanor también parecía satisfecha. Se preguntó si permitiría que se lo quedara.

Pagó a Jackson antes de conducir a Eleanor de vuelta al carruaje para que continuaran su camino.

—Gracias, Simon —dijo—. Ha sido muy amable de su parte.

—No hay de qué. Una mujer preciosa merece ser pintada, aunque solo sea en una miniatura.

Le dio un mordisco al segundo pastel y luego se limpió las migas de la chaqueta. Al levantar la vista comprobó que Eleanor le estaba sonriendo. Se sintió tan feliz al ver en ella aunque fuera un poco de alegría que no pudo contener él mismo una amplia sonrisa. El retrato había sido una perfecta diversión.

—¿Por qué le hago tanta gracia?

—No es nada —dijo meneando la cabeza.

—¿Eleanor?

—Oh, de acuerdo. Estaba pensando que si sigue así pronto va a ser tan

grande como su hermano.

Su comentario casi le hace escupir el pastel, pero en lugar de eso trató de tragárselo de golpe y comenzó a toser y a reírse al mismo tiempo.

—Ha de saber —replicó cuando fue capaz de hablar—, que puedo engullir incluso más que Malcolm. Nuestra constitución es diferente, eso es todo.

—En más de un sentido, diría yo.

—Sí, ciertamente. Se lo advertí.

—Puede que Malcolm no sea tan leído o tan sentimental como usted, pero tiene sus encantos.

—Yo no se los veo, pero me inclino ante su juicio femenino para esos asuntos. Espero que se tomara a la ligera la mayor parte de lo que dijo.

—¿Lo de sus asuntos amorosos?

—Eso es, ¿lo ve? Le ha dado una impresión equivocada, tal como temía. Solo porque a veces sienta la inclinación de escribir unos versos a una mujer no implica necesariamente que haya tenido una relación amorosa con ella.

—¿No va dejando entonces un rastro de corazones rotos a su espalda? —le preguntó.

—Me temo que no. Aunque el mío ha sufrido de lo lindo un par de veces. Nada serio. Como creo que le dije en cierta ocasión, aún no he encontrado lo que mi corazón anhela. Sigo en su búsqueda.

—¿Y está seguro de lo que busca exactamente?

—Bastante. —Sostuvo unos momentos su mirada, y mientras más se sumía en sus profundos ojos verdes más cerca se sentía de conocer el anhelo de su corazón.

—¿Está seguro de que no está simplemente enamorado de la idea del amor? —preguntó Eleanor.

Se encogió de hombros sin apartar los ojos de ella.

—Supongo que hay un poco de eso en todo romántico. Pero le diré algo, cuando encuentre a mi amor verdadero nunca lo dejaré ir y lo amaré hasta el día de mi muerte.

—Idealista.

Sonrió.

—Escéptica.

Y Eleanor no pudo evitar sonreír también.

Le dejó terminarse su pastel de carne antes de seguir la conversación.

—No es de mi agrado tener que imponer mi escepticismo a un optimista

irremediable —dijo—, pero me siento obligada a apuntar las dificultades que el idealismo exacerbado ha brindado al oficio de la Entrometida.

—Nunca se me perdonará ese error, ¿verdad? Le haré saber que llevo años escribiendo esa columna y cuento con muchos lectores felices y satisfechos.

—Y yo he vivido veintinueve años y mi sabiduría y experiencia me han mostrado un mundo menos perfecto que el suyo.

—¿Veintinueve? ¿Tantos? Vaya, mi querida vieja bruja. Yo he llegado a la cochambrosa edad de treinta y cuatro años y sigo viendo muchas cosas que me hacen ser optimista. De ahí mis esperanzadores consejos.

—¿Y no le avergüenza publicar esos consejos en una revista femenina y bajo un seudónimo?

—No, por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué tiene tanto miedo de que su familia se entere?

Si Simon ignoraba o evadía la pregunta de nuevo, como había hecho a menudo, Eleanor pensaría sin duda que era un blandengue que temía a su propio padre. ¿Cómo iba a esperar que sintiera verdadero aprecio por él, si pensaba que era débil? ¿Podía arriesgarse a decirle la verdad? Sí, podía. De hecho, debía hacerlo. Había estado tratando de ganarse su confianza durante días. ¿Cómo iba a conseguirlo si él mismo no se fiaba de ella?

Esperaba que sus amigos lo perdonaran por lo que estaba a punto de hacer.



«Es una falsedad generalizada que a los caballeros les disgusten las mujeres cultas. En realidad, cualquier hombre estaría encantado de descubrir que esa belleza exterior que atrajo su admiración en primer lugar va acompañada de una mente iluminada.»

—La Entrometida

—Lo que estoy a punto de decirle —dijo Simon titubeante—, debe ser mantenido en la más estricta confianza.

Intrigada, Eleanor asintió.

—Por supuesto —aseguró.

—Es bastante complicado —comenzó—, no sé ni por dónde empezar. —Tenía la cabeza agachada, se estudiaba sus propias manos. Un mechón de pelo rojo le cayó en la frente sin previo aviso—. Creo que le he mencionado que mis amigos eran vecinos del distrito de Peak. Pues bien, somos más que amigos. Somos colegas de El Gabinete. Compartimos objetivos similares, de carácter... eh... político.

—¿Político?

—Visitamos Francia a principios de los noventa, al comienzo de la revolución, eufóricos por los aires de libertad y reforma, pero acabamos muy decepcionados cuando la revolución se desmoronó en medio de la violencia y el caos. Cuando regresamos a Inglaterra esperábamos fomentar la reforma concentrándonos no tanto en los acontecimientos políticos como en las preocupaciones más hondas de la sociedad misma. Para entonces, sin embargo, un feroz espíritu reaccionario se había apoderado del país tras la estela del Terror y no era positivo abrazar los ideales republicanos en cualquier tipo de foro público.

A Eleanor no le sorprendió del todo la revelación de los ideales políticos de Simon.

—Creo que muchos de los que se llaman a sí mismos románticos o sentimentales son republicanos de corazón, ¿no? Los que se apasionan por todas las cosas naturales son muy a menudo los reformadores, o eso tengo entendido. El optimismo de los whigs aparece perfectamente acorde con la filosofía romántica, tal como yo lo percibo. Sin embargo, me temo que no

comprendo la conexión entre su actividad política y El Gabinete de las Damas de Moda.

Él la contempló admirado, como si le complaciera que tuviera nociones de los principios del movimiento romántico.

—Llegaré al asunto de El Gabinete en un momento. Al principio, después de instalarnos en Peak, escribimos y publicamos anónimamente varios folletos, apoyando cosas como la derogación de las leyes contra la sedición, críticas de carácter general en contra de las limitaciones en la libertad de discurso, impresión, reunión, las leyes de combinación y así sucesivamente. También unos cuantos folletos sobre los derechos de la mujer basados libremente en los de la señorita Wollstonecraft. Por desgracia no llegábamos a demasiadas personas y manteníamos constantemente la alerta para no ser descubiertos. Cualquiera de nosotros podría ser encarcelado en virtud de las leyes contra las actividades sediciosas.

Eleanor estaba muy sorprendida de descubrir que las actividades políticas de Simon eran más graves de lo que habría podido imaginar. Tal vez llevaba la política en la sangre. Sir Harold Westover era un miembro muy importante del Parlamento. Pero en el partido opuesto, el conservador.

—Su padre es uno de los opositores más expresivos en contra de la derogación de esas leyes, ¿verdad?

—Así es. Esa es una de las razones por las que he de mantener mis actividades en secreto. —Se frotó el mentón magullado con gesto ausente—. Tenga claro que no es porque tenga miedo de que él lo sepa, aunque por supuesto no le daría ningún placer enterarse, sino porque también pondría en peligro su posición en la Cámara y, a pesar de nuestras diferentes posturas, no tengo ningún derecho ni deseo interferir en una carrera política en cuya construcción ha invertido su vida entera.

Eleanor enarcó las cejas, sorprendida. El hombre que ella consideraba temeroso de la formidable ira de su padre era simplemente un hijo que honraba y respetaba a su progenitor. Sintió una punzada de vergüenza por haber pensado de otra manera.

—Todavía no entiendo qué tiene todo esto que ver con una revista para mujeres.

—Estoy llegando a eso. El Gabinete de las Damas de Moda, como usted sabe, ha existido muchos años. Siempre lo editó un grupo de señoras bajo la dirección de su fundadora, una mujer que casualmente era la tía abuela

de un miembro de nuestro grupo. La señorita Edwina Parrish, una de mis colegas de Peak, era una de las favoritas de su tía abuela. Cuando la mujer murió hace unos años dejó dicho que las riendas de la redacción le fueran entregadas a Edwina, aunque la revista en sí sigue siendo propiedad de su hijo, el tío de Edwina. Él recoge los beneficios y, como cree que es una estúpida revista femenina, la ignora. No tiene ni idea de lo que hace Edwina.

—No lo entiendo. ¿Qué hace exactamente?

Simon sonrió.

—El hecho de que usted no lo sepa es una muestra del éxito del plan.

—¿Qué plan?

—¿Lee usted también El Museo Mensual de las Damas?

Eleanor le dirigió una mirada burlona y se preguntó si alguna vez iría al grano.

—Sí, la leo, al igual que todas las demás mujeres del país, estoy segura de ello. Pero ¿qué tiene que ver?

—Bastante, en realidad. El Museo se jacta de ser creado por una sociedad de señoras, pero en realidad la escriben un grupo de hombres sumamente conservadores. Uno de los objetivos ocultos de la publicación es derrotar a los partidarios del racionalismo, el radicalismo y el republicanism. En sus ensayos y artículos hacen uso de indirectas astutamente calculadas para promover su filosofía conservadora y manipular el inconsciente de las desprevenidas lectoras.

Eleanor se sorprendió un poco al saber que una publicación tan de moda tenía motivaciones políticas, aunque no entendía bien cuál era su verdadero propósito.

—¿Qué obtienen al promover su política en una revista dirigida a las mujeres?

Simon cambió de posición, de tal modo que ahora estaban casi cara a cara.

—Entre las filosofías que temen —continuó—, se encuentran las que se enfocan hacia los derechos de las mujeres, las teorías de Mary Wollstonecraft, Mary Hays, Catherine Macauley, Thomas Paine y varios otros. Los editores de El Museo Mensual de las Damas se alían con ultraconservadores como Hannah More y George Canning, que promueven las estructuras jerárquicas establecidas y una disposición al servicio desigual del poder. Según ellos, la inherente debilidad de cuerpo y mente de la

mujer la obliga a someterse al hombre.

—¡Dios mío! Creo que exagera. El Museo no es más que una pequeña revista de entretenimiento con un poco de moda, poesía, cuentos y otros asuntos que se creen del interés de las mujeres. ¿Cómo es posible que encuentre motivaciones tan graves y siniestras en las descripciones de la última moda?

—Todos los elementos que se esperan de una revista para damas están en ella —apuntó—, incluyendo la última moda. Es lo que atrae al público femenino, después de todo. Pero, si se mira de cerca, se puede encontrar una manipulación sutil. Por ejemplo, frecuentemente atacan la noción misma de la educación de las mujeres. Más de una vez han publicado ensayos en los que afirman que educar a chicas sin fortuna se debe considerar algo perverso porque hace crecer sus expectativas más allá del alcance de su situación y carácter. La verdad es que consideran que la ampliación de la educación a las mujeres y a las clases bajas supone una amenaza para las convenciones de la sociedad civilizada, que la difusión del conocimiento podría inspirar un reinado del Terror en suelo británico. Y es por ello que envían mensajes sutiles, y algunos no tan sutiles, a sus lectoras respecto a que la educación de las mujeres es un esfuerzo absurdo. ¿Puede usted imaginar algo más despreciable? Ni que decir tiene que educar las mentes no desencadena la anarquía. El abandono y la desesperación sí.

Su mano libre se había vuelto tan animada como su voz, puntuando sus palabras en el aire. A Eleanor le costaba relacionar a este reformador apasionado con el vulgar imbécil que antes creía que era. Aquel soñador tenía los pies más en la tierra de lo que había imaginado. Se sintió mal por haberle juzgado erróneamente de todas las maneras posibles. Era un hombre de principios sólidos y, aunque no estuviera siempre de acuerdo con él, no podía evitar admirarlo.

—Los editores de El Museo tratan de ofrecer «orientación» a su público objetivo —prosiguió—, pero sus doctrinas morales guían a sus lectoras hacia unos cuidadosamente contruidos y estrechamente definidos roles de subordinación. Cuando Edwina heredó el timón de El Gabinete nos pareció el vehículo perfecto para combatir esas actitudes patriarcales. No obstante,

su tío, el señor Victor Croyden, clausuraría la revista si se enterara de que las agradables señoras mayores que antes llevaban la publicación ya no lo hacían y que en su lugar la controlaban hombres y mujeres de ideología radical.

—Y por eso es tan importante mantener sus identidades en secreto.

—Sí. Si Croyden averiguara que un hombre está involucrado podría entrarle curiosidad y tener la tentación de echar un vistazo más de cerca. Hay cosas en los libros de contabilidad, por ejemplo, que nunca debería ver. Sería una lástima que El Gabinete cerrara. Hemos hecho grandes progresos. Nuestra tirada se ha duplicado y estamos logrando beneficios. Ahora somos capaces de ofrecer salarios regulares a algunos de los escritores de nuestro personal y de solicitar contribuciones a ensayistas y poetas consolidados que son solidarios con nuestros principios. El señor Coleridge ha cedido recientemente algunos poemas, y algunos miembros whig nos han proporcionado artículos.

—¿Coleridge? ¿Por casualidad usa un seudónimo? ¿Algo así como Rodolfo? Simon se sonrojó y negó con la cabeza.

—No, siempre firma con sus iniciales.

Eleanor se alegró de oírlo. Le gustaba lo poco que había leído del señor Coleridge. Odiaría pensar que era el autor de la mediocre poesía que había leído en la revista.

—He de admitir que me ha dejado intrigada, Simon. No tenía ni idea de que hubiera unas intenciones tan serias tras una publicación tan aparentemente frívola como es El Gabinete. Ni sospechaba esa feroz competición de principios contra El Museo Mensual de las Damas.

Él asintió y le brillaron los ojos con fervor. Parecía muy contento de que ella entendiera lo que había estado tratando de explicar a su prolija manera.

—Mi queja personal contra El Museo —explicó—, es la forma en que se retuercen cuentos y ensayos históricos para mostrar que una mujer debe renunciar a sus propios deseos y someterse a los de su marido, resultando motivo de satisfacción para ella, y que una mujer que se cree en igualdad con su marido se verá abocada a un matrimonio infeliz. Y siempre defienden la idea de que un matrimonio con un completo extraño, siempre y cuando el partido sea arreglado por sus padres, es preferible para una joven que un matrimonio por amor. Puede llamarme romántico si quiere, pero creo que las mujeres no deberían ser forzadas a someterse a matrimonios que no son

más que contratos comerciales. Yo creo que una mujer debería poder tener la oportunidad de amar a quien ella desee.

—Y así nació la Entrometida.

Sonrió y sus hoyuelos centellearon.

—En realidad ya existía en la publicación original. Cuando Edwina se hizo cargo de la revista mantuvimos la mayor parte de las columnas y los seudónimos originales. Yo me convertí en la Entrometida. Nicholas Parrish, el hermano de Edwina, en la ensayista Augusta Histórica. Todos adoptamos varios papeles. Nuestra intención ha sido siempre vencer a El Museo Mensual de las Damas en su propio juego.

—¿Cómo es eso?

—Llenando nuestras páginas de mensajes velados sobre el potencial femenino y la fuerza y poder de la mujer, en lugar de apoyar su subyugación.

—No pensaba que un romántico apreciara a las mujeres fuertes y poderosas. Habría supuesto que preferían a una mujer frágil y débil que tuviera una constante necesidad de protección y tranquilidad por parte de un hombre.

Él sonrió.

—Este romántico no. Yo prefiero una mujer enérgica y decidida. Una que sienta deleite al discutir las cosas conmigo en lugar de someterse tranquilamente a mi autoridad. Alguien como usted. ¿Acaso no la he comparado con frecuencia a un ángel vengador? ¿A Boudica? Hay mucho más que admirar en una mujer como usted, Eleanor, que toma cartas en el asunto cuando algo sucede, que en una violeta marchita que languidece en su silla esperando a que lo hagan todo por ella.

—Eso es muy amable por su parte, ciertamente —respondió Eleanor, y esperó estar haciendo un buen trabajo disfrazando la inesperada e indeseada ola de placer que la estaba anegando tras este comentario tan directo. Saber que la lujuria no era su motor impulsor, que de verdad la admiraba, era casi tan emocionante como aterrador.

—Pero siempre he asociado a los románticos con los caballeros de brillante armadura que rescataban damiselas en apuros. ¿Acaso no ha sido usted mi heroico salvador más de una vez en este viaje?

En ese momento, el coche se topó con un profundo bache que envió a los dos rebotando en el asiento. Simon aprovechó el momento como excusa

para tomar su mano entre las suyas. Su pulgar acarició la piel por encima del guante, donde aún llevaba la cinta roja en su muñeca. Su roce le provocó un casi insoportable estremecimiento en el brazo.

—Mi querida Eleanor, no se me ocurre nada más romántico que ser su caballero de brillante armadura, si usted me lo permite. Una mujer de carácter fuerte que acepta mi ayuda cuando la necesita es para mí algo mucho más romántico que una doncella indefensa en peligro. No hubo nada heroico en mis acciones de anoche en la taberna. Usted ya estaba luchando por su cuenta de manera admirable. Mi reacción fue la de un animal rabioso al ver a esa bestia poniéndole las manos encima.

La mirada en sus ojos se había vuelto tan intensa que resultaba incómoda. A ella le habría gustado que las motivaciones de Simon no fueran nada más que un reflejo de la pasión de las ideas políticas y sociales que acababa de poner de manifiesto, pero sospechaba que aquella era una pasión completamente diferente. Por muy tentador que fuera dejar de lado toda su prudencia y ceder a la invitación de aquellos brillantes ojos azules, no debía olvidar que tenía que protegerse de tales distracciones. No debía olvidar a Belinda y su difícil situación.

Eleanor apartó suavemente la mano.

—Cuénteme más acerca de esos mensajes velados en las revistas.

Simon percibió su malestar y le dedicó una sonrisa triste.

—Es muy simple —dijo—. El Museo, por ejemplo, disfruta con las historias sobre chicas jóvenes que se enamoran, huyen con el deseo de su corazón y acaban miserablemente infelices, arruinadas socialmente, totalmente locas o, muy a menudo, muertas. Todo por ir en contra de los deseos de sus padres o de la sociedad. Como ya sabe, las historias en El Gabinete siempre tienen un final más edificante. Las jóvenes han demostrado tener carácter al ser plenamente capaces de tomar sus propias decisiones y, finalmente, encontrar la felicidad. A diferencia de El Museo, nosotros enviamos mensajes que promueven la educación de las mujeres, incluyendo a las de pocos recursos. Tratamos de fomentar la fuerza de la mente, el corazón y el cuerpo en todas las féminas y, por extensión, en todas las personas. En resumidas cuentas, creemos en las mujeres. Confiamos en las mujeres. —Sonrió con un poco de picardía, y Eleanor recordó las palabras de su hermano. Adoraba a las mujeres—. El Museo Mensual de las Damas —prosiguió—, aunque escrito para ellas, no transmite otra cosa que desprecio hacia las féminas.

Maldita sea, Eleanor creía en lo que Simon estaba diciendo. Peor que eso, lo admiraba por lo que hacía. No volvería a ser capaz de leer El Museo Mensual de las Damas sin ser consciente de que un hombre abominable intentaba manipularla con sus cuentos y ensayos moralistas y sensibleros.

¿Por qué, por Dios, por qué? ¿Por qué tenía que ser Simon tan malditamente admirable? ¿Por qué no había resultado ser el tonto fatuo que pensaba que era? A pesar de su firme resistencia, ya la tenía medio conquistada. Sus resplandecientes ojos azules, su encantadora sonrisa, sus hoyuelos, su esbelta figura musculosa, los fuertes brazos, su sentido del honor y la integridad, su bondad, incluso su idealismo; todo ello rompía sus defensas. El hecho de que estuviera tan manifiestamente interesado en ella hacía que rendirse fuera incluso más tentador.

No obstante, Eleanor conocía demasiado bien los peligros de ese atrevimiento. Una vez confió en un hombre y aquello le arruinó la vida. No podía permitir que volviera a ocurrir.

Un poco de debate siempre avivaba su ingenio. Estaba decidida a impulsar una discusión, estuviera de acuerdo con Simon o no. Era más seguro. ¿O no? Él había dicho que prefería a las mujeres que discutían. Cielos, ¿qué iba a hacer?

—¿Está usted seguro de que El Museo es realmente algo tan nefasto? —le preguntó, incapaz de resistirse a llevarle la contraria—. Tal vez traten simplemente de proteger a las mujeres para que no tomen decisiones imprudentes.

—Lo que tratan es de proteger a las mujeres de la influencia de nuevas ideas que puedan interferir con el orden establecido. No puedo decirle cuánto lamento su insistencia respecto a la debilidad de las mujeres y su necesidad de protección, su estúpida postura sobre la educación de la mujer que abiertamente considera inferior la inteligencia femenina. Usted es una mujer fuerte, de pensamiento independiente, Eleanor. ¿No cree que su intelecto es al menos equivalente al de la mayoría de los hombres?

—Ciertamente.

—Entonces ¿no se opone a la evidente presunción de la debilidad femenina?

—Mi querido caballero, no hay una mujer viva que no haya utilizado esa presunción a su favor. Y créame, se requiere una gran inteligencia y astucia para recibir tal cantidad de protección y seguridad a cambio de tan poco

esfuerzo.

—Entonces, como El Museo, ¿valora la fortuna y la seguridad por encima del amor?

—Completamente. —Una mueca ceñuda ilustró su perplejidad.

—Qué triste me resulta oírle decir eso, querida. El amor es el gran equalizador, lo más importante del mundo. En mi opinión, a la hora de contraer matrimonio se les debe enseñar a las jóvenes el valor del amor sobre el de la posición y la fortuna.

—Habla un hombre al que jamás en su vida le ha faltado nada. Un hombre que no puede imaginarse la difícil situación de las mujeres, y me refiero a todas ellas, en todos los niveles de la sociedad, que deben depender de los hombres para todos los aspectos de su existencia.

—Entonces ¿está a favor de la postura de El Museo respecto a adecuar el amor a la dote? ¿Otorga mayor importancia a la conveniencia que al amor, a la seguridad que al cariño? ¿Está de acuerdo con que se opongan activamente a querer elevarse por encima de sus circunstancias, a perseguir los propios deseos de cada uno?

—Yo solo sugiero que esa filosofía es más realista y menos perjudicial para las impresionables mentes de las jóvenes. Menos corazones se romperían si publicaciones como la suya no convencieran a las chicas de que el verdadero amor y la eterna felicidad existen en realidad. Simon la miró pensativo durante un momento y luego preguntó:

—¿Quién le rompió el corazón, Eleanor?

La había observado atentamente desde el comienzo de la conversación para valorar su decisión de confiar en ella y reafirmarse en la conveniencia de tal decisión —como así fue—; luego simplemente para medir su reacción. Tenía un rostro muy expresivo, debido en gran parte a la forma en que su boca monopolizaba la atención; fruncía los labios, los retorció, los mordía, los hacía desaparecer y al final sonreía. Empujaba el delicioso labio superior hacia fuera, atrapaba el inferior entre los dientes y la lengua se asomaba de vez en cuando para lamer ambos con la punta. El espectáculo era mareante pero también ponía de manifiesto todas sus emociones. Un gran número de ellas había recorrido su cara: sorpresa, incredulidad, admiración, placer, confusión y aprensión. Pero todas se le borraron con una sola pregunta. Se había encerrado de nuevo en sí misma. ¿Qué diablos había hecho? La

verdad es que las palabras habían salido de su boca antes de que supiera en lo que se estaba metiendo.

Ella no respondió.

—Lo siento, Eleanor. No debería haber...

—No, no debería. —No lo estaba mirando—. Mi vida privada no es asunto suyo y rechazo sus arrogantes insinuaciones.

—Tiene toda la razón. No es asunto mío. Estoy terriblemente arrepentido.

Ella se apartó de él. No solo se negó a mirarlo, sino que giró el cuerpo para darle la espalda. Lo estaba ignorando completamente, y el corazón se le hizo pedazos. Maldita sea, ¿por qué no podría haber mantenido la boca cerrada? Cualquier palabra adicional solo empeoraría las cosas. Lo mejor sería callarse y dejarla con sus pensamientos durante un rato.

Y así, Simon puso su cerebro a trabajar para desenmarañar todo lo que se había dicho y las respuestas que había provocado. Analizó sus reacciones a la explicación sobre la revista y se convenció de que entendía la necesidad de continuar protegiendo el secreto. Podía confiar en ella. No se había burlado ni lo había llamado tonto. A pesar de sus indirectas habituales, pensaba que había quedado impresionada con el trabajo de El Gabinete. Una vez más, había sentido aquella pequeña chispa de admiración que hacía que el corazón se le subiera hasta la garganta de puro orgullo. Maldita sea, si ella no tuviera miedo de aquella chispa, de permitirse sentir algo por él... Suponiendo que estuviera dispuesta a hacerlo, claro. Le agradaba pensar que así era. Había permitido que la besara, después de todo.

Pero al final siempre volvía a esa lamentable cuestión. ¿Quién le había roto el corazón? Era evidente que alguien lo había hecho. No se habría cerrado como un puño si no fuera así. Suponía que no se trataba del difunto señor Tennant. Eleanor le había contado que no había sido un matrimonio por amor. ¿Quizás un afecto de juventud, previo al casamiento? ¿Una historia de amor en el transcurso de su matrimonio?

De nada servían las suposiciones, a no ser que Eleanor se lo contara no sabría la verdad. Y ella tenía razón, no era asunto suyo. No hacía falta que conociera los detalles. Era suficiente con saber que semejante circunstancia había ocurrido y que le dolía profundamente. Ciertamente, era un obstáculo añadido en el ya dificultoso camino de ganarse su confianza, y quizás incluso su afecto. Sin embargo, estaba dispuesto a luchar por ese objetivo a pesar de este paso atrás.

Camino de Lancashire, Simon obró acorde a su propia conciencia al tiempo

que seguían el rastro de mensajes dejados por los investigadores. La naturaleza montañosa del terreno suponía a veces un discurrir brusco, y se agitaban continuamente dentro del carruaje. Eleanor se acurrucaba junto a su ventana y se asía al agarre con todas sus fuerzas para reducir a lo mínimo el contacto físico entre los dos. Simon no rompió el tenso silencio mientras atravesaban el sombrío páramo de los alrededores de Bolton y los pintorescos barrancos de después. Tampoco al cruzar los puentes de piedra sobre los caudalosos canales, ni cuando surcaban laderas salvajes azotadas por el viento o anchos valles, ni cuando pasaron Heaton, Horwich y Chorley bordeando los márgenes de los páramos al oeste de los Peninos en el camino que llevaba a Preston.

Se acercaba el crepúsculo. Oscuras nubes pendían de las colinas y comenzó a caer una suave lluvia. Se estaba levantando viento y el aire estaba cargado de la amenaza de una tormenta. Simon estaba a punto de sugerir una parada en Preston para pasar la noche cuando Eleanor le sorprendió rompiendo su largo silencio.

—¿Por qué asume que todo el mundo piensa, cree y actúa como lo hace usted? —Parecía estar continuando la conversación anterior, como si no hubieran transcurrido varias horas de inactividad—. Solo porque casualmente tenga un enfoque más práctico de la vida no quiere decir que sea infeliz o me hayan roto el corazón. Simplemente soy realista; no una escéptica, como siempre me llama. Realista.

Simon sonrió para hacerle saber lo contento que estaba de tenerla de vuelta, incluso en un estado de ánimo tan encrespado. Abrió la boca para mostrarse de acuerdo con Eleanor, en aras de establecer algún tipo de paz entre ellos, pero se detuvo en seco. ¿Lo creería si le daba la razón con tal facilidad? ¿O le parecería que simplemente estaba siendo condescendiente? Se inclinaba a creer que el concepto que ella tenía de él se vería afectado si trataba de aplacarla con falsos lugares comunes.

Eleanor era una mujer que disfrutaba de una buena discusión. Tal vez era lo que necesitaba en aquel momento. Le proporcionaría precisamente eso entonces. Sin embargo, no sacaría a colación el tema de su corazón roto.

—Hay una línea muy fina entre el realismo y el pesimismo, querida.

—Oh, ¿así que ahora soy pesimista por el hecho de no creer tan malo que una mujer busque seguridad para su futuro?

Simon sonrió.

—Por eso y por otras cosas.

Ella lo miró directamente, pero no sonrió.

—No, no voy a aceptar esa etiqueta. Sigo diciendo que soy realista. Donde el romántico ve interminables años de felicidad conyugal para los dos amantes unidos por el destino, el realista ve una efímera pasión que se transforma en años de desilusión y de desprecio en cuanto empieza a faltar el dinero y las complicaciones de la vida diaria carcomen la felicidad del matrimonio. Cuando el romántico lamenta durante un viaje el número de árboles perdidos por obra del hacha, el realista considera el uso práctico que se le ha dado a esa madera.

—Yo sigo prefiriendo la esperanza de mi romanticismo, si me lo permite. Cuando el romántico ve a una pareja a la fuga cree en un matrimonio en Escocia, la pesimista solo encuentra motivos para la deshonra y la ruina. Ya ve, Eleanor, siempre esperaré lo mejor para Belinda.

—Pero se equivoca.

—Es simplemente mi opinión de soñador, querida. Voy a aferrarme a esa esperanza hasta que los encontremos.

—Pero se equivoca.

—Me va a perdonar por pensar lo contrario.

—Pero se equivoca.

—Su argumento se ha vuelto ciertamente repetitivo. —Le ofreció una sonrisa, pero no obtuvo ninguna a cambio—. Permítame mostrarme respetuosamente en desacuerdo con usted. Todavía van hacia el norte, directamente hacia Gretna. Puede que ya estén casados.

—No. Barkwith nunca se casará con ella. La seducirá, le hará el amor, la usará y luego la apartará a un lado cuando termine. —Se acurrucó en sí misma, con los hombros encorvados hacia adentro y los brazos cruzados con fuerza contra su pecho.

—¿Cómo puede estar tan segura? —le preguntó.

Dudó un buen rato. Simon pensó que no iba a contestar, que se retiraba de nuevo a su silencio. Pero entonces, en un tono casi inaudible, dijo:

—Porque lo sé.

—¿Cómo lo sabe? —Ella no respondió. Una repentina clarividencia iluminó a Simon y supo entonces la respuesta. Una enfermiza sensación de frío se apoderó de sus entrañas—. Eleanor, ¿cómo lo sabe?

—Porque así me ocurrió a mí.

«Qué suerte la de aquella dama que cultiva su corazón y colma todos sus recovecos de cariño. Y qué afortunado es aquel que gana ese corazón.»

—La Entrometida

Dios santo, ¿qué había hecho?

—Eleanor, lo siento mucho.

No quería mirarlo, no podría soportar ver en sus ojos la angustia y el dolor que se palpaba en su voz. En su lugar clavó la mirada en la ventana, donde el avance hacia Preston se veía oscurecido por la fuerte lluvia, un chaparrón implacable que era fiel reflejo de la tormenta de emociones desatada en su pecho.

No había tenido intención de decírselo. Era humillante, doloroso y personal. No quería que él lo supiera. No quería que nadie lo supiera. Solo unos pocos conocían la sórdida historia al completo. Y ahora aquel hombre tan dulce, aquel inocente romántico, prácticamente un desconocido, estaba enterado. Había dejado todos los recuerdos de aquella época horrible tras ella. Hacía años que había arrojado toda su memoria consciente del episodio a un calabozo oscuro de su mente, y había tirado la llave. Los recuerdos se desbloquearon y salieron a la luz en el momento en el que Belinda se encaprichó de Barkwith. El hecho de que estuvieran frescos en su mente había propiciado que se descuidara y se le escapara la verdad.

—Eleanor. Sintió que Simon tomaba su mano. Aunque estaba demasiado avergonzada para disfrutar de su consuelo, también estaba demasiado cansada para luchar, así que permitió que lo hiciera. Acercó también la otra y mantuvo cautiva su mano entre las suyas con delicadeza, como si cubriera a un pájaro herido. Le dieron ganas de echarse a llorar.

—Siento haberla acosado para que hiciera esa confesión —se disculpó—. Ha sido una intrusión impertinente, lo lamento de todo corazón. —Su voz suave y aterciopelada la envolvió, tan cariñosa y dulce como sus manos alrededor de las de ella. Quiso darse la vuelta, acurrucarse contra él y dejar que la abrazara. Sería tan fácil...

Quería decirle que no era culpa suya, pero no creyó que pudiera controlar su voz y se limitó a asentir.

—No hablaremos de ello nunca más —le propuso Simon—. Será como si nunca me lo hubiera dicho.

—No. —La palabra fue como una explosión en sus labios, finos y pequeños. No obstante, seguía sin poder mirarlo. Él no dijo nada, se limitó a seguir acariciando su mano suavemente—. No, no podemos hacer como si no le hubiera dicho nada. —La voz le tembló un poco, e hizo un esfuerzo por controlarla—. Ahora sabe la verdad. Ahora sabe por qué he estado tan preocupada por Belinda.

—Sí. Ahora lo entiendo.

—No quiero que Belinda sufra como yo lo hice.

—Por supuesto que no. Señor, qué desgraciado debe de ser este asunto para usted al ver su propia historia repetida en su sobrina. Pero tal vez, sabiendo lo que le pasó a su tía, Belinda se asegurará de obtener un resultado distinto para ella.

—Ella no sabe lo que me pasó.

—Oh.

—Y usted tampoco. —Eleanor se volvió al fin hacia él e inmediatamente deseó no haberlo hecho. No tenía defensas contra esa benévola mirada en sus ojos azules, se habría rendido de buena gana si él la hubiera atraído a sus brazos en aquel momento. Pero Simon no hizo tal cosa. En su lugar, retiró una mano de encima de la de ella, dejando la otra tal cual estaba, entrelazó sus dedos con los de Eleanor y los apretó ligeramente. Era un gesto de apoyo, de consuelo, de bondad, sin asomo de la sensualidad que otras veces había sido tan poderosa entre ellos. Después de su confesión, Simon tendría cuidado de no ofrecerle nada más que su amistad. Bendito aquel hombre por su buen juicio, pues ella poseía bien poco en aquel momento.

—Supongo que debo contarle toda la historia —se rindió—. Entonces entenderá por qué me siento así, por qué soy tan escéptica respecto a tantas cosas.

—Eso no es necesario, Eleanor. Se trata de un asunto privado del que no tiene necesidad de darme ninguna explicación.

—Pero me gustaría hacerlo, o al menos eso creo. —Era cierto. Aunque no podría explicar muy bien por qué. Le gustaría que Simon lo supiera todo. Él le había confiado sus secretos, ahora ella quería compartir los suyos.

—No sé qué me convierte en digno de su confianza, querida, pero si quiere contármelo me comprometo a honrarla.

Un relámpago fue seguido por el enorme estallido de un trueno. Las ventanas del carro se sacudieron ruidosamente.

—Creo que su historia tendrá que esperar —dijo Simon. Le dio otro apretón en la mano y luego la soltó—. Vamos a tener que parar o los pobres postillones serán barridos del mapa.

Habían cruzado un ancho puente de piedra sobre el río Ribble para llegar a Preston. Los empapados postillones se dieron mucha prisa para adentrarse en el centro de la ciudad, donde se encontraba La rosa y la corona, la casa de postas donde los investigadores les habían dicho que esperaran el próximo informe. No llegarían más lejos aquella noche con ese clima, así que Eleanor se alegró al ver que era un enorme y moderno edificio de ladrillo de tres pisos y con elegantes ventanas en los escaparates de las tiendas a ambos lados de la entrada de carruajes. Simon irrumpió por la puerta principal y, con su habitual eficiencia, dispuso todo lo necesario para pasar la noche y arreglar su salida a la mañana siguiente.

Eleanor subió a su habitación. Todavía estaba un poco nerviosa, así que se alegró de disponer de unos momentos de soledad. Despidió pronto a la eficiente camarera que le había llevado jabón con aroma a lavanda y agua caliente y se había ofrecido a ayudarla a desvestirse. La habitación estaba bien amueblada e incluso estaba provista de velas de cera, todo un lujo para una casa de postas. Eleanor experimentó otra punzada de culpabilidad por lo que todo aquello estaba costándole a Simon. Al principio había estado tan enojada con la Entrometida que no dudó en dejarle financiar el viaje, pero ahora se daba cuenta —de hecho lo hizo hacía tiempo— de que Simon no era más que un chivo expiatorio. Belinda era tan incorregible como Eleanor a su edad. Al final habría acabado fugándose con Barkwith, independientemente de lo que la Entrometida le hubiera aconsejado.

Eleanor había utilizado de manera egoísta al pobre Simon, había manipulado su naturaleza bondadosa tan hábilmente como Barkwith a Belinda. Le dolía pensar lo mucho que llevaba gastado hasta ahora. Aquella posada en particular debía de ser terriblemente cara.

En una parrilla pequeña había encendida una chimenea que funcionaba con carbón. En los recovecos de los cajones y en el alféizar de la ventana se dispersaban varios tazones con hierbas secas de olor dulzón. La cama con doseles parecía limpia y cómoda, y por una vez Eleanor no estaba del todo arrepentida de haberse dejado sus sábanas en casa. Esperaba que Belinda

tuviera el suficiente sentido común para insistir en pedir sábanas limpias y secas donde quiera que estuviese. ¿O estaría tan perdida en sus pasiones que no se percataría de que la ropa de cama estaba húmeda y sucia?

Cuando Eleanor estuvo en el lugar de Belinda no prestó mucha atención a semejantes detalles. Había pasado casi una docena de años, pero todavía lo recordaba como si fuera el día anterior. Estaba a punto de sacar a relucir sus recuerdos y servírselos en bandeja a Simon.

¿Acaso estaba cometiendo un gran error? ¿Era suficiente con que él ya supiera que había ocurrido algo, sin tener que revelar todos los detalles de mal gusto?

No, estaba decidida a contárselo todo. Quería hacerlo. En cierto modo le parecía importante que lo supiera. ¿Se trataba simplemente de curiosidad por ver si aún estaría interesado en ella después de conocer su oscura historia? ¿O era que en el más profundo e íntimo rincón de su corazón tal vez existía la secreta esperanza de que sucediera algo entre ellos después de que aquel desgraciado asunto de Belinda se resolviera?

Eleanor no se atrevía a admitirse esa posibilidad. No tenía derecho ni siquiera a considerarlo, aunque era innegable que había estado luchando contra su atracción por Simon casi desde que se conocieron. Constance se reiría mucho al enterarse de que Eleanor había decidido al fin que era adorable a pesar de su cabellera pelirroja. Al menos ya era lo suficientemente honesta consigo misma para confesárselo. Además de sentirse peligrosamente atraída hacia él —el mero roce de su mano causaba una salvaje arritmia en su corazón— pensaba que era extremadamente dulce. Le gustaba incluso a pesar de sus tendencias románticas, tan contrarias a su propia naturaleza.

Simon era un buen hombre, amable, honrado, gentil, y ella se había encariñado desmesuradamente con él.

Pero no dejaba de ser un hombre, y no era diferente del resto de sus congéneres en lo fundamental. Eleanor se había visto expuesta desde muy temprana edad a la naturaleza, a menudo peligrosa e insidiosa, del género masculino. Había sido cruelmente engañada una vez, no tenía ningún deseo de sufrir de nuevo esas preocupaciones.

Sacudió su pelliza y la echó sobre una silla frente al fuego. La había usado todos los días de aquel viaje, lo que resultaba evidente en las profundas arrugas y en las manchas oscuras de barro en el dobladillo. Por suerte, el olor a cerveza de la pelea en Buxton apenas era ya perceptible. Sacó el

segundo de sus dos vestidos de viaje de la maleta, lo sacudió y lo extendió sobre la parte superior de un pequeño mueble de cajones para prepararlo para el día siguiente.

El día siguiente. Otra jornada en la carretera. ¿Encontrarían por fin a Belinda? Llevaría cinco días con Geoffrey Barkwith. ¿Se habría cansado ya de ella?

Eleanor se armó de valor para la conversación que tendría con Simon durante la cena. Era una historia vergonzosa y difícil de contar, pero seguramente comprendería sus miedos por Belinda cuando la hubiera escuchado.

Mientras sacudía y cepillaba el vestido que usaría para la cena, deseó que su historia fuera lo bastante absorbente como para que Simon no se diera cuenta de que había visto ya ese vestido dos veces antes. Los hombres casi nunca se daban cuenta de esas cosas, claro, gracias al cielo.

La comida podría ser tensa, pensó Simon mientras esperaba que Eleanor se reuniera con él, pero al menos el entorno era agradable. Se paseaba de un lado a otro ante el hogar del pequeño pero muy bien decorado salón que había contratado para la cena. Supuso que debía darle las gracias a la prosperidad de la industria de Preston por aquella excelente posada. Si las fábricas y las viviendas para los trabajadores fueran construidas con tal cuidado, tal vez no sentiría tanto desdén por el mal llamado progreso.

No estaba ansioso por tener aquella conversación. Poseía una idea aproximada de lo que había sucedido y no ardía en deseos de conocer los detalles. Con todo, le agradaba enormemente que quisiera contárselo. Era una pequeña victoria en la campaña para ganarse su confianza. Si ella confiaba en él lo suficiente como para compartir su doloroso secreto, entonces, ¿sería difícil convencerla de que se abriera a su...? ¿A su qué? ¿A su admiración? ¿A su afecto? ¿A su amor? ¿Acaso la amaba?

Estaba sin duda un poco enamorado de ella. Era algo bastante común en él, como Malcolm estuvo tan condenadamente presuroso a advertir insistentemente. No podía evitarlo. Las mujeres hermosas, especialmente las mujeres inteligentes y hermosas, lo afectaban de esa manera. Se había quedado prendado de Eleanor casi desde su primer encuentro, cuando ella lo abofeteó con semejante fuerza en la cara. Pero ¿era amor?

A pesar de que había estado enamorado un sinfín de veces —bueno, no un

sinfín, diecisiete veces exactamente, había cuadernos de poesía para demostrarlo—, nunca había amado a nadie de verdad. Amor verdadero. Como le había dicho a Eleanor, seguía buscando el anhelo de su corazón. Había estado enamorado, encaprichado y sumido en estados de peligrosa lujuria, pero nunca había sentido esa caladura en los huesos, la unión de dos almas, la necesidad inagotable que siempre había definido como amor. Se había acercado una vez, pero aquello tuvo lugar hacía mucho tiempo.

En el poco tiempo que había pasado desde que conoció a Eleanor (¿de verdad solo habían pasado unos días?), se había aproximado más que nunca a esos sentimientos que él definía como amorosos. Se sentía como si estuviera al borde de un precipicio, sin saber si debía saltar o no. La más mínima señal de que ella aceptara, o incluso, Dios lo quisiera, correspondiera su afecto, haría que cayera sin remedio.

Una repentina oleada de intenso anhelo le hizo suspirar cuando se abrió la puerta y por ella entró Eleanor, seguida muy de cerca de tres camareros cargados de bandejas de comida.

—Lo siento, Simon. Le he hecho esperar.

Había interpretado equívocamente su suspiro, y le dio gracias al cielo por ello. Aun así, sintió que su rostro se ruborizaba como si tuviera fiebre, como si ella supiera lo que había estado pensando antes de que entrara por esa puerta. Se preguntó si seguiría sonrojándose cuando tuviera setenta años. Era vergonzoso.

—En absoluto —dijo, deseando que se desvaneciera el rubor—. Como puede ver, la cena acaba de llegar.

—Pobre Simon. Estoy segura de que se muere de hambre después del insignificante almuerzo de esta tarde en Manchester.

¡Ja! Ella creía que se sonrojaba por la broma sobre sus hábitos alimenticios. Pero ¿por qué diablos iba a avergonzarse por eso? Naturalmente, cualquier persona que comiera como un pajarillo pensaría que su apetito era excesivo. No podía evitar estar siempre hambriento. Su madre había observado a menudo que sus dos hijos tenían un estómago sin fondo, no podía ni imaginar dónde echaban toda esa comida. En realidad, ya que lo pensaba, tenía algo de hambre.

Simon le sostuvo la silla a Eleanor y disfrutó en toda su gloria de la visión de su espalda desnuda, la larga curva del cuello, la delicada nuca con algunos mechones de cabello color café oscuro que se negaban a ser recogidos, la fina y blanca piel solo manchada por alguna peca y el dulce

olor a lavanda. De nuevo el vestido de muselina india de espalda baja. Gracias a Dios su guardarropa de viaje era limitado. Este vestido en particular, aunque por desgracia estaba pasado de moda, era una delicia. Si le permitiera encargarse de su vestuario siempre la vestiría con prendas que revelaran su perfecta, suave y blanca espalda. Por supuesto, si él fuera el responsable de decidir su vestuario es probable que siempre estuviera desnuda.

La ayudó a sentarse, apartó la vista y tomó la silla de enfrente. Uno de los camareros sirvió con un cucharón unos tazones de falsa sopa de tortuga que acto seguido puso delante de ellos. Los otros dispusieron un aparador con escalfados, pastel de lenguado, pastel de ternera, solomillo, púdines de Yorkshire, gallinas del páramo estofadas, alcachofas, cebollas guisadas, judías verdes y guisantes. También había natillas, tartas de frutas y quesos. Simon miró el menú ávidamente y notó que Eleanor estaba tratando de no sonreír.

Mandó irse a los camareros, asegurándoles que se servirían ellos mismos, y le dedicó toda su atención a la sopa. El sucedáneo de sopa de tortuga era su favorito y aquella era especialmente buena. Alzó la vista para encontrar esos espléndidos ojos verdes sonriéndole por encima del borde de una copa de vino.

—Por favor, no me compare con lobos o tenias —le rogó en tono de broma—. He oído de todo, se lo aseguro, casi todo de boca de mi propia madre.

—Debe de costar la asignación de un trimestre y un equipo de cocina de veinte personas para alimentarlos a ustedes dos durante una semana —bromeó.

—A nosotros tres. Malcolm y yo heredamos nuestro saludable apetito de mi padre.

—La cocinera estaría explotada hasta la muerte en esa casa.

—Esa mujer nos adoraba de muchachos, se lo aseguro. Se sentía apreciada. Su insignificante apetito la habría enfurruñado durante una semana, querida.

Ella sonrió, sobre todo con los ojos, y Simon pensó que nunca le había parecido más hermosa. Una punzada de puro deseo le bajó en espiral por el vientre. Señor, estaba embelesado.

—Mi hermano Benjamin es el más comilón de mi familia —comentó Eleanor—. En cualquier caso, es comprensible, ya que siempre ha sido

marinero y en el mar no tienen a menudo la oportunidad de disfrutar de una buena comida.

—¿El padre de Belinda?

—Sí.

Un denso silencio se instaló entre ellos. La mención a su familia introdujo en la habitación la infame historia no revelada, que se cernía sobre ellos como un oscuro y desagradable espectro que no se podía ignorar. Simon no sería el primero en abordar el tema. Era su historia, y no le importaba si ella había decidido en última instancia no contársela. Sería decepcionante, pero carecía de importancia.

Se levantó y se dirigió al aparador.

—¿Le sirvo un plato?

Ella se rió con suavidad y se levantó para reunirse con él.

—Por favor, no. No sería capaz de verle la cara por encima de tal montaña de comida. Me serviré yo misma.

Cada uno de ellos llenó sus platos; el de él hasta los topes, el de ella apenas lo suficiente para alimentar a un gatito. Cuando Simon volvió a la mesa, Eleanor había suprimido toda la alegría de su rostro y mostraba una expresión seria.

—Supongo que está deseando escuchar mi triste historia —dijo.

—Solo si quiere contármela. No tiene por qué, ya lo sabe.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo. Será un alivio.

No obstante, parecía un poco reacia a empezar y en lugar de hacerlo le dio un bocado a su pastel de ternera. Se humedeció los labios, pasando la lengua por una esquina de su boca para quitarse una migaja. Simon tuvo que obligarse a mirar hacia otro lado, de lo contrario no sería capaz de volver a levantarse de la mesa. Dios, adoraba su boca.

La oyó dar otro bocado y un sorbo al vino antes de empezar su relato.

—Acababa de cumplir los dieciocho años —comenzó sin preámbulos— y había llegado a Londres para mi primera temporada. Mi madre tenía la esperanza de conseguir un gran partido para mí y tiró de todos los hilos para introducirme en los mejores bailes y fiestas. Me temo que en aquel tiempo era una palurda, verde y sin pulir, una chica inocente e impresionable.

»Conocí a Henry en un baile muy elegante. No voy a revelar su nombre completo. No importa. Estoy segura de que no lo conoce. Era mayor que yo, en realidad solo tenía treinta años, pero un hombre de esa edad me parecía

muy viejo en aquel tiempo, y su belleza era devastadora. Cuando empezó a dispensarme atenciones, yo estaba fuera de mí a causa del vértigo y el entusiasmo que me producía sentirme especial para él. A mis padres no les gustaba y desalentaban cualquier relación con él. Yo no sabía entonces que eran conscientes de su notoria conducta en el pasado, de que había arruinado la reputación de varias jóvenes y se le consideraba un sinvergüenza. Mi madre me lo dio a entender, pero yo era demasiado ingenua para vislumbrar lo que quería decir. Además, tenía la determinación de que nadie destruyera mis esperanzas de una unión con Henry.

Simon se imaginó a la joven Eleanor, una chica testaruda con muchos pájaros en la cabeza. Deseó haberla conocido entonces.

—Él era un encanto, un seductor —prosiguió—, y yo era susceptible a todos sus movimientos. Él lo sabía, y jugó con mi credulidad hasta que me enamoré perdidamente. Lo consideraba el ser más glorioso que jamás había conocido, estaba locamente enamorada de él. Me propuso que nos fuésemos, nunca me habían dicho nada tan romántico en toda mi vida. Sin pensármelo dos veces acepté viajar con él a Escocia.

»Al menos yo pensaba que íbamos a Escocia. No paraba de mencionar el largo camino hacia el norte, por lo que supuse que íbamos a Gretna o a alguna otra ciudad para casarnos. Por supuesto, me entregué a él la primera noche. ¿Qué más daba, si íbamos a casarnos? —Bajó la mirada hasta el plato y empujó los alimentos con el tenedor. No le había mirado ni una sola vez desde que comenzó a relatar su historia. Simon, sin embargo, no podía apartar los ojos de ella. Su cena reposaba olvidada en su plato.

—Pero no la llevó a Escocia, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza sin levantar la vista.

—No. Al llegar hasta Derbyshire, Henry dijo que nos pasaríamos por casa de un amigo suyo. Estaba ansiosa por llegar a Escocia, pero me convenció de que no teníamos ninguna prisa. Yo estaba tan cegada de amor por aquel hombre que me podría haber llevado a donde él hubiera querido. De todos modos, desde que me había entregado a él sentía que estábamos prácticamente casados, que teníamos un vínculo especial forjado por nuestra relación física. La ceremonia era un detalle menor que podía esperar unos días.

Su voz se había vuelto monocorde, exenta de expresión o timbre. Era como si estuviera recitando una historia que había memorizado. Simon

sentía una ardiente rabia que le causaba tensión en la parte posterior de la garganta. Las manos, que descansaban sobre la mesa, las tenía cerradas en forma de puños.

—Me llevó a una casa solariega en Derbyshire —continuó Eleanor—, pero su amigo no estaba allí, cosa que por supuesto Henry ya sabía. Todo había sido arreglado. Me atrevería a decir que yo no era la primera chica que había llevado a aquella finca. Me convenció para que nos quedáramos unos días y disfrutásemos del campo. Con todo, para serle franca, no solíamos salir del dormitorio. Su voz se había reducido a apenas un susurro y tenía la barbilla prácticamente pegada al pecho. La vergüenza la envolvía como un manto. Simon tenía un deseo abrumador de acercarse a ella y tocarla, mecerla en su regazo y abrazarla fuerte. Pero no lo hizo. No era el momento adecuado.

—Cuando por fin le dije que pensaba que deberíamos irnos y continuar nuestro camino hacia Escocia, fingió no saber de lo que le estaba hablando. Me dijo que nunca había mencionado nada de Escocia o de matrimonio y que yo había llegado a conclusiones por mi cuenta. Se echó a reír y declaró que mi pretendida inocencia no lo engañaba, no iba a dejarse manipular por una buscona astuta para acabar en un matrimonio no deseado. Antes me deshonraría en público. Incluso insinuó... —Su voz se quebró en ese momento, casi se le rompe en mil pedazos—. Insinuó que él no era mi primer amante.

—¡Maldita sea! —Simon soltó un puñetazo en la mesa antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Eleanor dejó escapar un grito ahogado por el sobresalto. Los platos y cubiertos temblaron y su copa de vino se derramó, provocando que una mancha color rojo sangre se propagara por el mantel blanco.

—Le pido perdón —se disculpó—. Me ha enojado escuchar tal cosa. —El tono de su voz se elevó con cada palabra hasta que casi se transformó en un grito.

Ella le ofreció una débil sonrisa.

—Por favor, no se irrite. Es mi responsabilidad haber sido tan tonta. Ni que decir tiene que estaba destrozada, con el corazón roto. Enfadada. Asustada. Esa noche, mientras él dormía, robé dinero de su bolsa y salí huyendo. Tomé la diligencia de regreso a Londres.

—Buen Dios. ¿Sola en mitad de la noche?

—Sí. No sabía qué otra cosa podía hacer. Mis padres estaban furiosos y me

mandaron a Surrey con mi deshonra. Poco después me di cuenta de que estaba encinta.

Eleanor se atrevió a mirarlo entonces por primera vez. La expresión que vio en su rostro seguramente no le resultó agradable. Se sentía enfermo.

—Mi padre encontró a un hombre que accedió a casarse conmigo —prosiguió—, un conocido de su misma edad. Maurice Tennant. Yo tenía el corazón tan dañado y estaba tan afectada que consentí la celebración del matrimonio sin oponer resistencia.

»Nada importaba ya. No me importaba lo que me ocurriera. Al parecer Maurice pidió una dote mayor de la que mi padre podía permitirse. Yo era mercancía usada después de todo, llevaba en mi vientre al hijo de otro hombre. Al final llegaron a algún tipo de acuerdo, aunque nunca supe los detalles. Por Dios, no era extraño que fuera tan incrédula. Toda aquella historia sonaba igual que uno de esos tristes relatos que se publicaban en El Museo Mensual de las Damas. Simon se preguntó si su propio idealismo habría resistido un golpe semejante. Puso en pie la copa de vino caída, la rellenó, y acto seguido la vació de un solo trago.

—Así que me convertí en la señora Tennant —dijo—, y me mudé con mi marido a Bristol. Perdí el bebé poco tiempo después y estuve condenada a un matrimonio desagradable con un hombre que nunca olvidó mi pasado.

De mal en peor. No creía que pudiera aguantar mucho más.

—Maurice era caprichoso en sus negocios, invertía siempre en una cosa u otra y siempre perdía dinero. —Su voz había recuperado algo de color, ahora estaba teñida de amargura—. Llevábamos casados seis años cuando murió. No me dejó nada. No me quedaron ni dos chelines. Simon alargó la mano, llenó su copa de vino y le indicó que se lo bebiera con una inclinación de cabeza. Dios sabía que lo necesitaba después de su agotador relato, no cabía duda. Eleanor le dio las gracias con un gesto ausente y tomó un sorbo, luego cerró los ojos y tomó otro. Exhaló un largo suspiro antes de continuar.

—Ahora entenderá por qué estoy tan ansiosa respecto a Belinda. Es como si estuviera asistiendo a la representación de mi patético melodrama en el escenario, aunque con un elenco diferente de actores. Geoffrey Barkwith es igual que Henry, un seductor. Incluso tiene la misma apariencia, los mismos rasgos oscuros.

—Pobre Eleanor. Esto debe de ser extremadamente doloroso para usted.

—Y no solo por Belinda —añadió—. Siendo egoísta, también estoy preocupada por mi propia situación. Cuando Maurice murió me dejó desamparada, no tenía adonde ir. No habría vuelto con mis padres aunque me lo hubieran ofrecido. Hemos estado distanciados desde que me vendieron a Maurice. No existe ningún afecto entre nosotros, ninguno en absoluto, no podría haber vivido de nuevo con ellos. Se daba la circunstancia de que mi hermano Benjamin había perdido a su mujer algunos años antes de la muerte de Maurice. Como pasaba largas temporadas fuera de casa me sugirió que me convirtiera en la tutora de su hija. Y es por ello que he estado viviendo en su residencia de Londres con Belinda estos últimos cinco años. Dependo totalmente de la buena voluntad de mi hermano, Simon. Me echará de casa si permito que la vida de su hija se arruine igual que la mía.

Comprendía su preocupación, aunque el romántico que habitaba en él todavía creía que Belinda ya se habría convertido en la señora Barkwith cuando la encontraran. Sin duda, era difícil que dos canallas golpearan a la misma familia.

—Es una situación delicada, sin duda —dijo Simon comprensivo—, pero me niego a creer que su hermano vaya a echarla de casa.

Sería abominable hacer tal cosa cuando nada de esto es por su culpa. Y su vida no está ni mucho menos arruinada, querida. Usted cometió un error y lo pagó caro con un matrimonio infeliz, pero ahora es una mujer libre con toda una vida por delante.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—¿Toda una vida? ¿Pasando de familia en familia como la pariente pobre? ¿O tal vez deba actuar por mi cuenta y tratar de encontrar empleo como institutriz o acompañante de una dama? Es un futuro muy gris, en cualquier caso. Con todo, me atrevo a decir que debería sentirme agradecida. Si mi padre me hubiera arrojado a una cuneta para valerme por mí misma las cosas serían bastante peores.

—Permítame que sea optimista al sugerirle otra alternativa. Es usted una mujer hermosa, Eleanor. Podría casarse de nuevo.

Ella sonrió, una sonrisa plena, auténtica.

—Querido Simon, siempre tan romántico.

—Siempre manteniendo la esperanza, al menos. —Más de lo que ella imaginaba—. ¿Qué fue de aquel maldito Henry?

—Al vivir en Bristol estuve alejada de la sociedad londinense. Esa era, por

supuesto, una de las razones por las que mi padre eligió a Maurice. Mis padres habrían hecho cualquier cosa por evitar un escándalo en Londres. De todos modos nunca volví a ver a Henry. Pocos años después de mi matrimonio me enteré de que había muerto en un duelo.

—Gracias a Dios. Ojalá hubiera sido yo el que disparó la bala que lo mató.

—Pienso lo mismo —dijo—. Es decir, que ojalá le hubiese disparado yo, no usted.

—Bueno, me alegro de que alguien lo hiciera, si no yo mismo iría tras el bribón y me encargaría de él. Era un indeseable de mal corazón.

Y entonces sucedió algo extraordinario. Eleanor se inclinó hacia delante y puso una mano sobre la de él. Simon había tenido cuidado de no tocarla, temía que no le agradara, que pudiera malinterpretar el gesto y creyera que solo pretendía seducirla como aquel desgraciado de Henry. Al final fue ella la que dio el paso. Su corazón se desbocó.

—Me alegro de habérselo contado, Simon.

Le cubrió la mano con la suya.

—Yo también.

Ella sonrió.

—Ahora será mejor que coma algo o va a desmayarse de inanición.



«Una joven con sensibilidad no debe quejarse por la falta de pretendientes. A la larga, el verdadero amor y afecto no se mantendrán muy lejos de un corazón digno y una ternura refinada.»

—La Entrometida

Eleanor durmió profundamente. Había sido un día agotador emocionalmente, y cuando se fue a la cama estaba totalmente exhausta. Esta mañana, sin embargo, se había despertado con una nueva resolución. Relatar los acontecimientos de su pasado había renovado su enfado con Geoffrey Barkwith y su determinación de encontrar a Belinda para hacerla entrar en razón y llevarla de vuelta a casa. No permitiría que la vida de su sobrina cayera en la misma ruina que la suya. De un modo u otro, iba a hacer las cosas bien con ella.

Simon, bendito fuera su corazón idealista, todavía creía que Barkwith se casaría con la muchacha. Ahora que conocía el pasado de Eleanor, sin embargo, estaba dispuesto a admitir que podría estar equivocado.

Hablaron y comieron hasta altas horas de la madrugada. Una vez que sus respectivos y terribles secretos quedaron al descubierto —la actividad política de Simon y el vergonzoso pasado de Eleanor— había sido fácil mencionar otros más irrelevantes. Estaban ansiosos por conocer cosas nuevas el uno del otro. Simon le habló de su gusto por la pintura paisajística italiana y de su opinión negativa sobre la señora Siddons, a la que consideraba sobrevalorada. Ella le contó que tocaba el arpa y le gustaba cuidar de su jardín. Pero no olvidaron la cuestión principal que les ocupaba y hablaron largo y tendido sobre Belinda, utilizando como base las lecciones aprendidas por Eleanor.

En un momento dado, sin embargo, Eleanor se mostró inflexible ante la necesidad de alejar a Belinda de Barkwith, contra su voluntad si fuera necesario. Podrían resolver el asunto después, pero era esencial apartarla de la influencia de su enamorado. Incluso Simon se adhirió a ese plan siempre y cuando no hubiera habido matrimonio, algo que por supuesto no podía haber sucedido. Le prometió, siendo el romántico que era, que se montaría en su caballo blanco, rescataría a Belinda y la devolvería a los

brazos de su querida tía.

Era un concepto adorable y caballeroso, digno de un cuento de hadas, y probablemente cumpliría su promesa al pie de la letra si estuviera en su mano. Era un ingenuo, los caballos blancos escaseaban y Belinda le sacaría los ojos en el intento. A pesar de todo, era una oferta encantadora. Desayunaron temprano en el gran comedor que atendía a los pasajeros de las diligencias, que en general disponían de poco más de veinte minutos antes de reanudar el camino. Por esa razón, se desplegaba un extenso bufé para facilitar una comida rápida. Un grupo estaba terminando cuando entraron en la sala, justo en ese momento los camareros se alineaban para asistir a cada pasajero con sus sombreros, chales, abrigos y paraguas con el fin de no perder tiempo. Afuera se oía el sonido del chófer de la diligencia tocando su silbato.

Incluso después de la gran cena de la noche anterior, Simon continuaba con un apetito voraz y sacó el máximo provecho de aquella larga mesa. Era un misterio cómo se las arreglaba para mantenerse tan delgado. Se entretuvieron desayunando poco más que los pasajeros de la diligencia, no tardaron en volver a la carretera para cruzar la región de Lancashire camino de Westmorland. Los investigadores habían perseguido a los fugitivos hasta Kendal.

La lluvia había cesado durante la noche, y había dejado el aire de la mañana fresco y claro. El camino a Lancaster era recto y ancho, avanzaban a buen ritmo a pesar del barro y los surcos causados por las lluvias en las calzadas. El salvaje paisaje septentrional, azotado por el viento, le resultaba fascinante a Eleanor, ya que lo más al norte que había viajado era a Derbyshire.

Al este, pasado Preston, se extendían valles de piedra caliza con acantilados, barrancos y escarpados riscos que brillaban bajo el sol de la mañana. Pasaron amplios pastizales y páramos salpicados de brezo. Cruzaron varios ríos que descendían por las colinas en el este para acabar cayendo en valles profundos y exuberantes. En el oeste solo había pastizales para el disfrute de grandes rebaños de ovejas y algún que otro molino de viento.

Simon observaba el paisaje, señalando de vez en cuando un detalle especialmente bello o alguna característica notable.

—Me encantan los páramos —confesó—. Supongo que no soy muy objetivo cuando se trata de colinas y montañas. «Los prados verdes, el flujo del río,

los valles boscosos, bajos y exuberantes, la cumbre azotada por el viento, alta y salvaje, su puño nudoso clamando al cielo.»

Eleanor sonrió.

—¿Otra vez Wordsworth?

—Westover. Hablaban con menor frecuencia a medida que recorrían kilómetros y kilómetros de colinas, páramos y cerros con vistas a enormes valles. Simon hizo uno o dos comentarios despectivos sobre los nuevos cerramientos, pero la mayoría del tiempo disfrutaron de largos períodos de un cómodo silencio. La noche anterior se había forjado entre ellos un nuevo vínculo —¿amistad? ¿camaradería? ¿comprensión?— y eso parecía haber cambiado el aire que se respiraba en el carruaje. Sentados uno al lado del otro en el vehículo que había sido su pequeño y confinado mundo durante cinco días, ya no existía atisbo de incomodidad, tensión o malestar. Se sentían relajados juntos, como si se conocieran de toda la vida. Si la incertidumbre por Belinda no supusiera una carga para ella, Eleanor habría declarado que era feliz por primera vez en años.

Era casi aterrador.

Había espacio para tres en el asiento del carruaje, así que ellos dos tenían amplitud más que suficiente. Pero cuando el vaivén y la agitación del carro los hacía chocarse al uno contra el otro ninguno de los dos se movía. Se quedaban juntos en el centro del asiento rozándose los hombros y los muslos, y a veces también las caderas, los brazos, las manos y los pies.

Había momentos en los que Eleanor era tan consciente de la presencia física de Simon que los puntos en donde conectaba con él proyectaban espasmos de calor que surcaban su cuerpo y se reunían en un solo lugar palpitante en su bajo vientre. Una vez hasta tuvo que abrir la ventanilla para refrescarse. En general, sin embargo, era una intimidad cómoda al tiempo que turbadora. No quería acostumbrarse demasiado a la presencia de Simon, hacerlo sería la cosa más fácil del mundo. Su interés por ella era evidente. Ni siquiera trataba de ocultarlo. Y aunque ella sabía muy bien que no tenía nada que ver con Henry, no estaba dispuesta a bajar la guardia. Después de todo, según su hermano, él adoraba a las mujeres y al parecer había estado envuelto en varias relaciones. Por otro lado, no estaba casado y afirmaba que aún andaba en busca de su verdadero amor. Eso solo podía significar que flirteaba, coqueteaba y tonteaba a diestro y siniestro. Eleanor no tenía ninguna intención de ser el objeto de sus coqueteos ni de los de

cualquier otro hombre.

Ojalá no se sintiera tan bien a su lado.

Simon estaba dispuesto a pasar el resto de su vida en aquel carruaje. Aunque el techo era bajo para un hombre de su altura, no recordaba otro momento en el que se hubiera sentido tan cómodo. Ella lucía magníficamente a su lado.

Cuanto más sabía de Eleanor Tennant, más se enamoraba de ella. La noche anterior averiguó muchas cosas sobre el objeto de su amor, tantas que estuvo a punto de caer por el borde del precipicio hacia algo más profundo. De hecho, estaba bastante seguro de que ya estaba en caída libre. Tenía una extraña sensación de ligereza, como si estuviera flotando.

Era extraño pensar que podría haber encontrado a la mujer de sus sueños en alguien tan diferente a él mismo. No era tanto por su cinismo, que era justificable teniendo en cuenta todo por lo que había pasado y se apaciguaría con el tiempo una vez entrara un poco de alegría en su vida. Las diferencias eran más básicas.

Simon probablemente sería siempre un romántico de corazón, mientras que la naturaleza de Eleanor era más práctica. No creía que su locura de juventud se debiera a una disposición romántica, sino a simple ingenuidad. No podía imaginársela sucumbiendo a sus sentimientos. Él era sensible; ella, sensata. Él, caprichoso; ella, con los pies en la tierra. Él prefería perderse en un poema épico, ella prefería la historia o la biografía.

Tal vez el viejo dicho que afirmaba que los opuestos se atraen era cierto, porque Eleanor sin duda lo atraía. Tanto era así que pensaba que moriría si no la tocaba y tendía a exagerar el movimiento del carro solo para chocarse contra ella. Cuando Eleanor no se apartaba, cerraba los ojos y saboreaba la sensación.

Era casi más de lo que podía soportar. Era tan malditamente consciente de su cercanía que toda la piel le hormigueaba. Era como tener un picor que no podía aliviarse. Bueno, en realidad podía hacerlo, aunque no creía que una vez que empezara fuera capaz de detenerse.

Y además estaba el otro problema. La deseaba tanto, con un apetito tan feroz, que quería devorarla, darle un delicioso bocado tras otro. Si se dejaba llevar por sus ansias, sin embargo, no sería mejor que aquel bribón de Henry.

Así que disfrutó lo que pudo —bastante, de hecho—, de la mera cercanía y del casto roce ocasional de un brazo, una mano o una pierna. Ay, señor, cómo le gustaría besarla de nuevo. Se detuvieron en Garstang para el primer cambio de caballos. Los postillones aminoraron la marcha en cuanto entraron en la ciudad.

—Oh, mira todas esas ramas de roble. Qué bonito. Me había olvidado de qué día es hoy.

—Por Júpiter, yo también. —La mayoría de las casas de ladrillo y las cabañas encaladas lucían ramas de roble atadas en manojos en sus puertas o decorando las ventanas.

—El día del Roble Real. Y mire dónde vamos...

El carruaje estaba entrando en el patio de una posada llamada casualmente Roble real. El lugar estaba adornado con ramas y guirnaldas y un festivo color verde era la nota predominante. Simon se bajó de un salto para contratar caballos frescos —los postillones permanecerían con ellos hasta Lancaster—, y casi fue arrollado por la estruendosa entrada del servicio real de correos. Se lanzó a la seguridad de debajo del porche y admiró el espectáculo.

La diligencia, un elegante modelo negro y marrón con el emblema real en la puerta y las características ruedas rojas, se sacudió y se balanceó por la apresurada y eficiente acción de los mozos de cuadra. El cochero, ataviado con una capa, permaneció en su asiento pero se agachó para intercambiar unas breves palabras con una guapa sirvienta con delantal blanco y gorro que le entregó una jarra de cerveza. El adusto guardia de rojo, que estaba sentado rígido e imponente en el asiento de atrás con el trabuco y el cuerno preparados, saltó al suelo para recibir el correo. Le fue entregada una saca, abrió el maletero de debajo de su asiento, la echó dentro y montó de nuevo a bordo. En lo que tardó el cochero en beberse un largo trago de cerveza, el nuevo equipo de caballos ya estaba en su lugar y listo para partir. Devolvió rápidamente la jarra, se despidió de la sirvienta con un gesto de su látigo y cuando el guardia sopló el cuerno dirigió a los animales al exterior del patio a un ritmo endiablado. Todo había tenido lugar en poco más de dos minutos. Al ser menos importante que el correo, Simon tuvo que esperar para hacer el cambio de animales, ya que era el turno de un tálburi estacionado delante de ellos. Aprovechó la espera para adquirir una jarra de cerveza para él y un vaso de limonada para Eleanor. Se lo tendió a través de la ventanilla del carruaje.

—Todo un espectáculo, ¿eh? —dijo.

—Ciertamente. Doy gracias a Dios por que Belinda y Barkwith no tomaran el correo, si hubiera sido así nunca los habríamos atrapado. No pierden ni un momento, ¿no le parece?

—Está claro que su horario es muy estricto. De niños, Malcolm y yo nos escapábamos a escondidas para ver partir las diligencias del servicio real de correos desde Piccadilly. Era algo muy excitante, por lo que recuerdo. —La nueva posta estaba casi lista así que cogió el vaso de Eleanor y lo entregó junto con su jarra de cerveza a una criada que pasaba con una bandeja. Abrió la puerta y se sentó de nuevo en su sitio, preguntándose si ella se daría cuenta si se deslizaba un poco más hacia el centro.

—Hay otra cosa que recuerdo de mi niñez —comentó—. Puesto que no lleva usted una hoja de roble, creo que voy a tener que pellizcarla, querida. Es una tradición del día del Roble Real. Ella sonrió cautelosa.

—Pero usted tampoco la lleva.

—Oh, no, se equivoca. —Se abrió la chaqueta para mostrarle una hoja verde brillante que asomaba del bolsillo de su chaleco—. Me tomé la libertad de quedarme con una de la posada. Pero usted, señora, no tiene hoja de roble y ya sabe que lo que eso significa.

Ella se echó a reír y se deslizó en el asiento lo más lejos de él que pudo. Maldición. Lo había estropeado todo.

—Si se atreve a pellizcarme, señor, me veré obligada a defenderme. Ya ha sufrido la potencia de mi mano, debe usted saber que no tendré reparos en abofetearle de nuevo. Además, no creo que lo conozca a usted lo suficiente para permitirselo.

—¿Cómo puede decir tal cosa? —Se llevó una mano al pecho como si estuviera herido—. Pensaba que éramos viejos amigos.

—De viejos poco. Nos conocemos hace apenas cinco días.

—¡Oh, no, mucho más que eso! Solo piense que en estos cinco días hemos pasado una media de dieciséis horas diarias juntos. Si divide eso en minutos y compara el total con los que ha pasado últimamente en compañía de sus amigos, yo diría que nuestra amistad equivale a una de varios meses de duración.

Ella sonrió.

—No le falta razón —dijo.

—Sí, y ya que eso nos convierte en viejos amigos, tengo que actuar como

tal y protegerla contra cualquier otra amenaza de pellizco con las que pueda toparse hoy. —Se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó dos hojas de roble, rotas pero todavía verdes—. Aquí tiene, querida. Úselas en honor a ese viejo y alegre monarca, el rey Carlos.

Metió las hojas en la hebilla de su pelliza y se aferró rápidamente al asidero del carruaje, pues los postillones habían puesto los caballos en marcha empujando a los dos pasajeros con fuerza contra la espalda del asiento.

El día del Roble Real estaba presente en las pequeñas aldeas y pueblos por los que pasaban de camino hacia el norte, en cuyas puertas, y colgadas de las torres de la iglesia, se podían ver ramas conmemorativas. Mientras hablaban de sus recuerdos infantiles de aquella fiesta, Eleanor seguía en el otro extremo del asiento, lo cual, maldita fuera su estampa, era culpa suya. Solo los envites más pronunciados del transporte los ponían en contacto durante breves instantes.

Pronto llegaron a la ciudad de Lancaster, donde harían otro cambio de caballos. Era una ciudad antigua situada junto al serpenteante río Lune, dominada por un castillo con vistas al laberinto de calles y callejuelas de debajo.

El patio de la posada estaba atestado de tálburis privados y en el centro destacaba la gran mole que era la diligencia de Liverpool y Kendal, lista para su salida. El cochero ya estaba en su puesto y los caballos resoplaban y coceaban, ansiosos por partir. El oficioso guardia, un tipo arrogante, rondaba a los pasajeros a la salida de la sala de café, guiándolos como si fueran gansos hacia la gran diligencia mientras advertía a gritos que los rezagados se quedarían en tierra. El estómago de Simon gruñó al ver la sala de café y sugirió que pararan con el fin de hacer una comida rápida.

—Los investigadores dejarán el próximo informe en Kendal —dijo Eleanor—. ¿No cree que podría esperar hasta entonces para comer? Soy consciente de que tiene hambre, Simon, pero es que siempre tiene hambre. Ardo en deseos de llegar a Kendal y de saber si los investigadores están todavía tras la pista. Es la primera vez que realmente he sentido que viajábamos a buen ritmo y quiero hacer todo lo posible para ponerme al día con ellos.

Simon accedió a sus deseos a regañadientes. Después de la charla de la noche anterior era más comprensivo con sus prisas. A pesar de ello, compró un bocadillo mientras cambiaban los caballos. Su estómago no podía esperar hasta Kendal.

El cambio de caballos y postillones se hizo con rapidez y pronto estuvieron de nuevo surcando los caminos a toda velocidad. Eleanor parecía decidida a mantener las distancias y evitar la cercanía de la que Simon disfrutó durante las primeras horas de la mañana. Se preguntó si podría alguna vez romper sus defensas. Eleanor era una mujer de gran valor pero ¿tendría alguna vez el coraje de aceptar el afecto y el amor que él tantas ganas tenía de ofrecerle? Quería actuar con cuidado y no alterar el nuevo nexo de unión que habían desarrollado la noche anterior, pero no sabía cuánto tiempo podría continuar sin tocarla.

Un nuevo puente de piedra salvaba el río Lune y desde él disfrutaron de las vistas del largo muelle de Lancaster al oeste —con sus hileras de almacenes— y al este de un nuevo y magnífico acueducto que llevaba el canal hasta el río. El paisaje no era tan impresionante como el de su amado Peak pero Simon disfrutó de la panorámica de las colinas ondulantes, de un rico mosaico de bosques y pastos que anunciaban los próximos páramos elevados de la región de los lagos. Los nuevos cerramientos estaban definidos por setos recortados y muros de piedra junto a una miríada de pequeños pueblos con bonitos campanarios aquí y allá.

Fue en uno de esos pequeños pueblos, a una hora de Lancaster, que el transporte fue demorado y finalmente detenido por un grupo de aldeanos que bloqueaba el camino.

—¿Qué está pasando? —preguntó Eleanor.

Simon miró a su alrededor pero no vio ninguna causa evidente para que la gente los detuviera, aunque también otros carros se habían retirado al borde del camino. Los hombres y mujeres que los pararon reían. Las niñas llevaban enormes cestas con ramitas, por supuesto de roble, y tiraban de los postillones, los bajaban de sus asientos y decoraban sus sombreros con hojas. Otros colgaban ramitas de los arneses. Un sonriente y fornido hombre con aspecto de granjero abrió la portezuela del lado de Simon.

—Bájense de ahí —dijo en voz alta, cordial, madura, con las distintivas vocales del norte bien marcadas—. No permitimos que nadie pase por nuestra aldea el día del Roble Real sin compartir un vino de grosella con nosotros. O una jarra de cerveza si es lo que desean. Bájense de ahí y levanten una copa en honor del viejo rey Carlos. A no ser que quieran que les pellizquen. —Simon se echó a reír y bajó de un salto, ya que no había otra opción. Le tendió la mano a Eleanor.

—Me temo que no nos podrá pellizcar porque vamos bien provistos de hoja de roble, como puede ver.

—¡Muy bien, buen hombre! ¿Dónde están las bandejas? ¿Tilly? Chica, necesito unos tragos para esta gente de bien.

Una joven de rostro fresco, iluminada por la exuberancia de aquel día, corrió hacia él.

—Los de la última diligencia tomaron todo lo que quedaba, Pa —dijo casi sin aliento—. Tengo que volver al Jabalí azul y traer unas cuantas jarras más. —Casi antes de acabar la frase echó a correr pendiente abajo hacia el centro del pequeño pueblo, donde parecía estar teniendo lugar una fiesta en toda regla. Incluso había un árbol, un roble alto y grueso decorado como un árbol de mayo con serpentinas y guirnaldas de flores. Sin duda el pueblo había convertido el día del Roble Real en una jornada festiva a causa de la existencia de aquel inmenso y majestuoso árbol en el centro de la plaza.

—Bueno, solo hay que esperar a que lleguen las jarras. No pueden marcharse sin tomarse un trago, es tradición. Claro que si lo prefieren pueden bajar del carruaje y participar en la fiesta, están más que invitados. Los postillones pueden encargarse de las bestias. ¿Qué me dicen?

Por la expresión en sus ojos, Eleanor juraría que Simon se estaba muriendo por bajar a la fiesta y comer algo con sustancia.

—Muy bien —dijo, y su sonrisa repleta de hoyuelos le hizo ver que había elegido la respuesta correcta.

—Pero solo un rato. Tenemos que llegar a Kendal.

—Solo un rato —aceptó Simon—. Se lo prometo.

Él sonrió y la tomó de la mano para llevarla al pequeño pueblo decorado con el roble. Un violinista interpretaba una melodía alegre mientras las muchachas y los muchachos bailaban alrededor del improvisado mayo. Unos simples tenderetes de doble cara se asentaban aquí y allá, vendiendo baratijas u ofreciendo juegos y competiciones. En los bordes de la zona verde había unas largas mesas cargadas de todo tipo de alimentos y bebidas. Los olores eran deliciosos: empanada de carne y aves de caza, pinchos de cordero asados, pastel de ciruela, tartas de frutas, pan de especias, púdines al vapor, quesos y pan integral crujiente. Había cervezas elaboradas de forma casera, vino de grosellas, vino pastinaca, brandy de cereza y sidra. La oferta era lo suficientemente atractiva incluso para tentar

a Eleanor.

Simon le compró un pequeño pastel de pichón, un poco de pan de jengibre y una jarra de sidra. Él adquirió todo lo demás. Encontraron sitio en una mesa donde Simon dio buena cuenta de su botín.

—Supongo que se las ha arreglado de antemano para venir aquí —bromeó—. No me extrañaría que hubiera sobornado a los postillones para que nos llevaran por esta dirección solo para no tener que esperar hasta Kendal para comer.

—Está usted extraordinariamente interesada en mis hábitos alimenticios, señora. Pero no podría haber planeado algo tan bueno, ¿verdad? Y me atrevo a decir que no habría conseguido este buen precio en Kendal. Esta pierna de cordero es excelente. Confío en que ese mínimo bocado sea suficiente para calmar su apetito.

—Así es. Y tiene usted razón, este pastel es muy sabroso. Y la celebración es encantadora. No había visto una fiesta del día del Roble Real desde que era niña. Oh, mire allí. ¡A esa mujer la están pellizcando!

—¡Vaya! ¿No me agradece que la armara en previsión de semejante asalto? Aunque parece que ella lo está disfrutando.

—Esa es Cora Weathers —dijo una lugareña sentada en la misma mesa que ellos—. El que la persigue es su propio marido, el viejo tonto.

Simon miró a Eleanor y le guiñó un ojo.

—Una pareja felizmente casada, me atrevería a decir.

—Ya lo creo —confirmó la mujer, y se echó a reír—. Pobre Cora, ha tenido catorce hijos de ese hombre y aún la persigue cada día del Roble Real solo para pellizcarla en público.

—¿Por qué no se pone unas hojas de roble? —preguntó Eleanor—, así no tendría que someterse a tanto pellizco.

—Porque a ella le gusta, por supuesto. Está loca por ese viejo idiota. El día que usen hojas de roble en una fiesta como esta será porque ya no puedan caminar.

—Vaya, ¿no es algo encantador? —dijo Simon—. Un largo y feliz matrimonio. ¿Quién iba a pensar que tal cosa pudiera existir?

—El señor Weathers no es el único tonto de por aquí —murmuró Eleanor, pero no pudo contener una sonrisa. Simon estaba decidido a demostrarle que el afecto podía perdurar tras el fin de las primeras pasiones. Tal vez tenía razón. Se había acostumbrado a los matrimonios que había visto de cerca. La fría unión de sus padres, llena de desprecio; el simple y llano

arreglo de su hermano, carente de todo amor o, sin ir más lejos, su propio e indeseado compromiso. Era una circunstancia de lo más común. ¿Y si estaba equivocada? A lo mejor el matrimonio feliz de Constance no era algo tan inusual. Era una idea difícil de asumir.

Simon se zampó la comida con su habitual avidez, sin parar de hablar y reír con los lugareños. La fiesta era muy agradable, sin embargo esperaba que pudieran regresar a la carretera pronto y dejaran de perder el tiempo. Tenía la sensación de que estaban a punto de descubrir el paradero de Belinda y estaba ansiosa por seguir adelante.

La música subió de volumen al unirse otros instrumentos al solitario violinista. Los vítores aumentaron cuando el rey y la reina del día hicieron su aparición en un carro engalanado. Se trataba, en realidad, de un joven de rostro fresco y una chica de mejillas sonrosadas, ambos adornados con cintas sobre la ropa y coronas de hojas de roble sobre sus cabezas. Cada uno de ellos sostenía un corto bastón y un cetro ricamente decorados con flores y ramas de espino blanco y lila, y los agitaban como si fueran varitas mágicas al tiempo que lanzaban pétalos de flores en todas direcciones. Se formó un largo desfile detrás de ellos, la gente cantaba, animaba y bailaba caminando por aquel prado.

Los lugareños de su mesa se levantaron para unirse al festejo. De repente un joven agarró la mano de Eleanor desde detrás y la hizo levantarse.

—¿Se une a la danza, doncella? No esperó una respuesta, la llevó a la fila ruidosa que serpenteaba de un lado a otro a lo largo del centro del pueblo.

La música se volvió más rápida y la multitud comenzó marcar el ritmo con palmas. Aferrándose al joven de delante, Eleanor siguió la línea que se abría camino entre las mesas, los tenderetes, los árboles, los vehículos y canales como una larga serpiente cuya cabeza era el carro real. La cogieron de la mano libre y al mirar hacia atrás se encontró a Simon bailando detrás de ella, feliz, sonriendo como un niño. Estaba disfrutando enormemente y su alegría era contagiosa. Se dio cuenta de que su sonrisa era tan amplia como la de él.

La procesión se plegó sobre sí misma y el joven rey y la joven reina pasaron junto a ellos. La reina sacudió su cetro sobre sus cabezas y las cubrió de pétalos de flores. Simon se detuvo y se inclinó para recoger algo, entonces sacó a Eleanor del desfile, que ahora se dirigía hacia la iglesia. Riendo, se apoyó contra la pared encalada de una casa de campo fuera del

prado. Sostenía un pequeño brote de lila que debía de haber caído del cetro de la reina. Se lo llevó a la nariz, respiró su fragancia y dio un suspiro de satisfacción.

—Aquí tiene, querida —dijo—. Un recuerdo de nuestra improvisada fiesta.
»He aquí el más hermoso ramo de mayo:

De la mano de Flora cada pequeña flor
bañada en primavera, y cada ramita
arroja sobre nosotros su dulce perfume.

—¿Westover otra vez? —preguntó ella, sabiendo de sobra que ese sentimentalismo caramelizado no podía ser obra de otro

—Sí —respondió, y la atrajo hacia él. Se quedó sin aliento. Dios mío, ¿iba a besarla? No. En cambio, alzó las manos y metió la lila en la cinta de su sombrero. Su exuberante aroma —el favorito de su infancia— le acarició la nariz y no tuvo más remedio que sonreír.

Simon colocó una mano en su barbilla, le inclinó ligeramente la cabeza y contempló su obra. Solo un momento. Su mirada pronto se centró en los ojos de ella y se intensificó. Había visto antes esa expresión. Se le encogió el estómago.

Él no se movía ni hablaba. Con una mano la agarraba por el codo, la otra acariciaba su cara. Sus ojos fueron a parar a su boca. Su respiración se tornó dificultosa y se le arrugó la frente como si estuviera sintiendo algún tipo de dolor. Cuando finalmente habló, su voz era baja, con un sensual trasfondo gutural.

—Lo he intentado con todas mis fuerzas —dijo—. He querido ser un caballero. No quería darle una impresión equivocada después de todo lo que me dijo anoche. Pero no creo que pueda soportarlo ni un momento más, Eleanor. Tengo que besarla.

Ella no podría haber hablado ni aunque hubiera querido. Descubrió que quería que él la besara de nuevo, lo deseaba con todas sus fuerzas, contra todo juicio, prudencia y cautela. Ya no le importaba lo que significara o qué otra cosa podría suceder, solo quería ceder a las poderosas ansias que le recorrían la sangre. El aleteo en su vientre le había subido hasta el pecho y la garganta, y pensó que si no la besaba pronto podría volverse loca. Quería gritarle que la besara de una vez.

Él debió de leer el ruego en sus ojos porque la atrajo a su boca y la besó.

Con delicadeza al principio, degustando, probando, acariciando. Sus labios eran suaves y secos y se movían sobre los de ella en una mansa exploración totalmente opuesta al ardiente beso de la otra noche. Todavía sosteniendo su cara con una mano, exploró sus labios con los suyos, poco a poco, con ternura, dedicando especial atención a su labio superior, que mordisqueaba y chupaba con una sutileza exquisita, como si fuera un dulce.

Eleanor era como una asceta en un desierto árido y seco a la que le habían dado una cantimplora con agua. No había sido hasta entonces consciente de hasta qué punto estaba sedienta. Emitió un pequeño gemido de placer y él la atrajo hacia sí, retirando la mano de su cara y envolviendo con ella su espalda. Antes de que ella misma se diera cuenta, sus propios brazos serpenteaban alrededor de su cuello, tirando de él hacia abajo. Perdió los dedos entre su pelo. Él murmuró su nombre entre sus labios y acto seguido el beso se convirtió en algo más profundo. Persuadió a su boca para que se abriera y las lenguas se acariciaron suavemente.

Eleanor estaba lista para ir más rápido, para beber grandes tragos de él, para emborracharse, para ceder sin pensar en toda la pasión que había reprimido durante tanto tiempo. Sin embargo, él prosiguió con calma y suavidad, y fue maravilloso. Mil veces más maravilloso que el beso en Buxton. Aquel estaba dominado por una ciega pasión, aquella vez los dos eran conscientes de lo que hacían. Era tan delicioso que resultaba casi insoportable.

Sus huesos comenzaron a derretirse, se sentía como si fuera a caerse redonda al suelo si no fuera porque Simon la estaba agarrando con fuerza.

No tenía idea de cuánto tiempo permanecieron contra la pared, besándose envueltos por la música y la alegría de la fiesta. Cuando Simon finalmente puso el punto final, le dio un último beso suave, se apartó un poco y luego le dio otro, como si no quisiera que acabara nunca.

Eleanor se quedó sin aliento cuando todo había terminado, su mente era un torbellino de emociones, su cuerpo palpitaba por un cúmulo de sensaciones. Era un sentimiento familiar, embriagador, a pesar de que habían pasado muchos años y nunca pensó que lo experimentaría de nuevo. Llegó a creer que ya no era capaz de una sensualidad tan primaria, que algo dentro de ella se había roto y muerto mucho tiempo atrás. Descubrir que no era así hizo que las lágrimas se le agolparan en la parte posterior de los ojos. Se dio la vuelta para que él no la viera. Sin embargo, Simon no quería reticencias y tomó de nuevo su barbilla en la mano y le giró la cara

para mirarla. Sus ojos estaban caídos y oscurecidos por el azul del crepúsculo.

—Ay Señor, Eleanor, he querido hacer esto desde hace tanto tiempo. Por favor, no mire hacia otro lado. No se avergüence.

No estaba avergonzada, pero sentía una punzada de remordimiento por haberse rendido tan fácilmente.

—No estoy avergonzada, Simon. Solo sorprendida. Ha sido... hermoso.

—Más que hermoso. Ha sido perfecto. O se ha quedado cerca de serlo. Dios, por una vez me he quedado sin palabras.

Ella se apartó, todavía confundida por cómo se sentía.

—Creo que deberíamos irnos.

—Eleanor. Por favor, no se aparte otra vez de mí.

Se ajustó el sombrero, que debía de estar lamentablemente torcido, y se ató la cinta por debajo de la barbilla.

—No me estoy cerrando, signifique eso lo que signifique. Creo simplemente que hemos pasado mucho tiempo aquí y hemos de volver al camino.

—Está incómoda. Lo siento, aunque no lamento haberla besado.

Le sonrió, y sus ojos volvieron a su brillo normal, la sensual intensidad de antes había desaparecido. Dios mío, era ciertamente adorable. ¿Qué iba a hacer con Simon Westover?

—Yo tampoco creo que lo sienta —confesó—, pero tampoco creo que debamos permitir que suceda de nuevo. Tengo que pensar en Belinda. Ahora no puedo preocuparme de otra cosa. Por favor, volvamos al coche. Seamos amigos otra vez y continuemos como antes.

—¿Cómo antes? ¿Cuándo? No va a darme de nuevo una bofetada, ¿verdad?

Ella sonrió, apreciando su intento de volver a llevarlos por el terreno familiar de la broma y la discusión.

—No, no voy a darle una bofetada. Pero si no se da prisa voy a pellizcarlo.

Él se apartó de la pared y le ofreció su brazo.

—Partamos entonces. No me gustaría ser objeto de otro de sus golpes. Le aseguro que tengo las rodillas demasiado débiles para poder soportarlo.



«¡Ay! En el altar de la ambición presenciamos con demasiada frecuencia el sacrificio de la felicidad doméstica.»

—La Entrometida

El viaje a Kendal estuvo cargado de un nuevo tipo de tensión. La conversación era intrascendente y relajada pero de vez en cuando, cuando sus ojos se encontraban, era como si se desencadenara una pequeña tormenta eléctrica en el interior del carruaje y el aire se sobrecargara. Esos momentos iban seguidos de incómodos silencios, hasta que uno de los dos, Simon por lo general, rompía la inquietud con un comentario sobre las carreteras o el clima o las colinas lejanas y los exuberantes pastos verdes que dominaban la vista.

No hablaron de lo que había sucedido en la fiesta del pueblo, aunque la realidad de aquel beso —o besos— se sentaba entre ellos como un tercer pasajero. Pese a que hablaban de otras cosas y trataban de ignorarlo, aquello estaba ahí y siempre lo estaría. Aunque pretendieran lo contrario, las cosas entre ellos habían cambiado para siempre.

Simon continuó con la pretensión lo mejor que pudo, aunque el beso era el centro de todos sus pensamientos. Había sido un momento maravilloso, feliz, un intercambio consciente distinto al de Buxton. Aquello había sido simplemente resultado de la alteración de la sangre tras la pelea en la taberna. Fue intenso y casi salvaje, pero no una unión de almas como la que habían experimentado hoy. Aquellos largos minutos contra la pared de la casa eran dignos de la poesía erótica persa por el modo en el que los cuerpos y las almas habían latido al unísono en una gloriosa conmoción.

Sin embargo, eclipsando todo lo demás, incluso su primitiva sexualidad, había dos cosas. La primera era que Simon no había sido capaz de cansarse de ella. Nunca sería capaz de hacerlo. ¡Ay, Dios! Esa boca, esos labios eran tan deliciosos como había imaginado, quería probarlos una y otra vez. Eleanor era como una droga, un opiáceo sin el que no podía vivir. En treinta y cuatro años de vida no había sentido un hambre semejante, tan poderosa que superaba a todos sus demás apetitos.

Tenía que amarla aunque solo fuera por eso.

En segundo lugar, y más importante, estaba la respuesta de Eleanor. No lo había empujado, no había luchado ni se había sometido a él con pasiva resignación. Simon le había dado varias oportunidades de oponerse, pero la invitación en esos ojos verdes había sido clara. Ella participó plenamente, había tomado de él tanto como le había dado. Su apetito había sido casi igual al suyo, si es que eso era posible. Era extraordinario pensar que Eleanor podría desearlo tanto como él a ella. De hecho, su boca se comportó de una manera salvaje y ansiosa al principio. Tuvo que convencerla para que se relajara sin prisas en una fusión de los labios y la lengua más prolongada y succulenta, y ella había seguido su ejemplo deliciosamente. Por fin se había abandonado al deleite renunciando a su constante autocontrol. Vivió el momento, simplemente. Estaba claro que le avergonzaba lo que había hecho, tal vez estaba incluso un poco enojada consigo misma por ello. A Simon todavía le quedaba mucho que enseñarle respecto a la confianza. Estaba más que dispuesto a tomarse su tiempo. Cuando dijo que en aquel momento no podía pensar en otra cosa que no fuera Belinda, Simon quiso creer que era en eso en lo que quería pensar pero le era imposible. La esperanza creció en su corazón.

Para cuando llegaron a Kendal, Eleanor y él se habían instalado en una especie de tranquila armonía. Simon hizo todo lo posible por aligerar los estados de ánimo y se esforzó por dejar las manos quietas. Eleanor tendría que llegar a ciertas conclusiones después de lo que había sucedido entre ellos, pero a su manera y a su ritmo. No le metería prisa e intentaría con todo su empeño no tocarla.

El informe que los investigadores dejaron en Kendal los condujo a Penrith. Se estaban acercando a la frontera. Seguramente Eleanor debería aceptar ahora lo inevitable de un matrimonio escocés para su sobrina. Con todo, Simon no estropearía la buena sintonía entre ellos mencionando nada al respecto. Cuando la noche anterior hablaron del asunto ella no parecía dispuesta a cambiar de idea respecto a Barkwith solo porque hubieran llegado hasta Escocia. Decía que en el país vecino, exactamente igual que en Inglaterra, existían también lugares donde llevar a una muchacha. Bien podría tratarse de un engaño más elaborado que aquel al que ella fue sometida en su juventud. Eleanor era firme en su opinión sobre la maldad de Barkwith. Su experiencia personal no le permitía pensar en otro posible desenlace que no fuera la deshonor de Belinda. Simon había renunciado a intentar quitarle esa idea de la cabeza.

No obstante, tenía razón respecto al tiempo que perdieron en la fiesta y, aunque por nada del mundo habría renunciado a esos momentos y a aquel beso, tendrían que darse prisa para recuperar el retraso. Les prometió a los postillones unas pocas monedas adicionales si llegaban a Penrith antes del anochecer. Espoleados por la recompensa, hicieron a los caballos correr como perseguidos por el diablo y los condujeron a toda velocidad por los caminos, adelantando a otros carruajes, tálburis, diligencias, jinetes, ovejas y cualquier cosa que se les cruzara.

Simon y Eleanor mientras tanto reían y se aferraban a los asideros para estar seguros. En una ocasión, al adelantar a un gran carruaje privado a tal velocidad que el de ellos quedó dispuesto en un ángulo peligroso, Simon la cogió de la mano y, bendito sea el cielo, ella permitió que lo hiciera. En el siguiente cambio de caballos, Simon les prometió a los postillones una recompensa aún mayor si llegaban a Penrith de una pieza. Siguieron circulando a gran velocidad, pero tuvieron más cuidado cuando se encontraban con otros vehículos.

Era una tierra de bellos paisajes, adecuada para viajes de placer, que ofrecía vistas de los páramos de Shap al oeste y de las montañas de Howgill y de los Peninos al este. No era exuberante ni conmovedor, pero la sensualidad del ocasional contorno de montes vacíos de árboles que se acumulaban unos sobre otros podía dejar a un hombre sin aliento. Simon lamentaba tener que ir tan deprisa por parajes de semejante belleza, pero aquel era el precio por un beso.

A medida que se acercaban a Penrith, las largas extensiones de campo fueron poco a poco sustituidas por paisajes hechos por el hombre: encantadoras aldeas, puentes de piedra, ruinas de castillos o la imponente forma de una gran casa de campo.

Llegaron a Penrith en un tiempo récord. Las majestuosas ruinas del castillo que dominaba la ciudad formaban una silueta negra contra el profundo azul del cielo crepuscular. No les dio tiempo a apreciar la calidez del tono rojo arenisca de los edificios principales de la ciudad, los postillones se apresuraron a hacer su entrada en el patio de la posada llamada El brazo del rey, una vieja estructura de madera cuyos pisos superiores parecían pender sobre la carretera.

Simon saldó las cuentas con los tenaces postillones y tomó a Eleanor del brazo para conducirla al interior del gran edificio. Ambos están deseosos de

tranquilidad tras aquel alocado ritmo y estaban despeinados y riendo cuando entraron en la zona de recepción.

—Me van a temblar los huesos durante semanas —dijo Eleanor.

—Yo estoy seguro —añadió Simon— de que tengo más de un chichón en la cabeza de tanto darme con el techo. Señor, vaya viaje.

—Por todos los astros, Nickie, fíjate lo que ha caído del cielo.

Simon se dio la vuelta para encontrarse con la dueña de esa familiar voz femenina.

—Ay Señor, reconocería esa risa en cualquier parte —dijo otra voz, masculina e igualmente familiar—. Simon, viejo amigo, ¿qué diablos te trae tan al norte?

—¡Nick! ¡Edwina! ¡Qué maravilla! —Emocionado por su inesperada aparición, Simon se acercó vehemente a saludar a sus dos mejores amigos en el mundo. Entre risas y saludos le dio varias sonoras palmadas en la espalda a Nicholas Parrish y un gran abrazo de oso a Edwina Parrish—. Pensé que estabais en Edimburgo.

—De allí venimos —dijo Nicholas—. Pero ¿qué hay de ti? No me digas que también vas camino de Escocia. ¡Menudo...!

Su hermana lo interrumpió clavándole un dedo en las costillas.

—Nickie, habrás notado que Simon no está solo. —Sus ojos fueron enseguida a parar a Eleanor, que se había quedado rezagada para permitir que los amigos se saludaran, y regresaron enseguida a Simon, interrogantes—. Sospecho que hay una explicación perfectamente razonable para este viaje a la frontera.

—¡Oh! —exclamó Nicholas, alternando su mirada entre Simon y Eleanor con los ojos muy abiertos. Simon se echó a reír cuando se dio cuenta de lo que estaban pensando.

—¡Qué malos modales los míos! —Tomó a Eleanor por el codo y la plantó delante de él—. Permítame que le presente a mis amigos. Señora Tennant, la señorita Edwina Parrish y su hermano, el señor Nicholas Parrish.

Edwina le brindó una cálida sonrisa a Eleanor.

—Me alegra mucho conocerla, señora Tennant.

—Yo también estoy honrada de hacerlo, ciertamente. —Nicholas tomó la mano extendida de Eleanor y besó el aire por encima de ella. Una jugada afortunada, ya que si hubiera hecho más que eso Simon se habría visto obligado a ejercitar su puño derecho una vez más, a pesar de que tenía los nudillos todavía magullados. Nicholas era un mozo endiabladamente guapo

y a él no le agradaba la idea de que desplegara sus encantos con Eleanor.

—Insisto, Simon —dijo Nicholas—, esto es extraño incluso para ti. ¿No estás un poco crecilito para este tipo de aventuras?

—¡Nickie! —Edwina agarró el brazo de su hermano con bastante fuerza—. No es asunto nuestro y me atrevería a decir que sobramos terriblemente. Los vamos a dejar solos ahora mismo. Podemos hablar con Simon en otra ocasión.

Nicholas se encogió de hombros.

—Muy bien entonces. Les deseo lo mejor, viejo amigo. —Guiado por la mano de Edwina, hizo ademán de irse.

—¡Esperad! —Simon apenas podía hablar de la risa. Las miradas en los tres rostros eran demasiado ridículas: Nicholas, cauteloso e incrédulo; Edwina, maternal e indulgente; Eleanor, totalmente confundida—. Dejarme que os explique.

—No hace falta, Simon. —Edwina le dedicó una mirada evaluadora a Eleanor y sonrió satisfecha—. Para mí está bastante claro.

—No, no creo que esté del todo claro —dijo Simon, y estalló en otro ataque de risa. Eleanor le tocó la manga.

—Simon, ¿qué está pasando aquí?

—No va a dar crédito, Eleanor, pero estos dos parece que se piensan que vamos camino de Gretna.

—Pero así es... ¡Oh! ¿Quiere decir...?

—Sí, creen que nos hemos fugado para casarnos.

—Oh, vaya. —Eleanor blandió una sonrisa que no acabó por llegar a sus ojos—. Qué divertido. Nicholas miró al uno y al otro con los ojos de par en par.

—¿No van de camino a Gretna Green?

—De hecho vamos hacia allá —dijo Simon con una sonrisa—, pero no por esa razón que supones.

—Creo que será mejor que me lo expliques —le pidió Edwina—, antes de hacer el tonto más si cabe.

Y así, Simon les explicó, en los términos más amplios posibles y dejando de lado algunos detalles importantes, la situación de la sobrina de Eleanor.

—El último informe de la persecución de los investigadores nos ha traído hasta aquí. Tenemos que esperar la llegada del siguiente mensaje en la posada.

Edwina se volvió hacia Eleanor y la tocó brevemente en el brazo.

—Perdone por hacer esa apresurada presunción, señora Tennant. Debe de pensar que somos idiotas. Pero ya sabe, sería muy propio de Simon hacer algo tan indudablemente romántico.

—A la señora Tennant no le impresiona mi naturaleza romántica, Edwina.

—¿No? —Los ojos negros de Edwina brillaron divertidos—. No me digas que has encontrado a un ejemplar de esa rara criatura: la mujer sin romanticismo.

—Digamos que considera mi «romanticismo soñador» culpable en parte de la fuga de su sobrina —indicó Simon.

—No entiendo —dijo Edwina.

Simon se armó de valor ante la posible reacción de sus amigos a lo que iba a decir.

—Me temo que su sobrina le dio demasiado crédito a los consejos de la Entrometida. Sus palabras quedaron flotando en el aire como un humo espeso. Los ojos de Edwina se tornaron ardientes y Nicholas dibujó una sombría e inflexible línea en su boca.

Simon alzó una mano.

—Está bien. Eleanor lo sabe todo acerca de El Gabinete de las Damas de Moda.

Los hermanos le dejaron ensartado donde estaba con sus idénticas miradas oscuras, afiladas como espadas.

—No os preocupéis. Podemos confiar en Eleanor. —La miró, sonrió, y no apartó sus ojos en ella cuando volvió a hablar—: Yo confío en ella.

Eleanor le devolvió la sonrisa con la mirada, acto seguido se volvió para hacer frente a Edwina.

—Por favor, no culpen a Simon —les rogó—. Estaba furiosa por el consejo de la Entrometida y realicé un gran esfuerzo para seguirle la pista. Ahora entiendo sus motivaciones y la necesidad de mantener el secreto, no voy a poner en peligro las energías que ponen en su tarea. No tienen nada que temer de mí, se lo prometo.

Edwina dejó escapar un aliento contenido y la expresión en su rostro se suavizó, aunque sus ojos permanecieron vigilantes.

—Gracias, señora Tennant. Nos sometemos al buen juicio de Simon en lo referente a confiarle esta información. Mi hermano y yo estaremos honrados de que nos acompañe, y por supuesto Simon, en la cena de esta noche. Sin duda me encantaría conocer todo lo concerniente a cómo sacó del

anonimato a la Entrometida.

—Paso a paso, Ed —dijo su hermano—. Aún tenemos que asegurarnos de conseguir habitaciones para esta noche. ¿Dónde estará el propietario?

El hombre, fuerte y sibilante como un fuelle, estaba a menos de dos pasos de ellos, emocionado de tener a cuatro nuevos huéspedes en el vestíbulo de entrada. Se mostró encantado al saber que los cuatro pasarían la noche allí. Las señoras dispondrían de alcobas privadas, pero los señores tendrían que compartir una doble. Les proporcionaría también un amplio salón privado, donde les serviría a los cuatro una buena cena preparada por su esposa e hijas.

Eleanor y Edwina siguieron a una camarera de piso hasta sus habitaciones. Simon y Nicholas se quedaron atrás para atender los detalles de los equipajes, caballos y postillones.

—¿Qué os trae a Penrith? —le preguntó Simon mientras caminaban por detrás de los establos cargados de maletas y sombrereras—. Supongo que vais de regreso a Londres.

—Sí, así es. No podemos dejar a la pobre Prudence al cargo de todo durante tanto tiempo. Bajamos de Edimburgo a Carlisle para hacerle una visita al viejo Maggs. Está fuera de sí por lo de Spence. ¿Estás al tanto de lo que pasó?

—No. He estado algo apartado de la realidad.

—Sí, bueno, hace dos días fue declarado culpable de sedición y condenado a un año de cárcel.

—Dios mío. ¿Por El restaurador de la sociedad a su estado natural? La prohibición de las Corresponding Societies,² el Acta de Combinación y ahora esto. Es monstruoso.

—Sí, y todos tendremos que tener más cuidado de dónde pisamos si queremos evitar la cárcel. Ahora no podemos dejar sola a Prudence. ¿Y si se descubriera algo y la amenazaran en nuestra ausencia? Tenemos que volver a casa. Maggs, el pobre viejo, nos acomodó anoche, pero estaba tan molesto por lo de Spence que nos quedamos con él demasiado tiempo y hoy partimos muy tarde. Tanto que solo hemos conseguido llegar hasta aquí.

—Bueno, es una agradable coincidencia que nos hayamos encontrado en la misma posada. Recogieron sus llaves y subieron dos tramos de escaleras con la carga. Las dos mujeres disponían de habitaciones en la planta

superior, en extremos opuestos del laberíntico pasillo. Simon llamó a la puerta de Eleanor y le anunció que su equipaje estaba fuera. Escuchó que se abría la puerta al dar la vuelta a la esquina para reunirse con Nicholas, y los dos se dirigieron escaleras arriba hacia la habitación que iban a compartir. Era grande y cómoda, incluso con leña en la chimenea lista para ser encendida. Los dos comenzaron a deshacer las maletas para sacar la ropa que usarían para la cena.

—Quiero saber más sobre esa señora Tennant tuya —dijo Nicholas—. Es encantadora. Un hombre podría perderse en esos grandes ojos verdes.

—Por favor, trata de no hacerlo.

Nicholas levantó la vista, había un destello divertido en sus ojos.

—Ajá. Sabía que algo se cocía. ¿Le has escrito un poema a esos ojos?

—No.

—¿Qué? ¿No existe un soneto para sus ojos? Me dejas anonadado. Debes de estar perdiendo facultades, muchacho. —Dicho esto, volvió su atención a la pila de corbatas cuidadosamente dobladas que había sacado de su maleta.

—Para sus labios.

Nicholas levantó de nuevo la vista.

—¿Cómo dices?

—He estado trabajando en una oda a su labio superior, si tanto te interesa. —Simon se había quitado la chaqueta y la estaba colgando de una percha, evitando deliberadamente la mirada de su amigo. Nicholas soltó una risotada.

—Al labio superior, ¿eh? Supongo que no es uno de esos labios rígidos que solemos tener los ingleses. Tendré que fijarme mejor cuando vuelva a verla. —Se acercó a Simon y le golpeó juguetonamente en el brazo—. Eres un demonio. ¿Me equivocaría al suponer que has hecho un reconocimiento bastante cercano y minucioso de ese labio?

—Cállate, Nick.

—Un objeto muy tierno, al parecer. Suave, húmedo y tierno, me atrevería a decir.

—Nick, te juro...

—Está bien, está bien. —Puso las dos manos delante de su pecho, como para protegerse de los golpes—. Tregua. No más bromas, te lo prometo. Es difícil, pero trataré de no burlarme de estos enamoramientos tuyos. No hay duda de que este era inevitable al estar los dos solos en un coche durante

varios días. Ella está angustiada, es hermosa y se apoya en tu hombro en estos momentos de necesidad.

Simon tuvo que reírse de aquella impresión sesgada de Eleanor.

—En primer lugar, Eleanor...

—Ya te permite usar su nombre de pila. Simon, viejo zorro, no has perdido el tiempo, ¿verdad?

—No está angustiada ni se apoya en mi hombro. Muy al contrario. En un primer momento se encolerizó como un oso en una trampa, me culpó de la locura de su sobrina. De hecho, me propinó una fuerte bofetada en la cara el día que nos conocimos.

Las cejas de Nicholas se dispararon hacia arriba.

—¡No me digas!

—Lo hizo. Y se ha pasado la mayor parte del viaje cruzando espadas conmigo por cualquier cosa, hemos tenido tantas acaloradas discusiones como debates corteses. También se ha mofado de mí y de mi idealismo romántico.

—Una unión imposible, sin duda —dijo Nicholas mientras continuaba el desembalaje—. Y, sin embargo, cuando entramos en la posada os encontramos a los dos riendo como viejos amigos.

—Sí, bueno, hemos alcanzado una especie de amistad después de pasar tanto tiempo a solas. Somos opuestos en muchos temas, pero es una mujer extraordinaria, Nick.

—¿Ah, sí?

—Sí, y eso me conduce a mi segundo punto. Eleanor no es uno de mis pequeños caprichos. Ella es... especial.

Nicholas entornó los ojos.

—Oh, Señor, estás enamorado otra vez.

—No, no, esto es diferente. No se parece a nadie que haya conocido. Te lo aseguro, nunca he sentido algo así antes, Nick. Esto va en serio, es profundo y muy real.

—Me vas a perdonar, viejo amigo, pero he escuchado estas declaraciones románticas tuyas muchas veces.

Simon se ruborizó, muy avergonzado. De repente se sentía como el niño que gritaba que venía el lobo. ¿Cómo podía convencer a su amigo de que esto no era lo mismo que las otras veces, que Eleanor no era solo una cara bonita que inspiraba su pluma?

—Siempre he tenido debilidad por las mujeres bellas, como bien sabes. Pero te aseguro, Nick, que esta es realmente diferente. Es como si todas las otras veces no fueran más que ensayos y esta fuera la de verdad. Es difícil de explicar, pero nunca me he sentido así. Simplemente, creo que Eleanor podría ser lo que he estado buscando todos estos años.

Nicholas se había quedado muy quieto y lo miraba pensativo.

—Vaya, vaya, vaya. No sé qué decir, solo puedo desearte suerte.

—Estoy loco por ella, Nick. En serio.

—Eso pensé al advertir la forma en que la mirabas. Es una de las razones por las que creí que ibais camino de Gretna. Tenías la mirada bovina de un impetuoso novio. ¡Oye! Es viuda, ¿verdad? No hay ningún señor Tennant que pueda darte un guantazo en la cara, ¿no?

—No, es viuda.

—Démosle gracias a Dios por eso. —Se desató la corbata y la arrojó sobre una silla—. No tengo el menor deseo de ser tu segundo en una desagradable pendencia con un marido celoso. Pero dime, Simon, ¿se trata de otro de tus amores no correspondidos o acaso te devuelve ella su afecto?

—No estoy seguro todavía. —Simon se había quitado su corbata y ahora la utilizaba para tratar de darle un poco de lustre a sus botas. Su ayuda de cámara iba a sufrir un ataque cuando la viera—. Solo han pasado cinco días, después de todo —prosiguió—. Ella tuvo un disgusto en el pasado que se le hace un tanto difícil de superar. Es algo asustadiza, si sabes lo que quiero decir. No estoy seguro de que esté preparada para que haya algo entre nosotros. Pero yo siempre soy optimista. Nicholas sonrió ampliamente.

—Por supuesto que sí. Nunca te he visto ser de otra manera. Espero que tus sueños se hagan realidad esta vez, amigo mío. —Se sacó los faldones de la camisa de dentro de los pantalones y se quitó la prenda por la cabeza.

—Yo también —dijo Simon. Un pensamiento lo golpeó de pleno, y se detuvo en mitad del proceso de desabrocharse el chaleco—. Tengo un historial bastante lamentable con las mujeres, ¿verdad que sí?

—No tanto. Si no recuerdo mal, tu obra poética es bastante amplia como para llenar varios cuadernos. Simon soltó un bufido.

—Eso no es lo que quise decir, maldita sea. Simplemente he pensado en cuántas veces me he enamorado de alguien que era poco probable que respondiera a mi afecto. Me pregunto si lo hago solamente para poder escribir versos sensibleros sobre mi pobre corazón roto. ¿Crees que soy un tonto romántico?

—¿Por buscar un ideal inalcanzable, la gran inquietud de los románticos? No, tú no eres así, Simon. A menos que me hayas tenido completamente engañado todos estos años. Yo diría que eres un perfecto idealista, no te regodeas en tus fracasos. Creo que simplemente escoges a las mujeres equivocadas.

—¿Lo estoy haciendo de nuevo con Eleanor? ¿Disponiéndome para otro fracaso?

—No lo sé, Simon. Tendría que saber más acerca de la dama para evaluar su accesibilidad —dijo Nicholas con una sonrisa—. La estudiaré durante la cena.

Simon chasqueó la lengua y sacudió la cabeza. Nicholas era un seductor incorregible, sin embargo era un buen amigo y siempre se retiraba si sabía que había otra persona interesada. Simon se quitó el chaleco y la camisa y examinó su limitado vestuario. Solo le quedaba una camisa limpia pero no tenía sentido reservarla. Se encogió de hombros y tuvo una repentina visión momentánea de Eleanor desnudándose en el piso de arriba. Su cuerpo reaccionó y dejó escapar un suspiro entre sus mejillas hinchadas:

—Señor, estoy tan condenadamente loco por ella —reflexionó en voz alta—, es casi insoportable. No te puedes imaginar qué difícil es estar sentado a tan pocos centímetros de su cuerpo, horas y horas, y seguir siendo un caballero. Nicholas le dio una palmada en la espalda y se echó a reír.

—Pobre Simon. Debes de estar agotado por ese esfuerzo. Caerás enfermo si no tienes cuidado. ¿Acaso no puedes olvidar tus escrúpulos y simplemente abalanzarte sobre ella?

Simon se encogió de hombros.

—Dios sabe que he querido hacerlo. Tal vez lo haría si ella no me importara tanto. Pero no es el tipo de mujer que se tome bien ese tipo de avances y yo quiero que confíe en mí. He estado tratando de romper sus defensas durante cinco días pero la han herido en el pasado y es excesivamente prudente.

—¿No has llegado a ninguna parte en cinco días? ¿No has hecho ningún progreso?

—Bueno, esta tarde me dejó besarla —confesó Simon, y se pasó las manos por su corta cabellera—. Nos detuvimos en una celebración del día del Roble Real, ya sabes.

—Ah. Un decoroso homenaje en honor del viejo salido de Carlos, supongo.

—No lo creo. Yo más bien diría que fue un digno homenaje a ese gran hombre. Fue el tipo de beso que vuelve a un hombre del revés y provoca ampollas en su alma.

—Bueno, a mí me parece un buen paso. —Nicholas no podía ocultar la diversión de su voz.

—Tal vez. Pero es un tema delicado. Ya me ha supuesto suficiente esfuerzo que no piense que soy un idiota. Ciertamente, no quiero que ahora crea que soy un canalla. Mi mayor ambición estos últimos días ha sido que confíe en mí. Sería bueno encontrar a esa sobrina problemática suya. Una vez que se libre de esa carga espero que sea receptiva a un noviazgo serio.

—Señor, Simon, es viuda —dijo Nicholas al tiempo que se anudaba la corbata—. No va a buscar un noviazgo. Sin duda, preferirá que dejes de lado el decoro y te abalances encima de ella.

—No quiero darle una idea equivocada.

—Entonces hazle una oferta, dile que la quieres, y luego tírate encima de ella. No pierdas mucho tiempo en sutilezas. No es que esté muy verde precisamente. Has estado con viudas antes. Ya sabes cómo son.

—Esto es diferente, Nick. No busco un poco de coqueteo inofensivo. Ella vale mucho más que eso. Nicholas se volvió hacia él y alzó las cejas.

—Dios mío, realmente te ha dado fuerte, ¿me equivoco?

—Muy fuerte, sí.



«El caballero que, en un intento por resultar agradable, degrada y convierte en insignificante su conversación en presencia de las damas, no solo demuestra arrogancia sino una falta de sentido y un abuso lamentable de los dones de la naturaleza.»

—La Entrometida

Eleanor echó un vistazo al vestido que llevaba puesto y suspiró. Temía aparecer poco elegante al lado de la hermosa y digna señorita Parrish. Siempre le había encantado este vestido, con su corta túnica de ikat sobre un camisón de muselina blanca. El hermoso ikat, tejido en distintos tonos de azul y verde sobre un fondo blanco, también se había utilizado para cortar el borde del camisón y diseñar una cinta para el pelo. La tela había sido un regalo de su hermano hace dos años y le habían confeccionado el vestido poco después. Estaba, por lo tanto, pasado de moda. Y para empeorar las cosas, dado de sí.

Con todo, solo se había traído dos trajes de noche y Simon ya había visto tres veces el otro. Le dolía imaginar lo que pensaría al verla con un atuendo tan pasado de moda al lado de la señorita Parrish, que iba a estar más guapa que ella, llevara lo que llevara.

¿Qué diablos le pasaba? Eleanor nunca había tenido una envidia especial de otras mujeres o de sus armarios, solo lo normal. Se había resignado a llevar ropa desgastada desde que se mudó a Bristol con Maurice y desde su muerte la cosa no había hecho más que empeorar. ¿Por qué de repente le preocupaba tanto su aspecto?

Sabía la respuesta, por supuesto. Simplemente se avergonzaba de admitirlo, incluso a sí misma. Tal vez si no hubiera abrazado a la señorita Parrish con tanto cariño, ni le hubiera sonreído tanto ni le hubiera reído sus ocurrencias... si no le hubiera tocado el brazo o el hombro con tanta frecuencia al hablar... tal vez si no hubiera hecho ninguna de esas cosas Eleanor no albergaría aquellos celos tan enteramente absurdos.

Cielos, ¿qué se había apoderado de ella? No tenía ningún derecho sobre Simon. Un beso no significaba nada.

Alzó la mano para tocarse los labios. Si cerraba los ojos juraría que todavía

podía sentir su impronta sobre ellos. Bien podría no haber significado nada, pero sin duda pareció estar pleno de contenido. Dios, las sensaciones habían sido maravillosas. Y había pasado mucho tiempo desde la última vez que experimentó algo parecido. A decir verdad, hacía tanto que ni siquiera podía aseverar con certeza que fuera parecido a esto.

En realidad eso no era del todo cierto. Henry había sabido también cómo activar esta especie de zumbido erótico en su cuerpo, le había hecho perder la cabeza. A los casi treinta años de edad, ¿estaba a punto a perderla otra vez? ¿Solo por unos cuantos besos? Vaya tontería más grande.

¿Y si hubiera besado a la señorita Parrish de esa misma manera? Decía que era su amiga, pero también se refería a Eleanor de esa manera.

Era un hombre de fuertes tendencias románticas que adoraba a las mujeres. Según su propio hermano, se enamoraba de mujeres bonitas todo el tiempo y la señorita Parrish lo era bastante. Había algo ligeramente exótico en ella, en su pelo oscuro, casi negro, en los ojos penetrantes. No solo eso, también compartía las pasiones políticas de Simon. Él decía preferir a mujeres fuertes y dueñas de sí mismas, con una mente propia. ¿Cómo no iba a enamorarse de una mujer como la señorita Parrish, que administraba y editaba una revista entera?

Basta, se dijo. Estaba siendo horrible, vergonzosamente estúpida. Simon la había besado y ella había disfrutado de ello profundamente. Lo tomaría como lo que era y seguiría adelante. Fin de la historia. No obstante, todavía quedaba bastante tela que cortar en el asunto de Belinda, y a Eleanor le preocupaba cada vez más. Estaban a menos de sesenta kilómetros de Escocia. El próximo informe de los investigadores, que aún no había llegado, como ella esperaba, cuando entraron en la posada, sería fundamental. Si el rastro de Belinda y Geoffrey Barkwith no conducía a Gretna Green y si no había constancia en ninguna parte de su matrimonio solo quedaba otra alternativa: que la hubiera llevado a una casa en Escocia. No habría ya ninguna duda de que tenía razón respecto a él. Eso era lo único que importaba ahora, el único problema que debía permanecer siempre presente en su mente. No unos insignificantes celos de nada.

Por simple berrinche, sin embargo, tomó el pequeño ramito de lilas que seguía aún en el sombrero y lo ató a la cinta ikat de su pelo. Tal vez eso le recordara a Simon que era a ella a quien había besado aquel día. Además era muy bonito, pensó mientras admiraba su reflejo en el pequeño espejo de encima de la cómoda. Puede que no fuera el último grito en moda, pero

cumpliría. La cinta roja, aún atada a su muñeca, destacaba como un toque de trompeta entre un concierto de instrumentos de viento, pero estaba decidida a llevarla hasta que encontraran a Belinda. Un golpe en la puerta del dormitorio interrumpió los últimos retoques a su sencillo peinado. Era Simon, limpio como una patena y sin apenas una arruga en su conjunto de traje azul oscuro, chaleco de seda y camisa. Sus ojos se posaron directamente en las flores de su pelo y sonrió feliz.

—Las lilas le sientan bien, querida. —Bajó ligeramente la cabeza y durante un momento de ansiedad pensó que iba a besarla otra vez, pero se limitó a acercar la nariz a su pelo e inhalar la fragancia de las flores. Para hacerlo tuvo que arrimarse mucho, lo que ayudó a estimular aquella sensación demasiado familiar de calor en su bajo vientre.

—Huele deliciosamente —dijo con voz ronca, y se demoró en su cabello más tiempo del que era absolutamente necesario, haciéndole cosquillas en la frente con su aliento.

—Venga, tome mi brazo antes de que me vea invadido por el dulce perfume; la llevaré a cenar. El salón privado está en una planta inferior, me temo.

Cerró la puerta, metió la llave en el bolso y tomó el brazo que le ofrecía. Simon tocó brevemente la cinta roja de su muñeca y le sonrió.

—Todavía lleva la cinta de la gitana.

—Por supuesto. Fue idea suya, si lo recuerda. Permanecerá en mi muñeca hasta que encuentre a Belinda. —Llegaron a la estrecha escalera y avanzaron con cuidado por sus precarios giros y vueltas.

—Espero que no le importe cenar con mis amigos —dijo Simon, manteniendo un firme sostén de su codo.

—No, por supuesto que no. —¿Había leído lo contrario en su cara?—. Es un placer haberlos conocido.

—Se habrá dado cuenta, por supuesto, de que ellos son los que le mencioné, mis vecinos de Peak.

—Sí, lo sé. La señorita Parrish es la editora de El Gabinete de las Damas de Moda.

—En efecto. Nick también escribe para la revista. Ellos dos son mis amigos más cercanos, Eleanor. Espero que también se conviertan en amigos suyos. Creo que le gustará Edwina. No es una romántica como yo, pero compartimos los mismos ideales políticos.

—Tengo entendido que estuvieron juntos en Francia. —¿Era demasiado obvio que estaba sondeando en su relación?

—Sí, hace casi diez años. Fuimos los tres juntos, algunas otras personas también nos acompañaron. Ah, aquí estamos.

Los Parrish ya estaban cómodamente instalados en la sala. Era una habitación con una hermosa y antigua ventana de tracería de dieciséis luces. El fuego estaba encendido y en un aparador se habían dispuesto copas y varias jarras. Nicholas se levantó cuando entraron.

—Vengan y únense a nosotros —dijo—. Hemos descubierto que el clarete es excelente. —Sirvió una copa y se la tendió a Eleanor. Tenía la misma buena presencia de rasgos oscuros que su hermana. Su sonrisa era algo pícara y coqueteó con los ojos, como si fuera un hábito en él. Le dio otra copa a Simon y levantó la suya propia—. Por la casualidad. —Brindó, y todos levantaron sus copas.

—De hecho, es una gran casualidad —apuntó Edwina— que nos hayamos encontrado en una parte tan remota del país. Por favor, venga a sentarse junto al fuego, señora Tennant. Prácticamente estamos en junio, pero en esta antigua posada hay muchas corrientes de aire. ¡Qué precioso vestido lleva!

Encantada con el cumplido, Eleanor se sentó en un sillón de respaldo duro y trató de no mirarla fijamente. Edwina, sin la pelliza y el abultado capó que llevaba antes, lucía sencillamente impresionante. Su brillante pelo negro estaba recogido en la parte posterior de la cabeza con un complicado arreglo de trenzas fijadas por un pasador dorado, y los rizos se le derramaban artísticamente en la parte delantera. Sus ojos eran grandes y oscuros, con una gran fuerza expresiva. El vestido de muselina blanca era simple, no más a la moda que el de la propia Eleanor. Pero ¿quién iba a fijarse en lo que llevaba puesto ante semejante belleza? Más que simplemente hermoso, el rostro de Edwina estaba colmado de inteligencia y vitalidad. Su sonrisa era sincera y a Eleanor le agradó de inmediato. Sintió una punzada de ira contra sí misma por haber albergado aquellos mínimos celos. Edwina era el tipo de mujer que una quería como amiga, no como rival. Por supuesto, no había ninguna razón para que ambas tuvieran ninguna rivalidad. Eleanor miró a Simon y se recordó a sí misma que habían sido solo unos pocos besos. No había exigencias de propiedad en ello.

—Me atrevería a decir que no está de humor para hablar de casualidades —dijo Edwina—, con su sobrina huida. Debe de estar usted muy

preocupada.

—Sí —confesó Eleanor—. Me temo que no me sentiré a gusto hasta que su situación se resuelva de una manera u otra. Es muy angustiosa, se lo aseguro.

—Tal vez, en lugar de eso, deberíamos brindar por el Roble Real —dijo Nicholas, con un brillo en sus ojos oscuros que le indicó que sabía de la fiesta y muy probablemente también del beso. ¿No podían los hombres guardar un secreto?

—Una idea sensacional, Nickie —dijo Edwina—. Vimos algunas bellas ramas de roble colgadas por todas partes esta mañana. Y cuando el telégrafo de Lancaster y Carlisle pasó a nuestro lado, iba encintado y adornado a conciencia. Así que, de acuerdo, un brindis por el alegre viejo Carlos y la Restauración. Levantaron sus copas una vez más y bebieron por la monarquía. A Eleanor le pareció extraño que estos tres, que habían ido a Francia tras el ideal de la república, rindieran homenaje a la monarquía, pero se guardó sus pensamientos.

—Simon me ha comentado que se encontraron hoy con una fiesta del día del Roble Real —dijo Nicholas, confirmando los temores de Eleanor. Lanzó una mirada sofocada en dirección a Simon.

—¿En serio? —se interesó Edwina—. Qué divertido.

—Allí fue donde Eleanor consiguió sus lilas —dijo Simon—. Salidas directamente del cetro de la reina.

—Y de hecho le quedan muy bien, señora Tennant —dijo Nicholas—, pero no estoy muy seguro de su propósito. Son las hojas de roble, según tengo entendido, las que protegen contra los pellizcos.

—No haga caso a mi hermano, señora Tennant. Es un seductor empedernido y no se puede confiar en él. Si siquiera intenta pellizcarla, tírele ese vino clarete a la cara. Por otra parte, me inclino a creer que las lilas de una reina son protección suficiente.

Trajeron la sopa y los caballeros ayudaron a las damas a sentarse a la mesa. La conversación fue ligera en un primer momento, confinada a las trivialidades del clima y el estado de los caminos. Simon señaló que las lluvias habían destrozado las carreteras de la región central.

—Nuestro coche se volcó en el barro de Northamptonshire.

—Eso explica el corte que tienes encima del ojo —comentó Edwina. Parecía estar a punto de sonreír pero mantuvo el mismo tono—. Y esa

contusión en la mandíbula.

Simon se ruborizó y miró fugazmente a Eleanor antes de volver su atención a la sopa.

—No, no es por el accidente de carruaje. Hubo una... eh... una pequeña pelea en Buxton.

Edwina se tapó la boca para reprimir una carcajada. Nicholas casi se ahoga con la sopa.

—¿Una pelea? —indagó cuando pudo hablar; su voz todavía estaba un poco ronca y temblorosa por la risa.

—Fue más bien una trifulca de taberna —dijo Eleanor—. Y todo fue por mi culpa.

—Cuénteme, señora Tennant —suplicó Edwina arqueando sus perfectas cejas—. Estoy emocionadísima. Eleanor hizo un relato breve de la historia e hizo lo que pudo para hacer hincapié en la valentía y la destreza exhibida por Simon. No quería otra cena durante la cual se reprendiera a Simon por su falta de virtudes viriles.

—Bien hecho, Simon —dijo Edwina.

—Señor, cómo me habría gustado estar allí —dijo Nicholas—. Por suerte apareció el viejo Malcolm, ¿eh?

—Simon no necesitaba de la ayuda de su hermano, se lo aseguro. — Eleanor se preguntó por qué se sentía tan decidida a defenderlo. Estos eran sus amigos más cercanos, después de todo, y seguramente no necesitaban que Eleanor les recordara la verdadera naturaleza de Simon. Sintió una punzada de vergüenza por resultar tan obvia. Con la esperanza de recuperar un cierto grado de dignidad, añadió—: Malcolm y sus amigos simplemente se unieron a la algarabía.

—Así es —dijo Edwina, fluctuando con interés la mirada entre Eleanor y Simon—. Simon puede arreglárselas por su cuenta en casi cualquier situación. Nickie, ¿te acuerdas de aquella noche en Brujas...?

La conversación giró entonces hacia recuerdos de sus viajes juntos. Tanto Edwina como su hermano parecían decididos a avergonzar a Simon con historias de su fuerza, coraje e inteligencia, relatando de paso alguna locura juvenil puntual y otras anécdotas. Completamente absorta, Eleanor se dio cuenta de que las revelaciones del día y la profunda y variada conversación de la noche anterior no habían sido suficientes. Quería saberlo todo acerca de él.

Simon, sin embargo, parecía incómodo, y el color en sus mejillas era

todavía evidente. Cambió de tema para interesarse por el viaje de los Parrish a Edimburgo. Se hicieron veladas referencias a ciertos panfletos políticos, deliberadamente vagas debido a la presencia de Eleanor.

—Por favor, siéntanse libres de hablar abiertamente —les animó—. No tienen motivos para temer que informe de su participación en actividades sediciosas.

—¿Entiende usted nuestras motivaciones, señora Tennant? —preguntó Edwina, su mirada tan directa como sus palabras.

—En cuanto a El Gabinete de las Damas de Moda se refiere sí, creo que las entiendo. —¿Y apoya nuestros esfuerzos?

—Entiendo sus motivaciones, como le digo —respondió Eleanor—, pero no estoy preparada para decir que las apoyo sin saber más sobre el asunto.

—¿Le ha hablado Simon acerca de El Museo Mensual de las Damas?

—Sí, lo ha hecho, aunque sigo siendo algo escéptica.

La conversación cesó mientras se retiraba la sopa y se servía el siguiente plato. Era evidente que no habría ninguna discusión sobre la revista o cualquier tema remotamente político con la presencia de extraños en la habitación. Tras unas palabras de Simon, los camareros dejaron todos los platos en un aparador y se fueron. Los dos caballeros no perdieron tiempo en llevar a las damas junto a la comida y acumular alimento en sus platos. Era la acostumbrada variedad de pescado, carne, verduras y condimentos, suficiente para un grupo de diez personas en lugar de cuatro. Aunque por supuesto, uno de los cuatro era Simon.

Eleanor no pudo evitar advertir que el montón de su plato doblaba en tamaño al de Nicholas. Edwina la vio mirando y sonrió. Ella estaba, sin duda, acostumbrada al apetito de Simon. Cuando se volvieron a sentar, la conversación continuó como si no hubiera habido interrupción.

—Mi objetivo en El Gabinete de las Damas de Moda —comenzó Edwina— es ofrecer un contrapunto a los racionalismos en contra de las ideas progresistas y republicanas que plagan las páginas de El Museo. Nos dedicamos a fomentar la educación de las niñas para conseguir el tratamiento libre e igualitario de la mujer en las leyes de herencia y custodia, para fomentar en todas las mujeres la creencia en su fuerza mental y física. Proclamar la debilidad de la mitad de la sociedad significa inmovilizar esa sociedad. Estos principios resumen lo que hacemos en El Gabinete.

—El Museo no es la única publicación que pretende subvertir deliberadamente a sus lectoras —anotó Nicholas—. No obstante es una de las más atroces y ya era la revista de la competencia durante el mandato de mi tía.

—Todavía me cuesta creer que gran parte de lo que hacen se base en política —confesó Eleanor.

—Obran con sutileza —explicó Nicholas—. ¿Ha leído el reciente artículo acerca de las dos esposas de un hombre indio que había muerto? Solo una de las esposas se arrojó a su pira funeraria y por ello la consideran como un modelo de virtud femenina y devoción. A la otra, que se negó a quitarse la vida, se la desprecia por indigna.

—O el ensayo sobre las mujeres importantes en la historia —apuntó Simon—, que sugería que muchas de ellas, incluyendo a la reina Isabel, no eran mujeres en absoluto o, en el mejor de los casos, pertenecían al género epiceno. Esto incitó a Nick, bajo el seudónimo de Augusta Histórica, a desarrollar una serie de artículos sobre grandes heroínas de la historia británica.

—O la arenga del mes pasado en El Museo animando a no discutir temas de política en una reunión de sociedad mixta —prosiguió Edwina—, con el fin de preservar la delicadeza de la mente femenina. Me enfureció tanto que comencé a añadir más obras políticas a los libros que reseño como Arbiter Literaria.

—Me temo que se me escaparon esos artículos —dijo Eleanor—, aunque si los hubiera leído le aseguro que me habría sentido ultrajada. Por lo general, solo ojeó superficialmente esa revista y la suya para ver las ilustraciones sobre moda con mi sobrina, pero poco más. Ella devora cada palabra, se lo aseguro. De vez en cuando leo un ensayo, pero en realidad no muy a menudo. No es que tenga nada en contra de las actitudes y opiniones expresadas en ella, es solo...

—Creo que Eleanor encuentra nuestra prosa un poco demasiado florida para su gusto —intervino Simon, sonriéndole en mitad de un bocado a su estofado—. Al menos la mía.

Edwina se rió entre dientes.

—Simon es el romántico más puro de todos nosotros. Un sentimental accesible. Esa es la razón por la que le asignamos asumir el rol de la Entrometida. Y cada vez que necesitamos una historia de amor correspondido para contrarrestar alguna de las de terror que se publican en

El Museo, por ejemplo, un relato en el que la protagonista se lanza por un precipicio, solo tenemos que llamar a Simon. Está también, por supuesto, la poesía de Alonzo. —¡Oh, no, Alonzo no! El poeta más repugnantemente sentimental que existía—. Los poemas de Alonzo son muy populares — afirmó Edwina.

El estómago de Eleanor dio un vuelco y no estaba segura de si se debía a los champiñones o al hecho de saber que Simon era el odioso Alonzo, el de la rima fácil y las imágenes endulzadas.

—Recibimos cartas y homenajes poéticos para Alonzo muy a menudo — continuó Edwina—. Pero incluso la poesía de Simon, aunque su estilo no pueda agradar a todo el mundo, está en consonancia con nuestros objetivos. Se exaltan las leyes de la naturaleza en lugar de las leyes del hombre, al individuo sobre la sociedad. Es la esencia de nuestros ideales.

—Gracias, Edwina —dijo Simon—. Sin embargo, no creo que eso vaya a cambiar la opinión de Eleanor. —Seguramente no, ahora que ya sabía que Simon era Alonzo además de la Entrometida. La tosca mueca en su cara daba a entender claramente lo que pensaba de la poesía de Alonzo—. No quiere tener nada que ver con los románticos, especialmente con uno que, sin proponérselo, alentó a su sobrina a fugarse.

—No es solo eso, Simon —aclaró ella—, aunque espero que lo que ha sucedido con Belinda fomente un asesoramiento más responsable de la Entrometida en el futuro. —Miró al otro lado de la mesa y se encontró con los ojos de Edwina—. A pesar de que Simon insiste en etiquetarme como una escéptica, he tratado de convencerle de que soy realista. Para mí la vida no consiste en dar paseos por el campo mostrando compasión por todas las criaturas de Dios. La vida es una lucha, al menos la mía lo ha sido, una lucha a veces amarga contra un mundo de tentación y peligro.

—Y nuestros principios sirven para reforzar el carácter de las mujeres con el fin de que se puedan enfrentar con mayor eficacia a esos peligros — replicó Edwina.

—Sin embargo, no estoy segura de estar de acuerdo con sus métodos — reconoció Eleanor—. Baste con lo de Belinda como un ejemplo de ello. Se toma al pie de la letra cada palabra de El Gabinete de las Damas de Moda, pero para una joven como ella, voluble y antojadiza, esos mensajes velados de independencia femenina simplemente le dan permiso para creerse por encima de todo. Despreciar la sociedad solo causa la ruina y conduce a una

vida de miseria.

—Creo que exagera, señora Tennant —intervino Edwina.

—Por desgracia no lo hago —dijo Eleanor—. Tal es el destino de muchas chicas, se lo aseguro. —Miró brevemente a Simon recordando su revelación de la noche anterior y sus ojos se encontraron—. En muchos casos somos completamente dependientes de los hombres de nuestra vida, de cada bocado de comida en nuestros platos y de la ropa que nos cubre el cuerpo. La sociedad no está todavía lista para que seamos independientes. No todas las mujeres, en cualquier caso.

»Y antes de que me lo pregunte, sí, he leído la Declaración de los Derechos de la Mujer, y apoyo casi todo lo que dice en lo que respecta a la subyugación de nuestro sexo. —Dibujó una pequeña sonrisa en su boca—. Supongo, sin embargo, que soy más pragmática sobre la aplicación de esas ideas. Estoy dispuesta, por ejemplo, a aceptar las jerarquías patriarcales de nuestra sociedad, ya que es el mundo en el que vivo. Estoy menos preocupada por el cambio de ese mundo que por vivir en paz dentro de él. —Su cara se tornó triste—. No puedo concebir que alguien que albergue el mismo nivel de descontento vital de la señorita Wollstonecraft pueda encontrar cualquier tipo de paz.

Sus palabras trajeron una calma sombría a la sala. Eleanor no hubiera podido decir algo que evocara con mayor claridad el recuerdo de una mujer que los tres habían conocido bien.

—Al final acabó encontrando la paz —apuntó Edwina—. Pero tiene usted razón, señora Tennant. Su vida no fue siempre feliz. La infelicidad de Mary, sin embargo, fue de carácter personal y no político. Pero entiendo su punto de vista.

Eleanor miró los rostros de sus acompañantes, uno a uno, con la confusión y el disgusto marcados en su frente.

—Les ruego que me disculpen si he dicho algo que los haya ofendido. Estaba hablando de las ideas, no de sus autores. No tenía conocimiento de que se tratara de una persona conocida para ustedes. No estoy en desacuerdo con ella a un nivel filosófico. Simplemente he elegido no librar esas batallas en mi propia vida.

—No ha ofendido a nadie, señora Tennant, se lo aseguro —dijo Edwina, y le ofreció una sonrisa franca que no sembraba dudas sobre su sinceridad—. Y espero que no se ofenda usted si le digo que yo sí elijo librar esas batallas.

—No, ciertamente —dijo Eleanor—. De hecho, la admiro por poner en práctica sus principios.

—Pero ¿no hace usted lo mismo, Eleanor? —Simon fue incapaz de frenar su abierta admiración por la forma en que se había mantenido firme en una sala llena de republicanos. Independientemente de sus propias opiniones, estaba muy orgulloso de ella—. Está poniendo sus propios principios en práctica al perseguir a su sobrina con la esperanza de salvarla de... de un futuro infeliz.

—¿Cree que ella será infeliz con ese hombre con el que se ha fugado? —preguntó Nicholas. Eleanor soltó una risita, y había una pizca de burla en ella.

—Déjenme solo decir que no confío en que la abeja se quede mucho tiempo sobre esa flor. Habría preferido que hiciera una elección más reflexiva y lógica.

—Ah, pero señora Tennant —dijo Nicholas al tiempo que miraba de manera burlona a Simon—, el amor no siempre es lógico, ¿verdad?

—No, no lo es. —Le devolvió la sonrisa a Nicholas—. Por eso precisamente no creo que deba regir nuestras vidas.

—¡Dios mío, Simon! —dijo Edwina—. De verdad has encontrado a una de esas raras mujeres exentas de romanticismo. Vaya provocación para ti... Es sin duda un adorable reto.

Maldito Nicholas, seguramente había convencido a su hermana de que existía un dilema romántico entre Simon y Eleanor. Estaba un poco cansado de ser el foco de la conversación de aquella noche, aunque fuera indirectamente, y no perdió tiempo en desviar la atención hacia otros temas. Habían dado buena cuenta de todo lo que había en el aparador, incluido el vino, cuando el camarero trajo el plato final de frutas y quesos. El ambiente se había vuelto más lánguido y relajado. A Simon le encantó pensar que sus amigos eran del agrado de Eleanor. Y aunque no compartía las mismas pasiones e ideales políticos, Simon creía que a ellos también les gustaba Eleanor. Era una mujer manifiestamente inteligente, de mentalidad fuerte, y defendía su opinión en las discusiones políticas. Simon estaba orgulloso de ella.

Eleanor fue la primera en querer acostarse. Estaba segura de que encontraría un mensaje de los investigadores por la mañana, explicó, y quería salir temprano. Simon debería haber tomado la misma senda, pero

estaba disfrutando tanto de la compañía de Nicholas y Edwina que decidió quedarse un rato más.

—Vaya, Simon, apenas podías apartar los ojos de ella —le espoleó Nicholas cuando Eleanor se hubo marchado.

—Es una mujer muy bonita, Nickie.

—Sí, pero creo que nuestro Simon está totalmente perdido esta vez, Ed.

—Me gusta —afirmó Edwina—, pero no es el tipo de mujer al que estás acostumbrado, ¿me equivoco, Simon?

—No —convino—, se parece más a ti.

Los ojos oscuros de Edwina lo miraron con franqueza, curiosidad y afecto.

—Simon...

—No te preocupes, querida —la calmó—, hace diez años que se apagó esa llama. Con todo, esta tarde pensé que puede que todo este tiempo me haya enamorado deliberadamente de mujeres muy diferentes a ti. Nick dice que las elijo mal, y es verdad. Me he dejado arrastrar por lo fácil: unos hermosos ojos, un cabello bonito, unas mejillas sonrosadas o un pecho generoso. Pero a menudo pertenecían a chicas jóvenes e inexpertas sin mucho más que ofrecer. ¿Recuerdas lo que hablamos antes, Nick? ¿El ideal inalcanzable?

—Sí —dijo Nicholas— pero todavía no lo entiendo.

—Eso es porque estás demasiado cerca de él —dijo Simon—. ¿No lo ves? Mi ideal inalcanzable siempre ha sido Edwina.

—Oh, Simon. —Edwina puso los ojos tiernos y un poco tristes.

Él sonrió y se incorporó para tomar su mano.

—No lloriques por mí, Ed. Eso que he dicho de que esa llama se apagó iba en serio, aunque sabes bien lo que sentiré siempre por ti. No, lo que estoy tratando de explicar, bastante mal por cierto, es que mi verdadero ideal siempre ha sido alguien como tú. Una mujer de fuerte carácter y con principios, aun cuando algunos de esos principios difieren de los míos. Una mujer digna y con confianza y seguridad en sí misma. Y sin embargo, no ha sido ese el tipo de mujer del que me he enamorado en los últimos diez años. ¿Por qué ha sido eso?

—¿Porque todas ellas eran inalcanzables y solo servían para que te explayaras en tus poesías? —dijo Nicholas.

Simon se echó a reír.

—Sí, eran ciertamente inalcanzables, por distintas razones. Pero creo que supe todo el tiempo que ninguna de ellas estaba a mi alcance. Mi suerte

nunca ha sido tan mala después de todo. Nunca me llegaron a romper completamente el corazón, solo lo magullaron un poco.

—Si te he entendido bien, entonces —dijo Nicholas—, ¿nunca has ido en serio con nadie? —Exacto.

—Así que en lugar del poeta trágico en búsqueda de su ideal —dijo Nicholas—, en realidad solo has estado perdiendo el tiempo en historias insignificantes, coqueteando, siendo un mujeriego.

—Señor, Nick, haces que parezca un libertino. Nunca he sido así, te lo aseguro. —Simon se rió solo de pensar en la idea de ser un tunante lascivo—. Hasta ahora, no creo que haya sufrido antes ese gran tema romántico del ideal inalcanzable. A pesar de que he perdido la cabeza por una mujer más veces de las que puedo contar, no creo que ninguna de las veces fuera en serio. No del todo, no desde el rincón más sincero de mi corazón. Sin embargo, esta vez es diferente. Quiero a Eleanor. Quiero tenerla, con todas mis fuerzas. Y Nick, borra esa sonrisa de tu cara porque sabes condenadamente bien que no solo estoy hablando de deseo físico, aunque Dios sabe que de eso me sobra. Quiero poseer también su corazón y su alma.

—¿Así que crees que la señora Tennant es el ideal que has estado buscando todo este tiempo? —preguntó Edwina.

—Sí, querida, así es. Creo sinceramente que es el deseo del corazón que durante tanto tiempo se me ha escapado. Hay tanta fuerza en ella, Ed, un coraje que nunca podrías imaginar. Es tan dura de mollera y tan obstinada como solo tú puedes serlo. Y casi tan hermosa.

—Así que estás diciendo —quiso aclarar Nicholas—, que esta vez te estás enfrentando realmente con el ideal inalcanzable.

—Oh, Nickie, no seas tan pesimista —dijo Edwina—. ¿Por qué iba a ser la señora Tennant tan inalcanzable? Parecía estar prendada de Simon. Solo recuerda lo noblemente que lo defendió cuando te burlaste de él por lo de la pelea en Buxton.

—Maldita sea, me habría gustado estar allí —repitió Nicholas—. Los dos hermanos Westover en acción. ¡Qué espectáculo debió de ser!

Un golpe en la puerta de la sala salvó a Simon de tener que cortar a Nicholas para preguntarle a Edwina si había percibido otros detalles del posible interés de Eleanor. El posadero hizo una reverencia y entró en la habitación.

—Les pido disculpas, pero hay aquí un tipo que quiere hablar con el señor Westover —anunció—. Dice llamarse Hackett.

—Es uno de nuestros investigadores —dijo Simon. Se puso de pie y estiró los miembros. Dios santo, ¿cuánto tiempo llevaba sentado? Se dirigió hacia la puerta—. Será mejor que vea qué noticias trae.

—No hay necesidad de que baje, señor —le dijo el posadero—. Está en la puerta. —De hecho, la silueta rechoncha y patizamba del investigador se distinguía en el pasillo.

—Vamos, Hackett, pase —autorizó Simon.

El posadero se hizo a un lado para permitir que el investigador entrara. Hackett le echó una mirada al hombre con sus ojos saltones y a continuación cerró la puerta tras de sí.

—Buenas noches, jefe. —Entró en la sala, se quitó el sombrero y miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en Nicholas y Edwina y arqueó escéptico una ceja.

—Está bien —dijo Simon—. Puede usted hablar con libertad.

—¿Y la tía de la chica? —preguntó Hackett—. ¿Sigue con usted?

—Sí, pero ya se ha retirado a descansar —explicó Simon—. ¿Qué noticias trae?

Hackett se frotó la parte posterior del cuello y puso una mueca extraña.

—Nada bueno, me temo. El asunto se ha enredado. Dicho simple y llanamente, los hemos perdido. El corazón de Simon se le subió a la garganta.

—¿Qué? ¿Cómo? Pensé que se dirigían directamente a Gretna por la carretera de Carlisle.

—No directamente del todo. Nunca he visto tal forma de dar vueltas. Hacen zig y luego zag como los puntos de sutura de una herida. Lo que nos confundió, no obstante, es que los mozos de cuadra de una posada decían que los habían visto ir hacia el norte, y en la de al lado decían que hacia el sur. Mumby y yo hemos estado persiguiéndonos en círculo un día entero y ahora hemos perdido el rastro por completo. Es una situación perturbadora, pero ahí la tiene. ¡Oh, Señor! ¿Cómo iba a decírselo a Eleanor?

—¿Mumby sigue buscando?

—Por supuesto, claro. Al igual que yo en cuanto me vaya de aquí.

—Haga lo que pueda, Hackett. No podemos darnos por vencidos. Ya sabe, quizás hayan ido a otro lugar totalmente distinto. Puede que a Escocia no.

—No se preocupe, jefe, no estamos tan verdes. Sabemos una cosa o dos

acerca de caballeros que se escapan con jovencitas. Y Mumby tiene ese cerebro agudo y científico para su trabajo. No se puede pedir más. Vamos a seguir buscando. Vamos a preguntar en cada posada y taberna de los dos lados de la frontera si es necesario. Y vamos a encontrarlos, o mi nombre no es Obidiah Hackett. Será mejor que usted y la tía permanezcan aquí hasta que vuelvan a tener noticias nuestras. Hizo una reverencia para toda la sala y se despidió. Simon se derrumbó en una silla.

—Oh, Dios.

Sintió una mano en el hombro y al mirar hacia arriba se encontró con la mirada preocupada de Edwina.

—Intenta no preocuparte, Simon. Es probable que solo sea un revés temporal. Los investigadores los encontrarán.

—Con el tiempo. Pero ahora mismo parece que Eleanor ha estado en lo cierto todo este tiempo. Ella nunca creyó que ese matrimonio en Escocia llegara a producirse.

—Oh, vaya.

—¡Maldita sea! Quería hacer bien esto, por ella, y ahora se ha estropeado todo. —Simon lanzó un ruidoso suspiro—. Supongo que será mejor que se lo diga.

«En la elección de una pareja, el mérito no sirve de nada por sí solo, si uno no siente ese afecto tan necesario para un compromiso de por vida.»

—La Entrometida

Eleanor estaba sentada en el borde de la cama cepillándose el pelo. Era un ritual nocturno —cien pasadas— que cumplía desde que era una niña. A menudo era un tiempo de reflexión, cuando consideraba los eventos del día o los planes para el siguiente. Igual de a menudo, sin embargo, se sentaba con un libro abierto sobre las rodillas.

Aquella noche no tenía ningún libro y sí mucho en lo que reflexionar. La situación de Belinda era, como siempre, lo primordial. No obstante, cada vez que ponderaba las difíciles circunstancias de la pobre muchacha se le colaban en la cabeza pensamientos sobre Simon. Los besos. La risa. La cercanía. Las conversaciones. La atracción, cada vez mayor.

¿Cómo podía estar tan preocupada por sus propios deseos y necesidades en un momento como aquel, cuando su sobrina seguía desaparecida? ¿Cómo podía ser tan egoísta?

A pesar de todo, no podía ignorar la reacción de su cuerpo al pensar en Simon, casi la misma que cuando él la tocaba. Solo tenía que cerrar los ojos para revivir el beso de hoy, y al recordarlo los pezones se le endurecían y la parte más íntima de su ser palpitaba de deseo.

No sabía qué haría respecto a él. Sin duda estaba interesado y se sentía atraído por ella, pero probablemente no era más que eso. Ahora debía ser más prudente, habían transcurrido once años desde su encuentro con el primer hombre que la hizo vibrar. ¿Había aprendido algo de aquello? ¿A evitar tales trampas o a enfrentarse a ellas con un maduro pragmatismo? ¿Debería albergar esperanzas de un noviazgo serio y formal o no esperar nada en absoluto? ¿Y qué tal un poco de placer sin ataduras?

¿Qué iba a hacer con Simon Westover?

¿Y cuándo iban a encontrar a la pobre Belinda?

Ambos problemas saturaban tanto sus emociones que se hallaba al borde de sufrir un ataque de nervios. Cuando recuperara a Belinda tal vez viajara

a Bath para tomar las aguas y que la transportaran de un lado a otro en una silla. Lo necesitaba.

Solo llevaba setenta y dos cepilladas cuando la sorprendieron unos suaves golpes en la puerta. Debía de ser Edwina camino a la cama. Tal vez vio la luz que asomaba por debajo y se había detenido para desearle las buenas noches.

Eleanor dejó el cepillo, cogió la bata y se la puso por encima sin atársela para abrir la puerta. ¡Dios mío, era Simon!

Rápidamente, se sujetó con fuerza la bata y se la ató a la cintura. Por un breve instante lamentó que fuera una prenda desaliñada y gastada en lugar de algo delicado y femenino. Parecía preocupado.

—Siento terriblemente haberla despertado, Eleanor.

—No estaba dormida. ¿Qué ha pasado?

Se pasó una mano por el pelo.

—Hackett ha estado aquí. Me temo que las noticias no son buenas.

Eleanor ahogó un grito y se llevó la mano a la boca. Estaba paralizada por el miedo.

—Los han perdido, Eleanor. Se han topado con informaciones contradictorias, unos dicen que se dirigen al norte, otros que al sur. Hackett y Mumby han estado dando vueltas en círculos tratando de recuperar el rastro. Hackett confía en encontrarlos en breve, pero por ahora me temo que los hemos perdido.

¡Belinda! Cielo santo, ¿dónde estaba? ¿Dónde la había llevado ese monstruo? Oh, Dios mío, por todos los ángeles del cielo. ¿Qué iba a hacer? No podía pensar. No podía respirar. La cabeza le daba vueltas. Las rodillas empezaron a flaquearle.

—Oh, Eleanor.

Sus fuertes brazos evitaron que se derrumbara en el suelo. Temblaba angustiada, dominada por el pánico.

—Querida, lo siento mucho.

La meció dulcemente mientras le repetía una y otra vez que lo sentía. Ella le puso las manos en el pecho y apoyó la frente en sus hombros.

—Yo esperaba... pensé que tal vez... Oh, Dios, supongo... me aferré a ese delgado hilo de esperanza de que... de que iban a Gretna después de todo... nunca quise que... no pensé que... Oh, Dios mío, es solo que... ¿Dónde la ha llevado? ¿Qué pasa si no podemos encontrarla? ¡Oh, Simon! ¿Qué vo... voy a hacer?

Un gran sollozo la recorrió como una convulsión y se echó a llorar. Lloró por Belinda, por la pérdida de su inocencia, por su juventud desperdiciada. Lloró por miedo, frustración, ira, dolor. Derramó todas las lágrimas que se había aguantado dentro toda la semana pasada. Y mientras tanto Simon la abrazaba, murmurando sonidos ininteligibles de consuelo, apoyo y afecto.

Con una mano le acariciaba el pelo suavemente, con la otra le frotaba de arriba abajo la espalda en un relajante movimiento.

Ella trató de expresar algo, de darle las gracias, de decirle que se sentía mucho mejor con sus brazos rodeándola, pero había perdido el control de su voz y las palabras eran incapaces de salir.

—No hable —le ordenó—. Calle. Solo deje que la abrace.

Ella le obedeció y simplemente se quedó en sus brazos hasta que se le acabaron las lágrimas y la respiración se le redujo a algo cercano a la normalidad. Moqueó y sorbió por la nariz con la cabeza todavía enterrada en su hombro, no estaba preparada aún para salir del capullo acogedor que era su abrazo. Se acurrucó contra su pecho y absorbió agradecida el consuelo que le ofrecía. Pasó algún tiempo antes de que fuera capaz de hablar.

—Lo siento, Simon. —La voz sonaba ahogada en su pecho. La mano de él, enredada en su pelo, le impedía levantar la cabeza, aunque no tenía ningún deseo real de hacer tal cosa—. No es propio de mí perder los nervios de esta manera. Qué vergüenza.

—Calle —dijo él de nuevo—. Está bien.

Eleanor sintió los labios de Simon en su pelo y fue en ese instante cuando recordó que solo llevaba puesta su ropa de dormir. Fue un momento tan impactante como íntimo. Sus liberados senos estaban apretados contra su pecho. La mano en la espalda, tan cálida y suave, tenía solo la delgada tela de la bata y el camisón entre ella y su piel desnuda. Su otra mano acariciaba y tiraba con suavidad de sus cabellos, que le caían indecentemente por los hombros.

Aspiró su olor, almizclado y masculino, y su cuerpo, traidor, comenzó a tensarse como la cuerda de un arco.

Solo estaba siendo amable. La estaba consolando. No debería tratar de convertirlo en otra cosa, no importaba cuánto le gustaría que así fuese.

¿De verdad le gustaría recibir algo de Simon que no fuera consuelo?

Sí, que Dios la ayudara, claro que le gustaría. Debía de haber perdido el

sentido porque quería que sucediera, con todas sus fuerzas. Debería apartarse de sus brazos y enviarlo de vuelta a su propio dormitorio pero no encontró la voluntad para hacerlo. Eleanor se sentía bien donde estaba, cálida y segura, no quería moverse.

Las lágrimas se habían secado, el hipo había cesado, el pánico se había calmado y su respiración había desacelerado el ritmo. La tormenta de angustia había pasado, ya no tenía por qué agarrarla con tal fuerza. Pero Eleanor no se movió. Simon seguía con los brazos a su alrededor. Y, de alguna manera, la puerta se había cerrado tras ellos.

Tenía de nuevo los labios entre sus cabellos y creyó oírlo murmurar su nombre. Apartó la cabeza de su pecho lo suficiente para que él le diera besos suaves, reconfortantes, a lo largo de la sien y la frente. Eleanor arqueó el cuello para recibirlos y él aceptó su invitación implícita de seguir la senda hacia la mejilla, la mandíbula y los ojos, donde besó los restos de sus lágrimas.

Cuando llegó por último a la boca, como era inevitable, se detuvo.

—Eleanor —dijo a un solo aliento de distancia, tan cerca de ella que podía percibir cómo se formaban las sílabas de su nombre en sus labios. Abrió los ojos. Había ansiedad en su mirada azul, y también una pregunta. Eleanor había dejado de luchar contra su conciencia respecto a los deseos que este hombre despertaba en ella. Respondió a esa pregunta alzando la cabeza para unir sus labios con los suyos.

Aquella invitación envió una corriente de calor directamente al núcleo de su ser. Simon se hallaba de nuevo invadido por el ansia, por un apetito insaciable; Eleanor era su ideal, el deseo de su corazón. Se negó a pensar que esto no estaba destinado a suceder, que se estaba equivocando al aprovecharse de su vulnerabilidad y angustia. Se negó a pensar en cualquier cosa que no fuera lo bien que se sentía en sus brazos, la perfección de su boca, su pelo sedoso, la suavidad de su cuerpo. Y no podía tratarse de un error porque la boca de ella estaba contra la suya, sus pechos se apretaban contra él, le rodeaba el cuello con los brazos.

Era lo correcto, como si dos piezas de un rompecabezas chino encajaran perfectamente en su lugar.

El beso creció en intensidad con una nueva urgencia. No era una succulenta y lánguida exploración como la de aquella tarde, sino un torrente salvaje en

el que las lenguas se perseguían y ambos se quedaban sin aliento. Ella estaba tan ansiosa, impaciente y hambrienta como él, y al ser consciente de su deseo, una ola de pasión lo recorrió de arriba abajo. La sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí, con fuerza, consciente en todo momento de su cuerpo apenas cubierto por las prendas de noche. La reacción del suyo fue intensa, casi dolorosa. Enroscó los dedos en su gloriosa cabellera y saboreó la profunda unión de sus lenguas en una avariciosa, sensual y desesperada danza.

No se cansaba de ella.

Su boca se trasladó a su mandíbula y su garganta y degustó su cuello, explorando, saboreando. Ella se curvó hacia él, profiriendo un pequeño gemido de placer. Era la poesía más dulce que Simon había oído jamás. Regresó a su boca y mordisqueó el grueso labio superior mientras le acariciaba el pelo. Entonces bajó la mano por su hombro y la deslizó por debajo del cuello de la bata. Cuando le tocó un pecho ella dio un grito ahogado que lo trajo de vuelta a la realidad. ¡Dios mío! ¿Qué estaba haciendo? Estaba a solas con Eleanor en su dormitorio. Ella con su atuendo de dormir. Él, aprovechándose, cediendo a sus apetitos. Por muy correcto que pensara que era, le aterraba que ella creyera que era un error.

Ahucó la mano alrededor de su cintura y poco a poco fue apagando el beso. Se pusieron de pie y se contemplaron el uno al otro, jadeantes, sin aliento, acalorados. Simon la miró a los ojos intensamente buscando una respuesta a la pregunta, tácita pero atronadora, que pendía en el aire entre ellos. Concluyó que la respuesta se leía con claridad en aquellas verdes y ardientes profundidades, vidriosas de deseo. Se acercó de nuevo a ella y le apartó un mechón de pelo de la mejilla, demorando los dedos en la bella y satinada piel.

—Será mejor que me envíe lejos de aquí —dijo con voz ronca y vacilante—. Ahora mismo. En este instante. —Eleanor cerró los ojos, respiró un momento y exhaló un breve gemido. Cuando los abrió de nuevo su mirada era lastimera, febril—. ¿Eleanor? Écheme de aquí. Antes de que sea demasiado tarde.

Ella lo miró a los ojos y sacudió la cabeza. Simon se quedó sin aliento.

—No —replicó—. Quiero que se quede.

—¡Oh, Dios! —Tomó su rostro con ambas manos y buscó alguna señal de incertidumbre—. Eleanor. ¡Ay, dulce Eleanor! ¿Está segura?

Ella sonrió, y el corazón se le contrajo en el pecho de tal manera que

apenas podía respirar.

—Sí. Por favor, quédese, Simon. Esta noche lo necesito.

—¿Me necesita? —Si eso era todo no sería lo correcto. Ella le odiaría por la mañana—. Eleanor, si solo requiere de mí que la consuele no puedo hacer tal cosa. Mi intención no es únicamente proporcionarle seguridad. Sí, podría hacerlo, pero para mí no sería un mero consuelo, sería algo más. No puedo quedarme solo porque me necesite.

—Entonces quédese porque... ¿de verdad tengo que decirlo, Simon?

—Sí.

—¿Sabe que es usted un hombre horrible? ¿Por qué me obliga a decirlo?

—Porque no basta con que yo lo desee, aunque Dios sabe que nunca he deseado ninguna otra cosa con semejante ansia. Usted debe quererlo también, querida. No pretendo hacerla daño. Ya ha habido bastante dolor en su vida. Si me quedo será porque usted quiera hacer el amor conmigo, no porque esté triste por lo ocurrido con Belinda. Mi intención es hacerle el amor, no darle mi consuelo.

—Quédese. Quédese porque le deseo. Quédese porque es lo que quiero, no por Belinda. Quédese.

—Oh, Eleanor.

—Quiero que esta noche me haga el amor, Simon. Por favor.

La abrazó con fuerza y hundió la nariz en su pelo.

—Mi querida Eleanor, nada me daría un placer mayor. —Se inclinó y la besó de nuevo, profundamente, con pasión, con una nueva comprensión de lo que estaba por llegar. Su corazón se elevó de pura alegría. Eleanor, el ideal inalcanzable de repente al alcance de la mano. Iba a hacerle el amor hasta que gritara de placer. Iba a devorarla a pequeños bocados, hasta estar completamente lleno, y a continuación empezaría de nuevo. Reventaría si no la llevaba de inmediato a la cama.

Eleanor se entregó por completo a él y el beso se tornó más ardiente, su boca más exigente. Las lenguas profundizaban, sus manos se acariciaban. No había mentido. Quería exactamente aquello. Había pasado mucho tiempo, nunca habría pensado que sentiría tal cosa otra vez. Su cuerpo ardía por Simon, no podía pensar en otra cosa que no fuera hacer el amor con él.

Sintió sus dedos bajo sus senos mientras luchaba por desatar la bata. Se

apartó un poco de ella mientras deslizaba las manos sobre sus pechos, hasta los hombros, y le subía la bata por los brazos para quitársela y tirarla a sus pies. Eleanor miró la fea prenda. ¿Qué pensaría de ella por llevar una cosa tan poco elegante y más propia de una solterona? Le martirizaba ver el cuello encogido por tantos lavados y el parche en una manga. Se sentía avergonzada y se quejó en voz alta, aun cuando él comenzó a besarla indiscriminadamente en el cuello y el hombro.

Simon se detuvo bruscamente.

—¿Qué pasa? ¿Ha cambiado de opinión, Eleanor? No tiene más que decirlo y me iré.

—No, no es eso. No quiero que se vaya. —No podría soportarlo si se fuera ahora—. Es solo que... Ojalá... Oh, Simon, cómo me gustaría que me hubiera encontrado envuelta en sedas, satén y encajes en lugar de con esta horrible bata de muselina gastada. Quiero estar bella para usted. —Simon levantó la mano para acariciarle la cara y la tomó del mentón.

—Nunca he visto mujer más hermosa en toda mi vida.

Sus palabras la bañaron como una fuente termal. Se sintió hermosa al notar el modo en el que sus ojos azules se oscurecieron de puro deseo.

—Es usted un encanto, Simon, pero no va a negarme que este camisón es feísimo.

—¿No le gusta el camisón?

—Ahora mismo menos que nunca.

—Bueno, entonces solo se puede hacer una cosa. —Comenzó a desatar los lazos del cuello—. Si a vos ofende su vestimenta, mi señora, quítesela.

Y enseguida el camisón estuvo también a sus pies y se quedó sin nada encima salvo el frío aire de la noche y una solitaria cinta de lazo roja; totalmente desnuda ante su hambrienta mirada. Hacía once años que no se encontraba así delante de un hombre. Su cuerpo ya no era tan firme ni tan delgado como antes; una aguda punzada de vergüenza la impulsó a querer cubrirse. Pero él cogió sus manos y las mantuvo en sus costados mientras sus ojos la adoraban.

—Preciosa —susurró. Acto seguido, la atrajo hacia sus brazos y la besó. Su lengua recorrió ligeramente sus labios mientras sus manos rastreaban de arriba abajo su espalda desnuda, las caderas, las nalgas. Había algo extrañamente erótico y placentero en la desnudez de uno cuando se apretaba contra una persona con la ropa puesta. Pero quería sentir su piel contra la suya, recorrer con sus manos el pecho que había visto tan

brevemente, explorar los músculos de los hombros que habían sacado el carruaje del barro.

Eleanor deslizó las manos por debajo de las solapas de la chaqueta. Simon se apartó para concederle un poco de espacio y que así pudiera ayudarlo a desprenderse de ella. Le estaba tan ajustada que no sabía cómo lograba sacársela sin ayuda. La arrojó al suelo mientras Eleanor comenzó a lidiar con los botones de su chaleco. Entretanto, él medía la longitud de su cuello con sus labios y su lengua. Así era difícil concentrarse, pero al final fue capaz de quitarle el chaleco por los brazos.

La ansiedad de Simon crecía por momentos. Se desanudó la corbata con impaciencia, arrojándola a un lado junto a la chaqueta. Los dedos temblorosos de Eleanor desabotonaron la camisa, deteniéndose para acariciar cada nuevo centímetro de pecho que se iba revelando. Él soltó un gemido y tiró de los faldones de la camisa para sacársela por encima de la cabeza.

Eleanor extendió las manos sobre el firme pecho y acarició la gruesa capa de pelo castaño que lo cubría. Cuando sus labios se hicieron cargo de la exploración, Simon echó la cabeza hacia atrás y respiró pesadamente. Ella le besó el cuello y los hombros y apretó sus pechos contra él, frotando su piel suave contra el espeso vello de su torso. Oh, sí. Aquello era mucho más placentero que la piel desnuda contra la ropa.

Simon apoyó la cabeza sobre el hombro de Eleanor y se apoderó de sus caderas. Se frotó contra ellas con un movimiento balanceante, meciéndose los dos al unísono. Los senos de Eleanor reaccionaron y los pezones se le endurecieron más si era posible. Las manos de él atraparon sus nalgas, y las atrajo hacia sí para que ambos cuerpos fueran uno.

Eleanor no pudo resistirlo más y echó mano de los botones de su pantalón. Logró abrir uno y deslizó los dedos por la suave piel de su vientre. Él articuló una especie de gruñido y de repente la cogió en brazos, la depositó en la cama, se tumbó con ella y la envolvió en sus brazos en un ardiente y tórrido beso.

Ella quería más y regresó de nuevo al cierre de sus pantalones. Simon le dio otro rápido beso antes de apartarse de encima de ella y arrastrarla hasta el borde de la cama, dándole la vuelta de tal modo que la dejó sentada. Se sentó a su lado y empezó a quitarse las botas.

—Por mucha impaciencia que sienta —declaró—, me niego a hacer el amor

con las botas puestas. ¿Me ayuda, Eleanor?

Y así lo hizo. Ella tiraba por un lado y él del otro, y cuando la primera bota salió de su lugar Eleanor cayó hacia atrás por la inercia. Riendo, se ocuparon de la segunda. Después de muchos esfuerzos, tirones, caídas y risas tuvieron éxito en su misión y Eleanor lanzó alegremente la bota al aire. Simon se levantó y se puso delante de ella mientras se desabrochaba lentamente los pantalones y se los quitaba junto con la pequeña prenda de debajo. Se quedó de pie delante de ella luciendo su gloriosa desnudez, plenamente excitado, grande y hermoso.

La suave luz parpadeante de la vela que descansaba en la mesita junto a la cama alumbraba el pelo rojizo del pecho, las piernas y los brazos. Era delgado y fibroso, bien musculado, pero no tan voluminoso como su hermano. Era espléndidamente masculino.

Eleanor, audaz, deslizó lentamente una mano desde el pecho hasta el espeso vello alrededor de su erección. A continuación pasó los dedos ligeramente sobre la suave y caliente dureza. Él contuvo la respiración tras un ronco suspiro y, posteriormente, la empujó suavemente de vuelta a la cama y se quedó a su lado.

—Por favor, querida, va a avergonzarme como a un colegial. No apesuremos el placer. Permítame que le dedique un poco de tiempo.

Y Simon se tomó su tiempo. La sedujo poco a poco con las manos y la boca. La besó suavemente, mordisqueando el labio superior mientras cubría su pequeño pecho con la mano. La acarició con dulzura, apretando, rodeando el pezón erecto hasta que ella se perdió en la magia de su roce. Surcó con las manos sus caderas, luego el abdomen, los hombros y el muslo, como si estuviera impaciente por aprenderse cada centímetro de su piel.

Recorrió con sus besos el cuello y la garganta, el hombro y la clavícula. Agachó la cabeza y pasó la lengua caliente y húmeda a lo largo de la delicada zona inferior de uno de sus senos. Poco a poco fue ascendiendo hasta llegar a la arrugada punta de su pezón, y se la llevó a la boca enviando ondas sensitivas hasta incluso las raíces de su pelo y provocando en ella un grito ahogado. Ella entrelazó los dedos entre su suave cabellera y los mantuvo allí.

—Sí —suspiró Eleanor pidiéndole que no se detuviera.

Después de rendir homenaje al otro pecho se levantó sobre sus codos para contemplarla. Sonrió y le pasó un dedo por los labios. Simon le dedicó una

mirada fugaz al chisporroteo de la vela, y al momento posó de nuevo sus ojos en ella como si algo hubiera llamado su atención. Alargó un brazo y cuando Eleanor pensó que iba a apagar la llama, lo que hizo fue coger el ramito de lilas de la fiesta del roble que se hallaba a su lado.

Le hizo cosquillas en los labios con las flores y ella rió feliz.

—Serás mi reina de mayo, Eleanor, cubierta del embriagador aroma de las lilas.

Deslizó el suave ramillete como un pincel por el cuello y los hombros, trazando un camino serpenteante hasta sus pechos, dibujando círculos lilas alrededor de sus pezones. Era un toque tan ligero y suave como el de una pluma, casi insoportable, y se le puso la carne de gallina en todo el cuerpo. Frotó las flores entre sus senos y sobre su estómago, trazando círculos cada vez mayores. Bajó y bajó, hasta que Eleanor se arqueó en la cama y dio un gemido de placer. Sintió las piernas débiles y se abrió ante sus caricias. Las suaves flores acariciaron la cara interna del muslo, por detrás de la rodilla, y ascendieron de nuevo. Era una suavidad etérea, poco más que un aliento. Ella se estremecía bajo el exquisito tormento. Le brindó las mismas atenciones a la otra pierna y para entonces ella ya se retorció de placer. Se le escapó un grito cuando por fin, inexorablemente, acarició su sexo con las flores.

Simon parecía sin embargo decidido a hacer que aquello durara, a mantenerse alejado de la plena satisfacción, y recorrió lentamente con las lilas su estómago, abdomen y pechos para dejarla sin aliento, suplicando más.

Luego deshizo el ramito y comenzó a extraer sus diminutas flores, dispersándolas por su cuerpo, de la cabeza a los pies. Le puso también algunas sobre el cabello, que desplegó sobre las almohadas en una disposición precisa. Se inclinó sobre ella para admirar su obra.

—La viva imagen de Flora. Me temo que no le está permitido moverse, querida. Es demasiado perfecta. Hace que quiera escribirle una oda a la primavera.

—Dios santo, ahora no, Simon. Por favor.

Arrojó a un lado el ramito deshecho de lilas y cubrió con su cuerpo las flores que había sembrado en el de ella. Se unió a Eleanor con un poderoso beso, tomándola con fuerza en un abrazo al tiempo que se movía con una sensual ondulación que impregnaba el aire del sexual aroma a almizcle y

sudor, y que se aunaba a su vez con la densa fragancia liberada por las lilas aplastadas. La lengua de Simon se sumergía de lleno en su boca, se retiraba lentamente y luego volvía a entrar de tal manera que sugería lo que estaba por venir. Descendió con su mano y la tocó con unos dedos tan suaves como las propias lilas. Pero ella quería más que un leve roce y elevó la pelvis para encontrarse con la palma.

La sexualidad de Eleanor había estado latente durante mucho tiempo, hizo falta poco para traerla de nuevo a la vida. Se frotó contra su mano y casi al instante cayó en las garras de un ardiente clímax que envió espasmos de calor por todo su cuerpo.

Simon envolvió su boca con la suya y se tragó su grito de éxtasis al tiempo que introducía en ella su longitud dura y caliente. ¡Oh, Dios! Había olvidado esa sensación, lo maravilloso que era sentirse llena. Simon estableció un ritmo de movimientos largos y lentos, y ella instintivamente se acompasó a ellos.

Se incorporó para contemplarla. Su mirada tan fija la cohibió y se mordió el labio instintivamente. Él sonrió.

—«Carnosa y madura su rara confección, un fuerte roce de su dulce conexión.» —Dios mío, estaba recitando poesía erótica. Eleanor se echó a reír tontamente y él no tardó en imitarla. Ambos rieron alegres durante un rato ante la maravilla que estaba teniendo lugar—. Oh, Dios, Eleanor... — Tenía la voz ronca de tanta pasión. Aumentó el ritmo de sus acometidas. Enterró el rostro entre sus cabellos y la llevó a un nuevo éxtasis mientras ella se retorció, se resistía y se estremecía debajo de él. Su suspiro de satisfacción apenas se había desvanecido cuando el gemido agudo de él sonó ahogado contra su hombro.

Eleanor descansaba bajo el peso de Simon, harta, satisfecha, agotada. Y feliz.

«El que reconoce el verdadero mérito de una dama sin reclamar belleza o fortuna será ciertamente recompensado con afectos procedentes de la dicha del recíproco deleite.»

La Entrometida

Yacieron juntos durante algunos minutos, jadeantes. Simon todavía estaba dentro de ella, podía sentir sus músculos internos palpitando y contrayéndose del modo en el que lo hacen tras un potente clímax. Le llenaba de satisfacción haber obrado tal milagro.

Al final, preocupado porque seguramente la estaba aplastando, levantó la cabeza, la besó y se echó a un lado al tiempo que suspiraba de puro placer. Tiró de Eleanor, que estaba lánguida y débil, y le colocó un brazo y una pierna encima. Ella se acurrucó sobre su cuerpo, le puso un brazo sobre el pecho y entrelazó las piernas con las suyas. No había estado tan contento en toda su vida. Ni tan profunda, loca y maravillosamente enamorado.

—Eleanor —susurró contra la parte superior de su cabeza.

—Humm.

Parecía al borde del sueño, pero había ciertas palabras que tenía que decirle. Esta no era una noche para echarse a un lado y dormir. No había sido un simple apareamiento. Había sido trascendental. Digno de un temblor de tierra. Había encendido sus almas. Al menos eso había significado para él. Esperaba que para ella también.

Tal vez debería esperar. Tal vez no sería conveniente decir nada en la resaca de una noche de sexo espectacular. Pero quería dejarle claro que era mejor que el viejo bribón de Henry. Simon no tenía ninguna intención de abandonarla, de usarla y deshacerse de ella. Seguramente ella ya lo sabía, pero quería decírselo. De todos modos no se creyó capaz de detener esas palabras. Estaban a punto de estallar espontáneamente en sus labios.

—¿Eleanor?

—Humm.

—Eleanor, te quiero.

—Humm.

¿Lo había oído?

—¿Eleanor? —Pero solo le respondió la respiración pesada y regular de un sueño profundo.

Maldición. ¿Debería sacudirla para despertarla, obligarla a abrir los ojos y enfrentarse con los suyos mientras se lo decía otra vez?

Pero no, tenían todo el tiempo del mundo. Por ahora, no haría más que estrecharla entre sus brazos y pensar en lo feliz y afortunado que era de haberla encontrado. Le acarició suavemente el pelo, pero ella no se movió. Su aliento era suave y caliente en su pecho.

La amaba. Si alguna vez hubo alguna duda en su mente, ya no le quedaba ninguna. Eleanor era hermosa, apasionada y divertida. No recordaba haberse reído antes con una mujer mientras hacían el amor. Su risa era solo una de las señales que le indicaban que se había ganado finalmente su confianza. Una vez que había tomado la decisión de pedirle que se quedara pareció perder todas sus anteriores restricciones y se permitió a sí misma disfrutar de lo que estaba sucediendo. Simon sabía lo difícil que aquel paso debía de haber sido para ella, y el hecho de que él fuera la causa de que lo diera era para gritar de alegría.

Había alcanzado su meta y había sido asombroso, su mundo se había visto sacudido hasta las raíces. Eleanor se había abierto a él, había confiado en él, lo había amado. ¿Le resultó a ella esta experiencia igual de estremecedora?

Tal vez sí, y por eso cayó agotada por el sueño.

Pero ¿había llegado a oír su declaración? ¿Sabía que la amaba?

Al día siguiente se lo diría otra vez, en cuanto los dos estuvieran despiertos y alerta. Simon debió de caer también en brazos de Morfeo, pues se despertó tiempo después de un sueño vívido. La vela se había consumido y la habitación estaba a oscuras. Había estado soñando que Eleanor le hacía el amor. Se quedó allí tendido entre los vaporosos bordes del sueño, todavía podía sentir a Eleanor tocándole en sueños, recorriendo con las manos su cadera y sus muslos.

—Me gusta —murmuró—. Me gusta mucho.

—Simon.

Abrió súbitamente los ojos. Eleanor estaba reclinada en su pecho, deslizando un dedo a lo largo de su esternón. No era un sueño. Ella era real y lo estaba tocando. Ella lo amaba. No le pediría permiso de nuevo. Era evidente que lo quería. Y él a ella. De una vez por todas y para siempre. La montó a horcajadas encima de él y buscó su boca en la oscuridad. Hicieron

el amor lenta y perezosamente al principio, frenéticamente al final. Acabaron quedándose dormidos el uno en los brazos del otro.

Simon se despertó de nuevo cuando un rayo de la luz del día se coló a través de una rendija de las cortinas. Eleanor estaba a su lado, de espaldas a él, uno de sus brazos reposaba suelto sobre ella. Sonrió al oír sus pequeños ronquidos. No era un fuerte estruendo masculino, sino simplemente una suave respiración levemente atascada. Un ronquido al fin y al cabo; ya se burlaría de ella en cuanto tuviera ocasión.

Dios santo, era de día. Tenía que abandonar la habitación antes de que alguien lo encontrara allí. Simon salió con cuidado y en silencio de la cama y se quedó desnudo en medio de la habitación. Se sacudió las pequeñas flores moradas que tenía adheridas al cuerpo. En adelante siempre asociaría a Eleanor con las lilas.

La miró asombrado. Su pelo oscuro se extendía desordenado sobre la almohada. El desorden de la ropa de cama dejaba al descubierto parte de su hermosa espalda, la elegante línea de su columna vertebral, la suave curva de la cadera. Era tan hermosa como había imaginado, y Dios sabía que la había imaginado así muchas veces.

Su figura era esbelta pero no estaba delgada. Sus pechos eran pequeños, pero su forma era perfecta, y había algo en la ligera curva de su vientre que encontraba irresistiblemente atractivo. El recuerdo de la suavidad de su estómago apretando el suyo provocó que se endureciera de nuevo. Se dio la vuelta, si seguía contemplando aquella maravillosa estampa tendría que despertarla para hacerle el amor de nuevo. Buscó su ropa para vestirse. Las prendas estaban por todas partes, arrojadas aquí y allá en pleno desenfreno. Señor, vaya noche.

Encontró la bata y el camisón de Eleanor y los dobló cuidadosamente antes de colocarlas sobre una silla. Recordó su disgusto por la supuesta fealdad del camisón. A partir de ese momento, se aseguraría de que siempre llevara prendas de preciosa seda para hacerla sentir femenina y bella. Y aunque le encantaba el sensual tacto de la seda, sin duda prefería el de su piel.

Simon encontró toda su ropa pero solo se puso los pantalones y la camisa. Volvería a la habitación que compartía con Nicholas antes de que nadie lo viera allí. Tenía que dejarle una nota. No quería despertarla, pero no podía irse sin decir palabra. Buscó a su alrededor un papel y una pluma pero no

los encontró. Maldición. Él mismo llevaba un montón de papel en su maleta, que se hallaba en la planta de abajo. Simon asumía que todo el mundo viajaba con los medios para escribir unos versos rápidos cada vez que el ánimo así lo requiriera.

No le quedaba otro remedio que volver a su habitación, escribir una nota y colarse de nuevo en esta para dejársela. Cogió la ropa, las botas y salió descalzo y de puntillas al pasillo. Aunque se oía actividad en las cocinas y fuera en los establos no se encontró con nadie en las escaleras o en los pasillos y llegó a su dormitorio sin ser visto. Abrió la puerta sin hacer ruido. Nicholas estaba boca abajo, profundamente dormido, con un pie descalzo trenzado entre las sábanas. Nicholas sabía perfectamente dónde había estado toda la noche. Habría preguntas, pero a Simon no le preocupaban. Después de todo, estaba enamorado.

Dio unos pasos hacia el interior de la habitación y arrojó la ropa en una silla. Se quitó la camisa y la agregó al montón. Estaba a punto de prescindir de sus pantalones cuando algo en el suelo de la entrada le llamó la atención. Parecía un trozo doblado de papel. ¿Quizás habían pasado la factura por debajo de la puerta? Al recogerlo vio que era una nota dirigida a él. La leyó, y tuvo que ponerse la mano en la boca para no gritar.

Habían encontrado a Belinda Chadwick y Geoffrey Barkwith.

La nota había sido escrita por Hackett en las horas previas al amanecer. Habían seguido a los fugitivos hasta una posada en un pueblo a menos de seis kilómetros al sur de Penrith, en la cual se alojaron esa misma noche. Hackett aportaba instrucciones específicas para llegar a la posada, en caso de que Simon y la señora Tennant quisieran emprender ese corto viaje.

Simon pensó que nada lo habría hecho sentirse más feliz aquella mañana, pero aquella noticia tenía un componente especial. Significaba que el problema de Belinda podría ser al fin resuelto y no habría ninguna nube cubriendo la razón de Eleanor. Nada que pudiera impedir su felicidad.

Nada que la apartara de Simon.

Lanzó un puño al aire, dominado por el entusiasmo. Le entraron ganas de gritar pero temía despertar a Nicholas. Tomó de nuevo la camisa, deseoso de contarle a Eleanor la noticia. En ese momento se le ocurrió una idea.

Era una locura romántica. Pero qué demonios, iba a hacerlo.

Iría en ese momento, en ese mismo instante, a recoger a Belinda. En una ocasión le dijo a Eleanor que le gustaría ser su caballero de brillante armadura, subirse a un caballo blanco, apartar a Belinda lejos de ese villano

Barkwith y devolvérsela a sus amorosos brazos. Eleanor se había reído, aunque Simon solo hablaba en sentido figurado. Ahora parecía que era capaz de realizar tal hazaña. Sería el caballero de brillante armadura de Eleanor. Sería su héroe romántico. Pensar en ello le daba vértigo.

Se vistió rápida y silenciosamente con su ropa de montar y se calzó las botas y las espuelas, cuidándose de guardarse la nota del investigador en el bolsillo. Buscó una hoja de papel y el tintero de viaje y se sentó a escribir una nota para Eleanor. Solo unas breves líneas. No había tiempo para rapsódicas estrofas sobre su extraordinaria noche juntos, solo lo justo para contarle la buena noticia y que no se preocupara.

Terminó la nota, la selló, y cuando estaba listo para salir Nicholas se agitó.

—¿Simon? ¿Eres tú?

—Sí, muchacho, vuelve a dormir.

—¿Vas a alguna parte?

—Ciertamente. Han encontrado a la sobrina de Eleanor. Voy a buscarla y traerla de vuelta aquí.

—Ah. Bien hecho.

—Vuélvete a dormir, Nick.

Simon escuchó murmurar algo a su amigo antes de darse la vuelta ruidosamente entre las sábanas. Su pesada y regular respiración le sugirió que ya estaba de nuevo dormido. Cerró la puerta con cuidado y subió sigilosamente las escaleras de regreso a la habitación de Eleanor. Abrió la puerta poco a poco para no asustarla si estaba despierta.

No era así. La encontró igual que la había dejado, acurrucada en su lado de la cama, el más alejado de la puerta, con una mano bajo la mejilla y la otra estirada colgando lánguidamente sobre el lado de la cama.

Simon dobló la nota y la colocó sobre la almohada, que todavía tenía en ella la marca de su cabeza. Se inclinó y la besó suavemente en el pelo. No se despertó, pero la mano que tenía extendida se sacudió un poco. Fue entonces cuando reparó en la cinta. Todavía llevaba aquella cinta de lazo rojo que le había comprado a la gitana. En su momento le propuso que la llevara hasta que encontraran a Belinda, entonces se la entregaría para que la conservara a modo de recordatorio de esta aventura. Bueno, habían encontrado a Belinda, se llevaría la cinta para que su muñeca desnuda fuera otro símbolo del fin de este calvario.

La tenía atada con un sencillo nudo. Bastó con un leve tirón para soltársela

sin que apenas se le moviera la mano. Se la guardó en el bolsillo del chaleco y sacó un lápiz para garabatear unas cuantas palabras más en la nota y volver a colocarla en la almohada.

Simon le echó otro largo vistazo a Eleanor, hermosa, desnuda, perdida en sus sueños. Dios, cómo la amaba. No veía la hora de devolverle a su sobrina. Seguro que ella lo querría un poco aunque solo fuera por eso.

Bajó hasta los establos para negociar la contratación de un caballo. No había uno blanco. Ya era mucho pedir. Tuvo que conformarse con un castrado castaño, con ese serviría. Montó en cuanto estuvo ensillado y se lanzó al galope para cumplir la romántica misión de impresionar a su bella dama.

Eleanor rodó sobre su espalda y se estiró como una gata. Fue consciente de su desnudez y un repentino recuerdo de todos los acontecimientos de la noche anterior irrumpió en su mente. Al abrir los ojos se encontró vacío el otro lado de la cama. Soltó un gemido agudo y volvió la cara hacia la almohada, donde inhaló el almizclado olor masculino de Simon.

Por un instante, un nudo de angustia se apoderó de su vientre. ¿Se había entregado de nuevo a un hombre para acabar siendo abandonada? No, sabía que Simon estaba por encima de esas fechorías. O eso creía. Él no era tan insensible. Se apartó un pétalo aplastado de la nariz. Ningún hombre que hubiera rociado a una mujer de flores sería tan frío como para simplemente marcharse a la mañana siguiente. Sonrió al pensar en lo romántico que era y suspiró un poco al recordar aquella otra cosa que había hecho con las lilas. Nunca sería capaz de volver a oler su distintiva fragancia sin pensar inmediatamente en Simon.

No, un hombre así jamás la abandonaría. Simon era un caballero, lo que no quitaba que se hubiera marchado de la habitación antes de que alguien lo viera. Era un hombre dulce y maravilloso.

Siempre se había preocupado por su reputación.

Eleanor cerró los ojos y consideró todo lo que había sucedido. ¿De verdad había sido tan audaz, tan desvergonzada, tan lasciva? No se podía creer todas las cosas que habían hecho, las que ella le había dejado hacer. Se ruborizó solo de pensar que había respondido con descaro y abandono a sus avances. Había algo en Simon que hacía que le resultara fácil renunciar a todas sus inhibiciones.

Al despertarse en mitad de la noche se vio acurrucada contra su cuerpo caliente y, antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, su mano comenzó a explorarlo. Henry poseía un bello rostro pero su cuerpo era bastante blando, no tenía unos músculos tan firmemente definidos como Simon, que era más delgado. A Eleanor le fascinaban sus formas. Pensó que tanto pelo en el pecho le causaría rechazo. —Recordaba a Henry lampiño como un bebé—. Pero, al contrario, le resultó un detalle tentador.

Simon se había agitado finalmente bajo su roce y profirió un pequeño gemido de placer en sueños. No tardó en despertarse y hacerle de nuevo el amor. La ayudó a colocarse encima de él y ella permaneció allí, montándolo hasta otro explosivo clímax.

¿Había sido el sexo tan bueno con Henry alguna vez? El tiempo y la ira habían borrado muchos de los detalles de lo que pasó, pero Eleanor ni siquiera concebía la idea de que superara a Simon. Pensar en Henry le recordaba que debía ser cautelosa en sus sentimientos hacia Simon. No debía darle demasiada importancia a lo que había sucedido la noche anterior. Por fin se había permitido disfrutar de una honesta y madura relación física. Era la clase de cosas que las viudas hacían a menudo. No tenía nada de extraño.

Obviamente no iba a permitir que aquello fuera el prólogo de otro corazón roto. Había sido apasionado, sensual y maravilloso pero no significaba nada especial. Eleanor no quería nada especial. Entonces, ¿por qué le parecía tan importante, tan impresionante?

Sin duda, solo se debía a que había pasado mucho tiempo. Ningún hombre la había tocado en cinco años. Once desde que no la tocaban de la manera en que Simon lo había hecho. Después de tanto tiempo, ¿qué mujer no se sentiría eufórica?

Pero había algo más: la declaración que Simon había susurrado después de la primera vez que hicieron el amor. Ella había fingido estar dormida para no tener que responder, pero sus palabras sonaron como martillazos en su cabeza.

Eleanor, te quiero.

Se negaba a creerlas, aunque el cielo sabía que quería hacerlo. Sería tan fácil atrapar esas palabras y atesorarlas cerca de su corazón. Con todo, su hermano había dicho que Simon se enamoraba por pura rutina, así que no cabía duda de que las había dicho a la ligera, por costumbre. No las repitió durante o después del segundo acto amoroso, así que Eleanor quedó

convencida de que simplemente había murmurado cierta cantinela propia de los estertores propios del final del amor. Pensaba tal vez que eso era lo que toda mujer quería escuchar en ese momento. No las tomaría en serio. No iba a ser de nuevo la víctima de un consumado seductor. Permitiría que sedujera su cuerpo, no obstante no dejaría que le rompieran otra vez el corazón. Esta vez era mayor y más sabia. Tomaría lo que Simon le ofrecía y lo disfrutaría inmensamente, pero no esperaría ni pediría nada más.

Además, todavía tenía que seguir pensando en Belinda.

¡Belinda! Dios mío, se había preocupado tanto por su propio placer que se había olvidado de que en ese momento Belinda estaba realmente desaparecida. Se arrastró fuera de la cama, derramando lilas por todas partes y escuchó algo caer al suelo. Era un pedazo doblado de papel. Se inclinó para recogerlo e inmediatamente vio la gran letra ese en la parte inferior. Era una carta de Simon.

Se volvió a sentar en la cama para leerla:

Querida Eleanor:

Tengo el placer de darle la más feliz de las noticias. ¡Han encontrado a Belinda! Ella y Barkwith se hospedan en una posada a solo unos pocos kilómetros al sur. He ido a buscarlos.

Eleanor dio un pequeño grito. ¡La habían encontrado! ¡Gracias a Dios! ¡Por fin! Estrechó la nota contra su pecho y se rindió a una emoción que amenazaba con desbordarla. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas casi sin darse cuenta. Bendito fuera Simon por salir corriendo al galope para recogerla. Eleanor no veía la hora de tener a la chica en sus brazos y abrazarla con todas sus fuerzas. Justo después sentiría, seguro, la tentación de estrangularla, pero primero le daría un gran abrazo. Respiró hondo y reanudó la lectura de la nota:

También me he tomado la libertad de quitarle el talismán que ahora creo que puedo reclamar como mío.

Eleanor se miró la muñeca desnuda. Le cedía encantada la cinta a Simon si su utilidad era impedir que en el futuro diera otros consejos frívolos tras la identidad de la Entrometida. Esperaba que hubiera aprendido la lección, ya sabía que a veces es peligroso perseguir las fantasías románticas.

Nunca olvidaré esta gloriosa noche que hemos pasado juntos, mi preciosa reina de las lilas.

Sonrió y se recordó a sí misma que debía seguir su propio consejo en lo que a fantasías románticas se refería. Eran peligrosas, vaya si lo eran.

Mientras dulces sueños dorados besan tus ojos,
que te acaricien hasta que despiertes.

Atentamente, Simon.

Era de esperar la presencia de uno o dos versos, cómo no. Era un tonto encantador, un adorable romántico. Y allá iba, a la carga para rescatar a Belinda, tal como le había prometido. Probablemente cabalgaba sobre un caballo blanco y llevaba puesta también una brillante armadura. Le estaba agradecida por haber tomado la iniciativa. Simon Westover, el soñador, el iluso, había resultado ser mucho más útil de lo que se hubiera imaginado una semana atrás. Bastante útil, de hecho, pensó mientras recuperaba el camisón y la bata cuidadosamente doblados de la silla donde él los había puesto. Útil en tareas más maravillosas de las que se podría haber figurado jamás.

Simon siguió la ruta sur hacia el pueblo de Highthorpe, donde el investigador había encontrado a Belinda. Estaba tan emocionado por la noticia y tan ansioso por ser él quien llevara a Belinda de vuelta a Eleanor que no había pensado detenidamente qué iba a hacer cuando llegara a su destino. Si la chica seguía con Barkwith, como parecía, ¿qué ocurriría si no deseaba ser apartada de su lado? ¿Qué la convencería para marcharse con Simon, un perfecto desconocido? Pensó que aquello no iba a ser tan fácil como esperaba. Tenía que haber pensado un plan de acción. Sin embargo, cada vez que consideraba las diferentes posibilidades, en su mente la visión se convertía en una en la que cabalgaba hasta la guarida del dragón sobre su poderoso corcel blanco, liberaba a la chica de las garras del monstruo y se alejaba con ella a salvo entre sus brazos. Era una imagen épica y Simon no podía apartarla de su mente. De camino al escarpado y prohibido nido del malvado dragón sentía el poderío del caballo entre sus piernas. Oía el tintineo metálico de su armadura, que brillaba bajo el sol de la mañana. Veía la silueta de la desmayada doncella indefensa recortada contra el

aliento de fuego del dragón. Podía sentir sus brazos agradecidos aferrándose a él mientras los dos se alejaban del peligro.

Las heroicas imágenes todavía le daban vueltas violentamente en la cabeza cuando el pueblo de Highthorpe se hizo visible repentinamente ante él. Se había pasado todo el viaje inmerso en sus fantasías románticas, y ya que estaba allí no contaba con ningún plan. Iba a tener que pensarlo sobre la marcha.

El gato y el violín fue bastante fácil de localizar. Era la única posada que se podía encontrar en Highthorpe. Simon entró en su patio y lo encontró sorprendentemente atareado para tratarse de una fonda tan apartada de la ruta principal de las diligencias. Estaban enganchando una nueva partida a un carruaje amarillo. Su mirada se fijó en una joven que esperaba de pie cerca del vehículo. Reconoció el parecido a pesar de que el sombrero le cubría la mitad de la cara. Aunque su cabello era de un tono más oscuro y los ojos de un tono más claro, era la viva imagen de su tía Eleanor. Detuvo su caballo a su lado.

—¿La señorita Chadwick?

Ella frunció el ceño y lo miró con cautela.

—¿Sí? —respondió circunspecta.

Nunca llegó a saber qué se apoderó de él aquella mañana para que hiciera lo que hizo. Debieron de ser las imágenes épicas que había evocado en su cabeza, los villanos y dragones y doncellas en apuros. La visión heroica debió de poseerle por completo. No había otra explicación posible. El caso es que en cuanto ella articuló esa única palabra, Simon se agachó, la agarró por debajo de las axilas y la montó delante de él en el caballo. La sostuvo con fuerza por la cintura y dio la vuelta a su montura para volver por donde había venido. Se alzaron varias voces detrás de ellos, en la posada, pero él no les prestó ninguna atención. La chica gritaba y pateaba. Tuvo que agarrarla fuertemente para que no se precipitara al suelo desde su precaria posición delante de la silla.

—¿Qué está haciendo? —gritó—. ¡Bájeme! —Le dio una fuerte patada en la espinilla. ¡Bájeme le digo! ¡Bájeme!

—Estese quieta, Belinda. Estará a salvo dentro de poco.

—¿A salvo? ¿De qué está hablando? —La chica trató de soltarse los brazos con una maniobra evasiva y le golpeó dolorosamente en las costillas al intentarlo—. ¿Dónde me lleva? ¿Y cómo diablos sabe mi nombre? —Le propinó un fuerte pellizco en el brazo—. ¡Bájeme!

Maldita sea. Era una luchadora.

—Por favor, estese quieta. No voy a hacerle daño. Pronto estará a salvo.

—¿De qué está hablando? —Cada palabra fue remarcada por un codazo en las costillas o un golpe en la espinilla—. ¡Bájeme de una vez! Oh. ¡Oh, no! ¡Ya sé quién es usted! Es uno de esos miserables investigadores de Bow Street. Los que nos han estado persiguiendo por todo el país. Oiga, no puede secuestrar a una persona que no ha cometido ningún delito. ¡Bájeme! ¡Bájeme! —Se inclinó y le mordió con fuerza en la mano.

—¡Ay! Estese quieta, pequeña arpía. —Aquello no estaba resultando en absoluto como él había imaginado. Semejante terremoto de chica no era una damisela en apuros. Con todo, podía oír claramente en su cabeza las palabras de su tía, afirmando que secuestraría a la chica contra su voluntad si era necesario. Si eso era lo que Eleanor quería, podría sobrellevar el corto trayecto hasta Penrith con aquella pequeña comadreja.

—Por favor, quieta. Lo único que va a conseguir es caerse y hacerse daño.

—Nada de eso. —Lo mordió de nuevo—. No seré transportada como un fardo por un bruto recalcitrante contratado por mi tía. —Y otra vez—. Ahora bájeme o haré que lamente lo que está haciendo. —Y otra vez.

A este ritmo sería una suerte llegar a Penrith sin que le hiciera sangre. No obstante, esto era lo que quería Eleanor. Se lo había dicho una y otra vez.

La llevaría a rastras, gritara o pataleara. La ataría y le pondría una mordaza si fuera necesario.

Si volvía a morderle con esos dienteillos afilados sería necesario.

—¡Bájeme! —Lo mordió especialmente fuerte esta vez y Simon pensó que ya había tenido suficiente. Se las arregló como pudo para usar un brazo a modo de tenaza sobre el cuerpo de la joven y echó mano de su corbata.

—Esperaba no tener que hacer esto —dijo mientras trataba de quitarse la prenda de alrededor del cuello—, pero no me deja otra opción.

—¿Cómo se atreve? Ni lo intente siquie... ummppff.

Los agudos gritos terminaron en cuanto le cubrió la boca con la corbata y le echó el sombrero hacia delante, de tal manera que le pudo atar la mordaza en la nuca. Ella lo pateó con fuerza y se revolvió violentamente, era un milagro que el caballo no se detuviera por completo por todo lo que estaba pasando en su grupa. El viaje de vuelta, obviamente, no iba a ser tan rápido y fácil como el de ida.

—Trate de mantener la calma, Belinda. Soy un amigo y voy a llevarla junto

a su tía. Vamos a llegar mucho antes si se está quieta.

Ni la mordaza la callaba, no paró de gritar en ningún momento. Además, por si acaso, le dio otro duro golpe en las costillas.

Soltó un gemido de dolor y deseó llevar puesta la brillante armadura con la que había estado soñando. Estaría cubierto de moratones y cardenales antes de llegar a Penrith.

Desde luego, aquello de ser un héroe no era tan bonito como lo pintaban. Pero Eleanor necesitaba uno y no sería otro que él.

Si es que sobrevivía al viaje.



«Si el caballero que se ha desviado del camino del honor se arrepiente y persevera, aún podrá ganarse ser bendecido con esa sonrisa modesta que perdone sus andanzas y lo estimule a ser digno de un virtuoso afecto sin pretensiones.»

—La Entrometida

—¿Cuánto va a tardar? —Eleanor paseaba de un lado a otro de la sala de café mientras esperaba impaciente que Simon regresara con Belinda.

En su estómago se revolvían una docena de emociones. ¿Estaría bien Belinda? ¿Estaría enfadada con ella? O, mejor dicho, ¿cómo de enfadada estaría? ¿Qué le diría Simon? ¿Cómo iba a convencerla para que volviera con él?

Y ahora que aquel desgraciado asunto había casi acabado, ¿qué pasaría entre ella y Simon? —Yo creo que estará de vuelta muy pronto —la tranquilizó Edwina.

Se habían encontrado en el pasillo y cuando la amiga de Simon se enteró de la noticia decidió posponer su partida para acompañarla en la espera. Nicholas se había unido también a ellas y Eleanor se ruborizó al verlo. Era el compañero de dormitorio de Simon. Nicholas sabía, por supuesto, dónde había pasado Simon la noche, sin embargo no hizo ningún comentario al respecto ni la miró de manera extraña. Tal vez no era raro que Simon compartiera una noche con una mujer y Nicholas no le daba mayor importancia. Otra razón más para que Eleanor no bajara la guardia.

—No entiendo por qué dejó atrás el carruaje —dijo Nicholas entre bocado y bocado de sus huevos al curri—. ¿Por qué se ha ido a caballo? No tiene sentido. ¿Cómo va a traer a la chica de vuelta aquí? Eleanor creía saber la respuesta y le incomodaba pensar en ello. Sin duda tenía que tratarse de una broma. ¿Realmente era tan romántico?

Se acercó una vez más a la ventana que daba al patio de la posada y dio un corto chillido.

—¡Ahí está!

Simon acababa de llegar con una muchacha encaramada con él en su caballo. Eleanor se levantó las faldas y corrió a su encuentro. Belinda, no

podía ser otra persona, se retorció sobre la grupa del caballo, y llevaba algo en la boca que se parecía sospechosamente a una corbata.

¿Qué demonios?

Belinda la vio y dio un grito ahogado. Simon la liberó del férreo nudo y Belinda levantó las manos para quitarse el trozo de tela de la boca.

—¡Tía Ellie!

Antes de que un mozo de cuadra la ayudara a desmontar, Belinda dio a Simon un fuerte puñetazo en el estómago y saltó del caballo directamente a los brazos de Eleanor, con tal ímpetu que casi acaban las dos rodando por el suelo. Eleanor recuperó el equilibrio y envolvió a la chica en sus brazos.

—¡Belinda! ¡Ay, Belinda, mi amor, he estado tan preocupada! —dijo apretando y meciendo a su sobrina en sus brazos como había hecho tantas veces en el pasado—. Estoy tan contenta de verte, me has dado un susto de muerte, muchacha descarriada. ¿Cómo puedes haber hecho una cosa tan salvaje e irresponsable?

—¿Yo? —Belinda se apartó de ella—. No he hecho nada malo. Tía Ellie, ¿cómo has podido hacerme esto tú? —La voz de Belinda estaba empapada en lágrimas—. ¿Cómo puedes ser tan mala? ¿Por qué has enviado a este hombre horrible a por mí?

Eleanor miró por encima del hombro de su sobrina y vio a Simon desmontar y darle las riendas a un mozo de cuadra. Sus miradas se cruzaron y captó en su rostro una expresión de perplejidad y frustración. ¿Qué demonios había pasado aquí?

—¿Qué hombre horrible, mi amor? —le preguntó a su sobrina, solo para asegurarse. Belinda se apartó de nuevo de ella y señaló directamente a Simon.

—Ese. Ese horrible investigador. Se abalanzó sobre mí como un salteador de caminos y me obligó a montar en su caballo. No tenía derecho a hacer eso. No tenías derecho a pedirle que hiciera tal cosa, tía Ellie. ¡Me ha amordazado! —Se desenrolló el trozo de tela que aún pendía de su cuello y lo arrojó al suelo.

Eleanor miró a Simon. No llevaba corbata. ¿Era aquel el mismo hombre que le había hecho dulcemente el amor anoche? ¿Este hombre que había aterrorizado a su sobrina? No tenía ningún sentido.

—¿Simon? ¿La ha amordazado?

Él se encogió de hombros tímidamente.

—Me estaba mordiendo.

La confusión de Eleanor comenzó a convertirse en ira.

—¿La ha obligado a montarse en el caballo, la ha secuestrado en pleno día y la ha amordazado? —dijo a través de sus labios apretados.

—Bueno... sí, eso he hecho, tal como usted me pidió.

—¿Tal como yo...? —Cerró los ojos y respiró hondo. Trató de recordar todos sus debates respecto a Belinda. ¿Qué había dicho para hacerle creer que eso era lo que quería? Sí, había querido apartar a Belinda de las garras de Barkwith, pero no de aquella manera—. ¿Qué diablos está diciendo? ¿Cuándo he querido yo que le diera a la pobre chica un susto de muerte? ¿Qué se ha apoderado de usted? La ha aterrorizado, Simon, no tenía que haber sido así.

La contrariedad de Simon se reflejó en sus ojos. Su expresión era indescifrable.

—No está aterrorizada. Yo soy el que vengo temblando. Es peor que un muchacho, tengo suerte de haber llegado hasta aquí con vida. Además, Eleanor, fue usted la que dijo que había que recuperarla aunque pataleara y gritara, atada y amordazada si era necesario.

—¡Oh, tía Ellie! ¿Cómo has podido?

Eleanor estaba teniendo dificultades para controlar su temperamento. Sí, había dicho esas palabras, pero cualquier persona en su sano juicio hubiera notado que era una forma de hablar.

—Simon, no puede haber creído que lo decía literalmente.

Él la miró un poco avergonzado.

—Bueno, en realidad, eso creí. Pensé... pensé que le agradaría.

Eleanor quería gritar de pura frustración. ¿Era todo esto culpa suya? ¿Haber permitido que un tonto sentimental convirtiera unas palabras dichas por decir en una aventura romántica?

—¿Que me agradaría que mi pobre sobrina se asustara y posiblemente sufriera algún daño por sus locuras? Simon, ¿cómo puede ser tan...? —Estúpido.

Simon la miró durante un largo rato y su expresión se suavizó, como si pretendiera que recordara su noche juntos. Pero ella no quería pensar en eso ahora. Todo era demasiado confuso. ¿Cómo podía sentirse bien por haberse entregado a un hombre tan tonto como para pensar que quería que secuestrara a su sobrina por la fuerza?

—Le pido perdón —dijo al fin—. Debí de haber entendido mal. No

obstante, la avisé de lo que iba a hacer y no se opuso.

Su ira se había incrementado, pasando de un fuego lento a una total ebullición. No quería cargar con la responsabilidad de aquel acto. No era culpa suya. No podía ser.

—¡Dios mío! ¿Se supone que debía tomarlo en serio cuando me hablaba de caballeros en sus blancos corceles?

—Lo decía completamente en serio, aunque tuve que conformarme con un castrado castaño.

Belinda miraba a Simon y a Eleanor con una mueca de perplejidad que le arrugaba la frente.

—Tenía que habérmelo imaginado. —La voz de Eleanor se elevó autoritaria y fiera—. Solo un romántico embobado podría hacer algo tan indeciblemente estúpido.

Simon encajó el golpe, parecía que acabara de recibir una bofetada, y de repente Eleanor quiso correr hacia él y pedirle disculpas, confesarle que no lo decía en serio, que había sido un gesto realmente dulce, si bien no muy pertinente. No podía soportar ver esa expresión en sus ojos. Pero algo la hizo continuar en la misma línea destructiva. La inseguridad y la duda se apropiaron de su corazón, la obligaron a poner más tierra de por medio entre ellos, a apartarlo de su lado. No parecía poder contener sus palabras.

—Tenía razón respecto a usted desde el principio —declaró—. No es más que un metepatas entrometido, con sus consejos idealistas a los enamorados. Su romanticismo tonto comenzó todo este embrollo y mire dónde ha terminado. Debería habérmelo pensado mejor antes de confiar en un romántico.

—Tía Ellie, ¿de qué diablos estás hablando? Creía que este hombre era un investigador de Bow Street. ¿Quién es?

—Este, mi amor, es tu querida Entrometida, la famosa dispensadora de sabios consejos, el modelo de sabiduría romántica de las páginas de El Gabinete de las Damas de Moda. No era una sabia anciana como tú creías, sino este hombre tan rematadamente tonto. Él es la Entrometida. Un coro de exclamaciones hizo a Eleanor ser consciente por primera vez de la multitud que se había reunido a su alrededor. Una multitud a la que acababa de anunciarle la identidad de la Entrometida, alto y claro.

Los ojos de Simon se cerraron brevemente y se le hundió la cabeza en los hombros. Había revelado su secreto. Había traicionado su confianza. Se dio la vuelta, pero no se marchó. Belinda miraba a Simon con los ojos muy

abiertos.

—¿Él es la Entrometida?

Eleanor bajó la voz y habló de modo que solo Belinda la oyera.

—Sí, y cuando descubrí su identidad lo arrastré conmigo para que te hiciera entrar en razón. Pensé que escucharías a la persona que redactaba las palabras de la Entrometida, te darías cuenta de que habías cometido un error y volverías a casa conmigo.

—Pero tía Ellie...

—Esa es la única razón por la que está aquí, pero ahora me doy cuenta de que ha sido un gran error que me acompañara. Es la última persona a la que le pediría que te diera un buen consejo. Un hombre que secuestra a las chicas como un pirata, por todos los santos. ¡Qué romántico!

—Pero tía Ellie...

—Solo espero que veas lo tonto que es e ignores todos los consejos de la Entrometida que leas a partir de ahora. Ahora volvamos a casa y veamos qué podemos hacer con...

—¡Tía Ellie! No lo entiendes.

Justo entonces un jinete hizo su aparición a pleno galope, levantando una enorme polvareda en el patio. Frenó tan bruscamente que el caballo se encabritó antes de detenerse.

—¡Geoffrey! —Los ojos de Belinda se iluminaron excitados—. Oh, gracias a Dios.

Geoffrey Barkwith desmontó del caballo con sus ojos negros ardiendo de furia y Belinda se arrojó a sus brazos. Dios mío, a este drama todavía le quedaban varios actos. Al menos no había abandonado a Belinda ni la había dado de lado. De hecho había ido tras ella. Eleanor no habría esperado tal cosa de él. Pensó que cuando lo cogieran se escabulliría y dejaría a Belinda hacer frente a las consecuencias. Pero allí estaba, corriendo tras ella para rescatarla de su aparente secuestro. Aquello no era ni de lejos lo que ella tenía previsto que sucediera. Se suponía que debía ser un canalla, un sinvergüenza que abandonaría a Belinda tan fácilmente como Henry abandonó en su día a Eleanor. Un bribón no hubiera venido corriendo tras ella. Algo no iba nada bien.

Barkwith se zafó con delicadeza del agarre de Belinda y la puso a su lado.

—¿Es ese el tipo? —preguntó, señalando a Simon.

Belinda asintió con la cabeza. Barkwith miró a Simon con un intenso odio,

al tiempo que se quitaba un guante. Acto seguido se acercó a él y le dio un guantazo en la cara.

—Nombre a su segundo, bribón.

Eleanor se quedó sin aliento. La sangre abandonó el rostro de Simon y las pecas color jengibre destacaron sobre su palidez.

—¿Disculpe? —dijo.

—Se ha atrevido a poner las manos sobre mi esposa —dijo Barkwith—. Va a responder por ello.

—¿Su esposa? —exclamó Eleanor, casi gritando por el asombro.

—Sí, tía Ellie. He estado tratando de decírtelo. No es necesario que me rescates de Geoffrey. Nos casamos ayer en Escocia.

—¿Te has casado? —Dios mío, ¿cómo podía haber estado tan equivocada respecto a todo y a todos?—. Oh, mi querida niña. —Tomó a su sobrina en sus brazos y la abrazó con fuerza. Simon tenía razón, era una incrédula. Al fin y al cabo, todo había sucedido tal como él había dicho—. Estoy muy contenta.

—¿De verdad? —exclamó Belinda.

—Sí, sí, mi amor. Yo pensé que... bueno, desconocía las intenciones del señor Barkwith, sabes, me esperaba lo peor. Pensé que tenía... otros propósitos. Por eso vine a por ti.

—Pero yo te conté cuáles eran sus intenciones —señaló Belinda—. Te dejé una nota.

—Sí, pero yo... tenía mis dudas.

—Qué tontería. Sabías que estaba decidida a casarme con él.

—Sí, lo sabía —confesó Eleanor—. También debería haber sabido que si te pedía que te fugaras con él no lo dudarías. Qué tonta he sido.

Eleanor buscó a Simon con la mirada, esperando verlo con una expresión petulante, burlándose de ella por haber tenido razón todo el tiempo. Por el contrario, continuaba con la cara blanca. Dios mío, acababa de ser desafiado a un duelo. En cualquier caso ya no debería tener lugar. Todo había sido un malentendido. Era culpa suya. Todo era culpa suya.

—Oh, pero lo de fugarse no fue idea de Geoffrey —reveló Belinda—. Fue mía.

Eleanor miró a su sobrina.

—¿Tuya?

—Bueno, tú no parecías aprobarlo. Siempre estabas poniéndome delante de las narices a ese viejo aburrido de Charles Pendleton. Nunca pensé que

me permitirías aceptar la oferta de Geoffrey, así que seguí el consejo de la Entrometida. —Miró extrañada a Simon—. Y lo convencí de que nos fugáramos. No debes echarle a él la culpa, tía Ellie. Geoffrey quería pedirte mi mano de la manera adecuada. Le dije que no aceptarías, así que estuvo de acuerdo en fugarse conmigo.

Eleanor debería haberlo sabido. Debió suponer que Belinda, testaruda y obstinada, era la instigadora de semejante idea. Había otras muchas cosas que debería haber supuesto. ¿Cuándo se había vuelto tan estúpida? Se quedó mirando a Barkwith, que reaccionó acercándose a ella.

—Lo siento, señora, si le hemos causado molestias —se disculpó—. Me temo que su sobrina me tiene en la palma de su mano. Espero que pueda darnos su bendición.

—Sí, por supuesto —dijo Eleanor, y le ofreció la mano. Barkwith la tomó y, siempre un pícaro, la besó. Señor, aquel hombre haría lo que quisiera con Belinda. ¿O tal vez sería al revés?

—Ahora —dijo—, tengo que enfrentarme a este canalla. —Se volvió hacia Simon—. No he escuchado el nombre de su segundo, bribón.

—Oh, seguramente no hay necesidad de tal cosa —medió Eleanor—. Ya ve que todo ha sido un malentendido. —Eso no es excusa para que este hombre maltrate a mi esposa. Responderá por ello. Os lo pido de nuevo, señor, el nombre de su segundo.

Nicholas Parrish dio un paso adelante. Eleanor se había olvidado de él por completo.

—Yo seré su segundo —dijo asqueado—. Mi nombre es Parrish. El suyo, por cierto, es Westover. Supongo que es conveniente que sepa el nombre del hombre al que pretende matar.

El corazón de Eleanor se le subió hasta la garganta. ¿Matar?

—Así es. Y voy a pedir a uno de los jefes de los establos que sea mi segundo —dijo Barkwith.

—Como segundo de Westover —dijo Nicholas—, me veo obligado a preguntarle si acepta una disculpa y renuncia al duelo. Tal como ha dicho la señora Tennant, todo esto ha sido un malentendido.

—Este hombre se llevó a mi esposa en contra de su voluntad, y al parecer la ató y la amordazó. No hay disculpa posible ante tal comportamiento. —Barkwith ostentaba una pose muy recta, justamente indignado—. Exijo un desagravio.

Dios santo.

Nicholas sacudió la cabeza con disgusto.

—Westover tiene derecho a elegir las armas. ¿Qué va a ser, Simon?

Simon miró a Barkwith y se enderezó desafiante, su altura era considerable.

—Pistolas. Tengo un estuche en mi carro.

Dios santo, ¿realmente iban a continuar con todo aquello?

—Señor Barkwith —dijo Eleanor—, Geoffrey, estoy segura de que esto no es necesario. —Lo siento, señora Tennant, pero esto es cosa de hombres. Usted no lo entendería. Nadie puede tocar así a mi esposa. Nadie. Señor Parrish, si es tan amable de localizar esas pistolas, iré mientras a comprometer a uno de los jefes de los establos como mi segundo. —Geoffrey se dio la vuelta para hacer lo que había dicho y el señor Parrish agarró a Simon del brazo. Ambos se dirigieron hacia el carruaje.

—Oh, Dios mío —se lamentó Belinda—, me lo van a matar. Tía Ellie, ¿qué voy a hacer? No quiero ser viuda al día siguiente de mi boda. ¿No podemos hacer algo para parar esto? —Rompió en un torrente de lágrimas y se arrojó a los brazos de Eleanor.

—No, no, mi amor —la consoló—. Simon no lo va a matar, te lo prometo.

Sin embargo, se le encogió el estómago al pensar que Geoffrey no dudaría en matar a Simon. Edwina se acercó y le puso una mano en el brazo.

—Trate de no preocuparse, Eleanor —la animó—. Tal vez ambos disparen al aire.

—Los hombres son unos idiotas en estos temas —dijo Eleanor—. ¿Les bastará a su honor con que se apunten el uno al otro?

—Solo nos queda esperar —dijo Edwina.

En pocos minutos, se arregló todo para que el duelo tuviera lugar en un solar detrás de la posada. Belinda se negaba a no estar presente y aunque Eleanor no creía que pudiera soportar ver aquel espectáculo, ella y Edwina la acompañaron.

Mientras Geoffrey lidiaba con una sollozante Belinda que se negaba a soltarlo, Simon se acercó a Eleanor. Portaba un gesto sombrío. Había muchas cosas que Eleanor quería decirle, pero su lengua parecía atada por unos complicados nudos invisibles a causa de la confusión, el miedo y la ira. No sabía qué pensar. Hacía tan solo unas horas estaba desnuda entre sus brazos y ahora era posible que lo mataran.

—Honré nuestro acuerdo —dijo Simon—. Hice todo lo que me pidió. Y a

pesar de ello me ha traicionado, ha descubierto mi secreto. Después de todo, es usted una mujer inalcanzable. Lo siento. Pero hay algo más que quería decirle. Anoche...

—No. —Eleanor creyó adivinar lo que venía después y no quería oírlo. Si aquel ingenuo estaba a punto de dejarse matar, no quería saber que la amaba a pesar de su traición. No podría soportarlo—. No, no creo que haya nada más que decir.

—Como quiera —respondió él, y esbozó una reverencia. Se alejó de ella y comenzó a quitarse la chaqueta. Dios santo, ¿qué había hecho?

Belinda volvió para unirse a ellas, sollozando en silencio. Eleanor le pasó un brazo por encima. El segundo comprobó las armas y se las entregó a Simon y Geoffrey.

Eleanor suspiró larga y profundamente justo en el momento en que el roce de una dulce fragancia inundó su nariz. Giró bruscamente la cabeza. Alto y frondoso, al otro lado del solar, había un árbol de lilas adornado con las últimas flores del año.

Lilas. Los dos hombres estaban espalda con espalda y, al tiempo que Nicholas contaba, empezaron a caminar los diez pasos. Se volvieron. Eleanor agarró la mano de Edwina. Se sentía débil. Nicholas alzó su voz al viento:

—Preparados.

Edwina le apretó la mano. Eleanor hizo lo propio, con fuerza, y cerró los ojos. El embriagador aroma de las lilas lo envolvió todo.

—Apunten.

¡No! Eleanor soltó la mano de Edwina y dio un paso hacia delante.

—Fue...

—¡Un momento, jefe! —El familiar acento de Obidiah Hackett sonó como un órgano con todas las teclas pulsadas.

Simon y Geoffrey dejaron caer los brazos. Eleanor casi se desmaya, aliviada. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que Edwina le frotaba la mano.

El pequeño investigador patizambo se contoneaba hacia el centro del solar. El desgarrado y adusto Francis Mumby le seguía de cerca. Tenía las manos detrás de la espalda, como un político a punto de dar un discurso. La postura dejaba a la vista su chaleco de color rojo brillante. Su aspecto era parecido al de un orondo gallo paseando por el gallinero.

—Me parece ver —señaló— que un acto criminal está a punto de tener lugar. Me temo que no puedo permitir que algo ilícito ocurra, jefe. No delante de las narices de Obidiah Hackett. Ahora, si ustedes, caballeros, sueltan sus armas y dan un paso atrás, Mumby y yo fingiremos no haber visto nada. No les recomendaría que comenzaran una discusión. No les gustaría ver enojado al viejo Mumby. Tiene un temperamento extraordinario, no quieran comprobarlo. Por lo tanto, suéltelas y apártense.

Simon y Geoffrey hicieron lo que se les ordenaba y Hackett se adelantó y tomó las armas. Disparó una al aire y el estruendo fue tan fuerte e inesperado que Eleanor dio un salto. A continuación disparó la segunda y le entregó las dos armas a Nicholas.

—Ahora guarde estos ruidosos metales a buen recaudo. Y no quiero volver a verlos.

Simon estaba en medio del campo y se sentía como un globo de aire caliente al que habían desinflado completamente.

Estaba vacío. No tenía corazón. No tenía alma. No le quedaba esperanza. Nunca se había sentido tan agotado en toda su vida.

Hackett estaba conduciendo a todo el mundo de vuelta a la posada, sin embargo Simon no se movió. Nicholas se acercó y le tiró del brazo para que se viera obligado a poner un pie delante del otro.

—Démosles gracias a Dios por que haya aparecido ese pequeño investigador —dijo Nicholas—. No me apetecía poner flores en tu tumba, amigo mío. Este Barkwith iba en serio. Seguramente te hubiera hecho un agujero en la frente.

—Lo sé. Recé mis últimas oraciones. —Había estado a punto de morir.

—Has sufrido la agonía romántica después de todo, ¿eh?

—Me ha traicionado, Nick. Confié en ella y me ha traicionado.

—Lo siento, viejo amigo. ¿Estarás bien?

—Me duele la cabeza —dijo Simon—, pero es porque mi cerebro todavía está dando vueltas. Me parece estar soñando, o más bien teniendo una pesadilla en la que no se sabe qué extraño giro está por venir. En serio te digo que no he tenido un día de mi vida tan lleno de subidas y bajadas, bastantes para marear a un hombre. Y es todavía por la mañana.

Simon se reunió con los otros e hizo un aparte con Barkwith. El joven

estaba furioso.

—No quiso oírlo antes —dijo Simon—, pero espero que ahora acepte mis disculpas. Siento haber secuestrado a Belinda. A la señora Barkwith.

—Ha sido una locura —dijo Barkwith—. Le ha dado un susto de muerte.

Simon no lo creía así, pero se contuvo antes de decírselo a su temperamental marido.

—Sí, bueno, pensaba que hacía lo que su tía deseaba. Sin embargo, he creado un problema. No sabíamos que se habían casado, supongo que lo entiende.

—Vaya, ¿para qué diablos le parece que fuimos a Escocia? ¿A pescar?

—Como le he dicho, nos equivocamos. He cometido un terrible error. Espero que acepte mis disculpas. Barkwith asintió con la cabeza, gruñó que las aceptaba y se alejó para tomar del brazo a su mujer.

Un obstáculo menos. Ahora le quedaba Eleanor.

Apenas se podía creer que la mujer que le había escupido esas palabras de odio hace un rato, que había traicionado su secreto, era la misma mujer que se había derretido en sus brazos la noche anterior. Cuando quiso hablar con ella antes del duelo Eleanor fue un témpano de hielo. No había mostrado ningún tipo de remordimiento por su traición y no quiso que le dirigiera la palabra. Había estado a punto de decirle que la amaba, que a pesar de todo caminaba hacia la muerte amándola. Quería que lo supiera pero ella no quiso escucharlo. ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto con ella? ¿Le importó siquiera que estuviera a punto de morir? Al parecer no.

Tenía que hablar con ella. Tenía que saber si lo de la noche anterior había sido solo una fantasía o algo real y trascendente. En cuanto el grupo llegó a la sala de café la tomó del brazo y tiró suavemente de ella hacia un lado.

—Eleanor, ¿podríamos hablar en privado un momento?

Ella asintió, pero mantuvo el ceño fruncido mientras la conducía por el patio de la posada y cruzaban la calle hasta un pequeño parque con árboles y senderos de grava. Vio un banco de piedra y le indicó que se sentara. Tenía el estómago encogido por la aprensión.

—Lo siento mucho, Simon. No tenía ningún deseo de verle envuelto en un duelo. Podrían haberle matado.

—¿Lo ha sentido?

—¿Cómo puede preguntarme tal cosa?

—Ha traicionado mi confianza. Casi hubiera sido mejor que usted misma me metiera una bala en el cuerpo.

Ella soltó un suspiro, exasperada.

—Oh, Simon, ¿tiene que ser siempre el gran romántico? Caballeros en sus blancos corceles y duelos de honor, por el amor de Dios.

—Todavía está molesta conmigo.

La mueca ceñuda era horrorosa. Simon se sintió sacudido por aquellos fríos ojos verdes.

—Sí, pero estoy más enojada conmigo misma. Debería haber confiado en mis instintos.

—¿Y qué le decían esos instintos?

—Que usted era un loco romántico que cree en los cuentos de hadas y no tiene ni idea del mundo real, el escenario en el cual las personas luchamos diariamente por vivir en paz.

Su ira alimentó la de Simon.

—¿Y todavía le parezco un tonto?

—¿Cómo iba a no parecérmelo? ¿Quién sino un tonto puede pensar que el secuestro de una chica serviría para algo que no fuera darle un susto de muerte? ¿Quién sino un tonto lo justificaría echándole la culpa a unas palabras dichas a modo de metáfora?

—Usted era inflexible, Eleanor. Más de una vez mencionó que debía alejar a su sobrina de Barkwith a toda costa.

—Pero nunca quise que la secuestrara de una manera tan ridícula. Ha sido absurdo.

—Me atrevería a decir que todos tenemos alguna idea absurda de vez en cuando. Por ejemplo, la suya sobre las intenciones de Barkwith.

—Me equivoqué, lo admito. Gracias a Dios que estaba equivocada. Pero bien sabe usted que tenía una buena razón para creer en tal acto de maldad.

—Lo que sé es que no puede olvidar su propio dolor y darse cuenta de que no todos los hombres son seres malvados.

—Y usted no puede superar el concepto de que no todos los finales son felices. No puede sacarse esas ideas románticas de su estúpida cabeza.

—Anoche no pareció importarle demasiado esa pizca de romanticismo.

Sin previo aviso, Eleanor se echó hacia atrás y le golpeó con fuerza en la cara.

—Señor, no es usted un caballero.

—Creo que es mejor que se vaya, Eleanor —dijo al tiempo que se frotaba

la mejilla dolorida—. No quiero hablar más con usted. No estoy seguro de que quiera seguir conociéndola. Ha traicionado mi confianza. Me ha humillado en público. Me ha hecho sentir ridículo. Ya es suficiente.

Ella se puso de pie.

—Le doy las gracias por todo lo que ha hecho para ayudar a localizar a Belinda, pero creo que ahora debemos poner fin a nuestra asociación. —Se dio la vuelta y cruzó con brío al otro lado de la calle, hacia la posada.

Simon escondió la cabeza entre las manos. Nada estaba saliendo como había esperado. Acababa de echar de su vida a la mujer que amaba. ¿Cómo se podían haber torcido tanto las cosas en menos de un día? ¿Cómo había logrado liarlo todo de esta manera? Tal vez era un tonto, como ella decía.

Se quedó sentado allí solo en el banco durante un cuarto de hora, regodeándose en su rabia. Estaba furioso porque Eleanor había pregonado su secreto delante de todo el mundo. Estaba furioso por haber confiado en ella. Estaba furioso por las palabras de odio que le había soltado a la cara. Estaba furioso porque los deseos de la mujer, que había expresado claramente y con frecuencia, lo habían conducido a una acción casi trágica. Estaba furioso porque a ella no parecía importarle que pudiera haber muerto. Estaba furioso porque lo de la noche anterior no había significado nada para ella. Estaba furioso con Belinda por patearlo y morderlo como una gata salvaje. Estaba furioso consigo mismo por tratar de hacer algo romántico. Estaba furioso con el mundo. Ya se había enfurecido bastante cuando oyó pasos en el camino de grava. Al levantar la mirada se encontró con Nicholas de pie delante de él.

—¿Qué diablos ha ocurrido entre ustedes dos? —le preguntó.

—No quiero hablar de eso, Nick.

Nicholas se sentó, y pasó un momento antes de que volviera a dirigirse a él.

—La señora Tennant irrumpió en la posada hace un rato y me preguntó si podía regresar a Londres en nuestro coche.

—No quiere volver a verme.

—Eso tengo entendido.

—Yo a ella tampoco. ¿Acaso no lo ves, Nick? —Le sonrió sin alegría—. Al final resultó ser otro ideal inalcanzable. Me ha hecho dejar de quererla. No puedo tenerla porque no la quiero tener. ¿Es esto una broma? No tengo intención de volver a sucumbir a esta debilidad romántica. Estoy cansado de ser un romántico incurable. He acabado con todo eso.

—¿Y lo de anoche?

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—No hace falta que te pongas así. Está claro en qué cama dormiste, eso es todo. Pensé que, teniendo en cuenta todo lo que dijiste después de la cena, si tal cosa llegara a suceder sería un paso muy importante.

—Lo fue. Al menos para mí. Pero estaba equivocado acerca de ella.

—¿Y por eso la dejas ir?

—La he echado de mi vida. Piensa que soy un tonto, Nick, y no ha tenido reparos en traicionar mi secreto en público. Me atrevería a decir que puede que tenga razón. Fíjate en lo que ha pasado hoy. Yo solo hice lo que pensaba que ella quería. Lo hice por ella. ¿Y qué es lo que hace? Monta un espectáculo y me ofende en público por tratar de hacerle un favor. Y créeme, no fue una experiencia agradable. Esa Belinda es una tigresa de garras afiladas. Y dientes voraces.

—Entonces, ¿qué pasará ahora?

—Dejaré de hacer el imbécil. Se acabaron las fantasías románticas. Nunca me expondré a otro fracaso. Basta de ideales inalcanzables. Me voy a conformar con mujeres por debajo de cualquier ideal y ya está. Al diablo con el romanticismo. Y al diablo con Eleanor.

«Ninguna joven debe aceptar los acercamientos de un caballero a menos que su favoritismo hacia él sea mayor del que sienta por todos los demás, lo ame con cada fibra de su ser y crea que el objetivo vital de ese caballero será aportarle felicidad y asegurársela con todas las pruebas posibles de afecto.»

—La Entrometida

Eleanor se sentaba junto a Edwina en el carro alquilado. No era ni por asomo tan cómodo como el carruaje de Simon. Los baches las hacían brincar en el asiento durante su discurrir por la carretera sur hacia Westmorland, a medio camino de regreso a Londres.

Nicholas había cedido su lugar a Eleanor y se había trasladado al carruaje de Simon. Fue un arreglo afortunado. No sabía qué habría hecho si los Parrish no hubieran estado en el lugar exacto en el momento adecuado. A Belinda no le habría gustado embutir a su tía entre ella y su marido en su pequeño transporte.

Simon y Nicholas habían salido mucho antes y además disponían de una partida de cuatro caballos. Ella y Edwina solo contaban con dos, por lo tanto su avance sería más lento. Habría varias horas de distancia entre ellos. Eso satisfacía a Eleanor, que no estaba de humor para reunirse con Simon en una posada en el camino.

—Lamento que usted y Simon se hayan peleado —dijo Edwina—. ¿Es una disputa grave?

—Me temo que sí. —Eleanor se había convencido de que así era. Podría haber pedido disculpas, podría haberle perdonado y pedido perdón. Algo dentro de ella, sin embargo, parecía exigirle que empujara lejos a aquel hombre encantador. No estaba segura de por qué lo había hecho. Suponía que era lo mejor, ya que no tenía intención de que le rompieran el corazón de nuevo. ¿O acaso era posible que uno mismo se rompiera su propio corazón?

—Yo había pensado... esperaba que... Bueno, déjeme decirle que conozco a Simon desde hace años y nunca lo había visto tan atolondrado.

Eleanor levantó la cabeza.

—¿Qué? —Parecía estar loco por usted. Después de que se retirara usted anoche del salón comedor no habló de otra cosa. Tenía la esperanza de que

usted le devolviera ese interés.

—Oh. —¿Y si hubiera cometido un terrible error?—. Su hermano me dijo que Simon se enamoraba muy a menudo. Me atrevería a decir que yo era simplemente otro capricho. Nada serio.

—Malcolm tiene razón —confirmó Edwina—. Simon está siempre enamorado. Siempre va en busca de la mujer adecuada, ya sabe, con la esperanza de que alguna de ellas sea la correcta. Incluso estuvo un poco enamorado de mí un tiempo, hace muchos años.

—¿Ah, sí? —Tal como Eleanor había sospechado.

—Pero yo tampoco era la correcta. Hay una cosa de Simon de la que soy consciente desde hace mucho tiempo y que él acaba de descubrir: se enamora de mujeres que no tienen ni el más remoto interés en él. Esas nunca son las adecuadas, por supuesto. Él se limita a encogerse de hombros y le echa la culpa al ideal inalcanzable.

—Mencionó ese término —dijo Eleanor—, pero no supe qué quería decir.

—Creo que Simon tenía tanto empeño en ser un romántico que creyó que todas esas mujeres correspondían a su ideal y por lo tanto eran inalcanzables. Pero no era cierto. Estaba jugando con el amor y escribía mediocres poesías en el intento.

—Oh, vaya. Sus poemas son malos, ¿verdad? No solo lo pienso yo.

Edwina se echó a reír.

—Su obra es horrible en su mayor parte, sin embargo es lo suficientemente facilona para agradar a mucha gente, así que de vez en cuando publico algo suyo en El Gabinete.

—Alonzo. —Eleanor se estremeció.

—Así es. Simon no se dio cuenta de que era un falso romántico hasta que la conoció a usted.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que usted es su verdadero ideal. Descubrió, o pensó que lo había hecho, que usted era la adecuada. Supongo que ahora es un romántico de verdad, ya que parece obvio que su ideal es inalcanzable. Señor, va usted a inspirar mucha poesía.

Eleanor sintió de repente que las lágrimas asomaban a sus ojos y se tragó un sollozo.

—Pero fue él quien me apartó de su lado. Me dijo que no quería seguir conociéndome.

—Oh, vaya. Es peor de lo que pensaba.

—Traicioné su confianza —dijo Eleanor—. Revelé su secreto.

—Oh, soy muy consciente de eso. También era mi secreto después de todo. Pero sospecho que no ha causado ningún daño. Nadie de la posada nos conoce.

—Hice una cosa detestable.

—Sí, así es. Sin embargo lo hizo impetuosamente, acalorada por la situación y sin malicia. Simon lo sabe. No obstante prefiere castigarse por el hecho de que sigue amándola.

Eleanor no pudo resistirlo más y se echó a llorar.

Edwina la tomó de la mano.

—¡Querida señora Tennant! ¿Qué sucede?

—Me dijo que me amaba y yo no lo creí.

—Ah. ¿Por lo que dijo Malcolm?

—Sí, por eso y... y por otras cosas también. Estaba... asustada.

—Entiendo, señora Tennant. Créame, la entiendo. A menudo encuentro difícil confiar en un hombre. Una vez que a una le han roto el corazón es difícil ponerse de nuevo en una situación que pueda acabar de la misma manera.

—¿Le ocurrió eso a usted?

—Sí, hace muchos años. Y supongo que la misma cosa le ocurrió a usted.

—Sí, no quiero volver a padecer ese dolor.

—Nadie quiere. Si me permite actuar como defensora de Simon, le diré que si existe un hombre en el que se pueda confiar es él. Es bueno, honrado y decente. Sí, es un romántico, en el más amplio de los sentidos, pero su idealismo es verdadero y sincero. Cree en la gente. Tiene esperanzas en el futuro. Si mi corazón no hubiese estado comprometido en aquel momento sin duda me habría enamorado de Simon. Es un hombre adorable.

Eleanor lloraba desconsolada.

—Lo es. Es tan... tan... ado... adorable.

Edwina se echó a reír.

—Ah, sí, y esos hoyuelos.

—Y cuando se ruboriza.

—Señor, él detesta que le ocurra. Señora Tennant, ¿me está diciendo que, de hecho, usted corresponde a su amor?

—Ss... Sí. —Las lágrimas le caían por las mejillas—. Creo que es maravilloso. Pero fui odiosa con él, le dije co... cosas tan horribles. Le dije

que era un tonto y que... y que no quería volver a verlo. Pero era sobre todo porque... porque estaba avergonzada de haber roto mi promesa.

Edwina le dio unas palmaditas en la mano.

—Puede usted hacer lo que quiera, por supuesto, pero sospecho que algunas de esas injustas palabras pueden ser retiradas. Quiero ver a Simon feliz, créame, y de verdad pienso que usted puede conseguirlo.

—¿De... de verdad?

—Ciertamente. Y si está de acuerdo, creo que tengo un plan para recuperarlo.

Simon había vuelto a Londres hacía una semana y no estaba más contento que los días anteriores. Había esperado que esta melancolía comenzara a desaparecer. Después de todo, hacía casi dos semanas que no la veía. Ya debería haberla olvidado. Era curioso, se había separado de otras mujeres antes, pero nunca había estado tan bajo de moral durante tanto tiempo. Ni siquiera podía escribir poesía.

Por supuesto, la razón era que a esta mujer en realidad no la había perdido; la había echado de su vida. Una cosa estaba clara: ninguna de esas otras mujeres había significado nada para él en comparación con Eleanor. Nunca se había sentido así. El dolor en el pecho era a veces tan intenso y le asfixiaba de tal manera que le era imposible respirar.

Tenía problemas para dormir e incluso trató de emborracharse hasta perder el sentido solo para poder conciliar el sueño.

Lo más extraño de todo es que no tenía apetito. No podía tragar más de un bocado de cualquier cosa. La cocinera estaba histérica y su madre había llamado al médico.

Pero en su cuerpo no había ningún mal. Era su alma la que estaba destrozada. Los días y las noches de Simon, sobre todo las noches, estaban llenos de pensamientos acerca de Eleanor. Decidió que la mejor manera de no pensar en ella era dedicando la cabeza a otras cosas. Se puso a trabajar en un relato para *El Gabinete de las Damas de Moda*, pero se dio cuenta de que sonaba igual que las trágicas sagas de *El Museo Mensual de las Damas*. Todas sus heroínas estaban teniendo un trágico final. Su ánimo no le alentaba a escribir una agradable historia romántica con un final feliz.

Se había acumulado una gran cantidad de correspondencia durante su ausencia. Tal vez con eso se quitaría a Eleanor de la cabeza. El editor le

había enviado varios paquetes de cartas dirigidas a la Entrometida. Debería escribir algunas columnas. Las que tenía adelantadas para los próximos números estaban agotándose rápidamente.

La primera carta era de una chica infeliz porque no podía atraer la atención de un hombre que deseaba. Simon le dijo que estaba perdiendo el tiempo y que se centrara en perspectivas más prometedoras. La siguiente carta era de una joven con un exceso de pretendientes. Le describía a cada uno y le pedía consejo sobre a cuál aceptar. Simon le dijo que siguiera buscando. Otra carta era de una mujer que había apartado de ella al hombre que más admiraba:

He cometido un error terrible. Temía que me fuera a romper el corazón y, tontamente, aparté de mí al mejor de los hombres, a uno que mostró un serio y honesto interés en mí. En una ocasión me dijo que me amaba pero me negué a creerlo. Debería haber confiado en él pero no lo hice. En cambio, dije cosas horribles que no sentía y en un momento acalorado rompí una promesa. Le traicioné de una manera bastante vergonzosa. No solo lo he perdido, sino que estoy muy triste. Ahora sé que él es el verdadero deseo de mi corazón y lo quiero mucho. ¿Cree que si se lo digo regresará a mí?

La reina de las lilas.

Simon se quedó mirando la página sin querer dar crédito a sus ojos. ¿Era un truco? ¿Una broma?

¿Provenía aquella carta realmente de Eleanor?

Su corazón empezó a latir como mil tambores cuando la leyó de nuevo. Era suya. No podía ser de otra persona. Ella era su reina de las lilas y además lo amaba. ¡Eleanor lo amaba! Quería subir al tejado y gritar de alegría. Quería reunirse con ella. Quería estrecharla entre sus brazos y besarla hasta quedarse sin aliento. Era lo único que quería, volver a verla, mirarla. Quería hacer todo eso a la vez, sin embargo se quedó paralizado ante la enormidad de la situación. Pensaba que había perdido para siempre a su único y verdadero amor y nunca comprendió por qué. No llegó a entender el cambio de la mujer cálida y apasionada de por la noche a la mujer fría y arisca de la mañana siguiente.

Simplemente le entró miedo. Tenía que habérselo imaginado, incluso haber esperado que ocurriera. Después de por lo que le había pasado era

obvio que tenía miedo de entregar de nuevo su corazón.

No obstante, había superado ese miedo de alguna manera y se lo había hecho saber por escrito.

Una carta a la Entrometida los había vuelto a unir. O eso esperaba.

Es por ello que antes de hacer todas esas cosas que tantas ganas tenía de hacer iba a responder a su carta.

Después de hacerlo llamaría a la cocinera. De repente se moría de hambre.

Eleanor había vuelto a Londres hacía una semana. El retorno a casa fue tranquilo, y ella y Edwina Parrish se habían convertido rápidamente en buenas amigas. Una vez que admitió sus sentimientos por Simon, se pasó la mayor parte del tiempo acribillándola a preguntas. Quiso saberlo todo sobre Francia y la revolución, sobre los diversos movimientos de reforma en los que estaba involucrado... todo lo que se podía saber acerca de él.

Edwina acabó seguramente harta del tema para cuando llegaron a Londres. Eleanor admitió que había pensado que Simon estaba enamorado de Edwina y que sintió celos de ella. Las dos se rieron por eso y muchas otras cosas. Eleanor había ido incluso tan lejos como para confiarle a Edwina lo que había sucedido aquella noche entre ellos. Se había echado a llorar de nuevo al pensar en lo estúpida y cobarde que había sido por haber arremetido contra él en vez de decírselo. Hizo todo lo posible para asegurarse de que él no la amara, lo enfureció tanto que la apartó de su lado. Por Dios, ojalá no fuera demasiado tarde para deshacer todo lo que había hecho. La casa estaba en silencio sin Belinda, que por supuesto se había ido a vivir con su nuevo marido.

El padre de Geoffrey se puso tan contento de que su libertino hijo hubiera sentado la cabeza que les había regalado el arrendamiento de una pequeña casa como regalo de bodas.

Así que Eleanor se quedó sola en la residencia de Charlotte Street, los criados eran su única compañía. La prima Constance la visitaba con frecuencia y se burlaba de ella por el asunto de su adorable Entrometida. Pero Constance se había sentido un poco indispuesta en los últimos días y Eleanor quedó a su suerte. Francamente, estaba empezando a resultarle difícil estar sola. No podía concentrarse en los libros o en los bordados o en cualquier otro de los quehaceres que solían antes ocupar su mente. No

podía lograr centrarse en otra cosa que no fuera darle vueltas al tema de Simon.

Al octavo día de su regreso del norte se sentó en la sala pequeña e intentó coser un poco. Cogió un dobladillo y permitió que su mente divagara alrededor del omnipresente tema de Simon. Había pasado casi una semana desde que le envió la carta a la Entrometida. ¿La habría leído ya? ¿Adivinaría Simon quién la remitía? Seguramente. Lo sabría enseguida, la escribió de tal modo que así fuera. ¿Entonces, por qué no había tenido noticias suyas? Tenía la esperanza de que tratara de ponerse en contacto con ella.

Pero tal vez todavía no había leído la carta. Edwina dijo que a veces estaba abrumado por el número de misivas recibidas y tenía dificultades para seleccionar cuáles publicaba. Sería paciente. Llegaría a la suya a su debido tiempo. Y si no, simplemente enviaría otra. Y otra y otra, hasta que respondiera. Eleanor levantó la vista de la costura cuando el ama de llaves entró con el correo. Lo dejó en la mesa y se marchó sin decir palabra. Qué extraño. Eso no era en absoluto propio de ella. Por lo general se quedaba para ver de quién eran las cartas y las invitaciones que habían llegado. La pobre no debía de encontrarse bien si se había ido con tanta prisa.

Eleanor miró la pequeña pila de tarjetas y cartas. Una de ellas era especialmente voluminosa. Debía de ser de Benjamin. Hacía una eternidad que no tenían noticias suyas y siempre le mandaba todo tipo de cosas interesantes de sus viajes. ¿Qué habría pensado cuando recibió la carta referente al matrimonio de Belinda?

Eleanor cogió el paquete. No había indicios en él de que proviniera de la oficina naval o del extranjero. Solo tenía su propio nombre escrito en el exterior. Debía de haber sido entregado en mano. Su corazón empezó a palparle con fuerza en el pecho.

Al abrir el paquete encontró el nuevo número de El Gabinete de las Damas de Moda envuelto en una brillante cinta roja. Contuvo la respiración. Era la cinta de lazo que compraron a la gitana. La desató y descubrió que marcaba una página concreta. Era la correspondiente a la sección de la Entrometida. Sus ojos se posaron de inmediato en su propia carta, firmada por «La reina de las lilas». Leyó con avidez la respuesta:

El corazón de la Entrometida rebosa de esperanza por la reina de las lilas. ¿Debería informar a su galán de que lo ama? La Entrometida cree que ya ha

logrado transmitirle su dulce mensaje y que, si así lo quiere, no tendrá que ir más allá del umbral de su puerta para encontrar al anhelo de su corazón.

Eleanor profirió un pequeño grito de placer y saltó del asiento. ¡Estaba aquí! ¡Estaba en su puerta! Corrió a la ventana para ver si podía verlo debajo pero no había nadie en los escalones de entrada. Debía de estar en el vestíbulo de entrada. Por eso la señora Davies había actuado de manera tan misteriosa. Eleanor corrió hacia la puerta del salón y al abrirla se topó de golpe contra un conocido y muy querido pecho, cubierto de ramos y ramos de lilas.

—¡Simon!

—Espera, querida, o aplastarás mi ofrenda floral.

Pero a ella no le importaba. Le echó los brazos al cuello y hundió la cabeza en su hombro. Simon la abrazó también y varios pétalos de lila se derramaron a sus pies.

—Simon —fue todo lo que pudo decir antes de que la hiciera callar con un apasionado y hambriento beso.

Algún tiempo después, cuando hubieron recogido las lilas del suelo, las dispusieron en un florero y un pequeño ramito adornaba su corpiño, después de haber derramado lágrimas de pesar y de alegría, después de que se ofrecieran y aceptaran disculpas, después de haberse dado uno y mil besos, después de hacerse promesas y declaraciones de amor, después de haberse hecho preguntas sobre el futuro y habérselas respondido, después de que un retrato en miniatura fuera solicitado y regalado, Eleanor se sentó en el sofá, entre los brazos de Simon.

—¿Todavía piensas que soy un ingenuo romántico? —le preguntó.

—¿Quién más habría ido tan lejos para encontrar varios ramos de lilas a final de temporada?

—¿Un tonto?

—Un romántico.

—¿Crees que es posible que una realista aprenda a vivir con un romántico?

—Es posible. Si le escribiera un soneto a sus ojos color esmeralda.

Simon agachó la cabeza y ella se preguntó si habría dicho algo malo para provocar esa reacción.

—¿Qué pasa, Simon?

—Me temo que no he compuesto un soneto para tus ojos.

—Oh, mi amor, no importa.

—Pero tengo una oda para tu labio superior.

Ella gorgoteó graciosamente a causa de la risa.

—¿A mi labio superior?

—¿Te la leo? —Se metió la mano en el bolsillo y sacó varias hojas de papel.

Eleanor ojeó la decena de estrofas, escéptica, y sintió una punzada de terror.

—Más tarde, si no te importa. En este momento prefiero explorar tus labios. —Se acercó y lo besó. Simon tomó su rostro entre las manos.

—Te amo, mi reina de las lilas.

—Y yo te amo a ti, mi caballero de brillante armadura.

Se echó a reír y la atrajo hacia sí para darle otro beso, suave y succulento, lleno de promesas para el futuro.

¹ N. del t.: John Gentleman Jackson, campeón de boxeo de la época. Henry Angelo, famoso espadachín.

El truhán y las damas

Candice Hern

Traducción de Silvia Melón Carraro



Libros publicados de Candice Hern

LAS VIUDAS ALEGRES

1. En la pasión de la noche
2. Tan solo una aventura
3. Déjate llevar

EL GABINETE DE LAS DAMAS

1. El soñador y las damas
2. El truhán y las damas

Próximamente:

3. Once a Gentleman

Título original: Once a Scoundrel

Primera edición

© Candice Hern, 2003

Ilustración de portada: © Judy York, via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2012, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-882-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedico este libro y le doy las gracias a Louisa Pineault, una compañera en esto de coleccionar publicaciones de moda, cuyo conocimiento sobre las publicaciones y las revistas de la época de la Regencia es impresionante, tanto por la profundidad del mismo como por todos los campos que abarca. Aprecio profundamente su generosidad sin límites por compartir todo ese conocimiento.

Y a Elisabeth Boyle, por compartir amablemente conmigo su número del año 1801 de la revista *The Lady's Magazine*.



Julio, 1801

Si no hubiera estado tan borracho, probablemente no se hubiera metido en semejante lío.

Anthony Morehouse barrió hacia él la pequeña montaña de billetes que se acumulaba en el centro del tapete y pensó que era una gran noche. Al principio de la tarde había vencido a lord Reginald D'Aubney en una carrera de coches de caballos y le había ganado su par de corceles grises favoritos, por lo que lo estuvo celebrando con sus amigos toda la tarde. Perdió la cuenta de todas las veces que habían brindado en su honor. Era evidente que estaba demasiado ebrio como para pensar con claridad, ya que de ningún otro modo hubiera aceptado aquella maldita apuesta.

Comenzó a sentirse incómodo cuando un caballero empezó a dejar bienes personales como garantía en lugar de dinero o letras de cambio. Tony nunca había considerado a Victor Croyden un jugador desesperado, y menos cuando lo que le acababa de ganar era un mueble. Pero ahora, ¿qué diablos iba a hacer con ese maldito armario o cómoda o lo que fuera que hubiera ganado?

—Bueno, me voy a casa —dijo Tony, y se metió los billetes en el bolsillo. Era mejor que se marchara antes de que ganara un par de sillas a juego. Se levantó y se agarró al borde de la mesa para mantener el equilibrio. Maldita sea, sí que estaba borracho—. Croyden, ¿le importa si compartimos coche? Así podemos discutir lo de su gabinete y ver cómo hacemos la entrega.

Una carcajada de Croyden y gritos similares de los otros hombres que estaban en la mesa provocaron que Tony bajara la mirada para ver si tenía algo. ¿Pasaba algo? ¿Quizá tenía los pantalones mojados? ¿Una mancha de vino en la corbata? ¿Se le habían caído los calcetines hasta los tobillos?

—¿Qué?

—Tiene que prestar más atención, Morehouse —dijo sir Crispin Hollis. Era el único que no se estaba riendo a carcajadas para poder hablar—. No es un mueble.

—Claro que sí —respondió Tony—. Croyden lo ha dicho. Lo he escuchado perfectamente. Un mueble de gabinete o algo parecido. Ha dicho que era

moderno. Está todo escrito en su nota.

Estallaron más risas en toda la sala de juegos y Tony empezó a enfadarse. Era algo estúpido lo que había ganado, estaba seguro de ello, pero apuestas más raras había visto. Además, no había querido ser grosero y pedirle a Croyden que se retirara, pese a sus dudas sobre si el horrible mueble tendría el valor de lo que estaban apostando. Solo intentaba ser cortés y ver adónde le llevaba todo eso. Todos los presentes en White's se estaban concentrando alrededor de la mesa para ver por qué se había montado tanto alboroto.

—Mejor que mire de nuevo la nota —dijo sir Crispin.

Tony buscó la nota dentro del bolsillo de la chaqueta, pero sus dedos se enredaron con los hilos del bolsillo y la situación empezaba a marearle. La sacó.

—Solo dígame. —Ante el temor de darse un cabezazo, lo que no estaba bien visto porque no era lo que se solía hacer en White's, se inclinó sobre la mesa para apoyarse—. ¿Me ha engañado, Croyden?

—En absoluto —respondió, aunque su sonrisa mostraba lo contrario—. Fui muy claro. Pensaba que lo había entendido.

—¿Entender qué? —El estado de celebración de Tony había desaparecido. Deseó no haber bebido tanto vino. Parecía que no podía pensar con claridad. Estaba confundido, aunque creía que lo tomaban por tonto.

—Entender mi apuesta —dijo Croyden—. La revista.

—¿Qué revista? Mire aquí, Croyden, puede que esté borracho, pero no tanto. Apostó una especie de armario y eso es lo que nos hemos jugado. Es lo que he ganado. Acepté su palabra como caballero que es. Si me ha tomado el pelo...

—Nada de eso —dijo Croyden. Levantó la mano para evitar cualquier tipo de acusación, aunque no tenía el aspecto de ser un hombre al que pudiera desprestigiarle una apuesta. Es más, se mostraba lleno de júbilo—. Yo aposté El gabinete de las damas de moda y usted lo ganó. Es suyo, Morehouse, con todas las de la ley.

—De acuerdo, así que he ganado un mueble femenino. —Los jugadores se echaron a reír a carcajada limpia una vez más. Tony se estaba enfadando de verdad—. Vale, ¿qué? No es tan gracioso.

La presencia de los espectadores alrededor de la mesa estaba empezando a resultar opresiva y el ruido de las risas le estaba provocando dolor de cabeza. Levantó las manos con las palmas hacia arriba y miró a sus amigos

y a los allí presentes.

—¿Qué? Si el maldito gabinete es valioso, como dice que es, ¿dónde está la gracia?

A su amigo Ian Fordyce le dio pena. Se acercó hasta Tony y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Creo que deberías volver a sentarte —le dijo—. E intenta prestar atención esta vez.

—No quiero sentarme. Quiero irme a casa y tumbarme en la cama. Aquí ya he terminado.

—No tengo la menor duda —le contestó Ian—, pero primero necesitas saber qué es lo que has ganado, muchacho. No es un mueble.

—Por el amor de Dios, sí que lo es. Si hubiera escuchado la palabra «gabinete» una sola vez, pero la he escuchado ya una docena.

—Sí, pero no es un mueble —le dijo Ian mientras intentaba reprimir la risa—. El gabinete de las damas de moda es una revista. ¿Me entiendes, Morehouse? Es una revista.

Tony tardó un momento en asimilar en su confuso cerebro la información. ¿Acababa de ganar una revista? ¿Unas pocas hojas impresas eran suficientes para cubrir su apuesta? ¿Podía estar tan borracho?

No había ninguna duda de por qué era el hazmerreír de todos.

—Déjenme asegurarme de que lo he entendido. —Pronunció cada palabra de la manera más precisa posible e intentó que su cerebro escuchara con la misma claridad. Fijó la mirada en Victor Croyden—. ¿Su apuesta ha sido un ejemplar desechable de una revista femenina de tres peniques?

—No solo un ejemplar —dijo Croyden—. La revista entera. Soy el dueño de la revista y ahora lo es usted.

—¿Cómo? ¿Qué es esto?

—Es el nuevo propietario de la empresa editorial que fundó mi madre —explicó Croyden—: El gabinete de las damas de moda. Le doy la bienvenida.

Las rodillas de Tony se doblaron y cayó a plomo sobre una silla que, de alguna manera, había aparecido tras él.

—Maldita sea, ¿he estado jugando para ganar una miserable revista femenina?

—Sí. —Croyden se mostraba demasiado contento ante su pérdida.

—No puedo creerlo. —Lord Jasper Skiffington habló lo más alto posible para que toda la sala pudiera oírlo—. El viejo Morehouse informando desde

París de las últimas tendencias.

—O sobre la encerada rapsodia de la última novela de la señora Radcliffe.

—O dando consejos sobre los mejores métodos para eliminar el tan indeseado vello facial.

—O cómo quitar las manchas de las muselinas.

—O cómo tratar la clorosis.

—O cómo dar forma a un tocado largo como la estopilla.

Cada vez que se mencionaba una sugerencia, las risas se hacían más fuertes. A Tony le sacudía un mareo tras otro y pensó que quizá estuviera enfermo.

—Será mejor que te bebas esto. —Fordyce se las había apañado para hacerse con una taza de café y se la dio a Tony.

Este le dio un sorbo e hizo una mueca. ¿Cómo diablos había llegado a esta situación?

Comenzó a sentir un dolor punzante en la cabeza.

—Le propongo una cosa, Croyden —dijo Tony—. Juguemos otra mano. Podría recuperarla.

—No, no, Morehouse. La ha ganado legítimamente. Ahora es toda suya.

Se trataba de un maldito juego sucio; eso es lo que era. Debería avergonzarse de cómo se había aprovechado de un tipo borracho como él. Tony continuaba teniendo problemas para hacerse a la idea de que era el nuevo propietario de una revista femenina, pero tenía clara una cosa: no pintaba nada bien.

—¿Por qué tiene tantas ganas y está tan ansioso por deshacerse de ella? —preguntó Tony—. ¿Cuál es el problema, además de que se trate de una revista femenina?

—Ninguno en absoluto —respondió Croyden—. De hecho, es una pequeña empresa decente. Genera una pequeña ganancia. Es solo una de las varias publicaciones que heredé de mi padre.

Tony le dio un trago largo al amargo café e intentó aclarar su aturdido cerebro. Recordó, hasta el punto de acordarse del olor de la tienda donde lo vendían, que todos los negocios de Croyden estaban involucrados en el sector editorial.

—Tengo muchas otras empresas editoriales que me importan más —dijo Croyden—. Periódicos, revistas políticas y literarias (de corte misceláneo), así como editoriales de libros. Además, ahora mismo estoy más comprometido con una nueva historia sobre Grecia. Me temo que la revista

El gabinete nunca me interesó lo suficiente. No tengo tiempo para ella.

Tony se sorprendió a sí mismo buscando en los dedos de aquel hombre alguna mancha de tinta. No tenía ni idea de hasta qué punto estaba Croyden comprometido con el sector editorial, aunque, ciertamente, tampoco conocía bien a ese hombre. Croyden era un hombre unos veinticinco o treinta años mayor que él y solo se veían de vez en cuando en el club.

—¿Ha dicho que fue su madre quien fundó la revista?

—Sí, fue su proyecto favorito en los últimos años de su vida. De alguna manera, consiguió coaccionar a mi padre para que lo financiase. Logró que fuera un éxito. Desde su muerte, la sobrina de mi difunta esposa es quien la dirige. Además, de forma muy eficiente. Hace que las cosas funcionen sin problemas, por lo que nunca me molesta.

—¿La sobrina viene incluida en el lote?

—Déjesela a Morehouse —dijo sir Crispin en otro ataque de risa—, para que pueda llegar hasta el fondo de la cuestión: la mujer.

—¿Una mujer que dirige una revista? —preguntó Fordyce—. Parece ser una clase de persona diferente a la que estás acostumbrado, muchacho. Pero no susceptible a tus habituales, eh... encantos.

—Pero piense en el desafío —dijo sir Crispin.

Tony intentó, de la mejor manera posible, concentrarse en el asunto en cuestión y no prestar atención a los comentarios subidos de tono, aunque acertados, que hacían los allí presentes sobre sus proezas con las mujeres. Lo importante en ese momento era la maldita revista. No tenía la intención de ensuciarse las manos si podía evitarlo. El único negocio que le interesaba era el que pudiera funcionar solo y que revirtiera beneficios en su cuenta bancaria. Si la sobrina de Croyden podía conseguirlo, entonces querría que se quedara.

—Entonces, ¿Croyden?

—Me atrevería a decir que depende de usted —dijo—. Parece que ella disfruta trabajando en la revista y probablemente le gustaría quedarse si usted no hace ningún cambio. Me gustaría avisarle, no obstante, de que puede llegar a ser muy terca, como lo son las damas cultas, si sabe a lo que me refiero. Cree que tiene una buena cabeza para los negocios. —Se rió y negó con la cabeza—. Tonta. Es una de esas solteronas frustradas que piensa que puede hacer el trabajo de un hombre. Detestaba que me

entrometiera, y desde luego yo no quería interferir. Un grupo de ancianas y mujeres de mediana edad solteras y chifladas que escriben sobre moda, poesía e historias románticas. —Se estremeció visiblemente—. Déjela hacer, Morehouse, y no tendrá ningún problema.

Aunque aún se hallaba bajo los efectos del alcohol, Tony encontró que la repentina adquisición de una revista femenina había tenido un considerable efecto aleccionador. No estaba seguro de todo lo que significaba dirigir una revista, pero una idea horrible le vino a la mente.

—Usted nunca tuvo que escribir nada para este... este gabinete, ¿verdad?

—¿Escribir para la revista? —dijo Croyden—. Por Dios, si ni siquiera he leído ese folletín en años. Pero es muy famoso entre las mujeres. Lo único que tiene que hacer, Morehouse, es sentarse y recoger los beneficios.

Tony deseó que realmente fuera tan sencillo.

—¿Dónde puedo encontrar su revista?

—La suya, querrá decir. —Croyden se rió de nuevo y a Tony no le gustó cómo sonó aquello—. Si se refiere a ejemplares de la revista, puede encontrarlos en la mayoría de las librerías. Quizá sea buena idea que hojee una. Si, por el contrario, se refiere a dónde está el negocio, le escribiré la dirección de mi sobrina en la nota. Excepto las impresiones, dirige todo lo demás desde la casa que comparte con su hermano en Golden Square. Probablemente quiera ir a visitarla mañana y echar un vistazo a lo que hacen ella y su pandilla de viejas solteras tontas. Después, venga de nuevo y tendré a mi hombre de negocios con todos los documentos listos.

La mente de Tony estaba muy aturdida como para llevar a cabo una negociación seria, por lo que cortó con la conversación y acordó con Croyden que se reunirían al día siguiente. Cuando acabó su café, Fordyce lo ayudó a incorporarse y lo arrastró hasta la salida.

—Despacio, Ian, te lo suplico. Las piernas siguen sin responderme y la cabeza me da vueltas como una noria.

—Sí, lo sé. Por eso te estoy sacando de este sitio. No quiero ver cómo te metes en más problemas.

—Solo era una estúpida apuesta, amigo mío. Mejor ganar una revista que perder mi camisa, ¿no?

Fordyce paró un coche, que se detuvo delante del bar. Metió a Tony dentro, le indicó la dirección al chófer, luego subió él y cerró la puerta. El ambiente estaba impregnado de un olor desagradable procedente de la paja de sus zapatos y Tony, que volvió a sentirse mareado, bajó la

ventanilla para permitir que entrara un poco de aire fresco.

—¿Crees que esta revista será un problema? —preguntó.

—Parece que está destinada a serlo —contestó Fordyce.

—Pues bien, te equivocas. No tengo la menor intención de hacerme cargo de esa maldita cosa. ¿Qué demonios voy a hacer yo con una revista de moda para mujeres?

—Entonces, ¿vas a venderla?

—En el preciso instante en el que Croyden me entregue los documentos.

—¿Quién crees que va a querer ser el dueño una revista para mujeres? ¿Tu madre?

—Ag, no. —La idea de su madre, sentada en su silla lánguidamente y envuelta en un caro encaje, moviéndose para hacer algo productivo le arrancó una sonrisa—. No, no, mi madre no. Aunque tengo algunas ideas. —Solo tenía una idea, pero pensó que podría funcionar. Se lo cedería a la sobrina soltera. Si ella era la que dirigía todo el negocio, también podría ser la propietaria. Sospechaba que el que una mujer estuviera al cargo irritaría a Croyden, pero ya no era asunto suyo.

—Me apuesto lo que quieras —dijo Fordyce— a que dentro de dos semanas te arrepentirás de haber oído hablar de El gabinete de las damas de moda.

—Acepto el reto. —Tony dijo estas palabras por la fuerza de la costumbre. Casi nunca rechazaba un desafío. Algunos, en especial su padre, habían sugerido que era su gran debilidad. Pero cuando iban de camino a su casa de la ciudad, Tony empezó a preguntarse si no acababa de hacer otra idiota apuesta que lamentaría de por vida.

Edwina Parrish anudó el cordel alrededor del paquete que formaban las pruebas de imprenta del próximo número de El gabinete de las damas de moda y se lo pasó a través del escritorio al aprendiz de impresor.

—Espero que esto se imprima mañana, ¿vale, Robbie?

—Haré todo lo posible, señora, si no hay muchos cambios.

—Esta vez no hay demasiados —dijo ella—. Pero tenemos un grabado extra y necesitamos más tiempo para pintarlo a mano. Cuanto antes tengamos los ejemplares, mejor. Ah, dígame a Imber que tendremos para finales de semana otro panfleto para él.

—Sí, señora.

Nada más abandonar Robbie la sala, el hermano de Edwina, Nicholas, entró. Se acomodó en una silla frente al escritorio de ella y cruzó las piernas lánguidamente. Era la casa de su padre, pero nunca venía a la ciudad y no puso ninguna objeción a que su hija utilizara la biblioteca para editar y dirigir la revista. Nicholas nunca se había quejado, a pesar de que le hubiera gustado disponer de esa estancia para él mismo. Hojeó las páginas escritas a mano, bien organizadas en montones delante de ella.

—Otro número recién horneado, ¿verdad?

—Falta la impresión final. —Edwina juntó todos los montones dejando uno solo y le puso encima una hoja en blanco. Mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir la fecha en la portada—. Por cierto, tu artículo sobre Matilde de Toscana es brillante.

Nicholas sonrió, inclinó la cabeza y gesticuló con la mano haciendo una reverencia.

—Augusta Histórica, para servirle. ¿Has conseguido meter en la revisión la nueva edición de Ensayos sobre la educación práctica?

—Sí. —Edwina anudó las páginas manuscritas con una cinta y se giró para colocar el paquete en la parte superior de un estante con paquetes parecidos, uno por cada mes que había editado la revista. Se echó hacia atrás en la silla y se concedió un breve momento para sentirse orgullosa de sí misma porque había conseguido finalizar otro número más. Una vez hecha la impresión, aún quedaban varios pasos pendientes, como colorear, encuadernar y distribuir, pero delegaba estas tareas en otras personas. La mayor preocupación de Edwina era el contenido, y se esforzaba considerablemente para incluir ensayos, poesías, críticas e historias cortas de ficción de buena calidad. La mayoría de las críticas de los libros las escribía ella misma, bajo el seudónimo de Arbiter Literaria.

—Los Edgeworth deberían estar satisfechos con tu crítica —dijo Nicholas—. Sobre todo después del veneno lanzado por el Espejo mensual.

Edwina estiró las piernas por debajo del escritorio.

—Pido que, por una vez en su vida, el tío Victor no lea El gabinete. Aunque, por supuesto, no haya ninguna referencia al artículo del Espejo, cualquiera que lo lea se dará cuenta de que el mío es un ataque a su crítica.

—El tío Victor está demasiado ocupado con el Espejo y sus otras publicaciones como para detenerse a leer El gabinete. —Nicholas se rió con un poco de malicia—. El pobre hombre no tiene ni idea de lo que has hecho

con la pequeña revista de su madre.

Y así debía continuar.

—Mientras siga viendo que la revista genera un beneficio decente, se mantendrá al margen de todo.

—Ya que hablamos de ganancias, ¿podemos echarle un vistazo a los libros contables esta noche? Me gustaría saber si podemos hacer otro panfleto para Thurgood. Tiene las elecciones en menos de dos meses.

—Creo que podemos. Pru encontró dos nuevos anunciantes esta semana. Levantó las cejas, interesado.

—¿De verdad? Pru es una buena chica. ¿Ya están registrados en los libros contables?

—No.

—Bien. Primero veamos si hay alguna manera de retirar algo del ingreso para el nuevo panfleto.

Siempre existían algunas causas que necesitaban donaciones, pero ellos no disponían del dinero suficiente para ello. Su padre era un tanto despistado cuando se trataba de asuntos económicos y solo podían contar con que les diera únicamente la casa de la ciudad. Era una vergüenza que no tuvieran nada más, porque Nicholas tenía planes (espléndidos e idealistas), pero necesitaba dinero para llevarlos a cabo. Conseguía algo escribiendo artículos para varios periódicos, pero no demasiado. Había destinado casi todo lo que tenía a un par de inversiones especulativas que esperaba que le revirtieran una ganancia inesperada más que bienvenida. Sin embargo, nunca hablaba del tema y Edwina sospechaba que había perdido mucho dinero. Sabía que sus circunstancias le hacían mucho más daño a él que a ella.

La revista era rentable, pero los beneficios que generaba se iban directamente al tío Victor. Edwina recibía un pequeño sueldo como editora y también se hacía cargo de la contabilidad y podía efectuar gastos menores que considerara necesarios. Sin embargo, los gastos mayores, como la contratación de artistas o grabadores, tenían que contar con la aprobación del tío Victor.

No obstante, desde que se hizo cargo de los libros contables, normalmente se aseguraba de que el tío Victor estuviera al corriente de aquellos beneficios que estaban registrados (hasta que echara un vistazo a un ejemplar de El gabinete, lo que no solía ocurrir, y se diera cuenta de que

había uno o dos anunciantes que no aparecían reflejados en la contabilidad). Aún no había cuestionado nada relacionado con su gestión del negocio, pero Edwina no había bajado la guardia.

—¿El panfleto ya está hecho? —preguntó.

—Todavía no. Estoy trabajando en ello. Hay que bajar un poco el tono. — Nicholas le dedicó una sonrisa tímida—. Ya sabes cómo soy. Suelo ser demasiado pasional en estas cosas y a menudo eso ahuyenta a las personas.

—Quizá deberías dejar que Simon le eche un vistazo. Sabe cómo emplear las palabras.

—Sí, y se lo leería a Eleanor a continuación. Está tan locamente enamorado que no es capaz de pensar con claridad. Además, todavía está en Tandy Hill disfrutando de su felicidad de recién casado. Tardaríamos mucho en mandarle cualquier cosa hasta allí y que luego nos la devolviera.

—Vale, pues entonces yo misma le echaré un vistazo. Podría enfocarlo desde una perspectiva femenina. Sería positivo si lo dirigimos hacia un público femenino. Si educamos a las mujeres en estos temas, ellas influirán en sus maridos.

Nicholas se inclinó sobre la mesa y le tocó la mano.

—Sé que El gabinete no es el magnánimo foro público que una vez deseaste.

—Es suficiente, Nickie. Estoy satisfecha. —Era cierto que una vez aspiró a grandes cosas. Habría querido escribir grandes trabajos filosóficos llenos de ideas nuevas y radicales, pero el tiempo, y las pérdidas, había hecho que se moderase tanto en su actitud como en sus objetivos. Ya no soñaba con grandes trabajos, se conformaba con marcar una pequeña diferencia.

—Después de todo —dijo—, es un reto mantener El gabinete con un aspecto inocente. Mientras siga pareciendo que es la misma publicación femenina trivial con apartados de moda y la poesía sentimental de siempre, nadie va a esperar otra cosa. Me apostaría lo que fuera a que la mayoría de los lectores no sospecha la verdadera intención subyacente en algunos de los mensajes. Incluso el tío Victor no sospecha nada, y así seguirá dejándonos en paz. No queremos que examine con demasiado detenimiento los libros contables, ¿verdad?

Un leve chirrido de la puerta anunció la entrada a la estancia de Prudence Armitage, una vieja amiga de los Parrish y la indispensable ayudante de dirección de Edwina. Su cabello rubio rojizo, como de costumbre, se

escapaba de las garras de las horquillas, y llevaba las gafas de diadema.

—Acaba de llegar una carta por mensajería especial —dijo. Una mirada de preocupación ensombreció sus ojos según se acercaba al escritorio—. Es de Victor Croyden.

Edwina lanzó una mirada rápida a su hermano, luego cogió el pergamino doblado que le acercó Prudence. Era un tanto desconcertante recibir noticias del tío Victor justo cuando habían estado hablando de él. Debido a la conversación que habían mantenido, una sensación extraña enturbió el ambiente.

—¿Qué puede querer? —No se le ocurría nada que hubiera provocado esa comunicación inesperada.

Edwina tuvo un mal presentimiento. ¿Habría descubierto lo que había estado haciendo?

Rompió el sello y leyó la carta. La caligrafía de su tío era exageradamente cursiva, lo que dificultaba y entorpecía la lectura. Pero había una cosa clarísima.

—Dios mío. —Se apoyó en el respaldo de la silla, sintiéndose como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago—. ¡No me lo puedo creer!

Nicholas se incorporó de un salto y se acercó a Edwina.

—¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

Ignorando a su hermano, Edwina comenzó a analizar lo que había leído. Sintió una punzada de rabia, aguda y profunda, en la tripa.

—¿Cómo ha podido? Y sin ni siquiera decirme nada. —Moviéndose nerviosamente los pies y empezó a caminar de un lado a otro de la pequeña y despejada zona de detrás de su escritorio—. No me importa si es mi tío político, ha hecho algo terrible.

—¿El qué? —preguntó Nicholas—. ¿Qué ha hecho?

—Todos estos años, todo el trabajo duro... no significan nada para él. Había pensado que al menos me consultaría, como editora. O, Dios no lo quiera, habérmelo ofrecido primero a mí. Pero no. Oh, esto es horrible. ¡Horrible!

—Ed, ¿de qué estás hablando?

—¿Y qué se supone que voy a hacer ahora? —dijo Edwina. Siguió caminando de un lado a otro, agitada y furiosa. Tres pasos, vuelta, tres pasos, vuelta—. ¿Me mantengo de manera cortés a un lado? ¿Como si no me importara? ¿Me quedo callada como una buena sobrina y obedezco? ¿Y

todo porque soy una simple mujer que no puede tener cabeza para los negocios? ¡Buah!

—Edwina —dijo Prudence—, por favor, dinos qué ha pasado.

Edwina arrugó el pergamino en una bola pequeña y lo lanzó.

—Se ha arruinado todo. Eso es lo que pasa. Todo por lo que hemos trabajado peligra. ¡Maldición!

Nicholas se inclinó sobre la mesa.

—Por el amor de Dios, Ed, si no nos cuentas qué demonios ha pasado, me veré obligado a ir hasta ahí y sacártelo.

Dejó de caminar de un lado al otro, levantó la mirada y vio las caras preocupadas de Prudence y Nicholas.

—Ha vendido El gabinete. Tenemos un nuevo propietario.



Tony volvió a mirar la nota que sostenía en las manos. Menos mal que al menos los números eran claros. Si no hubiera recordado vagamente que Croyden mencionó que su sobrina vivía en Golden Square, nunca hubiera sido capaz de descifrar aquello que consideraban caligrafía.

Se apeó y le pasó las riendas a su cochero, quien podría así mantener contenta a la yunta dejándola trotar por la plaza mientras él solucionaba este asunto de negocios. Era una modesta casa de ciudad en una plaza modesta, en la periferia de los barrios más de moda. Parecía un lugar apropiado para una soltera que se dedicaba a una actividad en el límite de la respetabilidad.

Comprobó una vez más la nota de Croyden. Maldita fuera la letra de ese señor; no podía estar completamente seguro del nombre de la sobrina. Si se lo había dicho la noche anterior, no era capaz de recordarlo. Pero entonces estaba tan borracho que probablemente hubiera muchas más cosas que no recordaba. Se parecía a «Paris» o quizá a «Partrige». Tony sacó un ejemplar de la revista, que había comprado por la mañana: «El gabinete de las damas de moda, donde se presenta un respetuoso compendio de inteligencia y diversión con el objetivo de edificar el espíritu y entretener al bello sexo». En la parte inferior de la portada azul aparecía escrito: «Impreso por V. Croyden, Paternoster Row». No se mencionaba en ningún momento al director, por lo que había podido ver. Obviamente, la mayoría de los autores de los artículos firmaban con seudónimos.

No era lo más ideal ir a visitar a una mujer cuyo nombre no se sabía con certeza, pero había estado en situaciones más extrañas que esa y había conseguido salir del paso. Agarró la aldaba.

Unos pocos minutos después, una mujer joven con el cabello rubio rojizo suelto, con gafas y una mirada desconfiada abrió la puerta. No era una criada típica.

—Soy Morehouse. Me gustaría ver a la señora Paris.

Sus ojos casi se le salen de sus órbitas y su boca formó una «o» perfecta. Lo miró por un momento antes de pronunciar alguna palabra.

—Debe de ser el nuevo propietario de El gabinete.

Así que en la casa ya sabían lo que había ocurrido. Croyden no había

perdido el tiempo en pregonar a los cuatro vientos las nuevas noticias.

—Sí, soy yo.

—Entonces, será mejor que pase. Lo estábamos esperando. —La mujer joven se dio la vuelta y gesticuló para que la siguiera hasta el vestíbulo—. Y, por cierto, su nombre es Parrish y no Paris —le dijo, mirándolo por encima del hombro.

Tony empezó a pensar que no era una criada, sino una de las solteras de la revista. Una soltera que lo escoltaba hasta las dependencias de la reina de las solteras. Señor, ya no podía esperar más para poner punto final a todo esto.

El angosto pasillo dejaba a la izquierda un comedor y a la derecha unas escaleras. La mujer entró por una puerta abierta al final del recibidor. Tony la siguió y llegó hasta una biblioteca o estudio repleto de escritorios con papeles y libros esparcidos por encima, aunque no era cualquier tipo de desorden; era una habitación desordenada donde, obviamente, se había estado trabajando, pero existía un cierto orden dentro del desorden.

Detrás de un gran escritorio a la derecha de la puerta estaba sentada una mujer inclinada sobre una hoja que resultaba complicada de leer. Levantó la cabeza cuando entró y Tony respiró profundamente cuando se dio cuenta de que estaba contemplando a una de las mujeres más hermosas que había visto nunca.

Tenía el pelo negro, una piel muy pálida y blanquecina y unas cejas negras, casi como el color de su cabello, perfectamente arqueadas sobre los ojos. Sus labios eran carnosos y de un color burdeos oscuro que contrastaba con el tono de su tez. Sus colores eran tan espectaculares que parecía que estuviera pintada, como una actriz después de haber pasado por la silla de maquillaje. Pero según se acercaba a ella, pudo comprobar que los colores eran completamente naturales. Y sencillamente impresionantes.

¿Era esta la reina de las solteras?

—Edwina, este es el señor Morehouse, el nuevo propietario de El gabinete. La reina se levantó y le alargó la mano.

—Soy la señorita Parrish, la editora. —Lo miró con curiosidad y todo lo que él pudo hacer era dar un paso hacia ella y apretarle la mano. Estaba perdido en aquellos ojos negros—. Y ya ha conocido a la ayudante de dirección, la señorita Armitage.

—Es un placer conocerlas, señorita Parrish y señorita Armitage. —Por lo menos había logrado articular algo, y fue entonces cuando se dio cuenta de

lo que acaba de decir y se deshizo del embrujo de sus ojos—. ¿Parrish? ¿Su nombre es Parrish?

—Sí.

Dejó caer su mano como si quemase.

—¿Edwina Parrish?

—Sí.

Se echó para atrás y la escudriñó. Ahora sí que podía verlo. ¿Cómo había podido pasar por alto esa inclinación obstinada de la barbilla, esa determinación al erguirse?

—Bueno, que me aspen si no se trata de mi enemiga de la infancia, ya crecida, que vuelve a mí como la peste.

Ella enarcó sorprendida sus elegantes cejas, y después sonrió. La sonrisa encantadora que apareció lentamente iluminaba su rostro. Casi se le paraliza el corazón al ver esa sonrisa. Señor, era maravillosa. ¿Cómo podía haber mantenido una «señorita» esa belleza durante tantos años? Sabía que ella rondaba los treinta.

—Ya decía yo que me resultaba familiar —dijo ella—. ¿Anthony Morehouse? Santo cielo, ¿es usted? —Mostró una sonrisa tenue y gesticuló ofreciéndole que se sentara—. Morehouse y no Morehead. Nunca he entendido la letra del tío Victor. Por Dios, ha pasado mucho tiempo. Me sorprende que me recuerde. Han pasado casi veinte años.

De repente, a Tony le pareció volver al pasado. Durante muchos veranos de su juventud, a un vecino de la finca de su padre en Suffolk le mantenían entretenido las visitas de su nieta. Tony había pasado muchas tardes corriendo y jugando alegremente por el campo con esa niña testaruda. No la había vuelto a ver desde la última vez que se encontraron, cuando él tenía trece años, justo antes de que el abuelo de ella muriera y la finca se vendiera.

Ella era dos años menor que él, pero era la niña más franca, poco convencional e irritantemente inteligente que jamás había conocido. No era como las otras chicas jóvenes, repipi, remilgada y dócil, sino que parecía no tener sentido alguno del decoro. Decía lo que pensaba y hacía lo que quería. Su padre solía decir que se debía a que su madre era una artista. Una mujer que mostraba públicamente sus cuadros de figuras clásicas semidesnudas no podía tener muchas nociones de cómo se comportaban las mujeres en realidad. La joven Edwina (él la llamaba Eddie) ignoraba que se

suponía que las chicas no podían hacer determinadas cosas, como destacar en actividades masculinas o no mostrar la educación esperada. Se enorgullecía mucho demostrando su superioridad en cada ocasión posible y él la había odiado por ello. Más concretamente, se había odiado a sí mismo por no mostrarse perfecto ante ella. Era un chico que quería mostrarse superior delante de cualquier chica, incluso cuando esa chica era una tan molesta como Eddie Parrish.

—¿Cómo podría olvidar a la chica que me hizo sentir como el tonto del pueblo?

—No hice tal cosa. —El brillo de sus ojos decía lo contrario.

—Permítame que le lleve la contraria. Me retó a cada paso que daba. Siempre se apostaba algo.

—Y ganaba, creo recordar. —Se giró hacia su ayudante, quien permanecía en la puerta con el ceño fruncido—. Nos conocemos desde que éramos pequeños, Pru. Solíamos echar carreras y hacer cosas por el estilo, y parece que el señor Morehouse, después de tanto tiempo, sigue quejándose por haber perdido algunas de ellas.

—¿Aún conserva la Minerva? —No quería preguntarle aquello, pero después de casi veinte años le seguía irritando. El último verano que ella estuvo en Suffolk, de forma estúpida la retó a una inesperada carrera de obstáculos, que había diseñado él y había practicado el número de veces necesario para asegurarse la victoria. Cuando ella pidió que lo que se apostaran fuera la pequeña cabeza romana de Minerva, hecha de bronce dorado, que habían descubierto en la finca de su padre, aceptó sin ninguna contemplación. Estaba segurísimo de que ganaría.

—¡Cielos santo! —dijo ella—. ¿Se acuerda de eso?

—¿Cómo podría olvidarme? Mi trasero estuvo dolorido durante semanas cuando mi padre descubrió que había perdido su más preciado bien. Nunca me perdonó. —Había sido el primero de una serie de actos que lo mantendrían en la lista negra de su padre.

—¡Dios mío! —Intentó mostrar un rostro compungido, pero sus ojos delataban que le divertía haber sido la causante de tales problemas—. Nunca me lo dijo. Pensaba que era suya, que usted la había encontrado.

—Bueno, ni era mía ni la encontré yo. —Pero ella estaba en lo cierto. Él se había regocijado diciendo que había sido él quien la había encontrado. Estaba harto de que ella siempre lo derrotara y aprovechaba cualquier ocasión para parecer superior a ella. Ella le recordaba aquella locura—.

¿Todavía la tiene?

—Sí. Me he encariñado. —Se volvió hacia la señorita Armitage—. ¿Te acuerdas de la pequeña cabeza romana, Pru?

Las cejas de la señorita Armitage se juntaron hasta que el ceño quedó fruncido.

—¿La que tienes en el escritorio junto a tu cama? —Respiró profundamente y se ruborizó, un rubor de soltera por haber mencionado indiscretamente algo tan íntimo como la cama. Sus ojos discurrían por toda la habitación de manera nerviosa—. Es poco probable que pueda olvidarla, ¿verdad?

Tony arqueó interesado las cejas.

—En efecto, es poco probable —dijo Edwina. Se giró hacia él y sonrió—. Es la mejor cosa que le he ganado.

—Hum. Usted tenía las piernas largas mientras yo aún no me había desarrollado del todo. —Y parecía que ella tampoco. ¿Cómo podía haberse convertido esa niña pequeña pesada y problemática en toda una belleza?—. Era algo estúpido por mi parte aceptar todos sus desafíos sabiendo que usted ganaría. Aunque ahora la vencería. —Señor, qué chiquillada acababa de decir. ¿Qué le pasaba?

—No tengo la menor duda. De hecho, acaba de hacerlo. —La diversión desapareció de sus ojos—. Es el propietario de El gabinete, que por derecho debería ser mío. He hecho todo el trabajo. Soy la única que lo ha llevado a buen puerto. No puedo ni imaginar por qué el tío Victor se lo ha vendido sin ni siquiera tomarse la molestia de preguntarme si estaba interesada o no.

—Él no me la vendió.

Se le abrieron más los ojos.

—Le ruego que me disculpe. Pensé que era el propietario.

—Lo soy. Pero no lo compré, sino que lo gané.

—Usted ¿qué?

—Lo gané en un juego de cartas. Pensé que era un mueble, pero lo gané con todas las de la ley. Ahora soy el dueño.

—¡Maldición! —Dio un golpe fuerte contra el escritorio propiciando que los utensilios de escritura se balancearan y se acercaran peligrosamente hacia el borde—. ¿Lo perdió en un juego de cartas? Qué estúpido. Entonces, ¿ahora debo trabajar para usted debido a que tuvo una buena mano? Oh, es horrible.

Seguía siendo la misma testaruda de siempre. Y franca. Una explosión de júbilo impió le subió por el pecho, con lo que su plan original quedaba descartado. Tenía un nuevo plan. Uno que le haría devolver todo lo que había apostado desesperadamente y que le brindaría la gran oportunidad de seguir contemplando por un tiempo su belleza. Era descabellado. Era perfecto. Y apenas podía esperar para ponerlo en marcha.

—Bueno, bueno, bueno. He tardado casi veinte años, pero no puedo creer que al final la haya vencido. De alguna manera me siento compensado, por fin, por lo de Minerva.

Edwina hubiera querido salir volando por encima del escritorio y abofetearlo. Cómo se atrevía a estar tan contento. Ya no era en absoluto el chico que conoció, un chico lleno de orgullo y determinación, al que tanto intentaba impresionar. Probablemente, un hombre como el que él era ahora sería por defecto arrogante. Ya no era un chico flaco y pecoso, Anthony Morehouse había crecido y era más alto y ancho, y estaba allí sentado con su perfecta vestimenta hecha a medida y pícara, con un aspecto físico como el de un dios de oro, como un Marte, para encajar con Minerva.

—No es lo mismo —dijo ella—, ni igual de justo. Usted no quiere El gabinete. Probablemente no sepa nada sobre el sector editorial. Simplemente quiere las ganancias.

—Es un negocio rentable, según me han dicho. Por supuesto que quiero los beneficios.

—Pero no es justo. —Hizo una pausa y trató de calmarse para dejar el tono irascible que estaba empleando—. Yo debería ser la propietaria, pero el tío Victor nunca me lo ha ofrecido porque soy una mujer. No cree en que una mujer pueda ser la dueña de un negocio, aunque parece que no tiene ninguna objeción a que una mujer lo dirija con éxito, generando más dinero para su bolsillo. Y ahora tendré que generarlo para el bolsillo de otro hombre. ¡Malditos sean todos ustedes!

—No me maldiga antes de que le diga lo que le tengo que decir. Quizá tenga una proposición para usted.

Edwina no confiaba en lo que veía en aquellos ojos grises plateados.

—¿Me va a vender El gabinete?

—Oh, eso sería demasiado sencillo. Teniendo en cuenta nuestra historia, se me antoja que es necesario algún tipo de reto.

—¿Qué tipo de reto? Dios mío, voy a arriesgar la revista en una apuesta.
—Ella debería haber adivinado lo que iba a ocurrir.

—Así es. Pero necesito saber un poco más sobre esta operación antes de establecer un desafío. ¿Podría permitirme ojear los libros contables?

Una pequeña chispa de aprensión destelló en su pecho.

—¿Por qué?

—Es posible que quiera aumentar el porcentaje de ganancias como objetivo de la apuesta.

—No. Eso no es un objetivo justo. —Esperaba que con su rápida respuesta no hubiera picado su curiosidad. Debía mantenerle alejado de los libros contables por el momento, hasta que ella, Nicholas y Prudence tuvieran tiempo de hacer los ajustes pertinentes—. Los beneficios dependen de las suscripciones —continuó—. Se deben hacer gastos para atraer suscripciones y los beneficios se establecen desde el principio. No puede esperar que crezcan a corto plazo. Nunca aceptaría una apuesta basada en los beneficios.

—Entonces, ¿qué le parece que nos basemos en las suscripciones? ¿Cuántas suscripciones tienen ahora mismo?

—Casi doscientas mil. —Estaba orgullosa de esa cifra. Era el doble de las que tenía la revista antes de que ella tomara las riendas de la dirección hace casi cinco años.

—Supongo que podría retarla a incrementar considerablemente la suscripciones —dijo Tony—. ¿Eso lo considera justo?

Edwina reflexionó la idea por un momento. Sabía de algunas cosas que podría hacer para incrementar las suscripciones. Últimamente, Prudence y ella habían discutido con frecuencia las distintas posibilidades y los nuevos anunciantes eran el primer paso en esta dirección. Dirigió la mirada hasta donde estaba Prudence, apoyada en el marco de la puerta. Edwina levantó las cejas como preguntando y Prudence asintió con la cabeza. Volvió a posar la mirada en Tony.

—Sí, creo que eso sería justo.

—Bien. Entonces, me apuesto la propiedad de la revista a que usted no puede triplicar el número de suscripciones en tres meses.

—¿Qué? —Este hombre está loco. Edwina apoyó los dos antebrazos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante—. ¿El triple? ¿Está usted loco? Es imposible.

Se le dibujó una sonrisa tenue y perezosa.

—¿Está renunciando antes de empezar? Qué actitud más antideportiva por su parte. Supongo que he ganado.

—Es un truhán. Qué odioso es, y todo porque de pequeños le gané alguna carrera.

Él enarcó una ceja.

—Señorita Parrish, ya no es la chica intrépida que fue una vez. La Eddie que yo conocía nunca hubiera renunciado ante tal reto. Me defrauda.

Edwina palideció al oír su apodo de infancia. Tony estaba utilizando todos los métodos posibles para incomodarla y, maldita sea, estaba funcionando.

—Propóngame un desafío razonable —dijo ella— y aceptaré su estúpida apuesta. Triplicar las suscripciones en tres meses es imposible. Nadie podría lograrlo. —Y para asegurarse de que él no creyera que se infravaloraba a sí misma, añadió—: Ni siquiera yo.

Él sonrió y asintió reconociendo que ella había ganado la primera ronda.

—De acuerdo. Entonces, el doble. Doscientas mil suscripciones más en cuatro meses. Si lo consigue, la revista es suya. Si no, me la quedo y usted continuará trabajando para mí, o no, como decida.

Seguía siendo un reto formidable; uno en el que Edwina no sabía a ciencia cierta si iba a ganar. Había trabajado durante muchos años para duplicar el número de suscripciones del principio, y ahora ¿tendría que duplicarlas de nuevo en cuatro meses? Debía de estar loca al aceptar tales condiciones. Después de todo, era verano y muchos de los suscriptores potenciales habían abandonado la ciudad para ir al campo. Pero sabía que en esa ocasión no era posible dar marcha atrás. O eso, o nada.

Edwina pensó que quizá podría rechazar la oferta, irse y olvidarse del sueño de ser la propietaria. Podría seguir dirigiendo la revista, al menos hasta que descubriera lo complicado que era trabajar para Anthony Morehouse. Tendría que reducir otras actividades mientras estuviera bajo su atenta mirada, aunque ya estaba preparada para ello desde que recibió la nota de su tío. Con cualquier nuevo propietario se necesitaba la misma precaución.

¿Pero qué pasaba si ella ganaba? Nunca había esperado ser la propietaria absoluta de la revista; en cualquier caso, nunca hubiera sido capaz de reunir el dinero suficiente como para hacer una oferta. No, lo mejor que hubiera esperado que pasara era que el tío Victor se la hubiera dejado como herencia tras su muerte. Aunque, conociendo la opinión que tenía sobre que

una mujer fuera la propietaria de un negocio, probablemente eso nunca hubiera ocurrido.

Sin embargo, si ganaba la apuesta, El gabinete sería suyo sin gastar ni dos peniques. Todos los beneficios serían para ella, sin tener que rendir cuentas a nadie. No escondería más los libros contables. Ninguna preocupación más por ser despedida si se imprimían artículos de índole republicana.

Era una oportunidad muy buena como para dejarla escapar. Además, creía firmemente que no podría continuar trabajando en la revista si Anthony Morehouse era su superior. Su presencia era demasiado perturbadora.

Miró de pasada a Prudence, que se encogió de hombros, y luego volvió a mirar a Anthony.

—Acepto.

—¡Estupendo!

Él sonrió y a ella le empezó a recorrer un picor alarmante por la piel. Por el amor de Dios, ya no tenía diez años. Debía controlarse.

—Ah, y una cosa más —dijo él—. Si gano, me devolverá la Minerva.

Edwina levantó la mirada hacia el techo. ¿Todo eso tenía que ver con la maldita cabeza romana? ¿Tanto le importaba? La cuestión era que se había convertido en algo importante también para ella. Pero no la perdería, ya que no tenía la más mínima intención de perder El gabinete.

—De acuerdo —dijo. Luego se levantó, caminó hasta colocarse delante del escritorio y le tendió la mano a Anthony.

Él se levantó y la apretó, pero no como un apretón de negocios. En lugar de eso, acercó la mano hasta sus labios provocándole un hormigueo que le recorrió todo el brazo. La mirada en esos inquietantes ojos grises plateados le desveló que él sabía lo que había provocado y eso le divertía.

—Perfecto —dijo él—. Hagamos formal nuestra apuesta. —Buscó dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña libreta encuadernada en cuero rojo—. Mi libro de apuestas. —Pasó algunas hojas hasta que encontró una que estuviera más de la mitad en blanco y, luego, se la pasó a Edwina—. ¿Quiere hacer los honores, si me hace el favor?

Ella pasó las páginas completas y sintió una punzada de decepción. Era obvio que este hombre era un jugador. Sabía que era el hijo menor. ¿Así es como se había hecho su camino en el mundo? ¿Con el juego? Esa libreta, ese libro de apuestas, parecía que se había empezado a utilizar a principios de año. Páginas y páginas con apuestas de solo seis meses.

—Fíjese si es un hombre ocupado, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Estoy notando un tono de desaprobación? ¿De la persona que me introdujo en este mundo, que me enseñó la sensación de una buena apuesta hace todos estos años? No, no, Eddie. Nunca hubiera esperado que esa niña tan descarada hubiera salido tan aburridamente convencional.

—Hombre horrible.

Edwina introdujo la pluma en el tintero de su escritorio y escribió los datos del desafío, después de anotar «1 de noviembre» como fecha final de la apuesta. Firmó y le ofreció la pluma a Anthony. Se inclinó tan cerca al firmar que ella inhaló el olor del almidón y de la pimienta racemosa y distinguió un leve aroma a caballo. Era una combinación masculina embriagadora.

Él se enderezó, seguro de que ese roce con su brazo había sido deliberado.

—Mientras tanto, es mi negocio; así que creo que puedo echar un vistazo a los libros contables.

El corazón de Edwina se paralizó. Pensaba que había conseguido evitar el peligro. Había presentado una alternativa razonable, una que podría mantener alejado a Tony de los libros, pero sin que le hiciera sospechar.

—En lugar de eso, me gustaría incluir una condición más.

—¿Oh?

—Sí. Durante los cuatro meses de la apuesta, usted no alterará de ningún modo mi gestión.

—Hum. —Frunció el ceño y la observó pensativo.

—Ninguna interferencia —dijo ella—. Nada de examinar las cuentas. Ninguna intromisión en la gestión diaria del negocio. Si no consigo ganar la apuesta, debería permitírseme seguir con la dirección del negocio, con cada uno de sus aspectos, por mi cuenta. ¿De acuerdo?

Él la miró con cautela.

—Siempre y cuando tenga acceso al número de suscripciones, acepto su condición.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Edwina añadió esta condición a la apuesta reflejada en la libreta. Los dos la rubricaron.

Se puso de pie delante de ella, muy cerca.

—Parece que estamos destinados a ser rivales en alguna apuesta estúpida. Pero ya no somos unos niños. Sellemos este pergamino correctamente.

La tomó entre sus brazos y la besó.



Tony paró la yunta delante del modesto pórtico de White's y le pasó las riendas al cochero.

—Jamie, llévela a casa —dijo, y saltó del carruaje—. Luego cogeré un coche.

—Sí, señor.

Tony volvió a admirar su nueva yunta, cortesía de lord D'Aubney, acarició el lomo del animal gris que tenía más próximo y, luego, se dirigió hacia los escalones del bar. Sintió la necesidad de un fuerte reconstituyente después de un día como aquel. Acababa de dejar a Victor Croyden y ahora llevaba en su bolsillo los documentos que le convertían en el único propietario de El gabinete de las damas de moda.

Su plan de quedarse con la propiedad en lugar de venderla se podía convertir en una de las decisiones más estúpidas que había tomado nunca, pero después de haber visto a Edwina Parrish hasta la última duda se había disipado. Se quedaría con la revista por ella, porque le había atormentado la infancia y ahora quería que, de alguna manera, se lo pagara. Además, como se había convertido en toda una belleza, sabía que no sería capaz de estar lejos de ella. Sobre todo después de ese beso.

No le habría sorprendido si Edwina se hubiera armado de valor y le hubiera dado una bofetada. La mirada de la señorita Armitage observando la acción parecía invitarle a ello, pero Edwina solo lo miró alegre. Nada podría haberle intrigado más que el brillo sarcástico de aquellos ojos negros burlándose de él. Bueno, ella pronto aprendería que la mejor burla residía en uno de sus verdaderos talentos: la seducción. Iba a dejar que se concentrara en la apuesta. Él tenía otro reto personal en mente. Para ello, necesitaba saber más de ella y El gabinete era la excusa perfecta para confundirla y lograrlo.

Se encontró con Ian Fordyce hundido en un gran sillón orejero, atrapado en la lectura de El mensajero semanal. Cuando alzó la mirada, Ian sonrió y dobló el periódico.

—Debo decir, amigo, que tienes mejor aspecto esta tarde. Debes de haber solucionado el estúpido asuntillo de ayer por la noche. —Le señaló con el periódico el sillón que estaba al lado—. Siéntate y cuéntame cómo te ha ido

con la editora literata. ¿Se emocionó cuando le ofreciste venderle la revista?
Antes de que Tony tomara asiento, un camarero estaba a su lado para anotar su consumición. Pidió un jerez y, luego, se acomodó en el sillón y cruzó las piernas.

—No la he vendido —respondió.

—¿Qué quieres decir? Pensé que querías...

—He cambiado de opinión.

Ian enarcó una ceja.

—Pensé que lo que querías era deshacerte de la revista; querías que la vieja y pobre soltera la tuviera.

—Todavía puede. He hecho una apuesta con ella sobre eso.

La otra ceja también se levantó hasta juntarse con la primera, desapareciendo casi por completo tras los mechones marrones peinados según el último estilo Brutus.

—¡Lo hizo el demonio que llevas dentro!

Tony sonrió a su amigo, que estaba asombrado y tenía los ojos abiertos como platos.

—Puede que así sea, pero sí, me he apostado con ella la revista. Hemos establecido un desafío, para ser más precisos. Tiene tres meses... no, espera un momento. —Sacó el pequeño libro de apuestas de su bolsillo y pasó las hojas hasta llegar a la última que estaba escrita—. Cuatro meses. Tiene cuatro meses para doblar el número de suscriptores. Si lo logra, la revista es suya.

Ian lo miró con los ojos entreabiertos.

—Hay algo que huele mal en todo esto, Morehouse. Sé que no puedes dejar pasar ninguna buena apuesta, pero ¿con una soltera editora de revista? ¿Qué es lo que pretendes? Y si ganas, ¿te condenarás a quedarte con esa maldita revista?

—Oh, pretendo ganar.

—Pero ¿por qué?

—Déjame decir solo que tengo una cuenta pendiente con la señorita Edwina Parrish.

Ian suspiró muy profundamente.

—Creo que será mejor que me cuentes toda la historia.

Y así lo hizo. Ian se reía a carcajada limpia mientras su amigo le contaba todas las competiciones, una detrás de otra, que le había ganado la joven Eddie.

—Supongo que nunca hubieras deseado volver a encontrarte con esa insoportable niña —dijo Ian con una voz temblorosa que reprimía la diversión que le causaba toda la historia—. Menudo impacto ha debido ser encontrarte con ella ahora como tu empleada.

—Así es.

A pesar del rencor que le guardaba por sus triunfos de la infancia, Tony deseaba poder demostrar que era mejor jefe que su tío. De la reunión que mantuvo con Victor Croyden pudo deducir que este se aprovechaba de Edwina. Croyden no tenía ningún interés personal en El gabinete y, por ello, estaba dispuesto a que Edwina la dirigiera por él. Incluso había reconocido que le revertía una pequeña ganancia. Sin embargo, apenas confiaba en su habilidad para la gestión y solo le proporcionaba un mínimo salario. Estaba convencido de que una mujer no se merecía el mismo sueldo que un hombre y simplemente le daba a Edwina lo necesario para apaciguar su conciencia por ser familia. Es más, ni siquiera pensaba que se mereciera un sueldo, y menos cuando su madre no recibía ninguno cuando era ella la editora de El gabinete.

No obstante, Tony sospechaba que para Edwina la revista no era un simple pasatiempo, como sí que parecía serlo para su tía abuela. Era su trabajo, y estaba orgullosa de ello. También sospechaba que necesitaba el dinero. La casa que compartía con su hermano no estaba en ruinas, pero estaba muy lejos de la elegancia de Mayfair a la que él estaba acostumbrado. Por lo poco que pudo observar, parecía que estaba decorada solo con muebles de buena calidad, pero también se dio cuenta de que las tapicerías estaban deshilachadas, las alfombras raídas por aquí y por allá y las cortinas de seda descosidas. Y no había ningún criado que abriera la puerta. Los Parrish cabalgaban en los límites de la elegancia raída.

Aun habiendo aceptado mantenerse alejado del negocio durante el tiempo que durara la apuesta, Tony estaba, sin embargo, decidido a aumentarle el sueldo de editora a Edwina; aunque solo fuera para apartar de la revista la actitud condescendiente de Croyden.

—Así que, por todas esas derrotas públicas de tu infancia —reflexionó Ian—, de nuevo la has retado, ¿pero esta vez con la propiedad de la revista?

—Sí. Y pretendo ganar.

—Siempre lo haces. Aunque no soy capaz, por mi vida, de entender por qué esta vez es tan importante que ganes.

Tony no estaba del todo seguro. Quizá fuera por la gran paliza que le propinó su padre cuando perdió la Minerva. O, quizá, porque todas esas apuestas infantiles habían despertado en él un cierto gusto por el juego y lo metió en un río de corrientes imprudentes del que no había salido en casi veinte años.

—No puedo explicarlo —dijo—. Solo sé que voy a ganar.

El camarero volvió con dos copas de jerez y una bandejita con galletas. Ian cogió su copa y la levantó delante de Tony.

—Por tu victoria. Espero.

Tony también levantó su copa.

—Por mi victoria.

Ian se bebió de un solo trago el jerez, eructó y se echó hacia atrás en su sillón, con las manos posadas sobre su barriga y una sonrisa de satisfacción en los labios. Solía pasar casi todo el tiempo en un bar o en otro y así podía eructar, escupir y dar rienda suelta a lo que le dictara el corazón sin preocuparse por ofender a las señoritas. A Tony le divertía pensar en la máscara tan completamente distinta que usaba cuando estaba en presencia del sexo opuesto: todo un galán, sofisticado y encantador. Creía que un día Ian se enamoraría perdidamente de una dama, la cortejaría con sus mejores modales de caballero y se casaría con ella para luego, una vez pasada la novedad del matrimonio, sorprenderla de lleno eructando en la mesa y limpiándose la boca con el mantel.

Ian metió la mano por debajo de su chaleco y se rascó la barriga.

—Si era una compañera de juegos de la infancia —dijo— y está viva, debe de tener treinta años. ¿Por qué no dejas a la pobre mujer sola? Pensaba que, antes de pasar más tiempo del absolutamente necesario con una soltera bizca, saldrías corriendo y gritando.

—No es exactamente una soltera bizca, Ian.

—Bueno, entonces debe de ser gorda. O una delgaducha. O una jorobada. O una cara difícil de mirar.

—No, querido amigo. No es ninguna de esas cosas. —Tony recordó la imagen de su cabello casi negro y sus ojos; su palidez, su piel blanquecina tersa, con la calidad translúcida del alabastro; de sus gruesos labios pintados de forma natural por un rojo oscuro. Incluso su voz parecía coincidir con su espectacular color, una muesca por debajo que la mayoría de las mujeres. La voz un tanto áspera que recordaba de cuando era niño se había transformado en una voz cálida y atractiva. No, nada en ella era

corriente o sencillo. Nada parecido ni remotamente a una mujer con una cara difícil de mirar.

—De hecho —dijo—, es sorprendentemente bella.

Ian resopló.

—No puede ser. Las palabras «soltera» y «bella» no pueden ir juntas. Es, ¿cómo se llama? Un oxímoron.

—Bueno, en su caso es cierto. Te lo digo, Ian, es de esas que te hacen enloquecer, que te paralizan el corazón. Esa niña pequeña y delgada de ojos negros se ha convertido en una belleza increíble.

Ian silbó levemente. Sabía que Tony no era propenso a exagerar en estos temas.

—Entonces, ¿por qué nunca se ha casado? Un trofeo como ese no se queda sin reclamar.

—Una buena pregunta. No tengo ni idea.

—Solo se me ocurren dos cosas, ya sabes. —Ian se inclinó sobre uno de los brazos del sillón y bajó la voz—. O es una de esas mujeres que son inaccesibles para los hombres y prefieren la compañía de otra mujer, si entiendes lo que quiero decir. O es una de esas mujeres modernas y no convencionales que desdeña el matrimonio, prefiere a los amantes y no soporta la propiedad. —Le dedicó una sonrisa maliciosa—. ¿Dónde crees que encaja?

Tony estaba desconcertado. Ni siquiera había considerado esas posibilidades. Deseaba con todas sus fuerzas que la primera de las posibilidades no fuera cierta. Qué gran pérdida sería. Aunque estaba la siempre presente señorita Armitage y su torpe mención a la habitación de Edwina. ¿Quizá eran...?

No. Rechazó la idea. La segunda posibilidad, en cambio, era infinitamente más interesante. Edwina había mostrado durante la infancia que no le interesaban las propiedades. Y era demasiado hermosa como para que hubiera pasado desapercibida para los hombres esos años. Debido a su pasado común, o quizá por él, había surgido casi al instante una química volátil entre ellos. Los dos eran conscientes de ello, aunque ella se hubiera mostrado más reticente que él. Es lo que le había llevado a besarla. Y ella no lo rechazó.

¿Era una mujer moderna descarada que actuaba a su antojo?

Vio a Ian riéndose en voz baja. Tony sonrió.

—Lo averiguaré, amigo mío.

Edwina escudriñaba la hoja, tachaba lo que había escrito y volvía a empezar. Después de un momento, soltó un gruñido de frustración, arrugó la hoja en una bola y la tiró a la papelería que estaba junto a sus pies, donde se juntó con otra docena de intentos fallidos de expresar claramente sus pensamientos en un papel. No era bueno. Simplemente no podía concentrarse en la crítica de Memorias de Egipto que se suponía que tenía que escribir para el siguiente número de El gabinete. Tenía la mente en otra cosa.

Con veintinueve años, era demasiado mayor como para que le afectara un simple beso. No era una ingenua, por el amor de Dios. Y estaba acostumbrada a que los hombres la admiraran. Sabía que solían encontrarla atractiva, pero eso no le causaba ningún efecto. Normalmente, desestimaba tales atenciones sin pensárselo.

Entonces, ¿por qué este hombre, de entre todos los hombres, finalmente había llamado su atención? ¿Qué es lo que hacía diferente a Anthony Morehouse? Sí, era apuesto y encantador y le rodeaba un halo de seducción. Pero también era el nuevo dueño de El gabinete y apuntaba a que iba a ser el responsable de hacer que su vida fuera miserable. Debería ser el último hombre, el último, en llamar su atención.

Quizá se tratara sencillamente de quién fue una vez: un chico rubio y apuesto con una sonrisa capaz de robar el corazón de una chica. De hecho, el suyo se lo robó. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, cuando su cabeza estaba llena del romanticismo inculcado por su madre. Edwina había perseguido ese romanticismo durante años, dejando por el camino pedacitos de su corazón. Hasta hace ocho años, cuando todo eso se desvaneció y su corazón se marchitó y murió.

¿Era, entonces, un sentimiento puro lo que le hacía susceptible a Anthony Morehouse? ¿Su primer amor?

Qué estupidez. Gracias a Dios, él había prometido mantenerse alejado del negocio durante los próximos cuatro meses. No se vería obligada a encontrarse con él para recordar aquellos inocentes días de entusiasmo y sueños románticos de juventud.

Cargó la pluma en el tintero e intentó de nuevo escribir la crítica de Memorias de Egipto.

El chirrido de la puerta anunció la entrada de Lucy, la soltera que trabajaba a tiempo parcial tres mañanas y dos tardes a la semana.

—Señorita, el señor Morehouse.

Oh, no.

Lucy se balanceó de forma cortés y se apartó para que Anthony Morehouse pudiera entrar. Por un momento, lo miró por detrás como si se tratara de un sueño, luego dejó escapar un leve suspiro, antes de darse la vuelta para irse. Edwina no era, por tanto, la única mujer que había caído en las garras de aquellos ojos grises plateados. Él no dudó en coquetear con la pobre Lucy.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella.

—Buenos días a usted también. —Le sonrió—. ¿Le importa si me siento?

—De hecho, sí que me importa. Prometió mantenerse al margen.

—No prometí tal cosa. —Sin esperar a que lo invitaran a tomar asiento, se adelantó y se sentó en la silla frente al escritorio—. Si quiere, puedo consultar el libro de apuestas, pero le puedo asegurar que dice que no interferiré en el día a día de la revista durante los cuatro próximos meses. No dice nada de que me tenga que mantener al margen.

—Estaba implícito.

—No, lo habrá inferido usted, no yo.

—Detalles. ¿Qué está haciendo aquí?

—He pensado que podría aprender un poquito más sobre la revista desde una perspectiva general. No desde la empresarial, por supuesto, ya que eso significaría ver los libros contables.

Sus ojos brillaron. A Edwina le recorrió un cosquilleo de temor por la espalda. ¿Sospechaba algo?

—Desde la perspectiva editorial —continuó él—. Me gustaría entender cómo decide qué imprimir, quién escribe los artículos, quién escoge los grabados, ese tipo de cosas.

Edwina lo miró.

—No entiendo por qué ese tipo de cosas le pueden interesar, ya que durante los próximos cuatro meses ha prometido no involucrarse. Y después de todo, la revista no será suya y no tendrá de qué preocuparse.

Él sonrió, de lado, con una sonrisa peculiar que hizo recordar a Edwina al chico pecoso que una vez conoció.

—Ah, ahora eres la Eddie que recuerdo. Segura de que va a ganar. Eso

hace que el desafío sea aún más maravilloso.

—Usted, señor, es un truhán.

—Eso me dicen. Ahora, cuénteme cosas sobre El gabinete de las damas de moda. He leído el último número, y sé que no puedo ayudar, pero me preguntaba si alguno de los ensayos no son demasiado serios para la lectora media.

—¿Qué?

—Algunas de las historias de ficción son buenas, y las biografías, interesantes, pero la poesía es irregular en el mejor de los casos y la columna de la Entrometida es demasiado sentimental, aunque supongo que refleja lo que las lectoras quieren. En cambio, las críticas literarias y teatrales no parece que respondan a la mentalidad femenina. Historias, cartas y filosofía. Material opaco que garantiza que las lectoras se duerman.

—¿Me está provocando, señor?

Sus ojos se abrieron fingiendo asombro.

—¿Cómo podría?

—Si usted va a infravalorar a las lectoras de El gabinete y a las mujeres en general, debería marcharse. No tengo nada más que decirle.

—Vaya, parece que alguien está de mal humor esta mañana.

—Yo me encargo del contenido editorial. No es de su incumbencia.

—Se le sigue olvidando, Edwina, que es mi negocio. Literalmente.

Dio un pequeño resoplido malhumorado.

—Es improbable que me olvide de tal cosa. No necesito que venga para recordármelo.

—Bien. Entonces deme el gusto y explíqueme un poco el contenido. He estado leyendo detenidamente el último número de La revista de las damas, que entiendo que es responsabilidad de su superior.

—Una de ellas. ¿Qué le pasa?

—Debe, por supuesto, perdonar mi ignorancia en la materia, pero como observador objetivo me parece que La revista de las damas conoce bien a sus lectoras y todo su contenido está enfocado a complacerlas. Como las últimas tendencias en moda.

Edwina miró hacia el techo.

—Nosotros incluimos en todos los números una sección de moda.

—Sí, pero solo una o dos líneas describiendo las tendencias. ¿Por cierto, quién se encarga de esa sección?

—La señorita Armitage.

—Ah. Debí imaginarlo. Alguien que está terriblemente a la moda. Mire lo que está haciendo la competencia.

Sacó un ejemplar de La revista de las damas, lo puso encima del escritorio y pasó las páginas. Cuando encontró lo que estaba buscando, lo giró hacia Edwina para que pudiera verlo y, golpeando con el dedo la página, se lo señaló.

—Aquí hay cuatro, casi cinco páginas que muestran qué llevaban puesto algunas de las invitadas al cumpleaños del rey. Y otra página más con las últimas tendencias de moda en París. Esto es lo que yo considero un llamamiento a la sensibilidad femenina. Sé de buena tinta que a las mujeres les encanta leer sobre las últimas tendencias y sobre quién las lleva.

Edwina retiró la revista.

—No es más que cotilleo, y me niego a rebajar El gabinete al nivel de otras revistas cargadas de escándalos e insinuaciones.

—Sin duda, un objetivo digno de admiración —dijo Anthony con una voz teñida con indicios de sarcasmo que provocó que Edwina sacara los dientes—. Pero cuando se habla de moda, el chismorreó solo aparece en el más amplio de los sentidos. ¿No cree que la mujer media disfrutaría leyendo qué llevan puesto las mujeres de buena familia que acuden al cumpleaños del rey? Saber qué lleva la duquesa de Devonshire... déjeme ver... una falda morada de crepé... ¿para así salir de casa y tener algo del mismo color y sentirse tan a la moda como la duquesa?

Edwina examinó al hombre que tenía sentado enfrente. Definitivamente, se trataba de un caballero a la moda. Un hombre que era capaz de distinguir sin dudar el morado del marrón, el crepé del satén. Su vestimenta era cara, bien cortada y poco llamativa. Típico de un jugador, pensó. Su chaqueta cruzada azul oscuro con grandes botones de latón y de corte moderno dejaba ver parte del chaleco a rayas que llevaba debajo. Del chaleco le colgaban no uno, sino tres relojes de bolsillo.

Se dio cuenta de que le debía de parecer una mujer sin ninguna clase de estilo, vestida con su sencillo vestido de muselina.

—Prefiero —dijo ella— dejar esa clase de reportajes a La revista de las damas, o a La galería de la moda. Claro que sé que la moda y las ilustraciones sobre moda atraen a lectoras. Es la razón por la que sigo incluyéndolas. Pero dedicar más espacio a esos temas tan frívolos significa

dedicar menos a otros contenidos más serios.

—¿Se refiere a las críticas literarias y a los ensayos tremendamente soporíferos? —Hizo una mueca—. Querida, debería echar un vistazo a la competencia. No hay críticas de libros en La revista de las damas. Ni ensayos tediosos sobre acontecimientos actuales de Francia, solo breves reportajes de las noticias. Señor, es un milagro si alguna mujer lee El gabinete. Si quitase el párrafo sobre moda y, quizá, la sección de la Entrometida, tendría, prácticamente, una revista para caballeros.

Esta vez se había pasado. Ahora sí que Edwina estaba furiosa.

—¿Está sugiriendo que las mujeres no pueden experimentar la misma estimulación intelectual que los hombres?

Levantó las dos manos en un gesto de defensa.

—Con esa mirada en sus ojos, yo nunca hubiera sugerido tal cosa. Solo me preguntaba cómo espera ganar nuestra pequeña apuesta si lo que escribe no lo dirige hacia el público que puede captar.

Si lo que había pretendido era exasperarla, había hecho un buen trabajo. Controló su temperamento con dificultad.

—Ganaré esta apuesta —dijo ella— sin bajar el nivel. Junto con una pizca de entretenimiento, nuestro objetivo siempre ha sido el de atraer las mentes de las lectoras. Estimularlas a que lean obras literarias relevantes y no que salgan corriendo a la mercería más cercana para hacerse con un trozo de tela crepé morada. Me gusta creer que existe un gran número de mujeres a las que les gusta leer prosa racional.

—Me apuesto lo que sea a que la mayoría de ellas no sería capaz de reconocer la prosa racional si la tuviera delante.

—¿Oh? ¿Y qué se quiere apostar esta vez? Ya ha comprometido bastante mi futuro.

Hizo un chasquido con la lengua, pero sus ojos brillaban de alegría.

—¿Está enfadada? Si quiere que hagamos otra pequeña apuesta, tengo mi libreta justo aquí. —Se tocó el pecho.

—¿Para usted todo tiene que ser un juego? Qué decepción descubrir que el niño que conocí y admiraba no se ha convertido en nada mejor que en un jugador corriente.

—Es todo por su culpa, Eddie.

—Mi nombre es Edwina. Pero usted puede llamarme señorita Parrish.

Bajó el tono de su voz con un trasfondo de sensualidad.

—Ah, pero me temo que usted para mí siempre será Eddie.

Edwina clavó la mirada en esos bonitos ojos grises plateados con el contorno azul oscuro y, por un momento, se perdió en los recuerdos de su juventud y de otras épocas, recuerdos de otros cautivadores ojos azules, llenos de promesas, llenos de amor.

Se dio cuenta de que lo estaba mirando cuando irrumpió en su cara una sonrisa leve y tenue. Maldición. La había hecho vibrar de nuevo.

¿Cuál era su problema? Sacudió la cabeza mentalmente y evocó la ira y la frustración que acababa de sentir.

—Y —dijo ella— ¿cómo es que es culpa mía que sea un jugador? Me gustaría saberlo.

—¿No es más que obvio? Mi afición por las buenas apuestas y por los retos de cualquier tipo comenzó cuando éramos pequeños. Cuando usted, continuamente, reivindicaba que podía vencerme a cualquier cosa. —Se rió, aunque no tuviera ni pizca de gracia todo aquello—. ¿Cómo podía resistirme?

—No era la emoción del juego. Simplemente, no podía soportar que le ganara una chica. Se trataba todo de competitividad y el persistente orgullo masculino.

Su expresión se relajó.

—No, era solo un chico que quería impresionar a una chica guapa. Y fallaba de manera lamentable.

Oh, Dios mío, ¿tenía que ser tan encantador?

—Aun así —dijo ella—, sigo pensando que no soy la culpable de su afición al juego. He visto su libro de apuestas. No es algo que haga de manera ocasional, ¿verdad? Es su vida entera.

—Debo confesar que no puedo resistirme a la emoción del riesgo, al peligro de perder. Me encantan los apuros, el latido retumbante, el hormigueo que provocan las expectativas. He hecho una vida de ello. Una vida llena de éxitos, debo añadir, por lo que no debe lamentarse por haberme empujado a esta vida.

—¿Pero no le importa perder? ¿Arruinarse?

Negó con las manos.

—En primer lugar, nunca me apuesto todo. Aún no me he topado con una apuesta que lo merezca. Y en segundo lugar, nunca pierdo.

—¿Nunca?

Se encorvó.

—Casi nunca.

—Entonces, ¿es un buen jugador?

—No, solo tengo una suerte increíble.

Edwina apoyó los antebrazos en el escritorio y se echó hacia delante.

—No esta vez. No vencerá en nuestra apuesta.

—Ganaré si continúa malgastando las páginas con disertaciones tediosas en vez de con entretenimiento despreocupado. No puede esperar duplicar el número de suscripciones con lo que llama prosa racional.

—Oh, hombre provocador. Usted no reconocería la prosa racional ni aunque la tuviera delante de sus narices.

—Sí que lo haría. Seguramente también podría escribirla.

—¡Ja! Nunca.

—¿Nos apostamos algo?

Edwina gruñó.

—¿No se toma nunca nada en serio?

—¿Qué merece la pena sin el factor riesgo? Propongo una apuesta, pequeña e insignificante, para la redacción de prosa racional y publicable. Me asigna algo para escribir, algo que considere que es adecuado para su inteligente público. Deberá escoger el tema. Si lo que escribo merece la pena, gano. Tan simple como eso.

—¿Y yo seré quien juzgue el relato?

—Hum. Debería dejar de lado sus prejuicios. Quizá sea pedir demasiado. ¿Y una tercera parte imparcial? Alguien a quien no se le confiese quién es el autor del escrito.

—Debe ser alguien que sepa qué es lo que encaja en El gabinete. Propongo a la señorita Armitage, mi ayudante de dirección.

—¿Cree que es objetiva?

—No me cabe la menor duda.

—¿Y usted promete no revelar la identidad del autor?

—Lo prometo. —Suspiró de exasperación.

—Entonces, ¿acepta mi reto?

—Supongo que sí. Tenga, lea esto. —Le pasó un pesado libro que estaba sobre el escritorio—. Quiero una crítica para el próximo número. La necesito en tres días.

Tony lo abrió hasta la portadilla y alzó una ceja.

—Memorias de Egipto, escrito en aquel país durante la campaña del general Napoleón Bonaparte en los años 1798 y 1799 por los estudiosos y

científicos que acompañaron a la expedición francesa. Dios mío. ¿De verdad cree que a sus lectoras les interesa este tipo de cosas?

—Claro que sí. No solo le interesa a todo aquel que quiere aprender algo sobre otras culturas, sino que todo lo relacionado con el antiguo Egipto fascina al público en general. Incluso tres años después de la victoria de Nelson. Como puede ver, señor Morehouse, no soy una completa ignorante sobre lo que el público quiere.

—Así que no solo tengo que escribir algo, sino que debo leerme este tomo antes. Qué tarea tan formidable.

—Usted estableció las condiciones. ¿Ha cambiado de opinión?

—No. —Cerró el libro y lo puso sobre sus rodillas—. La apuesta sigue en pie.

—Perfecto.

Si él ganaba, ella tendría lista una crítica; si él perdía, ella tendría la satisfacción de decirle que había perdido. Pero ¿qué ganaba él?

—¿Y qué sugiere que nos apostemos? —preguntó Edwina.

—Hum. Déjeme pensar. —Alzó la mirada hacia el techo y se esforzó por exagerar el gesto de darse pequeños golpecitos en la barbilla con el dedo, dando a entender que estaba pensándolo de verdad, aunque Edwina sospechaba que ya tenía algo en mente desde hacía tiempo—. Lo tengo —dijo—. Si gano, podré ver la Minerva.

Edwina se echó para atrás y lo examinó con cautela. No era lo que esperaba.

—¿Es todo? ¿Quiere ver la Minerva?

—No me refiero a que la traiga hasta aquí para contemplarla. Quiero verla en su lugar habitual. Quiero que me lleve hasta donde la tiene ahora mismo.

Maldita sea. Se acordó de las palabras de Prudence, que revelaron que la Minerva descansaba en su habitación. ¿Y qué es lo que esperaba? ¿Que lo cogería de la mano, subirían las escaleras y la seduciría? ¿Realmente pensaba que sería tan fácil? El tenue brillo de sus ojos sugería que así era. Le dejaría que viviera esa ilusión. Edwina tenía un plan.

—De acuerdo —dijo—. Acepto, pero hagamos oficiales las condiciones y los premios plasmándolos en su pequeña libreta roja—. Colocó sus manos en una posición visible esperando que le permitiera escribir la apuesta con sus propias palabras.

—Aquí, como una mujer, en mi corazón. —Sacó la libreta del bolsillo de su chaqueta—. Debería hacer los honores.

Edwina escribió: «La señorita Parrish apuesta a que el señor Morehouse no es capaz de redactar una crítica publicable sobre Memorias de Egipto. Si él gana, se le permitirá ver la cabeza romana de Minerva en el lugar en que se encuentra habitualmente».

Él lo leyó, comprobó que nada fuera erróneo y lo firmó. Edwina mandó una plegaria silenciosa dando las gracias, intentó no sonreír de oreja a oreja y firmó.

Anthony cogió el libro de apuestas y manoseó el cuero rojo. Su mirada no se apartaba de la boca de Edwina. ¿Estaba pensando en volver a sellar el trato con otro beso?

No sería una buena idea. Edwina se levantó de la silla y se escudó en el escritorio para protegerse.

—Tres días, señor Morehouse. Solo dispone de tres días para leerse el libro y escribir una crítica lúcida, reflexiva y publicable. Le recomiendo que se ponga manos a la obra.

Él se levantó cuando ella lo hizo y mantuvo la esperanza de que Edwina saliera del refugio del escritorio. No lo hizo.

—Con tal premio —dijo él—, no se trata de trabajo, sino de todo un placer. Se lo entregaré el jueves, preparado para celebrar mi victoria.

—No esté tan seguro, señor Morehouse. Que tenga un buen día.

Edwina sonrió dulcemente mientras él se preparaba para irse, reprimiendo el júbilo que amenazaba con mostrarse por medio de un ataque de risa. Tony hizo una reverencia y se marchó. Edwina esperó a oír el sonido de la puerta principal al cerrarse antes de dar rienda suelta a su alegría y reírse a carcajadas.

Anthony podría ganar la apuesta. No había ninguna razón por la que él no pudiera componer un ensayo decente. Es más, consideraba que estaba perfectamente capacitado para ello. Pero no sería una victoria, por lo menos no para Anthony Morehouse.



Tony se inclinó hacia atrás y sonrió. Había releído lo que había escrito para Edwina y estaba tremendamente orgulloso de sí mismo. Por el amor de Dios, era muy bueno.

Habían pasado muchos años desde la última vez que escribió algo serio. Desde antes de ir a Cambridge, cuando seguía creyendo que podría llegar a algo, cuando aún le fascinaba aprender, cuando esperaba que su padre se sintiera orgulloso de él por ser el primero en Letras Clásicas.

Había fracasado en todos los aspectos, pero había afrontado la vida con una actitud de indiferencia divertida, buscando el placer y aprovechando cada oportunidad. Solo en algunos momentos privados dejaba que el peso de los fracasos le cayera sobre los hombros. Ahora no era uno de esos momentos.

Tony se sentía lleno de orgullo por el resultado, por haber escrito un excelente ensayo. Incluso la adusta señorita Armitage estaría de acuerdo con él. Y, cuando lo estuviera, la adorable Edwina se vería obligada a conducirlo hasta su alcoba. Qué momento tan delicioso.

Tenía todo planeado. Edwina podría pensar que trataría de seducirla, pero nunca era tan obvio en esos temas. Ni siquiera la tocaría. La susurraría y dejaría que la intimidad de la alcoba creara una atmósfera de sensualidad, que se convirtiera en una sugerencia provocativa para que una conversación diera paso a otra clase de conversación. Haría un reconocimiento minucioso de la habitación, acariciando con la mano el borde del tocador o del escritorio, quizá cogiendo una o dos pertenencias de Edwina. Un peine. Una pluma. Un frasco de perfume. Lanzaría una mirada a la cama; luego, llamaría su atención acariciando la Minerva. Todo ello mientras hablaría de temas adecuados y banales.

No consideraba que fuera demasiado presuntuoso, o demasiado arrogante, creer que confundiría a la señorita Edwina Parrish antes de que pudiera pronunciar tres palabras seguidas para formar una frase. Estaba muy seguro de sus poderes de seducción. A pesar de que eso no enorgulleciese a su padre, la seducción era la única materia en la que Tony era excelente. Y no había malinterpretado la mirada que tenían sus ojos la última vez que se vieron. Aquella mirada curiosamente cautivadora que apareció cuando, por

un instante, bajó la guardia y olvidó que estaba enfadada con él.

Se mostró interesada, y eso significaba que sería receptiva cuando desfundara todo su encanto. Subir a su habitación era el primer paso de un plan bien diseñado. Muy pronto descubriría la verdad sobre Edwina. ¿Era de verdad una mujer moderna? ¿O se trataba de una simple soltera frustrada increíblemente bella? O, Dios lo ayudara, ¿era de ese otro tipo de mujeres que había insinuado Ian? No, rechazó la idea. Se había mostrado interesada.

Sopló sobre las hojas del ensayo para eliminar los restos de arena y las apiló cuidadosamente. Edwina nunca sabría que ya se había leído Memorias de Egipto y fundamentado una opinión antes de que le hubiera confiado el libro. Se prometió a sí mismo que leería cada nueva publicación relacionada con Grecia, Roma o Egipto. Aunque no hubiera podido completar sus estudios en Cambridge, nunca había abandonado por completo su pasión por el mundo clásico ni su fascinación por el arte antiguo y las culturas clásicas que aprendió a la fuerza cuando era pequeño. Sir Frederick no dudaría en echarse a reír al saber que su problemático hijo adolescente, después de todo, prestaba atención.

Alzó la mirada al escuchar una voz seguida de un golpe en la puerta de su estudio. Brinkley, el caballero indispensable e imperturbable que hacía de mayordomo, de ayudante de alcoba y de amo de llaves, mantuvo la puerta abierta y cedió el paso a dos hombres jóvenes.

—El señor Fordyce y lord Skiffington, señor. —Brinkley escudriñó discretamente el atuendo del segundo caballero, luego miró hacia el techo antes de retroceder un paso y cerrar la puerta.

—Hola, viejo amigo. —Ian Fordyce se quitó el sombrero y se desplomó sobre la silla más cómoda—. Te echamos de menos ayer por la noche en White's.

Lord Jasper Skiffington se quedó de pie. Parecía que tomar asiento con tal atuendo sería una ardua tarea. Llevaba puesto un chaleco y una chaqueta tan cortos que le llegaban solo hasta la mitad de la tripa, lo que significaba que los pantalones estaban demasiado subidos. De hecho, parecía que los pantalones le llegaban hasta la axila y no hubiera llamado la atención entre los increíbles franceses.

—Muy buena partida, querido —dijo Skiffy—. Muy buena. Tenías que haber estado allí.

—A lo mejor tenía compromisos más interesantes. —Ian arqueó las cejas

de manera sugerente.

—Me temo que nada muy interesante —dijo Tony—. Algunos asuntos tediosos de los que hacerme cargo.

Apartó las páginas del ensayo, deslizándolas casualmente hacia el interior de una carpeta, pero una mano con una buena manicura se posó sobre las hojas.

—¿Qué es esto? —preguntó Skiffy y sacó los papeles de la carpeta—. ¿Algo que esconder? No a tus más allegados y queridos amigos, ¿verdad?

Se apoderó de las páginas escritas a mano, pero Tony se las arrebató.

—Nada que os importe. —Cogió las hojas, las volvió a apilar cuidadosamente, las colocó al otro lado del escritorio, lejos del curioso, y puso un pisapapeles grande encima.

Skiffy torció la boca frunciendo el ceño.

—Debe de tratarse de algo muy personal, Morehouse, para que sea tan importante escondérselo a tus amigos. ¿Quizá una misiva para alguna mujer? ¿Correspondencia secreta?

—No tengo miedo, Skiffy. Es solo que...

—Un ensayo sobre Memorias de Egipto.

Maldición. Había estado vigilando a Skiffy y no había prestado atención a Ian, que se había resbalado por la silla y sustraído cuidadosamente el ensayo. Tony intentó recuperarlo, pero Ian se rió y se lo pasó por encima de su cabeza a Skiffy.

—Por el amor de Dios, Morehouse, ¿qué es esto? —Su señoría se echó hacia atrás y hojeó las páginas a través de su lupa—. No sabía que te interesara Egipto. Deberías habérmelo dicho. Mi madre acaba de comprarle a alguien nuevo, un ebanista en King Street, el banco de cocodrilo más resistente. Si quieres, puedo darte su dirección.

—No, gracias, Skiffy —dijo Tony—. No estoy metido en el mercado de muebles egipcios.

—No puedes engañarme —aseguró Ian quitándole el ensayo a lord Skiffington—. Esto es un ensayo. Una puñetera crítica literaria. Es para la maldita revista, ¿verdad? Estás escribiendo para la revista.

—¿Qué revista? —preguntó Skiffy.

—Por Dios, te dije que este negocio no te daría más que problemas —dijo Ian—. Ahora estás trabajando para ella escribiendo para una revista femenina, por el amor de Dios.

—¿Una qué? —dijo Skiffy abriendo los ojos mostrando un interés repentino—. ¿Una revista femenina? ¿Una revista de moda?

—No es una revista de moda —contestó Tony. En su cabeza se escuchaba el eco de las palabras de Edwina—. Es...

—¿No te acuerdas, Skiffy? —dijo Ian—. Nuestro amigo se convirtió, la semana pasada, en el orgulloso dueño de El gabinete de las damas de moda. Se la ganó a Croyden.

—Oh, es verdad. Se me había olvidado todo aquello de White's. Demasiadas cosas pasaron esa noche.

—Y ahora se ha apostado la propiedad con la hermosa editora.

Skiffy pegó un grito de placer.

—Morehouse, eres un demonio. ¿Has dicho una hermosa editora? ¿La sobrina soltera de Croyden? Cuenta todo, querido, todo.

Tony abrió la boca para responder, pero Ian lo paró.

—Y parece que tu encantadora editora de ojos negros te lleva ventaja —dijo Ian—. No puedo creerme que estés escribiendo críticas literarias, Tony. ¡Críticas literarias!

—Maldito seas, Ian. Deberías saber que se trata de una nueva apuesta con la señorita. Y, esta vez, voy a ganar.

—¿Oh? —Ian sonrió—. ¿Y cuál es el premio?

—Es privado.

Otro grito de Skiffy irrumpió en la sala, seguido de una risotada de Ian.

—¿Un premio privado de una hermosa señorita? —preguntó Skiffy, con los ojos brillantes—. Oh, dínoslo. ¿Qué ganarías? Algo maravillosamente indecoroso, no me cabe la menor duda. ¿Una liga de seda? ¿Un corsé? ¿Un beso?

—Vamos, viejo amigo —dijo Ian—. Déjanos echarle un vistazo a tu libreta. Estoy convencido de que la apuesta está escrita y rubricada en sus páginas, todo perfectamente reflejado. Déjanosla.

Tony suspiró resignado. No serviría de nada. Se lo sacarían de una manera u otra. Una punzada leve, casi imperceptible, de precaución le hizo querer reservarse solo para él todo lo relacionado con Edwina Parrish, pero descartó la idea. En su lugar, metió la mano dentro del bolsillo de la camisa, sacó el libro de apuestas y se lo entregó a Skiffy, que estaba de pie junto a él. Su señorita pasaba las páginas, deteniéndose una o dos veces y dando pequeños gruñidos de interés. Cuando llegó a la última hoja, la leyó en voz alta. Después, levantó la mirada y frunció el ceño perplejo.

—¿Te has vuelto loco, chico? ¿Una cabeza romana? ¿Has hecho esto... — indicó con el dedo las hojas que Ian aún sujetaba— para ver una cabeza vieja y rancia?

—No solo verla —contestó Tony—. Como puedes observar, se me permitirá contemplarla en el lugar en el que suele estar.

—¿Y es?

—Su alcoba.

Ian dio una carcajada y Skiffy se reía tan fuerte que tuvo que sentarse sin darse cuenta del sonido que hizo la costura de su traje al desgarrarse.

—Es bastante bueno —dijo Prudence—. Excelente. Sí, creo que encaja perfectamente con El gabinete.

Edwina suspiró.

—Gracias, Prudence. Aprecio tu opinión. No te entretengo más. Sé que estás preocupada por tu reunión con la señora Dillard para hablar de su anuncio.

Prudence afirmó con la cabeza, dirigió una mirada rápida a Anthony y abandonó la oficina. Se aseguró de dejar la puerta entreabierta al salir. Edwina se lo agradecería.

Esta debería haber intuido que el hombre provocativo sería capaz de redactar perfectamente un buen ensayo, con un buen equilibrio entre la evaluación crítica y la perspectiva personal. Además, había incluido comparaciones inteligentes con otros trabajos, mostrando más familiaridad con la materia de lo que Edwina creía. Quizá no debería sorprenderse tanto.

Puede que ahora fuera poco más que un jugador, pero una vez fue un joven aplicado al que le apasionaban las culturas clásicas. Ella recordaba la primera vez que le mostró la Minerva. Estaba muy orgulloso y entusiasmado porque se la había encontrado en la orilla del río que se situaba en la finca de su padre. Había leído una y otra vez sobre el Imperio romano en las Islas Británicas y sobre el significado de la cabeza de bronce dorado. Era obvio que había hecho bien los deberes.

Y, de esa manera, el corazón de aquel chico joven vivía dentro de ese hombre, enterrado en lo más profundo por la frivolidad y la imprudencia. Sin embargo, el ensayo mostraba que aún alimentaba ese corazón, permitiéndole ser crítico y apreciar los estudios académicos.

Edwina experimentó un momento de satisfacción al conseguir que volviera el niño, aunque solo fuera por un momento.

Era más que evidente que Anthony se estaba sintiendo satisfecho consigo mismo. Rezumaba por cada uno de sus poros una arrogante confianza en sí mismo. Estaba excesivamente orgulloso. Una sonrisa de oreja a oreja apareció en su cara mientras estaba sentado frente a ella, acomodado en la silla de Nick, con las piernas cruzadas de manera informal.

—Así que tendrá un ensayo publicado en El gabinete. Enhorabuena. Supongo que ahora estará esperando que le asigne un seudónimo.

—No —respondió—. Soy modesto, como puede ver. Gustosamente le cedería mi ensayo para que lo publicase bajo su seudónimo, Arbiter Literaria.

—Ese seudónimo no es solo mío, como ya debe de saber, sino que es uno general que muchos de nosotros utilizamos para las críticas literarias.

—Ah. Pensaba que había descubierto la voz elegante y elocuente de la señorita Parrish en Arbiter.

—Bueno, en la mayoría de los casos lo soy —dijo, complacida de manera ridícula por su halago. Pero qué idiota. Estaba claro que se trataba de un adulator y un seductor empedernido. Edwina tenía mucha experiencia con ese tipo de hombres y debería saber mejor cómo no sucumbir ante sus sencillos encantos. Por lo que continuó—: Pero otros lo usan de vez en cuando. Como parece que lo va a hacer ahora usted.

—Por todos los santos. Solo he escrito este ensayo y no escribiré ninguno más. No es precisamente la forma en la que quiero emplear mi tiempo. — Un destello de diversión inundó sus grises ojos—. Les dejo estas tareas a ustedes, señoritas.

Edwina había olvidado que Tony seguía pensando que El gabinete estaba escrito solo por un grupo de mujeres, como ocurría antes. Pero ahora había muchas otras personas implicadas. La Entrometida era el seudónimo de Simon Westover, los ensayos de Augusta Histórica estaban escritos por Nicholas y otros hombres de su círculo de amigos, entre los que estaba Samuel Coleridge, que colaboraba de vez en cuando bajo varios seudónimos. Escribían también otras mujeres, como Helen Maria Williams, Mary Hays y otras que, ocasionalmente, con sus posiciones políticas radicales, provocaban debates y reprimendas públicas. Edwina nunca había permitido que el tío Victor supiera quiénes eran los nuevos colaboradores de El gabinete. De haber sido así, hubiera querido saber qué otros cambios

había asumido Edwina, suponiendo un desastre si hubiera pedido los libros contables para examinarlos más detalladamente.

Al menos, no debía preocuparse a ese respecto por Anthony. Había firmado una apuesta en su pequeña libreta roja prometiendo que no interferiría en su dirección. Edwina suponía que el código deontológico del jugador le mantendría alejado del registro comercial.

Pero no se mantendría alejado de ella. Solía aparecer bajo el umbral de su puerta muy frecuentemente.

—Hay, sin embargo, otro asunto que aún debemos tratar —dijo él.

—Quiere el premio de la apuesta.

—Eso es lo que me gusta de usted, Eddie. Siempre va directa al quid de la cuestión.

Se levantó de la silla. Ella también lo hizo y rodeó el escritorio hasta llegar a estar delante de él. Anthony comenzó a caminar y le indicó que pasara primero por la puerta.

Cuando ella no hizo ningún movimiento para abandonar la sala sino que se apoyó en el escritorio, arqueó las cejas.

—Pensé que habíamos acordado que podría ver la Minerva.

—Sí, así es.

—Bien, pues vayamos a verla.

—Pero no hay ninguna necesidad de abandonar esta habitación.

Fulminó a Edwina con la mirada, luego retrocedió y entró en el estudio.

—Odio estar en desacuerdo con una señorita —dijo—, pero estoy casi completamente seguro de que nuestro trato era que podría ver a la Minerva en su... bueno, en el lugar donde habitualmente la guarda.

—Oh, creo que no. Quizá debería leer las condiciones de nuevo para refrescar su memoria.

Anthony volvió a fulminar con la mirada a Edwina, luego rebuscó en su chaqueta y sacó el libro de apuestas.

—«Si él gana, se le permitirá ver la cabeza romana de Minerva en el lugar en que se encuentra habitualmente.» Aquí está.

—Y aquí estamos, señor. Aquí está la Minerva. —Señaló hacia el escritorio.

Se acercó y buscó con la mirada; tenía el ceño fruncido. Luego, sacudió la cabeza.

—¿Dónde? No la veo.

—Está aquí, donde siempre está, «el lugar en que se encuentra

habitualmente», para que todo el mundo pueda verla.

Edwina cogió un ejemplar de El gabinete y señaló la cabecera, donde había un elegante grabado con la cabeza de Minerva. Era una copia exacta de la que estaba en el piso de arriba, en su alcoba.

Él se echó las manos a la cara y murmuró algo.

—Le pido que me perdone —dijo Edwina en el tono más dulce e inocente que pudo.

—Maldición y maldición. ¡Me ha engañado, señorita! —La miró frunciendo el ceño, aunque sus ojos mostraban cierta alegría. Edwina creyó ver también un poco de admiración en su mirada.

—No, simplemente me estoy burlando de usted. Otra vez.

El ceño fruncido se transformó en la sonrisa juvenil de medio lado que le había robado el corazón hacía muchos años.

—Quizá por esta vez —dijo él—. Pero tenga cuidado, porque no volverá a suceder. La próxima vez, la Minerva volverá a ser mía. Junto con El gabinete.

—Ya lo veremos.

—De hecho, ya lo estamos viendo. ¿Cómo van esas suscripciones?

Edwina refunfuñó.

Tony no podía mantenerse al margen. No es que se hubiera esforzado demasiado en ello, simplemente había dejado que sus pies le dirigieran hacia Golden Square antes de que su mente tuviera algo que decir al respecto. Solo había pasado un día desde la última vez que estuvo bajo el umbral de su puerta. Ese día no era diferente. Ralentizó el paso del carruaje según iba entrando en la plaza.

Era completamente absurda esa impaciencia por verla. Ridícula para un hombre de su edad y con su experiencia. Ni siquiera había vuelto a intentar besarla. En su lugar, cada día tomaba asiento en el sillón ligeramente desgastado frente al escritorio y observaba. Le encantaba mirar a Edwina mientras trabajaba. Ella nunca interrumpía su actividad para hacer caso a su más que evidente molesta presencia, pero a Tony no le importaba. No era el trabajo lo que miraba, aunque debía admitir que sentía un sincero respeto por la eficiencia con la que ella negociaba en aquello del mundo editorial. Se sentaba y observaba, con no poca admiración, cómo se las apañaba con los impresores, los grabadores, los pintores, los distribuidores.

A pesar de que afirmaba que su ubicua presencia tenía como objetivo aprender a dirigir el negocio, Tony nunca hubiera podido desempeñar tales operaciones él solo, lo que le hacía preguntarse qué podría hacer si ella lo abandonaba una vez que ganase la apuesta.

Tendría que rechazar esa posibilidad como una opción. Mientras tanto, solo miraba. La miraba. La belleza de Edwina era única y tan llamativa que nunca se cansaba de hacerlo. También estaba su voz sensual. Y la manera en la que se movía, con tanta elegancia.

Dios mío, se había enamorado locamente como cuando era un crío. Y mira qué casualidad: el mismo chico de la misma chica, otra vez.

Bueno, esta vez sería diferente. La historia no está hecha para que se repita. Ya no era ese chico torpe y sin desarrollar. Ser un jugador requería confianza en uno mismo y Tony tenía de sobra. Y no era un mero jugador, sino un ganador. Era rico por los riesgos que había asumido sobre el tapete y en la bolsa. Había desarrollado una lustrosa apariencia de confianza que le permitía tanto jugar al whist como a la seducción. No le cabía la menor duda de que esta vez ganaría a Edwina Parrish, y a cualquier otro juego que se atrevieran a jugar.

Dejó el carruaje a su cochero, quien se estaba empezando a acostumbrar a esas visitas, por lo que les estableció a los temperamentales caballos grises una rutina de ejercicios alrededor de la plaza y a lo largo de Warwick Street y Brewer Street mientras esperaba a que Tony regresara. Este observó cómo Jamie tomaba las riendas antes de darse la vuelta hacia la sencilla fachada de ladrillo con cuatro hileras de hojas. Lo único que distinguía a esa casa de la de su izquierda y la de su derecha era la entrada, con sus pilastras blancas típicamente paladianas, su frontón y su montante intrincado sobre la puerta. Era de una elegancia sencilla y sobria, parecida a la de la mujer que vivía en ella.

Lo hizo pasar Lucy, quien se sonrojó, movió las pestañas y le aseguró que la señorita Parrish estaría encantada de verlo. Accedió al estudio y encontró a Edwina en su lugar habitual detrás del escritorio, con la cabeza agachada mientras hacía las correcciones oportunas sobre las páginas ya impresas. Levantó la mirada brevemente cuando lo oyó entrar y, luego, volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo.

—Otra vez usted —dijo ella—. Estoy muy ocupada, como puede ver. Márchese.

Tony ignoró su tono malhumorado y entró en la estancia. Lanzó su sombrero hacia la mesa, apartó algunos papeles que reposaban sobre el sillón y tomó asiento.

—Mi querida Edwina —dijo—, su calurosa bienvenida nunca deja de alegrarme el día.

—Son pruebas de impresión —dijo secamente y señaló hacia los papeles que él acababa de retirar del sillón—. Si las descoloca, le juró que me haré unas ligas con sus tripas.

Tony se inclinó sobre los papeles y los recogió.

—No, no. Nada descolocado, se lo aseguro. —Colocó los papeles sobre el escritorio—. No es necesaria la violencia.

—Hum. ¿Quiere algo en especial? Estoy muy ocupada.

—Nada en especial. Me gusta observar, como ya sabe, para aprender más cosas sobre mi negocio. ¿Qué está haciendo ahora, si puedo preguntar?

—Como debe saber, estoy corrigiendo las pruebas de impresión para el siguiente número. Y no va muy bien.

—¿Oh? Eso explica por qué hoy no está tan alegre como suele estar. ¿Cuál es el problema?

Edwina dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Imber ha desordenado las columnas y ahora nada está en su sitio, y ha puesto uno de los grabados al revés. Normalmente es muy competente. Pero en este número hemos añadido un grabado extra y más anuncios al final y eso ha debido despistarle. Oh, es desesperante.

Con tantas páginas impresas en hojas sin cortar, algunas por un lado, otras por otro, Tony no sabía cómo alguien podía darse cuenta de si las columnas estaban desordenadas o no. Sin embargo, parecía que Edwina sabía qué estaba haciendo.

—No me atrevo a preguntar —dijo él—, pero si puedo ayudar en algo...

—Podría irse. Eso ayudaría. El ayudante de Imber estará aquí de un momento a otro y necesito acabar con estas pruebas.

—En vez de eso, creo que me voy a quedar aquí sentado mientras usted acaba con las correcciones.

—¿Por qué?

—Aún hay muchas cosas que quiero saber sobre la operación que está llevando a cabo. Pensé que podríamos mantener una conversación agradable, ¿quizá tomando té?

—Quedan más cosas por hacer.

—Ah, pero apuesto a que puede descansar media hora.

Edwina gruñó.

—Por el amor de Dios, ninguna apuesta más.

Tony se echó a reír.

—No, querida. Era una forma de hablar. ¿Qué me dice? Me quedaré tan quieto como una ostra mientras trabaja; luego, tomaremos un té. ¿De acuerdo?

Le lanzó una mirada fulminante.

—De acuerdo —dijo finalmente. Empezó a trabajar de nuevo y lo ignoró.

O hacía que lo ignoraba. Tony se quitó lentamente los guantes amarillos de niño que llevaba, un dedo cada vez, y no pudo evitarlo, notó que la mirada de Edwina lo seguía brevemente. Sonrió al darse cuenta de que a ella no le era indiferente. No era el hombre más apuesto del mundo, pero tenía un cierto encanto y sabía cómo usarlo. Dejó los guantes en el sombrero que estaba boca arriba sobre la mesa que tenía junto a él y se echó hacia atrás para ver hasta qué punto conseguía perturbarla sin ni siquiera mover un dedo o pronunciar una palabra.

Edwina llevaba puesto un sencillo vestido de muselina, como solía llevar, con unas mangas ajustadas casi hasta el codo. Una pañoleta de muselina a rayas que se cruzaba en la parte frontal y se anudaba por detrás dejaba a la imaginación la vista de su glorioso pecho blanco. El vestido, con bordados en blanco sobre negro a lo largo de los bordes de las mangas, parecía un poco estrecho y daba la impresión de que se había lavado demasiadas veces. Aun así, le quedaba muy bien y lo llevaba con una gracia natural que, aunque hubiera estado hecho por un saco de arena, le daba un aspecto elegante. Señor, cuánto le gustaría verla con un bonito vestido de noche, con un corsé minúsculo de talle bajo y sin ningún lazo o pañuelo que pudiera ocultar su pecho.

Sus dedos jugueteaban con su pelo mientras trabajaba. Tony estaba contento de que no hubiera sucumbido al último grito en moda del pelo corto. Su cara quedaba enmarcada por oscuros rizos cortos, un guiño a la moda actual, pero el resto del cabello estaba recogido en la parte posterior en un complicado peinado de trenzas y peinetas, con dos largos rizos sueltos que recorrían su espalda y uno que caía sobre sus hombros. Era este último el que sus dedos enredaban mientras corregía las pruebas de impresión.

¿Caería todo el recogido sobre su espalda si él le quitara las peinetas? Y ¿cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera averiguarlo? Despertó de aquel ensueño cuando Lucy entró, cuya coqueta mirada se desvió hacia Tony antes de dirigirse a Edwina.

—Robbie Vickers está aquí, señorita.

Apareció por el umbral de la puerta un joven rubio y desgarrado con una gorra de tela entre las manos. Al contrario que Lucy, pareció no haber notado la presencia de Tony. Sus ojos, con toda la adoración de un adolescente, estaban puestos sobre la mujer de detrás del escritorio. Pobre chico. El enamoramiento juvenil es, normalmente, algo doloroso de soportar y ese muchacho parecía estar realmente perdido.

—He venido por las pruebas, señorita Parrish —dijo. Agachó la mirada y retorció la gorra con nerviosismo.

Edwina recogió del suelo las páginas y las apiló ordenadamente. Miró al chico y le señaló el montón.

—Esto no se hace, Robbie. Dígale a Imber que estas pruebas eran un lío y hay que rehacerlas por completo.

—Pe... pero, señorita Parrish —dijo el chico, claramente afectado y disgustado por haber fallado de alguna forma en su cometido—, no hay tiempo. Probablemente no podemos hacer de nuevo todas las pruebas antes del cierre del número.

—Entonces deberán encontrar la manera de que sea posible —contestó Edwina—. No puedo permitir que El gabinete salga de esta manera.

Edwina le hizo un gesto a Robbie para que se acercara y empezó a señalarle los errores de diseño que había con un tono exasperado e indignado. El pobre muchacho se quedó sin palabras. Al final, recogió las hojas, las enrolló y las introdujo en una bolsa grande que había traído.

—Se lo enseñaré al señor Imber —dijo el chico— y veré si hay algo que pueda hacer.

—Será mejor que sí —respondió ella—. Bajo ningún concepto imprimiré las pruebas corregidas hasta que no me las muestre a mí primero y les dé mi aprobación. ¿Está claro?

Su tono no admitía discusión alguna y el pobre chico no se atrevería a tal cosa.

—Sí, señorita Parrish. Gracias, señorita. —Se dio la vuelta y abandonó la sala lo más rápido que sus largas piernas le permitieron.

Edwina se echó hacia atrás en su silla y murmuró algo mientras suspiraba.

—Veo que no ha cambiado nada —dijo Tony—. Obstinada y mandona como siempre.

Lanzó una mirada a Tony y resopló con aire despectivo.

Tony decidió aprovechar la ocasión para picarla un poco y ver qué podía descubrir sobre Edwina Parrish.

—Sí, como la niña pequeña que conocí un día. No es de extrañar que no haya encontrado a ningún marido dispuesto a aguantar esta forma de mandar.

A Edwina le molestaron sus palabras. Un destello de inquietud apareció en sus ojos y desapareció rápidamente.

—No tengo por qué quedarme aquí sentada mientras me insulta. Márchese.

Ajá. Touché. Una especie de diablillo le instó para que siguiera.

—Oh, pero me había prometido una taza de té, si no recuerdo mal —dijo él—. Es la oportunidad perfecta para que me ponga al corriente de los últimos, ¿cuántos?, dieciocho o diecinueve años. Puede contarme el modo en que espantó a todos los hombres de su vida.

—Es un hombre odioso. ¡No hice tal cosa!

—¿No? Entonces, ¿por qué no está casada?

—No es asunto suyo, señor Morehouse.

Interesante. El tema le había puesto el vello de punta. ¿Habría tenido un romance que acabó mal? ¿Le habrían roto el corazón? Se estaba retorciendo en su silla y no le miraba a los ojos. Era la primera muestra de vulnerabilidad que veía en ella.

—No, probablemente esté en lo cierto. Y mi nombre es Anthony, ya sabe. O Tony. Como prefiera. Después de todo, somos viejos amigos. Pero no puede culparme por estar intrigado por saber por qué una mujer tan hermosa no ha caído en los brazos de un hombre emprendedor y exigente.

—No trate de distraerme con halagos, señor. Ya he oído de todo.

—Seguro que sí. Una belleza como la suya no pasa desapercibida. ¿Qué ocurrió? ¿Ha oído tantos halagos referentes a su belleza que ha aprendido a no creérselos? ¿A desconfiar de los hombres?

—Es absurdo. No soy tan sensible, señor. —Se levantó de la silla—. Discúlpeme un momento mientras voy a averiguar dónde está Lucy y veo qué ocurre con ese té.

Tony se levantó al mismo tiempo que lo hacía Edwina y observó cómo

salía de detrás del escritorio, mientras dejaba asomar unos zapatos decorados con lazos por debajo de la falda larga de muselina y los extremos del pañuelo a rayas que usaba de bufanda le caían por la espalda, desde la cintura hasta casi rozar el suelo.

—Ah, Lucy. ¿Podrías ser tan amable de traernos té y galletas?

—¿Arriba, señorita? ¿Al salón?

—No, aquí estaremos bien. Despejaré la mesa.

Lucy expresó a través de sus labios su desacuerdo con esa decisión tan poco elegante, pero hizo una reverencia de cortesía y se marchó.

—Ah, Lucy —la llamó Edwina—. No el té bueno de Bohea, sino el té verde normal.

—Estoy abrumado por tanta hospitalidad —dijo Tony.

Se volvió para mirarlo; en sus ojos había un brillo de alegría.

—Me temo que mis mejores modales y mi mejor té están reservados para aquellos huéspedes que han sido invitados. Y para los que no insultan a su anfitriona.

—Entonces, le estoy doblemente agradecido por que haya permitido que me quedara después de todo. Me parece perfecto un té verde en el estudio. ¿En esta mesa?

Retiró su sombrero y sus guantes de la pequeña mesa junto a su sillón. Gesticuló hacia los libros y los papeles que seguían apilados allí y enarcó una ceja preguntando.

—Bien —contestó ella quitando los papeles de encima para ponerlos sobre un escritorio grande al otro lado de la habitación.

Tony la siguió con un brazo cargado de libros.

—Y le aseguro que antes no pretendía insultarla —dijo—. Simplemente tenía curiosidad por su soltería.

—Creo que usted también está soltero, ¿verdad?

—Sí. —Se hizo con otra silla y la acercó hasta la improvisada mesa de té. Esta vez no podría enfrentarse a su mirada tras el escritorio.

—Y supongo que nadie cuestionó su decisión de no casarse.

—Al revés. Mi madre la cuestiona constantemente. —Apartó la silla para que Edwina tomara asiento—. Quiere verme sentar la cabeza y que tenga hijos. Imagino que su madre quiere lo mismo para usted.

—Mi madre falleció cuando yo tenía quince años.

Sus duras palabras lo detuvieron. Aún seguía sujetando el respaldo de la silla y le posó la mano amablemente sobre su hombro.

—Lo siento mucho, Edwina. No lo sabía.

Se encogió de hombros con la intención de quitarle su mano de encima.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo ella.

Tony rodeó la mesa y tomó asiento.

—¿Y su padre? —preguntó.

—No creo que mi padre haya notado que no estoy casada. No se da cuenta de casi nada. Podría caerse el techo cerca de él y simplemente se pondría su sombrero para protegerse de los escombros y seguir como si nada con lo que estuviera haciendo. Si no fuera por el ama de llaves, probablemente se olvidaría de comer.

—Así que vive aquí con su hermano.

—Sí, y me gusta. No crea que me conoce, señor Morehouse. De hecho, estoy soltera por decisión propia.

—¿Sí?

—A pesar de que no cabe la menor duda de que existen hombres que se dejan intimidar por una mujer tan independiente como yo, la decisión de quedarme soltera no se basa en la falta de oportunidades. —Apareció un brillo tenue de humor en sus ojos, como si se estuviera riendo de sí misma. O quizá se estuviera riendo de él—. Todo lo que tengo lo he conseguido después de trabajar muy duro para ello —continuó—, y no tengo la intención de dárselo a un marido que lo desperdicie o lo apueste. Por no decir que tampoco quiero depender de un hombre y de sus caprichos. Tengo cosas más importantes que hacer con mi vida.

—¿Como dirigir una revista femenina?

—Es un mero medio para alcanzar un fin. Los beneficios nos permiten hacer muchas más cosas.

¿Beneficios? ¿De qué estaba hablando? Su tío percibía todos los beneficios y lo que le daba a Edwina era una miseria.

—Sí —prosiguió Edwina muy rápido y con signos de nerviosismo—, si tuviéramos acceso a los beneficios, habría muchas cosas que podríamos hacer. Hay muchas personas muriéndose de hambre por la escasez de alimentos y los elevados impuestos de guerra. Miles de campesinos fueron expulsados de sus tierras debido a los cercamientos y fueron contratados para trabajar en las fábricas de las ciudades. Sin embargo, a los trabajadores se les prohíbe reivindicar un sueldo justo por las miserables leyes Combination. Mientras el Gobierno se ha centrado en la guerra, el

pueblo ha sufrido y ha sido ignorado. Es inconcebible.

Oh, Señor. Era una bienhechora. Debería haberlo imaginado.

—¿Y espera solucionar estas injusticias?

—Intentamos hacer lo que podemos.

—¿Intentamos?

—Mi hermano y yo. Tiene grandes planes, y estoy segura de que algún día logrará cumplirlos. Pero por ahora, no disponemos del dinero suficiente para ningún acto de caridad o para alguna reforma radical. Enviamos ropa y mantas a las familias de los peones de las fábricas del norte del país. Intentamos encontrar trabajo para los granjeros y agricultores desplazados cerca de nuestra casa familiar en Derbyshire. Y, lo más importante, presionamos a los políticos para que emprendan reformas.

Peor que una bienhechora, era una reformista.

—Me deja estupefacto, Edwina. Sus palabras dejan ver su ideología republicana. ¿O lo he entendido mal?

—No, lo ha entendido perfectamente. Teníamos grandes esperanzas en Francia y la revolución, pero la mayoría de los esfuerzos se vinieron abajo.

—Una sombra de arrepentimiento, o quizá tristeza, apareció y desapareció en su rostro rápidamente—. Pero los ideales y las ambiciones que alimentaron la revolución aún tienen cabida y los apoyo.

Dios mío. Esa mujer era una maldita jacobina.



La entrada de Lucy en la sala con el té impidió que Tony pudiera responder a las sorprendentes declaraciones de Edwina. Nunca se le hubiera ocurrido que la bella señorita Parrish pudiera ser una pensadora radical. Mientras ayudaba a Lucy a colocar la bandeja, intentó conciliar la idea de una editora eficiente de una revista de entretenimiento con la gran reformadora republicana.

No lo desaprobaba. No es que él fuera un pensador exactamente conservador. A decir verdad, no podía considerarse un pensador, en lo que a política se refería. Cualquiera que hubiera vivido durante los últimos, más o menos, doce años no podía no tener una opinión sobre los acontecimientos ocurridos al otro lado del Canal, primero con la revolución y ahora con el advenedizo Bonaparte como primer cónsul, amenazando las fronteras de todo el continente. Sin embargo, a Tony no le había afectado nada de aquello de manera personal y cualquier opinión que tuviera, por ligera que fuera, estaba influenciada por haber crecido en una familia tory estricta.

El señor Frederick era un hombre con valores ingleses conservadores y tradicionales, desde la peluca empolvada hasta los zapatos con hebilla. Era un purista de la convención. Odiaba a los franceses por principio, simplemente porque los ingleses siempre habían odiado a los franceses. Se oponía firmemente a los jacobinos por miedo, como la mayoría de sus coetáneos, a un reinado del terror en territorio inglés. Era un partidario leal al rey y al Gobierno, siempre y cuando no cayera bajo el control de los whigs. El hecho era que el señor Frederick no permitía la disensión en su casa y, por ello, Tony nunca se había molestado en rebatir ningún punto de vista político con él. Le hubiera gustado hacerlo en un par de ocasiones, pero visto que ya era la gran decepción de su padre, decidió no tentar a la suerte.

Edwina sirvió el té y le pasó una taza a Tony.

—¿Le ha molestado que fuera a Francia a apoyar la revolución? —preguntó ella.

Tony sorbió un trago de té y volvió a dejar la taza sobre la mesa sin apartar la mirada de ella.

—¿Molestarme? No, ¿por qué debería hacerlo? Me sorprende, nada más.

—Bueno, puede estar seguro de que esos sueños fueron..., digamos, aplastados por el terror.

Esa mirada pensativa volvió a aparecer brevemente en sus ojos y Tony pensó que detrás de aquellas palabras se escondía algo importante. Además, tuvo que haber visto cosas espantosas si estuvo en Francia durante los sangrientos días de la masacre de Robespierre.

—¿Pero sigue manteniendo sus ideales republicanos? —preguntó Tony—. ¿Sigue propugnando reformas?

—Mis ideales no se mantienen tan intactos como llegaron a estar una vez —respondió y le dirigió una pequeña sonrisa nostálgica—. Pero sí, sigo apostando por una reforma firme y sensata. Es inevitable. El aspecto de esta nación ha cambiado después de tantos años luchando y financiando una costosa guerra. Es hora de hacer una introspección. Nuestro pueblo ha sido abandonado durante demasiado tiempo.

—Habla como un político —dijo Tony y, luego, por pura terquedad, decidió seguir burlándose de ella—. Debería haber sido un hombre, Edwina.

—¿Perdón?

Tony bajó la voz, puso un tono seductor y permitió que su mirada examinara despacio y deliberadamente el cuerpo de Edwina.

—Pero estoy tremendamente agradecido de que no sea así.

Edwina cerró los ojos e hizo un ruidito desdeñoso con la lengua.

—Aunque mis ideas parecen sorprenderlo —dijo—, las tuyas, señor, son muy previsibles.

—¿Oh? —Tony fingió inocencia lo mejor que pudo—. ¿Cómo es eso?

—Es completamente incapaz de mantener una conversación seria con una mujer sin degenerar en coqueteo, insinuación y seducción. No tiene ningún respeto hacia el intelecto femenino. Y ni siquiera puede comprender la necesidad de emprender reformas para aquellos menos afortunados que usted. Es evidente que no tiene ningún pensamiento que vaya más allá de su propio placer.

Tony hizo una mueca ante la última afirmación, porque estaba dolorosamente cercana a la verdad. Nunca había sido un hombre que se preocupara demasiado por temas serios. Pero no era tan hedonista. Probablemente debería haberse defendido, pero ese diablillo travieso seguía controlando su conducta y a Tony le entraron unas ganas irresistibles de provocarla.

—Está en lo cierto. —Tony dio un suspiro de hastío—. Sin embargo, nunca

he visto el motivo de preocuparse por tener grandes ideas y temas filosóficos cuando existe demasiado placer por experimentar.

—¿Realmente es lo único que le importa?

Tony se encogió de hombros.

—Nada me importa más que la buena comida y bebida, los buenos amigos, las buenas mujeres y un poco de deporte.

—Y las apuestas, creo, ¿son su deporte favorito?

—Todo se reduce al riesgo, ¿verdad? Todo aquello que tenga el factor riesgo es una manera de jugar, después de todo, ya sea una partida a las cartas, una de dardos, una carrera con una chica guapa o un duelo por la esposa de otro hombre.

—¿Un duelo? ¿No me diga que se ha visto involucrado en un duelo?

—Una o dos veces.

La boca de Edwina se torció como muestra de indignación.

—Qué horroroso. Qué estupidez.

—Pero es la apuesta máxima, jugarse la vida. La última emoción.

La mirada de Edwina ardía.

—Debería avergonzarse admitir tal cosa. ¿Cómo puede arriesgar su vida por una frivolidad como esa cuando otros arriesgan su vida por la libertad?

—Usted no lo entendería. —Tony gesticuló con las manos con aire desdeñoso—. Es cosa de hombres.

Edwina apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Dice todas esas cosas solo para provocarme? Han pasado casi diez años desde que se publicara por primera vez Reivindicación de los derechos de la mujer y aún seguimos luchando contra las mismas actitudes intolerantes como la suya.

—Oh, por favor. —Tony alzó la mirada al techo—. Las mujeres literatas como usted se han educado siempre considerando a la gran Wollstonecraft como un maldito oráculo y las Reivindicaciones como las Santas Escrituras.

—No sería tan petulante al respecto si se molestara en leerlo.

Tony se mordió la lengua. Parecía demasiado fácil y, sin embargo, tuvo una inspiración para otra apuesta.

—Sé todo lo que necesito saber sobre ese tedioso libro —dijo.

—¿De veras?

—Sí.

—Perdóneme usted, pero no considero fuentes válidas los artículos y las críticas con información de segunda mano que aparecen en la Revista antijacobina.

—Apuesto a que sé lo mismo que usted.

—Lo dudo.

—Entonces, ¿acepta mi apuesta?

—Oh, no. Otra apuesta de verdad —dijo Edwina—. ¿Esta vez no era solo una forma de hablar?

—Una apuesta de verdad. Me interrogará sobre el libro de las Reivindicaciones y, si con mis respuestas demuestro que sé lo mismo que usted, aceptará dar un paseo conmigo mañana por el parque.

Edwina lo miró escéptica, sopesando la propuesta desde todos los ángulos. Tony podía leer prácticamente todos sus pensamientos en las expresiones de su rostro. ¿De verdad sabía Tony algo de Wollstonecraft? ¿Cuáles eran las posibilidades de que él supiera lo suficiente como para que no la perjudicase? Y, si lo conseguía, ¿qué tenía de malo dar un inocente paseo por el parque?

Tony podría haber jurado que Edwina estaba pensando precisamente en todo eso por cómo lo miraba por encima del borde de la taza. Había demostrado con el ensayo que no era un zoquete inculto. ¿Intuía Edwina que él ya se había leído el famoso libro? Por Dios, ella sabía que él ganaría la apuesta y, aun así, había aceptado el desafío. Estaba convencido de ello.

—Saque su libreta roja, señor Morehouse. Tenemos una apuesta.

Nicholas masculló un saludo a su hermana cuando pasó por delante de la puerta abierta de su alcoba; luego volvió, caminando hacia atrás, hasta quedarse de pie bajo el umbral.

—Pero mírate —dijo él.

Edwina estaba haciendo precisamente eso mientras examinaba su reflejo en el espejo del tocador y se colocaba el sombrero de paja.

—¿Qué piensas? —preguntó ella—. ¿Debería hacerlo?

—¿Hacer qué, exactamente? Con esa ropa podrías hacer casi de todo, me imagino. Estás preciosa.

Ella también lo pensaba. Se había puesto un vestido blanco de muselina muy fina, atado alrededor del cuello con una delicada gorguera con un encaje vandyke, de manga larga llena de adornos de encaje a juego con los

puños. Sobre el vestido, llevaba una chaqueta de un rojo amapola con forma de cuña en la parte delantera adornada con dos borlas. La pequeña chaqueta era de hacía varias temporadas y no tenía tanto color como tuvo en su momento, pero ese tono la favorecía. Edwina se había dado cuenta de que, dada su particular pigmentación, los tonos pasteles y apagados no eran los que mejor le sentaban. El blanco total le quedaba bien, pero cuando se trataba de poner un poco de color, necesitaba algo fuerte y llamativo.

Y ese era todo su conocimiento sobre moda. O su ausencia de conocimiento. Le gustaban los colores, pero casi no apreciaba las texturas y los cortes. Las tendencias actuales que se basaban en drapeados, envolturas y broches estaban simplemente más allá de su conocimiento. Casi nunca sabía cómo conjuntar la ropa de manera creativa e interesante. Edwina no había heredado la sensibilidad artística de su madre para esas cosas. Por ello, mantenía su armario con prendas sencillas, esperando que cualquier cosa que decidiera ponerse no ofendiera a nadie.

Pero aquel enervante caballero había amenazado su confianza en sí misma con su vestimenta perfecta, sus hermosos chalecos y su colección siempre cambiante de relojes de bolsillo. ¿Qué pensaría de su vestimenta sencilla y fuera de moda?

—¿Dónde vas con tus mejores galas? —preguntó Nicholas.

—Fuera.

—Lo suponía. Fuera, ¿dónde? O quizá deba preguntar: ¿con quién?

—Voy a ir a dar un paseo por el parque.

—Dios mío. Y a la hora que está de moda. Este es un momento trascendental. No puedo recordar la última vez que te vestiste de esta manera. Y ¿con quién vas a dar el paseo, si puedo preguntar? Como tu hermano y antiguo protector, debería saberlo, ¿no crees?

—Con Anthony Morehouse.

—¡No! No puede ser. —Nicholas entró en la habitación—. Confiesa, ¿tienes algo con ese tipo?

—No seas ridículo. Claro que no.

—Puede ser peligroso, querida. Estamos en una posición precaria con él como dueño de El gabinete. No sería inteligente por tu parte bajar la guardia.

—Lo sé, Nickie. Y ya sabes lo importante que es para mí la revista. Sabes

que nunca haría nada que pusiera en peligro todo este trabajo.

—Perdóname, Edwina. Lo sé. Y confío en ti. Solo es que, como nunca habías mostrado ningún interés por un hombre hasta ahora... bueno, al menos desde hace mucho tiempo. Has estado fuera de juego durante muchos años y Morehouse es un maestro en esto. Muy pulido. No dejes que ese cabello dorado y ese encanto pícaro te idiotice.

—Por Dios, Nickie, ¿no confías en mi sentido común? He perdido una apuesta con él, eso es todo. Y he de pagar con un paseo por el parque con él.

—¿Otra apuesta? —Negó con la cabeza y se rió—. Como cuando erais niños. No sé quién está jugando a qué en este juego, pero me mantendré alejado. Solo una cosa, dime qué ha hecho para ganar este paseo por el parque.

—No te lo vas a creer, Nickie, pero me citó a Mary Wollstonecraft como si hubiera memorizado todo el libro de las Reivindicaciones. Incluso tuve que coger un ejemplar de la estantería y leer al mismo tiempo que él recitaba algunos pasajes palabra por palabra. No pensaba que pudiera hacerlo.

De hecho, sí que había sospechado que pudiera, pero no así de meticulosamente. Cuando le pedí que resumiera en una única frase la idea principal que Mary plasma en el libro, respondió sin ninguna duda: «Cree que la mayoría de las mujeres son tontas porque han permitido que el objetivo primordial de sus vidas, y su educación, se centre en cómo complacer a un hombre».

Edwina nunca había oído a nadie decirlo con esos términos tan simples, pero en realidad era un resumen exacto y, en un instante, supo que ya había leído el libro. A la mayoría de sus detractores, quienes obviamente no se lo habían leído, les indignaba que Mary se atreviera a arremeter contra el hombre por hacerle a la mujer la vida miserable. No obstante, ella en realidad estaba irritada con su propio sexo por fomentar, mejor dicho, explotar, la idea de que las mujeres son el sexo débil. Anthony había entendido perfectamente eso.

Sí, Edwina sabía que él ganaría la apuesta, pero aun así la aceptó porque... bueno, porque era un hombre muy atractivo y no veía ninguna razón por la que no pudiera disfrutar de un poco de coqueteo. ¡Había pasado tanto tiempo!

No le resultaba indiferente la admiración que sentían por ella los hombres. Simplemente, no tenía ganas de enfrentarse a ella. Normalmente la

ignoraba. O la rechazaba si se había hecho de forma brusca. Pero nunca dejaba que le afectara. Al menos desde Francia. Pero ahora, de vez en cuando, raramente, una chispa de interés la sorprendía y desataba una pequeña punzada de soledad. No por la compañía humana, cosa que ya tenía, sino por algo más. Algo cariñoso e íntimo.

Desde que Anthony Morehouse pisó por primera vez su estudio, esa extraña chispa de interés había estado brillando con intensidad. A pesar de que no se hubiera convertido en el hombre que ella hubiera esperado. A pesar de que el chico brillante y serio que conocía hubiera permitido que todo lo bueno de él se echara a perder. A pesar de todas esas cosas, Edwina había descubierto que la bondad esencial del chico seguía presente en el corazón del hombre. Y se sentía tan atraída por él como cuando era una niña.

—Cuidado, Edwina —dijo Nicholas—. Morehouse es más listo de lo que pensamos. Ah, he oído algo en la puerta. Creo que ha llegado. Déjame que te acompañe. Y deja de mover ese sombrero, estás preciosa. Cualquier hombre se sentiría orgulloso de pasear junto a ti por el parque. Pero recuerda, hermana, no debes bajar la guardia. Un paso en falso y podría acabar con nosotros.

—Hoy me ha hecho ser un hombre muy popular, querida —dijo Tony mientras maniobraba lentamente el faetón por los caminos abarrotados de Hyde Park—. Creo que todas esas miradas de admiración no son por mí.

—Quizá sea su yunta la que atrae las miradas —contestó Edwina—. No había visto nunca unos caballos pardos tan hermosos.

—Son un premio. Se los gané a D'Aubney hace un par de semanas.

—¿Fruto de otra apuesta? Debí habérmelo imaginado.

—Pero no creo que sean los caballos los que llamen la atención esta tarde —dijo él—. Está espectacular con ese color rojo. Regia como una reina.

Edwina le lanzó una mirada escéptica como si no se creyera sus halagos. ¿Podría dudar realmente de su belleza?

—Me siento un poco como una reina —dijo—, sentada aquí tan alto por encima de los demás. ¿Qué es lo que le hace querer conducir un vehículo que parece tan peligroso? Oh, acabo de responderme a mí misma, ¿verdad? Lo hace porque es tremendamente peligroso. La emoción del riesgo, creo

que así lo dijo.

—Esa es una razón. Sin embargo, existe otra, otra emoción, que hoy hace que merezca la pena. Es tan alto que me concede el placer de ayudarla a subir hasta aquí arriba. Y no veo la hora de poder ayudarla para bajar.

—Qué hombre tan estúpido.

Pero no tan estúpido, en el fondo. Tony había elegido el faetón tan alto precisamente por aquella razón. Había experimentado un gran placer al posar sus manos sobre la cintura de Edwina, ya que tuvo unas vistas espectaculares de sus largas piernas y de la curva de su cadera cuando alcanzó el elevado asiento. También capturó en un breve vistazo la imagen de su esbelto tobillo y su torneada pantorrilla, cuando la falda se enredó momentáneamente. Ya había diseñado un plan para poder mirar más de cerca, si tenía suerte. Y normalmente sí que la tenía.

—No suele pasear por el parque a esta hora, ¿verdad? —preguntó Tony.

—No. Pero ¿cómo puede saberlo?

—La admiran como a algo nuevo. Una bella curiosidad que nadie había visto antes. Es continuo. Parece que vamos a ser asaltados.

Sir Crispin Hollis fue el primero en acercarse y presentarse. En cuestión de minutos, varios conocidos de Tony hicieron lo mismo, se acercaron al faetón para conocer la identidad de la encantadora mujer de pelo negro que estaba sentada a su lado. Tuvo que sofocar algunos comentarios antes de que la conversación tomara un camino desafortunado: muchos de los hombres dieron por sentado que Edwina era su amante, simplemente porque no estaba en la primera flor de la juventud.

No eran los únicos que lo pensaban. Damas respetables se acercaban al faetón desde cualquier sitio. Tony empezó a pensar que no había sido una idea tan inteligente exponer a Edwina a tal escrutinio. Solo quería mostrarla un poco, para levantar la envidia entre sus amigos por tener a su lado una belleza de tal calibre. Por desgracia, no había considerado que podría no ser justo para ella, que su respetabilidad podría ser cuestionada.

Edwina conversaba con facilidad con los caballeros que se acercaban al carruaje. Su voz ronca e intrigante contribuía a que se reforzara la idea de que se trataba de su última amante. Edwina parecía no ser consciente de su efecto seductor mientras estaba sentada, elegante y serena, en su asiento. Tony no podía reprimir una punzada de disgusto por haberla obligado a subir.

De repente, vio una oportunidad para salvar la situación.

Solo unos pocos vehículos los separaban de una elegante calesa que llevaba a su hermana, Sylvia, y a su amiga, lady Walbourne. Saludó a Sylvia, que frunció el ceño, sacudió ligeramente la cabeza y miró hacia otro lado. No cabía la menor duda de que era ella, y que también había pensado lo peor sobre Edwina.

—Perdonen, caballeros —dijo Tony a la multitud que se acumulaba alrededor de su carruaje—, pero nos deben abrir paso. Mi hermana está allí y me gustaría presentarle a la señorita Parrish.

No perdió ni un momento en maniobrar el faetón entre la muchedumbre, girando en dirección a la calesa. Menos mal que no era temporada alta, porque si no, no se hubiera podido mover.

Edwina le sonrió tan cariñosamente que sintió en su estómago un pequeño cosquilleo que casi provoca que se fuera directo contra otro carruaje que pasaba en ese momento.

—Gracias —dijo Edwina en un susurro ronco—. Estaba empezando a sentirme un poco abrumada.

—Lo sé. Lo siento. No quería...

—¿Que pensarán que era su amante? ¿Que no soy muy respetable?

Así que sí que se había dado cuenta.

—Lo siento, querida —dijo—. No esperaba que fuera así, aunque debería haberlo imaginado. Si tuviera cara de bruja, la hubieran dejado tranquila.

—Si tuviera cara de bruja, nadie habría pensado que yo fuera su amante. Ni siquiera si hubiese tenido diez años menos. Pero no se preocupe. Estoy acostumbrada a que los hombres crean que soy lo que no soy.

Edwina le dedicó una expresiva mirada, por si no había entendido lo que acababa de decirle. No fue el caso.

—Pero pondré las cosas en su sitio —dijo Tony— presentándole a mi más que respetable hermana.

—¿Qué? ¿De verdad ha visto a su hermana? Pensé que era una simple treta para poder salir de ahí.

—No, está allí, haciendo todo lo que puede para evitarme. —Acercó el faetón a la calesa y detuvo a la yunta—. Hola, Sylvie. No sabía que estabas en la ciudad. Qué encantadora sorpresa encontrarme contigo. Y con lady Walbourne.

Sylvia se giró hacia él y frunció el ceño, mostrando un descontento que oscureció sus ojos azules.

—Anthony. —Sylvia le correspondió con un movimiento de cabeza con el que le invitaba a no entablar ninguna conversación.

—Tienes que permitirme que te presente a la señorita Parrish. Señorita Parrish, estas son mi hermana Sylvia, lady Netherton, y lady Walbourne.

—Encantada de conocerlas —dijo Edwina.

Sylvia asintió con la cabeza, sonrió levemente y le lanzó una mirada interrogativa a Tony.

—Eras demasiado pequeña para acordarte —explicó este—, pero conocimos a la señorita Parrish cuando éramos niños. Su abuelo era el dueño de Rosedale e iba a visitarlo durante el verano.

Los ojos de Sylvia brillaron.

—¿Rosedale? Es la finca que estaba justo al lado de Handsley. —Sylvia se giró hacia lady Walbourne—. Es donde crecimos —dijo, volviéndose hacia Edwina de nuevo—. Perdóneme por no acordarme de usted. Pero ¡qué maravilloso es encontrarse con alguien de casa!

—No hay ninguna razón por la que deba acordarse de mí —contestó—. Solo fui a Rosedale unas pocas veces, pero lo recuerdo con cariño. Entablé amistad con su hermano. —Edwina ladeó la cabeza hacia Tony—, pero creo recordar que usted era demasiado pequeña como para unirse a nosotros; y sus hermanos mayores, como todos los adolescentes, no querían saber nada de dos niños.

—Sí, es cierto. —La cara de Sylvia dibujó una amplia sonrisa y Tony se dio cuenta de que su tarde se había arreglado—. ¿Se queda en la ciudad durante el verano?

—Los negocios me retienen en la ciudad —respondió Edwina mirando a Tony—, pero intentaré escaparme a la casa familiar de Peak en cuanto pueda. Prefiero el campo.

Hum. Tony no lo sabía. Y la apuesta iba a hacer que se quedara en la ciudad durante el verano. Parecía que estaba haciendo todo lo posible para conseguir no gustarle a esa mujer.

—Me temo que solo me quedaré unos días antes de que tenga que volver a Netherton con los niños. —Sylvia bajó la voz en un susurro de complicidad—. Solo he venido para hacer algunas compras y visitar a mi modista, ya que la competencia es menos eficiente que ella. Como dejo la ciudad en un par de días, me temo que no podré invitarla a hacerme una visita. Pero permítame que lo haga cuando regresemos en primavera.

—Gracias, lady Netherton —dijo Edwina—. Será un honor.

—Un placer haberte visto, Sylvie —dijo Tony—, pero debemos retomar nuestro camino. Saluda a Netherton y a los chicos. Y dile al pequeño Rupert que no me he olvidado de que todavía me debe dos peniques. Me los jugaré con él la próxima vez que lo vea.

—¡Eres un miserable! ¿Puede creerlo, señorita Parrish? Mi hermano le ha enseñado a mi hijo de siete años a jugar al hazard. Y ahora se juega cada penique con todos los mozos de cuadra de la finca. Debería cerrarle la puerta a Anthony cada vez que viene de visita, pero los niños lo adoran, así que no hay nada que hacer.

—Tan solo estoy ayudando al chico dándole una educación útil. —La yunta empezó a moverse impacientemente y Tony tiró fuerte de las riendas—. Debemos irnos, Sylvie. Los caballos se inquietan. Lady Walbourne, un placer.

—Espero que tengan un buen día —dijo Sylvia—. Oh, y Anthony, deberías ir a visitar a madre. Se queja de que no has ido a verla en meses. Adiós, señorita Parrish.

Tony aflojó un poco las riendas y dejó que los caballos trotaran despacio.

—Ya estoy harto de tanta gente. Vayamos por un camino que tenga menos tránsito.

—Gracias de nuevo —dijo Edwina—. Ha sido muy amable por su parte presentarme a lady Netherton y muy amable que me haya sugerido que podríamos visitarnos en primavera. Se parece mucho a usted, ¿sabe? Es muy hermosa.

—El tono de piel de los Morehouse le sienta mejor a ella. Se llevó del anciano los grandes ojos azules, mientras yo solo tengo este mísero gris. Solo de pensar en los corazones que hubiera roto con esos ojos azules...

—Seguro que ha roto muchos corazones con esos ojos grises.

—¿Usted cree? Me lo tomaré como un cumplido, lo sea o no. ¿Y qué me dice de usted, Edwina? ¿Cuántos corazones ha roto con esos ojos oscuros? Además de este corazón de treinta años.

—Nunca he roto su corazón, señor Morehouse, o el de otra persona. No soy una rompecorazones.

—Ha estado leyendo demasiado a Wollstonecraft.

—Parece ser que no tanto como usted. ¿Por qué tengo la sospecha de que lo tenía todo preparado para conseguir que aceptara esa apuesta?

—Un buen jugador siempre sabe cuándo jugar su mano. —Tiró de las

riendas suavemente y dirigió a la yunta hacia un nuevo camino.

—Hablando de manos —dijo ella—, ¿me permite tomar las riendas?

Tony se giró hacia ella y sonrió.

—¿Quiere conducirlo? Creo que no. Es demasiado peligroso.

—Este camino está prácticamente desierto. Incluso aunque no fuera una experta conductora, sería casi imposible que me estrellara con otro carruaje. Pero se da el caso de que sí lo soy.

—¿Ha conducido alguna vez un faetón tan alto?

—No, pero...

—Entonces, seguramente podría volcar o sacarnos fuera del camino.

—No.

—¿Quiere apostarse algo?

Edwina negó con la cabeza y sonrió.

—Nunca cambiará, ¿verdad? En el fondo sigue siendo un niño de doce años. Bueno, yo he crecido. No estaba buscando otra apuesta. Solo había pensado que podría ser divertido conducir este ridículo vehículo. Pero no importa.

—Venga, Eddie, pensé que siempre estaba preparada para cualquier reto. En el fondo es una jugadora, aunque no lo admita.

—Admito que no lo soy. Creo que tengo poco de competitiva, aunque me gusta ganar. Al contrario que usted, no acepto un desafío por la simple emoción del riesgo de perder todo.

—Ah, pero ¿no está arriesgando todo con nuestra pequeña apuesta sobre El gabinete?

Edwina soltó un pequeño bufido.

—Usted me obligó a ello. No tenía más opción que aceptar sus condiciones.

—Y ni siquiera ha escuchado aún las condiciones para este desafío. Puede que le merezca la pena.

—Lo dudo.

—Entonces, establézcalas usted. Pero dentro de lo razonable.

Ella se giró hacia él.

—¿Y qué significa eso?

—Que no puede anular nuestra primera apuesta ni modificar las condiciones con una segunda apuesta.

—Pero ¿puedo jugarme cualquier otra cosa?

Tony pensó la respuesta por un momento y consideró lo mal que Edwina

podría hacerlo. Pero como no tenía intención de perder, tampoco le importaba.

—Sí —dijo él—, puede jugarse lo que quiera. Yo establezco el reto y usted lo que hay en juego.

—Tentador, señor. Pero primero déjeme escuchar el desafío. Al detalle, si es tan amable.

—De acuerdo. —Detuvo la yunta—. ¿Ve ese grupo de árboles de allí delante, a la izquierda del lago del ciervo? Tiene que conseguir llegar hasta allí en... digamos cinco minutos. Si consigue conducir el faetón hasta allí en cinco minutos, por mi reloj, sin salirse del camino o sin volcar, gana.

—¿Cinco minutos? Entonces es una carrera, ¿no?, No una simple prueba para demostrar mi habilidad con las riendas.

—Conducir con habilidad incluye una cierta velocidad. ¿Qué clase de victoria sería si tarda media hora en recorrer una distancia tan corta? El factor tiempo, incluso uno tan moderado como he sugerido, da un valor añadido a la chispa del desafío.

Su frente se arrugó mientras examinaba el camino y la distancia, intentando discernir si se trataba de otra apuesta estúpida. Sin embargo, Tony no tenía ninguna duda de que Edwina aceptaría el reto. Era un objetivo razonable. Es más, lo había calculado para que resultara una victoria sencilla.

—¿Acepta la apuesta?

Respiró profundamente.

—Sí.

—Perfecto. ¿Y qué quiere jugarse?

—Si gano, quiero que se me permita contratar a otro ayudante de dirección para que ayude a la señorita Armitage.

—Hum. Eso no altera precisamente las condiciones de la primera apuesta, pero podría ayudarla a ganar.

—Haría que mi vida fuera menos ajetreada tanto si gano la apuesta como si no. El día tiene demasiadas horas y la revista exige que las dedique todas a ella. Incluso esta pequeña salida le está quitando horas a la producción. Necesito ayuda, pero no puedo pagar por mí misma a más personal. Usted, señor, es el que controla el dinero.

—De acuerdo. Si usted gana, tendrá un nuevo editor. Y si gano yo, escogeré yo al editor.

Edwina le miró inquisitivamente.

—Tiene a alguien en mente, sin duda.

—Puede. Pero el hecho es que, tanto si gana como si pierde, tendrá un nuevo editor. Sinceramente, no veo por qué dejaría pasar una oferta así.

—Se trata de otro truco o algo parecido, ¿verdad? Para devolvérmela por lo de la Minerva. Debe de haber algo más para usted aparte de elegir al editor.

—Está en lo cierto. El editor es para usted. Debería haber algo para mí si usted pierde. Algo personal, creo.

Edwina lo miró con cautela, aunque un brillo de diversión iluminó sus ojos.

—Oh, Dios mío. No me va a gustar, ¿verdad?

—No lo sé. Puede ser. —Le ofreció su sonrisa más seductora y ella se rió.

—¿De qué se trata?

—Quiero sus medias —sentenció Tony.

Los ojos de Edwina se abrieron considerablemente.

—¿Mis medias?

—Sí. Si usted pierde, quiero una de sus medias. Pero no una que esté escondida en algún cajón de su alcoba. Quiero una de las medias que lleva ahora mismo.

Edwina emitió un sonido de asfixia, entre el gruñido y la risa, como si no estuviera segura de si mostrarse indignada o alegre.

—Y supongo que también querrá quitármela usted mismo —dijo Edwina.

—No, no. Nada tan inapropiado como eso. Pero quiero ver cómo se la quita.

Edwina se rió de nuevo y Tony mandó una plegaria silenciosa agradeciendo que no fuera de esas solteras vulnerables que se desmayan ante cualquier comentario sugerente. No estaba seguro de si era del tipo de mujer moderna que Ian había apuntado, pero, claramente, tampoco era una literata puritana. Tony estaba decidido a descubrir qué clase de mujer era exactamente y hasta dónde podría llevarla.

—Usted, señor, es incorregible —dijo mientras seguía sonriendo.

—Lo dicho. ¿Está de acuerdo con los premios?

—Creo que sí. Como pretendo ganar, no me importa. ¿Ahora debemos esperar a que lo refleje todo en su libreta?

—Dejemos a un lado las formalidades por esta vez, ¿de acuerdo? Un simple apretón de manos servirá para sellar el trato.

Tony le tendió la mano y Edwina la apretó como si fuera un hombre, como

él debería haber esperado. Pero Tony cogió las manos entrelazadas y se las llevó hasta sus labios.

—Aquí está la victoria —dijo Tony.



—¡Una abeja! —gritó Tony.

Edwina retrocedió mientras las manos de Anthony revoloteaban delante de su cara. Ella agarró con fuerza las riendas.

—Ahí está. ¡Cuidado! —Las manos de Anthony, de repente, estaban rozando el sombrero de Edwina y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, recibió un golpe en el sombrero, que se torció y le cubrió la cara. ¡No podía ver!

Involuntariamente, Edwina tiró de las riendas y sintió que la yunta se movía nerviosa y desconcertada. Consiguió colocarse el sombrero con una mano, pero la yunta tiró de las riendas y viró hacia la izquierda y Edwina sintió que perdía el control. Sin una pista de adónde se estaba dirigiendo, aunque sí tenía claro que no era hacia la meta establecida, se echó para atrás lentamente y obligó a la yunta a detenerse.

—Es un hombre espantoso. —Levantó los brazos para colocarse correctamente el sombrero y notó que Anthony tomaba las riendas; así ella pudo utilizar las dos manos. Se desató la cinta por debajo de la barbilla y colocó el sombrero en la posición adecuada—. Lo ha hecho a propósito.

—¿Hacer qué? ¿Que se le acercara una abeja?

—No he visto la abeja. Lo ha hecho para distraerme y que perdiera.

Edwina vio que el faetón se había salido del camino y se había detenido unos metros antes del grupo de árboles que hacían de meta. Había perdido la apuesta. Y había sido todo por su culpa.

—Le aseguro, señorita, que había una abeja. No hay ninguna duda de que le atrajeron las flores de su sombrero. Solo pretendía alejarla y mantenerla a usted fuera de peligro.

—Las flores de mi sombrero son de seda, señor, y no tienen ningún interés para las abejas. Me ha engañado para que perdiera.

—¿Por qué me son tan familiares esas palabras? Espere un momento. Ahora recuerdo. Ah, sí. Creo que le dije lo mismo cuando utilizó ese truco con la Minerva.

—No lo engañé, señor. Fui más hábil que usted. Este caso no tiene nada que ver. Ha tenido que recurrir al torpe esfuerzo de cegarme para que perdiera. —Edwina luchaba para ocultar una sonrisa—. No me parece un

comportamiento deportivo y no muestra ninguna delicadeza.

En un momento, la idea de que pudiera llegar tan lejos, con artimañas tan obvias, para ganar una de sus medias provocó que Edwina diera un gorgoteo incontenible de júbilo. Empezó a reírse.

Tony también se unió a ella en la risa. Se trataba de un sonido cómico y melódico, lleno de placer. Sus ojos grises se volvieron plateados, se abrían y cerraban de alegría, y se arrugaban en los extremos en muchos pliegues diminutos. Tenía el aspecto de ser un hombre que se reía con frecuencia, que se deleitaba con las pequeñas alegrías inesperadas de la vida.

—Supongo que ahora estará esperando que le dé mi media —dijo Edwina.

—Es lo mínimo que podría hacer después de que la he salvado del feroz ataque de una abeja.

—¿Era feroz?

—Enorme. Feroz. Nunca había visto una abeja como esa en toda mi vida.

—No me cabe la menor duda. Bueno, no voy a discutir con usted. Verá que puedo ser una perdedora cortés a pesar de las injustas tácticas que ha empleado. Sigo teniendo a un nuevo editor, ¿verdad?

—Así es. Y ahora, yo tendré su media, señorita.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Por qué no? No hay nadie. Estamos alejados de los caminos más frecuentados. Démela ahora, por favor.

—Oh, es usted el hombre más provocador del mundo.

Edwina se agachó y se subió la falda hasta la rodilla lo más alejada posible de su vista.

—La otra, por favor.

Tendría que haber intuido que esa treta no funcionaría. Se colocó la falda en su sitio y, luego, se agachó sobre la otra rodilla. Tony inspiró mínimamente, ella miró hacia arriba y vio que había fijado su mirada sobre la pierna descubierta.

De pronto, se sintió un poco excitada y osada. Una sutil emoción le recorrió todo el cuerpo. Pensar que podía haber atraído, incluso seducido si hubiera querido, a aquel hombre tan atractivo. Había pasado mucho tiempo desde que Edwina se había permitido corresponder al interés de un hombre. Casi se había olvidado de lo agradable que podía ser un cierto coqueteo. Le hacía sentirse joven otra vez. Enérgica.

Iba a tener un poco de diversión altamente inapropiada con Anthony Morehouse.

Se inclinó hacia abajo y se quitó el zapato. Luego, agarró la falda y se la subió ligeramente hasta la rodilla, dejando al descubierto la liga. La desató despacio y, después, la levantó permitiendo que los extremos revolotearan suavemente en la brisa.

—También me quedo con esto —dijo Anthony.

Edwina lo miró.

—La liga no era parte de nuestro trato, señor.

—Pero ya no la necesita, ¿verdad? —Tony levantó una mano con la palma hacia arriba.

Edwina suspiró. Era una de sus ligas favoritas, pero dejó caer la cinta de seda bordada sobre su mano. Sus dedos la atraparon.

—Sin duda, las colecciona como trofeos.

—Proceda, por favor —dijo Tony, sonriendo.

Edwina empezó a enrollar la media desde arriba. Afortunadamente, llevaba unas medias buenas de seda, de color rosa pálido. Por desgracia, habían sido muy caras.

Miró a Anthony mientras iba deslizando muy despacio la media hacia abajo y dejó expuesta su pierna desnuda a la brisa fresca. Los ojos de él no se apartaron ni un segundo de su pierna y la mirada era tan penetrante como si la estuviera tocando físicamente. A Edwina le dio un escalofrío de manera involuntaria.

Continuó con deliberada lentitud al desprenderse de la seda, acompañándola con una mano a lo largo de la pierna para proteger el delicado tejido. Anthony respiraba por la boca y el ruido que producía era rápido y ligeramente ronco. Edwina sonrió.

Cuando llegó al pie, casi lo levantó por instinto hasta la rodilla, como hacía cada noche en la privacidad de su alcoba al quitarse las medias. Pero allí no lo haría. En vez de eso, simplemente levantó la punta del pie, deslizó la media por encima y se la quitó. La mujer permitió que la seda rosa rozara toda su pierna mientras se la llevaba hasta el regazo.

El frío suelo que quedó bajo su pie desnudo la hizo despertar de aquel juego de seducción y volver a la tierra. Señor, ¿qué le había pasado? Rápidamente, se bajó la falda y metió el pie dentro del zapato. Alzó la mirada hacia Anthony y deseó fervientemente no haberse ruborizado. Enrolló la media y la posó sobre la mano extendida de Anthony.

Tony mantuvo la mirada de Edwina mientras se acercaba la media a la

nariz y, luego, a los labios. Ladeó su boca dejando paso a una sonrisa de medio lado y metió la media en un bolsillo interior de la chaqueta, donde Edwina pudo ver la cinta bordada de su liga favorita que sobresalía ligeramente.

—Gracias —dijo Tony—. Ha merecido la pena enfrentarse a una feroz abeja.

—Espero encarecidamente que no muestre en público mi ropa interior, señor, ondeándola delante de sus amigos como gesto de victoria.

Tony bajó la voz hasta un susurro seductor y suave.

—No tengo la menor intención de compartirla con nadie, se lo aseguro.

Luego tiró de las riendas y puso a los inquietos caballos a un trote lento mientras dirigía el faetón de vuelta al camino.

—Y usted tendrá a su nuevo ayudante en esta semana —dijo él en un tono de voz más normal—. Conozco a la mujer apropiada para ayudar a que El gabinete desarrolle su máximo potencial.

Un tenue pinchazo de alerta le bailó por toda la espalda a Edwina.

—¿Quién es?

—Una buena amiga. Se llama Flora Gallagher.

Edwina se atragantó.

—¿Flora Gallagher? ¿La mismísima Flora Gallagher?

—No conozco a ninguna otra mujer con ese nombre, así que puedo asegurar que se trata de la mismísima Flora Gallagher.

—Bien, entonces no trabajaré para mi revista.

—Ah, pero se está olvidando de dos asuntos muy importantes, querida. Primero, es mi revista. Segundo, acaba de perder el derecho a elegir a su propio ayudante.

—Entonces, no tendré ningún ayudante, muchas gracias. Preferiría trabajar el doble de duro antes de tener a... a esa mujer trabajando para la revista.

—Demasiado tarde para cambiar el juego, Edwina. Tendrá a un ayudante y lo elegiré yo. Y elijo a Flora.

—Ha ido demasiado lejos, señor. Esa mujer no tiene cabida en una empresa respetable. Imagínese si las lectoras supieran que la bien conocida señora Gallagher está relacionada con El gabinete. Nos inundaría una oleada de cancelaciones de suscripciones. ¿O quizá sea ese su plan? ¿Una hábil artimaña para asegurarse de que pierdo la apuesta de El gabinete?

—Me sorprende, Edwina. Pensé que una mujer con su inteligencia y su conciencia social no se apresuraría a juzgar las decisiones de otra persona

menos afortunada que usted.

—¿Menos afortunada? Es una cortesana famosa con una serie de amantes ricos y de la nobleza.

¿Entre los que se incluye Anthony?

—Y ella escogió esa vida en vez de pasar hambre en la calle —dijo Tony—. Al contrario que usted, no nació en una posición desde la cual tendría un amplio abanico de opciones a su alcance. Pensaba que usted estaría encantada de ayudar a una mujer como ella a conseguir un trabajo respetable. Pensaba que era la defensora de los oprimidos. ¿Ahora dónde está su compasión?

Maldito hombre. Anthony sabía perfectamente cómo atacar los puntos débiles de Edwina. De hecho, ella condenaba la vida miserable que algunas mujeres se habían visto obligadas a llevar. No le podía revelar a Anthony que, entre las actividades que financiaban con los beneficios desviados de El gabinete, estaba una escuela que enseñaba a escribir y a leer a estas chicas y mujeres y donde les proporcionaban las nociones básicas para poder encontrar un trabajo digno.

¿Pero Flora Gallagher?

—No puede decirme —replicó ella— que con el salario, por pequeño que sea, que le podríamos pagar compensaría... todos los demás ingresos a los que está acostumbrada.

—Por cierto —dijo él—, Flora está retirada. Por desgracia, se dedicaba a una profesión no apta para mujeres de una determinada edad. Así que se ha borrado de las listas, por así decirlo, pero no sin antes garantizarse su futuro. Si no me equivoco, Flora es una mujer muy rica.

—Entonces, ¿por qué motivo estaría interesada en trabajar para una revista femenina?

—Porque está aburrída. Me ha dicho un centenar de veces que quiere ocupar su tiempo con algo, algo útil. El gabinete sería perfecto para ella. Podría ser su editora de moda.

—Oh, no. Moda otra vez no.

—Flora tiene buen ojo para la moda y es íntima de los mejores diseñadores de la ciudad. Sus consejos sobre moda atraerían a nuevos lectores. Nuevos suscriptores.

Maldita sea, la estaba manipulando de nuevo. Tony sabía muy bien que Edwina estaba teniendo problemas para aumentar el número de

suscripciones.

—Como he sugerido antes —dijo Anthony—, una sola ilustración de moda en cada número no es suficiente. Las mujeres quieren leer sobre tendencias, nuevos tejidos, nuevos accesorios, nuevos peinados. Flora podría hacer todo eso. Es más, probablemente no habría nada que la hiciera disfrutar más.

—Usted está decidido a minar todo el trabajo duro que he realizado, ¿verdad? Todos estos años he estado haciendo de El gabinete una publicación de primera calidad con contenidos buenos, consistentes y racionales. Y quiere destruirlo con temas frívolos que desarrollen la vanidad de las mujeres en vez de su intelecto.

—La revista ya incluye temas «frívolos». Tiene la pequeña sección de moda. Tiene la sección de poesía sentimental y romántica. Tiene a la Entrometida, y no puedo imaginar nada más frívolo que los consejos que da. ¿Qué diferencia habría con una sección más amplia de moda?

—Una gran diferencia. Se tildaría a la revista de seguir una dirección que enérgicamente he evitado. Pondría en peligro todos mis objetivos.

—Supondría más suscripciones.

—No me importa. No merecería la pena.

Tony la miró de reojo.

—Si no acepta a Flora, si falla y no cumple nuestro acuerdo, entonces creo que podría examinar esos libros contables que tanto se encarga de mantener fuera de mi alcance.

Edwina inhaló aire rápidamente.

—¿Los libros contables?

—Eso o Flora. Si no cumple con una apuesta, entonces puedo no cumplir yo con otra.

Edwina suspiró en señal de derrota. Estaba acorralada. Maldito fuera.

—De acuerdo. Acepto que Flora Gallagher trabaje para la revista. Pero en contra de mi voluntad.

Tony se giró hacia ella y sonrió.

—Buena decisión. Además, apostado a que le gustará Flora.

—No cuente con ello.

—Me arrinconó en un callejón sin salida, Pru. No tenía otra opción.

—Pero... ¿la señora Gallagher? Oh, Dios mío.

Los ojos azules de Prudence se abrieron como platos. No había dicho nada más que «Oh, Dios mío» desde que Edwina le había comunicado lo de la nueva «editora de moda», quien vendría aquella misma mañana con Anthony. Claramente, estaba sobrecogida por lo de la señora Gallagher. La tímida Prudence no hubiera tenido ocasión de conocer a una mujer como ella si no fuera por eso.

Lo más raro de todo era que la ayudante de dirección no parecía estar indignada por el hecho de que esa mujer se entrometiera en su negocio. Al contrario, parecía fascinada. Incluso mostraba un poco de entusiasmo.

—Bueno, debemos hacerlo lo mejor posible —dijo Edwina—. El señor Morehouse está decidido a endilgarnos un editor de moda, así que debemos aprender a trabajar con... esa mujer. Pero también debemos ser lo más discretos posible con esto. No quiero que vaya de boca en boca que un notable miembro de las mujeres mundanas está relacionada con El gabinete.

—Es bastante escandalosa, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Creo que ha sido relacionada con un buen número de caballeros.

—Sí, así es.

Prudence bajó la voz hasta casi un susurro.

—¿Cree que el señor Morehouse...?

—¿Es uno de sus amantes? Es posible. Más que posible. Casi seguro. — Edwina supo que era cierto desde el momento en que Tony se refirió a la señora Gallagher como una amiga.

—Oh, Dios mío.

—¿Cómo si no iba a conocer a una mujer así?

—No lo sé. ¿Te dijo que se había retirado?

Edwina asintió con la cabeza.

—Entonces, quizá fue su amante, pero ahora ya no.

—Quizá. No importa, ¿verdad? —Excepto porque era una razón más por la que no quería a esa mujer trabajando para ella.

—Bueno, al menos eso significa que... bien, él está disponible. Es decir, que no se involucrará de otra forma.

Edwina miró a su amiga desde el otro lado del escritorio.

—Pru, no te haces una idea de cómo es ese hombre, ¿verdad? Espero que no te estés poniendo una venda en los ojos con respecto a él.

—¿Yo? —La voz de Prudence salió como un chillido y se ruborizó—. ¿Y el señor Morehouse? No, por Dios. No con él. Quiero decir, o con ningún otro, por supuesto.

Su rojez se intensificó y se expandió por el cuello y las orejas. Era obvio que estaba avergonzada. ¿Existía alguien? ¿La silenciosa y sencilla Prudence, que no salía nunca ni conocía a nadie nuevo? ¿Quién podía haber llamado su atención? Prudence continuó:

—Qué idea más tonta. ¿Una criatura maravillosa como el señor Morehouse con alguien como yo?

—¿Crees que es maravilloso?

—¿Tú no? Es tan apuesto. Quiero decir, ese cabello dorado y esos ojos azules. Aunque son más grises que azules, ¿no? Y la ropa tan bonita que lleva y sus exquisitos modales. Y todos esos elegantes relojes de bolsillo. Sí, de hecho creo que es bastante deslumbrante. —A Prudence se le escapó una risita tonta y embarazosa. No solía ser tan locuaz. Quizá no hubiera nadie más. Quizá se sentía atraída por Anthony—. Es tan apuesto como tú —añadió—. Haríais una pareja asombrosa.

—¡Pru!

—Bueno, es verdad. Y tengo la sensación de que no te es tan indiferente como dices.

Así que era eso lo que tenía en su cabeza. Después de todo, ninguna fantasía.

—Querida, has estado leyendo demasiadas historias románticas de Simon. No tengo ningún interés por Anthony Morehouse. —No era del todo mentira. Simplemente, no estaba interesada en él de la manera que su amiga pensaba. No.

—¡Oh, puf! —Prudence hizo un gesto de rechazo—. He visto esa mirada que tienes cuando estás con él.

—Una mirada de fastidio la mayoría de las veces.

—Bien, no quiero presionarte. Pero si me preguntas, es un hombre encantador que, obviamente, busca encontrarse contigo. No te haría ningún daño si, por una vez, bajases la guardia.

Era por eso, por haber bajado la guardia, por lo que ahora Edwina tenía que lidiar con una cortesana retirada como su editora de moda. Tenía que admitir, sin embargo, que había sido muy satisfactorio darse cuenta del efecto que le había causado a Anthony cuando se quitó la media. Había disfrutado.

Podría ser divertido bajar la guardia otra vez, una o un par de veces más. Después de todo, no era una chica ingenua. Prudence tenía razón; no le haría ningún daño. Siempre y cuando pudiera mantener el control de sí misma, se preguntaba hasta dónde podría llegar su pequeño cortejo.

Antes de que pudiera responderse, unas voces en el pasillo anunciaron la llegada de Anthony y la señora Gallagher.

Anthony tenía razón en cuanto a lo de la nueva e infame editora de moda. A Edwina le gustó desde el primer momento.

El salón de la planta de arriba, donde tomaron té y pasteles, parecía más pequeño que de costumbre debido a la fuerza de la personalidad de la señora Gallagher. Su voz no era muy fuerte, pero brotaba de una manera muy seductora. Algo en su forma de ser hacía que uno se sintiera importante, interesante y... alegre. Edwina se descubrió a sí misma sonriendo mientras conversaban.

Ella podía ver por qué los hombres se fijaban en la señora Gallagher. Aunque no era hermosa, era muy atractiva, a pesar de que su cabello rojo brillante no hacía justicia a la gloria de su naturaleza y llevaba más maquillaje del necesario. Tenía una sonrisa cautivadora e iba muy bien vestida. Definitivamente, se trataba de una mujer que sabía un par de cosas sobre moda.

Flora, como ella misma insistió en que la llamaran, las había abrumado a ella y a Prudence con muchas expresiones repetitivas de aprecio por la oportunidad que le brindaban de ser la editora de moda de El gabinete. Pero no era en ningún sentido empalagosa y su entusiasmo parecía de verdad. Y tenía muchísimas ideas.

—Creo que es un movimiento muy sabio —dijo ella— el de ampliar su cobertura en moda.

Edwina lanzó una mirada elocuente en dirección a Anthony.

—Ha sido una decisión complicada, pero me he visto obligada a hacer cambios en esa dirección.

—Me lo puedo imaginar —dijo Flora—. La revista de las damas ha ampliado sus reportajes sobre moda y todo el mundo que conozco los lee religiosamente. El museo mensual de las damas tiene dos ilustraciones de moda, mientras que su revista solo una. Las de ellos están muy poco

descritas, por lo que será fácil ganarlos en cuanto a eso. Y, por supuesto, está La galería de la moda.

—No tengo la menor intención —dijo Edwina— de competir con esas publicaciones.

—Tiene toda la razón —respondió Flora—. No se trata de llegar y satisfacer a un gran público de élite. Usted querrá llegar a la mujer media, como la esposa del tendero o la hija del carpintero. Es a ese tipo de mujer a la que más le interesa lo que lucen las damas de la alta sociedad.

Edwina suspiró.

—Supongo que tiene razón.

—Por supuesto que sí. —Flora sonrió compungidamente—. Y eso significa más que una breve descripción de las ilustraciones extraídas de publicaciones francesas. Lo ideal sería contar con ilustraciones originales tomadas en la calle. Está bien saber qué llevan las damas en París esta temporada, pero otra cosa es saber qué llevan las damas en Londres, quién les ha hecho los vestidos, dónde obtienen los tejidos, etc. Atraería a más lectoras con noticias sobre los vestidos que se llevan en Covent Garden o en Hyde Park que describiendo los elegantes diseños de Longchamps.

—Ahora, no me diga que Flora no sería una editora de moda perfecta. —Anthony se puso de pie, provocando el choque de un reloj de bolsillo contra otro con un sonido tintineante—. Es evidente que sabe lo que hay que hacer. Como propietario de este negocio, le concedo todo mi apoyo en este asunto. —Tony miró a Edwina diciéndole que esperaba que ella hiciera lo mismo—. Las dejo, señoritas, para que puedan discutir los detalles.

La editora se levantó cuando él anunció que se iba, pero Tony la paró en su intento con un gesto de la mano.

—No se moleste. Conozco el camino.

Lo hizo para no darle la oportunidad de recriminarle en privado las ideas de Flora. Hizo una reverencia a las tres damas y, luego, se precipitó hacia la salida.

—Sinvergüenza —masculló Edwina.

—Oh, querida —dijo Flora—. Intuyo que nada de esto ha sido idea suya.

Edwina volvió a sentarse en su sofá.

—No exactamente —contestó Edwina y sonrió avergonzada—. Solo pedí un ayudante. Pru y yo estamos abrumadas por el trabajo. Fue el señor Morehouse quien insistió en darle el nombre de editor de moda al ayudante.

—Así que la han obligado a contratarme. Pobre, querida. —Soltó una risita

sonora—. Ha debido de ser un gran impacto.

La sonrisa de Edwina se hizo más grande.

—Lo fue, de hecho. Pero he estado considerando todo lo que ha dicho. ¿Sinceramente cree que podríamos aumentar sustancialmente el número de suscripciones si añadimos reportajes de moda?

—Sin ninguna duda. ¿Es tan importante?

Prudence, que había estado callada como una tumba, se atragantó con el té. Flora se giró hacia ella y enarcó las cejas.

—Es extremadamente importante —dijo la ayudante en un tono tímido—. De lo contrario, Edwina perdería El gabinete.

—¿Qué quiere decir? —Flora miró a Edwina mientras preguntaba—. ¿Perder El gabinete? Quizá no lo haya entendido, pero tenía la impresión de que Anthony era el dueño.

—Lo es —respondió Edwina—. A menos que consiga dos mil nuevos suscriptores antes de noviembre.

Flora gruñó.

—No me diga que se ha apostado con usted la propiedad.

—Sí.

—Un sinvergüenza, sin duda —dijo Flora meneando la cabeza—. El chico siempre está inventado alguna apuesta tonta de uno u otro tipo. Es absolutamente despreciable que juegue a ese tipo de juegos con usted.

—Es exactamente lo que yo pienso —dijo Edwina—. Pero es la única manera con la que puedo esperar ser la propietaria absoluta de la revista. Y es lo que más quiero en el mundo, junto con el control que conllevaría.

Flora la miró pensativamente.

—Bueno, entonces —dijo—, me parece que es la manera en la que Anthony quiere ayudarla a que gane la apuesta. Por lo que a mí respecta, le aseguro que si añade más reportajes de moda y más imágenes a El gabinete, será más probable que alcance la meta.

—Sospecho que las intenciones del señor Morehouse son las de sacarme de quicio —dijo Edwina. También creía que Tony quería ganar la apuesta, solo para devolverle todas aquellas veces en las que ella le había vencido cuando eran pequeños. Y quería recuperar la Minerva. Lo había dejado muy claro. A pesar de que a alguien podía parecerle que sus acciones ayudaban, Edwina sospechaba que Anthony sabía que el hecho de que el nombre de Flora se asociara de alguna forma con El gabinete conllevaría una

disminución de suscriptores en vez de un incremento—. Sin embargo —continuó—, estoy obligada a estar de acuerdo con usted en cuanto a lo de los reportajes sobre moda, por mucho que me duela decirlo.

—No es una revista de moda lo que tiene en la cabeza, ¿verdad? —preguntó Flora.

—Ni por asomo.

—Aunque el nombre sea El gabinete de las damas de moda.

—El nombre ya estaba puesto cuando heredé de mi tía abuela las riendas de la dirección de la publicación. Pero hemos trabajado muy duro para mejorarla, convertirla en algo más que un poco de diversión de usar y tirar. El señor Morehouse, sin embargo, no escuchará. No lo entiende.

Flora dejó la taza, se levantó de la silla y se acercó a Edwina para sentarse a su lado en el sofá.

—Creo que yo lo entiendo —dijo Flora—. He leído El gabinete durante algún tiempo. Es bastante obvio qué es lo que está intentando hacer.

—¿Sí? —preguntó Prudence. Su voz sonó casi como un chillido.

—Sí, por supuesto. El mensaje es sutil, pero muy constante. Quieren que las mujeres sean fuertes, que piensen por sí mismas, que busquen y reciban una educación adecuada y que tengan un mayor control sobre sus vidas.

Edwina contempló a Flora con la boca abierta de sorpresa. Esa mujer, esa infame cortesana, había definido con precisión el objetivo de El gabinete. Era increíble.

—No se sorprenda —explicó Flora, como leyendo su pensamiento— de que una mujer como yo pueda captar sus intenciones. Me parezco más a usted de lo que se piensa, Edwina. Después de todo, las dos somos mujeres independientes, haciendo lo que podemos para tener el control de nuestras vidas. He vivido la mía bajo mis propias condiciones. Nunca he estado atada a un hombre, pero sí que los he usado para mantener mi independencia. Se sorprendería de cuántas mujeres que han seguido el mismo camino que yo la apoyan, querida. Apoyamos las mismas reformas que usted.

—¿Reformas? —Prudence lanzó una mirada cautelosa hacia Edwina.

Prudence no era la única que estaba pensando en las otras actividades que El gabinete apoyaba. Pero Flora no podía saberlo. ¿O sí?

—¡Por supuesto —Flora continuó— que no pueden predicar reformas específicas en las páginas de la revista! Me temo que tendría muy pocas lectoras si hicieran eso. Pero las reformas sociales son el punto clave de lo que publican, cuando fomenta la educación para las mujeres, cuando

fomenta cierto nivel de independencia. Lo que estoy diciendo es que una gran mayoría de las mujeres como yo las apoyan. Solo que hacemos las cosas de forma diferente. —Emitió una risita, burlándose de sí misma—. Por ejemplo, podemos influir sutilmente en la opinión de un hombre de maneras en las que su mujer nunca podría hacerlo.

—Siempre he creído —dijo Edwina— en la importancia de educar a las mujeres en materias sociales y políticas precisamente por esa razón; así podrían, de cierta manera, influir en sus maridos, que, al fin y al cabo, son los que pueden votar.

La editora no podía creerse que estuviera manteniendo esa conversación con una prostituta de renombre. Era una situación muy extraña.

—El hecho de que las mujeres no tengamos poder político —continuó Edwina— no significa que no tengamos ningún poder. No somos simples objetos decorativos. Tenemos cerebro. Tenemos que aprender a usarlo.

—El cerebro —dijo Flora— no es incompatible con la belleza, como muy elocuentemente ha demostrado, querida. Ha sido muy inteligente por su parte incluir en la revista un mínimo de esos temas menos serios, como la moda, que ayudan a atraer a las mujeres para que lean el resto.

—Pero usted y el señor Morehouse parece que están de acuerdo en que me tengo que comprometer más en cuanto al contenido.

—No necesariamente —prosiguió Flora—. Ya ha aceptado la ineludible necesidad, aunque le desagrade, de atraer al menos ese aspecto atractivo del carácter femenino: la vanidad. Ahora, todo lo que necesita es intensificar la seducción de su público con un mayor enfoque hacia la moda. Eso se traducirá en más lectoras, lo que a su vez se traducirá en más dinero. Una vez que los ingresos hayan aumentado, podrá derivarlos hacia un contenido más progresista. Es la forma en la que funcionan los negocios.

—Madre mía —dijo Prudence—. Suena tan... tan razonable.

Flora se rió.

—No tendría que sorprenderle. Una mujer en mi posición debe tener cabeza para los negocios, o por lo menos para la estrategia, si quiere sobrevivir. Y creo que la mejor estrategia en este caso es atraer a nuevas lectoras con un poco de moda, un poco de glamur, una visión breve de las vidas de la clase alta. Según vayan pasando las páginas, muchas de ellas leerán el resto del contenido. Con el tiempo, se habrán convertido sutilmente a la manera de pensar que tienen ustedes.

—Oh, Edwina —dijo Prudence—. Creo que Flora tiene toda la razón del mundo. Piensa en cuántas lectoras podríamos influir. ¡Es tan emocionante! Edwina sonrió.

—De acuerdo. Son demasiado persuasivas. Aunque en mi corazón crea que las mujeres son completamente capaces de estar encantadas con lo racional, permitiré temporalmente una ampliación de la frivolidad. Pero solo como un experimento. Sin embargo, no permitiré la difamación ni el cotilleo ni el escándalo en las páginas de El gabinete. Tengo unos límites. Estaba diciendo, Flora, que necesitamos más imágenes...

—Originales, no copias.

—Lo que significa buscar a un nuevo artista y quizá incluso a un nuevo grabador. Llevará tiempo. ¿Y dónde van a encontrar esa moda que deben extraer de la calle?

—Déjeme eso a mí —contestó Flora.

—Pero mientras tanto —interrumpió Prudence—, Flora podría empezar con los reportajes en sí, incluso si no disponemos aún de las ilustraciones de moda para acompañarlos. ¿Quizá para el próximo número?

Edwina no recordaba cuándo había visto a la dócil y silenciosa Prudence tan entusiasmada. Entre las dos, tres con Anthony, Edwina se sintió como si hubiera sido transportada en una rápida diligencia por un camino hacia un destino desconocido. Odiaba tener cabos sin atar bajo su control. Lo único que había que hacer era tomar las riendas.

—Sí, Flora —convino ella—. Creo que es mejor que comencemos ahora mismo. Le dejo a usted, con la ayuda de Pru, la búsqueda de nuevos artistas y grabadores. Tenemos un número que se imprimirá esta semana. Imber, nuestro impresor, me matará, pero ¿cree que podrá confeccionar un reportaje para mañana?

—Haré todo lo que pueda. Esta tarde voy al teatro. —Le dedicó una sonrisa maliciosa—. Puedo tomar notas.

—Pru, podríamos prescindir de la reseña biográfica de la señora Montague y reemplazarla con el reportaje de Flora. ¿Qué piensas?

—Creo que es una idea estupenda.

—De acuerdo, entonces. Pongámonos manos a la obra.

Dos semanas después, El gabinete de las damas de moda hizo honor a su nombre por primera vez en años. El reportaje sobre moda de Flora, bajo el

seudónimo de Vestis Elegantis, era un poco chismoso pero sin ser escandaloso, e incluía una gran cantidad de detalles sobre las distintas modas vistas en la ciudad. Fue todo un éxito. Los libreros informaron de que habían agotado en cuestión de días todos los ejemplares no suscritos y todos ellos aumentaron el pedido para los próximos meses. Llegó una pila de cartas pidiendo más información sobre moda y un gran número de nuevos suscriptores. Edwina había dado un paso que la acercaba a la meta.

Se giró hacia Flora, que estaba inclinada sobre el escritorio leyendo la lista de suscripciones.

—De acuerdo, me ha convencido —dijo Edwina—. Ahora, ¿qué más podemos hacer para ganar esta maldita apuesta?



—Por supuesto que vienes con nosotros a Newmarket, Morehouse —dijo lord Skiffington—. Tengo un joven caballo castrado muy veloz en la carrera y he conseguido que Tibbets lo monte. Te digo que es algo seguro.

—Suena muy bien —dijo Tony—, pero creo que esta vez no me interesa.

Este no tenía ninguna intención de viajar a Newmarket. Aquellas excursiones de un día casi siempre se alargaban a tres o cuatro días de juergas considerables y no tenía el menor interés en irse tanto tiempo de Londres. Alejado de Edwina y de El gabinete. Si alguien preguntaba, contestaría que tenía que hacerse cargo de una nueva inversión. Simplemente, no quería alejarse de Edwina justo ahora, cuando estaba haciendo muchos progresos en su propósito de verla flaquear.

Skiffy se echó hacia atrás y observó detenidamente a Tony a través de su lupa interrogante.

—¿No vienes?

—Me temo que no, viejo amigo.

Su señoría miró a todos los que se concentraban alrededor de la mesa de la cafetería tras una larga noche de juegos infernales.

—Rápido, que alguien llame a un médico. El chico no se encuentra bien.

—Últimamente he notado —dijo lord D'Aubney— que Morehouse se abstiene de acudir a los acontecimientos y a los locales donde uno espera encontrárselo. Es más, me he estado preguntado cuál podría ser la causa de un comportamiento tan inesperado en él. Solo se me ocurre una respuesta.

—Una mujer —sugirió Ian Fordyce. El comentario llamó la atención de Tony y, cuando lo miró, Ian le guiñó un ojo.

—Oh, Dios mío —dijo sir Crispin Hollis—, debe de ser esa elegante criatura a la que paseaba por el parque.

—¿Una elegante criatura? —Skiffy se acercó con la silla a Tony—. Perro astuto. ¿Quién es? ¿Otra nueva ambición para calentarte la cama?

—Nada de eso —respondió Tony.

—Es la editora literata, ¿verdad? —dijo Ian—. La ha mostrado públicamente como su amante.

—De ninguna manera. —No aún.

—Pero es con la que te han visto paseando en el parque, ¿no? —insistió

Ian.

—He paseado con ella un par de veces. —Había conseguido que Edwina aceptara dar otro paseo con él sin necesidad de que hubiera una apuesta de por medio. Después de lo ocurrido con la media, solo quería verla a solas, lejos de todo lo que representaba la revista. Habían pasado una tarde muy agradable juntos, con un mínimo de burlas, riñas y críticas. Hablaron casi todo el rato de sus días en Suffolk cuando eran niños y Tony dejó que Edwina divagara sobre sus temas favoritos de la reforma y la educación. Tony estaba intentando idear una situación u ocasión en la que pudiera salir con ella por la noche, pero el momento oportuno aún no se había presentado.

—¿Has estado paseando con la literata? —preguntó Skiffy.

—Por lo que vi, no era una literata —dijo sir Crispin—. Nada por el estilo. La mujer era de una belleza fuera de lo común. Una imagen real. Tampoco era una jovencita. Con la voz de sirena, tan provocativa como una cama deshecha. Pensé que era la amante de Morehouse hasta que vi que se la presentaba a su hermana.

—La señorita Parrish es una mujer respetable —dijo Tony—, así que ten cuidado con lo que dices de ella.

—Oh, Señor, Tony. —Ian bebió un largo trago de la jarra de cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Lo has hecho, ¿verdad? Has perdido la cabeza. Te has enamorado.

—¿Y qué si lo ha hecho? —preguntó D'Aubney—. Si la mujer es guapa...

—Lo es —contestó sir Crispin.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Después de todo, no se va a casar con ella. —D'Aubney se giró hacia Tony—. ¿Verdad?

—Por el amor de Dios —dijo Tony—. ¿No puede uno coquetear un poco sin que nadie le pregunte?

—Te dije que la revista no te traería más que problemas —dijo Ian—. Esa mujer te ha hechizado. Probablemente hará que trabajes más para la maldita revistilla, ¿verdad? Te digo que te está tomando como a un tonto, amigo mío. Deberías alejarte de ella antes de que... bueno, antes de que se resuelva todo lo relacionado con la revista.

—Si yo tuviera una mujer como esa —dijo sir Crispin—, no podrías mantenerme alejado de ella.

—Es despampanante, ¿eh? —preguntó Skiffy.

—Sí —respondió sir Crispin—. ¿Dónde demonios ha estado escondida?

—No se ha mostrado mucho en sociedad —contestó Tony.

—¿Por qué no? —preguntó Skiffy—. Muchas mujeres, en especial las hermosas, quieren que se las vea en sociedad. ¿Tiene algún escándalo del pasado u otra cosa que quiera ocultar?

—No, que yo sepa. Creo que no le interesa la vida social.

—Has dicho que es toda una belleza —dijo D'Aubney.

—De los pies a la cabeza. —Tony no iba a mencionar que llevaba medias rosas, atadas cuidadosamente con una liga que ahora escondía en un cajón de su cómoda—. Cita a Wollstonecraft —continuó y todos los sentados a la mesa gruñeron colectivamente—. Y predica las reformas.

—Bien, ahí está, entonces —dijo Skiffy—. Puede que sea una belleza, pero ningún hombre podría aguantar a una mujer como ella por mucho tiempo. —Le dio un escalofrío dramático—. Nunca he soportado a las charlatanas. Primero un pequeño gruñido y, luego, quizá incluso un pequeño grito en el momento oportuno. Pero las charlatanas no son el viento que impulsa mis velas.

Una risa subida de tono inundó el ambiente y la conversación tomó una dirección más procaz. Nadie volvió a mencionar a Edwina, pero Ian lanzó un par de miradas de complicidad a Tony.

Su amigo estaba en lo cierto: Tony estaba hechizado. Pero no podía determinar qué tipo de hechizo caía sobre él. Le gustaba muchísimo Edwina y la respetaba. No siempre estaba de acuerdo con ella en su visión del mundo y disfrutaba incitándola con opiniones opuestas solo para oír sus razonados argumentos. Había una honestidad en ella que admiraba. Su idealismo, su pasión por las reformas, su preocupación por los trabajadores de las fábricas y la educación de los pobres eran sinceros. Escucharla le había hecho plantearse sus opiniones.

Edwina había hecho que se diera cuenta de que había pasado por la vida como la mayoría de los hombres de su misma clase social, siguiendo el camino que sus padres y sus abuelos les habían marcado, sin pensar más allá de lo que se esperaba o no en un hombre de su posición social. Por primera vez en años, Tony se encontró a sí mismo estudiando detenidamente sus opiniones y considerando posibles alternativas.

Que le gustara una mujer, una hermosa mujer, por sí misma, y no por el mero placer que podría provocarle, era una experiencia desconocida para Tony.

Sin embargo, la verdad sea dicha, no había cambiado mucho, porque seguía buscando también el placer. A veces, cerraba los ojos y evocaba una imagen de sus largas y elegantes piernas, la imagen que había visto y que le cortaba la respiración, y soñaba con que lo rodearan de manera firme. Oh sí, quería que le proporcionara placer, e intuía que ella también estaría interesada en experimentar un poco de placer. Después de todo, Edwina no se había mostrado como una mojigata. Se había quitado la media a plena luz del día y se la había dado.

Eso le daba esperanzas a Tony y tenía algunas ideas más acerca de cómo probar esas aguas de nuevo. No podía permitirse perder tiempo en un viaje a Newmarket. Y sin embargo...

—Cuéntame más sobre ese joven caballo castrado, Skiffy. ¿Dices que es algo seguro?

A la tarde siguiente, Tony se encontró a sí mismo una vez más en Golden Square. Cuando entró en el estudio, vio a Edwina, Prudence y Flora inclinadas sobre el escritorio, hablando las tres a la vez totalmente ajenas a su presencia.

Tony empezó a preguntarse si podría estar a solas con Edwina en algún momento otra vez. Era por su culpa. Había sugerido lo de Flora para exasperar a Edwina, lo que le provocaba un placer perverso. Pero parece que su plan se había vuelto contra él. Las tres mujeres parecían llevarse muy bien.

Anthony se apoyó en la puerta y observó en silencio durante unos minutos cómo las tres damas discutían algo sobre las ilustraciones de moda. Edwina sonrió, rió y tocó el brazo de Flora un par de veces. Era obvio que se habían convertido en buenas amigas. ¿Cómo de buenas?, se preguntaba. ¿Le habría contado Flora lo de su relación pasada? Y, si lo había hecho, ¿habría alguna diferencia? Edwina tenía que saber que él no había vivido treinta y un años como un monje.

No se avergonzaba de su relación con Flora. Había sido como un golpe de Estado para un joven de veinticinco años mostrarse en público con una amante de dudosa reputación, incluso a pesar de que Anthony se imaginaba que ella nunca le había sido completamente fiel. Pero la había querido y sabía que ella había sentido algo hacia él. Le enseñó mucho sobre la vida, el amor y las relaciones íntimas. Incluso después de que su affaire

terminara, siempre habían sido amigos y quedaban con frecuencia. Esperaba haber hecho lo correcto involucrándola en sus negocios.

Al final, Edwina alzó la mirada y lo vio.

—Pase, señor Morehouse.

—Anthony, querido. —Flora acercó la mejilla para que la besara—. Qué placer verte. Tenemos noticias fascinantes.

—¿Sí?

—No se lo va a creer, señor Morehouse —dijo Prudence—, pero Lionel Raisbeck ha aceptado ser el artista para las nuevas ilustraciones de moda.

—¿Raisbeck? —Tony miró a cada una de las tres mujeres y vio en sus ojos un brillo de triunfo. Se trataba de un pintor de retratos muy famoso y miembro de la Real Academia. No había duda de que estaban muy satisfechas.

—Es un amigo —dijo Flora— y no ha podido resistirse a mi apasionada oferta.

Tony le clavó la mirada y se preguntó cuánto de apasionada había sido la oferta. Sin embargo, Flora no apartó la mirada y él no iba a preguntar.

—Es una noticia fantástica —asintió—. Creo. ¿Cuánto me va a costar?

—Ahora viene lo mejor de todo —contestó Edwina—. Ha aceptado cobrar la tarifa normal de media corona por diseño. Así, tendremos grabados bonitos y, sin duda, aumentaremos las suscripciones sin gastar ni un chelín de más. Ve, señor Morehouse, después de todo, voy a ganar nuestra pequeña apuesta.

—No esté tan segura. ¿Ha aumentado el número de suscripciones desde el último número con el reportaje de Flora?

—De hecho, sí que ha aumentado —dijo Prudence—. Hemos recibido unas treinta suscripciones nuevas esta semana.

Edwina frunció el ceño y apartó la mirada. No le había gustado que Prudence hubiera descubierto su mano. A pesar de mostrarse confiada, no estaba cerca de ganar.

—¿Treinta? —dijo Tony—. Qué éxito tan emocionante para usted. Solo le quedan mil novecientas setenta más.

—Hombre horrible —dijo Flora, pero le dedicó una de sus sonrisas más radiantes—. Tienes que perdonarnos, querido. Prudence y yo tenemos cosas que hacer.

Flora cogió de un gancho de la pared un sombrero de paja y un chal de

muselina de la India y se los dio a Prudence. Luego cogió su sombrero, más elegante, de la mesa.

—Tenemos que salir —dijo ella.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Tony.

—Oh, señor Morehouse —dijo Prudence mientras se ataba el lazo del sombrero debajo de la barbilla—, es muy emocionante. Flora ha conseguido...

—Venga, Prudence. —La nueva editora cogió por el brazo a la joven y la condujo hasta la puerta—. Tenemos prisa. Edwina puede darle los detalles de nuestro próximo triunfo.

Flora salió con un gesto de despedida desgarrado, tirando de la parlanchina Prudence.

Tony se esforzó por no sonreír. Si lo había entendido bien, Flora acababa de arreglárselas para dejar un momento de privacidad a Tony y a Edwina. No había admitido la profundidad de su interés hacia ella, aunque Flora no habría podido dejar de darse cuenta de su atracción hacia Edwina. Se preguntaba si esta le habría dicho algo a Flora. ¿Quizá le habría confesado su atracción hacia él? ¿Habría organizado la antigua cortesana esa torpe salida en nombre de Edwina?

Esa posibilidad lo azotó con una oleada de euforia que le recorrió todo el cuerpo.

La sensación disminuyó ligeramente cuando Edwina recuperó su posición habitual detrás del bastión de su escritorio. Pensaba que le daba una sensación de invulnerabilidad, de dominio, tener esa gran mole protectora entre ellos.

¿De qué tenía miedo?

Tony apartó una pila de papeles y se apoyó en el borde del escritorio. Edwina hizo una mueca, frunciendo el ceño por la intromisión de su cadera y su muslo en su territorio privado. Sin embargo, no dijo nada, y rápidamente agachó la mirada fingiendo que estaba ocupada con algún documento.

—Prudence se ha convertido, sin duda, en su mejor gregaria —dijo Tony—. Parecía un tímido ratoncito. Qué cambio. Quizá se esté acostumbrando a mi presencia.

—Es la influencia de Flora. La ha acogido bajo su ala.

Tony se rió.

—No puedo imaginarme una asociación más extraña. Pero Flora, algunas veces, puede llegar a ser irresistible.

Edwina levantó la mirada; su elegante ceja dibujó un leve interrogante.

—¿Sí?

Tony ignoró la pregunta implícita y se sacudió una pelusa de la manga de la chaqueta.

—Bien. Dígame cuál es el otro triunfo. Primero Lionel Raisbeck. ¿Qué más?

La expresión de Edwina se suavizó y sus ojos se iluminaron con una especie de entusiasmo, aunque no estaba muy segura de ese nuevo triunfo. O no muy segura de si debía revelárselo.

—Flora ha estado hablando con algunas de las mejores modistas —dijo ella—. Ha sugerido que las ilustraciones se extraigan de los modelos de cada modista y que se refleje el nombre de cada una de ellas en cada diseño.

—Suenan muy bien, pero ¿dónde está el triunfo? ¿No hacen lo mismo otras revistas?

—Casi nunca. Normalmente no se menciona a las modistas. Pero el triunfo reside en que, a cambio de esa pequeña publicidad gratuita, las modistas han acordado con Flora mostrarle cada nuevo vestido confeccionado para algunas de las damas más influyentes de la clase alta, quienes los lucirán en ocasiones determinadas. De esta manera, podrá describirlos con más detalle que si los viera a distancia. Cree que con esos detalles El gabinete marcará la diferencia con otras publicaciones.

—Dejemos que Flora siga adelante con este pequeño acuerdo quid pro quo.

—Y empezando ahora, el proceso estará en marcha para la temporada en la que se dan los grandes acontecimientos sociales. Debo confesar que es una idea maravillosa.

Su sonrisa avergonzada reflejó cuánto le había costado esa confesión. No quería dar tanto espacio a la moda.

Anthony le devolvió la sonrisa.

—¿No le había dicho que sería buena para la revista?

—Sí, lo dijo, y lo es. Por supuesto, estaba enfadada con usted, pero me gusta. Es una mujer poco corriente y fascinante.

—Sí que lo es.

—Quizá no esté tan contento con ella cuando se dé cuenta de cuánto me han ayudado a ganar la apuesta sus esfuerzos. Pru solo ha mencionado las suscripciones que han llegado por correo esta semana. No ha incluido la

gran cantidad de suscripciones que hemos recibido de varios libreros. Esas también cuentan.

—No se confíe, querida. Aún le queda un largo camino por recorrer y estoy dispuesto a recuperar la Minerva. Pero no se preocupe, cuando usted pierda la apuesta en noviembre, estaré más que encantado de que siga siendo la editora. —Sonrió maliciosamente.

—¡Es un hombre odioso!

—¿Qué ha hecho ahora?

Tony miró por encima de su hombro para ver a Nicholas Parrish descansando bajo el umbral de la puerta.

—Me está tomando el pelo de nuevo —dijo Edwina y miró exasperadamente a Tony.

Nicholas entró en el estudio, rodeó el escritorio y se hundió en el sofá del lado opuesto, sin dejar de mirar a Tony.

—Mientras solo te esté tomando el pelo —dijo él—, no lo echaré.

Edwina se rió pero aunque lo hubiera dicho en broma, había un poco de seriedad sucinta en el comentario. Tony tenía la impresión de que a ese hombre no le gustaba. Ya fuera por el nuevo papel de Tony como jefe de su hermana o porque desconfiara de sus intenciones con respecto a ella, Nicholas actuaba bajo el papel de hermano protector cada vez que se encontraban el uno con el otro.

—No hay necesidad de usar pistolas en la madrugada, Parrish. Únicamente le estoy recordando a su hermana que tiene un largo camino por delante antes de que pueda hacerse ilusiones de ganar la apuesta. Me temo que no aprecia mis pequeños recordatorios.

Nicholas continuó clavándole la mirada con los ojos entreabiertos.

—No, me temo que no lo hace.

—Oh, pero Nickie, tenemos muy buenas noticias —dijo Edwina, apartando su atención de Tony.

Edwina procedió a contarle a su hermano lo de Raisbeck y el acuerdo de Flora con las modistas.

Nicholas estaba visiblemente impresionado con la idea de que un artista como aquel fuera a diseñar los grabados para El gabinete. Pero fue cuando Edwina le explicó el plan de Flora cuando sus ojos se iluminaron con un entusiasmo genuino.

—Y supongo que Pru se está haciendo cargo —dijo él— de todo para solicitar un pago suplementario de los anunciantes, ¿no es así?

—Sí.

—Gracias a Dios. Piensa en todos esos ingresos adicionales.

Los dos hermanos compartieron una mirada de complicidad. Aquella mirada reforzó la idea de Anthony acerca de que algo estaba ocurriendo en El gabinete, y era algo que guardaba relación con los beneficios y con esos libros contables de los que se tenía que mantener forzosamente apartado. ¿Cuál sería el papel de Nicholas?

—El futuro, sin ninguna duda, parece brillar más en el horizonte —dijo Edwina. Se puso de pie y salió de detrás del escritorio—. Voy a bajar a preparar un poco de té. De Bohea esta vez —añadió, y envió a Tony una mirada burlona—. Y quizá un poco de tarta de crema del señor Gibb en honor a las buenas noticias. Me reuniré con ustedes arriba en un momento.

Cuando se fue, Tony se apartó de la mesa y se colocó los faldones.

—Nunca podrá sorprender a alguien con todo ese ruido metálico en la cintura —dijo Nicholas y se puso de pie con un solo movimiento grácil. Tenía la misma gracia de movimiento fluido y el mismo atractivo moreno que su hermana.

—No soy de la clase de persona a quien le gusta ir sorprendiendo a los demás —respondió Tony. Ajustó la cadena del reloj y dejó que los relojes de bolsillo chocaran unos contra otros—. Prefiero anunciar mi presencia con una fanfarria, por así decirlo.

—Bonitos relojes —dijo Nicholas—. Ese en particular, el del mechón de pelo. ¿De una novia?

Tony tocó el reloj relicario con el rizo rubio detrás del cristal. ¿Nicholas estaría preocupado por si Edwina tenía una rival en la lucha por su afecto?

—Es de mi madre.

—Ah.

Nicholas pasó junto a él y se dirigió a la puerta. Tony le paró con un breve toque en el brazo.

—Mire, Parrish. Si va a actuar como el hermano protector y preguntarme mis intenciones con su hermana, puede ahorrárselo.

Nicholas lo miró por un momento, luego su cara dibujó una amplia sonrisa.

—Morehouse, ni soñaría con entrometerme en la vida privada de Edwina. Si lo intentara, ella me mataría. Si decide tener algo con usted, es su problema.

—Bien, entonces. Aunque debo decir que su actitud no es la normal. Creo

que la mayoría de los hermanos no serían tan displicentes al respecto.

—No somos, como debería saber, la familia más convencional del mundo.

—Conocí a su abuelo cuando era niño. Recuerdo que era un hombre excepcional.

—Algún día deberá hablarme de él. Nunca lo conocí bien. No tuve la oportunidad que tuvo Edwina de pasar los veranos con él. Pero sé que no aprobaba el comportamiento de mamá.

Tony recordó lo que su padre le contó sobre la familia de Edwina hacía muchos años.

—¿Porque ella era una artista?

—Por eso y por su arrogante desprecio hacia lo convencional. Tenía una personalidad un tanto abrumadora, un temperamento de artista. Brillante, pasional, resuelta. La vida con mamá era un tanto caótica. No sabíamos qué iba a ser lo próximo que haría. Cada uno de sus pensamientos estaba dirigido a su arte. Siempre estaba buscando algo nuevo que hacer, algún sitio al que ir en busca de fuentes de luz. Siempre fue persiguiendo la luz. Así murió.

—¿Cómo?

—Había una fuerte tormenta y quería acercarse para observar mejor los efectos de los relámpagos en el cielo. Papá intentó detenerla, pero no lo consiguió. Subió al pico más alto del vecindario y allí buscó refugio bajo un árbol. Pero cuando la encontramos, ya estaba muerta. El árbol fue alcanzado por un rayo.

—Dios mío.

—Fue un momento duro. Papá se aisló completamente. Edwina fue quien lo pasó peor. Pero consiguió reponerse y siguió su propio camino: otro caos.

—Francia.

—Sí, Francia. Pero creo que, aunque mamá hubiera vivido, Edwina hubiera tenido una vida poco convencional. Mamá nos enseñó desde pequeños que debíamos descubrir cuáles eran nuestras pasiones y perseguirlas. Edwina lo ha hecho siempre. Siempre ha hecho lo que ha querido, desde que era pequeña.

—Comprobé esa cabezonería cuando éramos niños. —Tony sonrió—. No ha cambiado mucho, ¿verdad?

—De hecho, sí que ha cambiado. Nunca ha vuelto a ser la misma desde que volvimos de Francia. Oh, es más cabezota que nunca, pero mucho más tranquila. Ya no es impulsiva o rebelde. Odia el desorden de cualquier tipo.

Siempre quiere tener todo bajo control.

—Sí, me he dado cuenta.

—Lo que significa que no toleraré ninguna interferencia por mi parte. Sobre todo si nos referimos a hombres.

Interesante. Ha dado a entender que ha habido hombres en la vida de Edwina. Después de todo, debía de ser de esas mujeres que reniegan del matrimonio y no tienen escrúpulos en tener amantes.

Tony se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿ha habido muchas ocasiones en las que ha tenido que abstenerse de interferir?

—Mire, Morehouse, Edwina puede que sea la mujer más independiente que conozco, pero es muy bella y, con frecuencia, el objeto de atención de los hombres. Han estado revoloteando alrededor de su falda desde que era pequeña. Pero si le digo la verdad, generalmente no les hace caso. No quiere tener nada que ver con ellos. —Entornó un poco los ojos mientras miraba a Tony—. No le han interesado los hombres desde hace mucho tiempo.

Oh, Dios. ¿Qué estaba intentado decir Nicholas? Después de todo, ¿Edwina era una de esas otras mujeres? ¿De las que Ian había sugerido?

—Existen cosas más relevantes para mi hermana que el romance —continuó Nicholas—. El gabinete lo es todo para ella. Ha sido el centro de su vida durante muchos años. Si desea una advertencia fraternal: no subestime su dedicación a la revista. No la insulte asumiendo que se trata de una diversión frívola. Es algo muy importante para Edwina.

—¿Está dando a entender que debería renunciar a la apuesta y darle la revista así como así?

Nicholas ladeó la cabeza mientras reflexionaba sobre la pregunta.

—No —dijo finalmente—. No creo que deba hacerlo. Por muy extraño que parezca, su estúpida apuesta le ha permitido ver más ampliamente qué es lo que debe hacer con El gabinete. Este asunto con Flora, por ejemplo, le va a proporcionar más lectores. Es lo que siempre ha querido, pero era demasiado cauta, sin querer comprometerse más de lo absolutamente necesario. Su maldita apuesta puede que sea lo mejor que le ha pasado. —Sonrió—. Pero no le diga que se lo he dicho.

—Estoy encantado de oírle decir esto, Parrish. Había empezado a pensar que mi desafío impulsivo no era del todo una mala cosa.

—Entonces, ¿no le importa si pierde?

Tony estaba apunto de bromear sobre lo de que nunca perdía, cuando una idea cegadora le reveló que esta vez quería perder. De hecho, sin habérselo admitido a sí mismo, había estado haciendo todo lo posible para asegurarse la derrota. Había justificado lo de Flora y los reportajes sobre moda como una simple forma de mejorar el negocio, pero la verdad era que esperaba que todos los esfuerzos de Edwina incrementaran el número de suscripciones. No por el negocio, sino por ella.

—Tengo la esperanza de perder —dijo Tony—. El gabinete debería pertenecer a Edwina. —Le dedicó una sonrisa y se hizo eco de sus palabras —: Pero no le diga que se lo he dicho.

—Entonces, toda esa frustración y todas esas quejas que le oigo decir cada vez que viene...

—Son el resultado de tomarle el pelo, nada más. Es parte de nuestra relación competitiva. No es fácil mantener una simple conversación entre nosotros. Bromeamos, discutimos y nos provocamos mutuamente. Pero no es nada serio, se lo aseguro. No tengo ningún plan para con la revista. —Era cierto, aunque fuera en ese momento cuando se estuviera dando cuenta de ello—. Sé lo importante que es para ella.

—Entonces, por Dios, Edwina debe ganar la apuesta, Morehouse; de lo contrario, no va haber nadie que pueda vivir con ella.

—Aunque no se dé cuenta, estoy haciendo todo lo que puedo para que así sea. —Tony dio una palmadita amigable en la espalda de Nicholas y se dirigió con él hacia las escaleras para ir al salón; una nueva amistad había nacido entre ellos.

La conversación fluyó hacia otros temas. Había algo que seguía preocupando a Tony, algo que Nicholas había dicho que no podía quitarse de la cabeza.

«No le han interesado los hombres desde hace mucho tiempo.»

Anthony pensó en su cómoda soltería, su cercanía con Prudence, la facilidad con la que había entablado una amistad con Flora, la manera en la que tocó el brazo y el hombro de Flora tan a la ligera.

Entonces, ¿era Tony el primer hombre por el que se sentía atraída después de tanto tiempo? ¿O simplemente estaba jugando con él, cuando en realidad no tenía el más mínimo interés por él o por cualquier otro hombre?

Por Dios, tenía que descubrirlo.

Pasaron una tarde sorprendentemente agradable tomando té. Edwina siempre había notado cierta tensión entre Anthony y Nicholas, pero parecía que ya no era el caso. Los tres se rieron y bromearon con una facilidad asombrosa.

Pero Nicholas, siempre inquieto, no se quedó mucho tiempo y se disculpó nada más terminar de tomar una taza de té y un trozo de tarta.

Anthony, por el contrario, no mostraba ninguna intención de irse. Estaba cómodamente clavado en uno de los extremos del sofá, con un brazo puesto descuidadamente sobre el respaldo.

—Hábleme de la Minerva —dijo Tony.

—¿A qué se refiere?

—A la razón por la cual aparece estampada en la cabecera de El gabinete.

—Oh. Bueno, siempre ha sido especial para mí, símbolo de muchas cosas. Me cautivaron las Letras Clásicas cuando era pequeña. Al final, llegué a soñar en los ideales republicanos basados en el ejemplo de Roma. Es lo que me llevó a Francia. Durante todo este tiempo, la Minerva ha sido una especie de símbolo para mí, un símbolo de mí misma como una guerrera contra la tiranía y la opresión.

—¿Una guerrera?

—Con mi pluma como arma. Sigue inspirándome, por eso está en la cabecera. —Y por eso Edwina lucharía hasta la última suscripción para asegurarse de no perderla.

—Ha pasado tanto tiempo luchando sus diferentes batallas —dijo él—, que no ha tenido tiempo para una vida propia.

—Tengo una vida.

—Una vida sola.

—No completamente sola.

—Pero sin marido e hijos. Creo que ha seguido muy literalmente las opiniones de Mary Wollstonecraft. Ella desprecia que se malgaste el tiempo aprendiendo a complacer a los hombres, por lo que usted ha despreciado también ese aspecto de su vida. ¿Por qué si no una mujer tan bella sigue aún sin contraer matrimonio?

—Ya hemos mantenido esta conversación, señor.

—Pienso que es porque nunca se ha tomado el tiempo de aprender cómo atraer el interés de un hombre. Probablemente, nunca se haya enamorado.

Edwina se estremeció.

—Se equivoca. Sí me he enamorado.

—¿De un hombre?

Edwina lo miró boquiabierta.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—No se preocupe, querida. Si el gran amor de su vida ha sido una mujer, nunca lo utilizaré en su contra. Pensaría que es una lástima, desde una perspectiva completamente egoísta, por supuesto. Pero nunca la condenaría por ello.

¡Qué difícil era no echarse a reír! ¿Era eso lo que pensaba de ella? ¿Que era una mujer que rechazaba a los hombres porque prefería a las mujeres? No había duda de que la estaba provocando otra vez. Quizá podía morder el anzuelo en esta ocasión y jugar un poco con él.

—Qué detalle por su parte, señor. Es más sofisticado y tiene la mente más abierta que la mayoría.

Anthony alzó una ceja.

—Tan abierto de mente como para saber que una mujer como usted es, generalmente, receptiva a cualquier nueva experiencia. Como la de aprender a obtener placer con un hombre.

—¿Una mujer como yo?

—No convencional.

—Ah. ¿Entonces quiere hacerme convencional?

—No todo lo convencional debe desdeñarse, querida. Qué suerte tener a Flora a mano. Debería aprender un par de cosas de ella.

—¿Qué tipo de cosas?

—Quizá podría enseñarle cómo dar placer a un hombre.

Seguía provocándola, pero se vio obligada a retroceder en su camino. Una parte de ella quería que él supiera que no era de esa clase de mujeres que estaba describiendo, que no era una solterona seca sin sentimientos ni deseos.

—¿Qué le hace pensar que no sé cómo dar placer a un hombre?

Se rió.

—¡Edwina! A menos que haya llevado una vida secreta ligera de cascos, ¿qué puede pensar uno? Es una literata consumada, una soltera de treinta años...

—Veintinueve.

—Que prefiere la compañía de mujeres. Rara vez sale de casa. Tiene libros

en vez de amantes. Tiene proyectos en vez de hijos. No tiene relaciones románticas, que yo sepa. Demonios, cuando la besé el primer día, en sus ojos solo había risas, no deseo ni placer.

—Pareció disfrutar cuando me quité la media para usted.

—Puro espectáculo. E intuyo que es la primera vez que hace algo tan perverso en toda su vida. En cambio, se queda en su pequeño mundo, enroscada como un erizo, con miedo a que alguien se acerque. Excepto, por supuesto, Prudence. Y ahora, Flora.

—¿No se me permite tener amigas?

—No me sorprendería que hubiera una relación más allá de la simple amistad entre usted y Prudence.

—¿De verdad?

—Por lo menos, pasa más tiempo con ella que el que dedica a salir para conocer y codearse con caballeros.

—¿Y todo eso significa que probablemente no sepa darle placer a un hombre?

—Lleva soltera mucho tiempo, querida. Si alguna vez lo supo, creo que se le ha olvidado.

—¿Quiere que apostemos algo?

Los ojos de Tony se abrieron.

—¿Una apuesta?

—Sí, otra apuesta. Parece que es la única manera en la que podemos llegar a un acuerdo usted y yo. Apuesto a que sé cómo proporcionarle placer a un hombre.

Los espléndidos ojos grises de Anthony la miraron como acariciándola. Consideró por un momento que acababa de cometer un error terrible.

—Me intriga, señorita. Y creo que sabe lo que se quiere jugar, ¿verdad?

—Sí.

—Dígame.

—Ahora que nos hemos asegurado de que el señor Raisbeck diseñará nuestras ilustraciones de moda, y debo añadir que sin ningún coste extra para usted, es importante que tengamos el mejor grabador que sea capaz de otorgarles el realismo necesario. Me gustaría contratar a Benjamin Jarvis. Es el mejor, pero es caro. Tío Victor nunca nos permitiría contratarlo. Si gano la apuesta, quiero su permiso para realizar un gasto extra en su contratación, para las ilustraciones de moda y para cualquier otra ilustración

que decidamos publicar.

—Para usted, todo tiene que ver con El gabinete, ¿verdad? De acuerdo, entonces. Tendrá a su señor Jarvis, si demuestra que sabe cómo darle placer a un hombre.

Tony entrecerró los ojos.

—Pero ¿cómo lo demostrará?

—Lo demostraré, señor, con usted.



Edwina se levantó muy despacio de la silla y se acercó hasta Anthony. Él podría haberle dicho que ya había ganado, aunque no lo haría, por supuesto. Había presionado y bromeado con la esperanza de que se llevara a cabo una demostración real, como parecía que iba a ocurrir; pero el hecho de que ella hubiera hecho una apuesta al respecto, le hizo sentir una emoción aún mayor.

Tony cambió la postura para intentar ocultar la excitación que apareció en su ingle.

—No se mueva —dijo ella.

Edwina estaba tan cerca, que la muselina blanca de la falda de su vestido rozó las rodillas de Tony. Ella se estiró como un gato, levantando los brazos y posando las manos detrás de la cabeza. Al arquearse hacia atrás, la tela de la blusa se apretó contra su pecho.

Tony siempre había admirado la elegancia y la gracia de sus movimientos, pero nunca la había visto moverse de esa manera. Tragó saliva. De repente, sintió que la corbata le apretaba y lentamente se la aflojó.

Después de un momento, en el que creyó que simplemente estaba posando, se dio cuenta de que se estaba quitando las horquillas del pelo. El complicado recogido de moños y trenzas pronto se deshizo, acompañado del sonido metálico de las docenas de horquillas al caer al suelo. Dejó que cayera su enredada melena negra sobre los hombros y comenzó a peinarse pasando los dedos entre el pelo, desde la raíz hasta las puntas, una y otra vez hasta que los enredos desaparecieron por completo y las trenzas se deshicieron. Unas ondas negras cubrieron casi por completo su cara. Luego, echó la cabeza hacia atrás y sacudió el pelo de forma que parecía que tenía una nube negra sobre ella.

La respiración de Tony se aceleró.

Edwina se acercó a él y separó sus rodillas adentrándose entre ellas. Cuando miró hacia abajo, comprobó la excitación de Anthony. Luego, levantó la mirada hasta sus ojos con una sonrisa que reflejaba que sabía lo que acababa de ocurrir. Había ganado. Podría haber parado.

Pero no lo hizo.

Edwina se movió sinuosamente muy próxima a Tony y levantó una rodilla

para posarla en el sofá, entre las de él. Se agachó de tal manera que le obligó a desplazarse a un lado. Al final, él estaba prácticamente tumbado, con una pierna estirada a lo largo del sofá y con un pie aún sobre el suelo. Tenía la cabeza apoyada en un cojín que descansaba sobre el brazo de madera tallada del sofá. Edwina se sentó entre sus piernas.

—Ahora, Anthony —dijo con una voz como si cantara suavemente; su voz nunca estaba ronca—, déjeme que vea qué puedo hacer para que esté más cómodo.

Era la primera vez que le llamaba Anthony. Pero no podía pensar en eso. No podía pensar en nada en ese momento.

Edwina comenzó jugueteando con su chaqueta. Era una chaqueta cruzada, por lo que primero desabrochó el lado derecho, luego el izquierdo y, por último, deslizó las manos por debajo y la abrió. Apoyó la palma de las manos sobre su chaleco y lo miró a los ojos. Los de Edwina eran oscuros como la noche, y lo empujaban hipnotizado hacia sus profundidades.

Edwina se inclinó, haciendo que sus labios se rozaran, y apoyó su pecho contra el de él. Tony no pudo resistirlo más y alzó los brazos para abrazarla, pero ella los retiró.

—No, Anthony. No necesito ninguna ayuda. Échese hacia atrás y permítame darle placer. Relájese.

Tony dejó caer las manos e intentó relajarse, pero era difícil porque cada uno de sus instintos quería dar rienda suelta a su deseo.

Edwina deslizó las manos por encima del chaleco y sus hábiles dedos comenzaron a desanudar la corbata que Brinkley le había anudado perfectamente por la mañana. Aflojó el nudo y Tony levantó la cabeza ligeramente, para que ella pudiera deshacerlo por completo. Cuando la corbata le cayó por encima de los hombros a Tony, Edwina cogió los extremos y comenzó a atarlos detrás del cuello. Según los iba tensando, se acercaba más y más a él, hasta un punto en el que sus narices se rozaron. Tony se arqueó para besarla, pero ella se apartó y solo pudo alcanzar a tocar su suave mejilla. Edwina le acarició la oreja y, con la lengua, le lamió el lóbulo. Luego, lo mordió con suavidad provocando un pequeño tirón.

La temperatura de la habitación había subido considerablemente.

Con un rápido movimiento de manos, Edwina retiró por completo la corbata y la dejó caer a un lado. Su siguiente objetivo eran los botones del chaleco. Uno por uno. De nuevo, sus manos se deslizaron por debajo de la prenda y se la quitó. Sus palmas se apoyaron sobre su pecho y Tony pudo

sentir el calor que desprendían, a pesar de la fina camisa que aún separaba sus pieles. Lo siguiente fue desabrochar el primer botón empezando por arriba. Dejó al descubierto la parte superior del torso de Anthony. Él respiró profundamente cuando Edwina trazó con su dedo un camino que empezó por su barbilla, bajó por el cuello y llegó hasta donde permitió la abertura de la camisa. Al inclinarse Edwina para besarle la piel desnuda de su pecho, Tony no pudo reprimir un suave gemido.

Edwina se sentó y lo contempló con una mirada digna de la cortesana más hábil. Sin apartar la mirada, alcanzó a desabrocharse el prendedor situado en el centro de su canesú y lo dejó caer al suelo. El pañuelo que antes sujetaba quedó suelto. Cogió uno de los extremos y tiró de él muy despacio. Así, dejó al descubierto un hermoso pecho blanco.

Anthony se quedó sin respiración.

Edwina se inclinó hacia delante, de manera que la tersa piel de sus senos descansaba sobre la piel desnuda del pecho de Tony. Él cerró los ojos y tuvo la sensación de que era como si estuvieran los dos desnudos. Era casi imposible contenerse. Ella comenzó a besarle el cuello mientras que él echaba la cabeza hacia atrás para no impedirse. Edwina marcó un camino con su lengua hasta la mitad de su torso. Como estaba completamente doblada sobre él, los brazos de Anthony actuaron instintivamente y la rodearon.

De nuevo, los apartó.

—Anthony, Anthony. Ya sabe que no puede ayudar. Ponga las manos detrás de la cabeza y cierre los ojos.

Hizo lo que le había pedido. Lo retomó donde lo había dejado, pero esa vez sus manos siguieron las de él. Edwina se las acarició con algo. Algo suave. Tony pensó que sería el pañuelo, porque sintió unos lazos en los extremos. Lo deslizó entre los dedos y por la sensible piel de las muñecas. Se retorció de tal manera que sus gloriosos senos le cubrieron la cara. Anthony movió la mejilla entre los suaves montículos y acarició la tersa piel con la nariz. Empezaba a besar el valle de su escote cuando, de repente, sintió que el pañuelo le ataba las muñecas y abrió los ojos de golpe.

¡Edwina le había atado las manos al brazo del sofá!

Sabía que era una mujer a la que le gustaba tener todo controlado, pero nunca se había imaginado que llegara hasta ese punto.

—Así no se verá tentado de ayudar —dijo ella—. ¿Tiene hambre, Anthony?

No, no hable. —Le posó un dedo sobre los labios—. Por supuesto que tiene hambre.

Edwina se levantó del sofá, dejándole atado e indefenso. Regresó con una tarta de crema en sus manos. Se sentó a su lado, empujando con su cadera su más que obvia excitación. Un hilo de sudor le recorría la sien y la mandíbula.

Edwina comió un trozo de tarta, saboreándolo descaradamente, y dejó que le quedara un poco de crema sobre su labio superior. Sacó la lengua y, despacio, se lamió el labio retirando el resto de crema, luego se la pasó por las comisuras y, por último, hizo que la lengua recorriera toda su boca en un movimiento circular largo y lento.

El corazón de Tony latía muy rápido y fuerte. El sonido retumbaba en sus oídos.

Edwina hundió un dedo en la tarta y lo sacó con un pegote de crema. Acercó el dedo a los labios de Anthony y le permitió que disfrutara de la felicidad exquisita de lamer la crema. Edwina no retiró el dedo y él se lo metió en la boca, haciéndolo girar con la lengua en círculos y chupándolo. Edwina cerró los ojos y dejó escapar un leve gemido de placer que fue lo más erótico y excitante que había hecho hasta entonces.

Retiró el dedo de la boca y se lo introdujo en la suya, chupándolo mientras lo miraba a los ojos. Se inclinó tanto hacia delante que su cara quedó a unos pocos centímetros de la de Anthony. Por fin, pensó él, iba a besarlo. Pero no lo hizo. Edwina apartó la cara haciendo que su largo cabello cayera sobre la cara de Anthony. Poseía una abundante melena, suave, y olía a claveles. Lo movió de un lado al otro rozándole la cara, el cuello y el pecho. ¡Dios mío!

Cuando comenzó a besarlo a lo largo de la clavícula, Tony empezó a retorcerse, apretándose suavemente contra ella. Ardía de deseo por ella. Lentamente, Edwina continuó el recorrido de besos por el cuello, la barbilla y finalmente (¡finalmente!) sus labios planearon sobre los de él. Anthony levantó su boca hacia la de ella, pero ella se alejó un poco.

—Anthony.

Tony pudo sentir la forma que adquirieron sus labios cuando pronunció su nombre. Solo el paso del aire los separaba.

—Anthony.

El ronroneo profundo y ronco de su nombre en esos labios, el suave pecho descansando sobre su torso desnudo, el olor que desprendía su cabello,

todo ello mezclado con una sensación de puro deseo, lo dejaron sin sentido y jadeando.

—Anthony —dijo, pegada a su boca, los labios rozando los suyos pero aún sin besarlos—, ¿le he dado placer?

—Oh, Dios mío, sí.

Tony volvió a levantar la boca para atrapar la de ella, pero ya no estaba. Se desplazó hacia un lado, se puso de pie y se sacudió la falda.

—Bien —dijo ella—, he ganado.

Edwina recuperó su pañuelo, que no estaba realmente bien atado (si él hubiera querido podría haberse deshecho de él en cualquier momento), y se agachó para recuperar su prendedor. Recogió algunas horquillas que tenía cerca y se aproximó a la mesa de té. El pañuelo recuperó su lugar inicial rápidamente, pero la mujer decidió que no había nada que hacer con el pelo. Así que, se sirvió otra taza de té y se acomodó en la silla que había ocupado antes. Dio un trago reparador y miró por encima del borde de la taza hacia Anthony. Comprobó que no se había movido.

—Bueno, señor, ¿tendré mi grabador?

Anthony dio un gran y ruidoso suspiro y se sentó. Su camisa seguía aún abierta, permitiendo contemplar los abdominales de su dorado pecho.

—Señorita, puede tener lo que desee. Cualquier cosa.

Edwina sonrió por dentro y dio otro sorbo al té. Lo necesitaba. Necesitaba apartar de su mente que lo que había hecho había sido un acto de pura voluntad. Le había recorrido todo el cuerpo una sensación que no recordaba desde hacía años. Se había visto tentada de dejarse llevar y llegar hasta el límite de la seducción, pero hubiera sido un gran error. Solo necesitaba demostrar una cosa. Y lo había hecho.

Pero ¡oh!, la tentación había sido feroz.

Anthony empezó a recomponerse. Entretanto, Edwina bebía su té y lo observaba.

—Supongo —dijo ella—, que ya no me considerará una solterona desentrenada.

La miró mientras se abotonaba el chaleco.

—Querida Edwina, tras una demostración así, estoy prácticamente seguro de que no hay ninguna parte de usted que esté desentrenada. Al contrario,

de hecho.

Edwina se sintió aliviada cuando Anthony apartó la mirada y se centró en los botones. Así no pudo darse cuenta de cómo habían cambiado de color sus mejillas, fruto del triunfo femenino que le recorría la sangre.

Tony se levantó y se acercó al espejo situado encima de la chimenea. El cuello de la camisa seguía desabrochado, dejando entrever la fortaleza, la piel tersa y dorada de su cuello. La intimidad de verlo así, incluso con el fino déshabillé, le provocó una punzada de nostalgia repentina que la dejó sin aliento. Por un momento, la cara que se reflejaba en el espejo era la de otro hombre, igual de proporcionado, igual de atractivo. Parpadeó y la visión se esfumó.

Edwina tomó otro trago de té y se quitó de encima la extraña sensación de desorientación. Volvió a centrar su atención en el intento de Anthony por recuperar su apariencia prístina.

Tony se abrochó el botón del cuello de la camisa, ajustando los bordes y anudando la corbata.

—Brinkley me mirará mal cuando vea lo que he hecho con su corbata.

—Siento ser la causa del disgusto de su ayudante de alcoba. —Sus labios dibujaron una sonrisa.

Tony la miró a través del espejo.

—Lo superará. En cambio, yo... bueno, me temo que será diferente.

Le hizo un nudo informal a la corbata, ajustando los extremos y doblando por encima el cuello de la camisa. Por último, se abotonó la fina chaqueta color verde botella, tiró hacia abajo del chaleco hasta el punto exacto en el que se mostraba lo justo y necesario por debajo de la chaqueta y retocó la corbata. Se volvió para mirarla frente a frente. Sus ojos brillaban con la diversión malvada que Edwina esperaba, pero esa vez estaban teñidos por un poco de aquel deseo sensual que ya le había visto antes, cuando estaba muy cerca de él.

—Creo que es hora de que me marche —dijo él—. No me gustaría que esta bienvenida se estropeará.

Edwina se levantó para ver cómo se iba. Anthony se acercó a ella y le acarició el pelo, que aún caía sobre su cara y su espalda.

—Preciosa —dijo Tony, deslizando la mano alrededor de su barbilla—. Realmente hermosa. Gracias, Edwina, por permitirme comprobar que no es una ignorante en esto de los placeres que se comparten entre un hombre y una mujer.

Edwina sonrió.

—Un placer, señor.

—¿Cómo? Creí que era todo para darme placer a mí. Es más, estaba convencido de ello. —Rozó con la yema de su pulgar las comisuras de los labios de Edwina—. Ahora es mi turno. Me toca complacerla.

Le cogió la cara entre sus manos, inclinándose muy cerca, y la besó.

Por el amor de Dios. Edwina intentó evitarlo. Sabía qué iba a ocurrir. El tacto de su boca en la suya le provocó una intensa sensación que le recorrió todo el cuerpo. No quería que hubiera pasado eso. Pero, oh, Dios...

Los labios de Tony eran suaves y el beso tierno y lento. Embriagador. Instintivamente, Edwina le respondió y la reacción de Anthony fue deslizar una mano a lo largo de su cuello, entre su cabello y por su nuca. Sus labios no paraban de moverse, cambiando de un sitio a otro y estimulándola.

El cuerpo de Edwina parecía débil y, de repente, sus manos estaban colocadas sobre los hombros de Tony, agarrándose, como sujetándose a un ancla. Sus brazos la envolvían, apretándola suavemente contra él. Los labios de Edwina se separaron y él entró dentro. Rodeó con sus brazos su cuello mientras que la lengua y los labios de Anthony profundizaban despacio en su boca, enviando olas de excitación sensual a través de sus venas.

El deseo la inundaba, la llenaba, la liberaba de todo vestigio de control. Anthony la apretó más fuerte y jugueteó con su pelo entre los dedos. Edwina se fundió en sus brazos y abrió la boca más y más para seguir besándolo. Impulsos de sensaciones le subían y bajaban por todo el cuerpo y sus labios y su lengua junto a los de Anthony comenzaron una danza de sensualidad.

Tony terminó de besarla de una manera tan tierna como había empezado. Enterró las dos manos bajo el pelo de Edwina mientras se apartaba y la miraba profundamente a los ojos.

—Ah, sí —dijo él con un susurro ronco—. Esta es la mirada que quiero ver en los ojos de una mujer cuando la beso. —Acunó la cabeza de Edwina entre sus manos y ella se perdió en las profundidades de sus ojos plateados—. La última vez que la besé, solo veía risas en sus ojos. He debido de hacerlo mejor en esta ocasión.

Edwina se quedó sin palabras para responder. Le había robado con ese beso todo su ingenio. Anthony sonrió, pasó su pulgar por la barbilla de

Edwina y la dejó escapar de entre sus brazos. Ella se sujetó al borde de la mesa de té que tenía detrás.

—Me marchó, querida. Creo que mi sombrero y mis guantes están en la mesa de la entrada.

—Sí.

—Gracias por una tarde tan... instructiva.

—Sí.

Tony se inclinó elegantemente sobre una pierna, se dio la vuelta y se marchó.

Edwina se desplomó sobre la silla y trató de recomponerse. Qué tonta había sido por no ser capaz de pronunciar ni una frase coherente. Anthony sabía a la perfección hasta qué punto la había alterado aquel beso. Más de lo que ella había conseguido con él momentos antes. Todo era una competición entre ellos, un desafío. Anthony también querría haber hecho una apuesta al respecto.

Y así lo había hecho.

Edwina seguía aturdida. Maldición. No quería que pasara eso. No quería volver a sentir ese sentimiento salvaje y caótico nunca más. Esa tempestad de confusión, esa jungla de sensaciones era lo último que quería volver a experimentar. No podía controlarlo y eso la aterrorizaba.

Si se tratara de algo físico, incluso de una reacción sexual, podría controlarlo. Ya lo había hecho antes. Fue difícil, pero lo consiguió. Sin embargo, esto era más que algo físico. Durante toda la tarde, había sentido emociones que la habían dejado en un estado de confusión total.

Y lo odiaba.

Se había propuesto jugar solo al cortejo, desafiarlo con alguno de sus pequeños trucos. Pero no había salido como esperaba. Incluso cuando lo estaba «seduciendo», sabía que no se trataba de un juego. En el momento en que él la había besado de aquella manera (estaba segura de que no era solo por competitividad, sino que también era por pura pasión), sus sentimientos hacia él habían tomado un nuevo rumbo. Sentía un nudo en el estómago causado por la confusión, la excitación, la ansiedad y el asombro. Tenía miedo de ponerle un nombre. Pero estaba segura de una cosa.

Odiaba ese sentimiento.

Y, qué Dios la ayudara, le encantaba.

¿Qué narices iba a hacer con Anthony Morehouse?

Tony se sumergió en la bañera que le había preparado Brinkley a su vuelta de Golden Square. Le colgaban los brazos sin fuerza sobre el borde de la bañera de cobre. La boca de su ayudante de alcoba mostró su disgusto al ver el triste arreglo que Anthony había hecho con la corbata, pero no dijo nada y sugirió un baño caliente. No cabía la menor duda de que Brinkley asumía que aquella tarde habían ocurrido más cosas que un inofensivo coqueteo en el salón de Edwina.

¿Inofensivo? A la velocidad que le había latido el corazón, casi le da una apoplejía. Señor, qué tarde.

Reflexionó sobre todo lo ocurrido aquella tarde, reviviendo cada tentador detalle mientras se relajaba con el baño caliente. La «demostración» de Edwina no le había sorprendido del todo. Con certeza, una mujer tan bella y con su edad había tenido con anterioridad alguna experiencia de pasión física. Había querido tomarla el pelo con un beso decente y nada más. Sin embargo, su cuidada actuación erótica era más de lo que hubiera imaginado. Esa mujer tenía los poderes de una hechicera.

Y estaba totalmente dispuesto a caer bajo su hechizo. ¡Si pudiera encontrar la manera de poder experimentar más demostraciones!

Una de las cosas que debía haber esperado era la manera en la que Edwina controló toda la situación, sin permitirle ni un solo movimiento perentorio. Definitivamente, Edwina Parrish era una mujer a quien le gustaba llevar el mando. Se preguntaba cómo sería hacer el amor con ella. ¿Le dejaría participar?

A pesar de que Edwina había mostrado una imagen atractiva y provocativa, no le había proporcionado la prueba que buscaba, la prueba que demostrase que podía desear a un hombre. Solo había demostrado que sabía hacer que un hombre la deseara. Intuía la respuesta, pero no estaba al cien por cien seguro. Las palabras de su hermano aún le retumbaban en los oídos.

Por eso la besó. Quería asegurarse, quitarse de la cabeza esa persistente duda.

Y así lo hizo. La respuesta a su beso no dejó ninguna duda de cómo era. Podía desear a un hombre. Si se dejara llevar un poco, hasta podría desearle a él también.

Anthony se preguntó qué es lo que hacía a Edwina tener la necesidad

imperiosa de tener todo bajo control. Nicholas había mencionado cómo había cambiado desde que volvió de la Francia revolucionaria. ¿Le habría pasado algo allí? ¿O se trataba de haber observado cómo la revolución giraba sobre sí misma cuando su violencia consumió a sus propios líderes? Para alguien que apoya y defiende sus principios e ideales, debió de ser devastador ser testigo de primera mano de tal resultado.

Tony cerró los ojos y repitió mentalmente una y otra vez el beso. En ese momento fue cuando la necesidad de ella de controlar todo se evaporó ligeramente y se convirtió en una mujer dócil entre sus brazos. Pensó que la respuesta de Edwina incluso le había sorprendido un poco a sí misma. Aunque hubiera bajado la guardia por un instante, sintiéndose liberada de cualquier tipo de disciplina autoimpuesta en el trabajo, había sido involuntario. Se habían dado placer, un placer increíble, pero aun así, Tony seguía pensando que a Edwina no le gustaba. Lo más probable era que le asustase.

Pobre Edwina. Tenía un lado pasional debajo de todo ese control férreo. Probablemente heredado de su madre. Se avergonzaba de él y eso hacía que conscientemente le pusiera límites.

Tony estaba haciendo todo lo que estaba en sus manos para que Edwina ganara su apuesta sobre El gabinete. Pero al recordar su cuerpo dócil entre sus brazos, se sorprendió al descubrir que había otra cosa que quería hacer por ella. Algo que se merecía más.

Quería liberarla.

Liberarla de aquellas ataduras antinaturales que había impuesto a sus emociones, sus sentimientos y sus pasiones. Liberarla de esa necesidad imperiosa de mantenerse en guardia constantemente. Liberarla de todas las cadenas que rendían preso a su corazón. Quería liberarla para que se dejara llevar, para que viviese.

No estaba seguro de por qué quería hacer eso por ella. No era debido a su belleza, que le provocaba puro deseo. Era algo más que eso.

Se preocupaba por ella. Le gustaba. Sentía un afecto especial por ella, quizá quería hacerlo porque se conocían desde niños.

A pesar de que Edwina se mostraba despectiva con su juego, tenía algo que aprender al respecto. Vivir con frecuencia al límite, alimentándose en cada momento de la inmediatez, le hacía sentirse vivo.

Probablemente, lo mejor que podía hacer por Edwina era enseñarla a encontrar algo en su vida que le provocase ese estímulo. Que se dejase

llevar. Que bajase la guardia. Que aceptase que no pasa nada si otra persona se hace cargo de determinadas cosas.

Anthony acabó de darse el baño y Brinkley lo ayudó a vestirse con la ropa que él había elegido para esa noche. No tenía planeado nada especial. Lo más seguro era que saliera a la calle para buscar a una mujer que aplacara la agitación, el hambre causada por la casi seducción de aquella tarde.

Pero sabía que no lo haría. El hambre que sentía no era la habitual, la que desaparece con una cama cómoda y una mujer dispuesta.

Quería a Edwina. Nadie más podría calmar el hambre.

Muchas personas pensaban de él que era un libertino. No había hecho nada en especial para ganarse tal reputación, pero así eran las cosas. Probablemente tenía que ver con su bien conocida relación con Flora durante todos esos años.

El hecho, sin embargo, era que se le hubiera podido considerar como a un monógamo. Nunca se relacionaba con más de una mujer al mismo tiempo. Rara vez se involucraba en una aventura amorosa de una noche. Prefería conocer bien a una mujer, pasar tiempo junto a ella. Algunas relaciones le habían durado más que otras, pero siempre fue fiel mientras duraban.

E incluso aunque no había tenido, de momento, una relación con Edwina, sentía que no le interesaba nadie más que no fuera ella. Por ello, en lugar de salir en busca de compañía femenina, salió en busca de buenos amigos y de unas buenas partidas.

La noche comenzó en White's, como de costumbre. Antes de emprender el camino hacia las mesas de juego, se acercó a la sala de café donde estaba Victor Croyden.

—Buenas noches, Morehouse. ¿Jugando al whist esta noche?

—Creo que echaré un par de manos.

—¿Con la esperanza de ganar una revista masculina esta vez? —Croyden se rió de su propio chiste y le dio una palmadita en el hombro a Tony.

—Creo que me quedaré con la franqueza habitual —dijo Tony—. Es más fácil tratar con usted.

—Ah. ¿Está teniendo problemas con El gabinete?

—No particularmente. Es más, me está generando más beneficios de los que esperaba.

Los ojos de Croyden se abrieron mostrando interés.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—He hecho algunos cambios. Las suscripciones están aumentando. Creo que podremos duplicar el número para noviembre.

—¿Duplicarlo? —Croyden soltó una risita—. Si yo fuera usted, no esperaría tal incremento. Y además, no tiene ninguna experiencia en esto, ¿verdad?

—Ninguna, pero estoy aprendiendo. Y confío plenamente en las habilidades de su sobrina para convertir este negocio en todo un éxito.

—¿Edwina? —Hizo un chasquido con la lengua—. Un consejo, Morehouse. Nunca dependa de un grupo de mujeres viejas y solteras para que desempeñen el trabajo de un hombre. Si realmente quiere obtener beneficios, tendrá que contratar a otra persona para que lo logre.

—Oh. Creo que no. La señorita Parrish está haciendo un trabajo excelente. De hecho, es fruto de sus esfuerzos que las suscripciones hayan aumentado y que se dupliquen en tan poco tiempo. Ha ampliado la sección de moda. Ha contratado a nuevas escritoras y artistas y a nuevos anunciantes. Los ingresos están incrementándose.

—¿Sí? ¿Los ingresos están aumentando? Me pregunto, Morehouse, si no lo ha conseguido poniendo algo de su parte. ¿Un poco de su ingrediente secreto? Podría estar interesado en comprársela de nuevo. O deberíamos jugárnosla de nuevo. ¿Qué me dice?

—Si tuviera que vendérsela a alguien —dijo Tony—, se la vendería a la señorita Parrish. Es la responsable del éxito. Debería ser suya.

—¿Vendérsela a Edwina? ¿Está loco?

—No lo creo. Es más, es una opción que estoy considerando seriamente.

—Bueno, es la cosa más estúpida que he oído nunca. Ha perdido un tornillo, Morehouse, eso es todo. No se le puede permitir a una mujer dirigir un negocio de tal envergadura.

—Me parece que es una mujer quien lo ha estado dirigiendo durante muchos años. Lo único que ha hecho usted ha sido recaudar los beneficios. Y ahora que esos beneficios están creciendo, quiere recuperarlos. Bueno, no podrá, Croyden. Antes de vendérselo a usted, se lo daría a Edwina.

Croyden se hinchó como una paloma buchona, frunció el ceño y farfulló incoherentemente. Al final, hizo un gesto brusco y se marchó sin decir ni una palabra más. Bastardo.

Tony se dio la vuelta y se encontró con Ian Fordyce junto a él. Lo cogió por el codo y lo llevó hasta un rincón en el que había un par de sillones vacíos.

—¿Qué pasa contigo, amigo? —preguntó Ian mientras tomaba asiento en uno de los cómodos sillones orejeros—. Creo que has dejado que esta

revista, mejor dicho, esta mujer, tenga demasiada importancia en tu vida. Te dije que no te traería más que problemas.

—No hay ningún problema, Ian. Lo único que pasa es que no me gusta Croyden ni la manera en la que se aprovecha de su sobrina.

—Eres su protector, ¿verdad?

Tony se rió.

—Edwina Parrish no es una mujer que necesite protección, te lo aseguro.

—Pero algo está pasando, ¿verdad? Maldita sea, Tony, ¿te has enamorado de ella?

¿Lo había hecho?

—No lo sé, Ian. Quizá. No lo sé.

Era verdad. No se había molestado en definir sus sentimientos hacia ella. No la amaba. Pero quizá estuviera un poco enamorado.

—¿Quizá? —Ian se rió como una gallina vieja—. Por el amor de Dios. Te has enamorado, amigo. Bueno, dicen que es hermosa.

—Es increíblemente hermosa. —Especialmente con el cabello suelto y con los ojos vidriosos por el deseo—. Pero no solo es eso. Me gusta. No es nada convencional. Le importan un comino la sociedad y la propiedad.

—Lo mismo que se podría decir de ti, amigo mío. Quizá sientas que es un espíritu afín.

—No, nada de eso. Sus motivaciones y objetivos son completamente opuestos a los míos. Ignora a la sociedad porque busca reformarla. Le importan los trabajadores de las fábricas, los campesinos desplazados y la educación de los pobres. Solo deseo poder sentir esa compasión desinteresada. Es cierto que me he burlado de la sociedad la mayor parte de mi vida, pero era solo por... —Hizo una pausa. Casi dijo «por mi padre». Pero no hubiera tenido ningún sentido. ¿Por qué iba a decir tal cosa?

—Porque —dijo Ian, acabando la frase por él— lo has estado haciendo durante mucho tiempo, es parte de ti. Me acuerdo de cuando estuviste en Cambridge, organizando en tu habitación esos juegos infernales. Usaste la expulsión como insignia de honor, como si fuera tu momento decisivo.

—En cierto modo, lo era. Demostró que mi padre había tenido razón durante todo ese tiempo.

Ian sonrió.

—Señor, recuerdo lo enfadado que estaba. Pero te encantaba ser el chico malo. Eras tan bueno en eso.

Un camarero pasó junto a ellos con copas de coñac en una bandeja de plata. Cada uno se hizo con una. Tony calentó la suya entre sus manos.

—Para serte sincero —dijo él—, no disfrutaba realmente enfadando a mi padre. Parecía inevitable. Nunca iba a ser el hijo que él quería.

—Y entonces, ¿has encontrado en la señorita Parrish a otra persona que también se ha comportado fuera de los estándares políticamente correctos?

—Posiblemente. Aunque su indiferencia por lo convencional no le nace como principio y viene de una educación completamente diferente a la mía. No creo que se haya convertido en una rebelde de forma deliberada, como quizá hice yo. Es simplemente su naturaleza, independiente, segura, generosa, sin arrepentimientos. Todo forma parte de su manera de ser.

—Escúchate, Tony. Estás enamorado.

Anthony movió la cabeza.

—Estoy enamorado, seguramente. Enamorado. Sumido en la lujuria.

—Lo sabía desde hacía tiempo, amigo. Veo las señales. —Bebió el coñac, le dio un pequeño escalofrío y posó la copa vacía sobre un poyete con una vela que tenía a su lado—. ¿Pero qué pasa con todas las apuestas que habéis hecho? ¿Siguen en pie?

Tony pensó en la apuesta de aquella tarde y un pequeño estremecimiento causado por el recuerdo del deseo le recorrió el cuerpo. Para apagar el fuego que empezaba a nacer dentro de él, le dio un largo trago al coñac y su calor le permitió recomponerse.

—Siguen en pie. Pero ahora es diferente. Al principio, se trataba de una manera de provocarla, burlarme de ella, desafiarla por toda la humillación acumulada que sufrí cuando era pequeño. Quería recuperar la maldita Minerva. Pero ahora...

—Ahora quieres más. La quieres a ella.

Tony miró a su amigo y suspiró.

—Ayúdame, Señor. Ian, la quiero a ella.

—¿Entonces, va a ser solo un reto más para ti? Sé lo que te gusta la emoción del juego, pero ¿qué pasaría si la suerte te abandona esta vez? ¿Estás preparado para perder ante la señorita Parrish?

—No lo sé. Y no soy capaz de entender del todo cómo van las apuestas, por lo que aún no puedo definir el fracaso. He empezado a creer, sin embargo, que quizá ella quiera que sea su amante.

Ian lo observó con escepticismo.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Es todo lo que quieres de ella?

—Quizá. No lo sé.

—Me gustaría haber tenido una guinea por cada vez que has pronunciado «No lo sé» esta noche. Si ella no te importa, no debería haber ninguna duda. Toda esta incertidumbre me lleva a pensar que sí que te importa. Creo que simplemente aún no lo has admitido.

—Y yo creo que deberías meterte en tus propios asuntos.

Ian sonrió.

—¡Ja! Ahora sé que se trata de algo serio. Pero no te voy a atormentar con ello. Te dejaré en paz para que lo averigües.

Pero Tony, en el fondo, no quería averiguar nada. Le gustaban las cosas simples. La quería. No, eso era demasiado simple. ¿Pero solo en su cama? ¿O quería algo más? ¿La quería en su vida? ¿Estaba igual de interesado en su corazón y en su alma que en su cuerpo? ¿Y ella qué? ¿Qué quería ella? ¿Qué pasaría si la ayudase a liberarse de todas esas cadenas invisibles que la ataban y ella desapareciese de su vida con sus nuevas alas?

Señor, demasiadas preguntas para tan pocas respuestas. Maldición. No hay nada de simple en todo esto.



—¿Ya has consumado la seducción con Anthony?

Edwina alzó la mirada de los dibujos que tenía esparcidos por encima de la mesa del salón.

—¿Perdón?

—No debería curiosear, por supuesto. —Flora esbozó una sonrisa de autodesprecio—. Pero eso nunca me detiene. Le tengo mucho cariño, ya sabes. Y está tan claro como un día de verano que os atraéis. Solo me preguntaba si esa atracción ya os había llevado a la cama.

Era inútil oponerse a un tema de conversación tan inapropiado. Edwina había aprendido que Flora era muy franca en temas personales. Nada era ni demasiado íntimo ni demasiado privado. Sin embargo, casi paradójicamente, también era todo un ejemplo de discreción. Edwina la había animado en más de una ocasión a que publicara sus memorias. Flora lo había rechazado porque nunca se rebajaría a hablar de las vidas privadas de los hombres que había conocido, aunque no había nada en su vida que la avergonzara. Eso sería irrespetuoso y deshonorado. Aquella era una de las cosas que más le gustaban a Edwina de ella. No tanteaba para obtener información y así poder cotillear en cualquier sitio. Simplemente preguntaba lo que le venía en mente, fuera oportuno o no.

—No me estoy acostando con Anthony —dijo Edwina—. Sería una estupidez hacerlo. Es mi superior. De momento. Tiene mi futuro en sus manos, si no lo recuerdas.

—¡Bah! Una tonta apuestilla que vas a ganar. No deberías permitir que eso te impida disfrutar de los placeres de la vida.

A Edwina le gustaba que Flora y los demás estuvieran tan seguros de que iba a ganar la apuesta. Nunca lo admitiría, pero no siempre compartía esa misma confianza. El número de suscripciones estaba aumentando lentamente, pero no a la velocidad necesaria para alcanzar su objetivo en noviembre. Por mucho que le doliese considerarlo, era posible que trabajase para Anthony Morehouse durante un largo período.

—No sería inteligente intimar con él, Flora.

—Bueno, entonces, quizá después de haber ganado.

Edwina se rió.

—Recuerda, si puedes, que soy una soltera respetable. No soy como tú, Flora. No me meto en la cama con cualquier hombre atractivo que conozca. Sin ánimo de ofender.

—Claro que no. Pero te has acostado con un par de ellos, ¿verdad?

—¡Flora!

—Has tenido que hacerlo. Quiero decir, mírate. Probablemente seas la persona más hermosa que haya visto nunca. Habrás tenido que ir quitándote a los hombres de encima. Pero seguro que ha habido un par de ellos que han atravesado el umbral. Sé que estás soltera, aunque solo Dios sabe por qué. Pero eso no significa que seas virgen. Dios mío, te has ruborizado. No me digas que eres virgen.

—No es apropiado hablar de estas cosas.

—Y es por estos temas por los que pienso que eres una mujer progresista. Bueno, no tienes que decir nada. He vivido más que tú, querida, y he aprendido un par de cosas. —Cogió uno de los dibujos y lo examinó de cerca—. Las solteras, por ejemplo —continuó y cogió un segundo dibujo para compararlo con el primero—. Hay algunas a las que se les pone una risita nerviosa y dan vueltas alrededor de un caballero porque no tienen experiencia y se sienten intimidadas por ellos. Pero hay otras que los odian, por cualquier razón. Quizá porque las han ridiculizado y menospreciado. Estas fruncen el ceño, los abuchean y, por lo general, les asusta que se les acerquen los hombres.

Bajó los dos dibujos y miró a Edwina con un aprecio franco.

—Y luego están las solteras que lo han elegido, que han tenido el gusto de vivir, pero que han decidido no comprometer sus vidas quedándose con un hombre. Creo que eres de este último tipo.

Edwina se encogió de hombros.

—No me he casado por decisión propia.

—Eso pensaba. Y la forma en la que actúas cuando tienes a un hombre cerca, en especial a Anthony, me dice que ni los odias ni te sientes intimidada por ellos. Has tenido experiencias con los hombres, o por lo menos con uno, y eso hace que te sientas cómoda con ellos, cómoda con tu reacción ante ellos, incluso cuando esta reacción es sexual.

Edwina pensó en su reacción al beso de Anthony. No estuvo cómoda del todo. Esperaba que después de tantos años las sensaciones se atenuaran. En vez de eso, empezó a creer que el deseo físico se había intensificado con los años. Es lo que parecía que le había pasado a ella.

—Podrías ser escritora, Flora. Tienes mucha imaginación.

—Oh, me decepcionas, querida. No vas a admitir nada, ¿verdad? Quieres mantener tu apariencia de soltera respetable. Había tenido la esperanza de escuchar una verdadera historia de pasión. O dos.

—No hay nada que contar. —Nada que quisiera contar.

—Bueno, quizá sea demasiado pronto. —Flora sonrió de forma insinuante.

—No tengo ningún interés en que Anthony sea mi amante.

Flora abrió los ojos con incredulidad.

—¿Por qué no? Dios mío, no me digas que estás esperando hasta el matrimonio. ¿A tu edad, querida?

Edwina se rió. Solo estaba cerca de los treinta y, sin embargo, muchos pensaban que el final de su vida estaba cerca; por la manera en la que la trataban parecía que estaban muy preocupados por su edad.

—Tampoco pretendo casarme.

—Entonces eres tonta, querida, si no le tienes ni como amante ni como marido. Sería un crimen dejar escapar a un hombre tan encantador, y más cuando es tan evidente que se siente atraído hacia ti. Sería mucho peor eso a que Anthony Morehouse fuera tu amante. Sabe cómo tratar a una mujer.

—¿Es...? ¿Quieres decir...? —Edwina sintió un rubor en sus mejillas y no pudo terminar la pregunta que se moría de ganas de hacer. Apartó la mirada y dirigió su atención a los dibujos.

—¿Que si es mi amante? —Flora preguntó por ella. Movié la cabeza—. No. Lo fue, hace varios años. Descubrimos que estábamos mejor siendo amigos que pareja. Anthony necesita a una mujer que pueda comprometerse con él y solo para él. No fui capaz de hacerlo.

Edwina le dio vueltas a la cabeza a esa información. Parecía una paradoja que un hombre que vivía bajo la incertidumbre del juego estuviera buscando la certidumbre del compromiso en una relación. O quizá lo necesitaba para afianzarse de alguna manera. No obstante, eso no significaba que él prometiera también fidelidad.

¿Qué más daba? Lo único que quería de Anthony era El gabinete. No estaba buscando un compromiso, o cualquier otra cosa personal de él. Un simple beso, no importaba lo explosivo que hubiera sido, no suponía una promesa.

—Solo fui una parte más de la sublevación de Anthony —dijo Flora—. Hizo pública nuestra relación para así asegurarse de que su padre se enteraba.

Se había ganado la ira de sir Frederick con frecuencia sin buscarlo, así que creo que empezó a hacerlo deliberadamente. Pobre Anthony. Nunca fue del agrado de aquel hombre.

—Bueno, es un jugador. Eso disgustaría a cualquier padre, o eso creo.

—Excepto si es tu padre el que te ha empujado a ello.

Edwina enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Fue el padre de Anthony el que lo animó a que jugara?

—No, por supuesto que no. Pero sir Frederick es un hombre formidable de valores muy tradicionales. Odia la frivolidad o la imprudencia. Y a los franceses. Y a Fox, por supuesto. Anthony dio algunos pasos en falso cuando era joven y él nunca lo perdonó. Destrozó por completo los sueños del chico de hacer algo útil. Anthony simplemente está viviendo por encima, o quizá por debajo, de las expectativas de su padre. Y yo fui una parte de todo ello.

Flora sonó arrogante, segura de que Anthony pensaba de sí mismo que había fracasado. Eso le hacía buscar maneras de fracasar para demostrar a su padre que había estado en lo cierto con respecto a él durante todos esos años. Era difícil de creer. Edwina había asumido que se trataba simplemente de otro hombre más ensimismado en la búsqueda del placer, que frecuentaba los salones, los bares y las salas de juego de Londres. Le hubiera gustado saber más, pero ya sentía que estaba siendo muy indiscreta.

—Te pido perdón, Flora. Tu relación con Anthony no es de mi incumbencia. Pero estos dibujos sí que lo son. Ahora, decidamos cuál usaremos para el próximo número.

—Querrás un vestido de día y uno de noche, por supuesto. El primero les dirá a las lectoras que es algo que pueden aspirar a llevar. El segundo será algo con lo que soñar.

—Me encantan. —Edwina ordenó la media docena de dibujos hechos por Raisbeck basándose en modelos reales—. No tan rígidos y formales como los anteriores.

—Y las caras. Mira las caras. Podrías decirle a Lionel que haga retratos con modelos reales. Deberías dejarle que te pinte, querida.

—No necesito un retrato. Aunque me encanta su trabajo. Este en particular. —Edwina levantó el dibujo de una mujer con un vestido de paseo—. Casi puedes oír el frufrú de su falda al moverse.

—Quizá podrías posar para una de las imágenes de la sección de moda.

Edwina se rió.

—Entonces necesitaría algo adecuado que llevar. Como puedes ver, tengo muy poco sentido de la moda y ningún estilo.

—Con tu físico, querida, ¿quién necesita estilo? Pero si quieres algún consejo, estaré encantada de dártelo. Si sales una noche con Anthony, por ejemplo.

—Ni me imagino una situación así. Hemos ido de paseo alguna vez, eso es todo. Ahora, ¿cuál de los vestidos de noche sería el mejor para la sección de moda?

—¿Te ha besado?

—¿Qué?

—Has dicho que no os habéis ido a la cama juntos. Estaría muy decepcionada con este chico si aún no te hubiera besado.

—Como ya debes saber, me besó la primera vez que nos vimos. Quiero decir, la primera vez que nos vimos desde que éramos niños.

—Bien hecho. Siempre ha sido perspicaz. Por eso es tan buen jugador: nunca pierde una ventaja. ¿Te ha vuelto a besar?

—¡De verdad, Flora!

—Señor, eres muy delicada. Hablar de estos temas no me perturba en absoluto. Recuerda quién soy, querida.

—Es algo... muy personal. No me siento cómoda al hablar de estos temas tan privados.

—Es algo banal entre mujeres. Entre amigas.

—Está bien. Sí. —Lo dejó escapar antes de que pudiera evitarlo—. Me besó otra vez.

—¿Y?

Y su mente había estado confusa continuamente desde ese momento. Los pensamientos sobre Anthony y el beso la habían alterado con frecuencia en su trabajo. Su mente divagaba, sentía un hormigueo por la piel y se sonrojaba recordándolo. Se le formó un nudo en el estómago por la ansiedad. Se sentía estúpida, como si tuviera dieciséis años y la hubieran besado por primera vez.

Hasta el momento, había sido incapaz de controlar tal estupidez y eso la ponía nerviosa. No era normal en ella mostrarse tan indisciplinada. Durante casi ocho años, se había impuesto una severa restricción en cuanto a sus emociones, su pasión, su vida. No volvería a ser una víctima del caos

apasionado.

Y aun así, había algo que la atraía de todo aquello, de la manera en la que se sentía después del beso de Anthony. Había sido el primer hombre en hacerla estremecerse de aquella manera, en hacer que, de nuevo, le temblaran las piernas. Probablemente sería porque había sido el primer hombre atrevido de verdad que se había acercado a ella y la había besado, como hizo la primera vez, colándose por una pequeña grieta de la armadura, una grieta que ni siquiera ella sabía que existía. La segunda vez, casi consigue desmontar toda la armadura, y Edwina le habría dejado. ¡Idiota! Sería demasiado fácil volver a caer ante tales sentimientos. Y demasiado peligroso también.

Esa era la razón por la que evitaba quedarse a solas con él otra vez. Siempre pedía a Prudence o a Nicholas que se quedaran en la sala con ellos. Tony la había invitado más veces a salir a dar un paseo, pero Edwina solo aceptó una vez, después de haber agotado todas las excusas posibles; y se aseguró bien de que fueran por zonas transitadas y nunca por lugares remotos del parque. Anthony siempre se comportaba en público como un perfecto caballero, aunque le susurraba bromas diciéndole lo que sería estar a solas con ella e invitándola a más demostraciones.

—¿Y? —preguntó Flora de nuevo, haciendo que Edwina volviera a la realidad—. ¿Disfrutaste del beso?

Edwina suspiró.

—Sí. Disfruté. Pero ya es suficiente. Tenemos mucho trabajo que hacer. Elige una de las imágenes de los vestidos de noche, Flora, y acabemos con esto.

—Esta.

—Bien. Ahora podemos mandarlas a Keech para el grabado. Pero aún tenemos un problema que solucionar. Como hemos aumentado el número de suscripciones, necesitamos casi tres mil grabados pintados a mano. Imber me ha dicho que, con el poco personal que tiene, no es capaz de hacerlo. Ha sugerido que pintemos solo una pequeña parte y que esos ejemplares los vendamos más caros. Pero, sinceramente, prefiero tener todos pintados. Sería complicado saber qué suscriptor tiene un ejemplar pintado y cuál no.

—No, no. Tienen que estar pintados todos —dijo Flora—. Tus antiguas imágenes estaban todas pintadas. No puedes ofrecer ahora grabados sin pintar, incluso aunque sean de mejor calidad. Además, no puedes esperar

seguir incrementando las suscripciones sin imágenes pintadas.

—Estoy de acuerdo. Pero parece que vamos a tener que contratar a nuestro propio personal para que lo haga. Quizá Pru pueda encontrar a alguien.

—Ahí tenemos otro problema bien diferente, ¿verdad? Podría paralizarse si la besan. Si la besa ese hermano tan apuesto que tienes.

Edwina alzó la cabeza bruscamente.

—¿Nicholas? ¿Besar a Prudence? No seas ridícula, Flora.

—No soy ridícula. La chica casi no puede concentrarse cuando él está en la misma habitación. Por supuesto, él casi ni nota su presencia, lo que es una pena. Tendré que enseñarle algunos trucos para que capte su atención.

Edwina la miró.

—¿Prudence? ¿Interesada en Nicholas? Seguro que no.

—Abre bien los ojos, chica. Está enamorada de él hasta la médula. Pobrecita.

Edwina estaba muy sorprendida. Nunca se había dado cuenta de nada de eso. Prudence era su amiga. ¿Cómo no había notado algo tan importante? ¿Estaba tan absorta con El gabinete y en sus intereses personales que no le había prestado la atención suficiente a Prudence?

—¿Prudence sabe dónde encontrar pintores? —preguntó Flora.

—No lo sé. —Todavía estaba dándole vueltas a la idea de que Prudence estuviera enamorada de Nicholas y su mente no había vuelto a los negocios.

—¿Dónde podemos encontrarlos? ¿Qué requisitos necesitamos que tengan?

Edwina se encogió de hombros.

—Me imagino que deben tener alguna habilidad con las acuarelas y que sepan pintar con cuidado y precisión. Suelen ser mujeres jóvenes las que se dedican a ello y se les paga por hoja pintada. Me temo que no podemos pagarlas demasiado. Pero supongo que podríamos poner un anuncio en algunos diarios.

—¿Crees que podrían trabajar aquí?

—¿Aquí?

—Si les proporcionamos el material, las pinturas, los pinceles y esas cosas, creo que podría contratar a un grupo de pintoras que estarían dispuestas a trabajar por poco dinero y que apreciarían el trabajo.

—¿De verdad? Bueno, no veo ningún motivo por el que no puedan trabajar aquí. Serían solo unos días al mes. Y ya casi no usamos el comedor. Podríamos convertirlo en un taller de trabajo. —Sonrió a Flora—. ¿Por qué no?

—¿Cuántas necesitamos?

—Quizá media docena.

—Dalo por hecho.

—Oh, Flora, eres maravillosa. Si conseguimos entregarle a Keech esos dibujos, probablemente tuviera los grabados impresos la semana que viene. ¿Crees que las chicas podrán estar aquí el jueves?

—Con solo llamarlas, las tendremos aquí.

—La señorita Parrish está en el jardín de atrás. ¿Quiere que lo lleve hasta ella?

—Gracias, Lucy, pero puedo ir yo solo. —Tony inclinó la cabeza hacia el cubo de carbón que llevaba en la mano y la ropa sucia que cubría sus brazos—. Parece que ya está demasiado ocupada.

Lucy le dedicó una mirada provocativa, hizo una reverencia y desapareció escaleras abajo, hacia el sótano. Tony entró en la casa y posó el sombrero en la mesa del recibidor cuando de repente escuchó voces procedentes del comedor. Voces femeninas.

—¿No ce supone que debían ser rojas, estúpida?

—Dijo roza.

Tony se acercó a la puerta del comedor para escuchar lo que decían mientras se quitaba los guantes.

—Cí, ¿pero por qué van a quere' unos zapatos rozas remilgados cuando pueden tenerlos rojos?

—Mejor rozas, Sadie.

—¿De qué color e' ezte lazo?

—Yo lo he pintao de amarillo.

—Yo lo pintaré verde.

—Píntalo roza ci quieres que te paguen.

—Podemo' ponerle unas rayas rojas.

—Madre mía, unos zapatos con rayas rojas. Ezo no pega. Yo no tendría un par de zapatos azí.

—Claro que no los tendrías, porque no los puedes tene', Madge, y no te

imagino teniendo argo que no hayas robao primero.

Unas risotadas colmaron el aire de la estancia. Tony miró de pasada a través del umbral de la puerta del comedor. Le sorprendió ver a seis mujeres desaliñadas que parecía que acababan de salir de los callejones de Covent Garden.

Sus ropas estaban descoloridas, gastadas y remendadas con lamentables pedacitos de lazos o de cintas puestos aquí y allá como un intento de adorno o para disimular las mangas o los escotes deshilachados. Dos de ellas llevaban corsés por encima del canesú. Otra, una gorra de tela con plumas aplastadas en un lado.

—¿No quieres zapatos con rayas, Madge? Quita argo de allí y ponte a trabajar en ezo.

—¡Ja! No quiero.

—Pues tendrás que quere'. No durarán ni una semana en las calles.

—Y ahora, ¿qué e' esto?

Lo habían visto.

—¡Caray! Madge, ¿has vizto esto? E' tu última presa de West End. Mira tos los relojes de bolsillo colgando der chaleco.

—Oh, no hay ni uno bonito.

—Más bonitos que tú, Sadie.

—¿Le importa que fumemos de esa pipa?

—Venga, querido. Solo un poco.

Tony no estaba muy seguro de ello.

—Quizá más tarde, señoritas —dijo—. Que tengan un buen día.

Una carcajada estridente fue seguida de un rumor que se asemejaba a una conversación apasionante mientras Tony corrió pasillo abajo hacia la entrada del jardín que se situaba pasado el estudio.

¿Qué demonios estaba pasando? Sintió como si estuviera en una casa de locos. O en un burdel barato. ¿Qué estaban haciendo seis viejas alcahuetas en el comedor de Edwina?

Se paró delante de la puerta abierta del jardín. Nunca había estado en la parte trasera de la casa, por lo que nunca había visto el jardín. Era pequeño, pero muy bien decorado. Una formalidad estricta se había impuesto en el reducido espacio. En los laterales, los bien recortados setos eran altos y así actuaban como muros. Al fondo, se situaba una pared de piedra que se compartía con la casa vecina y estaba tapada por perales

repletos de fruta. Había caminos de grava que dividían el jardín en cuadrantes con un octágono central en el que se situaba una pequeña estatua de Diana que por encima tenía una exuberante cantidad de vincapervinca. Cada cuadrante seguía el mismo patrón geométrico de impecables camas de hierba baja y de rosas. Todo estaba ordenado, riguroso y limpio como una patena.

Edwina estaba agachada y doblada sobre una de las secciones más al fondo, quitando las malas hierbas y depositándolas en una cesta a sus pies. Tony la miró, sin que ella se diera cuenta, desde la entrada del jardín. Edwina llevaba un delantal verde encima de un vestido de muselina blanca y un amplio sombrero de gitana con trozos de paja. Su aspecto era encantadoramente rústico y Tony saboreó un momento de escrutinio privado.

El sol brillaba con fuerza y el cielo estaba despejado, una razón suficiente para salir a la calle. Una brisa ligera movió la muselina de la falda de Edwina y levantó el delantal. Ella se incorporó, con una mano enguantada sobre la cadera, comprobando si seguía habiendo malas hierbas. Vio una y se inclinó para quitarla. Intentó llegar hasta ella, pero no podía. Se inclinó aún más, estirando el tronco desde la cadera y empujando hacia arriba las nalgas bien redondeadas. Estaba suspendida sobre un pie ligeramente por delante del otro, cuando alcanzó la mala hierba y tiró de ella. La planta se resistía a abandonar su lugar y Edwina tiró con más fuerza, estirando tanto la tela del vestido que se tensó la parte que recaía sobre los hombros. Al final, consiguió quitarla y la borla del sombrero se movió un poco hacia atrás. Se incorporó de nuevo, echó la mala hierba a la cesta, se colocó el sombrero y buscó otra. Una vez localizada, emprendió la misma rutina.

Tony se había quedado prendado de la belleza de Edwina desde la primera vez que sus ojos se encontraron con ella. Había momentos, cuando la luz caía sobre ella de cierta manera, o cuando inclinaba la cabeza de cierto modo, o cuando alzaba la mirada rápidamente sin ninguna expresión de alerta, en los que conseguía dejarlo sin respiración. Edwina estaba de espaldas a él, pero incluso así, sentía una punzada de puro deseo que se anticipaba al momento en el que la vería de frente: su piel pálida que contrastaba con las cejas negras que se situaban por encima de sus ojos grandes, profundos y negros como el carbón, y con los labios rosados que parecían pintados.

Le encantaba mirarla. No pensaba que pudiera cansarse nunca de ello.

Pero por el momento, había algo más que su belleza en su mente. Estaba a punto de tener otro momento a solas con ella, uno de los pocos desde aquella memorable tarde de juegos de seducción y besos apasionados. Tony había seguido invitándola a paseos por el parque, aunque solo hubiera aceptado una vez. No solo quería aprovechar esas oportunidades para tenerla para él solo, sino también para sacarla fuera de esa maldita casa. Por lo que él sabía, Edwina rara vez salía de Golden Square.

Una de las cosas que formaban su iniciativa de enseñarla a ser libre era que saliera de la casa. No aprendería a volar si no salía de la jaula. Quería sacarla por las noches, llevarla al teatro, a la ópera o a un baile de la alta sociedad. A cualquier sitio. Tony se había planteado la idea de volver a apostarse algo con ella, pero Edwina se hubiera mostrado recelosa ante aquellas tácticas. Además, Anthony quería que aceptara por propia voluntad, no porque perdiera una apuesta. Así que se mantenía alerta ante la posibilidad de que apareciera el momento oportuno para ofrecerle otra invitación, una que no pudiera rechazar.

Mientras tanto, tenía ese momento privado en el jardín.

El sonido de sus botas al pisar por los caminos de gravilla alertó a Edwina de su presencia, por lo que no pudo sorprenderla y robarle otro beso. No obstante, Edwina sonrió al verlo y eso le dio confianza.

Tony caminó hacia ella, metió la cabeza debajo del sombrero de Edwina y la besó en la boca. Lo hizo rápido y de forma sencilla, pero aun así, fue un beso muy dulce.

El brillo de los ojos de Edwina era aún más dulce.

—Usted, señor, es un grosero.

—Eso me dicen. Pero está tan hermosa que es muy difícil resistirse en medio de este jardín tan bonito. No sabía que fuera jardinera, querida.

—Encuentro muy relajante trabajar entre plantas y flores. Y me gusta estar al aire libre. Cuando el tiempo lo permite, algunas veces vengo aquí a leer. —Señaló con la cabeza los bancos bajos de piedra que se situaban al final de cada camino de gravilla.

—Es un jardín precioso.

—¿De verdad? —Miró a su alrededor y se encogió de hombros—. Sé que no sigue la moda actual. Pero el espacio disponible es demasiado pequeño como para poder plasmar el estilo salvaje y natural que está tan de moda. Este lugar necesitaba plantas más domésticas.

—Y lo cuida mucho. —Miró hacia la cesta que reposaba junto a sus pies.

—Me temo que soy muy inflexible cuando se trata de malas hierbas. No dejo que su presencia desordenada eche a perder la armonía del resto del jardín.

—Hablando de desorden, ¿qué demonios está haciendo ese grupo de viejas fulanas en su comedor?

Edwina se rió.

—Son muy... escandalosas, ¿verdad? Son, señor, su nuevo grupo de pintoras. Son las encargadas de pintar a mano las ilustraciones.

—Sospecho que Flora ha tenido algo que ver en todo esto.

—Sí. Pidió que las contratáramos cuando le dije que Imber no podía hacerlo. La carga de trabajo es excesiva.

—¿De verdad? Parece que se acerca pasito a pasito a la meta de nuestra apuesta.

—Más que pasito a pasito. Estamos dando grandes zancadas. Estamos muy cerca de las tres mil suscripciones.

Los ojos de Tony se abrieron sorprendidos.

—¿Tres mil? Ah, peligra que recupere la Minerva. Tendré que tomar medidas. Pero primero, hábleme sobre esas... pintoras.

—Flora conoce a todas ellas de antes de que alcanzara el éxito. ¿Puede creerse que aún permanecen en contacto después de tantos años alejada de ellas, en cierto modo? Muchas mujeres de su posición nunca hubieran mirado hacia atrás.

—Flora es una mujer extraña y fantástica.

Edwina estudió a Tony a través del ala de su sombrero. Tony se dio cuenta de que ella lo sabía. Se lo debía de haber contado Flora. Bueno, de todas maneras lo hubiera sabido antes o después. Al fin y al cabo, había sido una relación pública, así que, ¿qué más daba que Edwina lo supiera? Aun así, sabía que no ayudaría, y se preguntaba qué le había dicho Flora exactamente.

Tony era muy joven cuando ella se convirtió en su amante. No es que fuera torpe e inexperto, precisamente, pero no sabía casi nada sobre delicadeza, sutileza y finura. Seguramente Flora no habría revelado lo torpe que era como amante al principio.

—Sí, es excepcional —dijo Edwina—. Y cuando pensó en ofrecer algo de trabajo diurno respetable a estas mujeres, ¿cómo iba a negarme? De hecho, estoy encantada de hacer lo que pueda para ayudarlas a que se mantengan

fuera de la calle. Eso sí, se aseguró de traer solo a aquellas con alguna habilidad para la pintura.

—Pero no para seguir instrucciones, me temo.

—¿Perdón?

—Por lo que he podido ver, algunas de ellas se están tomando algunas libertades con los colores. Zapatos rojos, por ejemplo.

—¿Zapatos rojos? —Se rió levemente—. Por el amor de Dios. Será mejor que eche un vistazo. Venga conmigo, Anthony, y le presentaré a las «damas de Crimson».

Edwina se quitó el delantal y el sombrero de gitana y los colgó en unos ganchos de un pequeño cobertizo, justo al lado de la puerta que comunicaba con el interior de la casa. Se sacudió la falda y se colocó el pelo (¿para el agrado de Tony?), antes de permitir a Anthony entrar en la casa.

La conversación precedente del comedor se escuchaba desde el momento en el que llegaron al recibidor. Pero cuando se acercaron al umbral de la puerta, Tony vio que cada una de las mujeres estaba inclinada sobre una ilustración impresa, coloreando cuidadosamente a la vez que hablaban.

—¿Cómo van las cosas, señoritas? —preguntó Edwina.

Todas alzaron la mirada al oír su voz, aunque muchas de las miradas se dirigieron a Tony. Sintió cómo lo desnudaban mentalmente desde seis ángulos diferentes. Fue un tanto perturbador para él y dio un paso para colocarse detrás de Edwina.

—Caci hemos acabao, ceñorita. —Una mujer con el pelo negro y mucho busto, de una edad indeterminada, parecía ser la portavoz del grupo—. Mire.

Edwina avanzó y cogió algunas de las hojas acabadas de una gran pila, cada una de ella con dos grabados.

—Oh.

Su voz y su expresión reflejaban duda. Tony pudo ver por qué. Ninguna hoja parecía igual. Los mantones, los fajines, los lazos, los zapatos, los sombreros y los guantes estaban coloreados todos con una variedad de colores vivos y fuertes. Amarillo chillón y naranja fuerte. Violeta oscuro y verde manzana. Y rojo. Mucho rojo. Tony tuvo que reprimir una sonrisa.

Edwina se resignó encogiéndose de hombros y sonrió.

—Bueno, están muy bien pintados y son muy coloridos.

—Hemos mezclao algunos colores —dijo la corifea del grupo, echando

hacia atrás un mechón oscuro que se había salido del moño que llevaba en la nuca—. No hemos podido recordar lo que dijo y ninguna de nosotras sabe leer lo suficiente como para entender qué había escrito.

—Oh, por supuesto —dijo Edwina y las miró disgustada—. Perdónenme. No había pensado en eso. Lo que tenemos que hacer para la próxima vez es tener uno ya pintado y, así, solo tendrán que copiarlo.

—Eso estaría bien, pero es más divertido así. Usamos nuestra imaginación.

—Los colores pálidos no le llaman la atención a nadie —añadió una pelirroja con el pecho muy grande—. Los brillantes un poco más.

—Es lo que habéis hecho —dijo Edwina—. Creo que los dibujos son encantadores. —Le dedicó una mirada escéptica a Anthony.

—Estoy de acuerdo, señorita Parrish —dijo Tony mientras entraba en la habitación—. Creo que se prefieren los colores vivos.

—Señoritas, ¿me permiten que les presente al señor Morehouse? Es el dueño de El gabinete.

—¿Es este ahora?

—¿Este hombre tan apuesto?

Edwina sonrió y le hizo un gesto con la mano para que se acercase. Tony se quedó donde estaba.

—Esta es Madge. —Edwina apuntó con el dedo a una señorita con el cabello oscuro—. Ha estado de acuerdo en asumir el cargo de supervisora del grupo, lo que me deja algo de tiempo libre, que es lo que más me gusta.

—Buenas tardes, Madge.

—Buenas tardes a usted, querido. —Lo miró de arriba abajo de manera sugerente—. Hacía mucho que ningún hombre tan apuesto me ofrecía un trabajito. —Le guiñó un ojo.

—Un trabajo honrado —dijo Tony.

—Ah, y gracias por eso también. Me estoy haciendo vieja para trabajos nocturnos.

—Y esta es Ginny —dijo Edwina, señalando ligeramente a una mujer más joven y bella con una cabellera crespa marrón despeinada.

Ginny sonrió y pestañeó repetidas veces. Luego, se llevó una mano al corsé y se ajustó la parte del pecho, levantándolo aún más.

—Hola, apuesto. Yo no soy demasiado mayor para trabajos nocturnos, si le interesa.

Tony sonrió y deseó por todos los santos que no se reflejara en sus

mejillas el rubor.

—Esta es Polly —dijo Edwina, incapaz de esconder el brillo alegre de sus ojos—. Es la que se dedica a pintar las caras. Tiene tanta habilidad con las caras que le pedimos si podía hacer todas. Solo tiene que mirar el trabajo tan bonito que ha hecho.

—Zolo por las caras que ha dibujao Raisbeck —dijo Polly. Tenía el pelo rubio y lacio, unos ojos legañosos y un cuerpo tan delgado que parecía que no hubiera gozado de buena salud en años. Probablemente fuera más joven de lo que aparentaba—. E' un placer pintar unas caras tan bonitas. Y que me paguen por ezo, también. Cazi no parece juzto.

—No ceas tonta, niña —dijo Madge—. Por zupuesto que e' juzto.

—Claro que lo es —afirmó Edwina—. Tiene un don especial, Polly, y muy valioso. Es un arte que pueda combinar los tonos tierra y los marrones de esa manera y añadir ese rosado a las mejillas sin que parezca demasiado. Sus dulces caras marcarán la diferencia con las que publiquen las otras revistas. Por supuesto que se te ha de pagar por ello.

—Son realmente bonitas —dijo Tony—. Es un placer conocerla, Polly.

Polly sonrió para sus adentros y apartó la mirada.

—Esta es Bess —dijo Edwina, apuntando hacia la mujer sentada junto a Polly. Era una mujer con aspecto ordinario, con las mejillas rosadas y el cabello rojo. Era tan redonda como Polly delgada. Sonrió y dejó ver unos hoyuelos profundos y que le faltaba un diente delantero.

—¿Cómo le va, paztelito? —Había un deje irlandés en su acento.

—Buenas tardes, Bess.

—Y esta es Marguerite. —Unos rizos oscuros dispuestos en un estilo juvenil enmarcaban una cara tosca y gruesa. Pero sus ojos marrones brillaban.

—Es un nombre precioso —dijo Tony.

—Mi madre era franceza. —Se levantó un poco más el pecho y los tirabuzones que le caían por delante rebotaron sobre las mejillas.

—¡Ja! —exclamó Ginny—. Lo ma' cerca que tu madre ha eztao de Francia fue cuando vio a un borracho lanzar una botella de coñá vacía contra un carruaje.

La mujer se rió socarronamente.

—Su nombre e' Daisy —dijo Madge con una sonrisa malvada—. Le guzta que zuene fino. Mar-gue-rit. Una manera de afrancezar Daisy.

—Puedo llamarme como me dé la gana y me guzta Marguerite, muchas

gracias.

—Es un placer conocerla, Marguerite —dijo Tony.

Marguerite le dio un codazo en las costillas a Bess.

—¿Ves? E' to' un caballero.

—Y, por último —dijo Edwina, aún sonriendo—, esta es Sadie.

Tenía una cara larga y plana con una prominente nariz ganchuda; el pelo rubio sucio recogido en lo alto de la cabeza. Su delgado pecho estaba envuelto por un pañuelo de muselina que en un principio fue blanco y ahora era gris y desteñido.

—¿Cómo está, Sadie?

—Mucho mejor desde que le he echao un viztazo a un chico tan apuesto.

—Todas estáis haciendo un trabajo estupendo —dijo Edwina—. Madge, venga a verme cuando estén listas para irse después de un día de trabajo para poderlas pagar antes de que se vayan. Ahora, señoritas, las dejaremos para que puedan continuar con su trabajo.

Edwina abandonó la estancia y Tony la siguió. Cuando este llegó a la puerta, se dio la vuelta y les dedicó a todas ellas una sonrisa y un guiño. Una carcajada limpia y una serie de sugerencias subidas de tono sonaron detrás de él mientras continuaba con su camino hacia la entrada de la casa y el estudio de Edwina.

Tony cerró la puerta tras él, se apoyó en ella y empezó a reírse. La risa de Edwina se unió a la suya mientras tomaba asiento en su silla de detrás del escritorio.

—Ha sido cruel —dijo, al fin, Tony. Se acercó al escritorio y apoyó una cadera en el borde—. Como lanzar a un corderito a los lobos. He temido por mi vida ahí dentro.

Edwina sonrió.

—Lo ha hecho muy bien. Como un verdadero caballero. Las ha tratado como a verdaderas damas, lo que probablemente nunca olviden.

—Es una mujer valiente al traer a este grupo de mujeres a su casa. Será mejor que vigile a las damas de Crimson. Y que cuente toda la platería antes de que se vayan.

—Ni hablar. Puede que sean vulgares y analfabetas (qué idiota he sido al no darme cuenta de que no podían leer las indicaciones), pero no son ladronas. Solo espero poder proporcionarles el trabajo suficiente para que no tengan que volver a trabajar las calles. O, al menos, no con tanta frecuencia. Oh, pero ¿qué voy a hacer con esas ilustraciones? A Flora le va a

dar una apoplejía cuando vea que ninguna de ellas encaja con sus indicaciones.

—Traer a esa panda fue idea suya, así que tendrá que vivir con ello.

—Le diré una cosa —dijo Edwina— que demuestra sin duda mi completa ignorancia en tales asuntos. Algo totalmente estúpido para admitir ante un hombre tan a la moda como usted. Pero me gusta cómo han coloreado las ilustraciones. Adelante, ríase. Pero prefiero los colores vivos. Siempre los he preferido. Me gustaría que fueran más populares.

—Tengo la sensación de que lo serán, una vez que se haya distribuido este número.

Dos semanas más tarde, un número notable de mujeres que seguían la moda vestían por la ciudad con tonos fuertes de naranja, verde y morado combinados de una manera inimaginable. Y los zapateros encontraban dificultades a la hora de abastecer un número inusual de pedidos de zapatos a rayas rojas.



—Hola, Withers. Creo que mi madre me está esperando.

—Sí, señor Morehouse. Estará encantada de verlo, señor.

Este se quitó el sombrero y lo sujetó con una mano. Siguió al mayordomo mientras se quitaba los guantes y los introducía dentro del sombrero. Withers se lo entregó todo a un criado que Tony no reconoció y lo dirigió hasta el piso de arriba, donde se encontraba la sala de estar de su madre.

Tony no solía visitarla con la frecuencia con la que hubiera debido y en aquella ocasión le había pedido que fuera. En la nota de su madre no se especificaba qué quería, solamente que debía ir a visitarla.

Anthony la encontró arreglada de forma muy elegante, en un diván con una montaña de almohadas de encaje detrás de la espalda y un libro abierto apoyado sobre su regazo. Dos o tres mantones de muselina india descansaban sobre sus hombros y llevaba una elegante cofia de encaje que cubría sus rizos rubios y que estaba atada bajo su barbilla.

—¡Anthony! Mi querido hijo. Al fin has venido.

Ella le tendió una mano y él la cogió y la besó. Luego, se agachó y también la besó en la mejilla.

—Está muy guapa esta mañana, madre.

—Y tú estás tan reluciente como cinco peniques, como siempre. Estoy muy contenta de que no te hayas retocado ese pelo dorado tuyo tan encantador.

—Nadie lo hace, madre.

—Quizá nadie de tu generación. La mía parece que no puede tener los dos pies en este siglo y se queda atrás.

—Sigue teniendo un pelo precioso. No necesita retocárselo.

—Una de las bendiciones de ser rubio, como ya aprenderás algún día, es que la plata es menos visible entre el oro. Pero tu padre no aprobaría que saliera por las noches sin retocarme el pelo.

—No aprueba nada de lo que hago, así que no me preocupa si pone alguna objeción a mi cabello alborotado. —Se pasó las manos por el pelo con una indiferencia despreocupada—. Su nota era un poco vaga, pero tengo la impresión de que tiene un motivo específico por el que quería que viniera.

—Sí, así es. Siéntate, hijo mío.

Tony acercó una silla y se sentó lánguidamente.

—¿Qué ocurre, madre? ¿He hecho algo que me vuelva a situar en el libro negro de padre de nuevo? Seguro que no está enfadado por esos pavos de Green Park. Solo era una apuesta inofensiva, se lo aseguro.

—Esto no tiene nada que ver con tu padre, querido, y ni siquiera voy a preguntarte por los pavos de Green Park.

Ella le lanzó una mirada dulce de reprobación que le hizo sentir como un niño travieso. Tony se encogió de hombros de forma insolente y sonrió de tal manera que sabía que su madre no podría resistirse. Casi siempre conseguía hechizarla y que se pusiera de su lado cada vez que su padre emprendía alguna reprimenda contra él.

Ella sonrió.

—Eres incorregible. No, no, se trata de otra cosa. De hecho, algo muy curioso. —Recolocó las almohadas y se incorporó un poco—. Ayer tomé el té con la señora Balcombe-Shinn. Detesto a esa mujer, como ya sabes, pero le debía una invitación y pensé en devolvérsela. De todas formas, llevaba puesta la gama de naranjas más brillante de todas, combinando cintas naranjas y amarillas en el sombrero. Y no paraba de decir que una revista y sus nuevas ilustraciones sobre moda la habían inspirado para darle más color a su fondo de armario.

Oh, Dios mío.

—Finalmente, sacó un ejemplar de su bolso ridículamente grande y me la mostró. El gabinete de las damas de moda. La había visto antes, por su puesto. Lleva publicándose años. Pero la señora Balcombe-Shinn mencionó que se habían llevado a cabo algunos cambios recientemente, nuevos reportajes sobre moda y otras cosas, así que la cogí y pasé las páginas para ser educada. Antes de devolvérsela, algo en la portada me llamó la atención. No te lo creerás, querido. Al final de la página, en letra pequeña, ponía «Impreso por A. Morehouse, Charles Street». Bueno, puedes imaginarte mi sorpresa.

—Sí.

Ella frunció el ceño.

—Al principio, pensé que debía de tratarse de otro A. Morehouse, pero estoy al corriente de casi toda la familia de tu padre y eso me llevó a la conclusión de que no cabía otra posibilidad. —Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró pensativamente—. Eres tú, ¿verdad?

—Sí.

Sus ojos azules se abrieron ligeramente.

—¿Eres el dueño de una revista femenina?

—Sí.

—Pero... ¿cómo?

—La gané en un juego de cartas.

Ella lo miró un momento, sin alterarse, y luego se echó a reír, lo que sorprendió a Tony.

—Oh, hijo mío —dijo finalmente—, eres un truhán sin remedio, pero siempre tan divertido. ¿Cómo lo vas a hacer? Espera a que tu padre se entere de esto.

—Preferiría que no se enterara de momento, madre.

—¿Por qué no?

—Pensaría que es algo frívolo, una pérdida de tiempo y de dinero. Otro punto negro sobre mí.

—No podrás evitarlo, cariño. Antes o después, lo descubrirá.

—Preferiría que fuera lo más tarde posible. Deme un poco más de tiempo.

—¿Por qué? ¿Es probable que cambien las cosas?

—Quiero convertirla en una revista de éxito. —Las palabras le salieron antes de que se diera cuenta de lo que estaba diciendo.

Tony no estaba seguro de cuándo se había forjado esa idea en su mente. Quizá fuera por ser la primera vez que veía su nombre en una portada como editor. Se sintió muy orgulloso cuando lo vio, que su nombre se relacionara con un negocio exitoso. Había tenido éxito en otros negocios durante años, por supuesto, pero como un inversor o socio comanditario. En aquel, en cambio, su nombre era visible.

Al menos por ahora.

Se dio cuenta de que su interés por El gabinete y por todo lo que quería lograr Edwina había crecido. Quería que tuviera éxito, ganase o no la apuesta. Incluso si perdía, y estaba haciendo todo lo posible para que así fuera, había planeado ofrecerse a sí mismo como inversor, aportando más dinero para que Edwina pudiera hacer todo lo que quisiera con la publicación. Quizá Edwina aceptara que su nombre apareciera junto al de ella en la portada: «Impreso por E. Parrish y A. Morehouse».

Por primera vez en mucho tiempo, Tony se entusiasmaba con algo que no fuera una gran apuesta o algo que conllevara riesgo. Incluso si El gabinete obtenía mucho éxito, no le haría rico. Pero le haría sentirse orgulloso.

Sería una experiencia totalmente nueva.

—Me alegra oír eso —dijo su madre—. Es un negocio extraño del que hay que estar muy seguro, pero es tan bonito escucharte hablar con interés de algo distinto a un juego de cartas. Incluso aunque se trate de una revista para mujeres. Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Y creo que tu padre también lo estaría.

—Lo dudo. Pero me alegra complacerla.

—Cuéntame todo, hijo mío. Quiero saber cómo te has convertido en un editor.

Y así le contó toda la historia. Le habló sobre Croyden, Edwina, su apuesta.

—He mandado a Millie a que me comprara un ejemplar —dijo ella— y debo confesar que disfruto enormemente leyendo este tipo de cosas. Sobre todo, los reportajes sobre moda. Es divertido intentar adivinar a quién corresponden los vestidos que se describen; y las mujeres a quienes se menciona, ya sea directa o indirectamente, forman parte de la alta sociedad. Qué idea tan inteligente. Oh, y las imágenes son realmente bonitas, aunque un poquito inusuales, la verdad. Pero creo que han dado pie a una nueva tendencia. La señora Balcombe-Shinn no es a la única a la que he visto que lleva los nuevos colores brillantes. Existe cierto furor.

—Me he dado cuenta. ¿Quiere que le cuente cómo surgió lo de los colores? Me temo que lo encontrará un tanto sorprendente.

Tony le relató todo lo referente a las damas de Crimson y ella se rió tanto que se le saltaban las lágrimas.

—Creo que podría hacer una visita a la señora Twigge mañana y ver si puede confeccionarme una nueva pelliza con los nuevos colores. —Le dedicó una sonrisa burlona—. No quiero desentonar.

—Y no se olvide de los zapatos rojos.

—Con rayas. He tomado nota.

—Además de las ilustraciones sobre moda —dijo Tony—, ¿qué piensa del resto del contenido de la revista? —Lady Octavia Morehouse era una mujer típica de su clase, el tipo de mujer que Edwina estaba buscando como suscriptora. Sería muy útil conocer su opinión.

—Bueno, déjame pensar. La Entrometida es entretenida. Por cierto, ¿son cartas verdaderas o inventadas para que pueda escribir el consejo que ella quiera?

—Creo que son verdaderas. Aún no he conocido a la Entrometida, pero se lo preguntaré cuando la vea. ¿Qué más?

—Por lo que puedo recordar, las poesías son bonitas.

—¿No son demasiado sentimentales?

—Cariño, una mujer nunca se cansa de la poesía romántica. Si vas a ser el editor de una revista femenina, harías bien en recordarlo.

—¿Y qué piensa de los ensayos, las críticas literarias y ese tipo de cosas?

Ella encogió sus finos hombros.

—Un poco mordaces para mí. Ya sabes que yo nunca estudié, como tú o tu padre. Creo que mis conocimientos son más básicos. Lo divertido, lo alegre es lo que va más conmigo.

—¿Y qué le parece la ficción? Siempre ha sido una ávida lectora de novelas. —Tony señaló el libro que reposaba en su regazo—. ¿Qué piensa de las historias seriadas de El gabinete?

—Me encantan las buenas series. Cuanto más romántica y sentimental, mejor. Debo confesar que siento debilidad por las historias de El museo mensual de las damas. Cuando las acabo, siempre lloro como una Magdalena.

—Entonces, ¿le gustan más las tuyas?

—Las tuyas no me hacen llorar. Disfruto cuando me hacen llorar.

—Bien, entonces veré qué puedo hacer para hacerlas más tristes para ti. Y ahora, creo que es hora de que me vaya. —Se levantó y se colocó los faldones.

—¿Tan pronto? Pero si no te había visto en casi un año. Además, hay muchas más cosas de las que ponernos al día. —Ella le devolvió el saludo desde su silla.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado?

—Nada en absoluto. La ciudad es muy aburrida en esta época del año. Pero tu padre se niega a que nos vayamos mientras el Parlamento siga con sesiones, y parece que este año no se van a acabar nunca. Hay algo relacionado con el presupuesto, aún no se ha aprobado, y algo referente a la guerra con Francia. Por supuesto, no conozco los detalles. Nunca presto demasiada atención a esas cosas. Pero mientras tu tío Cedric mantenga su escaño, tu padre se quedará a su lado, susurrándole consejos al oído.

—Padre debería simplemente encontrar a su propio asesor y tener su propio escaño.

—Me gustaría que así fuera. Aunque, por alguna razón, parece que prefiere trabajar entre bastidores, ayudando a Cedric a establecer coaliciones o lo

que sea que hagan. De todas maneras, creo que no vamos a ver a Handsley antes de Navidad.

—¿De verdad?

Se estaba tramando algo importante. Tony había oído rumores sobre negociaciones de paz con Bonaparte que no se tenían en cuenta porque parecían provenir del deseo de un pueblo cansado de la guerra. Addington había estado predicando la paz desde que llegó al poder y configuró su Gobierno, marcando una ruptura clara con el ministerio de Guerra de Pitt. Tony no confiaba especialmente en ese hombre. Parecía un tanto anodino y mediocre comparado con Pitt. Pero quizá había hecho lo que había anunciado y había encontrado la manera de negociar la paz.

—Pero basta de eso —dijo la madre—. Cuéntame sobre tu señorita Parrish.

—¿Edwina?

El hecho de que usara su nombre de pila provocó una sonrisa en los labios de su madre.

—Sí, háblame de Edwina. La recuerdo vagamente como una niña juguetona que venía a visitar a su abuelo. ¿Cómo es ahora?

Tony se encogió de hombros.

—Inteligente. Ingeniosa. Competente. Extremadamente independiente. Hermosa.

La madre enarcó las cejas levemente.

—Estás enamorado de ella.

—Madre, usted es demasiado romántica. He utilizado un puñado de palabras para describir a una mujer y no sé de dónde deduce que estoy enamorada de ella.

—No es lo que has dicho sobre ella, sino la expresión de tus ojos cuando lo has dicho.

Tony sacudió la cabeza y no dijo nada. No sabía qué expresión se le reflejaba en los ojos cuando hablaba de Edwina. Pero sí que sabía cómo se sentía y empezaba a pensar que su madre estaba en lo cierto.

—¿Y ella está enamorada de ti?

—No lo sé. Lo dudo. Me he apostado con ella la propiedad de la revista.

—Oh, Anthony. —Sus ojos volvieron a una abertura normal y le ofreció una mano—. Hijo mío, puede que esta vez te estés arriesgando demasiado. Puede que pierdas más de lo que puedas ganar.

—Algunas veces hay que arriesgarlo todo, madre, si el premio merece la pena.

—Creo que debería leer esto.

Edwina miró preocupada y consternada el último ejemplar de El museo mensual de las damas que Anthony acababa de dejar caer sobre su escritorio.

—¿Por qué?

—Me consta de manera inapelable que sus historias son mejores que las nuestras.

Dos pensamientos entrecruzados combatían por dominar su mente: su desprecio total por El museo y sus editores y el hecho de que Anthony se hubiera referido a El gabinete como «nuestro».

—¿Cómo que le consta?

—Sí, mi madre me lo ha dicho.

Edwina no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Su madre es toda una experta en ficción?

—Siempre y cuando sea romántica, sentimental e, incluso, un poco tétrica, no hay nadie más experto que ella. Es una voraz lectora de novelas.

—¿Y prefiere las historias de El museo?

—Dice que la hacen llorar.

—Claro que la hacen llorar. —Su sonrisa se había diluido dando paso a un ceño fruncido por el disgusto—. Cada una de las historias de El museo termina de manera trágica, con una muerte, alguien volviéndose loco, la ruina o la desesperanza. Me enfada pensar cómo manipulan a sus lectoras con sentimentalismo y melodrama. Es precisamente contra eso con lo que hemos estado luchando desde hace cuatro años.

—¿Luchando?

Dios mío. Edwina querría no haber dicho eso.

—¿Contra qué estamos luchando, Edwina?

«Estamos.» ¿Hacia cuánto que Edwina había perdido todas las esperanzas de que Tony se mantuviera al margen del negocio? Y, ¿en qué momento ella decidió que ya no le importaba si no lo hacía?

Edwina lo examinó durante un buen rato. ¿Podría confiar en él, en su imprudencia, en su impulsividad, en su seducción? También era un hombre honorable, generoso y honesto, aunque aún no había confiado en estas últimas facetas de él. Quizá había llegado el momento de cambiar eso. El

momento de confiar en él. Un poco.

—Será mejor que se siente —dijo ella.

Tony le lanzó una mirada cautelosa, pero se movió de su lugar favorito al borde del escritorio y tomó asiento en el sillón de enfrente. Sus ojos grises la miraban con franqueza.

—La escucho.

—Conoce la mayoría de mis opiniones políticas y sociales, así que no debería sorprenderle lo que le voy a decir.

Él asintió para que ella continuara.

Edwina sujetó la odiosa revista.

—¿Ha visto lo que dice aquí en la portada? «El museo mensual de las damas o El almacén respetuoso de divertimento e instrucción es un compendio de todo aquello que pretende ser un guiño a la elegancia, interesar a la mente o exaltar el carácter verdaderamente británico; todo ello realizado por una sociedad de damas». La «instrucción» es una manera específica de alentar la debilidad y la complacencia en todas las mujeres. Y la «sociedad de damas» no es para nada un grupo de mujeres, sino de hombres conservadores. Como puede ver, El museo empezó como una reacción a todos los ideales republicanos y a los filósofos racionales que han ido saliendo a la luz durante, más o menos, los últimos quince años.

—¿Antijacobinos?

—Sí, y van más allá. Este grupo de hombres forma parte de la reacción general de este país contra la revolución en Francia. De verdad creen que educar a las clases sociales más bajas llevaría a una sublevación que «envenenaría las mentes de las clases bajas». Tienen miedo de que aquí también, en Inglaterra, se dé dicha sublevación, especialmente en un año de malas cosechas y de dificultades económicas. Estos hombres, que por lo que sé tienen otro punto de vista político, decidieron usar la revista femenina como un medio para hacer llegar sus mensajes reaccionarios.

—Parece una opción curiosa.

—Es uno de los muchos antídotos contra el veneno del debate racional. El objetivo de este es mantener en orden a las mujeres.

—Ah. ¿Protegerlas contra el mensaje venenoso de mujeres como Mary Wollstonecraft?

—Mary, Thomas Paine y otras. Estos hombres creen que todas las clases bajas, y esto incluye a las mujeres, deben ser subyugadas a la voluntad del Gobierno y a los valores tradicionales en general. Y así han usado El museo

mensual de las damas para llegar hasta uno de los grupos potencialmente revolucionarios, animando a las mujeres a rechazar cualquier idea que tenga un toque de racionalismo, radicalismo o republicanism.

—Me tiene intrigado. ¿Cómo lo hacen?

—Colmando sus páginas con mensajes sutiles diseñados para minar opiniones contrarias. Se desaconseja el pensamiento independiente. Por ejemplo, esas historias sensibleras con las que su madre disfruta están cargadas de mensajes de sumisión femenina a la voluntad masculina. Cada vez que una chica desobedece o falta al respeto a su padre y huye con el hombre al que ama, su final siempre es trágico. Se tiran por un acantilado. Enloquecen cuando sus amados las abandonan. Las asesinan cuando se ven obligadas a vivir en la calle. Sus familias y la sociedad las rechazan. Solo les espera la desesperanza, la desesperación y el arrepentimiento.

—¡Terrible! —Tony fingió estremecerse—. Solo he leído una entrega de la historia un tanto gótica de este número —dijo Anthony, señalando la revista que reposaba encima del escritorio—, así que no sé cómo acaba. Pero se trata de un cuento en el que una hija traviesa cae en los brazos de un villano.

—Que no le quepa la menor duda de que acabará loca o muerta.

—Bueno, es un género muy popular hoy en día, Edwina. Los lectores, en especial las mujeres, disfrutaban con la tragedia. La señora Radcliffe y otras han tenido mucho éxito con esto.

—Y los editores de El museo se aprovechan de ese éxito utilizando un formato popular para persuadir sutilmente a las lectoras de su manera de pensar. Y no solo con la ficción. Sus ensayos históricos y biográficos casi siempre reflejan a una mujer devota por complacer a su marido. Mujeres que son glorificadas porque rechazan sus propios deseos por los de sus maridos o padres y así muestran cómo debe comportarse la mujer. Lo cierto es que mujeres excepcionales son tanto ignoradas como menospreciadas de alguna manera cuando un ensayista afirma que la reina Isabel no es posible que fuera una mujer de verdad y que era, por lo menos, hermafrodita.

Tony se rió levemente.

—Bueno, eso sí que es algo completamente nuevo para mí.

—Y debería haberse dado cuenta de que El museo no incluye noticias o eventos actuales. No se menciona nada de política o de la guerra. Sus editores no piensan que sean temas que encajen con la débil sensibilidad

de sus lectoras. Como si nuestras vidas no se vieran afectadas por todo lo que está ocurriendo. Cada aspecto de El museo exalta la debilidad femenina y anima a la completa sumisión a la autoridad masculina. Se alienta a las mujeres a que reciban, con gratitud, la protección de los hombres, sin importar si el protector se convierte en el agresor. De hecho, emplean muchas artimañas para manipular a sus lectoras. Cuando El gabinete llegó a mis manos, decidí emplear las mismas artimañas contra ellos.

Tony levantó una ceja.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Busqué a un grupo de escritores y poetas que compartieran mis opiniones y creamos artículos e historias que, aparentemente, se asemejan a las de El museo, pero con unos mensajes completamente opuestos.

—¿Como la última biografía de Augusta Histórica en la que se exaltaba el liderazgo extraordinario de la muy mujer reina Isabel?

—Exacto.

—¿Y esas historias sobre mujeres jóvenes que se escapan con sus amantes y que, al final, encuentran la verdadera felicidad?

Edwina sonrió.

—Sí. Simon Westover es uno de los escritores que crean nuestras historias. Y nunca ha habido un romántico como él. Le encanta mostrar cómo las jóvenes van en busca de la luna y cómo la consiguen.

—¿Simon Westover? ¿Un hombre escribe sus historias?

Ya no había nada que ocultar.

—Sí, es uno de nuestros muchos colaboradores. También es el encargado de escribir la columna de la Entrometida.

—¡No puedo creer lo que está diciendo! Pensaba que la Entrometida era una señora mayor.

Edwina dibujó una sonrisa.

—Eso es lo que se supone que debe pensar. De hecho, era una mujer mayor la encargada de la columna cuando llegué aquí y tomé las riendas. Pero quería retirarse y Simon se quedó con el seudónimo. Sus consejos, como debería saber si ha leído la columna, siempre apoyan y estimulan a las jóvenes a que sean responsables de sus propias decisiones, de sus propias vidas. —Se rió con delicadeza—. De hecho, ha tenido algún problema hace poco con sus consejos. Una mujer le siguió la pista y quería ver rodar su cabeza.

—Ah. ¿Qué hizo?

—Se casó con ella.

Anthony dio una risotada.

—Parece que, al final, sus consejos tuvieron éxito. Pero cuénteme más, Edwina. ¿Quién más debería saber que está involucrado? ¿Nicholas?

—Sí. Se encarga de escribir los ensayos históricos y biográficos bajo el seudónimo de Augusta Histórica. Samuel Coleridge colabora de vez en cuando, tanto en poesía como en prosa. William Godwin ha escrito un ensayo. Helen Maria Williams y Mary Hays son colaboradoras frecuentes. Conocen cuáles son mis objetivos y no predicán la retórica. En cualquier caso, no la publicaría. Pero todos ellos pueden expresar sus principios en ensayos, poemas e historias constructivas y positivas, exaltando la educación, el intelecto y el pensamiento independiente. Todos ellos usan seudónimos, claro está. Sus verdaderos nombres podrían desanimar a las lectoras más conservadoras. Pero si no reconocen nombres de republicanos o radicales, le sorprendería lo maleables que se convierten sus puntos de vista.

—Ha reunido a un grupo excepcional de escritores, querida. ¿Por qué no me lo dijo antes?

Edwina encorvó un hombro.

—No sabía si lo aprobaría. No tenía la impresión de que compartiera mis mismas opiniones.

—¿Aunque haya sido capaz de citar a Wallstonecraft tan bien que me haya valido para ganar un paseo junto a usted por el parque?

Ella sonrió.

—Simplemente di por hecho que había leído más de lo que parecía. Nunca he creído que albergara ideales republicanos en su corazón.

—De hecho, así es. De todos modos, no del todo. Pero sinceramente, admiro mucho lo que hace. —Dibujó una sonrisa de medio lado—. Realmente es muy atrevido. Me gusta que esté empleando las mismas tácticas que El museo para contrarrestar su influencia. Bien hecho, Edwina.

La mujer se echó hacia atrás, contra el respaldo de su silla, y exhaló de forma contenida un largo suspiro. Había hecho bien en confiar en él.

—Oh, gracias Señor —dijo ella—. Es un alivio haberle revelado todo. Ni se imagina el esfuerzo que supuso mantenérselo en secreto a tío Victor durante todos estos años.

—No, me imagino que no lo hubiera aprobado.

—Hubiera acabado con nosotros. Muchas de sus publicaciones son directamente opuestas a nuestros principios. Incluso tiene acciones en la Revista antijacobina.

—Bueno, entonces fue un golpe de suerte para usted que le ganara El gabinete.

Edwina sonrió.

—Incluso será aún mayor mi suerte el día que yo se la gane a usted.

—Otra vez se muestra muy segura.

Su sonrisa se desvaneció y dio paso a una mueca cuando él la sonrió. Edwina odiaba cuando la provocaba con la apuesta. Parecía que estaba tan decidido a ganar, tan malditamente seguro de que lo haría. Estaba dispuesto a hacerle pagar por todas aquellas derrotas del pasado.

La expresión de Tony se suavizó y la miró de una forma tan tierna que hizo que Edwina se olvidara del enfado.

—Solo por seguir con el tema, ya que, por supuesto, tengo la intención de mantener la propiedad y recuperar la Minerva, ¿qué hará si gana? ¿Cambiará el contenido de forma que se reflejen más directamente sus opiniones?

Edwina lo miró con curiosidad. La pregunta la sorprendió. Probablemente no ayudaría, pero no pudo evitar darse cuenta del timbre alegre de su voz cuando afirmó que ganaría. ¿Estaba, después de todo, provocándola de nuevo? Es más, ¿esperaba que ella ganase?

Flora y Prudence pensaban que estaba haciendo todo lo posible por perder, que su insistencia por aumentar la cobertura de la sección sobre moda, por ejemplo, significaba claramente que quería que el número de suscripciones se incrementara. ¿Por qué iba a molestarse si no era para que ella ganara?

Edwina nunca había estado de acuerdo con los demás sobre el motivo que lo conducía a emprender tales acciones. Pensaba que había insistido en la incorporación de Flora y en los reportajes sobre moda simplemente porque era contrario a sus objetivos y su único objetivo era desquiciarla.

¿Se habría equivocado con él?

Edwina examinó sus ojos grises y no vio nada más que interés de verdad por su respuesta. ¿Le había juzgado mal?

—No —dijo ella—, no cambiaré los contenidos. Creo que captaríamos la atención de más mujeres, si se puede admitir, con el atractivo de la moda y el entretenimiento. Pero una vez que captemos su atención, los otros

mensajes estarán ahí para que los absorban. Así que no, no cambiaré nada de la revista, pero me quedaré con todos los beneficios que genere. Hay demasiadas cosas que hacer.

—¿Para mejorar la publicación?

—No. Los beneficios se destinarían a un mejor empleo. —Llegados a este momento, debía tener cuidado. Una cosa era admitir los principios en los que se basaba su dirección de la revista, pero otra cosa muy diferente era admitir las otras actividades secretas que apoyaba con el dinero desviado de los beneficios de El gabinete. Pero quizá no estuviera mal comprobar su reacción a esas causas. Solo por si acaso.

—Muchas personas necesitan ayuda —dijo Edwina—. Las extravagancias atroces de la guerra de Pitt contra Francia han supuesto un precio muy alto a pagar. Si a esto le añadimos los malos años de cosechas y los impuestos de guerra, el resultado es que la gente se muere de hambre. Probablemente no pueda ayudar a todos, pero quizá sí a una familia cada vez. Emplearía los beneficios para ayudar a reformar las fábricas y educar a los más pobres. Solo piense en las pobres mujeres que están coloreando nuestras ilustraciones. Si hubieran recibido una educación, aunque fuera la más básica de todas, lo más seguro es que no tuvieran que recurrir a venderse en las calles para alimentar a sus familias. Tengo algunas ideas para las escuelas de estas mujeres.

De hecho, los beneficios desviados de El gabinete ya estaban sirviendo para ayudar a una escuela de este tipo en Saint Giles. Pero nunca podría saberlo. Una vez que ganara la apuesta, los beneficios serían todos suyos para hacer lo que le pareciera.

—Me ha dado toda una lección de humildad, Edwina, con su compasión y su generosidad. Si ganara nuestra apuesta, lo que no va a ocurrir, estaría contento de reconocer su victoria sabiendo que los beneficios tendrían un destino tan bueno.

—¿Y si pierdo? —Edwina no tenía la menor intención de dejarle ganar, pero no estaba de más conocer cuáles iban a ser sus planes.

—Bueno, ya lo discutiremos cuando llegue el momento. Mientras tanto, quizá podría mostrarme la lista actualizada de las suscripciones. —Le dedicó una sonrisa de medio lado—. Veamos cómo va su lucha por alcanzar un sueño imposible.

De vuelta a Charles Street, Anthony se preguntó hasta qué punto Edwina se tomaba en serio las bromas que le hacía sobre la apuesta. Conocía su lado más competitivo y había comprobado que no había cambiado apenas durante los últimos veinte años; así que se imaginó que sus bromas solo la motivarían a trabajar más y más para alzarse con la victoria. Eso era lo que precisamente ocurría cuando eran pequeños. Había sido lo suficientemente astuto como para darse cuenta de ello; nunca había alardeado en voz alta de que podía correr más rápido que ella, batirla y pasarla por encima.

Nicholas había dicho que la apuesta había sido algo bueno, que se lo había tomado por el lado positivo. Así que él continuaba presionando.

Anthony consideró todo lo que Edwina le había revelado que haría si ganaba el gabinete. Su admiración hacia ella había aumentado considerablemente. Su cara, en cualquier caso siempre un placer contemplarla, se había mostrado tan animada y viva cuando hablaba... Era otra señal que mostraba que, detrás de tanto control, había mucha pasión encerrada, una pasión que Anthony quería que saliera para, así, poder experimentarla.

Tony estaba francamente impresionado con lo que Edwina había logrado y admiraba su dedicación a los valores y principios. Por todo ello, le gustaba aún más. Pero había sido demasiado sincero cuando le había dicho lo de la lección de humildad. Una vez más, Edwina le hizo replantearse su vida, su egoísmo al hacer caso omiso a la situación tan complicada de los menos afortunados. Poseía una gran fortuna, pero la usaba para poco más que generar más dinero. Quizá había llegado el momento de destinarlo a mejores fines.

Pero si hacía alguna obra caritativa de gran magnitud, ¿lo estaría haciendo por él mismo o solo para impresionar a Edwina? Había estado intentando impresionarla desde que eran niños, sin mucho éxito. Ella lo vería como un gesto vacío, sin importar la magnitud del mismo.

Quizá era el momento de dejar de intentar impresionar a los demás. A Edwina, a su padre o a cualquier otra persona. Se había pasado la vida entera fracasando en el intento de alcanzar las expectativas de los demás. Era el momento de establecer sus propios objetivos y vivir para lograrlos. Por él.

Hizo que la calesa girara antes de llegar a Charles Street y se dirigió hacia el despacho de su abogado.



—Esta vez haremos los accesorios en tonos rojos y azules. —Flora se dirigió a las entusiastas damas de Crimson situadas alrededor de la mesa del comedor de Edwina y les mostró cómo quería que fueran coloreadas un par de ilustraciones—. En honor a la paz. Los colores patrióticos serán el último grito en moda, así que seamos los primeros en recibirlos con los brazos abiertos.

—Es una idea fantástica —dijo Edwina.

—Por el amor de Dios, Flora, e' un genio.

Edwina sonrió a Madge.

—Eso es precisamente lo que estaba intentando decir.

—Vamo', chicas —dijo Madge—. Manos a la obra.

Era el segundo mes que coloreaban a mano y las mujeres se mostraban entusiastas con dicho trabajo. A pesar de que solían ser bastante atrevidas en la manera de emplear los colores, la calidad de su trabajo era excelente. Polly, en especial, había mostrado un talento excepcional. Estaban muy contentas de tener una fuente legítima de ingresos, aunque fueran precarios, e intentaban dar lo mejor de sí mismas en cada tarea que desarrollaban. Sin embargo, no era el grupo de trabajadoras más tranquilo que existiera. Edwina y Flora las dejaron a solas para que trabajaran y empezaron a hablar de la paz.

—Madge es una auténtica maravilla —dijo Edwina mientras entraban en el estudio—. Las mantiene a raya y se encarga de que hagan todo el trabajo posible.

—Tiene mucha experiencia en eso de mantener a raya a las chicas —dijo Flora—. Ha sido su trabajo durante años. Por esa razón es por la que la propuse como la supervisora del grupo. Y por lo que también le estoy dando algún que otro trabajo. Es feliz encargándose de algunas de las entregas, de transmitir los mensajes y ese tipo de cosas.

—Le estoy muy agradecida. A todas ellas.

Edwina tomó asiento y estiró las piernas. Cada vez que se sentaban para mantener largas conversaciones, Flora insistía en que Edwina saliera de detrás del escritorio. Las amigas, como ella misma dijo, no deberían tener barreras entre ellas.

—No tan agradecida —dijo Flora— como lo están ellas contigo por haberles ofrecido la oportunidad de ganar dinero honrado para poder alimentar a sus familias. La mayoría de sus maridos, si es que los tienen, son unos desgraciados inútiles que se quedan con todo el dinero que entra en casa para beber y no tienen el menor escrúpulo en mandar a sus mujeres a que ganen más dinero de cualquier forma. Y es muy difícil ganar más dinero de esa manera cuando tu cara se ha llenado de arrugas y tus carnes cuelgan.

—Pobrecitas. Mientras pueda decidir sobre estos temas, trabajarán aquí. Ha sido toda una idea inspiradora la de los colores patrióticos.

—Solo espero que esa paz llegue de verdad. Nunca he tenido mucha fe en los políticos y he oído hablar de que no estamos ante el mejor tratado jamás firmado.

—No son más que acciones preliminares. Las negociaciones formales comenzarán el mes que viene en Amiens. Pero esta paz es un verdadero alivio. Los impuestos de guerra durante tantos años le han chupado la sangre al pueblo. Este se está impacientando, hasta llegar al punto de saquear para comer, y creo que el Gobierno está preparado para hacer algo para prevenir aquí, en Inglaterra, el reinado del terror.

Flora se sentó en el sillón y se colocó la falda, de un tejido muy suave. Miró a Edwina, pensativa.

—No puedes pronunciar esas palabras sin cierto resentimiento en tu voz, ¿verdad?

—¿Qué palabras?

—«El reinado del terror.» Ya me había dado cuenta antes.

Edwina respiró profundamente. Flora podía ser muy audaz cuando un tema le interesaba. Y aquel no era precisamente el tipo de asunto que Edwina quería compartir con ella.

—Le he preguntado a tu apuesto hermano sobre ello —dijo Flora—. Me contó algo de lo que os pasó a ti y a tus amigos; me habló de los arrestos y de los encarcelamientos. Pero fue prudente a la hora de relatar los detalles y me dijo que debería preguntarte a ti, que era tu historia y tú deberías contarla.

Edwina apartó la mirada, incapaz de mantener la de Flora.

—Me dijo que te preguntara sobre Gervaise.

El pecho de Edwina estaba compungido por el sufrimiento del pasado, durante mucho tiempo reprimido.

—No.

—Nicholas dijo que no hablarías de ello. Pero tengo la sensación de que él pensaba que lo harías. Que te haría bien. Por eso estoy aquí para escuchar, querida. Como una amiga. Como una mujer. Y nada de lo que digas saldrá de estas paredes.

La pena al recordar todo aquello se reflejó en una contracción de su cuerpo desde el pecho hasta la mandíbula.

—No sé si puedo, Flora.

—Inténtalo, querida. Háblame de Gervaise.

Edwina no quería hacerlo, a pesar de que su hermano se hubiera entrometido y pensase que era lo mejor. No era que Edwina pretendiese hacer como si aquello nunca hubiera pasado o hubiera encerrado esos recuerdos en un lugar profundo y oscuro que nunca se abriría de nuevo. Gervaise y Francia siempre estaban presentes en sus pensamientos. Estaban presentes cada día de su vida desde que ocurrió. De vez en cuando, hablaba de ello con Prudence, Helen Williams o Nicholas. Pero muy de vez en cuando, y siempre que lo hacía le resultaba doloroso.

Sin embargo, Edwina alzó la mirada hasta toparse con los ojos amables de Flora, creyendo que una mujer mundana como ella no lo entendería. Volvió a respirar profundamente y soltó el aire muy despacio. Repitió la operación una y otra vez hasta que se sintió con las fuerzas necesarias para que sus labios relataran la historia.

—Fuimos a Francia en agosto de 1792 —comenzó Edwina con la voz un tanto temblorosa—, Nicholas, Simon y yo.

—¿Simon?

—Simon Westover. Es un amigo y escribe para El gabinete. Debe de estar a punto de volver a la ciudad, entonces te lo presentaré.

—¿Era tu amante?

Edwina esbozó una tenue sonrisa. Era característico de Flora profundizar en los detalles que consideraba realmente importantes.

—No, no lo era. Estaba un poco enamorado de mí, pero mi corazón ya pertenecía a otra persona. Conocí a Gervaise de Champdivers cuando vino de visita fugazmente a Londres ese verano. Compartía con nosotros el fervor revolucionario, por lo que estaba decidido a ir a Francia y formar parte de esa extraordinaria expedición. Era una época de excitación, muy estimulante. Había muchos ingleses con nuestra misma mentalidad en Francia por aquel entonces. John Hurtford Stone dirigía la Sociedad Inglesa

Revolucionaria. Helen Maria Williams organizaba las tardes de té del domingo a las que todos nosotros acudíamos. Allí conocí y me hice amiga de Mary Wollstonecraft.

—¿Y Gervaise?

—Me enamoré profundamente de él en Londres. Nos hicimos amantes en París. Se convirtió en mi razón de ser. Lo era todo para mí: mi vida, mi amor, mi pasión. Y él sentía lo mismo. Hubiera hecho cualquier cosa por mí.

—¿Excepto casarse contigo?

Edwina frunció el ceño. No hubiera esperado un comentario tan convencional por parte de Flora.

—Hablamos sobre ello. Pero estábamos muy ocupados con otros asuntos más serios y nunca parecía ser tan importante como el trabajo que estábamos haciendo. Gervaise era un girondino, uno de los muchos que abogaban por una república federal basada en el modelo norteamericano. Yo actuaba como su secretaria, escribiendo cartas, discursos y panfletos. Acudíamos a los salones de madame Roland juntos y nos mezclábamos con los grandes filósofos y escritores de París. Fue una época emocionante, Flora. Estaba enamorada y llena de entusiasmo con el fervor republicano. Nunca me sentí tan viva. Fueron los mejores días de mi vida.

Flora sonrió, pero sus ojos reflejaban un poco de preocupación.

—Y luego, el terror —dijo.

—Sí. Las facciones habían empezado a escindir a los diferentes grupos. Cuando en enero mataron al rey, las divisiones se multiplicaron. Los girondinos más moderados, quienes se oponían a la ejecución del rey, fueron apartados y la retórica ardiente de Marat se impuso. En junio, muchos de los miembros de la Gironda fueron encarcelados, entre ellos Gervaise.

Su voz se hacía más temblorosa y la contracción del pecho se había vuelto más acusada. Hizo una pausa para recomponerse. Flora acercó su silla y le cogió la mano. No dijo nada, pero le dio un pequeño apretón alentador.

—La preocupación me hacía estar fuera de mí —continuó Edwina—. Los sentimientos contra los extranjeros fueron empeorando cada vez más y muchos ingleses huyeron de París. De hecho, nos instaron a hacerlo. Pero yo no iba a huir dejando a Gervaise en prisión. No podía.

—Claro que no podías. ¿Y qué pasó, querida?

—Nicholas y Simon se quedaron conmigo. Creo que hubieran huido, pero mi determinación de no abandonar a Gervaise les hizo cambiar de idea.

Fueron momentos terribles, nunca sabíamos en quién podíamos confiar y además nos vigilaban de cerca. Cuando los opositores de la Gironda asesinaron a Marat, casi me vuelvo loca por el miedo a que algo le pudiera ocurrir a Gervaise. Y, luego, el inexorable aumento de poder de Robespierre condujo a una unidad nacional más terrible que cualquier otra cosa que hubiéramos podido imaginar. El terror comenzó.

Edwina paró otra vez. El dolor que sentía al recordar era casi insoportable. Flora estaba sentada a su lado en silencio, sujetando su mano, esperando a que pudiera continuar.

—A principios de octubre, me arrestaron bajo la nueva maquinaria del terror, junto con otros ingleses que también se habían quedado. Me enviaron a una prisión a Luxemburgo con Helen Maria Williams y otras mujeres. Dos semanas más tarde, pudimos oír los gritos de júbilo de las multitudes en las calles tras la ejecución de veintiún girondinos. Gervaise fue uno de ellos. Aplaudían su muerte. Un mártir de la libertad.

Edwina levantó la mano que le quedaba libre para limpiarse una lágrima. Los recuerdos de aquel día seguían atormentándola: los gritos estridentes que se colaban por las altas ventanas de la prisión, las montañas de prisioneros que se formaban al intentar alguno de ellos alcanzar las ventanas para ver qué ocurría fuera de los barrotes, los gritos de la lista de nombres considerados «enemigos del pueblo» que habían sido ajusticiados, el nombre de Gervaise como uno de los que habían conocido a madame guillotina.

Podrían haber matado a Edwina también. Hubiera querido morir. Incluso ocho años después, en los momentos más difíciles, en aquellos de profunda pena, Edwina, algunas veces, seguía queriendo que lo hubieran hecho.

Respiró profundamente, se recompuso y continuó.

—Me sentía enferma por la tristeza. Los sueños de felicidad personal, así como aquellas grandes causas, se habían desvanecido. Todos aquellos que Robespierre condujo a la muerte aquel día representaban todo lo bueno de la revolución. La elocuencia y el idealismo, la juventud y la gran aspiración. No podía soportarlo. Si Helen Williams no hubiera estado conmigo, probablemente hubiera muerto.

—Oh, querida. —Flora entrelazó sus dedos a los de Edwina y los sujetó fuerte—. ¿Cuánto tiempo estuviste en prisión?

—Helen fue capaz de amañar su liberación en noviembre y me sacó con

ella. Nicholas y Simon consiguieron salir de prisión gracias a una complicada intriga de documentos falsos y una serie de escondites. Helen consiguió ponerse en contacto con ellos de alguna manera y se encargaron de planear nuestra vuelta a Inglaterra. Recuerdo muy poco de cómo me sacaron de París. Estaba muy enferma, me dolía todo el cuerpo por la pérdida. Quería morirme, pero mi hermano y Simon, gracias a Dios, no lo permitieron. Sin embargo, no consiguieron salvar mi alma, que estaba totalmente destruida. —Suspiró, encogiéndose de hombros como aliviada por haber sido capaz de contar toda la historia, aunque abreviada—. Llevo mucho tiempo intentado recuperarme.

Flora apretó por última vez la mano de Edwina y la soltó. Rebuscó en su bolso, sacó un pañuelo de lino y se lo ofreció a Edwina, quien lo aceptó agradecida y se secó sus lágrimas. Edwina odiaba mostrarse tan descompuesta e hizo un gran esfuerzo para controlarse.

—Pero te has recuperado —dijo Flora— y has conseguido labrarte una vida por ti misma.

—Ya nunca nada ha sido igual. Parece que mi corazón se rompió en muchos pedazos y por muchas causas. Pero he aprendido algunas lecciones importantes. En mi vida, he perdido a dos personas que amaba cuando la pasión pasó de estar controlada al caos y a la tragedia. Nunca más volveré a actuar bajo los efectos de ningún tipo de pasión.

—¿Nunca? Oh, no digas tal cosa, querida.

—La moderación me ha servido en mi vida desde que volví de Francia y estoy contenta. Mis ideales no han cambiado, pero he atenuado mis expectativas. Nunca, pero nunca, volveré a apoyar ningún tipo de revolución. Pero ojo, las reformas firmes son mi único objetivo.

—Y el de influir en la opinión de las personas por medio de tu revista.

—Sí, por supuesto. Pero no abogo por la revolución. Solo por una mentalidad abierta que acepte la inteligencia, el progreso racional, en especial el relacionado con el de las mujeres. No tenemos a nadie más que represente nuestros intereses. Lo tenemos que hacer nosotras mismas. Pero ahora es una pasión sosegada la que me mueve, no el fervor que nos vuelve locos.

—¿Y qué me dices de la pasión del corazón? ¿Esa también la has abandonado?

—Gervaise fue el único amor verdadero en mi corazón. Ya he tenido mi gran pasión.

Esas palabras, en cierto modo hiperbólicas, seguían reflejando lo que él había supuesto para ella. De hecho, durante los años posteriores a su muerte, los recuerdos de Gervaise habían adquirido la dimensión de un gran romance. O de una gran tragedia. Algunas veces, los detalles más corrientes y del día a día de sus meses juntos se desvanecían en el recuerdo. Y lo que era peor, algunas veces era incapaz de recordar claramente su cara. Pero su corazón y su cuerpo nunca olvidarían cómo se sentía cuando estaba con él, o cuando lo perdió. Las alegrías y los dolores físicos seguían recordándolo vivamente, mientras que las imágenes desaparecían.

Flora enarcó las cejas un tanto sorprendida.

—¿Y está escrito que solo puedes tener una gran pasión? Querida, yo he tenido más de las que me atrevo a admitir.

—Pero no soy como tú, Flora. Perdóname, pero no soy de esas mujeres que revolotean de hombre en hombre.

—Claro que he revoloteado. Después de todo, una mujer tiene que sobrevivir. Pero no estoy hablando de sexo. Estoy hablando de una pasión verdadera, profunda, emocional. Amor, si lo prefieres. Por supuesto que no ocurre muy a menudo, pero cuando pasa, debes abrazarte a él.

—Ya lo hice. Me entregué completamente a Gervaise, en cuerpo y alma.

—Pero murió hace ocho años. Y tú sigues viva. No pierdas más años de tu vida, querida, quejándote de lo que perdiste. Despierta y aférrate a lo que tienes ahora.

—Te refieres a Anthony, ¿verdad?

—Quizá. Eso lo tienes que descubrir tú.

—¿Fue él una de tus grandes pasiones?

Flora se rió.

—Por Dios, no. Ni tampoco lo fui yo para él, por si te lo estás preguntando. No, era una diversión placentera que acabó en una gran amistad.

—Oh.

—Así que no debes pensar que existe ningún tipo de competencia entre nosotras dos por acaparar su corazón.

—Pero no estoy buscando su corazón.

—Pues deberías. Él si que está detrás del tuyo.

—Oh, Flora, no lo creo. Con él todo es un juego, incluso, y en especial, la seducción. Pero es apuesto, un caballero encantador y, como debes ya

saber, he considerado la posibilidad de... No sé. De algo.

—¿De entrar en el juego?

Edwina dibujó una sonrisa vergonzosa.

—Quizá, aunque no estoy segura de cómo jugar. Ha pasado mucho tiempo. Aunque debo confesar que es la primera vez que me veo tentada desde Gervaise.

Flora posó una mano sobre su pecho cómicamente.

—Gracias a Dios —dijo—. Estaba muy preocupada de que no te permitieras a ti misma volver a sentir nada. Bienvenida de nuevo al mundo, querida. ¿Quién sabe? Quizá te espera otra gran pasión.

—No es eso, Flora. No quiero que me ocurra eso de nuevo. —Le daba mucho miedo el solo hecho de considerarlo. La singular obsesión. La pasión sin aliento. Las intensas subidas y las desesperadas bajadas. La idea de ser poseída por la locura otra vez aceleraba su pulso. Edwina continuó—: No así. Un poco de cortejo, un poco de coqueteo. Una... una relación ocasional, quizá.

—¡Bah! Anthony no es ocasional en sus relaciones. Ni tampoco tú. Lo que ocurra entre vosotros será algo más serio cuando pase, si es que pasa.

—Ocasional o no, seguiría siendo una tontería relacionarse con él. No olvides la apuesta. Tiene mi futuro colgando en sus manos.

—Creo que más bien está en las tuyas, querida. ¿Cómo va el número de suscripciones?

—Nos estamos acercando. Pero con menos de un mes por delante, me temo que es una meta imposible de alcanzar.

—No te rindas, querida. —Flora se levantó con gracia y se sacudió la falda. Luego, se agachó para besar a Edwina en la mejilla—. Gracias por confiar en mí para contarme tu historia. Ahora, tendrás que confiar en mí cuando te digo que no debes permitir que la pena y el dolor se apoderen de tu corazón. Como sabes, soy una experta en estos temas. Tienes que liberarte para poder amar otra vez, querida.

Flora se giró para marcharse, pero se detuvo cuando algo sobre la mesa llamó su atención.

—¿Más muestras para que las revise? Estoy encantada de que me hayas asignado más tareas relacionadas con la revista. No recuerdo cuándo fue la última vez que disfruté tanto.

Edwina ya había delegado algunas tareas en Flora, tal y como había pensado hacer cuando solicitó a otro ayudante. Es más, Flora había asumido

casi todos los pasos que había que llevar a cabo con los impresores, incluyendo las pruebas, los horarios, las entregas y otras cosas. Eso le había permitido a Edwina dedicar más tiempo a escribir, que era lo que más le gustaba.

—Un momento —dijo Flora—, ¿qué es esto?

Edwina tomó aire profundamente cuando vio lo que Flora había cogido.

Flora se volvió hacia ella y frunció el ceño.

—¿Sigues con los panfletos, Edwina? —Alzó las muestras de un panfleto que Nicholas había escrito sobre la emancipación católica.

Edwina carraspeó.

—De vez en cuando.

—¿Cuánto es de vez en cuando?

—No puedo decirte.

—¿Los imprime Daniel Imber?

—Sí.

—¿Hoja por hoja, en la misma plancha que El gabinete de las damas de moda?

Edwina suspiró.

—Sí.

Flora sacudió la cabeza y escudriñó las muestras.

—¿Puedo preguntar cómo estás financiando estos proyectos?

—No.

—Ah. Creo que ya lo sé. Estás jugando a un juego muy peligroso, querida. Me imagino que Anthony no sabe adónde se destinan sus beneficios, ¿verdad?

—No.

—¿Ni tampoco tu tío antes que él?

—No. —Edwina se levantó para ponerse al lado de Flora—. Pero no es mucho. Nada de lo que se pueda dar cuenta. Siempre y cuando los libros contables no se examinen detenidamente. Y se destinan para buenas causas.

—Será mejor que Anthony no vea esto. —Flora alzó la mirada de las pruebas de impresión, mostrando claramente desacuerdo en sus ojos—. ¿Lo has escrito tú?

—No. Lo ha hecho Nicholas. Es el que escribe la mayoría de los panfletos que financiamos. Sigue manteniendo más esa faceta política que yo.

—Esta vez se ha centrado en Cedric Quayle.

—Quayle es uno de los oponentes más ruidosos de la emancipación católica. Apenas apoya la unión con Irlanda, pero se niega a que sus representantes católicos tomen su escaño en el Parlamento. En este tema, solo pide lealtad al rey, pero es algo más personal. Sus argumentos en la Cámara han dejado patentes sus despreciables prejuicios. Nicholas hace bien en atacarlo.

—¿Sabías que Cedric Quayle es el tío de Anthony?

—¿Qué? —dijo Edwina, jadeando.

—La madre de Anthony es la hermana de Quayle. Y su padre es el asesor de mayor confianza de Quayle.

—Por el amor de Dios. —Edwina se apoyó con las dos manos sobre la mesa para sujetarse—. No tenía ni idea.

—No creo que Anthony mantenga mucha relación con su tío y creo que ya sabes lo de su delicada relación con su padre. No debes preocuparte por si comparte sus mismas ideas en este asunto.

—No, dudo que lo haga. —La mente de Edwina no paraba de dar vueltas.

—Sin embargo, este panfleto puede comprometerlo. Especialmente si se descubre que él está involucrado de alguna manera.

—No. No, debemos parar todo esto. —A Edwina se le hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que podría ocurrir si Anthony lo descubriera. Temió que todos los juegos llegaran a su final. Él haría todo lo que estuviera a su alcance para ganar la apuesta. Y ella nunca tendría El gabinete para ella sola—. Hablaré con Nicholas y le diré que tiene que modificar las pruebas o redactar una nueva versión.

—Buena chica. Ahora, una vez que te entregue las muestras buenas, dámelas a mí y me encargaré de que le lleguen a Imber. No hay ninguna razón para hacer dos viajes. Siempre y cuando quieras que me encargue de todo lo relacionado con los impresores, también deberé hacerme cargo de los panfletos de tu hermano. No te preocupes, seré discreta. Sabes que no discrepo del todo en sus opiniones. Solo preocúpate de no ofender a Anthony.

—Eso sería lo peor que podría hacer, teniendo en cuenta nuestra apuesta. Gracias por avisarme, Flora. Y por todo lo demás. Estoy tan feliz de que formes parte de El gabinete... Y muy agradecida por nuestra amistad.

Edwina se sorprendió a sí misma cuando rodeó con los brazos a Flora y la abrazó estrechamente, algo muy inusual en ella.

Por fin. Había estado esperando la oportunidad perfecta. Era la época en la que se daban menos eventos sociales, pero ahora se había firmado la paz y se estaban produciendo numerosas celebraciones. Probablemente Edwina no podría rechazarlo.

Tony pasó varios días resolviendo ciertas cuestiones y, por las noches, llegó a acuerdos sobre los tapetes, esforzándose por dejarlo todo en orden antes de hacer una visita una tarde a Golden Square. Sería recompensado por su paciencia encontrando a Edwina a solas.

Pero esta no se encontraba en su oficina de la librería, sino que se hallaba en una sala de estar del piso de arriba, una estancia acogedora que Tony nunca había visto. Un par de ventanas daban al jardín trasero y tenían en el flanco una chimenea. Una alfombra turca gastada cubría todo el suelo. Encima de la repisa de la chimenea, colgaba un gran cuadro de figuras clásicas en un paisaje. ¿Sería de su madre?

Tony estaba tan acostumbrado a encontrarse a Edwina detrás del inmenso escritorio que actuaba como su escudo, que se quedó gratamente sorprendido cuando la encontró acomodada en un gran sillón orejero a uno de los lados de la chimenea. Tenía un aspecto encantador con sus pies metidos en el marco de la chimenea mientras leía un libro. Llevaba puesto un sencillo vestido de muselina y estaba envuelta en un chal de cachemira. Un par de zapatos en el suelo parecían estar casualmente tirados. Tony se alegró cuando Edwina no cambió a una postura más formal al anunciar Prudence su presencia.

—Se la ve muy cómoda —dijo él—. ¿Puedo unirme a usted?

Al asentir con la cabeza, Anthony tomó asiento en el sillón a juego que se situaba al otro lado de la chimenea. Edwina cerró el libro y lo colocó sobre el asiento del sillón.

—Hace mucho que no lo vemos —dijo ella.

Él sonrió.

—Entonces, ¿me ha echado de menos?

—Me había acostumbrado a tenerle continuamente pisándome los talones, eso es todo. ¿Ha encontrado otro negocio en el que involucrarse?

—Lo que ha pasado es que he estado bastante ocupado. Pero vengo de buena voluntad y con una invitación.

—¿Una invitación? ¿Otro paseo?

—Solo un corto paseo, pero esta vez por la noche. He reservado un palco en el Covent Garden para una actuación especial de Artajerjes con la señora Billington el viernes. Será un honor si me acompaña.

Sus cejas se alzaron ligeramente.

—Pensé que era imposible conseguir entradas para la actuación de la señora Billington. O eso había leído hoy en el Crónicas matinales.

—Es una actuación benéfica para las viudas y los huérfanos de la última guerra, en honor a la paz, y solo se anunció ayer.

—¿La señora Billington ha accedido a actuar sin cobrar? ¿La cantante más cara de Londres?

—Dona sus honorarios, creo. Las críticas de su actuación como Mandane han sido extraordinarias. Estoy seguro de que disfrutaría mucho. ¿Irá conmigo, Edwina?

La expresión de la cara de Edwina mostraba una lucha interna; aunque quería ir, pensaba que no debía hacerlo.

—Por favor, Edwina, diga que sí.

—¿Por qué está tan decidido a llevarme a mí? Debe de haber muchas otras a las que podría invitar.

—Quizá la esté cortejando.

Un brillo pensativo apareció en los ojos de Edwina.

—Quizá simplemente me esté cortejando como preludeo a la seducción.

—Cortejo, seducción, halagos. Lo que mejor funcione, querida.

—Siempre y cuando usted tenga intenciones relacionadas con mi revista y mi Minerva, no creo que deba confiar en usted en cualquiera de las formas en que quiera llamarlo.

—Le recuerdo que la revista es mía y, por derecho, la Minerva de mi padre; pero creo que simplemente está buscando excusas para rechazar mi invitación. Probablemente porque no tenga nada bonito que llevar puesto en una ocasión como esta.

Edwina se enfadó.

—Claro que sí.

—Me apuesto lo que sea a que no.

—¿Otra apuesta?

—Sí. Apuesto a que no tiene ni un solo vestido que esté a la moda. Y yo seré el juez, ya que sé más sobre moda que usted.

Edwina se estremeció y Tony sabía que lo había conseguido. A ninguna

mujer, incluso a una tan progresista como ella, le gustaba que le dijeran que no estaba a la moda. Ella podía bromear sobre ello, como ya había hecho en alguna ocasión, pero que lo hiciera otra persona, en especial un hombre, y que encima tuviera razón, era más de lo que estaba dispuesta a tolerar. Edwina no debía haberse dado cuenta (¿o sí?) de que no importaba lo sencilla que fuera vestida, pues siempre eclipsaba al resto de las mujeres que estuvieran en la misma sala.

—No es justo —dijo ella—. No sería un juez objetivo.

—De acuerdo. Escogeremos a otras personas para que actúen como jueces. Si su vestido provoca miradas de envidia en otras mujeres, usted gana. Aunque debe ser una mueca de verdadero desprecio.

—¿Por qué no una mirada de admiración?

—No es lo suficientemente buena. Lo que puede parecer una mirada de admiración de una dama puede ser solamente un gesto de cortesía. No, un vestido espléndido de verdad causa envidia; envidia del tipo que llevaría a una mujer hasta el punto de ignorarla. Me estoy apostando con usted a que no puede aparecer vestida con algo que provoque esa envidia.

—¿Y qué me dice de una mirada de admiración de un hombre?

—Querida, obtendría miradas de admiración de los hombres si no llevara nada puesto.

Edwina enarcó las cejas y dibujó una sonrisa burlona en sus labios.

Tony se rió de su metedura de pata.

—Sí, bueno, claro que podría. Lo que he querido decir es que obtendría la admiración masculina sin importar qué llevase puesto. Además, tendría mi admiración en cualquier caso, y yo soy un hombre. No, debe ser la mirada de desprecio de una mujer. Eso nos revelará la verdad.

—Entonces, ¿si llevo puesto algo que provoque, al menos, que una mujer me mire con un desdén frío, ganaré la apuesta?

Anthony se preguntó si ella se había percatado de que había aceptado su invitación. No había vacilado más sobre si acompañarle o no, sino sobre qué llevar para la ocasión. Edwina era más parecida a él de lo que nunca admitiría. Como él, era muy susceptible a una buena apuesta.

Señor, qué emocionante sería la vida junto a ella.

A Anthony aún le quedaba una preocupación por resolver antes de que establecieran las condiciones de la apuesta. Tony sabía que Edwina tenía poco dinero. No quería que se sintiera obligada a comprar un elegante

vestido nuevo que no podía permitirse.

—Hagámoslo de la siguiente manera —dijo él—. Deberá llevar algo que ya tenga en su armario. No podrá acudir a una modista que esté de moda y que le confeccione algo nuevo. Ni tampoco podrá pedir nada prestado, de Flora o de cualquier otra persona.

—¿Nada prestado ni nada nuevo?

—Exacto.

—¿Debo arreglármelas con algo maravilloso que tenga en mi guardarropa?
¿Algo que produzca al menos una mirada de envidia de otra mujer?

—Bueno, querida, si piensa que es una tarea imposible...

—No, no. Estoy preparada para aceptar tales condiciones.

La expresión que reflejaba su cara decía lo contrario. Pero a Tony no le cabía la menor duda de que Edwina ganaría la apuesta independientemente de la elegancia de su vestimenta. Estaba destinada a suscitar más de un comentario de envidia debido a su extraordinaria belleza. Y porque todas las miradas masculinas se posarían sobre ella, con la consecuente molestia suprema de todas las mujeres presentes en el teatro.

—De acuerdo, entonces —dijo Tony—. Aceptamos las condiciones. Ahora, como premios de la apuesta, creo que gane quien gane debería obtener el premio que cada uno elija. Algo personal. Algo que no esté relacionado con El gabinete.

—¿Por ejemplo?

—Oh, creo que deberíamos dejar que el vencedor lo escoja. Algo que elija en el momento en el que sepamos quién es el ganador.

—Parece un poco arriesgado. ¿Qué ocurriría si quisiera que mi premio fuera que usted saltase desde Westminster Brigde? ¿O que se arrojase contra una diligencia de correos?

Anthony se rió del brillo perverso que inundaba los ojos de Edwina.

—Especifiquemos que el perdedor tiene el derecho razonable de declinar la propuesta. Y el ganador no puede elegir un premio que ponga en peligro la vida de alguno uno de los dos, que sea caro o que sea ilegal. ¿Le parece suficiente?

Edwina fingió que lo estaba considerando durante un momento.

—Creo que sí —dijo finalmente.

—Estupendo. Entonces, pasaré a recogerla el viernes por la noche y comprobaremos si es capaz de provocar que alguna dama de la alta sociedad se retuerza de envidia.

—¿No deberíamos recoger nuestra apuesta como corresponde? ¿En su libreta roja?

Anthony asintió con la cabeza y sacó del bolsillo su libro de apuestas.

—Necesitamos una pluma —dijo.

Edwina se estiró en su sillón orejero y los dedos de sus pies, cubiertos por unas medias blancas, buscaron los zapatos. Los encontró. Se levantó, dejó el chal sobre el sillón y se colocó su omnipresente falda de muselina blanca. Tony la siguió hasta un pequeño escritorio situado en uno de los rincones de la estancia. Edwina cargó la pluma en el tintero y se la pasó a Tony. Fue él el encargado de recoger la apuesta en la libreta y la firmó. Luego, se la acercó a Edwina. Ella leyó lo que él había escrito y lo rubricó.

Después de volver a colocar la pluma en su sitio, Edwina le ofreció a Anthony el libro de apuestas. Él, en vez de coger la libreta, cogió la mano de ella y se la acercó.

—Así es como sellamos nuestras apuestas correctamente, Edwina.

Anthony acercó su boca a la de ella y la besó.



—Gracias a Dios que has venido, Flora. Necesito tu ayuda.

—Por el amor de Dios —dijo Flora mientras entraba en la casa—. ¿Qué ha pasado?

—Ven conmigo arriba y te lo explico.

Edwina no le concedió ni un momento a Flora para que se quitara el sombrero y la pelliza. La agarró por el codo y la condujo rápidamente por los dos tramos de escaleras que las separaban de su alcoba. Cuando Flora vio dónde se encontraba, dibujó una brillante sonrisa de triunfo.

—Así que lo has hecho, querida. Te has llevado a Anthony a la cama.

—¡No!

—Entonces, lo estás considerando seriamente. Buena chica. Ahora, ¿cómo puedo ayudarte? Soy, por supuesto, una experta en la materia.

Edwina no pudo reprimir un pequeño resoplido de exasperación, algo impropio de una dama.

—Necesito tu experiencia en otro tema, Flora. Necesito llevar algo estupendo mañana por la noche.

—Bien, es muy sencillo. —Flora hizo un gesto de desdén con la mano—. Ven, déjame que te lleve a mi modista, madame Lancaster. Es maravillosa.

—No, no, debe ser algo que ya tenga, nada nuevo. Pero mira esto. —Edwina abrió su armario—. Está prácticamente vacío. Es todo aburrido y pasado de moda. Y nunca sé qué pega con qué. Oh, Dios mío, es imposible. ¿Qué voy a hacer?

Flora entrecerró los ojos.

—¿En qué te has metido, querida?

—Anthony me ha invitado a acompañarlo a la ópera mañana por la noche...

—¡Perfecto!

—Pero no tengo nada que ponerme.

Flora examinó el armario y asintió con la cabeza mostrando que estaba de acuerdo.

—¿Y no puedes comprar nada nuevo?

—No, tiene que ser algo que esté aquí. Pero no hay nada.

—Espera un momento. Tengo la sensación de que se trata de otra

apuesta, ¿verdad?

—Sí, sí, sí. Debes ayudarme, Flora. Por favor.

El tono de desesperación que irrumpió en su voz era humillante. Debía controlarse. Estaba siendo ridícula. Después de todo, solo era una pequeña apuesta. No era tan importante.

Oh, pero lo era. Edwina quería desesperadamente, mostrando, algo poco característico en ella, la parte más superficial de la feminidad, estar hermosa para él al día siguiente por la noche. No para ganar la apuesta. O no solo por eso, aunque ya sabía qué pediría como premio cuando ganara. Simplemente quería que Anthony pensase que estaba radiante.

Todo era por aquel beso, el que había sellado el trato de su última apuesta. No había sido tan elaborado y ardiente como lo fue el de aquella tarde en el salón cuando ella demostró que sabía cómo complacer a un hombre. Pero había sido tierno, suave y, de alguna forma, terriblemente íntimo. Y mientras que el otro beso, más pasional, le había provocado pánico por lo que sintió, este le había causado el efecto contrario. Le había hecho querer más. Y, sorprendentemente, eso no la había asustado.

Después de un profundo examen de conciencia y de una noche muy larga de insomnio, Edwina estaba preparada para admitir la verdad. Era algo más lo que sentía su cuerpo traidor al reaccionar a la seducción de Tony. Quería a Anthony Morehouse. Y quería estar hermosa para él.

—Déjame que me aclare. —Flora sonrió—. ¿Tienes que aparecer mañana en público fabulosa usando solo lo que tienes a mano?

—Eso es. Pero mira esto. No hay mucho que hacer. Solo espero... bueno, tienes un don para mezclar prendas y obtener un buen resultado. Quizá veas algún potencial que a mí se me escapa entre todo este revoltijo.

Flora echó un vistazo a las diferentes prendas de vestir que colgaban dentro del guardarropa, la mayoría de ellas blancas, la mayoría de ellas viejas, ninguna de ellas maravillosa, y posó uno de sus dedos sobre los labios.

—Es un gran reto. Pero no te preocupes, querida. Una buena presencia no reside solo en el vestido, aunque, claramente, deben favorecer el corte y el color. Pero una sonrisa franca y un aura de confianza siempre harán que los otros crean que una es más bella que cualquiera. Créeme, hablo desde la experiencia. Sin embargo, en tu caso, no hace falta fingir la belleza. Rebose por cada poro de tu piel.

—Eres muy amable, Flora. Pero sigo necesitando algo que llevar puesto.

—No te preocupes, querida. Idearemos algo. Todo depende de la manera en que combines las cosas. Ahora, saquemos todo y veamos qué podemos hacer.

Edwina gritó cuando Flora cogió un estante entero de vestidos y los arrojó sobre la cama sin ningún miramiento. Vació los compartimentos más altos del armario en menos de un minuto, creando un montón enorme.

—Mientras yo examino esto —dijo Flora—, tú recopilas los accesorios y los adornos.

—¿Cómo qué? —Edwina se sintió completamente ajena a todo aquello.

—Cualquier cosa. Trozos pequeños y pedazos de cosas que puedan usarse para adornar un vestido o tu pelo. Menos mal que al menos sabes cómo arreglarte el pelo, por lo que no debemos preocuparnos por eso. Pero la ropa es otra cosa. Pensaba que una persona que había vivido durante un tiempo en Francia sabría más sobre esto. Pero da igual, querida, será divertido. Coge todo lo que pueda ser útil de aquella silla y veamos qué podemos utilizar.

Y así, mientras Flora empezó a organizar los vestidos en montones siguiendo algún orden lógico para ella, Edwina comenzó a rebuscar en los cajones del armario y en una arqueta en la que guardaba la ropa interior y algunos accesorios. Llenó la silla con trozos de lazos y cintas, de muselina bordada de la India, pañuelos de tela, bufandas, chales y pañoletas.

—¿Qué te parece esto? —Edwina preguntó, mostrándole un trozo de cordón de plata.

—Añádelo al montón —contestó Flora.

Edwina cogía cada pedazo de relumbrón que encontraba y lo posaba sobre el tocador. Un aderezo de coral, un camafeo, un prendedor del pelo plateado en forma de media luna que había sido de su madre, peinetas de carey, broches, pendientes, alfileres de encaje, un brazalete de malla de oro con esmalte en el cierre, un collar de perlas, un penacho de strass, un monóculo de oro.

—Esto es todo, ¿no? —Flora estaba de pie en el centro de la estancia con las manos en la cadera y valoró la magnitud del problema que les atañía.

Edwina miró el desesperante desorden y tragó saliva.

—Una situación lamentable, ¿verdad? Nunca me ha preocupado la moda, nunca he seguido los cambios ni las tendencias de la temporada y nunca me ha gustado desperdiciar el tiempo en que alguna modista con un destello

mercenario en sus ojos me tomara las medidas. Compré algunas cosas bonitas en París, es más, fue Gervaise quien me las compró. Sé que están pasadas de moda, pero quizá...

—Edwina, Lucy me ha dicho que estabas... ¡Oh, Dios mío! —Prudence estaba bajo el umbral de la puerta y tenía la boca abierta por la sorpresa que le causó ver semejante desorden en la alcoba de Edwina. En su voz brotó cierta alarma—. ¿Qué ha pasado? ¿Te marchas?

—Va a la ópera —dijo Flora— y estamos intentando encontrar algo que se pueda poner.

—Oh. —Prudence se cubrió la boca y se rió—. Oh, Dios mío.

Señor, fue realmente patético cuando incluso la tímida chica reconoció la inutilidad de la tarea.

—Entra, Pru —dijo Edwina—. Tres cabezas piensan mejor que dos, sobre todo cuando una de las dos es completamente inútil. Como puedes ver, hemos sacado prácticamente todo mi armario. Seguro que hay algo que se pueda aprovechar.

—Quítate la camisa, querida —dijo Flora—. Tenemos mucho trabajo por delante.

Y de esa manera, Edwina estuvo durante la siguiente hora de pie como si fuera un maniquí mientras Flora le probaba un vestido tras otro, cubriéndola ingeniosamente con bufandas y cinturones de una manera y otra, atándole cintas por aquí y metiendo encajes por allá, de todas las maneras posibles y ninguna que se le hubiera ocurrido a Edwina. Era vertiginosamente positivo. Flora seguía manteniendo los tonos blancos, rechazando la mayoría de los accesorios de colores más atrevidos que proponía Edwina. Prudence hizo alguna sugerencia, pero básicamente observaba cómo trabajaba Flora y levantaba o bajaba el pulgar con cada variante de vestido.

—Esto es perfecto para llevar como ropa interior —dijo Flora, mirando una enagua de crespón blanco con bordados de plata fina a lo largo del dobladillo que había sido siempre una de sus prendas favoritas. Edwina no tenía ninguna esperanza de poder usarla, y aún menos porque la tenía desde hacía cinco años—. El tejido es perfecto y muy favorecedor —prosiguió Flora—. Está un poco recargada por la parte de atrás, pero estás lo suficientemente delgada como para poder llevarla, así que no tenemos de qué preocuparnos. Pero tenemos que ponerle algo por encima para que la puedas llevar en tu cita.

—¿Como un vestido? —preguntó Prudence.

—No, más bien una túnica —dijo Flora revolviendo la montonera de vestidos—. Las túnicas son un furor en moda. Debe de haber algo aquí que podamos utilizar.

—¿Qué me dices de esto? —Prudence sujetaba en sus manos un chal muy grande de crespón blanco plateado tornasolado y adornado con lentejuelas plateadas en el ribete—. Puede quedar muy bien con la enagua.

Flora se lo cogió y palpó el suave tejido.

—Querida, me sorprendes. Es perfecto. ¿Cuánto de unida estás a este chal, Edwina?

—Bueno, siempre me ha encantado. Lo compré cuando estuve en París, así que es un poco viejo.

—Entonces no te importará que lo cortemos un poco, ¿no?

—¿Cortarlo? No, me imagino que no.

Flora se puso a trabajar en ello. Cuando terminó, había transformado el viejo chal en una corta túnica griega entrecruzada por un bonito cordón de plata trenzado. Los flecos de los extremos del cordón quedaban en la parte delantera de la túnica. Los lados de la túnica se juntaban con las mangas de la enagua en grandes drapeados sujetos al hombro con alfileres de encaje con formas de pequeñas estrellas de strass claro.

Prudence, ante el asombro de Edwina, diseñó una maravillosa cinta para el pelo de seda blanca enrollada con el cordón de plata para anudarla a su cabello. Estaba trabajando en un adorno de plumas pequeñas para añadirlo a la cinta para el pelo con el penacho de strass, cuando Flora sugirió usar, en vez de plumas, el prendedor del pelo en forma de media luna.

Era perfecto.

—Pareces la diosa de la luna —dijo Prudence con un tono de voz de admiración.

—Estás preciosa, querida. —Flora la rodeó y admiró el resultado final—. Aún queda mucho trabajo por hacer. El escote no está terminado. Pero será sencillo acabarlo, bastará con un dobladillo. —Cuando Edwina frunció el ceño, Flora añadió—: ¿Sabes coser un dobladillo, verdad?

—Sí, creo que sí. Pero no soy muy buena.

—Yo sí —dijo Prudence.

Las dos se giraron para mirarla.

—Me gusta coser. Puedo hacerte un escote decente de manera sencilla. Ven, déjame que te lo muestre.

Prudence sacó una caja con alfileres de su bolso y comenzó a cortar y a prender con ellos hasta que dio forma a un verdadero canesú, siempre respetando el lugar por el que pasaba el cordón de plata. Flora estaba eufórica con el resultado y Edwina asombrada.

—¿Tienes un par de buenos zapatos blancos? —preguntó Flora—. Bien. ¿Y unos guantes decentes? Oh, y también deberías llevar unos pendientes de strass. Aquí tienes. Asegúrate de que todas las cabezas en el teatro se giren hacia ti al pasar.

Edwina se acercó a las dos mujeres y las abrazó.

—Me habéis salvado la vida, las dos. No podría haberlo hecho sin vuestra ayuda. Y eso es un problema, la verdad. No sé si sería capaz de volver a hacer esto sin vosotras. ¿Creéis que... sería pedir demasiado si... pudierais volver mañana para ayudarme a prepararme?

—Claro, querida.

—Me encantaría.

—Gracias, gracias, gracias. A las dos. Estaré eternamente en deuda con vosotras.

—Ha sido divertido —dijo Prudence.

—Tienes buen ojo —admitió Flora—. Tendremos que ver qué podemos hacer contigo la próxima vez. Quizá el apuesto hermano de Edwina se fije en ti.

—¡Flora! —Prudence se ruborizó y no quiso encontrarse con la mirada de Edwina.

Entonces, ¿era verdad? ¿Se sentía atraída por su hermano Nicholas? Si era así, Prudence necesitaría toda la ayuda que Flora pudiera brindarle, pobrecita. Nicholas coqueteaba con casi todas las mujeres con las que se encontraba, como si fuera lo más natural del mundo. Se había estado burlando durante mucho tiempo de las damas de Crimson, hasta el punto de llegar a cruzarse insultos como «Cada vez que vuelvo a casa me tropiezo con alcahuetas entradas en años». Pero Edwina tenía casi la completa certeza de que nunca había coqueteado con Prudence. Se sorprendería si supiera que alguna vez Nicholas se había fijado en ella.

—Pero lo primero es lo primero —dijo Flora—. Tenemos que ayudar a Edwina a ganar otra apuesta con ese granuja de Anthony. Le harás sentirse muy orgulloso de poder llevarte del brazo, querida. En especial, esa noche.

—¿Oh? ¿Qué es lo que hace tan especial la noche de mañana? ¿Excepto, claro, que es una actuación benéfica?

—¿Sabes adónde se destinarán los beneficios?

—Anthony mencionó algo de viudas y huérfanos de los soldados caídos en la guerra.

—Sí, ha surgido una nueva sociedad benéfica, de reciente creación. Los beneficios sirven más para llamar la atención sobre la causa que para el hecho de recaudar más fondos. Creo que ya han conseguido una gran cantidad de dinero.

—Eso es fantástico —dijo Edwina mientras jugueteaba con las borlas del cordón de plata en la cintura.

—Por una donación de Anthony.

—¿Qué? —Edwina irguió la cabeza.

—¿El señor Morehouse ha hecho una donación para las viudas y los huérfanos? —preguntó Prudence.

—Sí, aunque ha hecho todo lo posible por mantener su nombre en el anonimato y quedarse al margen. Pero tengo mis fuentes. Sus esfuerzos han conseguido que la señora Billington actúe.

¿Había hecho todo eso Anthony?

—Y ella cobra los honorarios más caros de toda la ciudad de Londres, si no de Europa —comentó Prudence—. Habrá sido difícil conseguir que actúe de forma gratuita.

—No lo hace gratis —dijo Flora—. Me temo que Anthony le pagará sus honorarios completos.

—Dios mío.

Edwina no pudo evitar esbozar una sonrisa. Estaba orgullosa de Anthony. Él no había dicho nada de su donación y sospechaba que nunca lo haría, a no ser que ella le preguntara directamente. Edwina siempre había sabido, muy en el fondo, que Tony no era simplemente un jugador imprudente que vivía únicamente para su propio goce y nada más. Había querido creer que el dulce joven del que una vez se enamoró aún existía y que no había desaparecido por completo. Él aún seguía presente y ella seguía preocupándose por él.

De repente, muy tranquila y sin ninguna vacilación o miedo, un pequeño rincón de su corazón se había abierto por primera vez en ocho años.

—Bueno, ¿qué sabes? —preguntó Edwina.

—Y, si puedo preguntar, ¿qué haces aquí, Flora? —Tony estaba de pie en el recibidor mientras esperaba a Edwina con gran expectación. No podía esperar más para ver el resultado de su apuesta—. Espero no reconocer nada de tu guardarropa en ella.

—Deberías saber que ella es mucho mejor que todo eso, querido. Quería llevarla a madame Lancaster. Después de todo, ¿cómo ibas a saber si lo que lleva puesto es nuevo? ¿Cuándo la has visto con un vestido de noche? Pero no, quería respetar las condiciones de vuestra estúpida apuesta.

—Me alegra oír eso. Pero entonces, ¿por qué estás tú aquí? ¿Para dar un poco de apoyo moral?

—Prudence y yo teníamos algo de trabajo relacionado con El gabinete —dijo Flora—, así que será mejor que no te entrometas en lo que no te concierne, por favor.

—¿Trabajo? —Anthony alzó la mirada al oír ruido de movimiento en las escaleras—. ¿Qué tipo de...?

Lo que se encontró delante de los ojos le provocó una emoción debajo de las costillas y le cortó la respiración. Edwina descendió por las escaleras mirando a todos los que se encontraban abajo como si fuera una deidad etérea que bajaba del cielo para honrar con su magnificencia a la humilde tierra. Tony solo podía contemplarla. No podía hablar. Apenas podía respirar. No se había dado cuenta de que tenía la boca abierta, pero no le importaba.

Edwina estaba magnífica.

Con cada movimiento, una luz brillante se reflejaba en todas las direcciones, como si estuviera envuelta por rayos de luna. La plata brillaba por todas partes, procedente de los bordados y las lentejuelas, del cordón y de la preciosa media luna de strass en su cabello. Y todo ese blanco brillante encajaba a la perfección con sus ojos, cejas y pelo negros.

Anthony le tendió una mano cuando llegó al último escalón. Cuando Edwina la tomó, estuvo fuertemente tentado a atraerla hacia sí y rodearla con sus brazos, para formar parte de toda esa blancura.

Más tarde. Eso deseaba.

Edwina se quedó en el último escalón y enarcó las cejas.

Tony intentó encontrar su voz.

—Señorita, estoy embelesado con su belleza. —Aún sujetando su mano, Anthony hizo una reverencia con la otra—. Está increíblemente maravillosa.

Edwina le clavó la mirada, examinándole por un momento; luego, le

dedicó una sonrisa que le dejó sin respiración.

—Gracias, Anthony. Usted también está espléndido.

Un ligero suspiro procedente de arriba hizo que Anthony dirigiera su mirada hacia la parte superior de las escaleras, donde se encontraba Prudence con las manos posadas sobre su pecho y con una mirada soñadora en sus ojos.

—Anthony es el complemento perfecto para ti —dijo Flora—. Es el oro para tu plata, el sol de tu luna. Deslumbraréis a la multitud.

Tony había procurado vestirse de la mejor manera posible, aunque todo el mundo se siente bien cuando se viste con un traje de noche. A pesar de que la moda masculina había tendido a ser más conservadora en los últimos años, a Tony siempre le gustaba distinguirse añadiendo algún matiz. Su abrigo azul y sus pantalones blancos eran de uso común, pero su chaleco bordado en oro, la seda blanca que lo recubría por dentro y la camisa con volantes le daban cierta distinción. Y, por supuesto, estaban los relojes de bolsillo. Escogidos para la ocasión, con diamantes y zafiros incrustados en oro brillante.

Pero su aspecto radiante quedaba eclipsado por el de Edwina.

Anthony la ayudó con su chal, un chal hecho de seda de la India de color verde esmeralda tejido con lunares plateados. Parecía que había formado parte de un sari indio. Contrastaba con el vestido blanco.

—Oh, una cosa más —dijo Flora—. Deberías llevar esto, querida.

Le dio a Edwina un pequeño cuaderno de marfil con una pluma a juego y un binocular plegable de oro para la ópera. Edwina alzó la mirada, inquisitiva.

—Tienes que observar a todo el mundo —continuó Flora— y tomar notas sobre lo que llevan puesto. Trabajaré con ello en mi próximo reportaje.

—¿Quieres que tome notas sobre lo que llevan puesto? ¿Yo?

—Por supuesto, querida. Seguro que es una gran ocasión para que las mujeres vayan de punta en blanco. Anthony puede facilitarte sus nombres, si no sabes quiénes son. Luego, toma pequeños apuntes sobre sus vestidos, sus joyas, sus peinados. Ese tipo de cosas.

Edwina observó el cuaderno como si se tratase de algo viscoso y desagradable, pero obedientemente lo introdujo en su bolso.

Cuando finalmente estuvieron en el carruaje y de camino hacia el teatro, Tony no podía apartar la mirada de Edwina. Y dentro de los cerrados límites

del carruaje, notó su perfume, un poco exótico, un aroma especiado, con un trasfondo de almizcle que encajaba con ella. Y que le iba a conducir a la locura.

Anthony no podía esperar más para ver la conmoción que causaría en el teatro.

—Está mirándome —dijo ella.

Él sonrió.

—No puedo evitarlo. Está tan hermosa. Estoy preparado para concederle la victoria de nuestra apuesta ahora mismo, ya que no tengo la menor duda de que encenderá la llama de la envidia en los corazones de todas las mujeres allí presentes. Por no mencionar la admiración de todos los caballeros.

—Es usted muy cortés al decir eso. Pero me temo que nunca lo descubriremos si este tráfico no mejora. Apenas avanzamos.

A Tony no le importaba si no llegaban nunca al teatro. Estaría encantado de pasar toda la noche con Edwina dentro del carruaje. Y sabía cómo emplear ese tiempo.

—Pero Flora nunca la perdonaría —dijo Tony— si no vuelve con apuntes para su reportaje sobre moda.

Edwina dio un resoplido un tanto despectivo.

—Lo sentirá mucho más cuando vea lo que le doy.

—¿Qué es esto? ¿Dando por perdido algo antes de empezar? ¿Es esta la misma Edwina que yo conozco, la que se enfrenta a todos los retos, la que nunca dice que no?

—Bueno...

—La Edwina que yo conozco nunca se rinde antes de empezar. Y apuesto lo que sea a que es capaz de hacer un buen trabajo.

—Sí, pero ya sabemos todos que usted apostaría sobre cualquier cosa.

—Y como es bien sabido que usted nunca renuncia a un desafío, no lo hará.

—¿Está sugiriendo otra apuesta, señor?

—Sí, creo que sí. Apuesto a que es capaz de entregarle a Flora unos buenos apuntes de la moda que veamos esta noche en la representación.

—Pero estoy segura de que perderé. ¿Cómo voy a aceptar una apuesta como esa?

—Quizá dejando de lado los resultados. Como yo, que estoy seguro de que voy a perder la apuesta sobre su vestido.

—¿Y cuál es el premio esta vez?

—Oh, creo que el mismo. El ganador escogerá el premio en el momento en el que se alce vencedor. Las mismas restricciones.

—¿Y si por alguna remota coincidencia gano las dos apuestas...?

—Elegiré dos premios. O puedo ganar yo dos premios, cosa improbable considerando el éxito que ha obtenido con su supuestamente miserable armario. O podemos ganar uno cada uno. Más allá de los resultados, puede ser una noche muy interesante, ¿no cree?

Se encontraron las miradas. Anthony juraría que ella estaba pensando exactamente lo mismo que él, que el premio personal podría ser algo más que interesante. Tony sabía cuál sería su premio. ¿Sería el de Edwina el mismo?

—Sí —dijo Edwina finalmente. Su voz sonó más ronca de lo normal y Anthony se preguntaba si ella estaba respondiendo a su pregunta silenciosa—. Muy interesante. De acuerdo, acepto. Si soy capaz de entregarle a Flora unos apuntes decentes, gano. De lo contrario, gana usted. Deberíamos recoger la apuesta en su libreta, ¿no?

—Oh, creo que no es necesario. —Posó su mano sobre la barbilla de Edwina—. Podemos sellar nuestro trato como solemos hacerlo. —Anthony se inclinó hacia delante y la besó.

Los labios de Edwina se encontraron suavemente con los de él acompañados con un pequeño suspiro. Ese suspiro, que casi supone la perdición de Anthony, le provocó una ola de deseo que le recorrió todo el cuerpo de una forma tan ardiente y dulce como si hubiera tomado un trago de coñac. Pero ahora no era el momento de perder el control. En lugar de eso, Anthony hizo que el beso fuera tranquilo, tierno y delicado.

Se saborearon el uno al otro despacio y deliberadamente, sin ninguna prisa o apremio. Era un beso de exploración y asombro, cada uno de ellos probaba, saboreaba y disfrutaba del otro de maneras distintas a las que habían empleado en los otros besos, como si un nuevo tipo de aceptación hubiera aparecido entre ellos. Tony mordió la exuberante boca de Edwina durante un largo rato antes de separarse de ella, sus labios se deslizaron por su elegante mandíbula y a lo largo de su cuello. En la parte inferior del cuello, Anthony se encontró con un pulso tentador bajo la fina piel blanca y besó la zona.

Tony volvió a recorrer el mismo camino de forma inversa hasta la boca de

Edwina, con un beso más profundo, cuando su carruaje se precipitó hacia delante y los devolvió a los dos a la realidad. Tony se echó hacia atrás, muy a su pesar, separándose de Edwina. Fue una de las cosas más difíciles que había hecho nunca.

—A pesar de lo mucho que me gustaría continuar con esta encantadora actividad —dijo él—, tengo miedo de estropearle el bonito vestido y su encantador peinado. Sería una pena si perdiera la apuesta, por primera vez, porque su vestido esté torcido y su peinado cayese de un lado.

Edwina sonrió y se colocó el vestido, haciendo pequeños ajustes.

—Gracias —respondió ella.

—¿Por besarla? ¿O por dejar de besarla?

—Por ambas cosas.

—Ah. Bueno, me siento como si hubiera ganado el premio de las apuestas antes de ganármelo. Perdóneme. Esta noche está irresistible. Siempre, de hecho, pero la estrechez del carruaje me ha envalentonado.

Edwina volvió a sonreír, pero no dijo nada. Sin embargo, sus ojos parecían aún más oscuros.

—Una vez más —dijo Tony— me ha convencido de que sabe cómo complacer a un hombre. Me preguntaba quién la habrá enseñado. Usted mencionó que había estado enamorada antes.

—Sí, hace mucho tiempo.

—Hábleme de él.

Anthony pudo notar que Edwina se puso tensa. Quizá no debería haber abordado un tema tan personal, pero realmente quería saberlo. Si había algo o alguien con quien le estuvieran comparando, Anthony quería saber con qué o con quién.

—Era francés —dijo finalmente Edwina—. Lo conocí en Londres y lo seguí hasta Francia. Era uno de los corifeos de la Gironda y yo quería involucrarme en sus esfuerzos por instaurar la república que se habían imaginado. Por supuesto, eso no ocurriría.

El estómago de Tony se tensó y se le hizo un nudo. No era lo que había esperado. No debería haber preguntado.

—¿Fue uno de los girondinos que llevaron a la guillotina?

—Sí.

Tony cogió la mano de Edwina y la sostuvo entre sus dos manos.

—Lo siento, Edwina. Debe seguir siendo muy doloroso para usted. Ha sido muy impertinente por mi parte preguntarle.

—Está bien —dijo Edwina dedicándole una pequeña sonrisa—. Ha pasado mucho tiempo.

—¡Qué forma más espantosa de perder a alguien a quien se ama!

—No creo que haya ninguna forma sencilla, pero sí, fue algo bastante espantoso.

—Entonces, ¿qué sintió al estar en París? —preguntó Anthony, muy curioso.

Y Edwina le contó la historia. Aunque tuvo alguna reticencia al principio, fue siendo cada vez más locuaz a medida que Tony le hacía preguntas específicas sobre los acontecimientos, las personas y los políticos. Anthony intentó mantener la conversación alejada del tema de Gervaise de Champdivers, el hombre al que ella había amado. Pero Gervaise era una parte integral de los acontecimientos ocurridos y formaba parte del clima de revolución de la época, por lo que resultó imposible no mencionarlo, aunque Edwina parecía tranquila al hablar de él, muy serena. Eso hacía que Tony no se sintiera como si se estuviera entrometiendo. Edwina le hablaba como a un amigo y eso conmocionó su corazón.

Se quedó anonadado cuando descubrió que ella había estado en prisión. Sintió una punzada en el corazón al imaginar lo que habría sentido al escuchar a la muchedumbre de fuera de la prisión anunciar la muerte de su amante. Por supuesto, Edwina no había admitido que eran amantes, solo que habían planeado casarse algún día, pero habían estado muy ocupados en asuntos mucho más importantes como para concretarlo. Pero Tony lo sabía. Gervaise había sido su amante, el gran amor de su vida, y ella lo había perdido de la forma más cruel imaginable.

Anthony quería envolverla con sus brazos cuando hablaba de ese horrible octubre, pero Edwina no necesitaba sus brazos. Era fuerte y había sobrevivido, a pesar de que se le hubieran roto el corazón y sus sueños. Anthony no conocía a otra mujer, a excepción quizá de Flora, que hubiera sufrido tanto y que hubiera retomado el vuelo. Edwina Parrish era una mujer excepcional y él no podía seguir negando por más tiempo que se había enamorado de ella.

Ahora había entendido la necesidad de Edwina de mantener la compostura y el control de su vida, después de comprobar los estragos que provocan las pasiones que se convierten en un caos desenfrenado. Tony estaba más decidido que nunca a ayudarla a liberarse de estas restricciones, a que el

pájaro enjaulado volviera a volar.

Y él quería volar junto a ella cuando lo hiciera.

—Siento que sus sueños se destrozaran de una forma tan violenta —dijo Anthony—. Pero también espero que no haya dejado de soñar nunca. La vida continúa.

—Sí, así es. No suelo permitirme soñar con frecuencia. —Edwina lo miró con un interés que se reflejó en sus bonitos ojos oscuros, como si fuera la primera vez que lo veía de diferente manera—. Pero algunas veces algo nuevo e inesperado aparece para devolverme la esperanza de soñar de nuevo.

El corazón de Tony empezó a pensar que él era la nueva cosa inesperada que había aparecido en su vida.

—Está la paz, por ejemplo.

Y su corazón se desplomó contra el suelo con un sonido sordo. Anthony debería haber sabido que los sueños de Edwina serían desinteresados y a gran escala. Apartó la mirada para que Edwina no pudiera ver la decepción en sus ojos y fingió que se retiraba una pelusa de la manga de la chaqueta.

—¿Cree que va a durar? —preguntó Anthony—. ¿Este nuevo acuerdo de paz? ¿Confía en Bonaparte?

—Espero que dure. Hemos estado mucho tiempo en guerra y nuestro pueblo ha sufrido mucho por ello. Y en cuanto a lo de Bonaparte, al menos ha llevado la estabilidad a una nación que casi se destroza a sí misma por completo.

—Yo no confío nada en ese sinvergüenza —dijo Tony— y creo que ha engañado al Gobierno para que firme un acuerdo de paz únicamente favorable para él. Pero también estoy cansado de la guerra y listo para celebrar la paz. Ah, ya estamos.

El carruaje había llegado finalmente a la fachada del teatro y se detuvo delante de la entrada de Bow Street del teatro Covent Garden. El pórtico de columnas del teatro estaba lleno de gente de la alta sociedad esperando para entrar. Había un tono de emoción en el fragor de las voces que se escuchaba por encima del ruido de los carruajes.

—Comencemos con la celebración de esta noche.



Anthony ayudó a Edwina a bajar del carruaje. Ella se ajustó rápidamente el cordón para que la túnica se colocara adecuadamente y puso en su lugar las borlas de los extremos. Estaba preparada para enfrentarse a la multitud. La primera persona con la que se encontraron sus ojos fue con una mujer envuelta en seda rosa, tocada con un complejo turbante que lucía un enorme broche con un topacio. La dama estaba a tan solo a unos centímetros de distancia de Edwina y frunció el ceño como si esta fuera una criatura espantosa recién salida de un pantano. La señora, con un desdén altivo, alzó sin rebozo la barbilla y tiró del brazo del caballero que estaba a su lado. Según iban avanzando por los pocos escalones del pórtico, su acompañante se giró. Cuando vio a Edwina, sus cejas se enarcaron y sus labios dibujaron una sonrisa. La mujer se dirigió a él bruscamente y el hombre se volvió hacia ella y la condujo al interior del teatro.

—Ahora puedo decir que ha sido una victoria clara —dijo Anthony—. Enhorabuena, querida. Le debo un premio. ¿Qué le gustaría?

—Creo que será mejor que esperemos hasta después de la representación para discutir los premios.

Anthony le dedicó una sonrisa seductora y le ofreció su brazo para conducirla al interior del teatro.

—¿Cómo podré soportar la espera? Por cierto, era lady Craig. Para que tome nota.

—Oh. Por favor, recuérdemelo cuando estemos sentados. Lady Craig llevaba un vestido de seda rosa.

—Era una túnica rusa de crespón rosa. Se lo recordaré.

Se fueron abriendo paso entre la multitud que se congregaba en el gran vestíbulo, donde estaban encendidas las estufas para combatir el frío aire del otoño y donde los grupos de personas se mezclaban antes de dirigirse a los palcos o al gallinero. Anthony señaló discretamente a algunas mujeres que subían la gran escalinata doble que conducía a los palcos superiores para que Edwina tomara notas. Ella intentó memorizar cada nombre y cada estilo de vestido que llevaban, pero, por el amor de Dios, eran demasiadas. Era una ocasión perfecta para que se exhibiesen casi todos los miembros de la alta sociedad que se encontraban en la ciudad. Edwina se preguntaba

cómo podía haberlo hecho Anthony. Quizá todos ellos habían perdido alguna apuesta con él y así debían pagarlo.

Pero no era justo. Por lo que había dicho Flora, Tony había querido que su nombre no se relacionara con la donación y los beneficios. Lo estaba haciendo para sí mismo, porque era algo bueno y generoso, no para alardear en público de su gran gesto caritativo. Debía estar orgulloso.

Y ella lo estaba. Saber que Anthony hacía todo eso para ayudar a un grupo de personas que con frecuencia se pasa por alto le había conmovido el corazón. A las viudas y los huérfanos de los soldados se los suele marginar y dejar que vivan en el nivel de pobreza más desesperante. Tony no podía haber elegido a un grupo de personas que necesitara más una donación caritativa. En algún momento, Edwina hubiera querido saber más sobre todo aquello, entender exactamente a qué servicios y acciones se destinaría el dinero de la donación y saber cómo podría ser de ayuda. Pero primero tendría que esperar a ver si él admitía su implicación.

Era lo mínimo que podría hacer, después de todo lo que ella le había confesado.

Edwina seguía sin poder creerse lo sencillo que había sido hablarle sobre Francia y Gervaise. Incluso más sencillo que contárselo a Flora. Se había sentido tan cercana a Anthony en ese momento, después de aquel precioso intervalo en el que se habían besado una y otra vez. Algo había cambiado entre ellos durante ese beso. Era como si cada uno de ellos se hubiera expuesto al otro en un acto de revelaciones mutuas. Qué raro que algo aparentemente tan trascendental pueda darse durante un beso, o una serie de besos, más tierno que apasionado.

Sin fanfarria ni agitación, Anthony había liberado otra pequeña parte del corazón de Edwina. Ella se temía que no tardaría mucho más tiempo en poseerla del todo y ese presentimiento le provocó una punzada en el corazón.

—¡Edwina!

Una voz que le resultaba familiar la sacó de su ensoñación.

—¡Simon! Y Eleanor. Oh, qué maravilla veros.

Edwina abrazó a sus dos amigos; luego, sujetó con cada una de sus manos una mano de cada uno de ellos.

—Estáis estupendos. Definitivamente, el matrimonio os sienta bien. ¿Cuándo habéis vuelto?

—Ayer —dijo Simon—. No hemos tenido tiempo ni para saludaros a ti y a

Nick. Pero mi padre había reservado un palco para la actuación de esta noche y nos ofreció venir con él.

—Yo nunca he escuchado a la señora Billington —dijo Eleanor—, así que, aquí estamos. Hemos venido al teatro antes de deshacer las maletas. Estoy deseando que empiece. Por el amor de Dios, ¡estás preciosa!

—Estoy segura de que no puedo competir con el esplendor de recién casados que despedís. ¡Oh! Dios mío, qué grosería por mi parte. —Edwina se giró hacia Anthony y le acercó tirándole de la manga—. Permittedme presentaros al señor Anthony Morehouse. Anthony, estos son mis buenos amigos, Simon y Eleanor Westover.

Anthony tomó la mano extendida de Eleanor y la besó.

—A sus pies, señora.

Luego, cogió la mano de Simon y se dieron un apretón rápido y muy masculino.

—¿Morehouse? —preguntó Simon—. ¿Es el mismo Morehouse que...?

—¿Que es el propietario de El gabinete? —dijo Edwina—. Sí, Simon, este es mi nuevo superior.

—Y creo —dijo Anthony— que me estoy dirigiendo a la tristemente célebre Entrometida, ¿verdad?

Simon lanzó a Edwina una mirada de pregunta. Cuando ella asintió con la cabeza, Simon sonrió.

—Shh, baje la voz, señor. No me gustaría que todos los aquí presentes conocieran este pequeño secreto.

—No se preocupe, Westover, a nadie le gustaría saber que la anciana a la que todos adoran es en realidad un joven caballero alto.

—¡Morehouse! ¡Maldito seas!

Una voz procedente de la multitud allí congregada le hizo señas a Anthony y él cerró los ojos.

—Si me disculpa un momento, Edwina, ahora mismo vuelvo.

Anthony consiguió abrirse paso entre la multitud y llegar hasta donde estaba un caballero rubio que tenía la mirada fija a través de sus gafas en Edwina. Eleanor, ajena al descarado escrutinio de ese hombre, agarró a Edwina por el brazo y bajó la voz.

—Querida, ¡es maravilloso! —Al ver cómo le había mirado su marido ante tal comentario, ella añadió—: Perdona, Simon, pero solo por el hecho de que estemos casados no significa que esté ciega. Este hombre es una

maravilla, Edwina. No es para nada el ogro que me esperaba cuando me enteré de que la revista tenía nuevo propietario.

—Nick me escribió contándome lo de la apuesta —dijo Simon—. Me sorprende verte con él. Pensaba que intentabas deshacerte de él cada vez que se presentaba la oportunidad. Pero parece que os lleváis... bastante bien.

Edwina sintió que sus mejillas enrojecían.

—Nos hemos hecho buenos amigos, eso es todo. Y sigo pretendiendo ganar la apuesta y conseguir El gabinete para mí sola.

Simon se fijó en las mejillas de Edwina.

—Dios mío, estás ruborizada. No me digas que te has vuelto a enamorar después de tantos años.

La mujer se encogió de hombros, sin querer comprometer su respuesta.

—Oh, Edwina. ¡Es fantástico! —Eleanor se inclinó más cerca de ella y bajó la voz hasta un susurro—. Y puedo decirte por experiencia propia que, cuando encuentras a alguien al que amar, a alguien que siente lo mismo hacia ti, no malgastes más tiempo en duelo por el pasado. Carpe diem. Eso es todo.

—Ya es hora —dijo Simon—. Ha pasado ya mucho tiempo. Gervaise estaría de acuerdo, querida, en que has pasado mucho tiempo en duelo. Que ya es suficiente. Es el momento de que empieces a vivir de nuevo.

—Pienso lo mismo.

Edwina se sobresaltó al escuchar la voz de Anthony. No le había visto acercarse por detrás de ella y se preocupó por lo que pudiera haber escuchado.

—Es la razón por la que la he invitado esta noche —dijo Tony—. Pasa demasiado tiempo encerrada en esa casa trabajando para El gabinete. Ahora, sin embargo, creo que debemos ir a nuestro palco. Ha sido un placer el haberlos conocido.

—Un momento, por favor. —Edwina miró a Simon—. ¿Podrás tener lista la próxima entrega de «La ermita» para la próxima semana? Necesito cinco mil palabras, si es posible.

—Sí, señora —dijo Simon y le guiñó un ojo.

—Y una cosa más —dijo Edwina—. Eleanor, ¿cómo describirías el vestido que llevas puesto?

Eleanor la miró asombrada.

—¿Mi vestido?

—Sí. ¿Cómo llamarías al estilo que llevas, con los hombros drapeados?

—Oh, se llama manto de Venus. Es solo una pieza de tela larga que se une aquí, ¿lo ves?, y que se vuelve hacia la espalda. Es muy sencillo. Mi prima, la señora Poole, me mostró cómo hacerlo. Le encantan los estilos más antiguos.

—Muy bien. Recuérdate algún día que te cuente cómo hice mi vestido.

—Oh, claro que sí. Es uno de los vestidos más bonitos que he visto en mi vida.

—¿Y cómo llamarías a ese bordado en forma de diente de sierra a lo largo del dobladillo de la enagua y en los puños de las mangas?

—Es un encaje vandyke.

—¿Y la banda retorcida que llevas en el pelo?

—Un filete.

—¿Y la cosa de plumas?

—Un tocado.

—Vamos, Eleanor —dijo Simon—. Podéis hablar de moda en otro momento. Mis padres están esperando. Me acercaré a tu casa y te entregaré «La ermita» en un par de días. Encantado de conocerlo, Morehouse.

—Muy bien hecho —dijo Anthony, mientras la conducía por las escaleras hacia el palco—. Puede nombrar a su amiga en el reportaje sobre moda y tiene también la descripción perfecta de su vestido. Muy bien, querida.

—Dese prisa, Anthony, así podré anotarlo antes de que me olvide de todo. Y, por cierto, ¿quién era ese hombre que me examinaba a través de sus gafas?

—Era lord Skiffington. Al parecer, había apostado a que no vendría.

—Así que, ¿ahora soy el objeto de las apuestas de otros aparte de las suyas? Debería saber que es algo un tanto perturbador.

—A mí también me lo parece. Y así se lo he hecho saber a Skiffy sin dejar lugar a dudas. Mire a su derecha, querida. Es la vizcondesa Downe, con una enagua de gasa italiana bajo una túnica de satén rosa adornada con festones de encaje.

Edwina se detuvo y lo observó.

—¿Cómo conoce todas esas cosas?

—Leo El gabinete de las damas de moda.

Edwina se rió a carcajadas, provocando más de una mirada de

desaprobación hacia ella. Anthony la tomó del brazo y se apresuró a subir las escaleras.

Cuando finalmente estuvieron acomodados en su palco cerca del escenario, Edwina se tomó un momento para admirar todo lo que la rodeaba, todo blanco y dorado con hermosas yeserías sobre el escenario. A Edwina le encantaba la ópera, pero nunca había tenido el placer de gozar de una posición tan excelente.

Sin embargo, no perdió el tiempo y recuperó el pequeño cuaderno que le había dado Flora. Escribió algunas líneas sobre lady Craig, lady Downe y la señora Eleanor Westover antes de desviar su atención hacia los vestidos de las personas que ocupaban los tres niveles de palcos. Cabezas con plumas se balanceaban y las joyas brillaban a la luz de las velas de los pequeños candelabros colocados a intervalos a lo largo de los palcos circulares.

—Oh, mira —dijo Edwina—. Está la duquesa de Devonshire en el palco de enfrente. Y lady Bessborough.

—A Flora le gustará poder mencionarlas en su reportaje.

—Déjeme ver. La duquesa parece que lleva un vestido blanco. Oh, Dios mío, no sé de qué tejido está hecho. ¿Es muselina?

—Muselina tratada.

Edwina se giró y vio que Anthony estaba usando el binocular que le había dado Flora para observar a la duquesa.

—Baje eso —siseó Edwina.

—¿Por qué? Todo el mundo está haciendo lo mismo. Está acostumbrada a ello, quizá hasta se lo espere. Y, para su información, hay unos cuantos binoculares dirigidos hacia usted en este momento.

—¿Hacia mí? —Edwina miró hacia los tres niveles de palcos circulares, al gallinero de arriba y al patio de butacas de abajo. Anthony tenía razón. Varios caballeros y alguna dama la estaban observando directamente, con y sin binoculares.

—Debo de ser la novedad —dijo ella.

—Están admirando su belleza, querida. Eclipsa a todo el mundo aquí presente y están intentando adivinar quién es. ¿Se siente incómoda?

—Un poco. Pero he sido observada casi toda mi vida, así que estoy de alguna manera acostumbrada a ello. Es solo que nunca he podido entender el descaro absoluto con el que se hace en el teatro. Pero me facilita devolver las miradas, si necesito ver un vestido más de cerca. Ahora, volvamos con la duquesa. Un vestido de muselina tratada y una banda

marrón.

—No es marrón, querida. Es color tierra egipcia. El año pasado era marrón feuilles mortes, hojas muertas. Pero nunca, nunca marrón a secas.

—De acuerdo. Una banda color tierra egipcia cruzada en la espalda y colgando en la parte delantera.

—Un cinturón fino de color tierra egipcia al atardecer cruzado elegantemente detrás y, por delante, atado con un descuido exquisito.

Edwina volvió a mirarlo.

—Y una capa blanca con plumas rosas.

—Un capote de raso blanco con un ramillete de pequeñas plumas de avestruz de color rosa inclinado hacia la derecha.

—Por el amor de Dios. —Edwina escribió rápidamente la descripción de Anthony—. ¿Cómo lo hace?

—Está todo en el lenguaje, querida. ¿Ve a esa mujer de allí con el turbante que tiene el extremo colgando hacia abajo? Por cierto, es la señora Whitney-Legge. Bueno, para mí, ese turbante es un desastre. Parece que se va a desmoronar en cuanto la toquen, la empujen o no. Pero podría describirlo fácilmente como un turbante trenzado con un estilo descuidado y con un extremo cayendo atrevidamente sobre uno de los hombros. ¿Lo ve?

—Creo que sí. Déjeme intentarlo con la mujer que se encuentra en el palco contigo. Lleva un vestido amarillo...

—Junquillo.

—Con un dobladillo adornado.

—Un volante estrecho.

—También lleva una especie de turbante...

—Un semiturbante.

—Elaborado con el mismo tejido color junquillo trenzado con una tela plateada brillante.

—Tejido plateado.

—Adornado con pequeñas plumas blancas.

—Un adorno de plumas de garza blanca.

Edwina miró a Anthony y sonrió.

—Ha encontrado su vocación, señor. Tendría que pedirle que redactase usted los reportajes sobre moda.

—No, gracias. Solo le estoy mostrando cómo se debe hacer. Simplemente hay que adquirir unas nociones básicas. Inténtelo de nuevo. Allí, en el tercer

palco del segundo nivel, están el coronel y la señora Hamilton. Fíjese en su sombrero.

—De acuerdo. —Edwina levantó el binocular y examinó a la mujer—. Lleva una cofia de raso beis...

—Color ante.

—De raso color ante cubierta por encajes. La coronilla es cerrada y limita con una cinta blanca. En el lateral tiene un adorno de una roseta blanca.

—Perfecto. ¿Ve qué sencillo es? Ahora, en el palco que está frente a nosotros pero en el nivel superior está lady Julia Howard. Es la mujer con el cabello oscuro a la izquierda. Hábleme de su vestido.

Edwina mantuvo el binocular levantado y buscó a la dama en cuestión.

—Lleva una enagua de raso blanco debajo de una túnica de muselina a rayas claras. Trenzada en las mangas. El corpiño está adornado con cintas de color rojo vivo... no, cintas de color rojo amapola. —Edwina se giró hacia Anthony y sonrió triunfante—. ¿Qué le parece?

—Creo que voy a perder otra apuesta.

Edwina tarareaba en voz baja mientras tomaba asiento junto a Anthony en el carruaje. Tony no estaba seguro, pero creía que la canción que ella estaba tarareando era la gran aria de Mandane, *The Soldier Tir'd of War's Alarms*, que había cantado antes con mucha pasión la señora Billington. Por desgracia, el oído musical de Edwina estaba menos desarrollado que el de la señora Billington.

Cuando Tony se reencontró por primera vez con Edwina después de tantos años, se había quedado completamente absorto con su belleza, llegando a pensar que se acercaba a la perfección, a cómo debía ser una mujer. Pero le había encantado descubrir sus pequeñas imperfecciones y deficiencias. Tenía una pequeña cicatriz en la parte inferior de la barbilla fruto de una caída de un árbol que él bien recordaba. No tenía ningún sentido de la moda. Había reconocido que no era capaz de coser una costura en línea recta. Y no podía seguir bien una melodía.

Anthony estaba sonriendo cuando Edwina se giró hacia él para mirarlo. Dejó de tararear y le devolvió la sonrisa.

—Ha sido maravilloso, ¿verdad? No recuerdo haber visto nunca una actuación tan brillante.

—Y lo mejor de todo ese esplendor es que ha ganado dos apuestas esta

noche. Qué gran triunfo.

Edwina se encogió de hombros; parecía estar un poco avergonzada.

—No ha sido del todo justo. La primera apuesta no la habría ganado sin la ayuda de Flora y la segunda, sin la suya.

—¿Está renunciando a sus dos premios?

Edwina sonrió.

—Oh, no. Voy a tener mis dos premios. De hecho, creo que puedo pedir el primero de ellos ahora mismo y el otro lo dejaré para más tarde.

—Estoy impaciente por saber de qué se trata, señorita. ¿Cuál será el premio? Y recuerde, no puede ser nada relacionado con El gabinete.

—¿Ningún grabador, pintor o encuadernador?

—No. Debe ser algo personal. Algo que sea solo para usted, no para los menos afortunados del mundo.

—Porque usted ya ha hecho mucho por ellos esta noche.

—¿Cómo? —Maldición. Lo sabía.

—Lo siento. Sé que no quería que lo supiera nadie. Pero yo sí lo sé. Y me siento muy orgullosa de usted, Anthony.

Este agachó la mirada hacia las manos que reposaban sobre sus rodillas. Se sentía complacido, qué diablos, como si estuviera flotando, porque Edwina estuviera orgullosa de él. Por una vez, él estaba tremendamente orgulloso de sí mismo. Incluso su padre, con quien compartía el mismo procurador, por lo que sabía qué era lo que hacía, le había escrito una nota felicitándolo por haber encontrado algo digno y noble que hacer con su vida. Esa nota casi le había descompuesto por completo. Pero en el fondo, no quería que Edwina lo supiera.

—Gracias —dijo él en voz baja—. Pero no quiero que piense que...

—¿Que lo ha hecho por mí?

Tony alzó la mirada hacia ella.

—Lo he hecho por mí, Edwina. Para mitigar mi culpabilidad, creo, por desperdiciar mi vida y mis recursos. Para retroceder un poco y cambiar. Para hacer algo que merezca la pena. No lo he hecho por usted, pero sí que lo hice motivado por usted. Me ha enseñado a mirar más allá de mí mismo e intentar ver el bien común. Me sentí humillado por usted, con su dedicación desinteresada por ciertas causas y por defender ciertos principios. Me ha abierto los ojos al resto del mundo. Así que cualquier persona que se beneficie con lo que hago se lo debe todo a usted.

La luz de la luna que entraba por la ventana del carruaje se posó sobre Edwina y desveló sus ojos llorosos. Se mordía el labio inferior.

—Oh, Anthony —dijo ella—. Qué cosa más maravillosa acaba de decir. Me ha hecho llorar.

Tony tomó su mano.

—No llore. Soy un inútil ante las lágrimas. Pondrá en evidencia a un canalla. Volvamos al otro asunto que tenemos entre manos. Su premio.

—Oh, sí. —Edwina dio un pequeño resoplido, parpadeó un par de veces y se recompuso—. Mi premio. De hecho, esperaba que me contara lo de su donación y así quizá pudiera servir de ayuda.

—En otro momento estaré más que contento de contárselo. Pero este premio es para usted. ¿Qué es lo que quiere, Edwina?

Un silencio los embargó. Edwina se encontró con la mirada de Anthony de frente, pero pasó un largo rato antes de que hablara.

—Hay una cosa que me gustaría mucho.

—¿Sí?

—Quiero que me bese de nuevo.

El corazón de Anthony dio un pequeño salto en su pecho, pero mantuvo su mirada fija en la de ella.

—¿Eso es lo que quiere de mí?

—Sí.

Tony levantó una mano hasta la cara de Edwina y le acarició con el pulgar toda la línea de la mandíbula.

—Nunca antes me había enfrentado a una derrota más agradable, señorita. Permítame que la complazca.

Anthony inclinó su cabeza hacia la de ella y la besó.

Empezó de manera tierna y con dulzura, como el beso de antes de la ópera. Comenzó por los ojos, besando los extremos, que aún seguían húmedos por las lágrimas. Continuó con besos de mariposa a lo largo de su mandíbula y pómulos hasta la delicada zona de debajo de las orejas. Desde allí, fue deslizándose sus labios hacia la vulnerable piel de su cuello.

La respiración de Edwina se hizo más profunda y causaba que el cabello de Anthony, que caía sobre sus sienes, se moviera, lo que aumentaba su deseo ardiente. Tony subió hasta su boca y algo repentino y volátil surgió entre ellos. Algo salvaje, tórrido y desenfrenado. Anthony devoró la boca de Edwina, dejando de lado los misterios y la dulzura. La acercó más a él, hasta el punto en el que sintió su pecho aplastado contra el suyo. Los

brazos de Edwina le habían cercado el cuello, rodeando sus hombros, envolviéndolo en el aroma especiado que llevaba. Edwina, con una mano, se abrió camino desde el cuello hasta su cabello y lo volvió a tomar entre sus brazos. Parecía haber ganado ese asalto. Anthony le dejó hacer todo lo que quería, abrió su boca y le ofreció su lengua. Edwina le siguió en los movimientos y le imitó en las acciones más íntimas. Tony pensaba que se podría volver loco si el deseo seguía creciendo.

En vez de dejar que eso ocurriera, Anthony dio rienda suelta al deseo y dejó de lado el autocontrol. Acercó más a Edwina hacia él, deslizando su mano por su vestido, trazando con el dedo la curva de su espalda y de su cadera. Apretó su cadera contra la de Edwina, haciendo que sintiera su excitación, y bajó la mano hasta posarla en su pecho.

Se besaron una y otra vez hasta que la sangre dejó de llegarle correctamente a la cabeza. Estaba preparado para tenderla sobre el asiento, cuando el carruaje se detuvo.

Habían llegado a Golden Square.

Anthony finalizó el beso con unos pequeños mordiscos en su cuello, en su nuca y en su mandíbula.

—Hemos llegado a su casa —murmuró Tony en su oreja y, luego, se vio obligado a separarse de ella.

—Así que ya estamos aquí —dijo ella sin aliento. Se incorporó y posó una mano sobre el brazo de Anthony—. Gracias, Anthony. Es uno de los mejores premios que he recibido en toda mi vida.

Él tomó su mano y la besó.

—Ha sido todo un placer, señorita.

Los dos empezaron a recomponerse, colocándose la ropa, las joyas y el pelo. Si alguien los hubiera visto en ese momento, no le hubiera cabido la menor duda de lo que acababa de suceder. No importarían los esfuerzos que hiciesen por parecer presentables. La peor parte, por supuesto, siempre recaía sobre la mujer, con sus complejos y elaborados peinados y los vestidos que, con frecuencia, iban a juego. Afortunadamente, lo único que tenía que hacer Anthony era dejarla en la puerta de casa con la esperanza de que Nicholas no estuviera esperándola.

¿Y si no lo estuviera haciendo? ¿Edwina le invitaría a entrar? ¿Lo dejaría subir a su alcoba para poder terminar lo que acababan de empezar en el carruaje?

Eso era lo que Tony deseaba que ocurriese, pero aún no estaba seguro de lo que podía esperar de ella. Claramente, había bajado la guardia y le había dejado dar un paso hacia delante. ¿Estaba preparada para el siguiente paso?

Anthony bajó del carruaje y tendió una mano a Edwina. Se paró en la puerta y una mirada extraña apareció en su rostro.

—Algo va mal. —Edwina se tambaleó al salir del carruaje y casi se cae sobre los pies de Tony.

Él la sujetó por los codos y la ayudó a incorporarse.

—¿A qué se refiere?

—Mire. —Gesticuló indicando la casa—. Las luces están encendidas, se ven siluetas a través de las ventanas y hay vehículos estacionados en la calle.

—Ese es el carruaje de Flora —dijo Tony, reconociendo uno de los dos que había. El otro era un taxi.

Edwina se dirigió rápidamente hacia la puerta principal, pero la puerta se abrió de golpe por una frenética Prudence, quien gritó alzando la cabeza.

—Están aquí.

Tony siguió a Edwina hasta la entrada de la casa, sorprendiéndose al ver que, en sus pequeñas dimensiones, estaban Prudence, Flora, Nicholas y, lo más sorprendente de todo, Madge, de las damas de Crimson, todos hablando al mismo tiempo.

—Lo peor es...

—Una confusión estúpida...

—No sabía...

—No es culpa de Madge...

—Hay que volver a imprimirlo...

—Debería haberse revisado...

—No sé qué...

—Pero ya están listos...

—Hay que recuperarlos.

—¡Parad! —Edwina alzó una mano y gritó, alzando su voz por encima de la del resto del grupo para llamar su atención. Cuando al fin se callaron todos, dijo—: No entiendo nada de lo que estáis diciendo. Uno a uno, por favor. ¿Prudence?

—De acuerdo. —Prudence inspiró profundamente—. Ha habido un ligero desbarajuste con las pruebas de impresión del siguiente número. Por error...

—Hizo una pausa y lanzó una mirada hacia Anthony. Luego, miró a Edwina

con lástima—. Las pruebas de impresión de la revista se han mezclado con... otras pruebas de otra cosa.

—Oh, madre mía, ha sido to' por mi culpa. —Madge gimió mientras las lágrimas caían por su cara—. Se me cayeron. No sabía que eran cosas ditzintas. Me equivoqué al recogerlas. Pero no lo sabía. No quería hacer na' mal.

—Está bien, Madge —dijo Flora y se acercó a ella para pasarle un brazo por la espalda—. No es tu culpa. No debí haberte pedido que hicieras mi trabajo y menos sabiendo que no sabes leer.

—Entonces, ¿las páginas se han mezclado y se han impreso en el orden erróneo? —preguntó Edwina. Su voz era tensa y contenida.

—Algo parecido —dijo Nicholas. Dio un paso hacia delante para aportar su contribución a la narración de lo acontecido—. El caso es que las pruebas de uno de mis proyectos se han intercalado con las de la revista.

—Oh, no. —El rostro de Edwina palideció y se llevó una mano a la frente.

—Y ya se han distribuido —añadió Prudence—. Esta noche, para que se pudiera vender mañana. Gracias a Dios que estábamos aquí. Flora y yo nos quedamos a revisar los contratos de los anunciantes. Íbamos con un poco de retraso porque... —Prudence hizo una pausa y pareció darse cuenta por primera vez del estado, que no era perfecto, en el que estaba el vestido de Edwina. Preguntó con la mirada y sus ojos de repente se abrieron como platos al entender qué significaba. Tanto sus mejillas como su cuello se sonrojaron—. Hemos estado... ocupadas con otras cosas. De todas formas, cuando se acabó la impresión, decidimos echarle un vistazo y fue cuando descubrimos el error. Sabíamos que debíamos actuar rápidamente.

—Todos sabían que estabais en la ópera —dijo Nicholas—, así que me mandaron un mensajero al café donde me encontraba reunido con William Thurgood. La nota de Pru decía que necesitábamos toda la ayuda necesaria, así que vine y de camino recogí a Madge porque sabía... hum, que... ella... bueno... Oh, qué demonios, sabía dónde encontrarla, ¿de acuerdo? Estábamos empezando a discutir cómo resolver la situación cuando habéis aparecido.

—Oh, Dios mío. —El rostro pálido de Edwina fue pasando por todas las tonalidades—. ¿A qué hora se hizo la entrega?

—Sobre las nueve y media —dijo Prudence.

—Menos mal —dijo Edwina—. Aún cabe la esperanza de que los paquetes

no hayan llegado a la mayoría de las oficinas de correos a tiempo para que las diligencias de la noche los recogieran.

—Esa era nuestra esperanza —dijo Prudence—. Si no...

—Sí, si no, estaremos metidos en un buen lío. Así que, pongámonos en el caso de que no se hayan recogido. Debemos encontrar la manera de recuperarlos.

—Es lo que estábamos discutiendo antes de que llegaseis. —Los ojos de Flora se fijaron en el desaliño de Edwina y lanzó a Tony una mirada que hablaba por sí sola.

Anthony sentía que se estaba perdiendo algo. Se respiraba demasiada angustia y preocupación por un malentendido con las páginas de la revista. Estaba pasando algo más.

—Déjenme comprobar si he entendido bien lo que está ocurriendo —dijo él—. Nicholas tiene un proyecto que debía mandarse al impresor, no relacionado con El gabinete, y las pruebas de impresión se han mezclado accidentalmente con las pruebas del siguiente número, ¿verdad?

—Eso es —dijo Nicholas.

—¿Y qué es exactamente ese proyecto con el que se han mezclado las páginas de El gabinete? —preguntó Tony.

Nicholas se aclaró la voz.

—Se trata de un panfleto político.

Tenía que habérselo imaginado.

—¿Sobre qué?

—Sobre, ejem, la emancipación católica.

Edwina dio un grito ahogado detrás de él. Tony miró a Flora y a Edwina. Flora frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—Maldición.

Todos se giraron hacia Edwina, quien nunca maldecía. Estaba colorada por la furia que la invadía por dentro.

—Debemos retirar todos los ejemplares de El gabinete. Los tres mil cuatrocientos veintidós. Cada uno de ellos. Ahora mismo. Esta noche.

Sus planes amorosos para el resto de la noche tendrían que esperar.

Tony no estaba del todo seguro de haber entendido el gran enfado de Edwina. Creía que su preocupación estaba más relacionada con el tema del proyecto que con el error de impresión. Se trataba de un tema muy delicado. Su padre y su tío eran opositores declarados de la emancipación católica. Edwina debía de estar preocupada por la posibilidad de ahuyentar

a ciertas lectoras después de haberlas atraído con la moda.

—Claramente es un tema controvertido —dijo Anthony—. Tiene razón, Edwina, eso no debería aparecer en las páginas de El gabinete.

—No debería. —Los oscuros ojos de Edwina estaban ensombrecidos por el enfado y su postura corporal extrañamente rígida revelaba su impaciencia—. Pero ahora mismo no tenemos tiempo para reflexionar y discutir sobre ello.

—Venga al estudio conmigo, todos vosotros, y os diré qué es lo que vamos a hacer.



—Aquí está.

Anthony levantó el paquete que Daniel Imber había preparado y marcado como «GDM Octubre 30 copias».

—Deprisa —susurró Edwina—, he oído a alguien acercándose.

Tony colocó el paquete debajo de un brazo, cogió la mano de ella y corrieron escaleras arriba desde el patio de servicio hasta la calle. Edwina se chocó contra su espalda cuando Anthony se detuvo de repente.

—Demasiado tarde —dijo Tony con una voz extraña.

El corazón de Edwina se aceleró cuando se quedó detrás de él, muy cerca, intentando pasar desapercibida.

—Eh, tú, ¿qué estás haciendo en el patio de Jackman a estas horas de la noche?

Anthony se echó a reír y se tambaleó un poco en las escaleras.

—¿Pasando un buen rato, verdad? —La voz que hablaba no era clara. Anthony puso a Edwina delante de él y la giró hacia sus hombros. Dejó caer las manos a lo largo de su espalda y cuando llegó a la parte inferior le propinó una palmadita.

—¿No se le permite a un hombre pasárselo bien? —Inclinó su cabeza y le dio un beso baboso a Edwina.

El hombre se rió.

—Claro que sí, chico. Una buena pieza la que tienes ahí, ¿eh? ¿Te importa si la pruebo yo también?

Sin duda, el hombre había pensado que Edwina era la compañía de Anthony de aquella noche. Aunque Tony aún seguía con el traje de noche, ella se había cambiado y se había puesto un vestido más cómodo y parecía completamente opaca al lado de su dorado resplandor.

Anthony abrazó más fuerte a Edwina.

—Búscate a tu propia mujer. Esta es mía.

—Está bien, está bien. No necesitamos montar un lío por esto.

El hombre se fue, pero Anthony siguió apretando a Edwina contra su cuerpo hasta que el sonido de los pasos de aquel hombre desapareció por completo. Luego, el pecho de Anthony comenzó a moverse y fue cuando Edwina se dio cuenta de que se estaba riendo. La liberó de sus brazos, la

cogió del codo y la condujo rápidamente por la calle hasta doblar la esquina en la que estaba esperándolos su carruaje. Anthony abrió la puerta y prácticamente empujó a Edwina dentro. Le dio unas breves indicaciones al cochero, lanzó el paquete al maletero junto a los otros y se sentó junto a ella en el interior del coche.

La luz de la luna se reflejaba en su cabello dorado y realzaba el brillo de la sonrisa en sus ojos plateados.

—Bueno, mi pequeña meretriz, nos hemos librado por los pelos.

—Y ha sido una reacción muy rápida, señor.

Sus miradas se encontraron durante un momento y se echaron a reír a la vez. Edwina se dejó caer encima de él, indefensa y alegre. El brazo de Anthony la rodeó y se rieron una y otra vez.

Edwina recuperó la compostura.

—No debemos entretenernos. Aún nos quedan varios librereros en la lista.

En el fondo, no se trataba de un asunto gracioso o que causase risa, aunque hubiera adquirido un matiz de aventura divertida. Ella estaba decidida a recuperar todos y cada uno de los ejemplares de El gabinete antes de que cayeran en manos de las lectoras. Edwina, y todos los demás, estaban teniendo mucho cuidado para que ninguno de los ejemplares mezclados llegara a las manos de Anthony. Le mantenían ocupado con otras distracciones, para que nunca pudiera tener la oportunidad de leer las páginas ofensivas.

Más tarde, Edwina estrangularía a su hermano por no corregir las pruebas de impresión de sus panfletos y no haber eliminado los ataques directos al tío de Anthony.

Afortunadamente, su meticulosidad con todos los detalles había hecho que confeccionara una lista precisa de todos los librereros de la ciudad que recibían ejemplares de la revista. Existían alrededor de trescientos librereros en Londres, pero solo unos cincuenta, gracias a Dios, vendían la revista. La mayor parte de los ejemplares se enviaban directamente a los suscriptores individuales y, para hacérselos llegar, esos ejemplares se llevaban a una de las dos oficinas de correos principales para su posterior distribución a través del Servicio Real de Correos. Habían sido extremadamente afortunados, ya que los paquetes con las copias no habían llegado a tiempo a las diligencias nocturnas y, así, tenían hasta la mañana siguiente para recuperar dichos ejemplares.

Pero Edwina quería encargarse de ellos en primer lugar. Ella y Anthony se

dirigieron a la oficina de correos de Lombard Street donde, como propietario y directora editorial tenían el derecho a reclamar los ejemplares antes de que se distribuyesen. Los guardias nocturnos no cuestionarían ni la autoridad de Edwina ni la de Anthony; la única dificultad a la que debían enfrentarse era la de localizar todos los paquetes, que ya estaban ordenados. Pero debían arreglárselas como fuera para encontrarlos, mientras Edwina comprobaba uno a uno los nombres de los suscriptores en la larga lista. A pesar de que todo eso había llevado demasiado tiempo, la mujer se alegró de haber adelantado trabajo y no solo haber acudido a las librerías del vecindario, comenzando por Cheapside.

Edwina había organizado a todos en equipos de dos (Nicholas con Prudence y Flora con Madge) para que fueran a las librerías que recibían la revista y recuperasen los ejemplares ya entregados. Había dividido a los libreros geográficamente en una lista y a cada equipo le había asignado un total de quince a veinte librerías. Se trataba de una operación inadecuada y clandestina, llegando al robo en la mayoría de los casos, ya que los ejemplares habían sido pagados.

Antes de abandonar Golden Square, Edwina insistió para que todos, a excepción de Madge, escribieran una nota a cada uno de los libreros en la que confesaran que habían reclamado la entrega de los ejemplares y en la que prometerían llevar a cabo una nueva entrega en cuanto las nuevas copias se hubieran impreso.

Edwina y Anthony habían dejado notas en los patios de servicio, las habían deslizado por debajo de las puertas e introducido por los umbrales de las mismas. Hasta el momento, habían encontrado todos los paquetes señalizados y preparados para ser abiertos para luego vender los ejemplares a la mañana siguiente.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Anthony.

Edwina volvió a mirar la lista.

—Ludgate Hill. Dos librerías. Luego, una en Strand y habremos terminado.

—Lo miró y sonrió—. No puedo creer que casi hayamos acabado. Espero que los demás también hayan conseguido hacerlo.

—Como un hombre experto en el juego, debería haberme jugado algo de dinero a que conseguiría recuperar todos los ejemplares. Digamos que sería una apuesta segura desde el principio, desde que supe que no pararía hasta que todo el trabajo estuviera hecho.

—Qué pena que no haya nadie más aquí para ver esa apuesta. Podría haber ganado un pequeño beneficio extra esta noche. Siempre y cuando asuma que los demás han terminado el trabajo como hemos hecho nosotros.

Tony golpeó el techo del carruaje y el cochero abrió la pequeña ventana situada a sus pies que comunicaba el interior del vehículo con el exterior. Anthony le proporcionó la dirección y se pusieron en marcha.

—Ahí dentro ha actuado como una meretriz —dijo él—. A ese hombre le hubiera gustado ponerle las manos encima, el muy bellaco.

—Ah, pero usted ha actuado de forma muy posesiva por la bebida, señor. En realidad, ha sido muy emocionante que me haya reclamado como suya de una forma tan varonil. Podría tener futuro sobre los escenarios. Ha representado el papel a la perfección.

Anthony abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. En su lugar, la miró fijamente y la diversión de sus ojos se desvaneció.

—No ha sido un papel difícil de representar —dijo Tony.

De repente, Edwina sintió un anhelo que le oprimía tanto el pecho que casi no podía respirar. ¿La quería Anthony para él solo? Después de su apasionado paréntesis de antes en el carruaje, Anthony había dejado claro que la quería físicamente. Pero nunca lo había ocultado. Y ella también lo quería a él. Edwina había estado considerando seriamente invitarlo a su alcoba cuando llegaron a Golden Square y se encontraron con todo aquel alboroto en la entrada. Pero luego estaba tan enfadada y angustiada por si Anthony descubriría realmente lo que había ocurrido, que todos sus pensamientos relacionados con una decisión tan importante habían quedado de lado. Aunque ahora había vuelto a pensar en ello y a preguntarse si se hubiera arrepentido de dar rienda suelta al deseo.

Era más probable que se arrepintiese si no lo hacía.

La salvó de darse una respuesta la parada del carruaje. Había muy poca distancia desde Saint Paul Church Yard, por lo que no pudieron enfrascarse en una discusión sobre lo que les atraía al uno del otro. No había tiempo. La primera librería tenía un acceso sencillo al patio de servicio, y encontraron los paquetes con la identificación «GDM» sin ninguna dificultad. La siguiente librería estaba tan solo a unas cuantas puertas de distancia. Tenía una entrada de servicio en uno de los lados con una pequeña escalera hasta la puerta. Había una estrecha zona delante de la puerta, donde se amontonaban las entregas nocturnas. Anthony miró hacia abajo por la

escalera, con Edwina muy próxima detrás de él, cuando el ruido de un ladrido los sorprendió. El sonido procedía de una bestia grande de aspecto fiero que custodiaba la puerta.

—Maldición. —Anthony retrocedió y casi empuja a Edwina—. Esa cosa parece un monstruo.

Los dos dirigieron la vista hacia abajo, hasta el perro grande y fuerte que se encontraba en la parte inferior de la escalera. Parecía estar decidido a no dejarles pasar.

—Se me dan bastante bien los perros —dijo ella—. Déjeme intentarlo.

—No creo que sea una buena idea.

Edwina ignoró el comentario de Anthony y avanzó escaleras abajo manteniendo una mano delante de ella, con la palma hacia abajo y haciendo arrullos.

—Perro bueno —decía Edwina según se acercaba más y más a él. El perro dejó de ladrar y eso hizo que Edwina pensase que le había ganado la batalla. Pero el perro enseñó los dientes y se lanzó hacia ella.

Un brazo fuerte la agarró alrededor de la cintura y la levantó hasta hacerla retroceder hacia la parte superior de las escaleras.

—Maldita sea, Edwina, esa bestia la hubiera matado. Gracias a Dios que está atado con una cadena corta.

—Pero tenemos que hacernos con esas revistas. Quizá, si bajamos los dos juntos...

—Creo que quiere que yo me enfrente a esa bestia mientras usted busca los ejemplares.

—Deberíamos intentarlo.

Y así, lo intentaron de nuevo. Anthony bajaba por los escalones muy despacio, manteniendo a Edwina detrás de él. El perro gruñía, se revolvía y tiraba de la cadena, pero ya no ladraba. Los observaba con mirada torva a medida que descendían hacia su territorio. Cuando alcanzaron el último peldaño, comenzó a ladrar otra vez. Muy fuerte. Sin parar.

Los vecinos empezaron a gritar desde las ventanas para que se calmara y se callase.

Anthony consiguió hacerse con la cadena del perro, manteniéndolo a raya, mientras que Edwina se acercaba cuidadosamente hacia las revistas.

—Dese prisa —dijo Tony—. No sé cuánto tiempo podré mantenerlo así antes de que decida lanzarse a mi cuello.

Había muchos paquetes en un espacio reducido. Edwina tuvo que mover algunas cajas muy pesadas hasta que dio con un pequeño paquete en la esquina más lejana con el distintivo «GDM». Todos aquellos esfuerzos para una docena de ejemplares.

—Lo tengo —dijo Edwina, colocando el paquete bajo el brazo.

Rodeó a Anthony observando al perro, que no dejó de ladrar en ningún momento. Cuando finalmente estuvo frente a él, corrió escaleras arriba...

Y se encontró con que estaba siendo apuntada por el cañón de una pistola de gran tamaño. La pistola la sujetaba un hombre muy corpulento vestido con una camisa para dormir y una gorra.

Anthony se chocó contra ella y maldijo entre dientes.

—Cogeré ese paquete, señora —dijo el hombre con la pistola.

—No, por favor, déjeme que se lo explique.

—Démelo. —El hombre empujó con la pistola el hombro de Edwina—. Ahora.

Esta no tenía otra opción, por lo que se lo entregó. El hombre continuaba apuntando a Edwina mientras examinaba el paquete. Alzó la mirada y su rostro se tensó con una expresión de desconcierto y exasperación.

—¿Qué es esto? ¿Algún tipo de broma? ¿Se han enfrentado a mi Lucifer por un montón de ejemplares de una revista femenina?

—Podemos explicarlo —dijo Anthony.

—Eso espero. Estoy muy interesado en saber qué demonios están haciendo en mi patio en mitad de la maldita noche robando mi mercancía.

—Entonces, ¿es usted el señor Pritchard? —preguntó Edwina.

—¿Quién quiere saberlo?

—Mi nombre es Edwina Parrish y soy la directora editorial de El gabinete de las damas de moda. Y este es el señor Anthony Morehouse, el propietario.

El librero frunció el ceño.

—¿Están robando su propia revista?

—Por ridículo que suene —dijo Anthony—, eso es precisamente lo que estamos haciendo.

—Pero tenemos una nota que íbamos a dejarle en la puerta principal —añadió Edwina. Rebuscó en su bolso y sacó la nota—. Explica todo. Como puede ver, se ha producido un error, eh, un error embarazoso en la impresión que no se ha detectado antes de la distribución de los ejemplares. No queríamos que se vendiera ni una sola revista hasta que se

corrigiera.

Pritchard bajó la pistola y se adueñó de la nota.

—Hay un error, ¿es eso?

—Sí, así es.

—Bueno, me parece una forma estúpida la que han decidido llevar a cabo para rectificarlo, arriesgando su vida ante Lucifer y despertando a todo el maldito vecindario. Tomen. —Dejó caer el paquete y Edwina se hizo con él antes de que cambiara de opinión—. Ahora, márchense de aquí y así podré dormir un poco.

No hicieron ruido en su vuelta al carruaje. Edwina pensaba que Anthony estaba furioso por lo que había ocurrido, pero cuando lo miró, estaba sonriendo.

—Venga aquí —dijo Tony y le ofreció un brazo.

Edwina se acurrucó en su regazo y él la rodeó con el brazo.

—Es usted la mujer más intrépida, tenaz y terca que jamás he conocido. Y la adoro.

Anthony la besó en la coronilla y ella pensó que se trataba del momento más puramente satisfactorio que experimentaba en ocho años. Él la mantuvo cerca hasta que llegaron a la siguiente y última parada. El librero de Strand, que tenía cercado el lugar de las entregas. Era suficientemente sencillo acceder al interior, encontrar el paquete y recuperarlo. No suponía ningún desafío. Un mero paseo para poner punto final a su noche de aventuras.

Habían empezado a aparecer en el cielo las sombras moradas que precedían al amanecer en el momento en que llegaron a Golden Square. Fueron los últimos en regresar. Los otros cuatro habían obtenido el mismo éxito que ellos en su cometido y habían pasado por las mismas aventuras. Todos los paquetes recuperados estaban dispuestos en la mesa del comedor. Edwina y Prudence los abrieron para hacer un recuento.

Cuando acabaron de contar las copias y descubrieron que habían recuperado las tres mil cuatrocientas veintidós copias, la estancia se inundó con aplausos y gritos. Edwina, demasiado aturdida y cansada como para inhibirse, se lanzó a los brazos de Anthony y lo besó. Por el rabillo del ojo, pudo ver que Nicholas rozaba los pies de Prudence al girar alrededor de ella celebrándolo. La mirada que reflejaban los ojos de Prudence no dejaba ninguna duda de sus sentimientos hacia Nicholas. ¿Sabría él que lo amaba?

No había tiempo para reflexionar sobre esa cuestión. Había mucho que celebrar. Nicholas los condujo al piso de arriba, hasta el salón, y sacó una botella de coñac francés. Vertió un poco en una copa para cada uno y comenzaron a relatar las historias de sus aventuras.

Flora y Madge, a quienes les había tocado recuperar los ejemplares de las zonas de Shoreditch, Bishopsgate y Snow Hill, habían sido acosadas por más de un hombre que buscaba obtener sus favores.

—Pero sé cómo tratarlos. Caray, he eztao enfrentándome a ellos toa mi vida.

—Es fantástica —dijo Flora—. Os puedo decir que sabe cómo entrar y salir de los sitios sin ser vista.

—También lo he eztao haciendo toa mi vida.

Nicholas y Prudence, los encargados de las zonas de Saint James, Piccadilly y New Bond Street, habían sido perseguidos por el guardia nocturno.

—Casi nos atrapan —dijo Nicholas—. Aquel maldito hombre pensó que éramos ladrones y berreaba de una manera como nunca antes habíamos oído. Pero la persecución se desarrolló a través de patios y callejones y conseguimos, finalmente, perderlo de vista.

Todos ellos se habían encontrado con astutos pilluelos callejeros, posibles asaltantes, vecinos entrometidos, transeúntes curiosos y diferentes variedades de Lucifer, pero ningún otro equipo se había enfrentado a que le apuntase con una pistola, gracias a Dios.

Flora fue la primera en iniciar la retirada a dormir; se excusó diciendo que se estaba quedando dormida de pie. Los otros se sumaron a ella y se levantaron para marcharse.

—Llevaré a casa a Pru —dijo Nicholas.

—Es muy amable por tu parte —dijo Prudence—, pero padre pedirá mi cabeza si me ve aparecer a estas horas a solas con un hombre.

Prudence tenía una mirada de decepción, como si quisiese desafiar a su padre en esa ocasión.

—Yo llevaré a Pru —dijo Flora—. Venga, querida, antes de que desfallezca por la fatiga.

Nicholas se giró hacia Madge.

—Entonces, será todo un honor para mí escoltarla hasta casa. Asumiendo que no tiene un padre irritado esperándola en la puerta.

A Madge se le escapó una risita.

—Lo primero, hace mucho tiempo que no veo a mi papá. Y, si lo viera, no ce quejaría si un caballero me llevase a caza a cualquier hora. Es más probable que le ofreciera que ce quedara a dormir.

Prudence siguió a Flora, se giró hacia Nicholas brevemente como si fuera a decir algo, pero sacudió la cabeza y salió de la estancia. Nicholas y Madge las siguieron.

Edwina había percibido claramente un destello de ensueño en los ojos de Prudence. Tenía el terrible presentimiento de que a Prudence le iban a romper el corazón. Quizá debería tener una conversación con Nicholas. No para fomentar nada entre ellos dos, sino para avisarlo de que actuara con cuidado con ella. Nicholas no heriría de forma deliberada a Prudence, pero Edwina no podía imaginarse a Nicholas correspondiendo a los sentimientos de ella. Se conocían desde hacía mucho tiempo y Nicholas nunca había mostrado el más mínimo interés.

—¿Por qué tiene el ceño fruncido? —preguntó Anthony.

—Estaba pensando en corazones rotos.

Ahora fue él el que enarcó una ceja.

—¿El suyo?

—No.

—Ejem, espero que tampoco en el mío. ¿Va a romper mi corazón, Edwina?

—No creo. Eso espero.

Anthony se levantó y se sentó a su lado en el sofá.

—Bien. Pero tiende a acelerarlo, ¿sabe? En especial, esta noche. Es bastante sorprendente que aún no me haya dado una apoplejía.

—¿Ahora está acelerado?

—Sí.

—El mío también.

Anthony la rodeó con sus brazos y la besó. De inmediato, explotó en sus venas un deseo ardiente y dejó que la tomara. Esa vez, Edwina estaba preparada para responder, no como antes, cuando la situación casi la abrumba. Mientras oleadas de sensaciones vertiginosas recorrían su cuerpo, Edwina mantuvo la guardia, aunque un deseo insatisfecho que pedía aún más surgió en lo profundo de su ser.

Cuando esa tensión no resuelta finalmente se desvaneció, los dos estaban sin aliento y se envolvían el uno en el otro como dos enredaderas clemátides.

—Debería irme —dijo él.

—Aún no.

Anthony alzó sus cejas desconcertado.

—Aún me queda un premio por recibir —dijo ella.

Él sonrió.

—En efecto. ¿De qué se trata, Edwina?

Edwina se desenredó ella sola, se levantó y le tendió una mano. Tony la tomó y ella lo condujo al piso superior.

Al fin la tuvo desnuda entre sus brazos.

La ropa cayó sobre sus pies y la arrojó de cualquier manera por la alcoba; las horquillas cubrían todo el suelo. Anthony hubiera querido prolongar el momento del desnudo, para saborear cómo se desprendía de cada prenda de forma lenta y erótica. Pero un ansia voraz se había apoderado de ellos y se habían quitado la ropa el uno al otro desenfrenadamente.

Ahora que estaban desnudos, el ansia y la furia inicial habían disminuido mientras se contemplaban, admiraban y estudiaban mutuamente. Edwina era casi tan maravillosa como Anthony se había imaginado. Hermosa, con curvas sugerentes, suave, blanquecina y perfecta, si no fuera por la pequeña cicatriz de su barbilla y un lunar en su hombro izquierdo.

Quería tocar cada centímetro de su cuerpo. Mientras la besaba de forma tierna, sus manos se deslizaban hacia arriba y hacia abajo a lo largo de su espalda, por la sugerente curva de su cadera, pasando por su firme trasero, subiendo hasta la zona de las costillas y sobre su pecho. Edwina gimió dulcemente y él profundizó el beso, abordando su boca con la lengua y los dientes.

Ella tomó el relevo, lamiendo su lengua, tirando de ella, succionándola, mordiéndola. Sus manos emprendieron una exploración por los músculos de los hombros, la espalda y las nalgas de Anthony, acercándolo más a ella, poniendo en contacto cada milímetro de su cuerpo con el de él; aun así, Edwina consideraba que no estaban lo suficientemente cerca el uno del otro.

A Anthony lo invadió una euforia salvaje. Saber que ella lo quería tanto como él a ella lo embriagó más que un buen whisky.

Cuando Tony no pudo aguantar más el asalto y estaba tan ebrio de deseo que no podía resistirlo, la cogió en sus brazos, la levantó y la llevó hasta la

cama. La tumbó. Él se sentó a su lado y se tomó un momento para simplemente observarla. La alcoba estaba cerrada y oscura (en su ferviente pasión no habían tenido tiempo para encender una vela) y quería verla.

Se levantó, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. La luz tenue del amanecer se abrió paso por la alcoba y fluyó hasta la cama, alumbrando a Edwina con un suave resplandor. Anthony volvió a sentarse junto a ella y se sació con su mirada. La palidez de su piel ahora estaba iluminada por la luz del alba. Su cabello oscuro le caía por un lado como si fuera el ala de un cuervo. Su boca color rojo oscuro con los labios entreabiertos. Sus pezones igualmente oscuros habían alcanzado su punto máximo y parecían guijarros. Un triángulo de vello oscuro en el vértice de sus muslos.

Si Anthony hubiera sido un artista, la hubiera retratado así, en todo su esplendoroso desnudo.

Él deslizó suavemente un dedo desde su cuello, pasando por el valle que quedaba entre sus senos, descendiendo hasta su ombligo, hasta llegar al oscuro vello que se escondía entre sus piernas. Edwina se estremeció cuando le tocó la sensible zona. Anthony invirtió la dirección y pasó la palma de la mano sobre su abdomen hasta alcanzar la parte inferior del pecho.

—Es todo un honor poder tocarla —dijo él—. Es tan delicada, tan bella.

Edwina lo arrastró hacia abajo hasta que quedó a su lado y lo besó. De forma apasionada y tierna, su lengua sitió su boca, insistente y exigente; casi dolía la intensidad con la que le estaba robando el alma. A Edwina le invadía una pasión desatada. Sin pudor. Sin tabúes. Su boca y sus manos recorrieron cada milímetro del cuerpo de Anthony con gran interés y con un reclamo desenfrenado. Ella volvió a asaltar la boca de él con un beso contundente y se frotó contra él con una ondulación sensual y erótica, lo que supuso un tormento exquisito.

Anthony dejó que Edwina llevara la iniciativa durante unos momentos largos e intensos; luego le pidió que ralentizara el beso hasta que se separaron. Ella estaba jadeando y sus ojos muy abiertos revelaban una necesidad desesperada.

Tony le acarició la mejilla.

—Tranquila, mi amor. No se trata de un reto. Ni de una competición entre nosotros. No luchemos por ver quién toma el control. Simplemente disfrutemos el uno del otro. Déjate llevar, Edwina. —Sus dedos se perdieron

por el cuello de ella—. Déjate llevar.

Edwina dio un suspiro y él sintió que se había relajado ligeramente. Se inclinó para besarla, pero fue un beso tierno, suave y lento. Después de un largo momento dulce, la flexibilidad que adquirió el cuerpo de Edwina reflejaba la voluntad de su deseo.

Anthony la besó en la boca, en la mejilla, en la mandíbula y en el cuello, mientras su mano le acariciaba el pecho, en movimientos circulares, jugueteando con el duro pezón. Edwina hacía movimientos ondulantes debajo de él, pero con menos ansia que antes; luego, arqueó la espalda, empujando el pecho contra su mano.

Los labios de Anthony descendieron hacia la clavícula y la curva superior del pecho. Siguieron descendiendo hasta que, de forma inevitable, se introdujo en la boca el oscuro pezón y lo acarició circularmente con la lengua.

A Edwina se le escapó un pequeño grito y posó su mano en la cabeza de él, apretándole contra ella y hundiendo su cabeza en la almohada. Fue un momento de entrega total, tan explícito como el escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Anthony le concedió el mismo homenaje al otro seno. Después, dirigió su boca hasta la parte inferior del pecho. Cambió la postura de su cuerpo sobre el de ella y enterró su cara entre los pechos de Edwina, apretándolos contra sus mejillas. Liberó el torso de la mujer levantándose ligeramente y forzando con sus rodillas las de ella para que se separasen. Comenzó a besarle la zona del abdomen, haciendo movimientos circulares alrededor del ombligo hasta que, al fin, introdujo la lengua en su pequeña profundidad. Los músculos de Edwina se tensaron según la boca de Anthony descendía más y más, hasta que su lengua separó los suaves y húmedos pliegues de su sexo.

Edwina gritó y su pelvis aceleró el movimiento debajo de su boca. La lengua de Anthony jugueteaba con el botón del placer y ella alcanzó el clímax casi al instante.

Edwina creía que su corazón iba a estallar. No se arrepentía de su entrega. Al contrario, se lo agradecía. Nunca pensó sentir tal liberación física de nuevo. Había enterrado su sexualidad con Gervaise, de manera deliberada, casi como un monumento al amor que habían compartido.

Pero Anthony le había hecho revivirlo otra vez. Le había enseñado que aún vibraba por dentro, que seguía viva. Que podía sentir de nuevo. Que podía

amar de nuevo.

Todas las barreras entre ellos se habían venido abajo. Los labios, las lenguas y las manos iban donde querían ellos, cada uno daba y recibía por igual. Primero uno dirigía; luego, pasaba el mando al otro sin ninguna lucha por dominar.

Anthony tiró de ella y la puso encima de él. Ella le besó el cuello, los hombros y el torso. Le chupó el pezón como él había hecho antes con ella, saboreando su grito ahogado de placer. Él movía sus manos por las caderas y las nalgas de ella, deslizándolas hasta los muslos. Le separó suavemente las rodillas para que pudiera sentarse a horcajadas sobre él. Edwina se inclinó ligeramente hacia abajo hasta que sintió su erección contra su excitado y sensible sexo.

Tony cambió la posición de sus caderas empujándola contra él y así ella quedó sentada encima, posando la palma de las manos sobre su pecho. Apretó las rodillas contra los flancos de él, inclinándose hacia abajo, permitiendo que él la penetrara. Edwina gimió suavemente y estuvo, por un instante, sentada sin moverse, disfrutando del puro placer que le causaba tenerlo dentro.

Edwina lo montó. Primero con movimientos lentos, deslizándose despacio hacia abajo y hacia arriba. Tony le cedió el control absoluto de la situación. Levantó las manos hasta sus senos, acariciándolos al compás al que ella se movía sobre él. Nunca apartó su mirada de la de ella, pero la mirada se hacía más opaca según aumentaba el placer.

Anthony se movió debajo, con medio cuerpo incorporado para encontrarse con ella siguiendo sus propios impulsos. El ritmo fue aumentando cada vez más hasta que cada uno de ellos se acompasó con el otro creando un único ritmo bullicioso y continuo. En el interior de Edwina creció la tensión, que aumentaba con cada impulso, que enviaba olas de calor por todo el cuerpo, lo que provocaba que su piel, e incluso su vello, se erizara anticipando lo que iba a ocurrir.

Cuando Edwina pensaba que ya no podía aguantar más, el foco de la tensión alcanzó su punto más álgido y se desvaneció en miles de pedacitos de sensaciones y de asombro.

—Ah, ¡oh, Dios mío, Anthony! —Edwina echó su cabeza hacia atrás y gritó al mismo tiempo que la liberación llegó hasta lo más profundo de su interior.

Anthony observaba cómo el clímax fluía a través de ella, fascinado por su respuesta carente de inhibiciones. Todo lo que ella sentía se reflejaba en su rostro. Ahora, sus labios habían dibujado una mueca, abrió la boca ampliamente en un grito silencioso, como si sintiese dolor. Pero los espasmos fueron disminuyendo, haciendo que los músculos de su cara se relajasen y la alegría inundase su hermoso rostro.

Edwina era una mujer que daba todo de sí misma y se lo había dado todo a él. Era uno de los momentos más dulces de su vida. Un momento puro y brillante de claridad meridiana.

La amaba.

Anthony la sujetó entre sus brazos firmemente mientras la tensión iba desapareciendo de su cuerpo y la estrechó fuertemente cuando Edwina se desplomó sobre su pecho. Luego, la hizo rodar sobre su espalda y se introdujo más profundamente dentro de ella. Edwina alzó la mirada y le sonrió. Anthony se movió dentro de ella y Edwina se excitó de nuevo, empujando hacia arriba para dar respuesta a cada uno de los impulsos que la embriagaban.

Anthony encontró la boca de Edwina y la besó y se movieron al unísono, en una armonía perfecta. Cuando ella le rodeó con las piernas por la cintura, él gimió y se metió más dentro de ella.

Y las llamas aparecieron dentro de él. Pronunció su nombre y enterró su cara en la melena oscura como el éxtasis primitivo que se apoderó de él.

Se tumbaron por un momento, sin aliento, jadeando profundamente. Anthony levantó la cabeza para observarla. Nunca había estado tan hermosa. Sus labios dibujaban una sonrisa de pura satisfacción. Sus ojos oscuros resplandecían, cristalinos por el deseo saciado y con los párpados cerrándose por el sueño. Él la besó.

Anthony se apartó del cálido cuerpo de Edwina, rodó hacia su flanco y se la llevó consigo. Ella se acurrucó en él como si fuera un gatito, colocando la cabeza sobre su hombro.

—¿Anthony?

—¿Sí, mi amor?

—Gracias.

Y a continuación se durmió en sus brazos.



Edwina se despertó con un sentimiento de gran languidez, de satisfacción pura y alegre, que le hizo pensar por un momento que todo había sido un sueño. Pero el dolor de su cuerpo le revelaba que todo había sido real.

Sin embargo, al alargar el brazo se encontró con que la cama estaba vacía. Se levantó sobre los codos y lo vio. No la había abandonado, sino que estaba sentado en su escritorio. Quizá estaba escribiendo una nota para dejarla después de una salida discreta.

Pero no estaba escribiendo. Estaba sujetando la Minerva.

La pequeña cabeza de bronce dorado cabía en la palma de su mano. La sostenía con cautela, como si lo que tuviera entre sus manos fuera un pajarito, y le acariciaba la nariz suavemente con un dedo. En un momento de irracionalidad, Edwina se preguntó si eso era todo lo que él quería de ella. Esa maldita cabeza romana.

Pero no. Existía mucho más entre ellos que la simple Minerva o la apuesta. Edwina podría jurar que todo lo que había pasado significaba más para él que el placer simple y sin complicaciones. De lo contrario, ella nunca se hubiera entregado por completo.

Edwina no quería que fuera así. Hubiera preferido el placer sin complicaciones, esperando haber alcanzado un nuevo nivel de madurez para dejarse llevar. Debería haberse conocido mejor. Nunca podría ser espontánea en sus pasiones.

Pero no quería enamorarse de nuevo. El amor suponía un estado mental salvaje y desordenado, y odiaba el caos por encima de todas las cosas. Mientras miraba a Anthony contemplando a la Minerva, sin embargo, pensó que él podría ser un desorden en su vida que mereciera la pena. Tony estaba con el dorso descubierto, aunque sí que se había puesto la ropa interior. La luz de la mañana esculpía sus lisos pectorales resaltándolos con un color blanco dorado. Su cabello estaba despeinado y le caía por la frente. Los rayos de sol hacían que brillase aún más su pelo rubio. Era muy apuesto.

El corazón de Edwina se llenó de afecto hacia Anthony. La había devuelto a la vida.

Quizá la Minerva había sido un talismán para ella, su amuleto de la buena

suerte, otra vez. Había hecho que Anthony apareciera en su vida. Que volviera a aparecer en su vida, después de casi veinte años. Había una simetría preciosa.

—Es hermosa, ¿verdad? —dijo Edwina.

Anthony se giró para mirarla. La furia que reflejaban sus ojos la golpeó como una bofetada en la cara. Dios mío, ¿qué había pasado? Se sentó con la espalda recta, tapándose el pecho con la sábana.

—Es hermosa, fría y está muerta —dijo Tony. Colocó de nuevo en su sitio a la pequeña cabeza—. ¿Cuándo iba a contarme esto, Edwina?

Anthony levantó uno de los ejemplares mezclados de El gabinete y el corazón de Edwina se paralizó como una piedra. Se había olvidado de que había un ejemplar en el escritorio. Lo había llevado allí cuando subió a cambiarse para quitarse su vestido de noche y ponerse más cómoda antes de salir a recuperar todos los ejemplares. Quería saber exactamente qué es lo que decía, por si acaso alguna copia llegaba a manos de alguna lectora. Y lo había dejado ahí, olvidado, a simple vista.

Anthony no estaba admirando la Minerva. Había estado leyendo el panfleto de Nicholas.

Edwina quiso morir en ese momento. Quería que la tierra se la tragase. Quería levitar como una hoja muerta y que el viento se la llevara. Cualquier cosa menos estar allí.

—¿Sabe —dijo él con la voz teñida de enfado— que uno de esos hombres a los que su hermano ataca mordazmente aquí es mi tío? ¿Y que mi padre es su consejero más cercano?

Edwina tragó saliva.

—Sí.

Los ojos de Tony se abrieron como platos y bufó enfadado.

—¿Lo sabía? Maldita sea. ¿Sabía que era mi tío y siguió adelante con esta diatriba de todas formas? —Abrió y cerró el puño de forma compulsiva—. Maldición. Maldición. ¡Maldición! Y casi se distribuye a tres mil personas con mi nombre. Mi nombre, Edwina. No el suyo. No el de su hermano. Mi nombre. Para que mi padre pudiera verlo. Para que todo el mundo pudiera verlo. ¡Maldita sea!

—Pero conseguimos detenerlo. —Se arrastró hasta el borde de la cama, manteniendo las sábanas cubriendo su pecho desnudo. Quería explicárselo. Tenía que hacer que lo entendiera—. ¿Por qué cree que estaba tan angustiada por recuperar hasta el último ejemplar esta noche?

Anthony volvió a mirarla y sus ojos eran fríos y duros como el acero pulido.
—Aunque no se hubiera mezclado por error con El gabinete, el panfleto seguiría estando financiado por mí, ¿verdad?

A Edwina se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué?

—Sí, querida. He descubierto su pequeño secreto. —Anthony sonrió burlonamente—. No solo he leído los panfletos virulentos de su hermano, sino que también he encontrado uno de los libros contables sobre su escritorio. No ha sido lo suficientemente hábil como para guardarlo.

—Oh, Dios mío.

—Sí. Han estado robando dinero durante muchos años, primero a su tío y luego a mí, para financiar publicaciones y panfletos radicales. —Anthony entrecerró los ojos y se inclinó sobre Edwina de forma amenazadora—. ¿Y bien? ¿Lo niega?

Ella levantó la barbilla.

—No.

—Podría haber preguntado, ¿sabe? Por supuesto, hubiera rechazado la propuesta, pero así lo hubiera sabido. Sabía que no quería que se relacionara mi nombre con ideas políticas que ni apoyo ni comparto. Así que no preguntó. Simplemente desvió algunos beneficios para su propio uso.

Edwina sacó las piernas por el borde de la cama y se incorporó, llevándose consigo la sábana. Podía estar orgullosa de su cuerpo, pero en ese momento no quería estar desnuda.

—Admito que hemos estado utilizando algunos de los beneficios para otras actividades. Pero nunca han sido grandes cantidades, nunca lo suficiente como para desestabilizar, ni siquiera lo más mínimo, los beneficios del tío Victor o los suyos. No hemos robado dinero. Lo hemos desviado. Y no hacia algo personal o frívolo. Siempre hemos usado ese dinero para apoyar las causas que merecen la pena.

—¿Como la emancipación católica?

—En este caso, sí.

—¿No importa a quién puedan herir en el camino?

Edwina se acercó un paso.

—Nunca hemos tenido la intención de herir a nadie. Es simplemente una opinión. Eso es todo.

—Una opinión en la que se nombra y ataca a mi tío por su opinión.

Edwina irguió los hombros.

—¿Está sugiriendo que no podemos exponer nuestros puntos de vista? ¿No deberíamos atrevernos nunca a mostrar desacuerdo con el Gobierno?

—Estoy sugiriendo que han hecho mal en robarle el dinero a otra persona para apoyar sus malditas causas...

—Por el amor de Dios, Anthony, hemos usado una cantidad ínfima de los beneficios de una frívola revista femenina para hacer algo bueno.

—Pero han hecho muy mal al robarme dinero a mí para atacar a un miembro de mi familia.

Edwina sujetó la sábana e intentó contener su temperamento.

—Lo siento. Y he trabajado muy duro para que no se produjera ningún daño, para que su nombre no se asociase con un ataque a las opiniones públicas de su tío. ¿No debería al menos concedérseme el mérito por tratar de hacer las cosas correctamente?

Anthony le lanzó una mirada de desprecio fulminante que Edwina sintió como si la hubiera golpeado físicamente. Lo miró. El final de otro sueño acababa de llegar. Debería haber seguido sus instintos iniciales y haberse mantenido alejada de él. Debería haber sabido que estaban destinados a que entre ellos lo único que se cruzasen fueran espadas, y no corazones.

Anthony se levantó y se puso la camisa.

—¿Sabe qué, Edwina? Llegué a pensar que estaba enamorado de usted. ¿Se imagina? Y también llegué a pensar que le importaba. Estaba preparado para arriesgar todo por usted. —Tony se metió la camisa por dentro del pantalón y miró a su alrededor en busca del resto de su ropa—. Yo, el jugador que nunca se apuesta todo, iba a arriesgarlo todo... ¡Todo! Por usted. Qué idiota he sido. Fue una apuesta de tontos y me enamoré de usted. No le importo. No le importan los individuos, solo esas masas de personas sin rostros concretos a quien cree que puede ayudar con sus malditas reformas. —Volvió a tomar asiento y comenzó a ponerse las medias—. Todas las causas tienen que ver con usted. Estas causas le hacen sentir importante, le hacen creer que es más inteligente que cualquier otra persona porque entiende y sabe qué es lo que necesitan las personas. Es una mujer privilegiada que juega a ser política, condescendiente al pensar que sabe qué es lo bueno para la plebe.

—No es verdad.

—Sí lo es. Cree que sabe qué es lo mejor para sus granjeros y agricultores desplazados, para los trabajadores de las fábricas y para las mujeres de la

calle. Los apoya con palabras y con una pequeña cantidad de dinero que no es suyo, pero no veo que dedique tiempo en las calles a intentar entender cómo son sus vidas. —Anthony se inclinó para atarse los zapatos—. Demonios, me apostaría lo que fuera, sí, creo que podría apostarme lo que fuera, a que ni siquiera en Francia abandonó los salones para unirse a las marchas callejeras junto al pueblo. No ha experimentado la realidad para entender cómo son las vidas que pretende cambiar. No es más que una falsa republicana.

—¡No! Se equivoca, Anthony.

—Cree que su manera de pensar es la única manera correcta de hacerlo y no le importa a quién pueda herir en su noble camino por conseguir algunos grandes cambios en la escena democrática.

—No.

—No debería sorprenderme, por supuesto. Sigue siendo como cuando era niña. Siempre tenía que tener la razón. Siempre tenía que ganar. Ni siquiera en esa época le importaba si podía herir a alguien con su arrogancia.

Edwina seguía de pie bien erguida, envuelta en la sábana, pero por dentro, le dolía en el alma que Anthony pudiera pensar todas esas cosas de ella. No era una impostora. No lo era.

—Lo único que le importa es la maldita política —dijo Anthony—. ¿Cómo he podido creer que podría rebajarse hasta el punto de amar solo a un hombre? Está muy ocupada amando a las masas. A la maldita multitud. No tiene tiempo para preocuparse por mí o por otra persona.

No, Anthony estaba equivocado. Sí que se preocupaba. Edwina miró cómo se encogía de hombros dentro de su chaleco y fue en ese preciso momento en el que se dio cuenta de que sí que le preocupaba y mucho. Por el amor de Dios. En un instante de gran claridad, se había dado cuenta. Lo amaba. A pesar de sus hirientes palabras, que con seguridad se habían pronunciado como fruto de la ira, lo amaba.

Esa revelación casi la hace desvanecerse.

—No, Anthony, no es cierto. —Su voz se alzó más de lo que ella pretendía y la bajó de forma deliberada—. Sí que me importa.

Anthony la miró fríamente durante un momento; luego, introdujo los brazos por las estrechas mangas de la chaqueta de noche.

—Las personas no atacan en público a los seres queridos de las personas que les importan. Sí, no permitió que se distribuyera junto con El gabinete,

pero sí que hubiera permitido que se distribuyera por separado. Todo ello financiado con mi dinero. Mi dinero utilizado para herir a mi familia.

—Intenté detenerlo. Se lo dije a Nicholas...

—Sabía que algo relacionado con ustedes olía mal, pero pensaba que podía confiar en usted. —Recogió el resto de su ropa y se la colocó sobre el hombro—. Debería haberlo sabido. No es una mujer que pueda amar a un hombre. Y no me hable de su amante francés. No me creo que pudiera amarlo a él, sino a su gran causa, que quería hacer suya. Amaba el ideal de ese hombre y lo que representaba. Pero dudo de que sea capaz de amar a un individuo por lo que es por sí mismo.

—¡No! ¿Cómo puede decir tal cosa?

Tony se dirigió a la puerta sin importarle su déshabillé: la camisa abierta, el chaleco desabrochado y una corbata arrugada colgando del hombro.

—Bueno, la dejo sola con sus causas, querida. Y con su propia suerte. No financiará más sus actividades sediciosas con mi dinero.

Anthony se giró hacia la puerta de la alcoba.

—Le doy las gracias por una noche de placer. Eso es lo que ha sido, por lo menos.

Y se fue.

Edwina se quedó quieta por unos minutos. Una lágrima le cayó por la mejilla y por el brazo que sujetaba la sábana alrededor de su pecho. No podía decir a ciencia cierta si se trataba de una lágrima de ira, de decepción o de pena.

Por supuesto que estaba enfadada. Porque Anthony había descubierto el engaño. Porque había sido demasiado terco como para escuchar las explicaciones. Porque había hecho unas acusaciones muy dolorosas. Y Edwina se sentía decepcionada por la reacción de él, su intransigencia y su facilidad para el insulto. Estaba definitivamente dolida en el alma. Por haber descubierto que estaba enamorada de él casi en el mismo momento en que se esclareció que nunca podrían estar juntos. Nunca.

Edwina había temido involucrarse en una historia sentimental porque no quería vivir el caos emocional. Sus temores se habían confirmado. Nada podía ser más caótico que las emociones que le afligían el pecho en ese momento.

Otra vez no. ¡Otra vez no!

Edwina se dio la vuelta, caminó muy rígida hasta la cama y se sentó en el borde. Una ola de hastío la inundó y se tumbó, de flanco, y se acurrucó

levantando las rodillas hasta el pecho.

Rápidamente, se echó hacia atrás. El olor de Anthony aún seguía impregnado en la almohada. Retiró las sábanas, se acercó hasta su armario y sacó una bata. Se envolvió con ella, se sentó en el diván y se estiró a lo largo del mismo. La luz de la mañana entraba en la habitación alumbrando todo. Se dio la vuelta hacia el lado que miraba a la ventana. En el borde del diván colgaba un chal de lana y se lo puso por encima de las piernas y los pies.

Estuvo ahí tumbada durante un rato y lo único que hizo fue dejar que todas las emociones que le recorrían por dentro salieran a la luz. Quería que salieran. Que se fueran. Todo. Nada que pudiera erupcionar en su interior en cualquier momento. Ni siquiera quería luchar contra las lágrimas que brotaban de manera inevitable.

Su mundo quería estar fuera de control otra vez, pero Edwina no lo permitiría. Nunca más. Se entregaría a un breve momento de liberación emocional y, luego, se recompondría y seguiría con su vida.

¿Pero qué clase de vida sería esa? ¿Podría continuar con El gabinete en su estúpido intento de captar a lectoras con una prosa racional cuando todas ellas lo que realmente querían eran buenos reportajes sobre moda? Ahora sonaba todo tan frívolo. Tan ingenuo.

No podía dejar de lado la acusación de Anthony sobre que era una republicana falsa. ¿Lo era?

Era cierto que no se había unido al pueblo en sus marchas callejeras cuando estuvo en París. Se había sumergido en las grandes charlas que se desarrollaban en los salones de madame Roland y otros. Grandes pensadores, estrategas, hombres y mujeres con ideas habían hablado y hablado y hablado, pero... ¿qué habían hecho? Muy poco, así había sucedido. Los emprendedores habían sido de la talla de Marat y Robespierre, y no importaba cuán odiosa o terrible fuera su obra, los habladores no hicieron lo suficiente para combatirlos.

Mirando hacia el pasado, podía ver que ninguno de ellos había confiado en las masas para entender realmente sus objetivos, aunque hubieran estado a su favor. No se mezclaron con el pueblo. Ni siquiera pensaron que fuera necesario, cuando la razón estaba de su lado.

Anthony había dicho que ella era condescendiente al pensar que sabía qué necesitaban aquellas personas menos favorecidas. Mientras estaba

tumbada allí, como una miserable en su diván, se avergonzó al considerar que Tony podía estar en lo cierto. Seguía siendo una habladora y no una emprendedora.

Al menos, se trataba de algo que podía cambiar. Debería estarle agradecida por haberle mostrado la luz de su arrogancia.

Pero había una cosa en la que Anthony estaba completamente equivocado. Era capaz de amar. Aunque justo ahora, deseaba no serlo.

—Estás horrible.

Nicholas estaba de pie bajo el umbral de la puerta de la antesala donde Edwina había decidido refugiarse. Lo miró, cogió lo primero que encontró a mano, que la casualidad hizo que fuera un gran tomo de poesía metido entre los cojines del asiento, y se lo lanzó.

Nicholas se agachó.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Nicholas y entró en la sala, aunque cualquier persona en su sano juicio hubiera salido corriendo y gritando en la dirección opuesta.

—Márchate, Nickie. Ahora mismo estoy demasiado enfadada contigo como para hablar racionalmente.

Nicholas la ignoró, por supuesto, y tomó asiento.

—Entonces, no hables —dijo—. Déjame hacerlo todo a mí. Pero primero, mírame, Edwina. No, no apartes la mirada. Mírame.

Edwina cambió la dirección de su mirada y lo observó.

—Has estado llorando.

Edwina resopló y miró hacia otro lado.

—Mira, Edwina, no me gusta verte sufrir así. Nunca antes me habías lanzado un libro. Intuyo que está relacionado con Morehouse. Lo he visto esta mañana vociferando fuera de casa, medio desnudo.

—No me reprendas por eso, Nickie. No es asunto tuyo.

—Lo sé. Y no voy a regañarte. Solo es que intuyo que las cosas no han ido del todo bien entre vosotros dos. Anoche no podíais quitaros los ojos de encima el uno al otro y solo puedo suponer, por la hora y por el estado en que se marchaba de la casa, que habéis pasado la noche juntos.

—Te repito que no es asunto tuyo. Ya soy mayorcita. Puedo tomar mis propias decisiones.

—Claro que puedes. Vamos, Edwina. Sabes que nunca me he metido en tu

vida privada. Pero algo ha salido mal. Y porque te quiero, quiero ayudarte.

—Ya has ayudado lo suficiente, gracias. Ha sido tu maldito panfleto lo que le ha hecho vociferar ahí fuera. Te dije que eliminaras las partes en las que hablabas de Quayle, Nickie. ¿Qué demonios ha pasado?

Nicholas hizo una mueca, extrañado.

—Lo olvidé. Así de sencillo. Pretendía hacerlo, pero antes de que pudiera, Madge le había entregado las pruebas de impresión a Imber. Lo siento mucho, hermana.

—Anthony lo ha leído, ¿sabes? ¿Te puedes imaginar cómo se ha sentido al pensar que se vilipendiaba a su tío en una publicación que lleva su nombre en la portada? Pero es peor que todo esto.

—Oh, Dios mío. ¿Qué más?

—Me dejé uno de los libros contables sobre mi escritorio. Lo encontré. Sabe lo que hemos estado haciendo. Estaba furioso, Nickie. Y ahora... —Edwina pensó en todas las cosas que Anthony había dicho, que no podía ser capaz de amar, que no había amado a Gervaise. Solo podía haber una razón por la cual Anthony le hubiera dicho esas cosas tan horribles—. Y ahora me odia.

Edwina apartó la mirada y parpadeó con fuerza. No quería volver a llorar. Había sobrepasado su límite. Escuchó cómo Nicholas se levantaba y se agachaba delante de ella. Con una mano le empujó suavemente la mejilla y le giró la cara hacia él.

—No te odia, querida. —Su voz era dulce y le cogió las manos.

—Tú no has oído las cosas que me ha dicho. Sé que estaba furioso, muy enfadado. Pero no podía haber llegado a esas conclusiones en ese momento. Debe de haberlas pensado con anterioridad. Estaba lo suficientemente enfadado como para sacarlas fuera.

—¿Qué ha dicho?

—Entre otras cosas, ha dicho que no puedo amar a una persona. Que solo puedo amar una causa.

Nicholas la tiró de las manos y la hizo ponerse de pie. Luego, la rodeó con sus brazos.

—Está equivocado, Edwina. De verdad sabes cómo amar. Tú me quieres a mí. Quieres a Simon. Quieres a Pru. Amaste a Gervaise. —Le acarició la cabellera—. Y amas a Morehouse, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Edwina. Sus palabras se ahogaron contra el hombro de

Nicholas—. Después de anoche, creo que lo amo. Pero nunca quise, Nickie. Nunca quise que me volviera a pasar. Sabes que no quería.

—Sí, lo sé. —Nicholas la separó de su hombro y la miró directamente a los ojos—. Y no sabes lo feliz que me hace que estés preparada para que un hombre vuelva a amarte. Me dolía tremendamente verte tan cerrada en ti misma, tan sola, durante tanto tiempo.

Edwina se liberó de sus brazos y se acercó a la ventana que daba al jardín. No se había cerrado en sí misma. Simplemente había sido disciplinada. Pero había permitido que esa disciplina se quedase a un lado y ¿qué había conseguido con ello?

—Déjame que vaya a ver a Morehouse para explicárselo —dijo Nicholas—. Le diré que me pediste que cambiara las pruebas de impresión cuando descubriste que Cedric Quayle era su tío. Me suplicaste que eliminara los ataques contra él. Pero no lo hice. Es conmigo con quien debe enfadarse, no contigo. Por el amor de Dios, si no hubiera sido por ti, todos esos ejemplares probablemente no se hubieran recuperado.

—No es necesario que hagas eso, Nickie.

—Pero quiero ayudar a que las cosas salgan bien entre vosotros dos.

—No puedes. —Edwina volvió su cara hacia él—. Nunca saldrán las cosas bien entre nosotros. Fue la apuesta lo que comenzó esta historia. La cual, por cierto, no voy a ganar. Solo quedan dos semanas y aún nos quedan casi seiscientas suscripciones por conseguir. No hay ninguna forma de llegar a ese número, por mucho que lo intentemos.

—No lo sabes.

—Y hay que tener en cuenta el hecho de que trabajaré para él si sigo en El gabinete.

—¿Cómo que si sigues?

—He empezado a darme cuenta lo trivial que es la revista dentro de todas las demás cosas. Nunca marcará ningún tipo de diferencia en el mundo.

—Por el amor de Dios, Edwina, ¿cómo puedes decir eso? Llegas a miles de mujeres. ¿Cómo puede ser eso trivial?

—He estado pensando en que me gustaría hacer algo más... directo.

—¿Qué quieres decir?

—Anthony ha dicho que no tengo un conocimiento real de los pobres y de sus necesidades. Tiene razón. Me quedo aquí, en Golden Square, y solo digo palabras. Es hora de hacer algo más útil.

—Ten cuidado, querida. No dejes que un corazón herido te empuje a

cometer algún acto precipitado. Morehouse lo dijo provocado por el enfado. Deja que se tranquilice durante unos días, hermana. Se arrepentirá de lo que ha dicho, estoy convencido de ello.

—Eso no importa. Nunca han funcionado las cosas entre nosotros. Somos demasiado diferentes. Se burla de mis ideales y de mis «causas» aun sabiendo que son de vital importancia para mí. No sé cómo una persona puede vivir y pasar su vida entera apostando y jugando. Le gusta la temeridad. Yo, en cambio, prefiero el orden. —Edwina suspiró—. Nunca encajaríamos.

Nicholas se acercó hasta su lado.

—No hay nada tan malo como el orden excesivo. Lo sabes, ¿verdad?

—No, no es verdad. El orden es predecible, limpio, sin ambigüedades. —Edwina miró hacia fuera a través de la ventana—. Es como mi pequeño jardín. Nunca me tengo que preocupar de que se vuelva salvaje porque lo mantengo bajo control.

—Ah, pero tu jardín es algo antinatural, querida. Es la naturaleza podada, diseñada y creada artificialmente. Un poco de desorden es lo natural, hermana. Y bienvenido sea. No seas implacable con tus emociones como lo eres con tu jardín. No puedes todo lo que es honesto y humano.

Durante más de un día, Tony deambuló con mucha rabia contenida en su garganta. Seguía furioso. Con Edwina, con Nicholas, con Prudence, con todos esos malditos y con sus causas justas y sus beneficios robados. Cuando pensaba en lo cerca que había estado de recibir una llamada, si se hubieran publicado esos ataques contra su tío Cedric bajo su nombre, le hervía la sangre. Eso no quería decir que estuviera de acuerdo con las opiniones de su tío. De hecho, estaba en contra en la mayoría de las cosas. Pero por una vez en su vida había sido realista, haciendo que su padre se sintiera orgulloso de él. Aún le sorprendía la nota que había recibido de él dándole la enhorabuena por la donación. Eran las primeras palabras positivas que había recibido de aquel hombre en veinte años.

No sabía hasta qué punto había deseado aquellas palabras de alabanza.

Todo se hubiera echado a perder si esa maldita revista hubiera llegado a distribuirse. Al menos, creía que tenía algo que agradecer a Edwina, por asegurarse de que eso no hubiese ocurrido.

¿Cómo podía haber estado tan equivocado con respecto a ella? ¿Cómo podía haberse enamorado de una mujer preparada para clavarle un puñal en la espalda? El tiempo que había pasado cada uno en los brazos del otro había sido tan especial que le había llegado hasta lo más profundo de su alma. ¿Por qué tuvo Edwina que convertirlo en algo de lo que ahora solo se arrepentía?

Era muy sencillo apartarla de su vida. Por completo. No saldría a buscar su risa, su cara, su voz, su cuerpo. No la necesitaba. Podía encontrar todas esas cosas en cualquier otra parte. Los placeres de Londres lo esperaban. Buen vino. Buena comida. Buenos juegos. Buenas mujeres. Londres estaba repleta de todas estas cosas, de todo lo que podía desear.

Y, a pesar de todo, parecía tan vacía.

¿Cómo iba a sacarse a Edwina de la cabeza?

Anthony estaba tratando de hacerlo en una pequeña sala de juegos en Jermyn Street cuando, al alzar la mirada, se encontró con Nicholas Parrish junto a él. Maldita sea.

—¿Lo ha enviado ella a buscarme? —Tony miró a Nicholas mientras se preguntaba cómo lo habría encontrado.

—No, desde luego que no. Tengo que hablar con usted en privado, por favor.

—¿Ahora? ¿Cuando estoy teniendo una racha de buena suerte?

Nicholas examinó la mesa de juego y el montón de fichas que había ganado Tony, que estaban dispuestas delante de él.

—Por favor.

Tony suspiró y asintió con la cabeza al otro hombre que estaba en la mesa.

—Parece que debo denominar a esta noche como la gran noche. Si me disculpa.

Tony amontonó todas las fichas que había ganado, se levantó y le indicó a Nicholas que debía seguirlo hasta otra sala. Encontró dos sillones vacíos cerca de la chimenea y tomó asiento en uno de ellos. Nicholas lo hizo en el otro.

—¿Qué puedo hacer por usted, Parrish?

—Edwina me ha contado lo que ha pasado.

Tony enarcó una ceja y se preguntó qué era lo que exactamente le había contado Edwina a su hermano.

—Está en todo su derecho de enfadarse —dijo Nicholas—. Pero no con ella.

Anthony no quería escuchar las disculpas de Edwina. Había defendido su posición lo suficiente y no deseaba volver a escucharlo. Anthony hizo el ademán de levantarse.

—Si me disculpa, no tengo la menor intención de continuar con esta conversación.

—Siéntese y escúcheme, Morehouse.

Desconcertado por el tono impositivo de la voz de Nicholas, Tony se sentó de nuevo. Miró a Nicholas y no dijo nada. Dejaría que dijera lo que tenía que decir y, así, acabaría con todo aquello.

—Que se mezclara con la revista es mi culpa —dijo Nicholas—. Cuando Edwina se enteró de que Cedric Quayle era su tío, vino a mí y me pidió que eliminara de mi panfleto todas las referencias a él. Simplemente, nunca llegué a hacerlo.

Tony resopló de forma delicada.

—Claro está.

—No fue algo malintencionado, Morehouse. Simplemente me olvidé de ello. Las pruebas de impresión se entregaron a Imber antes de que pudiera corregirlas. Ha sido un infortunio, una serie de errores tontos. Quiero asegurarme de que lo ha entendido.

—Su hermana me ha dado la misma excusa.

—No es una excusa. Es la pura verdad. Sé que sigue enfadado, Morehouse. Pero al menos el error se detectó a tiempo.

—Por el bien de todos. ¿Eso es todo?

Nicholas lo examinó por un momento.

—No, no es todo. Me importa mucho mi hermana y usted la ha hecho muy infeliz. Y eso no me gusta.

Tony se encogió de hombros. El hermano mayor protector había vuelto.

—No sé todo lo que ha pasado entre ustedes dos y no quiero saberlo. Aunque, por lo visto, le dijo una serie de cosas viles. Cosas hirientes. Una en concreto que me gustaría que retirara.

—¿Oh? ¿Cuál?

—Le dijo que era una mujer incapaz de amar. Estoy aquí para decirle que nada puede estar más lejos de la realidad. Ella ha amado. Ama. Tanto es así que su corazón se rompe con facilidad.

¿Había roto Tony su corazón? No lo creía. Edwina se encargaba de mantenerlo bien cerrado y aislado como para que alguien pudiera tocarlo y,

mucho menos, romperlo.

—Es una mujer muy fuerte y con mucho carácter —prosiguió Nicholas—. Le gusta tener el control de cada situación, lo que no significa que no sea vulnerable en cualquier caso. Pero no lo confunda con una incapacidad para amar. Posee una gran capacidad para amar, pero tiene miedo porque cada vez que lo hace, la consume. Perder a Gervaise hizo que tuviese aún más miedo. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo y pensé que por fin se le había quitado ese miedo. —Miró a Tony de manera significativa—. Y en vez de eso, creo que ahora tiene más miedo que nunca.

Nada de eso suponía una revelación. Tony se había dado cuenta de la vulnerabilidad de Edwina hacía ya algún tiempo. No desde hacía tanto, solo desde ayer, de hecho, cuando su corazón explotó al pensar que Edwina había conseguido superar sus miedos e ir más allá permitiéndole entrar en su corazón. Pero todo había cambiado cuando leyó aquel panfleto y el libro contable. ¿Cómo podía confiar en ella después de todo lo que había ocurrido?

—Lo siento, Parrish. Sinceramente, había deseado que hubiera algo entre nosotros. Pero me engañó. Todos ustedes me han engañado.

—¿Y no puede perdonarla?

¿Podía? Su ira aún estaba muy reciente y muy viva como para que pudiera ver más allá de ella.

—Edwina cree que la odia —añadió Nicholas—. ¿Es así?

—Por supuesto que no la odio. Solo estoy... enfadado.

—Entonces, quizá, ¿es posible que sea capaz de perdonarla?

—Ahora mismo no puedo pensar con claridad —dijo Tony—. Deme un poco más de tiempo.

—Su apuesta llegará a su fin en dos semanas.

Señor, ¿tan pronto?

—Deme hasta entonces.



—¿Cómo dices?

Edwina sonrió ante la expresión de incredulidad de Madge.

—Lo que oyes. Quiero dar una vuelta por Saint Giles y como sé que vienes de esa zona, esperaba que me pudieras acompañar.

—Creo que ere boba, ceñorita Parrish. Nadie va allí a los cuchitriles zolo pa' ver. No e' ceguro. Zobre to' pa' una dama como tú.

—Por eso quiero que vengas conmigo, Madge. Me siento segura a tu lado.

—No e' por ezo. Necesitas a un hombre robusto, no alguien como yo.

—Créeme. Nos irá bien juntas. No pretendo ir por la noche...

—Dió, ezo ezpero.

—Y estoy segura de que será menos peligroso a la luz del día. Además, quiero ir a ver la escuela.

—Oh. —Madge hizo varias sílabas musicales a partir de esa palabra—. Entonces, ¿nunca la has vizto?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes zobre ella? Imaginaba que ya habías eztao allí, incluzo aunque ceas una dama y to' ezo, viendo la forma en la que me lo has dicho. Por ezo quieres ir. —Madge estaba de pie delante del escritorio de Edwina mirándola con gran interés.

Edwina y El gabinete habían donado fondos a la escuela de Saint Giles incluso antes de que hubiera oído hablar del sitio. Sabía que se enseñaría a prostitutas y a otros desfavorecidos a leer y a escribir, junto con algunos otros conocimientos básicos, con la esperanza de ayudarles a encontrar mejores empleos. Los objetivos establecidos eran suficientes para que Edwina prestara su apoyo, pero no había visitado ni una sola vez la escuela para comprobar por sí misma si se cumplían los objetivos con éxito o no. Ya era hora de que lo hiciera.

Las acusaciones de Anthony habían dado en la diana.

—Supe de la escuela hace unos años —comentó Edwina—, y desde entonces le hemos proporcionado una pequeña cantidad, de hecho una cantidad muy pequeña de dinero para ayudar económicamente a pagar el alquiler, comprar libros, material y ese tipo de cosas. Y desde que Flora ha ido confiando más en ti encomendándote más tareas, pensé que sería útil

que aprendieras a leer.

Madge se sonrojó ligeramente y agachó la mirada.

—Azí no cometeré más errores.

—No fue por tu culpa, Madge. Todos estamos implicados en esto. Pero ser una persona capaz de leer y escribir puede serte de mucha utilidad en todos los aspectos de tu vida. Y creo que la escuela de Saint Giles podría ser el lugar perfecto para que aprendieras.

—Cería argo bueno el zaber lee'. —Madge se estiró un poco más y una expresión de asombro total apareció en su mirada—. Ya cé argunas letras, pero no puedo darles ningún centido ni na'. Le eztoy muy agradecida, ceñorita. No conocía eza ezcuela y eztaba juzto delante de mis narices.

—Su existencia no se ha pregonado. La mayoría de los hombres, los guardias de las fábricas, los propietarios de los burdeles, los proxenetas, no quieren que sus mujeres reciban una educación.

—Supongo que tendrán miedo a que cean capaces de conceguir un trabajo mejor en otra parte.

—Exacto. Como has hecho tú aquí en El gabinete. Espero que trabajando para nosotros no tengas que volver a ganarte la vida en las calles.

Madge se encogió de hombros.

—De toas formas, zoy demasio vieja pa' ezo.

Edwina se quedó muy sorprendida cuando supo que Madge tenía solo treinta y cinco años, a pesar de que aparentaba tener diez más.

—Pero nunca se es demasiado mayor para aprender a leer y escribir.

—Madre mía. Ezpero poder aprender pronto. Pero nunca hay tiempo. Y, por zupuesto, mi viejo hombre me quiere en la calle por las noches pa' traer er parné que él ce gazta en las licorerías de ginebra.

—¿Sabe que vas a la escuela?

—No, no ce lo he dicho. Mientras traiga argo de dinero, no necesita zaber na'. Y, ¿para qué quieres ir a la ezcuela?

—Quiero ir a ver si puedo ser de ayuda. No tengo más dinero para ofrecer, pero puedo contribuir a la causa enseñando.

Los ojos de Madge se abrieron como platos.

—¿En Saint Giles? ¿Quieres ir hazta los cuchitriles pa' enseñar a las chicas a lee'?

—No veo por qué no.

—Bueno, yo zí. Ere' una dama que eztaría fuera de lugar, como una roza arrancada de un rozal. Y cerías afortunada ci no te encuentras con el peor

de los ladrones. Los callejones eztán deciertos, vacíos.

—¿Qué me dices de tu profesora de la escuela? Aparentemente ella no se preocupa por su seguridad.

—La ceñorita Jakes e' un perro viejo y ha vivió en las cercanías toa zu vida. Creció en Seven Dials, pero ce cazó con el capataz de la cervecería y acá ce hizo rezpetar.

—Y por eso está intentando ayudar a otras chicas a tener un futuro mejor, como le pasó a ella. Qué extraordinario. Será un placer conocerla. ¿Podemos ir?

Madge cerró los ojos con resignación.

—Lo que quieras, ceñorita. Pero cerá mejor que te cambies de veztido.

Emprendieron la marcha a pie, por Saint Giles y Seven Dials, dos de las peores zonas de Londres, solo a unos metros de distancia de Golden Square. El ambiente que se respiraba cambió radicalmente cuando llegaron a la intersección entre Oxford Street y Tottenham Court Road. El ruido de las ruedas de los carruajes se perdía según se estrechaban las calles y empezaba un entramado de sucias callejuelas y callejones, con todos los edificios tan juntos unos de otros que parecía la sucia madriguera de un conejo.

Las sombras se acercaban y desaparecían. Bultos oscuros e irregulares que se agitaban en las tinieblas. Borrachos tendidos en las puertas de las casas. Pilas de basura que se amontonaban contra las paredes. Las alcantarillas abiertas y sucias por las que rebosaba el agua que corría por el medio de las calles empedradas. Algunas ratas se asomaban por el alcantarillado. El olor fétido de la descomposición impregnaba el ambiente, que se mezclaba con el asqueroso olor dulce que desprendían las fábricas de cerveza cercanas. Edwina se tapó la boca y trató de no inhalar con demasiada profundidad.

Comprobar la existencia de aquella miseria tan cerca de su casa provocó que las palabras de Anthony retumbaran con fuerza en sus oídos. Mientras Edwina se sentaba en su cómoda casa junto a un fuego cálido, la verdadera miseria humana se encontraba a tan solo un paso de distancia. Había redactado muchos alegatos contundentes sobre la difícil situación de las masas empobrecidas y, sin embargo, nunca se aventuró a acercarse a las calles cercanas para enfrentarse a la pobreza de frente.

Se mantuvo cerca de Madge, quien no le permitió que perdiera tiempo ni

empapándose de todos los detalles que las rodeaban ni ofreciendo ayuda a cada individuo miserable que se encontraban.

—Camina a paso ligero, como si hubieras venido por trabajo. Si vas lánguida muestra que no estás segura y eso hará que cada ladronzuelo y borracho ce te peguen como las pulgas a un perro.

Madge le había insistido a Edwina en que llevara ropa oscura y sencilla que pareciese que estaba usada y sucia, así sería más fácil mezclarse con los demás. No llevaba ni ninguna joya, ni bolso ni monedero, aunque sí que llevaba algunas monedas en el bolsillo con la intención de repartírselas a los más necesitados. Pero pronto descubrió que había demasiados pilluelos en una situación miserable para las pocas monedas que llevaba. Se las guardaría para dárselas a la señora Jakes.

En la mayoría de los edificios había negocios a pie de calle: pescaderías, vendedores ambulantes, licorerías de ginebra, tiendas para recoger ropa. Los pisos superiores estaban destinados a viviendas familiares y, como le había revelado Madge, a una variedad de actividades ilegales, de las cuales era la prostitución la más extendida. Solo algunas ventanas conservaban los cristales. Y los pocos que quedaban estaban oscurecidos por la mugre. Muchos de los huecos carentes de cristales se rellenaban con paja como única barrera contra el frío. Algunas ventanas estaban abiertas con la colada tendida en los alféizares. Una mujer asomada a la ventana estaba vertiendo a la calle el agua sucia que contenía un cubo. A través de otra ventana, se veía cómo una figura oscura se estaba llevando a la boca una jarra.

La mayoría de los hombres del vecindario que trabajaban lo hacían en alguna de las fábricas de cerveza. Algunos lo hacían en el almacén de madera y otros trabajaban cortando piedras en la cantera. Sin embargo, una gran mayoría de ellos no tenía ningún trabajo debido al alcoholismo o a alguna enfermedad o discapacidad. Esos hombres dependían de que sus mujeres y sus hijas trabajaran en las calles para pagar el alquiler.

Casi todas las mujeres que estaban paradas asomadas a la ventana, sentadas en los pórticos o apoyadas contra las puertas, según Madge, eran prostitutas. Cientos de ellas. Algunas parecía que tenían entre doce y trece años. Delgadas, andrajosas, pálidas, enclenques, hacían que las damas de Crimson parecieran el vivo retrato de la salud y la prosperidad.

Según iba avanzando al lado de Madge, los puños de Edwina se cerraban más y más y se balanceaban de lado a lado con rigidez, como si fueran el

badajo de una campana. La situación la enfurecía porque le revelaba que había sido completamente ajena a la verdadera naturaleza de la pobreza y la desesperación. Había leído y escrito miles de palabras sobre la difícil situación de las personas pobres, pero caminar por Saint Giles había dado un nuevo significado a esas palabras. Y en su interior había nacido un nuevo objetivo.

Madge se detuvo ante una puerta en la que no había ninguna insignia o descripción. La puerta pertenecía a un edificio de ladrillo sucio en un callejón oscuro. Entró sin llamar y Edwina la siguió muy de cerca. Subieron por unas escaleras estrechas y giraron al llegar a un pasillo largo. Madge paró cuando alcanzaron una puerta que estaba ligeramente entreabierta. Una conversación relajada de voces de mujer procedía del interior.

—Eztán teniendo una clace —dijo Madge.

—Quizá deberíamos esperar.

—No. Eztaremo' tan quietas como una piedra y a la ceñora Jakes no le importará. Venga.

Madge abrió del todo la puerta y entraron. Era una habitación pequeña con una minúscula ventana en lo alto de la pared del fondo. Había tres bancos largos dispuestos en línea como los de las iglesias. Un grupo variopinto de mujeres y chicas ocupaban cada espacio disponible de los bancos, jóvenes, ancianas, gordas, delgadas, todas ellas desaliñadas, vestidas con harapos y sucias. Cada una de ellas tenía un pedazo de papel sobre sus rodillas y un diminuto lápiz en la mano. Estaban practicando la caligrafía.

Una mujer alta y de cabello rubio estaba de pie delante de ellas, sujetando un cuaderno grande en el que había escrito algunas palabras en mayúscula, bien grande y en negro. Sobre la mesa que estaba junto a ella había un pequeño montón de papel y una caja de lápices. Era más joven de lo que Edwina se esperaba, no mayor que ella. Se giró hacia ellas y sonrió.

—Ah, Madge. Has venido para una lección extra, ¿verdad? Y has traído a una amiga. ¡Perfecto! Señoras, hagan sitio si pueden.

Tony estaba sentado en la mesa del desayuno y estaba intentando leer los periódicos matinales. Pero no podía dejar de pensar en Edwina. En el vínculo que había crecido entre ellos. Las risas. Cuando hicieron el amor. El engaño.

Aún no se le había pasado del todo el enfado con ella. Quería estar enfadado con ella. Se merecía su enfado. Y, sin embargo, estaba casi preparado para perdonarla. Ya había empezado a arrepentirse de algunas de las cosas que le había dicho. Sobre todo, lo que le dijo acerca de que no era capaz de amar. Había sido un insulto imperdonable. No necesitaba que Nicholas Parrish se lo dijera.

Anthony no podía decidirse sobre cuál debería ser el siguiente paso a dar. Se habían herido el uno al otro, pero Tony se aferraba a la creencia de que podían superar aquello e ir más allá para volver al momento en que él se había deslizado fuera de la cama de Edwina y había caído en las garras del enfado y la decepción. Había estado a punto de declararse, quizá incluso de hacer una proposición. Sin lugar a dudas, podían salvar algo de lo que les había conducido a caer en los brazos del otro.

Después de todo, Anthony era el que había salido más herido. Si él estaba dispuesto a perdonarla, ella debería encontrar en su corazón la manera de perdonar las palabras tan hirientes que le había dicho dominado por la ira. ¿Podría Edwina?

Era una situación demasiado delicada como para estar seguro. Y había que tener en cuenta la apuesta. Edwina estaba muy cerca de ganar. La noche en la que fueron en busca de todos los ejemplares por toda la ciudad, él había visto cuántas suscripciones había conseguido Edwina. El número se había vuelto a reimprimir, había visto un ejemplar en una librería cercana, y los textos patrióticos y los nuevos reportajes sobre moda casi seguro que atraerían a más suscriptores. Tony estaba convencido de que Edwina ganaría la apuesta.

¿Y luego qué? ¿Querría echarle fuera del negocio y de su vida por completo? ¿O le dejaría entrar de nuevo a su vida, a su cama? No podía olvidar lo que había pasado entre ellos bajo las sábanas, la pasión y el deseo (¿y el amor?) que los había arrastrado como un maremoto. No era una experiencia fácil de olvidar. ¿Habría sido igual de trascendental para ella?

Por ello, debía encontrar la forma de hacer las cosas bien entre ellos. Tan bien como se pudiera.

—Perdón, señor.

Anthony alzó la mirada del periódico que no estaba leyendo.

—¿Qué ocurre, Brinkley?

—Ha llegado un paquete para usted, señor. —Sostenía en las manos una

pequeña caja cuadrada envuelta con un papel marrón y rodeada por una cuerda—. ¿Lo dejo aquí?

—Sí, póngalo ahí mismo. ¿Sabe quién lo envía?

—No, señor. Lo han enviado por mensajería especial.

—Está bien. Gracias, Brinkley. —Su tono ofrecía la retirada, retirada a la que Brinkley se oponía, a juzgar por la rigidez repentina de su espalda y el repiqueteo de sus tacones al hacer una rápida reverencia. Sin la menor duda, quería ver el contenido de la caja.

Una vez que Brinkley abandonó la estancia, Anthony cogió un abrecartas para romper la cuerda y poder quitar el envoltorio. No estaba seguro de qué esperaba que hubiera dentro, si es que esperaba algo, pero desde luego no lo que encontró al abrir la caja.

La Minerva estaba envuelta por un fino tejido protector.

Oh, Dios mío.

Anthony la sacó con los dedos que, extrañamente, no paraban de temblar. Había una nota. Por supuesto que había una nota. Estaba bien doblada bajo la base cuadrada sobre la que reposaba la pequeña cabeza de bronce. No necesitaba leerla. Sabía qué decía. Sostuvo la nota entre sus manos durante un largo momento antes de tener el valor de abrirla.

Anthony:

He decidido cederle nuestra apuesta con antelación. No porque crea que no pueda ganar. La he dado por terminada porque no quiero la revista. Ya no tiene ninguna importancia para mí. He encontrado maneras más útiles y que merecen más la pena a las que dedicar mi tiempo. Por ello, le estoy devolviendo la Minerva como parte de nuestro trato. Me he dado cuenta de que ahora soy incapaz de seguir siendo la editora de El gabinete. Creo que sería imprudente hacerlo y me atrevo a revelarle que no desearía que me pidiese que siguiera involucrada. Me gustaría dejar la revista por completo a finales de mes para así poder terminar de confeccionar el siguiente número. Después de eso, tendrá que buscar a un nuevo editor.

Siempre suya,
Edwina Parrish

Anthony tiró la nota y se llevó una mano a la sien para presionarla. Maldición, ¿qué había hecho Edwina? No podía dejar El gabinete. ¿Cómo había podido ni siquiera pensar en hacerlo? Representaba el orgullo de su vida, el centro de todas sus pasiones. ¿Qué podría merecerle más la pena que la revista?

Una miríada de conversaciones le asaltó la memoria. Cómo había llegado Edwina a la revista. Cómo había cambiado silenciosamente la dirección de la revista para convertirla en algo más que un entretenimiento frívolo. Cómo había reclutado a colaboradores de renombre. Cómo quería marcar la diferencia en la vida de sus lectoras. Lo orgullosa que se sentía de su trabajo. Lo importante que era para ella.

¿Estaba preparada para echar a perder todo eso?

Tony cogió la Minerva y, de manera inconsciente, deslizó los dedos sobre los suaves cantos dorados, donde se había desgastado hasta que había aparecido el suave bronce pulido. Era él el que le había hecho esto a Edwina. Ella estaba preparada para dejar atrás todo el trabajo que había definido su vida entera a causa de unas crueles acusaciones que él le había hecho en un momento de enfado repentino.

Aquella mujer se había puesto de pie delante de él, preciosa, envuelta en una sábana, y había defendido sus acciones, refutando la acusación de Anthony acerca de sus principios. Él había asumido las palabras que había pronunciado. Al menos, no le había puesto la mano encima.

Se había equivocado.

Esas palabras le habían llegado al alma a Edwina. ¿Sería ese el motivo por el cual iba a dejar de lado la revista?

Bueno, no podía permitir que hiciera eso. La amaba demasiado (ni el engaño había conseguido cambiar eso), como para dejar que lo hiciera. Era impensable. Moriría su espíritu. Debía seguir con El gabinete. Edwina era El gabinete.

Anthony no quería la maldita revista. Era de ella. Su intención era que Edwina la tuviera. La apuesta solo era un juego para alimentar la competitividad entre ellos. Estaba dispuesto a entregársela sin más, pero ella era tan orgullosa que no la aceptaría.

Sin embargo, no era demasiado tarde para que ganara la revista de forma justa y decente. Si ganaba, seguramente que no se alejaría de ella. Aún quedaban dos semanas para que acabase la apuesta. Quizá podría

simplemente ignorar la concesión que le había hecho y ver qué podía hacer para asegurar la victoria de Edwina.

—¿Has visto esto, Edwina?

Prudence sostenía entre las manos una copia de Crónicas matinales y señaló el anuncio que aparecía en la parte superior de la portada, al lado de los anuncios de los nuevos libros publicados. Edwina pestañeó al ver el nombre de su propia publicación en el anuncio.

El editor de El gabinete de las damas de moda quiere resaltar las recientes mejoras en los reportajes sobre la moda actual, todo ello acompañado por unas excelentes imágenes coloreadas sacadas de la moda de las calles realizadas por el señor Lionel Raisbeck, R.A. En honor a esas mejoras y para conmemorar la reciente paz, al editor le complace anunciar que de las suscripciones que se lleven a cabo a lo largo de estas dos próximas semanas, todas las cuotas de suscripción serán donadas a la Sociedad Benéfica de Londres para las Viudas y los Huérfanos de Guerra. El editor espera que todas las damas a la moda con un alma caritativa se suscriban.

Edwina miró a Prudence, que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ves? —dijo ella—. Está intentando ayudarte a ganar.

—Demasiado tarde. Me he dado por vencida.

Prudence se quedó boquiabierta.

—¿Qué has hecho qué?

—Me he dado por vencida. No queda ninguna esperanza de ganar.

—Pero sí que la hay. Mira lo que ha hecho. —Prudence apuntó con el dedo el anuncio.

—Ni esto podrá reunir seiscientas suscripciones más en menos de dos semanas. No importa, Pru. He decidido que no quiero El gabinete.

—¿Qué? No puedes estar hablando en serio.

—Sí. Nunca ha sido nada más que un poco de luz para el entretenimiento con algunos mensajes sutiles enterrados en sus páginas. Esos mensajes nunca llegarán a un número suficiente de lectoras como para marcar la diferencia. Mientras tanto, hay personas hambrientas a menos de un

kilómetro de distancia de aquí. El gabinete no las está ayudando.

Prudence frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado, Edwina? Siempre has admitido que El gabinete no era un verdadero foro político, sino un vehículo para todos esos mensajes sutiles. No soy capaz de recordar el número de veces que me has dicho que incluso su pequeño alcance era muy importante y lo orgullosa que estabas de formar parte de ello. ¿Y ahora estás diciendo que ya no te importa? ¿Que te retiras de la apuesta?

—Sí, lo he hecho. Ya le he mandado la Minerva como prueba de ello.

—¡No lo habrás hecho!

Edwina se encogió de hombros.

—Y he renunciado como editora. He decidido buscar otras formas para marcar la diferencia. Además, después de nuestra pelea (una palabra inadecuada para lo que ocurrió), Anthony ni siquiera querrá volver a verme. Incluso me he atrevido a decirle que sería incómodo para ambos si yo siguiese al cargo.

Prudence apoyó las dos palmas de las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Siempre has sido una inspiración para mí, Edwina. Te he respetado, admirado, incluso envidiado. Pero ¿cómo voy a seguir haciéndolo si te comportas como una tonta?

—Pru, yo...

—Sí, el señor Morehouse estaba enfadado, y con razón. Y sí, puede que haya dicho cosas que te hayan herido. Pero este anuncio demuestra que le sigues importando. Quiere que ganes. Te ama.

¡Señor, cómo le hubiera gustado poder creer las palabras de Prudence! Había intentado desesperadamente sobreponerse a sus sentimientos por Anthony. Había intentado convencerse de que no lo amaba. No quería amarlo. Pensaba que había conseguido arrancarlo de su cuerpo, que lo había superado, que podía borrarlo de su mente.

Pero había sido imposible conseguirlo. Algunas veces, cuando cerraba los ojos, aún podía sentir la boca de Anthony sobre la suya, sus manos sobre su piel, podía oler su esencia masculina de almizcle, podía sentir los fuertes músculos de su espalda, sus hombros y sus piernas, podía oír los sonidos procedentes de su deseo.

Era algo muy difícil de olvidar.

—Como sabes, Nicholas mantuvo una conversación con él.

Edwina gruñó.

—No, no lo sabía. ¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo. Se sentía muy mal por la confusión surgida con el panfleto. Decía que era por su culpa y fue a ver al señor Morehouse para decírselo.

—Maldición. Me hubiera gustado que se hubiera mantenido al margen de todo esto. Lo único que ha conseguido es complicar más las cosas. Anthony pensará que lo he enviado yo para que hablara con él.

—No seas tonta —dijo Prudence—. El señor Morehouse sabe que eres demasiado orgullosa como para hacer tal cosa. Pero, por favor, Edwina, no permitas que un error arruine el amor que existe entre vosotros. Acepta la paz que te envía a través del anuncio. Acepta sus disculpas implícitas y dale la oportunidad de que acepte las tuyas.

Y en ese momento, Nicholas irrumpió en la estancia.

—No te vas a creer esto —dijo, y lanzó sobre el escritorio un ejemplar del Times.

—Mi querido hijo, ¿te has vuelto loco?

—Es posible, madre, pero complázcame, por favor. Ya ha hecho docenas de esas pequeñas coronas de Navidad con anterioridad. Solo por esta vez, serán coronas de paz.

—Pero Anthony, ¿quinientas?

—Sé que es mucho, pero he traído toda la cinta necesaria, cientos de metros de cinta. Y tengo a ayudantes para usted. Todo lo que tiene que hacer es enseñarles cómo se tejen las coronas y habilitarles un lugar para trabajar. De momento, las he llevado al comedor del desayuno.

—¿Ayudantes? ¿En el comedor del desayuno?

—Sí. Como ve, he pensado en todo. Entonces, ¿lo hará, madre? ¿Por favor?

—Quinientas coronas de paz para regalar con la suscripción de la revista. Será un proyecto formidable. —Lady Morehouse sonrió y se puso de pie—. Nunca he podido negarte nada, como bien sabes. Lo haré. Solo espero que te reporte lo que quieres.

—No le he dicho lo que quiero.

—Es fácil de adivinar. De acuerdo, hijo mío. Empecemos.

Anthony la condujo escaleras abajo hacia el comedor del desayuno, pero se detuvieron ante un gran estruendo que solo podía provenir de sir

Frederick, quien estaba enfadado.

—¡Octavia!

Doblaron la esquina y se encontraron con el padre de Anthony, colorado y echando humo. Su esposa se acercó a él.

—¿Qué ocurre, querido?

—¿Qué demonios están haciendo seis alcahuetas en mi comedor del desayuno?



Prudence daba vueltas al escritorio mientras Edwina contaba la gran cantidad de suscripciones que había llegado.

—Cuatrocientas diecisiete.

—¡Qué bien! —exclamó Prudence—. En solo una semana. Esos anuncios han funcionado. Vas a ganar la apuesta, Edwina.

—Pero ya la he dado por perdida.

—Bueno, puedes simplemente anular la concesión tan pronto como alcancemos la cifra establecida. Imagínate, Edwina. El gabinete será tuyo. Todo tuyo. ¿Alguna vez pensaste que esto podría ocurrir?

Hacía una semana, Edwina había decidido que ya no le importaba si lo conseguía o no. Estaba completamente convencida de que prefería emplear todas sus energías actuando más directamente, como lo hacía la señora Jakes en Saint Giles. Pero llevaba El gabinete en la sangre. Suponía que, según se fuera acercando el número de suscripciones a lo establecido en la apuesta, se daría más cuenta de lo sumamente difícil que sería renunciar a él. Y ahora parecía que existía una verdadera oportunidad para que ganase, para que la revista fuera suya finalmente.

—Antes de que tío Victor la perdiera en un juego de cartas —dijo Edwina—, nunca esperé que pudiera llegar el día en que fuera mía. Desde entonces, desde la apuesta con Anthony, he soñado con ello. Oh, cuánto lo he deseado. Pero para serte franca, Pru, nunca pensé que lo pudiéramos lograr.

—Y no lo hubiéramos podido hacer sin la ayuda del señor Morehouse. De verdad que ha hecho todo lo posible por perder su propia apuesta. Es algo extraño viniendo de un jugador nato, ¿no?

—Sé que eres una gran defensora de Anthony, Pru. Pero no esperes demasiado. Sé que albergas esperanzas románticas acerca de nosotros dos, pero sencillamente eso no va a ocurrir. Puede que Anthony haya querido perder deliberadamente la apuesta solo porque de verdad no quiera la revista. Nunca la quiso, acuérdate. Pensaba que era un mueble.

Prudence se rió.

—Pero ha trabajado muy duro para que tuviera éxito. Trajo a Flora, permitió que contrataras al señor Raisbeck para las imágenes y al señor

Jarvis para los grabados. Y a las damas de Crimson, por supuesto. Y ahora los anuncios. Puedes ver los resultados de sus esfuerzos aquí mismo, sobre tu escritorio. —Prudence señaló hacia la pila de suscripciones—. Y lo ha hecho todo por ti.

—No sé qué pensar, Pru.

No tenía ningún sentido que Anthony hubiera hecho eso por ella. Ella había traicionado su confianza, pensaba que de manera irrevocable, y le había enviado la Minerva como prueba de concesión. A pesar de lo que le dictaba el corazón, estaba casi segura de que lo que fuera que había comenzado entre ellos dos había acabado. No pensaba que Anthony fuera capaz de perdonarla.

Entonces, ¿por qué estaba haciendo todo esto? ¿Por qué había publicado esos anuncios? Si lo había hecho por ella, ¿qué significaba?

Edwina cruzó las manos y apoyó la barbilla sobre ellas.

—Para serte sincera, Pru —dijo Edwina—, nunca había estado tan confundida.

—¿Lo amas?

—Probablemente.

—¿Crees que él te ama a ti?

—Creo que así era hasta que descubrió la verdad. Pienso que desde entonces debe odiarme. Si hubieras podido escuchar las cosas que me dijo, lo entenderías.

—Pero no te odia. Nicholas me lo ha dicho.

—¿Qué?

—Cuando Nicholas fue a hablar con él, el señor Morehouse dijo que no te odiaba. Estaba enfadado y decepcionado. Pero no te odia.

—Bueno, creo que algo es algo.

—¡Claro que sí! Eso significa que aún hay esperanzas para la reconciliación. Esperanzas para el futuro.

—Eres como Simon, querida. Siempre soñando con el romanticismo.

—Los sueños de Simon se han hecho realidad.

Edwina sonrió.

—Sí, es cierto.

—¿No tienes sueños, Edwina?

Se encogió de hombros.

—Dejé de creer que los sueños podían cumplirse hace mucho tiempo. Pero debo confesar que... había deseado... —Se mostraba reacia a definir con

palabras lo que realmente había soñado. Lo que había deseado y querido su corazón después de que Anthony le hiciera el amor de aquella forma tan tierna. Había hecho un esfuerzo, un esfuerzo hercúleo, para que todas esas esperanzas y sueños se desvanecieran, desaparecieran de su cabeza.

—¿Qué has deseado? —preguntó Prudence—. Cuéntamelo.

Edwina exhaló un suspiro profundo.

—Solo había deseado... que él pudiera amarme. Me hizo sentir tan viva, tan plena de nuevo.

—Entonces debes estarle agradecida, fuera lo que fuera lo que ocurrió. Siempre he pensado que tu dolor ha sido como una armadura que usabas para mantenerte alejada de la vida. Esta es la primera vez desde que te conozco que has dejado que un hombre se acercara a ti. Una mujer tan hermosa como tú podría haber tenido a cualquier hombre, por lo que nunca he entendido por qué no permitías que se te acercaran. Si tuviera a un hombre como él interesado en mí...

Prudence se ruborizó y sacudió la cabeza.

—Si hubieras estado en Francia, Pru, sabrías por qué soy como soy.

—Es absurdo.

Edwina enarcó una ceja.

—¿Perdón?

—Otras personas también estuvieron en Francia. Otras personas sufrieron grandes pérdidas. Se perdieron familias enteras. Pero los que se quedaron, sobrevivieron. Continuaron con sus vidas. Construyeron nuevas vidas.

—Yo también lo hice.

—Sí, pero cerraste la mejor parte de ti. Cerraste tu corazón. Y esa es la verdadera tragedia de tu época de Francia.

—He tratado de abrir mi corazón hace muy poco y se hizo pedazos en mi pecho.

—Oh, Edwina. Estoy tan contenta de oírte decir eso.

—¿Que hayan roto mi corazón?

—Que lo abriste lo suficiente como para permitirle al señor Morehouse entrar un poco. No lo vuelvas a cerrar. Anthony está intentando repararlo de verdad.

Edwina se rió.

—Claro está que está haciendo algo. Tendré que esperar a ver de qué se trata.

—¿Señorita Parrish? —Lucy asomó la cabeza por la puerta—. Hay una señora que quiere verla. La señora Westover.

—¡Eleanor! Hazla pasar.

Eleanor irrumpió alegremente con los ojos brillantes y felices. Llevaba puesto un vestido de corte redondo de muselina azul claro, de manga corta, con un cordón de doble trenzado alrededor del cuello y un chal de cachemira bordado en tonos rojos y azules. Edwina sonrió, ya que ahora podía reconocer ese tipo de detalles.

—¿Así que aquí es donde se reúne El gabinete?

—Eleanor, qué placer que hayas venido. Esta es mi amiga Prudence Armitage. Es nuestra ayudante de dirección. Pru, esta es la esposa de Simon, Eleanor Westover.

—Es un placer conocerla, señorita Armitage. Pero me temo que tengo que llevarme a Edwina durante un rato.

—¿Llevarme? ¿Adónde?

—Coge tu sombrero y tu chal, Edwina. Hay algo que quiero que veas. No tardaremos mucho, te lo prometo. Oh, aquí tienes la próxima columna de la Entrometida de parte de Simon. Te envía saludos.

Eleanor no aceptaba como respuesta ni objeciones ni retrasos, por lo que Edwina, intrigada, hizo lo que le pidió.

Una vez sentadas en la calesa de Eleanor, uno de los regalos de boda que Simon le había hecho, según había le revelado ella misma, Edwina se giró hacia ella.

—¿Me vas a decir por qué tanto misterio? ¿O debo esperar?

—No es ningún misterio. Se trata simplemente de un fenómeno extraordinario que pensé que deberías ver.

Edwina entrecerró los ojos mostrando cierta sospecha.

—¿Todo esto tiene algo que ver con Anthony?

Eleanor se colocó el chal.

—¿Por qué crees eso?

—Porque parece que todo el mundo quiere arreglar las cosas entre nosotros dos.

—Me he enterado de lo que ha pasado, por supuesto. —Eleanor se acercó a Edwina y tocó con un movimiento rápido su mano—. Nicholas vino a casa para buscar consuelo en Simon. Se sentía una persona horrible por todo lo que había pasado. Y, por supuesto, Simon me lo contó. Quería venir a verte y hablar contigo sobre ello, ofrecerte el mismo apoyo que me ofreciste tú

cuando Simon salió de mi vida. Pero cuando hoy estaba dando un paseo con la madre de Simon por el parque, vi algo que me hizo darme cuenta de que no podía esperar más para hablar contigo.

—¿Anthony estaba en Hyde Park?

—Sí.

Le dio un pequeño vuelco el corazón.

—¿Con otra persona?

—No exactamente. O, por lo menos, no de la forma a la que te refieres. Ahora lo verás. Ah, ya hemos llegado a las puertas. Despacio, por favor, Hibbert, y deténgase al borde del camino.

—¿Por qué nos paramos? No veo a Anthony.

—Pensaba que no querrías que te viera por el momento, así que no nos acercaremos más. ¿Ves ese pequeño grupo de damas allí, cerca de la Serpentina?¹

¹ La Serpentina es el nombre que recibe un lago de recreo en Hyde Park, en Londres, creado en 1730.

—Sí, pero no puedo ver... Oh, espera. ¿Eso es, eso es...? ¿Qué está haciendo?

Eleanor se rió.

—Creo, querida, que has encontrado a un verdadero empresario. O eso, o que te ama hasta el punto de la idiotez. Ha colocado una mesa y está pidiendo suscripciones para El gabinete.

—¿Es una broma?

—No, querida. Fue él mismo el que se puso en medio de Hyde Park a la hora de moda para pasear y está vendiendo suscripciones.

Edwina se rió por la incertidumbre.

—Y, entonces, ¿por qué no me lo creo?

—Si me lo permites, iré caminando hasta allí y veré el lugar justo donde está haciéndolo. Luego, podré informarte. Pero tú tienes que quedarte aquí, fuera del alcance de su vista, si te parece bien.

—Oh, sí, claro, adelante, por favor. Me muero por saber qué se trae entre manos.

—Entonces, espera aquí. Ahora mismo vuelvo.

El cochero ayudó a Eleanor a bajar de la calesa y esta emprendió el largo y recto camino hacia la mesa en la que Anthony había establecido el punto de venta. Edwina observaba a Eleanor acercarse. Había algunas otras mujeres apiñadas alrededor de la mesa. Vio a Eleanor hablar con Anthony. Él le entregó algo que se asemejaba a una flor, pero Edwina no podía estar

segura debido a la distancia. Eleanor le tendió la mano a Anthony y este la besó mientras dirigía su mirada fugaz hacia la dirección en la que se encontraba Edwina. Luego, volvió a ocuparse de lo que estaba haciendo.

¿La había visto? ¿Le había dicho Eleanor algo que le permitiera saber que ella estaba allí?

El camino de vuelta a la calesa le pareció el doble de largo que el de ida. Edwina estaba nerviosa y sentía un nudo en el estómago por el tiempo que estaba tardando Eleanor en volver.

—¿Y bien?

Eleanor sonrió y le ofreció una corona hecha con cintas rojas, blancas y azules con un arco rojo en la parte superior y un alfiler colocado en la parte posterior. Era preciosa, pero...

—¿Qué es esto?

—Es una corona de paz. Anthony tiene quinientas. O tenía. Está entregando una a cada mujer que se inscribe en la lista de suscripciones. Es una lista muy larga.

—¿Son como el símbolo de los suscriptores? Qué idea tan inteligente.

—Y popular. Todo el mundo quiere reconocer la paz. Casi cada mujer que ha pasado a mi lado llevaba una. ¿Ves allí?

Pasó un carruaje con dos mujeres en su interior, las dos llevaban puesta la corona patriótica prendida en sus canesúes.

—Y eso no es todo —dijo Eleanor—. Anthony les está pidiendo que introduzcan la cuota de suscripción en un gran bote y les dice que todo el dinero de ese bote se destinará a la Sociedad Benéfica de Londres para las Viudas y los Huérfanos de Guerra. Algunas de ellas están metiendo más dinero en el bote que el correspondiente a la cuota anual de suscripción. El bote está a rebotar de billetes.

—Oh, Anthony —susurró Edwina.

—Esa es la donación que él hizo, ¿verdad?

—Sí.

—Me ha dado una corona de más para mi amiga. Me ha dicho que le dijera a esta que había recopilado más de doscientas suscripciones.

Edwina se quedó boquiabierta.

—¿Doscientas? Eleanor, solo necesitaba ciento sesenta y una para ganar la apuesta.

—Enhorabuena, querida. Creo que acabas de conseguir tu propia revista.

Él vino al día siguiente.

Ella alzó la mirada de su escritorio y lo vio de pie bajo el umbral de la puerta. Su corazón se aceleró y empezó a latir de forma indisciplinada, caótica y desordenada. Él sostenía en sus manos una caja.

—Le he traído de vuelta su Minerva —dijo él. Su voz era plana, sin ningún tipo de expresión—. Ha ganado la apuesta.

—Pero se la cedí.

—Rechazo su concesión. —Entró en la sala y posó la caja sobre el escritorio—. Usted la ganó de forma justa y decente. También he traído los documentos que debe firmar para transferirle toda la propiedad de El gabinete.

Edwina se levantó y se llevó una mano a la boca. Pensó que iba a echarse a llorar y odiaba llorar. ¡El gabinete era suyo! Un sueño que se había hecho realidad.

—No creo que haya sido todo de forma justa y decente —dijo ella—. Ha sido gracias a sus esfuerzos, y no a los míos, que el número de suscripciones se haya duplicado. A pesar de que le dije que ya no quería El gabinete.

—Decidí no creerla.

¿Cómo lo sabía? Se había engañado a sí misma durante un breve período. ¿La conocía tan bien? ¿Mejor de lo que se conocía ella a sí misma?

—Además —dijo Anthony—, solo he ayudado un poco en el último momento. El resto lo hizo usted por su cuenta. Con su extraordinario personal editorial, por supuesto.

—Pero sus últimos métodos han sido más ingeniosos. Lo de las coronas de paz ha sido una idea muy inteligente. Le agradezco todos sus esfuerzos en mi nombre.

—No solo en el suyo. Detrás de todas las nuevas suscripciones se esconde una buena causa por la que luchar.

—Su sociedad benéfica.

Anthony asintió con la cabeza. Luego, sacó del interior de su bolsillo unos documentos plegados y los dejó encima del escritorio.

—Firme esto, Edwina, y El gabinete será suyo. Mi abogado los ha redactado. Puede tomarse el tiempo que necesite para leerlos, por supuesto, y así entender exactamente qué es lo que se está llevando. Le

aconsejaría que lo hiciera. O, quizá, pueda pedirle a su abogado que los revise, pero...

Edwina acercó los documentos, introdujo la pluma en el tintero y los firmó. Luego, sin ninguna vacilación y de forma inesperada, salió de su escritorio, le rodeó con sus brazos y apoyó su cabeza sobre el hombro de Anthony.

Tony la rodeó, la envolvió entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Edwina, yo...

Ella consiguió separarse un poco del cuerpo de Anthony y le posó un dedo sobre sus labios.

—No, déjeme. Primero, quiero disculparme por utilizar sus beneficios para mis propios fines sin preguntárselo.

—Disculpas aceptadas.

—¿Así de fácil?

—Bueno, al principio estaba muy furioso. Pero mi enfado estaba relacionado con el principio moral de tal acción, no con el dinero gastado. He visto adónde se han destinado esos beneficios. La escuela en Saint Giles, por ejemplo. El hospital de la caridad en Derby. No tenía ninguna objeción con lo que estaban haciendo, sino con cómo lo estaban haciendo. Pero ahora puede hacer lo que quiera, sin necesidad de esconderle nada a nadie.

—Segundo —continuó Edwina—, quiero disculparme por no asegurarme de que Nickie hubiese eliminado los ataques hacia Cedric Quayle tan rápido como me enteré de que se trataba de su tío.

—Disculpas aceptadas. Y ya he aceptado las disculpas de su hermano. Me contó qué era lo que había pasado. Se responsabilizó de todo lo acaecido.

—Tercero, quiero disculparme por no confiar en usted. Debería haberle contado todo desde el principio.

—Disculpas aceptadas. Pero no tenía ningún motivo por el que confiar en mí después de plantearle una apuesta el primer día.

—Y cuarto... —Edwina lo miró fijamente a los ojos, intentando averiguar si estaba apunto de caer por un precipicio o de alzar el vuelo.

—¿Cuarto?

—Y cuarto, te amo, Anthony Morehouse.

Tony cerró los ojos y apoyó su frente contra la de ella.

—Oh, Edwina, no me lo merezco. Te dije cosas hirientes. Cosas horribles.

—Disculpas aceptadas.

Anthony alzó la cabeza, le levantó la barbilla y la besó. De forma dulce y

con una ternura que hizo que Edwina quisiera romper a llorar. Le besó los labios, los ojos, las sienes y la mandíbula, luego, con delicadeza la separó de él, sosteniéndole las dos manos.

—Ahora es mi turno. Tengo algunas cosas que decirte, Edwina. Estaba furioso contigo. Pensaba que me habías traicionado y eso me dolió. Pero cuando leí en tu nota que dejabas El gabinete, mi enfado se transformó en preocupación. Habían sido mis palabras las que te habían conducido a querer abandonar lo más importante en tu vida y no podía soportar tal idea. No podía soportar ver que perdías tu pasión. Como puedes ver, el enfado fue momentáneo. El amor es para siempre. Y yo también te amo, Edwina.

¿Cómo había podido pensar que nunca querría volver a escuchar esas palabras? Su corazón estalló y comenzó a latir muy rápido. No había caído por el precipicio. Había emprendido el vuelo.

—Te quiero —continuó él—. Te quiero para mí solo, como aquella noche en la que fingía que eras mi meretriz. Creo que podríamos estar bien los dos juntos, tú y yo. Te necesito para mantener los pies sobre la tierra, para templar mi naturaleza temeraria, para ayudarme a marcarme objetivos más allá de mí. Te necesito para que me enseñes a ser generoso, a no ser egoísta y a ser una persona considerada, a encontrar mi sitio en este mundo.

—Oh, Anthony.

—Y tú me necesitas para evitar ser demasiado prosaica, demasiado desinteresada, a estar demasiado contenida. Me necesitas para que te ayude a asumir algún riesgo, para ir en busca de la luna. Como yo, que ahora mismo estoy arriesgando todo al abrirte mi corazón.

Anthony apretó las manos de Edwina y se las acercó un poco más. La mujer se hubiera desplomado si él no la hubiera estado sujetando para mantenerla erguida. Sus palabras le resultaron tan bonitas, que casi dolía escucharlas.

—Nos necesitamos el uno al otro —dijo él—. Supongo que cada uno ha ido a la deriva sin el otro en direcciones opuestas y nuestras trayectorias se han disipado sin dejar rastro. Nos complementamos el uno al otro. Al menos, sé que tú me complementas a mí. Sin ti, estoy incompleto y vacío. Y no quiero vivir así. Complétame, Edwina.

Edwina no pudo contenerse más y rodeó con sus brazos el cuello de Anthony.

—Nada me haría más feliz que completarte. Para que tú me completes a mí. Te necesito, Anthony. Por todas las razones que tú ya has dicho. Te necesito: en mi vida, en mi corazón y en mi cama.

—Cómo deseaba que dijeras eso. —Edwina pudo escuchar la alegría de una sonrisa en su voz—. Quiero pasar cada noche junto a ti haciéndote el amor de forma gloriosa, trascendental, que nos deje sin aliento. Sin embargo, tengo una pregunta más.

—¿Sí?

—Edwina, eres una mujer excepcional y poco convencional y con frecuencia hemos estado enfrentados el uno al otro. Me atrevo a pedirte, porque lo deseo, que estés de acuerdo en vivir enamorada y en paz conmigo bajo un acuerdo terriblemente convencional como es el matrimonio.

Con toda certeza, Anthony pudo ver toda la alegría que iluminaba los ojos de Edwina, que la rebosaba, que la recorría por dentro, que casi la abrumaba.

—Albergo algunas dudas sobre que podamos mantener la paz entre nosotros —dijo ella—, pero apuesto a que seremos capaces de obtener un éxito de una convención tan antigua.

—Acepto la apuesta —dijo él—. Me apuesto mi vida a que así será.

Y Anthony besó a Edwina para sellar el trato.

Epílogo



Edwina se despertó con la sensación de los labios de Anthony sobre los suyos. Estaba intentando despertarla y ella le siguió en el beso.

—Hum. ¡Qué forma tan maravillosa de despertarse!

—Buenos días, señora Morehouse.

Ella sonrió.

—Esta también es una buena manera de despertarse. Me gusta cómo suena «señora Morehouse».

—Estás tan hermosa como siempre por la mañana. Estaba preocupado, ya sabes.

—¿Por qué?

—Por si tu increíble belleza no era más que una máscara hecha de cosméticos y pelucas. Uno nunca puede estar del todo seguro con esas cosas, ya sabes.

Edwina se echó a reír.

—Y ahora ya lo sabes. Eres muy apuesto sin ningún tipo de ayuda, señor Morehouse. Por la mañana. A cualquier hora.

Anthony se puso una mano sobre el pecho.

—Me has dado toda una lección de humildad, esposa.

—Fue una boda muy bonita, Anthony. Tu madre es tan agradable.

—Lloró sobre mi corbata.

—Y me gusta tu padre, a pesar del poco apoyo que ha sido para ti durante tantos años. Pensé que se iba a echar a llorar cuando le entregaste la Minerva.

—Ha sido todo un detalle por tu parte que me hayas dejado devolvérsela. Después de todo, había sido suya. Fue quien la desenterró. Fue un error por mi parte el usarla como premio de una apuesta hace tantos años.

—Y así, ahora ha vuelto al lugar al que le corresponde.

—Eso es. Y entonces, mi amor, ¿estás preparada para nuestro viaje de bodas?

—Casi. Me quedan algunas cosas por empaquetar.

—¿Estás segura de querer volver a París? ¿No te traerá malos recuerdos?

—Es probable. Pero tú me ayudarás a borrarlos. Además, es la primera vez que se puede viajar a París en años. De hecho, desde que yo estuve allí. Me

interesa ver cuáles son las reformas que ha introducido Bonaparte. Y quizá... me da mucha vergüenza decir esto.

—¿El qué?

—Quizá pueda comprar algunas cosas. Mi armario no está por desgracia muy a la moda. Odiaría parecer una persona poco elegante al lado de un marido que va tan a la moda.

Anthony le pasó el dedo por un pecho, estimulando al pezón para que se endureciese.

—Me gusta lo que llevas ahora. Está muy bien.

A Edwina le recorrió un pequeño escalofrío por el cuerpo y cerró los ojos.

—Será extraño estar lejos durante tanto tiempo.

—¿Estás preocupada por la revista?

—Me temo que sí. Estoy un poco inquieta por dejar a Prudence a cargo de todo los próximos meses.

—Nicholas estará aquí para ayudarla.

—Esa es una de las cosas que me angustian. Pero no importa. Voy a apartar todo eso de mi cabeza mientras disfruto de un viaje de bodas completo y vertiginoso junto a mi apuesto y recentísimo marido.

—¿Has dicho vertiginoso?

—Salvaje, descontrolado, una lujuria desenfrenada.

—¡Ja! Sabía que eras una mujer moderna. Ven aquí.

Anthony se puso encima de ella y comenzaron el primer día de su matrimonio con una promesa ardiente para el futuro.

Nota de la autora



Cuando Edwina aceptó el desafío de aumentar el número de suscripciones de la revista a cuatro mil, algunos lectores pueden haberse preguntado por qué una cantidad tan pequeña como esta suponía un problema. De hecho, era un gran problema.

Las publicaciones periódicas a finales del siglo xviii y principios del siglo xix no tenían la distribución de cientos de miles de ejemplares que cabe esperar hoy en día. La publicación más popular y con una mayor distribución de aquella época era *Gentleman's Magazine* (La revista del caballero), que tenía alrededor de diez mil suscripciones, cifra que superaba con creces las de otras publicaciones de la época. Una publicación mensual típica imprimía unos dos mil quinientos ejemplares y, normalmente, esas revistas no incluían ilustraciones ni imágenes a color. La *Gallery of Fashion* (La galería de la moda) de Heideloff, la revista más cara y exclusiva de las primeras publicaciones sobre moda, tenía una lista de suscripciones anuales solo de cuatrocientas.

Dar a *El gabinete de las damas de moda* la cifra inicial de circulación de dos mil y una cifra final de cuatro mil está, de hecho, al límite de la credibilidad. Es más probable que una revista como esta tuviera una suscripción anual cerca de mil ejemplares. Pero me he tomado un poco de libertad literaria para establecer dicha cantidad ligeramente por encima por el bien de la sensibilidad del siglo xxi.

A excepción de *El gabinete de las damas de moda*, todas las demás publicaciones periódicas mencionadas en este libro existían en 1801. Las posturas políticas y sociales que estaban a la orden del día y que se escondían detrás de *Lady's Monthly Museum* (El museo mensual de las damas) son verídicas, tal y como se describen.

La paz preliminar entre Inglaterra y Francia, el tratado de Londres, se firmó el 1 de octubre de 1801. Era el prelude del tratado más formal, el tratado de Amiens, que se firmó el 25 de marzo de 1802. Duró menos de un año. La guerra entre Inglaterra y Francia se reanudó en mayo de 1803 y se prolongó hasta la batalla de Waterloo en junio de 1815.



*Candice
Fern*

*El caballero
y las damas*

Hern es una de las grandes de la novela romántica,
a la altura de Suzanne Enoch, Lisa Kleypas o Julia Quinn.

El caballero y las damas

Candice Hern

Traducción de Eva Sancho González



Libros publicados de Candice Hern

LAS VIUDAS ALEGRES

1. En la pasión de la noche
2. Tan solo una aventura
3. Déjate llevar

EL GABINETE DE LAS DAMAS

1. El soñador y las damas
2. El truhán y las damas
3. El caballero y las damas

Título original: Once a Gentleman

Primera edición

© Candice Hern, 2004

Ilustración de portada: © Judy York via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2012, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-103-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A Sherrie Holmes, por inspirarme ciertos aspectos del personaje de Pru. Sherrie sabrá a qué me refiero. Los demás, tendréis que adivinarlo.



Abril de 1802

—Tendría que haberme imaginado que te encontraría aquí.

Prudence Armitage alzó la mirada al oír aquella voz tan familiar. La cálida sonrisa que le daba la bienvenida desataba el latido de su corazón de manera involuntaria e incontrolable. Hacía más de cuatro años que conocía a Nicholas Parrish y su sola sonrisa aún podía hacer que le temblaran las rodillas. Por fortuna, en ese momento estaba sentada y no corría peligro de sufrir un embarazoso desfallecimiento.

De inmediato, se quitó los anteojos y los metió en el bolsillo de su falda.

—Has estado trabajando hasta tarde casi todas las noches —observó él—. Deberías irte a casa antes de acabar rendida, Pru. ¿En qué estás trabajando?

Ella se aclaró la garganta. Por lo general era muy tímida, pero con Nicholas lo era de una manera casi dolorosa. Sobre todo cuando estaba a solas con él, cosa que había sucedido con demasiada frecuencia en los últimos meses.

—Estoy editando el último ensayo de Mary Hays sobre mujeres ilustres de la historia —respondió.

Estaba previsto que el ensayo fuera publicado en el siguiente número de El gabinete de las damas de moda, una revista mensual muy popular de la que Pru estaba temporalmente al mando.

—Editar esa prosa tan florida es un trabajo que no envidio —admitió Nicholas—. Lo estás cortando, ¿verdad?

—Solo un poco —sonrió Pru—. Edwina me advirtió que últimamente Mary está muy susceptible con cualquier cambio que se realice en su trabajo. Aunque de algún modo tengo que cortar media columna; si no de aquí, de cualquier otra parte.

Dando un paso, entró en la habitación y avanzó hasta detenerse junto al escritorio para inspeccionar los diversos artículos, cartas y ensayos esparcidos sobre él.

—Puedes cortar todo lo que creas conveniente del artículo de Augusta. Te prometo que no me sentiré ofendido —le propuso con una sonrisa que marcaba las líneas de expresión alrededor de sus centelleantes ojos negros.

Nicholas escribía ensayos históricos y biografías bajo el seudónimo de

Augusta Histórica. Sin embargo, para Pru, su prosa, como todo lo demás en él, era casi perfecta y jamás habría pensado en modificarla.

—Tu ensayo de este mes es muy bueno. Preferiría cortar el de Mary antes que el tuyo —dijo apartando la mirada, avergonzada de que él pudiera encontrar sus palabras excesivamente obsequiosas.

—Vas a hacer que me sonroje, querida. Estoy seguro de que encontrarás la forma de solucionarlo. Siempre lo haces. Por eso Edwina te ha dejado al mando durante su ausencia. Tú eres la única que podría mantener todo esto a flote —dijo haciendo un amplio movimiento para señalar la habitación que hacía las veces de despacho para El gabinete de las damas de moda—. Ya sabes que puedes contar conmigo si necesitas ayuda. No me gusta verte aquí tantas horas.

—Edwina también lo hace.

—Desde que asumió el puesto de editora hace ya cinco años, mi hermana ha estado obsesionada con la revista. Era toda su vida hasta hace bien poco. Pero creo que el hecho de que se haya permitido viajar a Francia en su luna de miel es muy buen signo, ¿no te parece?

—Sí, claro.

Pru había temido que su testaruda amiga hubiera cerrado con llave su corazón para toda la eternidad. Por eso le llenó de ilusión cuando Edwina le confesó que estaba enamorada de Anthony Morehouse y finalmente se casó con él.

Nicholas alzó la cadera y se sentó en el borde del escritorio. El tejido de sus pantalones bombachos hasta la rodilla se ceñía contra un largo y bien definido muslo. Pru apartó la mirada. Se moriría de vergüenza si él se percatara de la facilidad con que su cercanía podía turbarla.

—Debo decir que me alegro de que Edwina y Morehouse se hayan escapado a París en el momento justo en que se han levantado las restricciones —dijo él—. Sé que detesta dejar la revista durante tanto tiempo, pero necesitaba darse un respiro, tener algo más en su vida. Al igual que tú, querida.

Alargó la mano y le dio una palmadita en la barbilla. Dios, ¡cuánto deseaba que no hiciera eso!

—Han sido ya bastantes las noches que he visto arder las velas aquí hasta bien tarde —le dijo.

Prudence se preguntó si estaría preocupado por el número de velas que consumía semanalmente. Las dependencias de la revista, las pocas que

tenía, estaban situadas en el sótano de la casa que Nicholas compartía desde hacía tiempo con su hermana. Las velas suponían un gasto mínimo, pero era consciente de las circunstancias. Debería haber sido más considerada. A partir del día siguiente traería sus propias velas.

—Siento quedarme hasta tarde otra vez —se disculpó—, pero deseo hacer un buen trabajo mientras Edwina permanezca fuera. No quiero que tenga que preocuparse por nada; debería estar disfrutando. Gracias a Dios, es muy organizada.

—En extremo.

—Así es fácil saber qué debe hacerse en cada momento. Intentaré marcharme en una hora. Entonces tendrás la casa para ti solo.

A menudo Prudence solía trabajar hasta tarde con Edwina, pero nunca hasta tan tarde como lo estaba haciendo desde que estaba al cargo. Se preguntaba si su presencia en aquella casa resultaría incómoda para Nicholas. Aunque le doliera pensarlo, ¿y si quisiera traer a alguien a casa? Por ejemplo, ¿una mujer? Una solterona bien educada como ella no debería estar al tanto de esas cuestiones, pero tenía cinco hermanos y no era estúpida. Sin embargo, en lo que se refería a Nicholas, prefería no estar al tanto de tales aspectos de su vida.

—No te marches por mí. Voy a salir esta noche —respondió él.

Lo había supuesto por su vestimenta. Llevaba pantalones bombachos de satén hasta la rodilla, medias y camisa con chorreras. No importaba lo que llevara, él era uno de los hombres más apuestos que jamás había conocido: moreno, con el cabello y los ojos casi negros, además de una pícara sonrisa que dejaba al descubierto la más blanca de las dentaduras. De cuerpo alto y esbelto, se movía con gracia felina. Se había enamorado de Nicholas como una tonta al verlo por primera vez. Y como una colegiala de diecisiete años, en vez de una solterona de veintisiete, seguía albergando unos ridículos sentimientos hacia él.

Ridículos porque Prudence no era el tipo de mujer que atrajese a un hombre como Nicholas Parrish. Si no fuera porque llevaban trabajando juntos muchos años, él jamás le hubiera dedicado una segunda mirada, es posible que ni una. A su lado ella resultaba insignificante y anodina. Como un poni gris al lado de un semental de pelo negro y brillante. Jamás podría imaginarse una pareja más dispar.

—Y te diré algo más, Pru. —Se inclinó hacia ella haciéndole un guiño de

complicidad—. Tengo intención de que sea una gran noche: buena comida, buen vino, buen juego y quizá..., solo quizá, un poco de juerga. Oh, querida, ¡estás sonrojándote! Sé que no debería contar tales cosas a una dama decente —dijo incorporándose mientras se sacudía los faldones del chaqué—, pero eres comprensiva y una buena amiga. Sé que no te importa.

—No, no me importa —mintió. Estaba bastante acostumbrada a que Nicholas la tratase como a una hermana o como a uno de sus camaradas. No obstante, eso no significaba que le gustara. Tampoco era culpa de él. Prudence estaba acostumbrada a que los hombres olvidaran que ella era una mujer. Vivía en una casa llena de hombres que lo olvidaban todo el tiempo.

—Entonces, me marcho —se despidió Nicholas—. ¿Estarás bien?

—Sí, por supuesto.

—¿Estás segura de que no prefieres terminar ahora y que te acompañe a casa?

—No, gracias, Nicholas. Si no te importa, quiero seguir trabajando en este ensayo. Es fácil encontrar un coche de caballos cerca de la plaza a la hora que sea.

—Entonces te dejo con tus cambios. Pero no trabajes hasta muy tarde, querida. Se te ve cansada, demacrada.

Y con una sonrisa fugaz, se fue.

Prudence sostuvo la cabeza entre los brazos. Tenía un aspecto demacrado, ¿verdad? ¡Qué humillante que él lo hubiera notado! No es que habitualmente luciera mejor aspecto. Así que, en aquel momento, debería parecer un adefesio incluso sin los anteojos puestos.

Se sentía cansada. Había estado trabajando mucho y muy duro en la revista. Francamente, le sorprendía lo mucho que Edwina había hecho para conseguir que siguiera marchando sobre ruedas. Estaba decidida a demostrarle a su amiga que no se había equivocado al confiar en ella. Su trabajo en El gabinete de las damas de moda era la única cosa de la que Prudence estaba orgullosa en su vida. No tenía la suerte de gozar de mucha confianza en sí misma. Era menuda, tímida y poco agraciada, una solterona sin porvenir. Pero la confianza de Edwina, Nicholas y los demás de la revista suscitaba en su interior cierto sentido del orgullo que nunca antes había experimentado. Tenía un ávido deseo de estar a la altura de las expectativas. Estaba decidida a hacer un buen trabajo como editora jefe, un trabajo extraordinario.

La primera toma de contacto de Pru con la revista se produjo por la entrega ocasional de artículos. Le habían impresionado la calidad de los escritos y la sutil perspectiva republicana de la publicación. Y, más aún, su actitud hacia las mujeres. Siendo una jovencita había descubierto la obra de Mary Wollstonecraft y compartía su ideología en lo referente al papel de las mujeres, la necesidad de que tomaran las riendas de su propia vida y fueran responsables de su destino. Cuando reconoció indicios de esa ideología en una revista que había considerado un mero entretenimiento frívolo, sintió curiosidad. Sus artículos siempre eran bien recibidos y, con el tiempo, Edwina quiso algo más de ella y le propuso formar parte del equipo ofreciéndole un puesto más formal como ayudante de edición, cargo que Prudence aceptó encantada.

Estaba al cargo de algunos de los aspectos comerciales de la publicación. Creía que poseía todos los conocimientos necesarios para publicar una revista mensual. Sin embargo, rápidamente se percató de lo poco que sabía en realidad de todo lo que Edwina había hecho para lograr que el negocio funcionara, especialmente durante los últimos seis meses, en los que su tirada se había duplicado.

Aun así, era muy estimulante estar al cargo. Prudence se sentía importante, valiosa. Era una experiencia emocionante.

El único inconveniente era que las oficinas estaban en la casa de Nicholas. Edwina había decidido transformar la biblioteca en un despacho y el comedor en un taller. Pru siempre había considerado la casa en Golden Square como el hogar de Edwina. Nunca se había planteado que un día su amiga podría no estar allí. Con la marcha de Edwina, Pru encontraba un tanto incómodo trabajar a solas en la casa de un caballero soltero, un caballero cuya sonrisa hacía que le flaquearan las rodillas.

Era menos violento cuando se encontraba allí Flora Gallagher, la editora de moda, o incluso las damas de Crimson, las prostitutas que Flora había contratado para colorear los figurines y grabados de cada número mensual. El ruido y trajín de su compañía hacían la atmósfera mucho más cómoda que cuando Pru estaba sola en la casa de Nicholas.

Sin embargo, esa inquietud parecía ser solo cosa de ella. Nicholas nunca había mostrado el menor signo de incomodidad. Lo más probable es que ni siquiera notara su presencia.

No, eso no era justo. Él no era como sus hermanos. Él siempre era un

caballero y la trataba como a una buena amiga. Lo único que violentaba la situación era su estúpido enamoramiento y, puesto que ella jamás se lo había confesado a nadie, todo su desasosiego continuaría siendo una cuestión privada.

Era idiota. En lugar de refugiarse en un amor infantil e imposible debía aceptar la sincera amistad que Nicholas le ofrecía y alegrarse por ello. Tendría que ser la última mujer sobre la faz de la Tierra para poder esperar algo más de él, dado el caso.

Un enorme bostezo le recordó que aún tenía un montón de trabajo por hacer. Carecía de sentido que una mujer de su edad perdiese el tiempo fantaseando sobre tales cuestiones. Extendió los brazos hacia el techo y los lados, estirando la espalda y los hombros. Después volvió a ponerse los anteojos y se dispuso a proseguir con el ensayo de Mary Hays, esforzándose por sacar de su cabeza cualquier pensamiento relacionado con Nicholas.

Los golpes lo despertaron de inmediato. Nick acababa de meterse en la cama tras una larga noche de juerga con los amigos. Había llegado bastante tarde, o bastante temprano, según se mirara. Lucy, la asistente a tiempo parcial, no vendría hasta mediodía y, puesto que no había más servicio en la casa, le correspondía a Nick ocuparse de quienquiera que estuviese aporreando su puerta.

Salió de la cama, alcanzó los pantalones bombachos que había dejado tirados encima de una silla y se los puso. Agarró una camisa que se fue abotonando a medida que bajaba brincando las escaleras. El reloj de la entrada todavía no marcaba las siete. ¿Quién demonios estaba armando tanto jaleo a una hora tan infame?

Nick abrió la puerta para encontrarse con un caballero de mediana edad con el pelo rubio canoso, corpulento, altura superior a la media y rostro enojado. Varios hombres jóvenes más altos, rubios y corpulentos permanecían detrás de él sosteniendo la misma expresión.

¿Qué diablos? Parecía como si las hordas vikingas hubieran desembarcado en la puerta de su casa.

—¿Nicholas Parrish? —preguntó el mayor de los hombres.

—Sí.

Antes de poder completar la frase, Nick recibió un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que llegó tambaleándose hasta la mitad del vestíbulo. Se

mantuvo erguido gracias a que pudo agarrarse a la mesa de la entrada, que casi derribó.

—¡Desgraciado! —gritó el hombre mientras avanzaba hacia él.

Adoptando instintivamente una postura de defensa, Nick alzó los puños, abrió las piernas y flexionó las rodillas. No iba a permitir que ese maniaco se acercara un paso más.

—¿Quién demonios es usted?

—Soy el padre de la mujer a quien deshonraste anoche.

Nick se sintió avergonzado, pero mantuvo su postura.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto conmigo, bellaco. Sabes exactamente a lo que me refiero.

—Lo siento señor, pero no... —le respondió dando un paso al frente—. Y creo que es mejor que se marche antes de que me vea obligado a devolverle el golpe.

—No me moveré de aquí hasta obtener una reparación.

Los acompañantes del hombre se dispusieron a tomar parte en el asunto a medida que entraban en el vestíbulo.

—Eso es, una reparación.

—Sacudámoslo hasta dejarlo sin sentido.

—Ensombrezcamos sus días.

—Démosle su merecido.

—No se saldrá con la suya.

—¡Menudo sinvergüenza!

—¡Canalla!

Todo le daba vueltas. Nick estaba totalmente confuso e inquieto. Aquellos tipos querían pelea, pero él no tenía ni idea de a lo que se referían. Pero no importaba. No iba a dejarse intimidar por aquella panda de extraños.

—Será mejor que se explique, señor —le exigió Nick dirigiéndose al mayor de los hombres—, a no ser que quiera manchar mi puerta con su sangre. No me amedrenta el número de lacayos que lo acompañan.

—No hay nada que explicar —repuso el hombre—. Está bien claro lo que ha sucedido aquí. Si no, mírate.

Aunque Nick mantuvo los puños en alto, echó un vistazo a su camisa y pies descalzos.

—¿Cómo pretende que esté? ¡Por el amor de Dios, acaba de sacarme de la cama! ¿Y para qué? Para enfrentarme a un tipo loco de remate.

El hombre gruñó con todas sus fuerzas, pero uno de sus acompañantes lo retuvo.

—Cálmate, papá —le dijo el vikingo—. Aunque me duela decirlo, quizá deberíamos escucharlo primero.

—No hay nada que escuchar, Roddy. Este canalla ha seducido a tu hermana y no saldrá impune.

—¿Seducir a quién? —Nick sacudió la cabeza totalmente confuso—. Escuchen, creo que aquí ha habido un error. Están en la casa equivocada con el hombre equivocado. —Empezó a encauzar al grupo hacia la puerta—. Márchense ahora y todo quedará en un simple error. Doloroso... —Se frotó la mandíbula—. Pero nada más. Les deseo un buen día.

Trató de acompañarlos hasta la puerta, pero aquella sólida barrera humana de cinco enormes hombres furiosos era inamovible.

—Afirmas ser Nicholas Parrish —dijo el cabecilla—, el seductor que se aprovechó de mi hija anoche. Y por Dios Padre que lo pagarás.

—¿Aprovecharme?

De repente lo vio todo claro. La noche de juerga anterior había incluido una hora, aproximadamente, en el lecho de una dispuesta joven actriz de Drury Lane. ¿Estaría intentando extorsionarlo, sacarle dinero o forzarlo a casarse?

Se apoderó de él una furia gélida y despiadada. Aquella pequeña zorra no se saldría con la suya.

—Váyase al infierno —dijo mientras empujaba al hombre y sus subordinados hacia la puerta—, y llévese a esa libertina hija suya con usted. Me maldeciría a mí mismo si me dejase engañar por una chica que no es más que una ligera de cascos.

Y que probablemente no tenía nada que ver con aquella panda de matones.

El mayor de los hombres, obviamente un actor por méritos propios, montó en cólera.

—¡Cómo te atreves a hablar así de mi hija!

Los hombres más jóvenes, ¿más actores?, estallaron en un arrebató de gritos y maldiciones. Su «padre» se precipitó hacia Nick y lo agarró del cuello. Los demás lo rodearon agrupándose contra él, arrinconándolo en su propio vestíbulo. Nick trató de zafarse, pero aquel obstinado tipo lo agarraba como una sanguijuela. El hombre habló entre dientes,

interpretando su papel con gran deleite melodramático.

—Me duele en el alma pensar que mi hija ha estado con semejante sinvergüenza. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con ella?

Nick sonrió sarcásticamente.

—Hace ya varias horas que la dejé entre un montón de sábanas revueltas. Y si espera que me crea que yo he sido el primero en regar ese huerto, entonces usted es aún más tonto que yo.

El hombre rugió al tiempo que lanzaba el puño hacia atrás preparándose para asestarle otro golpe, pero Nick lo agarró del brazo y lo sujetó con fuerza. Los otros cogieron a Nick por los hombros y lo sostuvieron frente al cabecilla.

—Le ha salido el tiro por la culata —dijo Nick—. Si su hija piensa que ha pescado un pez gordo, me temo que debo sacarla de ese error. No obtendrá de mí ni un céntimo más que los que dejé en la cama.

El hombre lanzó una especie de aullido, y los jóvenes, con los ojos llenos de ira, se dispusieron a atacar a Nick. El cabecilla lo soltó, pero el resto continuaba sujetándolo con violencia. Todo lo que podía hacer era mantenerse erguido.

—Debería matarte ahora mismo —dijo uno de ellos.

—¿Por qué? —Nick no ocultó su arrogancia a pesar de estar en clara desventaja—. ¿Por decir la verdad sobre su supuesta hermana? Salgan de mi casa todos ustedes. —Haciendo alarde de toda la fuerza de la que disponía, se zafó de los brazos que lo sostenían y empujó a un lado a dos de sus atacantes—. ¡Ahora!

El hombre mayor se mantuvo firme y se negó a dar un solo paso.

—Esto no es un juego —afirmó en un tono que no auguraba nada bueno—. Harás lo correcto para con mi hija o tendrás que afrontar las consecuencias.

—¿Hacer lo correcto? Si se está refiriendo a matrimonio, puede estar seguro de que será por encima de mi cadáver.

—Eso puede arreglarse. Al menos la chica quedará viuda en vez de en una situación deshonrosa.

—La honra la viene perdiendo hace tiempo —respondió Nick—, y diría que con frecuencia.

—¡Mátalo, Roddy!

—No, déjame a mí.

—Haremos turnos.

—Todavía no, chicos. Lo necesitamos para la boda.

El cabecilla estaba tan colorado que parecía estar al borde de la apoplejía. Temblaba de ira fingida. Era una interpretación digna del legendario Garrick.

—Le darás tu apellido, Parrish. Después dejaré que sus hermanos hagan contigo lo que quieran. Y espero no tener que volver a verte otra vez.

Nick dio un empujón en el pecho a aquel hombre, enviándolo hacia la puerta.

—Sus amenazas están empezando a resultarme pesadas, señor. No me casaría con su desdichada hija aunque me apuntase la cabeza con un revólver.

El hombre miró por encima del hombro de Nick. Respiró hondo y abrió los ojos.

Nick se giró y vio a Prudence acercarse por el pasillo.

¿Prudence?

Una maraña alborotada de rizos sueltos de color cobrizo le caía hacia un lado por encima del hombro. El corpiño de su vestido estaba ligeramente ahuecado y tenía la mirada somnolienta a pesar de que el espanto le hacía mantener los ojos muy abiertos.

—¿Papá?



Pru cerró los ojos con fuerza y se los restregó con los puños. Quizá cuando volviera a abrirlos no vería lo que pensaba que había visto. Y quizá las palabras que creía haber escuchado pronunciar a Nicholas habrían sido solo imaginación suya. Tenía que ser un sueño.

—¿Prudence?

Era la voz de su padre. No estaba soñando. Abrió los ojos.

—Hija, ¿qué has hecho?

Miró fijamente a su padre. Nunca lo había visto tan furioso. Sus ojos azules centelleaban y el rostro le ardía por la furia. Miró por encima del hombro de su progenitor para ver a cuatro de sus cinco hermanos alineados detrás de él. Todos ellos parecían confusos y enfadados. Todos excepto William, el menor, que arrastraba los pies de esa manera nerviosa tan propia de él y rehusaba mirarla a los ojos.

Y allí estaba Nicholas. Había dado un paso hacia atrás y permanecía inmóvil y tenso junto a la pared. La expresión de su boca era adusta y su mirada apagada, ilegible. A medio vestir, presentaba un aspecto bochornoso. Pru miró de reojo sus piernas desnudas y el pecho descubierto que dejaba entrever el cuello de su amplia camisa. El calor invadía sus mejillas, así que se giró para mirar a su padre.

—Y bien, hija —comenzó—, ¿qué tienes que decir?

Pru sabía exactamente lo que estaba pensando y por qué había cruzado a toda prisa la ciudad a esa hora. Pero lo que él imaginaba era tan ridículo que ella apenas podía reprimir una carcajada. ¿Podía de verdad pensar que ella y Nicholas...?

—Me quedé dormida —respondió Pru.

—¿Qué?

—Estuve trabajando hasta tarde. Supongo que debí quedarme dormida. No me desperté hasta oír todo este jaleo.

—¿Estuviste trabajando?

—Sí.

—¿Y no pasaste la noche en la cama de este sinvergüenza?

—¡Papá! —Se ruborizó, avergonzada—. Por supuesto que no.

Echó un rápido vistazo a Nicholas, quien a su vez miraba indignado al

padre ante tal insinuación.

—Entonces, me veo obligado a pedirle una explicación por las difamaciones que ha vertido sobre mi Prudence —dijo el padre devolviéndole la mirada a Nicholas.

¿Nicholas la había difamado?

No me casaría con su desdichada hija aunque me apuntase la cabeza con un revólver.

Pru intentó llamar la atención de Nicholas, pero él apartó la vista. ¿Qué más había dicho? Se le revolvía el estómago de solo pensar en que la había difamado de alguna forma. Ella había creído que eran amigos.

Nicholas se aclaró la garganta.

—Mmmm... Yo no estaba hablando de Prudence.

—Entonces, ¿de quién? —La voz del padre de Pru fue cortante.

—De otra persona. No sabía que Pru estaba aquí, lo juro.

El padre desvió su furiosa mirada hacia ella.

—¿Así que te quedaste hasta tarde trabajando en esa estúpida revista?

Pru desvió la mirada hacia Nicholas. Ella no entendía nada. ¿Había dicho cosas horribles sobre otra persona? Frunció el ceño en señal de confusión.

—Te estoy hablando, ¡hija!

Apartó la vista de Nicholas y miró a su padre.

—Sí, estuve trabajando hasta tarde y me quedé dormida en mi escritorio. Pero...

—¿Acaso olvidaste que anoche te esperaban en otro sitio?

Pru dio un grito ahogado y se cubrió la boca con la mano. ¡Cielo santo! Lo había olvidado por completo.

—¡Oh, vaya por Dios!

—Ah, qué bien que lo recuerdas. Sí, el desayuno de tu sobrina es esta mañana y Margaret esperaba que hubieras estado con ella anoche para echarle una mano. Como bien sabes, asistirá la familia entera, y hay miles de cosas que tu hermana necesitaba que hicieras y que aún están por hacer.

Sí, a Margaret le estaría dando un soponcio. Habían traído a la ciudad a su hija Arabella para su primera temporada. Antes de que fuese presentada en sociedad, se celebraban varias reuniones familiares, la primera de ellas consistía en un desayuno al aire libre en la mansión Daine, la residencia londinense de Margaret. Naturalmente, se esperaba que Pru estuviera allí para ayudar con los preparativos y mantener a raya al servicio. ¿Cómo

podía haberlo olvidado?

—Oh, papá, lo siento tanto... Estaba tan inmersa en mi trabajo que se me olvidó. Cogeré mi sombrero y mi pelliza e iré a casa contigo ahora mismo. Puedo cambiarme y estar en la mansión Daine antes de que lleguen los invitados.

—No tan deprisa, hija. Aún tenemos que solucionar esto.

El padre hizo un gesto señalando hacia la entrada.

—¿Qué?

—Has pasado la noche bajo el techo de este hombre.

Le ardían las mejillas. Estaba totalmente avergonzada por el hecho de que Nicholas tuviera que formar parte de toda aquella insensatez. ¿Cómo podía hacerle eso su propio padre? ¡Por Dios bendito, ya no era una colegiala!

—No ha habido ningún daño, papá. Nicholas ni siquiera sabía que me encontraba aquí.

Pru miró a Nicholas y le dedicó una sonrisa tímida y alentadora. Por supuesto, él sabía que ella no le responsabilizaba en modo alguno de su propio olvido.

—Eso no tiene importancia —dijo su padre—. Tu reputación se ha puesto en entredicho.

—Tonterías. Además de vosotros, ¿quién más sabe que estaba aquí?

—Conociendo a tu hermana, a estas alturas ya debe saberlo toda la maldita familia.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando no apareciste anoche en la mansión Daine, Margaret se puso furiosa. Mandó a todo el mundo a buscarte, y cuando nadie dio contigo... bueno, ya puedes imaginarte el alboroto.

Pru puso los ojos en blanco. Si le hubiesen prestado un mínimo de atención, habrían sabido dónde estaba. Siempre estaba recordando a todos su trabajo en la revista, aunque normalmente la ignoraban.

—Al final —prosiguió su padre—, cuando tu hermano Willy llegó a casa al amanecer, Dios sabe de dónde, sugirió que quizá podrías haber pasado la noche aquí.

Nicholas refunfuñó.

Pru lo miró. Estaba bastante pálido y no dejaba de frotarse el cuello con la mano. Por el contrario, ella sentía cómo el calor seguía apoderándose de sus mejillas. Se volvió hacia su hermano.

—¡Willy! Tú no...

Parecía verdaderamente avergonzado.

—Nunca quise dar a entender eso —le respondió Willy—. Solo mencioné el hecho de que a veces trabajabas hasta tarde en casa de Parrish y que si no habías vuelto a casa lo más probable fuera que aún estuvieras allí. —Resopló—. Debía de haber sabido que a Margaret le daría un síncope. Ella dio por sentado que tu habías estado... Bueno, ya sabes cómo es.

—Cuando tu hermano insinuó —continuó el padre— que podías haber pasado la noche en casa de un hombre soltero...

—Margaret preguntó de quién se trataba...

—Y si no había ninguna otra mujer presente en la casa...

—Bueno, Pru, tú me habías dicho que tu amiga Edwina estaba disfrutando de su luna de miel...

—Tu hermana dio por supuesto que había sucedido lo peor. Así que ahora estás en apuros, hija. Solo hay una cosa que puede hacerse —declaró su padre mirando a Nicholas.

—No, papá, no hay nada que hacer —respondió Pru—. No ha sido más que un simple error. Yo se lo explicaré todo a Margaret.

—Se fue a la cama hecha un mar de lágrimas —dijo Rodderick, el hermano mayor, sin apenas poder ocultar un atisbo de desdén en su voz. Todos habían presenciado durante años los dramáticos ataques de Margaret—. Dice que estás intentando eclipsar la presentación en sociedad de su hija.

—Menuda idiotez.

Nicholas se apartó de la pared y se acercó a Pru.

—No es una idiotez. Es bastante serio, Pru. Tu reputación se ha puesto en entredicho y todo ha sido culpa mía.

Pru se preguntó si una persona podría realmente morir de vergüenza.

—No, Nicholas —negó ella con un leve susurro—, no es culpa tuya.

—Oh, sí que lo es —dijo a su vez su padre—, y me alegra escuchar que lo admites. No tenías ningún derecho a permitir que mi hija permaneciera sola bajo tu techo.

—Pero, papá, yo estaba sola abajo en la oficina no en...

—Eso no importa —respondió Nicholas—. Tu padre tiene razón. No debería haberlo permitido. Mi única excusa es que siempre te he considerado un miembro más de la familia, Pru. Lo siento mucho.

—Seguro que sí —dijo su padre.

Nicholas le lanzó una desafiante mirada de una intensidad alarmante.

—Pero te casarás con Pru —concluyó el padre.

¡Dios santo! El corazón le latía tan fuerte y rápido que pensó que realmente moriría. No podía permitir que aquello sucediera. No podía.

—No —dijo con la voz más firme que pudo—. No.

Su padre la agarró del brazo y la atrajo hacia sí para hacerle frente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No puedes hacer que se case conmigo a la fuerza. —Se volvió hacia Nicholas, pero fue incapaz de mirarlo a los ojos—. No quiero que te veas obligado a casarte conmigo. Es ridículo.

—No es ridículo —explicó su padre—. Es necesario.

—Papá, tengo veintisiete años. No soy nadie importante. La gente no hablará de mí. No hay por qué forzar a Nicholas a aceptar esta situación. No lo consentiré.

—Tu familia hablará —continuó su padre—. De hecho, ya lo están haciendo. Te casarás con Parrish.

—No.

Nicholas se movió para permanecer frente a ella y tomarle las manos. Oh, ¡cómo deseaba que no hubiera hecho eso!

—Tu padre tiene razón, Pru. Si existe la posibilidad de que tu reputación se vea dañada...

—No tengo reputación. —Sonrió ante tal idea—. No soy nadie, Nicholas. No hay razón alguna por la que tengas que sacrificar tu vida solo porque casualmente me quedé dormida en tu oficina.

—Pru...

—De verdad, Nicholas, no hay nada de lo que preocuparse. Mi padre ha reaccionado de forma exagerada. Es muy amable de tu parte querer asumir la responsabilidad, pero no es necesario. Te prometo que no hará falta que te cases conmigo.

Por un mero instante, Pru percibió el alivio titilando en sus ojos.

Pru prefería morir allí mismo que obligar a Nicholas a casarse con quien no quería. Ahora podía considerarla su amiga, pero ¿cuánto tiempo tardaría en tratarla con desdén y repudiarla? Aunque lo amaba, y precisamente por ello, era preferible no tenerlo que tenerlo de esa manera, ya que no podría soportarlo.

—¿Estás segura? —preguntó Nicholas.

—Totalmente segura.

Con una leve presión de sus manos, Nicholas le expresó gratitud. Pru sintió una ligera puñalada en el corazón al ser consciente de su alivio, pero aun así forzó una sonrisa. Había hecho lo correcto.

Nicholas le soltó las manos y se giró hacia el padre.

—Señor Armitage, tengo...

Y fue interrumpido por la algarabía de los bramidos y bufidos de sus hermanos. ¡Dios bendito! Había olvidado que él no lo sabía.

Por supuesto que no lo sabía. Siempre había evitado hacer cualquier referencia específica a su familia. Edwina y Nicholas eran republicanos. Incluso habían ido a Francia a apoyar la revolución. Pru no sabía lo que habrían pensado de ella si hubieran conocido su procedencia. Y había deseado tanto que la aceptaran...

Pru empezó a sentirse como si el suelo se hundiera bajo sus pies. Si la tierra pudiera abrirse y tragársela entera, sería todo un alivio para ella.

—Para usted es lord Henry —resolvió Rodderick haciendo alarde de su arrogancia, que era mucha.

Nicholas palideció.

—¿Lord Henry? —miró a Pru arqueando las cejas.

Pru supo, por la expresión de Nicholas, que aquello iba a cambiarlo todo.

¡Maldición! No quedaba otra opción que contarle la verdad. Respiró hondo.

—No habéis sido presentados correctamente. Papá, este es el señor Nicholas Parrish. Nicholas, este es mi padre, lord Henry Armitage.

Nicholas volvió a adoptar una expresión adusta, sin embargo, asintió.

—Milord.

—Y estos son mis hermanos: Rodderick, Daniel, Charles y William.

Con cautela, Nicholas inclinó la cabeza a modo de saludo hacia cada uno de ellos.

—No te preocupes —le dijo William alegremente—. Nosotros solo somos señores, no lords. Ni siquiera somos honorables...

Daniel le golpeó en el brazo para que guardase silencio. Nicholas los ignoró y se dirigió directamente al padre.

—Debo pedirle perdón de nuevo, milord. Desconocía que Prudence perteneciera a una familia noble. ¿Me permite el atrevimiento de preguntar...?

—Mi padre fue el duque de Norwich —respondió el padre con el pecho hinchado y la voz rezumante de orgullo aristocrático—. Mi hermano lo es en la actualidad.

Nicholas cerró los ojos un instante y retorció la boca en una mueca. Parecía que estuviera enfermo.

—¿Prudence es la nieta del duque de Norwich?

—Lo es.

—¿Y sobrina del actual duque?

—Ciertamente, así es. ¿Algún problema?

Nicholas asintió.

—Lord Henry, ¿puedo pedirle humildemente la mano de su hija en matrimonio?

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Pru tenía el estómago encogido. Cerró los ojos con fuerza. Aquello que estaba pasando, ¡no podía estar pasando!

—¡No! —Pru agarró a su padre del brazo—. No, papá, por favor.

—No solo acepto —afirmó el padre ignorando sus súplicas—, sino que insisto en ello. Y tú, hija, harás lo que se te diga. No permitiré que tu extraño comportamiento sirva de chismorreo a la familia, y menos ahora que todos están reunidos por la presentación de Arabella. Te casarás antes de que termine el día y lo harás con discreción. Entonces podremos retomar el asunto con más tranquilidad.

Pru no podía creer lo que estaba sucediendo. Allí estaba ella con su ropa desaliñada y el cabello despeinado. Y ahí estaba él, el hombre al que amaba, a medio vestir, descalzo, con el pelo alborotado y una barba de tres días que le otorgaba el aspecto más deliciosamente masculino que jamás había visto. Y ese hombre acababa de pedir permiso para casarse con ella.

Aquello no era un sueño precisamente. De hecho, tenía todos los ingredientes de una pesadilla.

Por primera vez en su vida, Pru pensó que podía venirse abajo. Le temblaban las rodillas, la cabeza le daba vueltas y apenas podía respirar. Alguien le tomó la mano.

—No permitiré que se mancille tu nombre en forma alguna, Pru —dijo Nicholas—. Y mucho menos entre tu familia.

—Pero oí lo que dijiste antes. No te casarías conmigo aunque te apuntaran la cabeza con un revólver. No hay ningún revólver, Nicholas.

—Eso puede arreglarse con facilidad —intervino su hermano Rodderick.

Nicholas tiró de sus manos obligándola a mirarlo de frente. Mostraba una expresión apesadumbrada, pero Pru podría jurar que estaba sonrojándose.

—No estaba refiriéndome a ti, Pru.

—¿A quién si no?

—Eso no importa. No sabía que este caballero era tu padre. Pensé que era otra persona.

—Pero...

—Ahora que sé quién es y quién eres tú, está claro lo que debe hacerse. He descuidado tu reputación al permitir que trabajaras aquí sola. Me avergüenza decir que jamás se me había ocurrido pensar que los demás pudieran verlo de otra forma. Pero el daño ya está hecho. Lo siento, Pru. Siento haber provocado todo esto, pero debemos casarnos. No hay otra opción.

Ninguna otra opción. Porque él era un caballero y ella era la nieta de un duque.

¡Qué injusto! Tenía que haber otro modo de resolverlo.

Podía caer un rayo en el preciso lugar en el que se encontraba, podía hacerse un ovillo diminuto y dejarse arrastrar por el viento o también podía sucumbir a un fallo cardíaco y evitar a todo el mundo semejante cantidad de problemas.

Pero era improbable que alguna de esas cosas sucediera.

Así que no podía hacerse nada más.

¿Cómo lograría soportarlo?

No consiguió reprimir el llanto por más tiempo. Las lágrimas brotaban y corrían por sus mejillas completando su humillación.

—Lo lamento tanto, Nicholas. Lo siento mucho.

—¡Dios santo, Nick! ¡No puedo creerlo!

Nick permanecía sentado en la biblioteca de Simon Westover con la cabeza inclinada hacia abajo, los brazos reposando sobre las rodillas y las manos lánguidas entre ellas. Sentía tal presión sobre los hombros que le parecía llevar el mundo sobre ellos. Por lo que a él respectaba, su mundo se le había venido abajo. Se veía vestido correctamente, aunque no recordaba haberlo hecho. Se las había arreglado para presentarse en la casa de su amigo de alguna forma, aunque apenas podía recordar cómo había llegado hasta allí. De hecho, todo lo acontecido esa mañana estaba aún tan confuso en su cabeza que no sabía muy bien si iba o venía.

—Quizá te lo creas cuando estés a mi lado y me escuches pronunciar mis votos —dijo Nick—. Te necesito a mi lado, viejo amigo.

—Por supuesto. Es solo que... bueno, ha sido una noticia un poco impactante. Siempre has sido impulsivo, pero nunca me hubiera esperado esto.

—Te aseguro que el impulso no ha sido mío.

—La situación estaba clara. Podías haberte resistido.

—Sospecho que si no hubiera estado dispuesto, su padre y sus hermanos me habrían despedazado y hubieran colgado mi cabellera ensangrentada en la puerta. Los hermanos no son tan menudos como Pru. Te prometo que parecen una panda de guerreros vikingos.

—¡Caramba! No me extraña que hayas cedido.

—Y eso no es todo. Su honor se ha visto muy comprometido. Debería haber sido más cauto desde la marcha de Edwina. ¡Maldita sea! Ni siquiera había servidumbre en casa. Y bueno, supongo que nunca pensé en Pru como... no sé, como en alguien que pudiera verse comprometida. Siempre ha sido Pru, nada más.

—¿Cómo se lo ha tomado ella?

Nick alzó la vista.

—Terriblemente. Me siento fatal por ella. Seguía repitiendo una y otra vez lo mucho que lo sentía y las lágrimas le inundaban el rostro. No quiere atarse a mí más que yo a ella... Bueno, ella no está mucho más contenta que yo.

Simon resopló al tiempo que se pasaba una mano por el cabello pelirrojo.

—Supongo que podría ser peor.

—¿Cómo? —Nick bufó.

—Bueno, al menos Pru y tú sois amigos. Os lleváis bien. Es mucho mejor comienzo que el que disfrutaban muchos matrimonios. ¿Quién dice que la amistad no pueda convertirse en amor?

—Esta no es una de tus historias románticas, Simon. Dudo que esta historia tenga un final feliz al estilo de uno de tus seriales en la revista. Esta posee todas las características propias de una tragedia.

—Solo si quieres que así sea. ¿No hay posibilidad de que este matrimonio pueda evitarse?

—Ninguna.

—Bien, sé que no es lo que tú habrías querido, pero ya que no puedes escapar de ello, será mejor que empieces a pensar cómo sacar el mejor partido.

—No he venido aquí buscando consejo del señor metomentodo. —La

popular columna de consejos que Simon publicaba en la revista era conocida por ver la vida de color de rosa, y Nick no se sentía particularmente optimista en aquel momento—. He venido buscando un amigo, alguien que pueda compadecerse de mí, escuche mis penas y me permita regodearme en la autocompasión.

—Solo quedan unas horas para la boda. No tienes mucho tiempo para regodearte.

—Solo unas horas. —Casi podía sentir la soga tensarse—. El tiempo suficiente para escapar. Podría huir y así librarme de todo este horrible asunto.

—Nunca lo harías.

—No, por supuesto que no —negó con la cabeza—. Jamás le haría eso a la pobre Pru, pero eso no implica que no desee hacerlo.

—¿De cuánto tiempo dispones exactamente?

—No estoy seguro. Su padre va a enviarme una nota diciéndome cuándo debo reunirme con ellos. Está ocupándose de la licencia, por supuesto. Sus contactos le facilitarán su obtención mucho más que al señor Parrish, que no tiene posición, dinero ni recomendaciones. Es incluso probable que en estos momentos esté en conversaciones con el mismísimo arzobispo de Canterbury.

—Eso sí que ha sido una sorpresa, ¿verdad? Pru, la nieta de un duque. — Simon seguía agitando la cabeza como si aún no pudiera creerlo.

—Sorpresa es quedarse corto —dijo Nicholas—. La conozco desde hace años y jamás lo había mencionado.

—¿Alguna vez le habías preguntado por su familia?

—Bueno, no. Simplemente asumí... —Alzó un hombro.

—¿El qué?

—Que era como nosotros.

—¿Como nosotros?

—¿Cómo podía apoyar los ideales republicanos si su abuelo fue un duque?

—Mi padre es barón y yo lo seré algún día. Aun así yo comparto los mismos ideales que tú. —Simon se irritó.

—Pero ¡un duque, Simon!

—Incluso así no cuestionaría con tanta rapidez la sinceridad de sus ideas.

—Te lo concedo. Es que estoy muy desconcertado con todo este asunto, no estoy pensando con claridad —dijo mientras se masajeara las sienes.

—¿Habló el padre contigo acerca de su dote?

Nick pareció reaccionar.

—¿Su dote?

—Podrías estar desposando una heredera, amigo.

—¡Dios mío! Espero que no.

Solo habían acordado que se celebraría una boda. No habían discutido más detalles. Su padre debería haber hablado con él después para convenir ciertos asuntos, pero Nick no había estado en condiciones de absorber información, en apariencia irrelevante, cuando su vida estaba derrumbándose.

Pero ¿y si Pru era una heredera? Sus hombros se le estremecieron sin querer. La idea lo desconcertaba, casi lo aterrorizaba. Ya había soportado bastante como para encima añadir ese disgusto a su maltrecho espíritu.

—Dudo que posea una gran fortuna —murmuró más bien para sí mismo que para Simon—. Tiene un montón de hermanos. En cierta ocasión la acompañé hasta la casa de su padre en Brooke Street. Era bastante pequeña y modesta, así que supongo que en esa familia no hay mucha más fortuna que el parentesco ducal. Además, yo no quiero el dinero de Pru.

—Podrías utilizarlo. El almacén de Derby no puede estar vacío para siempre.

—Claro que podría usarlo. Sobre todo después de las pérdidas de los últimos meses. De hecho, perderé las mejores oportunidades de fundar la fábrica si no actúo pronto. ¡Por amor de Dios, Simon, lo único que me falta es que me tomen por un cazafortunas! ¡Ya es lo bastante malo casarme con la nieta de un duque! ¿Cómo podré enfrentarme a los del club Scottish Martyrs?

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Cuanto más hablaba sobre ello, peor le parecía toda la situación.

—¡Diantre! ¿Crees que sería muy cobarde por mi parte volarme los sesos?

—Terriblemente.

—¿Qué diablos voy a hacer? —Se levantó de la silla y empezó a deambular por la habitación—. El matrimonio no entraba en mis planes. No puedo permitirme tener esposa ni familia. Todavía no, pero aunque pudiera, Pru es la última...

—Cuidado.

—¡Caray! Ella no habría sido mi elección. Tú lo sabes. Es opuesta al tipo de mujer que me gusta. Demasiado callada. Demasiado tímida. Demasiado

pálida. No es precisamente una belleza...

—Tampoco es el extremo opuesto, Nick.

—No, por supuesto que no. —Hizo una pausa sin quitar los ojos de Simon—. Pero ¿acaso no la encuentras un poco insulsa?

—Estás hablando de la que va a ser tu esposa, amigo mío. Sospecho que apuntarías con un arma a cualquier otro hombre que dijese semejante cosa de ella.

—Lo haría incluso sin estar casado con ella. Hablo contigo sin tapujos porque sé que tú no dirás nada. Debes entender cómo me siento. Va a ser mi mujer, ¡por Dios bendito! Estaremos... Pero yo no... ¡Oh, Dios! ¿Y si no puedo...?

—Te subestimas. Y a Pru también. Dale tiempo.

Nick se revolvió el cabello agitadamente. Toda aquella dichosa situación le resultaba muy desagradable.

—Pru es una mujer dulce, pero... no es lo que tenía en mente como mi futura esposa. Ella no es el tipo de mujer que imaginé estrechando en mis brazos por las noches. ¡Maldita sea! Me siento como si...

—¿Cómo?

—Como si me hubieran engañado.

Simon lo miró fijamente.

—Será mejor que Pru no sepa que te sientes de esa forma.

—Por amor de Dios, ¡claro que no! Aunque estoy seguro de que ella se siente igual —gruñó en voz alta—. ¿Qué demonios voy a hacer?

—Vas a casarte con ella y alegrarte mucho por ello.

Nick farfulló lleno de indignación.

—¿Alegrarme?

—Si dejaras de autocondpadecerte... Tengo la sensación de que este matrimonio puede ser lo mejor que te haya sucedido nunca.

—Lo dudo seriamente.

—Te recordaré esta conversación dentro de un año. Ahora, ¿no será mejor que te marches a casa a vestirte para tu boda?

Poco después, en una de las pequeñas capillas de Saint George, Nick se encontraba junto a Pru pronunciando los votos que la convertían en su esposa. Al bajar la vista, Nick pudo ver que una lágrima caía, con lentitud, por la pálida mejilla de la joven. En aquel momento supo que no había dos

personas más desgraciadas en todo Londres.



Pru deshizo el lazo que había anudado alrededor del sello que ahora le serviría como anillo de boda. Le iba muy grande, así que había tirado de uno de los lazos de su pelo y lo había entrelazado con el anillo para que se ajustara de forma segura a su dedo.

Además, así tenía algo que hacer mientras ella y Nicholas, isu marido!, recorrían el trayecto desde la iglesia a la mansión Daine. Algo distinto de hablar, ya que Nicholas no parecía dispuesto a ello. Parecía absorto en sus pensamientos. Mejor así, le daría mucha vergüenza tener que iniciar una conversación. A veces se le trababa la lengua cuando estaba nerviosa y las palabras se quedaban atrapadas en su garganta y no podía evitar tartamudear una y otra vez. Y ¿qué podía ser más perturbador que el día de su boda?

¿Su noche de bodas?

No podía pensar en eso ahora. Se volvería loca y sería incapaz de pronunciar tres palabras coherentes seguidas.

—Siento lo del anillo —intervino Nick rompiendo el incómodo silencio que había flotado en el aire desde el momento en que la puerta del carruaje se había cerrado tras ellos—. Debería haberme apresurado a comprar uno pero, siendo sincero, lo olvidé.

Pru se encogió de hombros y jugueteó nerviosa con el anillo.

—Está bien —fue capaz de decir, sorprendiéndose a sí misma de que no le hubiera temblado la voz a pesar de que, en el fondo, estaba muy nerviosa intentando no pensar en...

—No, no lo está —dijo él con una nota de tensión en la voz.

Desde su llegada a la iglesia junto con Simon Westover, se había comportado como un perfecto caballero, pero Pru sabía que debía de estar a punto de estallar por haber mordido el anzuelo y haberse visto forzado a contraer matrimonio con una mujer incapaz de llamar su atención en el mejor de sus días. Pero no se había quejado por tal injusticia. No había puesto mala cara ni parecía resentido. Tampoco había vociferado como si fuera un oso enjaulado. Había pronunciado sus votos con voz clara y había tratado a Pru con deferencia y con una amabilidad extraordinaria a lo largo de toda la ceremonia.

Fue Pru quien lloró por haber arruinado su vida.

—Lo siento, Pru. Debería haberme comportado mejor contigo. Ha sido una mañana bastante ajetreada, por no decir otra cosa, y la cuestión del anillo se me olvidó por completo.

—No importa —dijo con voz susurrante. Había aprendido hace mucho a mantener su voz muy baja en momentos de estrés para hacer menos aparente cualquier signo de timidez, así que hizo un enorme esfuerzo—. El anillo es...

—Pero encargaremos uno para ti. Te prometo que te compraré tu propio anillo para que no tengas que llevar ese viejo sello mío.

—No, el anillo está bien. De verdad.

Y en verdad lo estaba. Nick lo había llevado puesto tanto tiempo que el oro aún mantenía su calor. Y a ella le gustaba sentirlo. Prefería mil veces tener algo suyo a que comprara un anillo nuevo y frío que no significara nada.

—Pero Pru...

—Me gusta, Nicholas. Preferiría quedármelo. —Lo miró por debajo del borde de su sombrero—. Si no te importa, claro.

Nick la miró detenidamente.

—Por supuesto que no me importa. Pero si lo que te preocupa es el gasto, te aseguro que...

—Por favor, me gustaría quedármelo.

—Muy bien —suspiró—. Solo espero que tu familia no piense mal de mí, o de ti, por no tener el anillo adecuado.

Dios, ¿cómo iba a soportarlo? Nicholas era tan orgulloso... No le importaba que no fuera rico. De hecho, ella tampoco lo era. Que su padre ostentara un título nobiliario no implicaba poseer una fortuna. Aun así, a Nicholas le preocupaba lo que su familia pudiera pensar de él, no por sí mismo, sino por lo que pudiera o no hacer por ella.

El bueno de Nicholas.

—En cuanto a mi familia... —Sería mejor que se lo advirtiera antes de llegar a casa de su hermana—. Siento mucho que tengas que verte arrojado en medio de una reunión familiar tan pronto. Puede resultar bastante sobrecogedor.

Él la miró compungido.

—Eso ya lo sé. Realmente son muchos.

—Eso me temo. No te habría hecho venir a este desayuno si papá no

hubiera insistido. Mi hermana Margaret tiene la estúpida sensación de que no puede hacer nada sin mí. Algo bastante ridículo pues dispone de un servicio doméstico bastante competente. No obstante, intentaré que no acudan a mí con frecuencia en busca de ayuda.

—No te preocupes por mí, Pru. Puedo desenvolverme bien en cualquier grupo, incluso en una reunión de la aristocrática familia Armitage.

El tono sarcástico de su voz la hizo estremecerse. Pru le había dado muchas vueltas a cómo se sentiría Nick con respecto a su familia. Republicano hasta la médula, debería estar echando chispas por encontrarse atado ahora a una familia como la suya. Ella compartía muchos de los ideales de Nicholas, pero no se avergonzaba de su familia y jamás podría rechazarla aunque ellos fueran el tipo de personas que Nick despreciaba. Pru solo esperaba que, al menos aquella tarde, Nick pudiera soportarlos.

—Prometo no soltar una perorata sobre la reforma sindical, el empleo infantil o las leyes que prohíben el asociacionismo de los trabajadores. Ni distribuir panfletos jacobinos ni contarles la verdad acerca de esa pequeña revista que editas. No haré que te avergüences, Pru.

Se sonrojó al pensar lo cerca que había estado de leerle el pensamiento.

—Sé que no lo harás.

—Además, dijiste que solo se trataba de una pequeña reunión familiar, ¿verdad?

Pru emitió una breve risa. ¿Una pequeña reunión familiar? ¡Oh, cielos!

—¿Qué? ¿Entendí mal? Pensé que tu padre había dicho que solo se trataba de la familia, una reunión para dar la bienvenida a tu sobrina en su primera temporada en la ciudad. Tengo que decirte, Pru, que va a llevarme tiempo acostumbrarme a tu noble familia —dijo, ajustándose de forma inconsciente los bordes del cuello—. Confieso que estaba preocupado porque quizá tuviera que encontrarme con la mitad de la nobleza de Londres esta mañana. Con franqueza, me alegro de que solo sea un pequeño evento familiar.

—¡Válgame Dios!

Nick frunció el ceño.

—Pru, ¿qué sucede? ¿Qué me he perdido? Se trata solo de una reunión familiar, ¿verdad?

Pru respiró hondo y espiró el aire con suavidad.

—Sí, solo es una reunión familiar, pero no tiene nada de pequeña.

—Eso ya lo sé. Ya he tenido ocasión de ver de cerca a tus hermanos, ¿recuerdas? —le dijo con un atisbo de diversión en la mirada—. ¿Cómo alguien tan menudo como tú puede tener unos hermanos tan grandes?

Ella le sonrió alentada por su irónica sonrisa.

—Me temo que has ido a dar con la enclenque de la familia. Debo advertirte que somos muchos más. Somos grandes en más de un sentido. También lo somos en número.

—¿De verdad? ¿Cuántos hermanos más tienes? —Arqueó las cejas.

—Oh, solo uno más. Gerald es capitán de la Armada, así que no podrás conocerlo todavía. Y Margaret, mi única hermana. En total somos siete, pero tengo bastantes primos.

—¿Ah, sí? ¿Y todos son igual de grandes? —Rió con dulzura—. No te preocupes, Pru. Un puñado de primos, por muy robustos que sean, no me abrumarán.

Pru se llevó la mano a la boca para ocultar la sonrisa que no pudo evitar. Pobre Nicholas.

—No lo entiendes —dijo ella—. Son algunos más que un puñado. ¿Acaso papá no te mencionó que él es el menor de los vástagos del viejo duque?

—Sí, lo hizo.

—El menor de doce.

—¿Doce?

—Sí. Tengo veintiséis tíos y tías, incluyendo a los que lo son por matrimonio. Seis por el lado materno y veinte por el paterno. Hubo un tiempo en que fueron veintidós, pero la hermana mayor de mi padre y uno de sus hermanos ya fallecieron. Tengo cincuenta y dos primos hermanos.

Nicholas se quedó de una pieza. La miraba fijamente con los ojos como platos y la boca abierta.

—¿Cincuenta y dos primos?

—Primos hermanos. Ocho por el lado de mi madre y cuarenta y cuatro por el de mi padre. Casi todos ellos están casados y tienen hijos, así que cuando nos reunimos somos varios cientos.

—¡Dios mío!

—Como verás, aunque solo nos presentáramos la mitad de nosotros, no hay nada remotamente pequeño en una reunión familiar de los Armitage.

Él siguió mirándola con fijeza, como si la idea de una familia tan grande estuviera fuera de su comprensión. Y de repente, estalló en una carcajada

desinhibida que llenó el espacio, rebotó en las paredes del carruaje y terminó con cualquier vestigio de tensión en el ambiente. Lleno de regocijo, él le apretó la mano. El corazón de Pru dio un pequeño respingo, y se unió a su risa.

—Vaya familia tan mísera con la que has ido a casarte, Pru —añadió Nicholas enjugándose las lágrimas de risa—. Yo solo tengo un primo.

—¡No! ¿Solo uno?

—Los Parrish debemos parecerte patéticamente insuficientes.

—En realidad, una familia pequeña suena bastante bien. A veces todos esos primos pueden resultar muy pesados.

—¿Y estarán todos esta tarde en la fiesta de tu hermana?

—No todos, pero me temo que sí muchos de ellos.

Agitó la cabeza y se rió entre dientes.

—Esto va a ser peor de lo que pensaba.

Al oírlo, Pru tomó una bocanada de aire, pero antes de que se diera cuenta, Nicholas se giró hacia ella.

—Oh, Pru, no quería decir...

—Está bien. Sé cómo debes sentirte. Toda esta mañana ha sido bastante... impredecible. Siento... Lo siento tanto...

Nicholas aún sostenía su mano. Se la llevó a los labios haciendo que Pru quisiese desvanecerse y sollozar al mismo tiempo.

—Yo también lo siento, Pru. Siento que te hayas visto forzada a esto en contra de tu voluntad. Sé que casarte conmigo es la última cosa que habrías soñado... —¡Ja! Si él supiera—. Pero tendremos que arreglárnoslas. Siempre hemos sido amigos. Como Simon me recordó en una ocasión, ya es más de lo que tienen muchos matrimonios. Lo superaremos juntos; la aristócrata y el reformista. —Sonrió—. Pero antes tengo que conocer a todos esos primos.

Varios carruajes flanqueaban los lados de la plaza cuando llegaron a la parada frente a una gran casa de estilo neoclásico de piedra y ladrillo. A Nick le alivió el hecho de que no fuera demasiado grande ni imponente (aunque superaba varias veces el tamaño de su pequeña casa adosada en Golden Square). Según Pru le había dicho, era conocida como la mansión Daine, dado que su hermana estaba casada con sir Felix Daine, un simple barón, pero, estaba claro, con amplios bolsillos.

—¡Oh, Dios!

Nick se volvió hacia Pru, que se mordía el labio inferior.

—Estoy empezando a temer esos «¡oh, Dios!» tuyos, Pru. ¿Qué pasa ahora?

—Es solo que ya han llegado muchos de ellos. En el mejor de los casos, Margaret estará disgustada conmigo.

—Dijiste que contaba con un servicio doméstico muy competente.

—Sí, pero aun así confía en que me encargue de algunos detalles. No le gusta tener que preocuparse de nada más, excepto estar, tanto Arabella como ella, perfectamente vestidas y saludar a todos los invitados.

—Entonces, ¿te deja a ti con todas las preocupaciones?

—No me importa. Así tengo algo que hacer...

—Además de divertirme.

Ella se encogió de hombros.

—No siempre estoy... cómoda en los eventos sociales. No soy igual de extrovertida que el resto.

—Y por eso prefieres mantenerte en un segundo plano.

—Supongo. En situaciones como esta, Margaret puede ser algo desesperante, así que alguien tiene que dirigir a los sirvientes.

—Bien, pues hoy tendrá que hacerlo otra persona.

Ella lo miró con ojos burlones.

—Hoy es el día de tu boda, Pru.

—Pero...

Un sirviente uniformado abrió la puerta del carruaje antes de que Pru pudiera protestar. Nick bajó dando un salto y le ofreció la mano a su esposa.

Su esposa. Si alguna vez hubiera pensado en ello, jamás habría asociado aquellas palabras con una mujer como Pru. Nick siempre había preferido las mujeres morenas de aspecto exótico. Lo seducían con facilidad las bocas sensuales, las miradas profundas y las curvas voluptuosas. Además, poseía debilidad por las mujeres abiertas y desinhibidas sexualmente. Pru, aunque lo intentara, no podía ser más distinta de su ideal de mujer.

Nick la examinó mientras bajaba del carruaje y, con aprensión, echó un vistazo a la casa. Pru era delgada y pequeña, su cabeza apenas le rozaba la barbilla. Sabía que su pelo, oculto bajo un simple sombrero blanco de paja con lazos rosas, era rizado, espeso y de un tono indeterminado entre rubio y rojizo. El rostro que podía admirar frente a él tenía forma de corazón, con

las mejillas redondeadas descendiendo hasta una pequeña barbilla. Su piel era delicada, muy pálida y con unas cuantas pecas espolvoreadas por la nariz. Su boca era minúscula, rosada, y sus dientes blancos y pequeños. Tenía unos enormes ojos de un tono azul claro enmarcados por pestañas claras. Le pareció que sus cejas, de un color rubio cobrizo y arqueadas con elegancia, eran bastante bonitas.

En todos los años que hacía que la conocía jamás lo había considerado. No era que no resultase atractiva, no exactamente. Era tan tímida, tan insignificante y se prestaba tan poca atención a sí misma que nadie reparaba nunca en ella.

Aunque, ahora que era su esposa, tendría que hacer mucho más que fijarse en ella. Se preguntó si debería mantener una relación íntima con ella esa noche y superarlo o bien esperar hasta que ella, y él, se hubieran hecho a la idea.

Aquel no era momento para pensar en consumir su matrimonio. Tenía una casa llena de condenados aristócratas a quienes conocer. Y tendría que mantener el mejor de los comportamientos para evitar la política. Se resignaría a sonreír y conversar de nada más trascendental que del tiempo.

Nick contuvo un suspiro y puso el brazo de Pru sobre el suyo mientras la dirigía hacia la puerta, donde los recibió un mayordomo con expresión severa. No obstante, suavizó la mirada al reconocer a Pru.

—Buenas tardes, señorita Prudence —le dio la bienvenida—. Lady Daine se alegrará de saber que ha llegado. También acaba de llegar lord Henry —dijo, y se hizo a un lado para permitirles pasar.

El padre de Pru y dos de sus hermanos, William y Charles, habían sido los dos únicos miembros de su familia que asistieron a la breve ceremonia nupcial. Su carruaje había precedido al de la reciente pareja, por eso ahora estaban al final del vestíbulo. Ellos se volvieron y esperaron mientras Pru hablaba con el mayordomo.

—Gracias, Symonds —dijo ella—. No hace falta que nos acompañes afuera. Por cierto, este es el señor Parrish.

No tuvieron que desprenderse de guantes, sombreros ni bastones puesto que la fiesta se celebraba al aire libre. Nick mantenía la mano de Pru sobre su brazo mientras se unieron a su padre y hermanos. Lord Henry los llevó aparte.

—En esta familia no hay secretos, por lo que estoy convencido de que casi

todo el mundo sabe que se ha celebrado una boda esta mañana. Pero por mucho que quisiera que esta fuera una celebración para ti, hija, me temo que no estaría bien estropearle el día a Arabella.

—Por supuesto que no, papá.

—En cualquier caso, las circunstancias... —Lord Henry miró a ambos y suspiró—. Esto no es lo que había deseado para ti Prudence, pero Parrish ha hecho lo correcto. Y estoy seguro de que será para bien. Ahora unámonos a la fiesta. ¡Oh, maldición! Aquí llega Margaret.

Una mujer alta, rubia y hermosa hizo su entrada triunfal en el vestíbulo. Vestida de muselina blanca y encaje, iba muy a la moda. Con las faldas hinchadas a su paso, se acercaba a ellos con una velocidad admirable.

—Gracias a Dios que habéis llegado —dijo, cortando el aire con ademanes de sus manos. Se detuvo frente a Pru, imponiéndose a ella con la mirada encendida. Fue una entrada digna de la señora Siddons—. Estaba desesperada. —Alzó de nuevo la mano hacia el aire en señal de frustración.

—Hola, Margaret —respondió Pru, serena a pesar de su apasionada arremetida—. Siento haber llegado tarde.

—No sé qué sucede contigo —exclamó su hermana—. Desaparecer así anoche dejándonos a todos tan preocupados cuando sabías que te necesitaba aquí. —Deslizó una mirada fulminante en dirección a Nick—. Supongo que es él...

Pru lanzó a Nick una mirada de disculpa.

—Este es Nicholas Parrish. Mi... marido.

Parecía atragantarse con la palabra. Dicha en voz alta, a Nick le resultó igual de perturbadora.

—Nicholas, permíteme presentarte a mi hermana Margaret, lady Daine.

Ella lo miró como si esperara que él le ofreciera una elegante reverencia, pero Nick preferiría condenarse antes de rendirle pleitesía a la aristocracia.

—Lady Daine. —Le tendió la mano—. Me complace conocer a la hermana de Pru.

Por un momento se puso nerviosa. Miraba su mano como si el guante estuviera sucio. Al final, se dignó a poner la mano sobre la de él, y Nick, por el mero hecho de turbarla, se la llevó a los labios.

Margaret se sacudió ligeramente por la sorpresa, entonces lo miró y retiró la mano.

—Bien. Todo esto es un asunto horroroso, por cierto, pero podremos sobrellevarlo de alguna forma. Pru, ¿no tienes nada más favorecedor que

ponerte? Oh, no tiene importancia. Nadie se fijará. Ahora ven conmigo. No me gusta nada cómo los sirvientes han dispuesto...

—Le ruego me perdone, lady Daine —intervino Nick agarrando a Pru del codo mientras ella intentaba seguir a su hermana—, pero estoy seguro de que cuenta con sirvientes muy bien preparados para ocuparse de esos asuntos.

En ese mismo momento, una hilera de sirvientes uniformados cruzó la entrada cargando con bandejas de plata repletas de platos y vasos.

—Parecen tenerlo todo bajo control. Estoy seguro de que podrán arreglárselas sin la ayuda de Pru. Soy un orgulloso novio, ¿recuerda?, y preferiría tener a mi esposa a mi lado, si no le importa.

Apenas podía creer haber dicho tal cosa, orgulloso novio, pero esa maldita mujer lo estaba irritando al tratar a la pobre Pru como a una sirviente.

A lady Daine no le hizo ninguna gracia. Apartó su fría mirada de Nick y se giró hacia Pru.

—Si algo sale mal hoy, será culpa tuya, querida. Y nunca te perdonaré por haber arruinado la primera aparición de Arabella en la ciudad.

Y dando media vuelta, se marchó.

—Bien hecho, Parrish. —William, el hermano menor de Pru, sonreía de oreja a oreja al ver alejarse a su hermana. Le dio una palmadita en el hombro—. Unámonos a la multitud. Ayudaré a Pru a presentarte.

Así, los cinco, Nick, Pru, lord Henry, William y Charles Armitage se encaminaron hacia un elegante salón con las puertas acristaladas abiertas a una gran terraza. Más allá, Nick podía ver un jardín unas diez veces mayor que el trocito de jardín trasero de su casa en Golden Square. Estaba atestado de gente. El bullicio de cientos de conversaciones flotaba en el aire a través de las puertas abiertas.

¡Dios! Aquello no iba a ser fácil. Odiaba ese tipo de reuniones multitudinarias. Miró hacia abajo para sorprender a Pru observándolo con aprensión. Naturalmente, ella sabía cómo se sentía. Ella había leído cada uno de los artículos y panfletos que había escrito durante los últimos cuatro años. Y en varias ocasiones, Pru, Edwina y él se habían sentado durante horas para conversar de política e ideales de reforma. Ella sabía lo incómodo que estaría en una habitación repleta de aristócratas privilegiados. Ella afirmaba apoyar los mismos ideales republicanos que él, pero aun así, aquella era su gente, su familia.

No era de extrañar que jamás hubiera revelado su procedencia. Él nunca habría podido confiar en ella de nuevo. Cómo odiaba a todos aquellos nobles que mantenían escarceos con la reforma porque les parecía algo moderno y sofisticado hasta que les afectaba en lo personal. ¿Sería ese el caso de Pru? ¿Acaso había encontrado una causa en la que ocupar su tiempo sin comprometerse de verdad?

—Lo siento muchísimo —susurró para que los demás apenas pudieran oírla.

Nick se preguntó si en su rostro se reflejaría el desdén, así que hizo un esfuerzo por dominar sus facciones. Lo más probable era que ella estuviera disculpándose por el número de familiares y no por las convicciones políticas de sus parientes.

—Ya me advertiste que era una gran familia —dijo él.

—No es eso a lo que me refería. Siento que sean tan...

—¿Aristócratas? ¿Ricos? ¿Privilegiados? Sospecho que, además, conservadores...

—Sí, todo eso. Sé cómo debes despreciarlos.

Nick miró a aquellos ojos azul claro, pero no pudo ver malicia ni engaño en ellos. En ese instante supo que sus ideales eran tan verdaderos como los suyos propios y que jamás había coqueteado con la reforma. Pru era una verdadera compañera. Solo tenía que recordar lo infatigablemente que Pru había trabajado en la revista, sobre todo desde que Edwina se había marchado.

Todo era culpa de aquel maldito matrimonio forzado. Durante todo el día había podido mantener a raya el deseo de liberar la ira que albergaba en la garganta. El esfuerzo lo había hecho enloquecer un poco. No debería haber dudado de Pru. Nada de esto era culpa suya.

—Son tu familia. Algunos de ellos pueden apoyar distintos ideales a los míos, pero eso no importa. Esto no es un mitin ni un debate público. Es una reunión familiar y te prometo que me emplearé a fondo para resultar encantador.

Ella le sonrió y desvió la mirada, entonces en voz muy baja le dijo:

—Eso no debería resultarte difícil.

Y así Nick se armó de valor para enfrentarse a la noble familia Armitage.

Entraron en la terraza, donde varias docenas de personas ataviadas a la moda circulaban entre los invitados hablando en voz alta. Había varias mesas cubiertas con delicados manteles dispuestas alrededor. Ante ellas se

encontraban algunos invitados escogiendo succulentos bocados. Unos pocos miraron en dirección a Nick, pero William lo condujo junto con Pru hacia las escaleras que daban al jardín de abajo.

—Cojamos algo de comer primero —propuso William—. Confieso que estoy hambriento. Espero que Margaret haya preparado un buen banquete. Le gusta llamarlo desayuno aunque ya es mediodía. Con sinceridad, espero que haya algo más que té y tostadas.

El jardín estaba repleto de más mesas pequeñas, pero la mayoría de la gente permanecía de pie o paseaba por el sendero de gravilla. Era una congregación elegante. Bajo los sombreros, gorros y turbantes, parecía que todos ellos tuvieran el cabello claro como el padre de Pru y sus hermanos. De hecho, era una familia de constitución fuerte, gran estatura y buena presencia, una reunión de vikingos. Había alguna morena y uno o dos pelirrojos, sin duda, parientes por matrimonio.

Su propio color moreno, heredado de su abuela italiana, le hacía sentirse como un borrón de tinta en medio de un immaculado pergamino. Con razón, muchas cabezas se giraron cuando entraron al jardín.

William llenó un plato con comida del bufé a pesar de que ni Nick ni Pru tenían apetito. Era muy probable que ella estuviera tan nerviosa como él. Nick la convenció para tomar champán cuando un sirviente pasó con una bandeja llena de copas. Él también cogió una y la chocó con la de su esposa en un silencioso brindis. Por un momento, ella lo miró fijamente con ojos burlones, vacilantes. Entonces se encogió de hombros y se acercó la copa a los labios.

—Vamos, Parrish —dijo William llevándose el plato con él—, permíteme presentarte a mi tía Jane, lady Gordon.

Y así empezó todo.

William lo condujo hasta una dama de unos sesenta años, alta, guapa y ataviada de manera elegante con muselina de topos.

—Hola, Willy —lo saludó ella—. Se te ve muy vivaracho. ¿Quién es este caballero?

—Le presento a Nicholas Parrish, señora.

Ella le ofreció la mano y lo observó detenidamente mientras sostenía un monóculo con la otra. Nick se la tomó, pero no se la llevó a los labios. No mientras estuviera apuntándolo con un monóculo.

—¿Cómo está, lady Gordon?

—Pensé que solo estaría la familia, Willy. Te perdonaré que hayas venido con tu amigo dado que es un apuesto diablillo.

—Él es familia, tía Jane. Está casado con Prudence.

—¿Con quién? —Frunció el ceño.

William empujó a su hermana hacia delante a pesar de que Pru no había estado escondiéndose detrás. Había permanecido justo a su lado.

—Con Prudence, tía.

Lady Gordon miró a Pru como si acabara de percatarse de su presencia.

—¿Prudence, casada? —Sus cejas desaparecieron bajo unos rizos de oro plateado que asomaban por debajo de un turbante de muselina y, asombrada, volvió a mirar a Nick—. ¿Con este joven?

—Sí, tía Jane —contestó Pru.

—¡Caramba! —Tenía la mirada fija en Nick cuando pestañeó—. ¿Quién habría imaginado algo semejante? Bueno, eres bienvenido a la familia, joven. Doy una pequeña celebración el próximo jueves, el día después de la puesta de largo de Arabella. Debe prometerme que asistirá. Y, por supuesto, puedes traer a Prudence.

—Con mucho gusto —mintió, sonriendo entre dientes. Esperaba no verse obligado a acudir a más eventos multitudinarios. Pero no podía negarse, incluso cuando ella parecía ignorar a Pru.

Antes de que lo llamaran y tuviera que ausentarse, William los acompañó a saludar a algunas personalidades: lord y lady Phillip Armitage, los condes de Totteridge; sir Thomas y lady Vaughn; lady Randolph Armitage... Después fue Prudence quien prosiguió con las presentaciones. Todos aquellos a quienes habían saludado hasta el momento habían reaccionado de la misma forma cuando Nick era presentado como el marido de Pru. Era como si ninguno de ellos hubiera imaginado jamás que ella pudiese encontrar marido, si es que alguna vez se paraban a pensar en ella. Más bien era como si ahora, gracias a él y porque se había casado con Pru, se fijaran en ella por primera vez.

¿Qué le pasaba a toda aquella gente? Pru era tan de alta alcurnia y distinguida como ellos. Era inteligente, dulce y atractiva. ¿Por qué había pasado desapercibida durante tanto tiempo? Era como si hubiera estado agazapada entre las sombras. Sí, era tímida, pero no vergonzosa. Pru era firme, miraba a los ojos y hablaba claro, aunque naturalmente no tan alto como los demás. Parecía que muchos de ellos habían decidido que la mejor manera de dejar su huella en esa gran reunión era gritando más alto que el

resto. El ruido era casi ensordecedor.

No era de extrañar que Pru hubiese intentado encontrar intereses propios fuera de aquel gentío. Nick era incapaz de imaginarse a Pru alzando la voz...

No veía ninguna mujer tan menuda como Pru y tampoco a ninguna con un color de pelo cobrizo tan singular. Y, por descontado, ninguna de ellas parecía tímida, no en una familia tan enérgica, sociable y tumultuosa. Si no fuese por la semejanza en la forma de la cara y un atisbo de nariz aguileña, ¿cómo había podido pasar por alto esa línea aristocrática? Nunca habría adivinado que Pru pertenecía a esa familia.

Lo llevó a conocer al resto. Tantos primos, tíos y tías... resultaba desconcertante.

—No intentes retener todos nuestros nombres —le dijo uno de ellos. Nick estaba casi seguro de que se trataba de Lionel Armitage, hijo de lord Arthur Armitage—, es una causa perdida. Incluso muchos de nosotros tenemos problemas para recordar todos los parentescos. Siempre he pensado que en estos eventos deberíamos llevar etiquetas identificativas o bien una banda de color que nos emparentara con uno de los doce hijos del viejo duque.

—Eso sería muy útil para un recién llegado —afirmó Nick.

Algunas de sus primas se llevaron aparte a Pru. Sin duda, querían escuchar todos los detalles de su repentina boda. Nick se preguntaba cuánto de la verdad les contaría.

Lionel Armitage lo arrastró con él para conocer a más primos. En tan solo un momento se vio rodeado de un grupo de hombres altos de pelo rubio que le daban pequeños toques en el hombro y se reían a carcajadas.

—Has caído en la trampa, ¿eh, querido amigo?

—He oído que fue una situación bastante violenta...

—Se dice que una situación comprometedor y sin remedio...

—Una pena que no te hayas comprometido a una belleza.

—De entre todas, ¡Prudence!

—¡Mala suerte! Eso es lo que ha sido.

—Aunque es muy calladita...

—Manejable...

—Incluso me atrevería a decir que no se quejaría si llevaras una doble vida.

—Aun así, es una verdadera pena.

—Un terrible aprieto.

—No es exactamente el tipo de mujer con el que sueña un hombre.

—¡Ajá! Más bien una pesadilla.

—¡Pobre Prudence! Es tan poco agradada...

—Tan triste y sin estilo...

Un repentino coro de gargantas aclarándose advirtió a Nick que Pru estaba cerca. De hecho, estaba detrás de él. ¡Maldita sea! ¿Cuánto habría oído? Estaba girándose para marcharse cuando Nick la agarró del codo y la trajo a su lado.

—Me temo que tienen una impresión equivocada, caballeros —les dijo—. Resulta que ella es precisamente la mujer con quien siempre había soñado. Prudence y yo llevamos un tiempo enamorados, ¿verdad, querida?



Pru permaneció en silencio. ¿Qué responder ante semejante defensa? Había escuchado a sus primos compadecerse de Nicholas por su mala fortuna. Él debía haber sabido que ella había prestado atención a sus terribles comentarios. No era nada agradable saber que opinaban de ella que era triste y sin estilo, aunque reconociese que era verdad. Y también sabía lo injusto que resultaba para Nicholas estar ahora unido a ella, pero el hecho de oírlo en voz alta y que fuera objeto de burla tampoco lo hacía más fácil.

Él sabía que ella había estado presente cuando lanzaron esos horribles comentarios e intentaba desagraviarla. El bueno de Nicholas. Pru lo miró y le sonrió, incapaz de ofrecerle una palabra coherente de confirmación.

Nick atrajo a Pru más cerca de sí.

—Teníamos previsto esperar —añadió—, pero las circunstancias nos obligaron a anticipar el enlace. Su prima, caballeros, es una pequeña joya de valor inestimable. Les sugiero que no lo olviden.

Se dio media vuelta para alejar de ellos a Pru. Sin embargo, pudieron escuchar al primo Rupert, uno de los más indiscretos, decir en voz alta:

—Vaya, eso sí que es increíble.

Pru no podía reprimir la risa.

—Nicholas, ha faltado poquísimo. ¿Cómo puedes decir esas cosas manteniendo una expresión seria?

—No podía soportarlos un momento más. —Su voz estaba cargada de ira—. Han sido unos groseros insufribles.

—Me atrevería a afirmar que lo han sido, pero eso no es razón suficiente para contar semejante mentira. Nadie se lo creerá.

—Bueno, entonces tendremos que hacer que se lo crean. Me trae sin cuidado que tus cientos de primos puedan sentir lástima por nosotros.

Tal consideración casi le hizo tener ganas de llorar.

—Es muy amable por tu parte, Nicholas, pero no es necesario. Hay otras muchas personas más interesantes en la familia para que nadie pierda el tiempo sintiendo pena por mí.

—Supongo que tus primas querían saber todos los detalles. ¿Qué les has contado?

—No mucho. Por supuesto, todas habían oído ya algo acerca de la

repentina boda. Ese tipo de noticias corren como la pólvora en esta familia. La mayoría solo quería saber quién eres y cómo es que alguien como yo ha sido capaz de atrapar a alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Alguien tan... apuesto.

Su prima Beatrice había expuesto con total descaro que Nicholas y Pru eran una pareja en extremo dispar. Por supuesto que lo eran, y nadie lo sabía mejor que Pru. Él era maravilloso, ella era mediocre. Él era encantador y sociable, ella tímida y diferente. Él era brillante. Poseía una mente que podía echar por tierra cualquier razonamiento político con facilidad y formular ideas nuevas y profundas con una elocuencia persuasiva. Ella, por el contrario, era... normal.

No, ella no era la pareja ideal de Nicholas. Debería haberse sentido avergonzado por sus deficiencias y aun así estaba dispuesto a fingir un matrimonio por amor.

Nick gruñó de frustración.

—Pru, te juro que no entiendo cómo has podido arreglártelas para vivir con esta gente toda tu vida.

Ella se encogió de hombros y le sonrió.

—Lo voy llevando.

—¿Cómo? ¿Continuando invisible para ellos?

—Supongo. En realidad no me importa. Yo no soy como ellos, sabes... Yo nunca... he encajado.

—Eso ya lo veo. Bueno, hoy no estás pasando desapercibida para nadie. Vamos a darles algo en lo que fijarse. Mírame como si me amaras, Pru.

Nick se llevó la mano de Pru a los labios, reteniéndola sobre ellos más tiempo del que era adecuado, mirándola todo el tiempo como si quisiera devorarla allí mismo.

¡Dios, cómo había deseado que él la mirara de aquella forma! Era una delicia aunque, claro, era un deseo simulado. Había un atisbo de burla en aquellos ojos oscuros, pero había sido fácil fingir que era real, aunque fuera solo un momento.

Ella quería que ese momento durara para siempre.

—Continúa mirándome, Pru —le pidió mientras situaba la mano de su esposa por debajo del pliegue de su codo y posaba su mano sobre la de ella—. Hazles creer que estás enamorada de mí. Eso es. Oh, muy bien, casi me estás convenciendo, querida. De verdad creo que podrías hacer carrera en

los escenarios, Pru.

—Así que este es el apuesto novio.

Pru apartó la vista de Nicholas justo a tiempo, antes de que él se diera cuenta de que no estaba actuando, y encontró a su prima Eunice a su lado. No miraba a Pru sino a Nicholas, y lo hacía con gran admiración. Eunice era hermosa y terriblemente vanidosa. Pru debería haber sospechado que ella estaría al acecho del nuevo y bello rostro de la reunión.

—Hola, Eunice, te presento a Nicholas Parrish, mi marido. —Pasó por alto la actitud posesiva con la que había pronunciado aquellas palabras. ¿Qué le sucedía? La ardiente mirada de deseo que Nicholas acababa de dedicarle no era real—. Nicholas, esta es mi prima, la señorita Shelbourne.

Eunice tendió la mano, pero Nicholas, al contrario de como había hecho tantas veces esa misma tarde para contentar a todas las damas, no la besó. Simplemente tomó aquella mano y se inclinó ante Eunice.

—Su atento servidor, señora.

Eunice, sin quitarle la vista de encima, le respondió con una sonrisa provocativa.

—¡Válgame Dios, Prudence! ¡Has dado un golpe maestro! ¡Vaya marido tan atractivo que has atrapado!

Nicholas trajo a Pru a su lado.

—Si ha habido alguna trampa, le aseguro que caí en ella por voluntad propia, señora.

Los ojos de Eunice reflejaban algo más que un atisbo de burla al mirar a Pru.

—¿De verdad? Bueno, siempre se ha dicho que los modositos son los que más te sorprenden, y eso es lo que tú has hecho, Pru. Confío en volver a verlo en más ocasiones durante esta temporada, señor Parrish. ¿Asistirá a la puesta de largo de Arabella la semana que viene?

—Estamos deseando pasar algún tiempo a solas, ¿verdad, querida? Pero estoy seguro de que nos dejaremos ver de vez en cuando. Mi esposa será quien decida qué invitaciones aceptar.

—Bien. Seguro que ella querrá asistir a la puesta de largo de su sobrina —dijo Eunice—, así que espero que me reserve un baile, señor Parrish.

—¿Puedo interrumpir?

El padre de Pru se acercó para unirse a ellos.

—Por supuesto, papá.

—¿Puedo llevarme a Parrish un momento? Te prometo no retenerlo por mucho tiempo.

—Por supuesto, milord —contestó Nicholas volviéndose después hacia Pru—. Te buscaré después, querida.

Y, una vez más, sin duda para el deleite de Eunice, besó a Pru en la mano con excesiva efusividad y le dedicó otra mirada de vivo deseo fingido. Después, él y su padre se marcharon.

—Confieso que me has dejado asombrada, prima —le dijo Eunice—. ¡Qué hombre tan espléndido! Si una tiene que verse comprometida, desde luego él es el hombre ideal para el caso.

Continuó reprendiendo a Pru por haber atrapado al pobre hombre, como si el caso hubiera sido menos censurable si se hubiera tratado de una mujer más próxima a él en belleza.

Eunice no había sido la primera en insinuar que Pru había urdido una situación comprometedora para atrapar a Nicholas de un modo deliberado. Algunas de sus parientes también lo habían dado a entender. Su prima Susan, lady Lambrooke, había expuesto en voz alta que no había otra manera posible por la que Prudence hubiera podido atraer a un hombre semejante.

Debería resultarle mezquino, pero sin embargo, en el rincón más profundo y remoto de su alma, Pru se sentía bastante orgullosa de sí misma por tener el marido más atractivo y encantador de entre todas sus primas.

—Confío sinceramente en que no esperes quedártelo para ti sola —dijo Eunice—. Un hombre como él no se contentará con permanecer sentado junto al fuego cada noche, fiel como un sabueso. Y espero que no seas tan tonta como para enamorarte de él. Sería una insensatez, querida. Ah, ahí está Roland. Debo ir a saludarlo.

Pru se quedó a solas en el caminito del jardín con las palabras de Eunice resonando en su cabeza. Aún no había tenido tiempo de considerar cómo transcurriría su matrimonio. ¿Había esperado que Nicholas fuera un marido fiel? Suponía que aquel era un sueño imposible. Solo esperaba que fuera discreto y no se pronunciara respecto a cualquier otra mujer que pudiera haber en su vida. Ella no deseaba saber nada de ellas.

Y rezaba para que ninguna de ellas fuese una de sus numerosas primas. Hoy, casi toda mujer por debajo de los noventa años había vuelto la mirada para echarle un vistazo. Algunas incluso lo habían observado con gran admiración. Nick había sido encantador, pero no había coqueteado con

ninguna de ellas. No al menos que ella supiera. Se preguntaba si Nick sería consciente del efecto que surtía su encanto natural.

Así era como iba a ser. Estaba casada con un hombre a quien amaba con locura, pero que no estaba enamorado de ella, no la quería y no lo haría nunca. Cualquiera mujer en la faz de la Tierra lo encontraría atractivo, por lo que Pru tendría que soportar de forma constante el abierto interés de otras mujeres. Y por el mero hecho de que cualquiera de ellas resultase más deseable que Pru, ella tendría que preguntarse si él correspondería a ese mismo interés y guardaría silencio en caso de que la respuesta fuera afirmativa.

¿Cómo iba a aguantarlo?

¿Estaba destinada a compararse por siempre con alguna desconocida que pudiera ser su amante y preguntarse lo lamentable que resultaba comparada con su contrincante? ¿Habría mujeres ya en su vida contra quienes competir?

¡Santo cielo! En aquel momento se le ocurrió que sabía muy poco de su vida personal. ¿Y si estaba enamorado de otra persona? ¿Y si había estado cortejando a alguien con la intención de proponerle matrimonio?

—¿Tía Prudence?

Pru respiró hondo y se obligó a dejar a un lado todos los pensamientos relacionados con las distintas formas en que podía haber arruinado la vida de Nicholas. Se compuso, miró a su sobrina y sonrió.

—Arabella, ¿te he dicho lo guapa que estás hoy? Ese tono de azul ha sido una muy buena elección. Es muy favorecedor.

La joven hizo un ademán como quitándole importancia al comentario y agarró a Pru del brazo.

—Me alegro de que podamos tener un momento a solas, tía Prudence. Quería decirte lo feliz que estoy por ti. El señor Parrish es muy apuesto, ¿verdad?

—Ciertamente lo es.

—Espero poder encontrar un marido tan guapo. —Arabella suspiró con añoranza—. Aunque rezo para que no tenga que esperar tanto como tú. —Dio un pequeño chillido y se tapó la boca con la mano—. ¡Oh, perdóname! No he querido decir eso. Me refería a que yo no tengo tu paciencia. Yo quiero encontrar a mi príncipe azul ahora. Todas las primas están celosísimas, ¿sabes? ¿Es cierto que has estado enamorada toda tu vida? Eso

es lo que ha dicho el primo Hugh. El señor Parrish le dijo que, aunque la celebración de la boda se produjo de manera forzosa, no fue mal avenida. Estoy tan contenta de que por fin hayas encontrado a tu media naranja... Pero ¿por qué nunca nos hablaste de él?

Pru se encogió de hombros. Se negaba a seguir con la historia que Nicholas se había inventado, pero tampoco quería contradecirlo en público.

—Era un asunto privado, Arabella.

—Y tú siempre has sido una persona muy reservada. —Arabella sonrió y le dio una palmadita en el brazo—. Bueno, yo, por lo pronto, siento una enorme felicidad por ti. Ojalá hubieras podido tener una gran boda con un montón de celebraciones. No me parece bien que no se festeje. —De repente, se le iluminaron los ojos con la excitación—. ¡Ya lo tengo! Podemos aprovechar mi baile de puesta de largo para celebrar también tu boda.

Un escalofrío de puro terror le recorrió todo el cuerpo.

—No, no, querida. El baile es solo para ti. Será tu noche especial tras tu presentación a la reina por la tarde. Además, no quiero crear mucho alboroto con esta boda. Soy ya muy mayor para eso y, dadas las circunstancias, no sería apropiado.

—¡Bah! ¿Qué importan las circunstancias si es un matrimonio por amor?

—Por favor, Arabella, déjame hacer esto a mi manera. Además, incluso aunque yo estuviera de acuerdo, que no lo estoy, tu madre nunca permitiría que compartieses tu baile de gala conmigo.

Su sobrina se rió.

—No lo haría, ¿verdad que no? Bueno, al menos deberás venir y bailar con el señor Parrish. Puedes fingir que es tu baile aunque no digamos nada sobre ello.

Un baile falso. Un falso matrimonio por amor. ¿Qué otras apariencias tendría que mantener en el nuevo mundo imaginario en el que acababa de entrar esa mañana? ¿Y cuánto tiempo podría aparentar no ser una desgraciada?

Nick siguió a lord Henry dentro de la casa. Suponía que iban a tener una charla de hombre a hombre sobre Pru, dado que no habían tenido tiempo de hacerlo hasta entonces. Lord Henry había pasado la mañana disponiéndolo todo para obtener la licencia especial y el permiso de uso de

la iglesia. Pero el momento de hablar sin rodeos había llegado, a pesar de que Nick no tenía muchas ganas de enfrentarse al hombre que ese mismo día, más temprano, lo había golpeado en la nariz.

Lord Henry le mostró el camino atravesando el salón y bajando las escaleras hacia la biblioteca. Después de indicarle que debía sentarse, cerró la puerta y tomó asiento tras el escritorio.

—Daine nos ha dado permiso para usar su estudio —dijo—. Me ha asegurado que no seremos molestados. —Apoyó los codos sobre el escritorio, se inclinó hacia delante y, juntando las yemas de sus dedos, miró a Nick fijamente hasta retomar su discurso.

—Tengo entendido que estás afirmando que el vuestro es un matrimonio por amor.

¡Dios santo! ¿Eso era todo lo que el hombre quería discutir? Seguro que no se opondría a una pequeña mentirijilla...

Había sido una respuesta del todo impulsiva a las insolentes groserías de aquellos primos. Las referencias ofensivas a Pru, además de enfurecerlo, habían despertado un instinto protector que se había apoderado de él con una fuerza asombrosa. Quizá porque Pru había pasado tanto tiempo en compañía de Edwina, él había empezado a pensar en ella como una hermana. Jamás habría permitido a nadie hablar de Edwina de un modo tan ofensivo.

—Confieso que no me gustaba la forma en que algunos de sus parientes estaban tratando a Pru —dijo—. Era como si fuese una persona detestable, fea e indigna de ser feliz. Me enfureció mucho y por eso dije lo que dije, para poner fin a sus burlas.

—Me sorprendes, Parrish. —Lord Henry lo miraba fijamente con aquellos ojos azules como los de su hija—. Teniendo en cuenta cómo han empezado las cosas esta mañana, no había esperado tal... consideración. Suponía que estarías tan enfadado que permanecerías tenso y en silencio durante todo el día, pero te has desenvuelto bien. No somos una familia a la que uno se acostumbre con facilidad, y menos con tan poco tiempo, así que aprecio tu deferencia hacia Pru.

—Es mi amiga, lord Henry, y no se merece las palabras tan crueles que le han dedicado sus primos. Es cierto que estoy enfadado por toda esta situación, por mí mismo y por Pru, pero lo hecho, hecho está y no tengo ninguna intención de permitir que su familia le haga a Pru todo esto aún más difícil de lo que ya lo es. —O a él, ¡por Dios bendito!

—Muy bien. —Lord Henry lo miró con los ojos bien abiertos—. Elogio tu sentido del honor. Eres un verdadero caballero. Después de todo, parece ser que mi hija ha hecho una buena elección.

¿De verdad? Nick lo dudaba. Aquel matrimonio se había concertado contra la voluntad de Pru al igual que contra la suya.

—Lo haremos lo mejor posible, milord.

—¡Diantre! Creo de veras que lo haréis. —Una especie de sonrisa pareció iluminar su rostro, pero se desvaneció—. Pero me temo que debemos discutir asuntos más prácticos, la dote de Pru.

Nick contuvo un quejido. Había estado temiendo esa discusión.

—Ahora ya sabes que la nuestra es una gran familia.

—Así es.

—Y que es cierto que mi padre fue un duque. Sin embargo, siendo el menor de doce, me temo que cuando llegué yo quedaba ya poco de, lo que podría decirse, una fortuna. No soy un hombre rico, Parrish.

Nick respiró hondo en señal de alivio. Gracias a Dios, no le habían endilgado una heredera.

—Tengo siete hijos —continuó lord Henry—, así que queda muy poco para Prudence. Hace unos años establecí para ella una pensión vitalicia que solo le renta unos cientos al año. Aparte de eso, no puedo proporcionarle una dote. Para serte franco, nunca pensé que fuera a necesitarla.

¡Dios! Ni siquiera su propio padre la valoraba.

—Y no la necesita —respondió Nick, incapaz de controlar la ira en su voz. En esta cuestión tenía la intención de mantenerse firme—. Considerando las circunstancias, no había esperado ninguna dote. No tenía programados los acontecimientos de esta mañana para llenarme las manos con el dinero de Pru. Naturalmente, no tocaré su pensión anual ni aceptaré ninguna dote, milord.

—¿Por qué diablos no iba a hacerlo? —Lord Henry alzó las cejas y lo miró con asombro—. No creo que seas un hombre que posea una gran fortuna. Coge lo que puedas, Parrish.

—No, milord. Ella no es una propiedad en venta. Es cierto que no poseo una gran fortuna, pero cuento con una casa cómoda y algunos ahorros, además de algunas inversiones de las que espero obtener grandes beneficios.

—¿Cómo cuáles?

—Algunas incursiones en el transporte marítimo. Exportaciones de algodón y azúcar de las Antillas a Europa, y, a partir del tratado, algunas importaciones desde Francia. También acciones en algunas minas de cobre y proyectos de canales, además de una o dos patentes industriales.

—Todos ellos negocios arriesgados. —Lord Henry frunció el ceño—. Diría que hay más especulación que inversión.

—Pero con un potencial de beneficios significativos.

De hecho, esperaba recibir buenas noticias en las próximas semanas y ya tenía planes para los beneficios anticipados. Al menos los tenía hasta esta misma mañana.

—En el pasado, ¿lograste algún éxito con alguna de estas incursiones?

Nick cambió su postura, nervioso, echando el peso al otro lado.

—Yo... umm... resulta que estoy atravesando una racha de mala suerte por las tormentas de febrero y todo lo demás, pero tengo mucha más confianza en mis intereses actuales.

—Y la casa de Golden Square, ¿es tuya? —Lord Henry lo estudió con detenimiento.

—Bueno, no exactamente. —Aquella conversación estaba volviéndose decididamente extraña—. Pertenece a mi padre, pero él casi nunca viene a la ciudad y por eso hace ya ocho o diez años que mi hermana y yo disponemos de ella. Ahora que Edwina se ha casado, padre no tendrá ningún inconveniente en que Pru y yo hagamos de ella nuestra residencia permanente. También obtengo algunos ingresos escribiendo. No muchos, pero suficientes. Estaremos bien, milord, se lo prometo. Pru tendrá su pensión anual para gastarla en lo que ella desee.

—Tendrá más que eso.

—Disculpe, milord, pero pensé que había dejado claro que no aceptaré dote para Pru.

—No estoy hablando de la dote. Pienso que eres un maldito idiota al rechazarla, pero no tiene importancia. Después de todo, Pru tiene su herencia.

A Nick estaba empezando a formársele un nudo en el estomago.

—¿Qué herencia?

—¿Nunca te la ha mencionado? Bueno, siempre ha sido tan callada... Mi hermana Elisabeth le dejó una pequeña herencia hace un año.

—¿Eh? —Un nuevo nudo se unió al anterior en su bajo vientre.

—Sí, Elisabeth siempre fue un poco excéntrica. Era la mayor de los doce.

Se casó con el marqués de Worthing cuando yo aún andaba en pañales, así que nunca tuvimos mucha relación. Cuando murió el año pasado, su testamento reveló una cláusula según la cual el hijo menor del hijo menor del duque recibiría una pequeña suma de dinero. Y esa es Pru. Supongo que para que no se perdiera entre la multitud. Estoy seguro de que Elisabeth pensó en ello como una broma genial.

Nick tenía la garganta seca, pero se obligó a hacer la pregunta que flotaba en el aire entre ellos dos.

—¿Y a cuánto asciende esa herencia?

—Creo recordar que fueron tan solo unos cuantos miles de guineas.

¡Dios santo! Aquel hombre hablaba como si se tratase de calderilla. Nick empezó a sentir una serie de retortijones en la barriga.

—Unos cuantos miles de guineas.

—Puede que ahora sea algo más. Sé que Pru ha invertido una parte y puede que haya realizado algunas inversiones más, pero si conozco bien a mi hija, seguro que no tan arriesgadas como las tuyas. No puedo confirmártelo puesto que lo administra ella misma. De todas formas, es su dinero y ahora lo trae consigo al matrimonio, por lo que ahora también es legalmente tuyo. Pensaba que deberías saberlo.

—No tocaré ese dinero.

—Eso queda entre Prudence y tú. —Lord Henry suspiró exasperado—. No obstante, te diré algo, Parrish: mi hija tiene la suerte de poseer dinero suficiente para vivir con comodidad, al menos con tanta como lo ha estado haciendo bajo mi techo. Y por Dios te advierto que no me cruzaré de brazos al verla vivir como una indigente si tus inversiones fracasan, solo porque seas demasiado orgulloso para gastar su dinero.

—Ella puede hacer lo que quiera con su dinero. No le impediré que lo gaste en lo que le plazca.

—¿Incluso en gastos domésticos?

A Nick se le puso el vello de punta. Era evidente que lord Henry lanzaba bien los dardos.

—Es mi casa, milord. No hay necesidad de que Pru emplee su dinero en su mantenimiento.

—¿Y qué me dices de los sirvientes? Tú mismo abriste la puerta esta mañana. ¿No cuentas con servicio doméstico?

Nick se retorció en la silla.

—Tengo una asistente que trabaja a tiempo parcial y una cocinera que viene por las mañanas para preparar las comidas del día.

—¿Y si Pru quisiera tener a su servicio a una doncella? ¿Le permitirías gastar su propio dinero para pagar una?

—Tengo lo suficiente para aumentar la plantilla cuanto sea necesario. Si Pru quiere una doncella, veremos qué puede hacerse para que se cumpla su deseo.

—¿Y la ropa? Habrá muchos bailes y celebraciones esta temporada. Debido a la presentación en sociedad de Arabella, se espera que Pru también asista, al menos, a algunos de ellos. ¿Le permitirás que compre vestidos nuevos?

¡Maldito hombre! Nick había cerrado los puños y se esforzaba por recordarse a sí mismo que era su suegro a quien tenía enfrente sentado ante el escritorio. Sería imprudente lanzarse sobre él y estrangularlo.

—Es su dinero y puede emplearlo en lo que desee.

—¿Excepto necesidades básicas?

—Yo le satisfaré las necesidades básicas —dijo Nick entre dientes—. Pero recuerde que este matrimonio no fue idea mía. No vine pidiéndole su bendición. No obstante, lord Henry, no quiero que piense que soy un vagabundo, porque no lo soy.

—Pero eres muy orgulloso. Bueno, veo que Prudence y tú tendréis que resolverlo entre los dos. Ten en cuenta lo que te he dicho, Parrish. No permitiré que lleve una vida pobre como las ratas cuando posee dinero para vivir de forma holgada.

Arabella y otras de sus primas habían obtenido permiso para utilizar el palco ducal por la noche en el teatro. Su sobrina había tratado de convencerla y engatusarla con un entusiasmo incesante para que ella y Nicholas se unieran, por lo que Pru al final accedió. De hecho, estaba bastante contenta de haber aceptado, porque así aplazaría un poco más el momento de estar a solas con Nicholas por primera vez como marido y mujer.

Pru lo vio bajar los escalones de la terraza junto a su padre. La desconcertó percibir en Nick una mirada adusta nada propia de él. De hecho, su padre tampoco parecía especialmente feliz. ¡Oh, Dios! ¿Qué se habrían dicho? Pru no quería pensar en ello. Todos los acontecimientos de aquel día estaban causándole la mayor agitación emocional que había

tenido que soportar en toda su vida, y aún tenía que hacer frente a la noche de bodas... No necesitaba más calamidades de las que preocuparse.

Para cuando Nick llegó a su lado, ya esbozaba una sonrisa de cortesía. No obstante, había en ella cierto rastro de crispación que parecía ocultar algo más, ¿ira quizás? ¿Habían discutido él y su padre?

Rápidamente le contó lo de la invitación al teatro y Nick asintió, aunque no dijo nada. Permaneció callado mientras Arabella y otras dos primas de su misma edad reían acerca de quiénes les habían solicitado bailes para la celebración de la siguiente semana. Arabella se giró hacia Nicholas.

—Confío en que lo veremos sacando a la tía Prudence en el primer baile, ¿verdad, señor Parrish?

Dio un pequeño respingo pues andaba con el pensamiento perdido y después les mostró la más auténtica de las sonrisas.

—Sí, por supuesto —respondió mirando a Pru una vez más con fingida devoción, recordándole que estaba, en teoría, enamorado de ella. Le tomó la mano y la apoyó sobre su brazo—. Lo haré con gran placer.

Poco después, algunos de los invitados empezaron a marcharse y el tumulto empezó a disminuir. El padre de Pru la llevó aparte para recomendarle que volviera a su casa y empezara a organizar el embalaje de todas sus cosas para mudarse a Golden Square. Antes de que pudiera responder, su hermano Frederick lo llamó y Pru se quedó sola asimilando las implicaciones de aquellas palabras.

Entonces eso era todo. El final de su vida como la hija solterona de lord Henry Armitage. Tenía que abandonar para siempre la casa en la que había nacido y crecido para empezar, de alguna manera, una nueva vida con Nicholas en Golden Square. Hoy, ahora mismo y sin apenas tiempo de hacerse a la idea. ¿Compartirían armario? ¿Estaría su camión colgado de una percha junto al de él? ¿La cocinera sería capaz de hacerle el pastel de ciruela justo como a ella le gustaba? ¿Habría suficiente espacio para sus libros? ¿Y la música? ¿Cómo iba a poder sobrevivir sin el piano?

—Es un poco aterrador, ¿verdad?

Alzó la vista para encontrarse con Nicholas observándola con inquietud. ¿Reflejaba su expresión sus pensamientos de una manera tan evidente?

—Cambiar de manera de vivir de un día para otro —dijo Nick—, dejar atrás todo lo que te resulta familiar. Es un gran impacto. Y no lo es menos para mí. Pero lo superaremos, querida, te lo prometo.

—Sí.

—Echarás de menos a tu familia.

—De hecho, estaba pensando lo tranquilo que será no tener a mis hermanos bajo el mismo techo. —Pru sonrió con timidez—. Pueden llegar a ser muy ruidosos. Disfrutaré de la tranquilidad al estar solos tú y...

—Solos tú y yo.

—Sí.

Solos ella y Nicholas, ¿qué podría ser menos tranquilo y más inquietante a la vez? Seguro que una casa en silencio aumentaría su incomodidad al no tener un telón de ruido y actividad tras el cual esconderse. Nicholas tenía razón. Pronto echaría de menos el barullo de Brooke Street con todo aquel griterío, jolgorio y muchachos dando zancadas.

—Bueno, no hay prisa. No hay por qué tenerlo todo listo hoy —trató de tranquilizarla Nicholas—. Estoy de acuerdo con lord Henry en que deberías regresar a casa ahora y empezar a embalar tus cosas. Podemos hacer que traigan las primeras cosas mañana. Y puesto que querrás cambiarte para ir al teatro, preferirás sin duda hacerlo en casa antes de perder el rastro de donde lo has puesto todo. Yo iré a buscarte esta noche.

—¿Vendrás pronto para cenar con nosotros?

Fue una petición impulsiva, pero de repente no quiso enfrentarse sola a su familia, a las burlas de sus hermanos, toleradas por su padre.

—¿Tu última cena como anfitriona en casa de tu padre? —Nicholas sonrió—. Será un honor. Vamos, déjame que te lleve hasta allí ahora. Estoy seguro de que tienes mucho que hacer.

Y así su novio la acercó a casa de su padre en Brooke Street, dejándola con un estúpido sentimiento de soledad y abandono.



A Nick le iba a estallar la cabeza. Había bebido demasiado vino y estaba bastante confundido. En lugar de suavizar la rabia contenida que lo había molestado todo el día en el vientre, la bebida la había intensificado.

Pru se sentó a su lado en el carruaje que los conducía de vuelta a su modesta y pequeña casa en una plaza poco elegante, casi en la periferia de Mayfair. Cuánto temía afrontar la vida en un escenario tan modesto. La casa de su padre, a pesar de no ser muy grande, era elegantísima. La casa de su hermana lo era todavía más, por lo que se imaginaba que cada uno de los familiares aristocráticos a quienes había conocido hoy habitaban casas de estilo refinado bastante alejadas del sórdido lado de la ciudad por el que ahora estaban pasando. Nick llevaba a Pru a su casucha, edificada con piedra sacada de la peor de las canteras de la ciudad, y se odió a sí mismo por no estar a la altura de las circunstancias.

Desde aquel difícil interrogatorio de lord Henry, Nick sentía que hervía de indignación. Estaba furioso por el matrimonio forzoso. Estaba furioso porque acababa de vincularse a una familia aristócrata y altanera. Estaba furioso por la forma en que Pru era ignorada, desdeñada e insultada por parte de sus propios parientes. Y estaba furioso con su suegro por suponer que él no cuidaría bien de ella.

La única persona con quien no estaba furioso era Pru. Nada de esto era culpa suya. Estaba atrapada al igual que lo estaba él. Sí, odiaba el hecho de que ella tuviera algo de dinero propio cuando él tenía tan poco, pero no podía echarle la culpa de eso. Ni siquiera podía culparla por no haberle contado nada acerca de su procedencia, puesto que él no recordaba haberle preguntado una sola vez al respecto.

Sin embargo, lo que más detestaba y le hacía estar más furioso era que había permitido que aquella gente altanera y arrogante lo sacara de quicio con sus magníficas casas, su ropa elegante y su vino caro. Él era tan bueno como ellos, ¡maldita sea! No, él era mejor, dado que había pasado parte de su vida luchando para ayudar a la clase trabajadora, cuyo esfuerzo servía para que familias como los Armitage llevaran una vida privilegiada e indolente. Aun así, aquellos aristócratas consentidos que no habían hecho nada de valor en sus vidas se las habían apañado para hacerle sentir

incómodo e inferior.

Con lord Henry, Nick se había reconocido como un pretendiente inelegible, miserable y fracasado. Era evidente que él lo consideraba indigno de Pru, y Nick suponía que lo era. Pero lo que lo desconcertaba era que no había sido él quien había forzado el matrimonio.

La rareza de aquel día había continuado durante la noche. Nick había elegido sus ropas con sumo cuidado y había llegado a las siete en punto a la residencia de lord Henry para sentarse a cenar con los cinco caballeros que lo habían abordado como una panda de rufianes en la puerta de su casa esa misma mañana. Su bienvenida había sido sorprendentemente cálida y afable. Parecía que hubieran olvidado o perdonado el contratiempo de esa mañana. De manera amistosa, le habían dado tantas palmaditas sonoras en la espalda que lo más probable era que tuviera moratones.

Se había sentado a la derecha de Pru. Ella era la única mujer a la mesa y ninguno de los hombres de la familia parecía estar preparado para modificar su comportamiento en deferencia de la sensibilidad femenina. Su hermana Edwina hubiera aplaudido un tratamiento tan igualitario, como lo haría Nick si pensara que tenía algo que ver con los derechos de la mujer, pero no era el caso. Pru era invisible para ellos. Se charlaba en voz alta y, en líneas generales, el lenguaje era a veces rudo y se bebía muchísimo.

Pru apenas abría la boca para hablar, pero no se la veía incómoda. Habiéndolas presenciado durante toda su vida, estaría ya acostumbrada a comidas tan bulliciosas. Nick había estado tan exasperado por la forma en que aquella panda de bribones ignoraba a Pru que había estado a punto de decir algo, justo cuando lord Henry se puso en pie. Su presencia autoritaria hizo que sus escandalosos hijos enmudecieran.

—Me gustaría que todos alzáramos las copas en honor de vuestra hermana —dijo.

Bravo, al fin, pensó Nick.

Después de que un sirviente rellenase todas las copas, todo el mundo hizo lo que lord Henry había pedido.

—Nos deja hoy —continuó lord Henry—, para empezar una nueva vida como la señora de Nicholas Parrish. Aunque me atrevo a decir que las circunstancias no han sido tan honestas ni románticas como a ella le habrían gustado.

Los hermanos empezaron a reírse a carcajadas hasta que el padre los fulminó con la mirada haciéndolos callar.

—No obstante, Prudence está ahora decentemente casada y espero que ella y el señor Parrish disfruten de la vida en común. —Alzó su copa—. Brindemos por el señor y la señora Parrish y por que vivan juntos y felices durante mucho tiempo.

—¡Un aplauso para los recién casados! —se oyó decir en coro alrededor de la mesa.

Nick entrechocó su copa contra la de Pru. Podría jurar que las lágrimas se le estaban acumulando en los ojos, sin embargo ella apartó la mirada y se recompuso de inmediato.

—Esto estará tranquilo sin ti, Prudie —dijo William provocando las carcajadas de sus hermanos.

Su timidez y retraimiento servían de broma a la familia. Pru sonrió ante las burlas de sus hermanos, a Nick le pareció que con cierta nostalgia, como si en realidad fuera a echarlas de menos.

Sirvieron más y más vino. Nick se preguntó si sería capaz de permanecer en pie. Pru bebió muy poco. Solo él y William hablaban con ella, todos los demás parecían olvidar que ella estaba presente. De hecho, si Nick no se hubiera levantado, ninguno de ellos se habría dado cuenta de que ella se había puesto en pie para dejar a los hombres a sus anchas.

Nick se había excusado tiempo antes, dado que Pru y él debían marcharse al teatro.

—Espero que no te moleste el comentario —le dijo Nick cuando se disponían a salir—, pero creo que, por hoy, ya he aguantado bastante a tus hermanos.

—Pueden resultar insoportables, pero son buenos chicos. —Pru le sonrió con timidez—. Creo que los echaré de menos.

—¿Y ellos te echarán de menos a ti?

¿Acaso se darían cuenta de que se había marchado?

Pru se encogió de hombros.

—Están muy ocupados con sus propias vidas, así que dudo que tengan tiempo para pensar en mí. —Se rió—. Excepto quizá cuando su café no esté listo por las mañanas o la cena no incluya alguno de sus platos favoritos.

Pru se había ocupado de todas las tareas domésticas sin que ellos se dieran cuenta. A Nick no le daba ninguna pena que, a partir de ahora, sus vidas transcurrieran con menor soltura. Se lo tenían merecido por no haberla valorado durante tanto tiempo. Ella era la hermana solterona que

siempre estaba ahí para encargarse de todos los detalles fastidiosos de la vida diaria. Nunca habían visto en ella a la mujer dulce e inteligente que merecía su consideración. De hecho, le reconfortaba bastante saber que no tendrían más a Pru a su entera disposición.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, Nick le tomó la mano y se la estrechó.

La concurrencia en el palco del duque de Norwich en Drury Lane no era menos bulliciosa que la de Brooke Street. Arabella y sus jóvenes amigas y primas bullían entusiasmadas ante su primera noche en la ciudad. Sus padres, tíos y tías disfrutaban del mismo modo. El palco estaba lleno a rebotar y nadie prestaba atención a la representación que se estaba llevando a cabo en el escenario. Arabella, que parecía ser uno de los pocos miembros de la familia que apreciaba a Pru, se deshizo en elogios para los recién casados e insistió en su celebración a pesar de la obvia renuencia de su madre para que, nadie excepto su hija, se convirtiera en el centro de atención.

Arabella se había tragado por completo la historia de su supuesto matrimonio por amor y se moría de curiosidad por saber más acerca de aquel romance. Se pedían y bebían botellas de champán casi sin descanso. La mayoría de las mujeres jóvenes, excepto Arabella, ignoraban a Pru y coqueteaban con Nick de forma escandalosa. Él, por el contrario, las ignoraba a todas y seguía bebiendo champán una copa tras otra.

Se sentía avergonzado por Pru, pero de nuevo, a ella no parecía ofenderle ser tan universalmente ignorada. No se escondía tras una cortina, pero para el caso que le hacían, podría haberlo hecho. ¿Qué le pasaba a toda aquella gente? ¿Por qué no apreciaban la gentileza e inteligencia de Pru?

Nick observó a todas aquellas mujeres, rebosantes de altivez y cargadas de joyas, y las odió, pero no solo por su actitud hacia Pru. Ellas representaban la clase de arrogancia social que habían provocado las revueltas en Francia. ¿Acaso esta élite británica se sentía tan segura de sus privilegios?

Pru mantenía la mirada fija en las manos apoyadas en su regazo y permanecía en silencio mientras el carruaje daba tumbos debido a los adoquines irregulares de Coventry Street. Sin duda, ella se sentía tan turbada como él, frustrada por la dirección que su vida había tomado aquella mañana. Hacía cuatro años que Nick la conocía y durante todo ese tiempo la pequeña y callada Pru había formado parte del mundo

aristocrático que él tanto detestaba. Nunca hubiera supuesto, aunque ahora se preguntaba si no lo habría hecho, que la había ignorado tanto como su propia familia. Solo ahora estaba llegando a la conclusión de que él también había procedido igual y se avergonzaba de ello.

Aunque una de las cosas de las que estaba seguro era que Pru nunca se quejaría de que sus relaciones fueran ni mucho menos nobles o de que él no fuera un hombre rico. Eso lo sabía. O al menos eso creía. Y en cuanto a su modesta casa, al menos Pru ya estaba familiarizada con ella puesto que en los últimos años había pasado mucho tiempo allí. Quizá a Pru no le resultaría tan doloroso y traumático establecerse allí de manera permanente...

Nick la observó en la oscuridad del carruaje. Podía distinguir la exuberancia de su cabello rizado, la esbelta curva de su cuello, la forma de sus hombros... Excluida de aquella familia de vikingos, todos ellos altos, rubios y llamativamente apuestos, cualquiera de las mujeres era más atractiva que Pru. Durante la mañana había estado preocupado por el hecho de no ser capaz de reunir el suficiente deseo como para intimar con ella, pero eso era porque, al igual que todos los demás, nunca le había prestado la suficiente atención. Sin embargo, ya que hoy lo había hecho, la encontraba, de una forma sobria y discreta, mucho más atrayente de lo que había imaginado.

Aun así, a Nick todavía le incomodaba la consumación del matrimonio. Era Pru, en definitiva, casi como su hermana. La idea de acostarse con ella le resultaba violenta. Continuaba observándola, intentando ver en ella algo más que una hermana, una compañera, e intentaba imaginarse cómo sería hacerle el amor a una mujer tan tímida, una mujer que temblaba en cuanto le rozaba la mano.

Pru pareció sentir su mirada y alzó la vista. Incluso a oscuras, Nick pudo apreciar el temor en sus ojos. Seguramente le atemorizaba lo mismo que a él. Pobre Pru, no estaba lista para intimar en el plano físico con un marido que jamás había deseado.

Nick tampoco estaba listo. Estaba demasiado bebido y enfadado para hacer el esfuerzo. Ya había hecho bastante teatro ese día. Sin duda, Pru le agradecería un aplazamiento por el momento. Mientras tanto, Nick tendría que analizar cómo abordar las relaciones íntimas con una mujer tan callada e insegura y cuya procedencia representaba todo lo que él despreciaba.

Cuando Nick abrió la puerta principal, a Pru le temblaban las rodillas. Por primera vez entraba en esa casa como su esposa y estaba a punto de descubrir, ¡por fin!, lo que era que un hombre le hiciera el amor. Un hombre del que había estado perdidamente enamorada durante años.

Había soñado muchas veces con esa noche, pero en sus sueños Nick también estaba enamorado de ella. En sus fantasías se veía transformada en una bella mujer cuyos encantos le resultaban irresistibles. Había soñado con tener sus brazos rodeándola y amándola.

Siempre había sabido que aquel sueño era insensato y descabellado, pero entonces tampoco habría imaginado, ni por asomo, cómo iban a cambiar las cosas. Esa noche no estaba soñando. Por el contrario, tenía que enfrentarse a la realidad de lo que estaba a punto de suceder, aunque no fuera con un hombre que correspondiera su amor, sino con un hombre que no la amaba. Aquellas relaciones íntimas serían tan forzadas como el matrimonio que se había celebrado por la mañana.

Pru se preguntó cómo era posible desear algo tanto y temerlo en la misma medida.

—Siento no contar con sirvientes que nos reciban —dijo Nick mientras abría la puerta y entraba en el vestíbulo para encender una vela—. Nunca he tenido sirvientes viviendo conmigo, pero quizá te gustaría contratar a alguien...

—¡Oh! —Pru apenas era capaz de hablar al pensar lo que estaba a punto de suceder. ¿Sería su camisón lo bastante bonito? ¿Apagaría las velas para concederle la ventaja de la completa oscuridad? ¿Se moriría de vergüenza?

—Hablaremos de todas las cuestiones prácticas por la mañana —dijo él—. Ha sido un día muy largo y duro, ¿eh?

—Un poco —respondió Pru manteniendo la voz lo más suave posible para que él no notara su temblor.

Nick se dirigió hacia las escaleras y Pru tuvo que sujetarse fuerte a la barandilla. ¡Oh Dios! Estaba sucediendo. Estaba subiendo, estaba yendo arriba... con Nicholas.

Cuando llegaron al segundo piso, Nick le dijo:

—He hecho traer tus cosas aquí, a la habitación de Edwina.

Entró en la habitación y encendió algunas velas. Pru había estado allí en muchas ocasiones, antes de que Edwina se casara. Ahora, desprovista de todos los objetos personales de su amiga, parecía más bien una habitación de invitados. Habían quitado incluso el bonito cuadro de Psique que había

sido pintado por su madre y que a Pru le encantaba. Edwina se lo habría llevado con ella.

La habitación estaba lista para ella. Lucy, la asistente, había estado trabajando allí con toda seguridad. La maleta de Pru, enviada desde Brooke Street esa misma tarde, estaba en una esquina. Había vaciado todo su contenido. El único vestido de día que había guardado en la maleta colgaba en una percha dentro del armario, que se encontraba abierto. Había dispuestas una jofaina y una jarra con agua junto con toallas y una pastilla de jabón. Y en el tocador, donde también habían dejado todos sus artículos de perfumería, había un pequeño jarrón con flores.

—Pensé que estarías más cómoda en esta habitación —dijo Nick, que después de haber encendido las velas permanecía de pie junto a la puerta.

—Sí, gracias.

Pru se sonrojó al ver el camisón extendido encima de la cama. Era el más bonito que tenía. Los bordes eran de encaje y estaban bordados. ¿Lo habría visto Nick? No podía soportar mirarlo...

—Bueno, umm... —Nick parecía nervioso, inseguro de cómo proceder a continuación.

Se sentía igual de violento que ella. Pru deseaba hacerle todo más fácil anticipando la respuesta a todas las preguntas que sin duda estaba intentando formular. Sí, le gustaría estar un momento a solas. Sí, estaría lista cuando él volviera. Sí, podría ir a la cama con ella. Y sí, sí y sí.

Pero le daba muchísima vergüenza decir tales cosas y estaba demasiado nerviosa para hacer algo distinto de asentir cuando él preguntara. Pero ¿por qué no le preguntaba y acababa ya con ello? Todavía permanecía apoyado torpemente en el quicio de la puerta frunciendo el ceño.

—Bien, buenas noches entonces.

¿Buenas noches?

—La señora Gibb siempre sirve el desayuno en el salón trasero. Yo... no estaba seguro de si preferirías té o café.

¿Desayuno? ¿No se verían hasta el desayuno? De repente le pareció que le faltaba el aire, incapaz de tomar aliento.

—Té, gra... gracias. —No sabía de dónde habían salido esas palabras, cómo habían podido formarse en su garganta cuando apenas era capaz de respirar.

No iba a acercarse a ella. No iba a hacerle el amor.

—Bien, té. Así que... Te... Umm... Te veré en el desayuno. Buenas noches, Pru.

Se dio media vuelta y se marchó. Pru se quedó inmóvil en mitad de la habitación mientras le oía abrir y cerrar la puerta de la habitación contigua.

No iba a volver.

Permaneció quieta y en silencio escuchando los sonidos de sus movimientos. Él también podría escucharla a ella, así que sabría que no se había movido. Debía pensar que era una tonta.

Se obligó a dar un paso y caminar hacia la puerta abierta, la cerró y trató de alejar la desesperación de su mente mientras se desnudaba. Era difícil desatar las cuerdas traseras del corsé sin la ayuda de una doncella. Pero en ese momento no habría soportado la presencia de una doncella ni de ninguna otra persona. Tenía que soportar aquella humillación a solas.

Poco tiempo después se tumbó en la cama y miró fijamente a la puerta. No podía apartar la vista de ella. Era posible que lo hubiera entendido mal. Podría venir después de todo. Podría...

No, no iba a venir.

Era una estúpida al pensar que Nick cruzaría esa puerta. Era un caballero con un poderoso sentido del honor. Ese orgullo lo había empujado a casarse con ella y ahora lo mantenía alejado de su cama. Al menos, eso era lo que ella quería creer.

Deseaba que Nick no fuera tan honorable, pero tampoco era que ella, incluso con su precioso camión de encaje, se ofreciera como una gran tentación que invitase a comportarse de manera deshonrosa.

¿Era esa la primera de más noches interminables mirando hacia la puerta en mitad de la oscuridad? Dios, ¿cómo iba a poder soportar el matrimonio?

Se giró, hundió el rostro en la almohada y lloró.

A la mañana siguiente, al bajar, a Nick no le sorprendió encontrar a Pru en el salón trasero. La había oído levantarse temprano, pero había permanecido de manera intencionada en su cuarto hasta estar seguro de que ella se había marchado. Toda una cobardía, pero no quiso exponerse a toparse con ella en los estrechos confines del pasillo de la planta superior.

Una mesa plegable que tenían junto a la pared del salón trasero solía disponerse en el medio de la estancia a la hora de las comidas. Desde que las damas de Crimson, las ilustradoras de la revista, habían tomado el

comedor para su uso propio, Nick y su hermana hacían la mayoría de las comidas aquí o en el salón principal.

Pru estaba sentada a la mesa bebiendo su té a sorbos y leyendo algunos papeles sueltos escritos a mano. Al entrar Nick, ella alzó la vista, se quitó los anteojos y se sonrojó.

¡Maldición! Toda esta situación era tan violenta...

—Buenos días —le dijo tomando asiento frente a ella.

—Acabo de terminar mi té —dijo retirando la silla apresuradamente—. Tengo mucho que hacer hoy, ya que ayer perdí todo un día de trabajo. Necesito terminar estas correcciones y revisar algunos de los contratos de publicidad. Te dejo con tu desayuno y tu periódico.

Se puso en pie con el objetivo de marcharse, como si no pudiera soportar estar en la misma habitación que él.

—Por favor, quédate un momento, Pru. Siéntate. Hay cosas pendientes de las que hablar.

Pobre chica, se la veía conmocionada. Odiaba todo lo que aquel matrimonio estaba provocando. Lo suyo había sido una amistad sincera hasta ayer mismo, y ahora apenas podía mirarlo a los ojos. Tenía tanto miedo de él que parecían unos completos extraños en vez de amigos de hace años.

Parecía que había dormido tan poco como él. Sus ojos estaban rodeados de unas visibles ojeras y enrojecidos por la falta de sueño. No, no era eso. Había estado llorando. ¡Maldita sea!

—Por favor, Pru. Es importante que hablemos de todo esto. —Hizo un vago gesto con las manos, abarcando la mesa en su conjunto y a ambos.

Ella volvió a sentarse y se irguió en el borde de su silla con la espalda recta como una institutriz.

—¿Te sirvo té o café? —le preguntó.

Nick estaba a punto de alcanzar la cafetera, pero decidió dejar que Pru lo hiciera.

—Café, por favor, con un poco de leche.

La observó servirle el café y se alegró al comprobar que mantenía las manos firmes. Se la veía tan inquieta que él casi había esperado que la taza traqueteara con su temblor. No se había fijado nunca antes, pero tenía las manos bonitas: esbeltas, unos largos dedos y una forma perfecta de uñas. Justo como las de su madre. Unas manos de artista. Se preguntó si pintaría...

Después de todo, qué poco sabían el uno del otro.

Se llenó el plato de comida con lo que había dispuesto en diversos platos y meditó lo que quería decir. Había estado dándole vueltas durante toda la noche, incapaz de silenciar los pensamientos que agitaban su cerebro. Ira, frustración, autocompasión, culpa. En tan solo un día su vida había cambiado tan drásticamente que le resultaba difícil comprenderlo todo de una vez. Era cierto que no amaba a Pru. Tenía planes, grandes planes, y aquel matrimonio había interferido en todos ellos.

Y era culpa suya. Si tan solo hubiera sido más cuidadoso y no se hubiera quedado a solas con Pru en casa... Si tan solo hubiera insistido en llevarla a casa antes de haberse marchado aquella noche... Si tan solo hubiera comprobado la oficina antes de subir a acostarse...

Si tan solo...

Aquellas palabras habían resonado en su cabeza toda la noche. No obstante, después de toda aquella agitación había llegado a una conclusión. No dejaría que ese matrimonio arruinara su vida ni la de Pru. Regodearse en la autocompasión no ayudaría. Había que hacer frente a lo que ya estaba hecho. Nick había decidido no perder más tiempo autocompadeciéndose y Pru necesitaba hacer lo mismo. Ambos tenían que centrarse en su matrimonio, aunque no fuera deseado, y hacer que funcionara.

—Creo que debemos discutir cómo vamos a seguir adelante —dijo—. Estamos casados, Pru. Sé que tú tampoco querías esto, pero ya está hecho, y debemos aceptarlo.

—Lo sé. —Su voz era más suave de lo habitual.

—Siempre hemos sido amigos, y eso debería servir para algo. Con el tiempo, podremos sacar mayor partido a esta situación.

—Sí, por supuesto.

Aún era incapaz de mirarlo, pero él necesitaba verle los ojos. Se abalanzó sobre la mesa para alzarle la barbilla y forzarla a mirarlo. Sin embargo, casi deseó no haberlo hecho. El sufrimiento reflejado en aquellos grandes ojos azules era casi palpable. Pobre Pru, él era el causante de todo aquello por haber mostrado una total indiferencia a su presencia en aquella casa.

—Lo siento muchísimo. —Mantuvo la mano en la barbilla de Pru, acariciándola con el pulgar e intentando suavizar el débil temblor que delataba su nerviosismo—. Sé que estás abatida por todo esto, pero lo

superaremos. Lo haremos. Pero, querida, no debemos malgastar más tiempo y energía lamentándonos por lo que podía haber sido, estando resentidos y culpándonos el uno al otro. En cualquier caso, no tiene sentido porque no podemos cambiar lo que ya es una realidad. —La miró fijamente a los ojos, deseando que ella lo creyera—. Pru, ¿estás de acuerdo?

Ella respiró hondo y asintió con la cabeza. Él le acarició la mejilla (¡Dios, qué piel tan suave tenía!) y le sonrió.

—Gracias —le dijo apartando la mano.

—¿Pu... puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Había... había alguien con quien esperabas casarte? ¿Alguien a quién estuvieras cortejando?

—No.

Gracias a Dios. No había más víctimas en este asunto. ¿O sí? ¡Cielo santo! ¿Y si ella...?

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó él—. ¿Había alguien especial que...?

Ella le dedicó una leve sonrisa con cierto matiz de autoburla.

—Te aseguro que no había nadie con quien tuviera esperanza de casarme.

—Bien, entonces, al menos ninguno de nosotros le ha roto el corazón a nadie más. Un obstáculo menos que rebasar y más fácil para nosotros para seguir adelante. Soy consciente de que no tienes otra opción, pero, al menos, ¿estás dispuesta a intentarlo?

—Sí. —Su voz era más firme que antes—. Sí lo estoy.

—Buena chica. Aun así creo que debemos ir despacio. Todo ha sido muy repentino y deberíamos de tomarnos algún tiempo para acostumbrarnos a la idea del matrimonio. Aunque seamos amigos, hay un montón de cosas que no sabemos el uno del otro. Pequeñas cosas como, por ejemplo, si preferimos café o té por la mañana. Y cosas más importantes, como nuestras aspiraciones en la vida, nuestros sueños y expectativas. Incluso nuestra procedencia y educación, puesto que para mí, la tuya todavía es una sorpresa que me reservas y necesito familiarizarme con ella. Estoy seguro de que tú también te llevarás alguna sorpresa conmigo, así que será mejor que vayamos descubriéndonos día a día y aprendamos a vivir juntos bajo el mismo techo. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Eso me parecía. —Le sonrió—. Pero también hay cuestiones prácticas que tenemos que discutir. Ayer hablé con tu padre de... dinero.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Oh, no debes preocuparte por eso! No supondré una carga. Poseo algo de dinero propio. De hecho yo...

—Sí, lo sé. Tu padre me contó lo de tu herencia, pero quiero que entiendas que nunca tocaré tu dinero, Pru. Es tuyo y puedes utilizarlo como desees.

—Pero yo me alegro de que ahora también sea tuyo —respondió ella—. Sé que tienes planes y, por supuesto, podrías usarlo.

—No.

—Pero ¿qué hay de la fábrica en...?

—No, Pru. Y no hay nada más que hablar. Tu dinero se queda contigo.

Le dolía saber que tenía tanto dinero al alcance de su mano, pero no podía, no lo tomaría de ella. Además, estaba seguro de que muy pronto obtendría buenas ganancias en Ámsterdam y eso ayudaría a levantar su proyecto en Derby. El almacén no permanecería vacío mucho más tiempo, lo equiparía con su propio esfuerzo y no dependiendo de la fortuna de su esposa.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que te sientas cómoda aquí —aseguró él—, eso resulta suficiente para mí. Pero debes decirme si deseas hacer algún cambio o si hay algo que necesites, por ejemplo, sirvientes. Había pensado que, si está de acuerdo, tal vez Lucy podría venir a tiempo completo y si quisieras contratar a una doncella, naturalmente debes hacerlo.

—No será necesario si Lucy se queda aquí. Por favor, Nicholas, no pienses que estoy acostumbrada al lujo porque no es así. Mi padre no es un hombre rico, ¿sabes? Éramos nueve viviendo en Brooke Street y a veces íbamos bastante justos. Nunca tuve una doncella a mi servicio, siempre me he apañado con una de las sirvientas. No hay razón por la que no pueda hacer lo mismo aquí. Si quieres, puedo hablar de ello con Lucy.

—Gracias, Pru, eso sería estupendo. También está la cuestión de la señora Gibb. Ella solo viene por las mañanas y dispone todo lo necesario para el día. Cuando se lo hemos pedido también ha venido a preparar la cena, si, por ejemplo, hemos tenido invitados. No obstante, creo que deberíamos preguntarle si le gustaría ampliar sus funciones y trabajar en la cocina a jornada completa. Hay habitaciones para el servicio en la planta de arriba, así que ella y Lucy podrían venirse a vivir aquí.

—¿Estás seguro, Nicholas? No quisiera causar más trastorno del necesario.

—No es ningún trastorno hacer las cosas un poco más cómodas y organizadas. Me temo que, desde que se marchó Edwina, he descuidado bastante las tareas domésticas. No soy muy bueno con ese tipo de detalles.

—Si estás convencido de querer hacer esos cambios, déjame a mí. Hablaré con Lucy y con la señora Gibb. Echaré un vistazo a los cuartos de arriba para cerciorarme de que están listos para su uso.

—Veo que te estás tomando tus obligaciones conyugales muy en serio. — Le sonrió y ella se sonrojó.

Sabía en qué obligaciones estaba pensando Pru, en aquellas que no tenían nada que ver con la ayuda doméstica. Sin embargo, era algo que también tenían que discutir. Nick respiró hondo.

—Solo una cosa más —añadió con nerviosismo e inquietud—, tengo intención de cumplir con todos mis votos, Pru. Este será un matrimonio real en todos los aspectos.

Ella se sonrojó aún más y el rubor se le extendió de inmediato por las orejas y el cuello. Se revolvió nerviosa en la silla. ¡Maldita sea! No quería nada de eso. Bueno, tampoco él lo quería, pero no había manera de evitar el tema.

—Sé lo difícil que te resulta esto, querida. Lo es para ambos, pero si este matrimonio ha de funcionar, debe hacerlo de forma completa. No obstante, creo que tendríamos que esperar un tiempo hasta... hasta dar ese paso.

Tomó una gran bocanada de aire y pareció retenerla. ¿Se sentía aliviada?

—Todo es demasiado nuevo —continuó él—. Ambos necesitamos superar el enojo y la aflicción de esta inesperada unión. Nos daremos tiempo para acostumbrarnos a la idea de estar casados. No me impondré a ti, Pru. Esperaré hasta estar seguro de que te encuentras preparada para... para algo más. ¿De acuerdo?

Ella asintió aunque sin mirarlo. Era tan tímida que la conversación debía de estar resultándole bochornosa.

—No te preocupes, querida. Nos llevaremos bien, ya lo verás.

Se levantó tan de repente que tuvo que agarrar el respaldo de la silla para evitar que se cayera.

—Debo irme —dijo ella—. Esas correcciones... —Recogió las páginas y las agarró con fuerza—. Tengo trabajo que hacer. Si me disculpas...

Y salió corriendo de la habitación. Pobrecilla. Si Nick se sentía violento y furioso, ¿cuánto más no lo estaría Pru? Al casarse, las mujeres renunciaban a mucho más que los hombres. Ellas perdían su nombre y su identidad

individual, eran separadas de su familia, despojadas de su fortuna, y su cuerpo ya no les pertenecía a ellas sino a sus maridos.

Pru debía saber que él nunca desatendería las necesidades de su esposa en favor de las suyas y que jamás le pediría doblegar su voluntad. Seguramente ella lo sabía. Y de ninguna manera dispondría de su fortuna, pero en cuanto a su cuerpo... Eso era una cuestión distinta. Al final lo tomaría. Tenía que hacerlo si pensaba formar una familia y quería tener hijos algún día. Tenían que hacer concesiones mutuas y por eso él esperaría.

A Nick le resultaba difícil imaginarse a Pru como amante. Para empezar, porque no podía hacerse una idea del cuerpo que había bajo todas esas capas de muselina, pañuelos y cosas por el estilo. Además, era tan tímida e introvertida... ¿Sería capaz de mostrar pasión o estaría demasiado cohibida como para entregarse sin reservas? No tenía experiencia con ninguna mujer del estilo. No sabía qué hacer...

Una de sus primas había hecho un comentario malicioso sobre cómo las más modositas siempre sorprendían. Nick pedía a Dios que Pru lo sorprendiera.



Pru dejó caer la frente sobre el escritorio y se cubrió la cabeza con los brazos como si no pudiera soportar mostrar el rubor de su rostro, ni tan siquiera a una habitación vacía. Jamás había pasado tanta vergüenza en toda su vida.

Nicholas debía pensar que ella era una completa tonta por haberse marchado corriendo de aquella forma, pero ¿cómo podía esperar que hablara de tales temas sin sentirse abochornada? La noche pasada había estado dispuesta a hacer lo propio para consumir su matrimonio, pero ni en un millón de años habría supuesto que hablarían de ello.

Suponía que tenía que estar feliz de que, al menos, tuviera intención de hacerle el amor algún día, más adelante, cuando él estuviera seguro de que ella se hallaba preparada.

Pero ella ya estaba preparada. Más que preparada. Aunque preferiría morirse antes que decírselo. Se preguntaba cuándo supondría él que sería el momento adecuado. Pru tenía la esperanza de que él no esperase que fuera ella quien le anunciara que estaba lista porque, si lo hacía, temía que su matrimonio no fuera a consumarse nunca, dado que ella jamás sería capaz de decirle tal cosa.

Gimió en voz alta. Tenía veintisiete años. Ya era hora de superar esa timidez virginal, casta y pudorosa. Aun así, no importaba cuánto lo intentara porque no era capaz de pensar en hacer el amor con Nicholas sin evitar sonrojarse. No, eso no era del todo cierto. Sí podía pensar en ello. De hecho, llevaba años soñando con ello. Aunque en sus sueños él la estrechaba entre sus brazos y la besaba, y las únicas palabras pronunciadas eran palabras de amor. Él nunca hablaba de lo que estaban haciendo. En su imaginación, cuando lo hacían, siempre estaba todo a oscuras por lo que, en realidad, ella nunca lo había visualizado.

Si él pensaba que ella podría admitir abierta que estaba preparada para hacerlo, deseosa de hacerlo, muriéndose de ganas de hacerlo, significaba que no la conocía en absoluto.

O quizá fuera que ella lo había malinterpretado. Después de todo, Pru no estaba particularmente al día en esos temas. A lo mejor los hombres tenían formas de saber cuándo una mujer quería... hacerlo. Quizá existiera algún

tipo de señal. Si la había, ella desde luego no la conocía. Pero, aunque tuviera conocimiento de qué tipo de señal era, es probable que sintiera demasiada vergüenza como para ponerla en práctica.

Estaba condenada a ser una esposa solterona.

Pru levantó la cabeza y suspiró. Ahora los papeles del escritorio estaban arrugados. ¡Maldición! Como si no tuviera ya bastante con que su vida se hubiera puesto patas arriba de un día para otro, también tenía la revista pendiente de publicar. Tenía mucho trabajo que hacer.

Durante la siguiente hora se obligó a evitar pensar en Nicholas, su matrimonio y el hecho de estar preparada, y se concentró en las últimas correcciones pues debían estar listas para enviar a la imprenta en tres días. Cuando hubo acabado con eso, fue en busca de Lucy y la señora Gibb y les propuso la ampliación de sus funciones. Ambas estuvieron de acuerdo y felices de vivir allí. Nicholas no le había mencionado nada respecto al salario, pero estaba claro que debía incrementarse puesto que ambas iban a trabajar más horas. Les ofreció lo que le pareció justo y esperaba que Nick lo aprobara.

Las tres juntas revisaron las habitaciones de la buhardilla. Las encontraron llenas de polvo, pero, una vez limpias, serían perfectas. Pru observó que podrían utilizar ropa de cama nueva. Pensó en preguntar a Nicholas sobre ello, pero decidió que se ocuparía de aquel asunto en persona. Ya le había ocasionado suficientes gastos añadidos. Dado que ella se encargaría de llevar las cuentas de la casa, él nunca sabría si utilizaba su propio dinero cuando algo extra hiciera falta de vez cuando.

Volvió a la oficina. Había empezado a revisar los anuncios para el siguiente número cuando la puerta se abrió de golpe. La señora Flora Gallagher, la editora de moda de El gabinete, permanecía de pie en la entrada.

Flora era el miembro con peor reputación de toda la plantilla de la revista. Hacía algún tiempo, había sido una mujer de vida alegre bastante conocida, pero se decía que el año pasado había dejado la profesión para ocupar un puesto en El gabinete. Con los años se había hecho con una pequeña fortuna, así que no trabajaba porque necesitara hacerlo, sino porque adoraba la moda y el cotilleo. Los reportajes de moda que escribía para cada número contenían los nombres de aquellos que habían acudido a algún evento social llevando tal o cual atuendo.

Pru siempre se había sentido intimidada por esa mujer, pero aun así le agradaba mucho. Era directa y franca, y poseía los mismos ideales políticos

y sociales que los demás, si bien se mostraba mucho más escéptica ante la posibilidad de cualquier cambio real. Era una mujer que llamaba la atención. Alta, con el cabello de un rojo brillante, poseía un pecho imponente. Y por alguna razón inexplicable, había desarrollado cierta simpatía hacia Pru. Lo suyo era una amistad bastante poco convencional.

Mientras permanecía en la entrada, detuvo por un largo momento la mirada en Pru, después dibujó una amplia sonrisa en su rostro y le dijo:

—Pequeña zorra...

Flora entró en la oficina y cerró la puerta tras ella. Tomó asiento en la silla frente al escritorio. Continuaba mirándola fijamente y Pru sintió que le ardían las mejillas.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó Flora—. Tú y Nicholas, ¿os habéis casado?

—Sí, me temo que sí.

—¿Me temo? Querida, deberías estar celebrando tener a esa delicia de hombre para ti sola. Dios, ¡es un golpe maestro!

—No fue un golpe maestro, Flora. Más bien es un desastre.

Flora la observó con preocupación.

—Cuéntame lo que ha pasado.

Y Pru lo hizo. Las palabras brotaron en un arrebato de desesperación como si se tratara de champán demasiado agitado antes de ser descorchado. Sin haber podido hablar con Edwina o con Joanna, su prima favorita, Pru ahora se había desahogado. Era todo un alivio poder contar a alguien todo lo que había sentido desde que se despertó ayer en esa misma oficina.

—Entonces, ¿no se ha acostado contigo?

—¡Flora! —Pru se ruborizó más todavía.

—Bueno, está claro que no lo ha hecho. De lo contrario, no estarías de tan pésimo humor esta mañana. Estarías flotando en el aire. No me cabe ninguna duda de que ese hombre sabe un par de cosas acerca de cómo satisfacer a una mujer. Eso se nota, ya sabes. Hay algo en esos hermosos ojos negros...

—Y yo soy la última mujer sobre la faz de la Tierra en cuya dirección él miraría. Él es diez veces más apuesto de lo que yo jamás seré, Flora. Es monstruoso que tenga que cargar con un adefesio como yo.

—¿Un adefesio?

—Sé cómo usar un espejo. —Pru se encogió de hombros.

—Pero parece que no tu cerebro. Por Dios santo, querida, ¿crees que he sido capaz de atraer a los hombres solo por mi aspecto? Nunca he sido una belleza, pero reconozco cuáles son mis atractivos y sé cómo sacarles partido.

De forma involuntaria, Pru desvió su mirada hacia el pecho de Flora. Cuando se dio cuenta de adónde estaba mirando, alzó la vista para encontrarse con la sonrisa de Flora.

—Este es, sin duda, uno de mis mayores atractivos, pero no el único, te lo aseguro. Lo que quiero decir es que eres tonta al suponer que no eres lo bastante bonita para Nicholas, porque eres una mujer muy atractiva, querida. Si hicieras un pequeño esfuerzo, podrías dejarlo boquiabierto. Además, tú posees algo más que belleza, tienes cerebro, eres piadosa, tienes talento con la pluma y probablemente con muchas otras cosas que desconozco. No consiento que creas que no eres lo bastante buena para él. Es afortunado por tenerte, por más que ninguno de los dos lo sepa. Y por eso debes llevártelo a la cama, querida, cuanto antes mejor.

¿Era Pru la única que se sentía incómoda hablando de temas tan íntimos? Al menos, Nicholas era consciente de su inquietud. Tenía la sensación de que Flora no moderaría sus palabras por mucho que Pru se avergonzara. Naturalmente, Flora era una experta en la materia. No podía haber escogido mejor confidente si Pru necesitara ánimo o consejo.

—Él... ha sugerido que esperemos —dijo ella.

Flora alzó las cejas.

—Piensa que todo es muy precipitado y que deberíamos tomarnos algún tiempo para acostumbrarnos el uno al otro.

—Umm. ¿Y cuánto tiempo tiene intención de aguardar?

—No... No lo sé. Hasta estar seguro de que estoy preparada.

—Bueno, esperemos entonces que no sea mucho. Debes resultarle irresistible.

—¿Yo? ¿Irresistible? —Pru soltó una carcajada.

—No seas tonta, querida. Cualquier mujer puede hacer que un hombre se fije en ella. Es una cuestión de confianza en una misma. —Se recostó sobre el respaldo de la silla y entrecerró los ojos—. Tienes algo de confianza en ti misma, ¿verdad?

—No lo sé. Supongo que sí —respondió Pru encogiéndose de hombros.

Flora frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Así no dará resultado, querida. Si quieres hacer que este matrimonio

funcione, debes hacerte valer. Nicholas no querrá tener a un pequeño ratoncillo tímido por esposa. Muéstrale que eres más fuerte de lo que él creía. Demuéstrale que eres digna de él.

—¿Cómo?

Flora siguió agitando la cabeza en señal de frustración.

—¡Por Dios, Pru! ¿Tan poca confianza tienes en ti misma?

—Sí, tan poca. —¡Qué patético sonaba aquello! Las lágrimas se le agolpaban en los ojos, pero fue capaz de susurrar—. Ayúdame, Flora, por favor.

No podría alzar la vista de lo avergonzada que se sentía por comportarse de una forma tan lamentable. ¡Por Dios! Se había sumergido en un pozo de autocompasión... ¡Qué boba! Nicholas había dicho que no deberían perder el tiempo lamentándose por lo que ya no podía cambiarse, y tenía razón. Si él, que se había llevado la peor parte, estaba dispuesto a hacer que su matrimonio funcionase, por Dios que ella también lo haría. Después de un momento, sintió la mano de Flora tomar y estrechar la suya. Pru alzó la mirada.

—Siento ser una criatura tan lastimosa —dijo ella—. Perdóname, Flora. Me he dejado llevar por las emociones y me temo que he estado autocompadeciéndome.

—¿Y por qué? Tienes lo que la mayoría de las mujeres sueña. Estás casada con un hombre muy apuesto, un hombre a quien quieres mucho.

Pru dio un respingo.

—¿Creías que no lo sabía? —Sonrió Flora—. Lo llevabas escrito en la mirada, querida.

—¡Oh, Dios! ¿Tan obvio era? ¿Lo sabía todo el mundo? ¿Lo sabía Nicholas?

—No te preocupes, Pru. Soy muy intuitiva con esas cosas, pero no lo es todo el mundo.

—¡Oh, cielos! ¿Crees que...?

—Los hombres no tienen esa intuición. Te aseguro que él no lo sabe.

—Oh, Flora, me moriría si él supiera cómo me sentía.

—No vas a morirte, querida. Lo único que tienes que hacer es trabajar duro para hacer que él también se enamore de ti.

Pru resopló de manera impropia para una dama.

—Deberías escribir ficción en vez de reportajes de moda. Tienes una imaginación tan romántica como la de Simon Westover. Quizá deberías

escribir tú en vez de él el próximo relato romántico para la revista.

—¡Tonterías! No hay nada de especial en hacer que un hombre se enamore de ti. Además, cuenta con que tienes a favor la cercanía, que lo hará más fácil. Lo que has de hacer, Pru, es creer que eres digna de su amor; por supuesto que lo eres.

—¿Cómo que lo soy? No soy bonita en absoluto. Soy pequeña y callada. Además, odia a mi familia.

—Tu balance personal está lleno de desventajas. Vamos a intentar equipararlas con puntos a favor. En primer lugar, hay muy poca gente que sea hermosa en su totalidad, pero todos poseemos rasgos bellos como, por ejemplo, tus preciosos ojos azules y tu piel cremosa.

—Tengo pecas.

—Que salpican de un modo encantador tu nariz. Esas pecas resultan simpáticas y hacen que parezcas más joven. Definitivamente, son un punto a favor. Tu pelo...

—Lo sé, es terrible.

—En absoluto. Es un poco rebelde, pero admiro su tono tan característico entre rojizo y rubio. Con la ayuda de un buen peluquero, es otro punto a favor. Ahora levántate y ven hacia aquí. Sí, eso es, déjame echarte un vistazo.

Bordeó el escritorio, sintiéndose un poco estúpida y sabiéndose inexperta, hasta situarse frente a la elegante y voluptuosa señora Gallagher.

—Sé que soy demasiado baja.

—La falta de estatura en una mujer puede convertir a un hombre en una pareja extremadamente protectora, hecho que puedes utilizar a tu favor. Una mujer baja hace que el hombre se sienta más alto, y eso les gusta, ¿sabes? Otro punto a favor. —Observó a Pru de pies a cabeza—. Sin embargo, tu fondo de armario no lo es.

Flora la rodeó, levantando la muselina blanca de su vestido, comprobando la calidad del tejido con los dedos y examinando la confección y hechura.

—A menudo llevas este tipo de vestido tan poco favorecedor —dijo Flora—. Ya es hora de que me ocupe de eso.

Dado que a Pru le gustaba coser, acostumbraba a confeccionarse sus propias prendas, incluidos ese vestido y corpiño, por lo que hizo una mueca ante aquel comentario.

—Deberías llevar más color, querida. A tu tono de piel y cabello no le favorecen nada el blanco porque me temo que acentúa tu palidez.

—La mayoría de mis vestidos son blancos.

—Ya lo he notado. Bien, tenemos que añadir algo de variedad. El tejido y corte adecuado junto con los accesorios convenientes marcarán la diferencia. No te haría ningún daño prestar atención a nuestras ilustraciones y mis reportajes de moda. Y en cuanto a tu figura, tienes una estructura ósea delicada y eres esbelta, lo que significa que puedes llevar la ropa con más estilo. Déjame ver...

Pru chilló cuando Flora la agarró por la parte de atrás del corpiño y lo ajustó con fuerza.

—Pru, ¡tienes pecho!

—¡Flora!

—Bueno, nadie podía saberlo con todos esos chales y pañuelos que utilizas para ocultarlo. Sin duda, otro punto a favor. Ahora déjame desatar eso y ver qué tenemos aquí.

Pru se apresuró a sujetar el chal bordado que llevaba cruzado por encima del corpiño.

—¡Flora, por favor!

—¡Cielo santo, querida! No seas tan mema. Si no eres capaz de quitarte una simple pañoleta delante de mí, ¿cómo esperas desnudarte algún día frente a Nicholas?

Pru tragó saliva.

—Me pediste ayuda —continuó Flora—. Solo quiero ver qué es lo que tenemos para poder trabajar con ello. Ahora aparta las manos y déjame desabrochar esta cosa.

Pru hizo lo que le pidió. Había pocas opciones con alguien como Flora. Desabrochó los pasadores y retiró el chal. Los bordes del corpiño, escotados para permitir una camisa o pañoleta, dejaron al descubierto su cuerpo, revelando su desnudez. Pru sintió escalofríos y empezó a levantar las manos para cubrirse, pero Flora las retuvo y las apartó a los lados.

—Mi querida señora Parrish, has estado escondiendo tus encantos... Menuda sorpresa va a llevarse el señor Parrish. Con la vestimenta adecuada, podrías tenerlo comiendo de tu mano.

—Pero me siento muy desnuda.

—Acostúmbrate, querida. Estoy segura de que tu marido querrá ver mucho más de ti. Ahora debemos idear algún evento en el que puedas lucir un atuendo atrevido y revelador.

—No hay nada que idear. Esta temporada es la primera de mi sobrina, así que mi hermana tiene una larga lista de eventos en los que está prevista mi asistencia. El baile de puesta de largo de Arabella será la semana que viene.

—Excelente. Pero no me digas que ya tienes vestido para la ocasión porque estoy segura de que no es el adecuado. Debemos visitar a madame Lanchester de inmediato para que tenga tiempo suficiente para confeccionarte algo.

—¿Es muy cara?

—Puede serlo, pero tenemos cierta influencia con ella puesto que mencionamos sus creaciones en la revista. Estoy segura de que podremos resolverlo. Pero, aparte de eso, pensé que dijiste que tenías una herencia.

—Así es, pero no había pensado en dilapidarla en ropa. Hay... otras cosas que esperaba hacer con ella.

—Entonces no derrocharemos mucho, pero es absolutamente necesario que tengas un vestido decente para el baile de puesta de largo. Piensa en todas esas primas tuyas a quienes podrías dejar pasmadas. Un vestido bonito, un marido guapo... Se morirán de envidia.

Pru se rió. Tenía que admitir que sería bastante agradable.

—Muy bien. Lo dejo a tu elección, Flora. Solo que, por favor, no sea demasiado revelador. No me siento para nada cómoda estando tan expuesta, aunque esté de moda.

—Ya lo veremos, pero ahora volvamos a nuestros puntos a favor.

—No voy a quitarme nada más —dijo Pru dando un paso hacia atrás.

Flora rió subiendo la cadera para sentarse en el borde del escritorio.

—Por supuesto que no. Cualquier otro punto a favor que se esconda bajo tu falda tendrá que ser descubierto por tu marido. No, estoy hablando de tus otros atractivos. Necesitarás toda la confianza que puedas reunir si en realidad quieres obtener el afecto de tu marido porque, me atrevería a decir, que no es hombre que aprecie la timidez.

—Estoy segura de que tienes razón —dijo Pru, y volvió a cruzarse el chal por encima del pecho—. Esa es una cuestión que me preocupa. Me temo que nunca podré ser la mujer que él desea porque no puedo evitar ser tímida.

—No hay nada malo en ser tímida. Además, puede resultar muy atrayente si se sabe utilizar de la forma correcta. Pero ser tan retraída, dócil y vergonzosa no hará que captes su cariño. Puedes seguir siendo tímida en

público, algo que puede resultarle encantador, pero creo que debes hacer un esfuerzo para ser abierta y sentirte cómoda cuando estés a solas con él. Para conseguirlo, debes creer que eres digna de él. Y lo eres.

¿Lo era? Pru no estaba tan segura.

—Sí, lo eres —repitió Flora como si le hubiera leído el pensamiento—. Eres culta e instruida, y eso es algo que Nicholas aprecia. Provienes de alta cuna, y aunque eso es algo que en un primer momento no pueda gustarle a Nicholas, pronto se dará cuenta de las ventajas de tener una esposa con tales contactos, especialmente si decide hacer carrera en política. No subestimes el valor que tienes para él en ese ámbito, Pru.

Pru no lo había considerado. Podría encontrar desagradables sus relaciones, pero quizá resultasen útiles con el tiempo.

—Así que, ya ves —dijo Flora—, tus puntos a favor superan a tus puntos en contra. Eres una persona valiosa, un tesoro para tus amigos y más que digna de cualquier hombre, incluso de Nicholas Parrish.

Pru tragó saliva intentando deshacerse del nudo que tenía en la garganta.

—Gracias, Flora.

—Es cierto al cien por cien, así que no lo olvides.

—No lo haré —respondió Pru—. Es solo que soy demasiado insegura. De hecho, desde que asumí que nunca sería tan glamurosa como el resto de la familia, llevo mucho tiempo a gusto conmigo misma. Estar casada con Nicholas me ha hecho ser consciente de mis limitaciones más que nunca. Te doy las gracias por recordarme que también tengo algo que ofrecer.

—Y lo seguiré haciendo, te lo prometo.

—Lo que no sé es cómo proyectar esa actitud de la que hablas. Cómo hacerle saber que estoy lista, interesada. Soy tan tímida con él... Me gustaría saber cómo coquetear.

—¿Coquetear? —Flora soltó una carcajada.

—Sí, ¿no crees que debería? —Pru se ruborizó.

—Oh, por supuesto que creo que deberías.

—Pero no sé cómo. Siempre he sido muy tímida con los hombres. ¿Puedes enseñarme a hacerlo?

Flora ladeó la cabeza para observar a Pru.

—Sospecho que vas a ser un caso difícil, querida, pero supongo que merece la pena intentarlo. ¿Quieres que te enseñe unos cuantos trucos?

—Sí, por favor.

—Muy bien. Entonces, presta atención.

Un momento más tarde, su clase se vio interrumpida por una estridente explosión de voces provenientes de la parte delantera de la casa.

—Ah, las chicas están aquí —dijo Flora.

Las damas de Crimson eran las ilustradoras de los grabados de la revista. El año anterior, Flora había contratado a aquella pandilla de prostitutas para pintar a mano las ilustraciones de moda y Edwina las había bautizado como las damas de Crimson. Analfabetas, mal habladas, ordinarias y toscas, eran expertas en colorear las ilustraciones de moda con un estilo propio.

—Hay una enagua moteada preciosa y también una chaqueta en una de las ilustraciones de este mes —dijo Flora—. Será mejor que vaya y me asegure de que no las pintan como si fueran de piel de leopardo.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió y se giró hacia Pru.

—Acuérdate de reservar la tarde de mañana. Vamos a visitar el taller de madame Lanchester. Y ten en cuenta lo que te he dicho, querida. Eres digna de él. Repítetelo como si fuera una letanía hasta que te hayas convencido de ello. —Se marchó de la oficina cerrando la puerta tras ella.

«Soy digna de él.» A Pru seguía sin sonarle nada convincente, pero Flora tenía razón. Si seguía dejándose intimidar por su perfección, jamás sería la esposa adecuada para Nicholas.

«Soy digna de él.» «Soy digna de él.»

Pru se dirigió al escritorio para intentar retomar su trabajo en el contrato de publicidad, pero, de camino, practicó los andares seductores que Flora le había enseñado, con un exagerado contoneo de caderas que aún no controlaba del todo. Quizá debería practicarlos.

Empezó a recorrer la habitación de arriba abajo una y otra vez, moviendo las caderas de lado a lado con cada paso, pero se sentía estúpida y para nada cómoda. ¿Por qué debería ser tan difícil deslizarse de forma seductora por una habitación? Se le daba bien bailar... De hecho, le encantaba bailar. Quizá debía pensar en música para desplazarse y balancearse al ritmo de la música.

Tarareaba una melodía al tiempo que caminaba moviendo las caderas a cada paso. Así era más fácil. Desde luego, no podía considerarse normal caminar con semejante contoneo. Sin embargo, Flora no le había resultado tan ridícula al hacer la demostración. Quizá fuera que, sencillamente, las

piernas de Pru eran demasiado cortas para adoptar aquella forma de andar. No obstante, siguió practicando, tarareando una vieja canción a medida que avanzaba en su camino.

—¿Pru?

Se quedó paralizada.

¡Oh, no! Ojalá no lleve ahí mucho tiempo.

Ella se giró despacio, muy despacio. Nicholas estaba en la entrada mirándola desconcertado con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella le lanzó una mirada socarrona.

—¿Te has hecho daño? Caminabas de forma tan extraña que pensé que te habías lastimado. ¿Te has desgarrado algún músculo?

Se sonrojó. El primer día de su matrimonio estaba resultando una humillación tras otra.

—Estoy bien, te lo aseguro. Solo estaba... —No podía admitir que estaba practicando un andar seductor porque seguramente él soltaría una carcajada, así que hizo un gesto vago y no dijo nada más, entonces regresó al escritorio y tomó asiento.

—Muy bien entonces —dijo él entrando en la habitación—. Acabo de estar con Simon y me ha pedido que te entregara su columna para el próximo número. —Sacó las páginas del interior de su chaleco y las dejó sobre el escritorio—. Dice que tendrá la próxima entrega de su último relato romántico, se me ha olvidado el nombre, para mañana.

—Gracias.

Nicholas se dejó caer en la silla frente al escritorio.

—¿Has tenido ocasión de hablar con Lucy y la señora Gibb?

Le contó todo lo que había acordado con ellas y pareció agradarle. Incluso aprobó las subidas salariales que había concretado para las dos sirvientas, por lo que Pru sintió un gran alivio. Sabía que él estaba haciendo todo lo posible para hacerle todo más cómodo a ella. Era un hombre tan bueno...

—Tengo una reunión con Thurgood esta tarde acerca de la propuesta de reforma de los trabajadores —dijo él—. Volveré a casa para la cena. ¿No tenemos ningún compromiso esta noche, verdad?

—No, esta noche no.

—Bien, entonces te veré más tarde, en la cena.

Cuando se hubo marchado, a Pru le resultó imposible concentrarse en el trabajo. No podía dejar de pensar en lo ridícula que habría estado

practicando la forma de andar de Flora. Nicholas debía haber pensado que estaba cojeando. Se rió al recordarlo. Sería mejor ser fiel a su forma habitual de caminar.

Pru estaba decidida a seguir el consejo de Flora en cuanto a actitud y moda, pero iba a necesitar algunas clases más sobre coqueteo antes de poner algunas de las tácticas en práctica, de lo contrario terminaría asustándolo en lugar de atraerlo.

Quizá el coqueteo había sido una idea estúpida. ¿Cómo había podido si quiera pensar en coquetear si con tal solo mirarlo se sonrojaba? Y sobre todo después de aquella bochornosa conversación acerca de esperar hasta que ella estuviera preparada. Cada vez que Nicholas la mirara, él se preguntaría «¿Está lista?». Y ella sabía que él se lo estaría preguntando y, por lo tanto, se sonrojaría, tartamudearía y temblaría, así que jamás sabría lo preparada que ella estaba.

¡Qué situación tan irritante!

Era increíble la gran diferencia que podía marcar una mujercita silenciosa. Nick había pensado, más bien había esperado, que la presencia de Pru en su casa no le resultara demasiado perturbadora, puesto que ella siempre había sido reservada y modesta. Aún lo era, pero conseguía mantener a Nick inquieto.

Se había ocupado de la nueva organización con Lucy y la señora Gibb. Incluso había sugerido que la señora Gibb pudiera contar con ayuda en la cocina y él había aceptado. Hasta hace unos días no había tenido sirvientes a tiempo completo en la casa y ahora tenía tres. ¿Qué era lo siguiente? ¿Un limpiabotas?

Nick estaba un poco molesto por el coste adicional. No es que no pudiera permitírselo, pero había esperado poder comprar más cargamento para los envíos de azúcar a Ámsterdam a bordo del Ulises. Necesitaba recuperar algunas de las pérdidas de febrero, cuando las tormentas habían arrasado dos cargamentos completos de ganancia.

Uno de los aspectos más enervantes de este matrimonio era el hecho de no poder hacer lo que quisiera con su dinero y economizar en casa cuanto fuera necesario, puesto que ahora tenía una mujer a la que tener en cuenta. No podía pedirle a Pru que recortara gastos con objeto de comprar más mercancía que, al final, pudiera perderse. Mientras no hubo nadie más

a quien complacer excepto a él mismo, había estado dispuesto a correr el riesgo, pero ahora que tenía una mujer ya no podía hacerlo. Además, había prometido a lord Henry que no escatimaría con su hija.

Así que Nick apretó los dientes y dejó pasar aquella oportunidad de inversión. A cambio, tenía comida caliente y una casa en perfecto orden. A veces no le parecía tan mal trato.

Pero había algo aún más inquietante que la eficacia de Pru en las tareas domésticas. En los pocos días que llevaba instalada en Golden Square, Nick había sido consciente en todo momento de su presencia. Si antes hubiera sido la mitad de consciente tan solo, nunca se habría visto envuelto en aquel lío. Ahora tenía plena conciencia de cada uno de los movimientos de Pru en la casa, especialmente cuando se encontraba en la habitación contigua. Seguía pensando en su conversación de aquella mañana y en el temor de Pru cuando él dejó caer el tema de la consumación de su matrimonio. Él se mantendría firme en su palabra y no la apresuraría.

Sin embargo, no podría dejar de preguntarse qué tipo de amante resultaría ser. Incluso había empezado a fijarse en detalles como la gracia con la que se movía, la longitud de su cuello, la línea de su mandíbula, el azul claro de sus ojos y la enigmática forma en la que su pelo, aquellos rizos tan rebeldes, caía en todas direcciones... Se preguntaba cómo sería deslizar los dedos y hundir el rostro en aquella melena.

Aquellos pensamientos siempre lo hacían pararse en seco. Pru no era ni remotamente el tipo de mujer que él deseaba. ¿Era aquello algún tipo de contrariedad perversa por haberle concedido el tiempo que necesitara? ¿Era por eso por lo que de repente la encontraba atractiva?

¡Qué tontería! Ella era Pru. La dulce, amable y tímida pequeña Pru. Su amiga y compañera. Era difícil pensar en ella como algo más.

Pero ahora era su esposa, y en algún momento tendría que tener relaciones íntimas con ella. Fijarse en ella de un modo más físico no lo convertía en culpable.

Con frecuencia, Nick se preguntaba si ella sería capaz de leerle el pensamiento. Parecía que esta se sonrojaba cada vez que lo miraba. Todavía era tan tímida con él que se preguntaba si alguna vez estaría preparada para dejarlo entrar en su cama. Ahora le resultaba violento permanecer a solas con ella. Su sincera amistad se había convertido en una alianza frágil. Cuando se encontraban a la hora del desayuno, ella le servía café, siempre con la cantidad justa de leche, y en silencio le tendía alguna

revista de negocios o libro para leer. Hablaban poco y parecían apresurarse a terminar. Solo habían cenado juntos la primera noche después de la boda. Había resultado tan incómodo como para no querer repetir. Nick había pasado todas las noches siguientes con sus amigos en el club Scottish Martyrs.

Llevaban casados ya casi una semana cuando, una mañana, fue requerido en la oficina. Podía oír a las damas charlando en el comedor. Nick evitaba a ese grupo lo máximo posible ya que solían armar un embarazoso alboroto alrededor de él. La puerta de la oficina estaba abierta y vio a Pru sentada ante el escritorio de Edwina. Estaba hablando con Robbie, el aprendiz de la imprenta.

—Sé que es un encargo de última hora —le estaba diciendo—, pero de verdad necesito esa contraportada interior impresa. Tenemos más anuncios de los que podemos insertar en las páginas normales. Y hemos de utilizar ese poco de espacio extra.

—Significará un gasto adicional —dijo Robbie.

—Sí, lo sé. Dile a Imber que soy consciente del gasto añadido, pero ten en cuenta que es solo media página, así que no trate de cobrarnos el doble.

—Sí, señorita, se lo diré. —Se giró para marcharse y casi se dio contra Nick—. ¡Oh! Le pido disculpas, señor.

—Está bien, Robbie. Sigue tu camino.

Nick se acomodó en la silla frente al escritorio y observó a Pru. Era extraño cómo su timidez parecía desaparecer cuando trabajaba en la revista. Se la veía cómoda tratando con distribuidores, tipógrafos y demás.

—Todavía te llama señorita —observó Nick.

—Sí, lo sé. Sabe que estamos casados, así que supongo que será la costumbre. Madge hace lo mismo.

Madge era la supervisora de las damas de Crimson. Había aprendido a leer y había asumido más responsabilidad. Teniendo en cuenta el sentido del humor callejero de Madge, Nick se preguntaba si no reconocer el estado civil de Pru sería algo deliberado porque sabía que el matrimonio aún no se había consumado.

—Me alegra que hayas encontrado un momento —dijo Pru—. Necesito tu consejo para las críticas de estos libros. No estoy del todo satisfecha con ellas.

Nick acercó la silla al escritorio y tomó las hojas que Pru le tendía. Pasaron

la siguiente hora discutiendo acerca de los méritos de la prosa y las opiniones del crítico, uno de sus colaboradores habituales, y trabajaron juntos en las correcciones necesarias. Desde que estaban casados, era la primera conversación que mantenían sintiéndose a gusto.

—Es un alivio haber terminado esto —dijo ella—. He estado tan ocupada que no podía sacar tiempo para pensar en ello. Agradezco tu ayuda, Nicholas.

—Cuando quieras, querida, aunque tienes tan buen ojo para la edición que dudo mucho que necesites ayuda. Estás haciendo un gran trabajo.

Pru sonrió y, por vez primera, no se ruborizó. Quizá hubiera encontrado la clave para atravesar su modesta timidez: conducir siempre la conversación hacia la revista, donde ella sentía que poseía cierto nivel de confianza.

—De todas formas, ten cuidado —dijo él—. Si sigues haciendo un trabajo tan bueno puede que Edwina no regrese nunca. Por cierto, ¿le has escrito alguna vez?

—Sí, le envié una carta hace un par de días. ¿Querías haber añadido algo?

—Quizá en otro momento. —Sonrió—. Me atrevo a decir que le sorprenderá nuestra noticia.

—Sí, supongo que sí. ¿Y has escrito a tu padre?

—Sí. —Sonrió al imaginar la cara de su padre al enterarse—. Le sorprenderá que sus dos hijos se hayan casado en el mismo año. Te recordará de la boda de Edwina.

—Entonces seguro que se sorprende por partida doble. —Un brillo iluminó aquellos ojos azules y Nick se dio cuenta de que se estaba riendo de sí misma.

—Seguro que piensa que soy un hombre muy afortunado.

Pru le sonrió y Nick sintió que, al menos, se había roto un poco el hielo entre los dos.

—Espero que recuerdes —dijo ella— que el baile de Arabella es mañana por la noche. Siento hacerte venir conmigo. Sé que no te gustan esas cosas, pero no veo forma de poder evitarlo.

—Por supuesto que no lo evitaremos, se trata de tu sobrina. Además, creo que te tiene mucho cariño. En realidad, siempre me ha gustado mucho bailar.

—¿De verdad? Eso es estupendo dado que muchas de mis primas estarán deseando bailar contigo.

—No estaba pensando en tus primas. Lo que tengo son ganas de bailar

contigo.

—¿Cómo sabes que no te pisaré los pies? —dijo ella alzando las cejas.

—Porque sé que no lo harás. Más bien creo que eres una buena bailarina porque parece tener cierta armonía musical.

—¿Ah, sí? —Lo miró de forma burlona.

—Sí, de verdad. Así que bailaremos juntos y seremos la envidia de todos con nuestra mejor imitación de Terpsícore.

Realmente estaba deseando bailar con Pru. Excepto por aquel extraño momento en el que la había sorprendido tambaleándose de forma tan rara en la oficina, Pru tenía un modo de moverse muy grácil. Otro punto que había que tener en cuenta era el hecho de que algunos de los bailes podrían ser bastante sensuales y provocativos, algo que podría serle de ayuda para acostumbrar a Pru al movimiento y roce mutuo como preludio de la intimidad posterior entre los dos.

Y mientras tanto, tendría que volver a representar ante su familia el papel de novio perdidamente enamorado para después volver a casa a sus respectivas habitaciones y dormir solos.

¡Qué matrimonio tan absurdo era este!



—¡Está preciosa, señora!

—Gracias, Lucy. —Pru miró su reflejo en el espejo—. Has hecho maravillas con esta maraña de rizos. Solo espero que aguanten hasta el final de la noche.

—Están bien sujetos por la cinta. La señora Gallagher me enseñó cómo hacer para que, si alguno de los rizos se soltara, aún tuviera un bonito aspecto.

—¿Estás segura de que no debería llevar plumas que me hicieran más alta?

—La señora Gallagher dice que este ramillete de plumas cortas es mucho más moderno.

«La señora Gallagher dice.» Aquella mujer era fascinante. Lucy se había sentido sobrecogida desde que Flora había sugerido que echara una mano a Pru al vestirse. La muchacha había asimilado mejor que Pru los consejos de Flora; de hecho, parecía haber memorizado cada una de sus palabras. Había realizado un trabajo excelente con el pelo de Pru, que siempre había sido tan difícil de domar. Lucy había compuesto, trenzado y retorcido aquel revoltijo de rizos alrededor de una cinta almidonada de muselina dorada bordada y Pru estaba bastante satisfecha con el resultado. Tenía un aspecto pasable.

«Soy digna de él.»

Se puso en pie y se sacudió la falda. Madame Lanchester se había apresurado en confeccionar su vestido de noche quejándose de no haber dispuesto del tiempo suficiente para hacer un buen trabajo. No obstante, había accedido a cambio de la promesa de Flora de incluir algunos de sus diseños en las ilustraciones de los próximos números de la revista.

Pru no había sido una cliente modelo. No había estado de acuerdo con el pronunciado escote que madame Lanchester había querido. Por el contrario, insistió en una hilera más de encaje de lo que Pru consideraba, quedaba bastante bonito y contrarrestaba la sensación de estar tan desnuda. Flora había acertado con el color. La muselina color verde claro le quedaba mejor que el blanco que solía llevar. Todo el borde del vestido estaba adornado con flores bordadas doradas que añadían elegancia a la línea simple del

atuendo. Madame Lanchester había sugerido para la falda un corte ligeramente más ceñido que el habitual. Ese estilo, había dicho, iba mejor con la estatura de Pru. Había mascullado algún comentario acerca de las palomas buchonas que Pru dejó pasar por alto.

—Aquí están sus guantes, señora. Y su chal.

Pru tiró de los guantes y volvió a mirarse en el espejo. Todavía no era una belleza, pero lucía menos desaliñada que de costumbre. Ahora solo tenía que preocuparse de Nicholas.

«Soy digna de él.»

Encontró a Nicholas en el salón. Estaba más guapo que nunca con un abrigo azul oscuro, calzón de satén gris y lino blanco brillante. Llevaba un chaleco de fino brocado plateado con el cuello alzado que destacaba el elaborado plisado de su pechera. Su pelo, casi negro, y sus ojos oscuros resaltaban hasta casi rozar la perfección los pliegues blancos de su corbata recién planchada.

Volvió a sentir aquel antiguo revoloteo en el pecho y, de repente, la letanía de Flora le pareció ridícula.

—Ah, Pru. —Abrió bien los ojos para examinarla de arriba abajo con discreción. Le sonrió y le dijo—: ¡Qué extraño que nunca antes te haya visto en traje de noche! Estás muy hermosa.

Pru soltó el aire que había estado reteniendo. Un arrebató de puro placer le arreboló las mejillas. Él creía que ella estaba hermosa. O al menos era tan amable como para decírselo. Ella le sonrió y anduvo hacia él.

—Estaba tomando un poco de coñac para tomar fuerzas —dijo él—. ¿Quieres que te sirva uno?

—Sí, pero poco. Gracias.

—Es un vestido muy bonito —le dijo por encima del hombro mientras le servía la bebida. Le alargó el vaso y la observó mientras daba un sorbo—. Tu peinado también es distinto. Me gusta.

—Gracias. —Su instinto le decía que aquellas palabras no eran más que meros cumplidos, pero desechó aquel pensamiento. Si quería mantener la actitud positiva de la que Flora le había hablado, debería al menos aparentar creerlo—. He descubierto que Lucy tiene talento para la peluquería.

—En verdad lo tiene. —Un atisbo de... ¿ansiedad? pareció brillar en sus ojos por un instante, pero se desvaneció enseguida—. ¿Has pensado en que podrías tener a Lucy como doncella? Podríamos contratar otra asistente si

quisieras.

—No será preciso. —Pru negó con la cabeza—. No necesito una doncella a mi servicio. Ocasionalmente recurriré a Lucy para que me ayude con... mi pelo y alguna cosa más. Eso es todo. —Había estado a punto de mencionar los cordones del corsé y se sonrojó con tan solo pensarlo.

—¿Estás segura?

—Del todo, gracias.

—Muy bien entonces.

Nick tomó un trago de coñac y continuó observándola, haciendo que Pru se sintiera en extremo incómoda. ¿Estaría pensando que incluso vestida con sus mejores galas y luciendo de la mejor manera que podía aún no era ni remotamente deseable?

De nuevo, se deshizo de aquellos pensamientos e intentó recordar cada uno de los puntos a favor que se suponía compensaban sus puntos desfavorables. Quizá, después de todo, no debería haber insistido en esa hilera extra de encaje.

Flora le había dado otra lección sobre coqueteo, pero Pru estaba un poco nerviosa para ponerla en práctica aquella noche. No estaba nada convencida de poder lograrlo. En vez de eso, se limitaría a tratar de caminar erguida, o lo más erguida que ella pudiera, y pensaría en lo celosas que se sentirían sus primas cuando la vieran entrar en el baile, mostrándose más bella que nunca y con el hombre más guapo de todo el salón de su brazo.

—¿En qué estás pensando? —La voz de Nick la sacó de su ensueño.

Ella alzó la vista y vio que sonreía.

—Tenías tal expresión en el rostro... que los ojos te brillaban muchísimo. ¿En qué estabas pensando?

—Oh, son las ganas que tengo de acudir a esta celebración. Será muy agradable tener una pareja de baile. Eso es, claro, si todavía estás dispuesto a bailar conmigo.

—Cuántas veces las normas del decoro permitan a un amante esposo bailar con su esposa —dijo él—. Yo también tengo muchas ganas.

Ah, sí, su supuesto matrimonio por amor. Al menos fingir aquello le resultaba fácil de aparentar. Pru podría mostrarle sus sentimientos sin que él se diera cuenta de que aquello no era una interpretación.

—Creo que deberíamos marcharnos, pero, primero —dijo alzando el vaso—, un brindis por nuestro primer baile, señora Parrish.

Brindaron.

—Por nuestro primer baile. —Pru se bebió lo que le quedaba de coñac, permitiendo que su ardor la relajara un poco y pudiera recomponerse.

Él cogió el vaso vacío de Pru y lo puso junto al suyo en un aparador.

—Ahora será mejor que nos marchemos. ¿Estás lista?

—Sí. —Llevaba lista toda la semana, ¡por Dios santo!

Nick condujo a su esposa hacia la pista para el baile inaugural. Le habían presentado a muchos más miembros de la familia Armitage y había conocido a destacados aristócratas que ignoraba estuvieran emparentados con Pru. Se moría de ganas por poner en tela de juicio la reciente arenga de su tío, lord Gordon, en la Cámara de los Lores sobre el tratado definitivo y cuestionar la postura de su primo, lord Caldecott, en relación con la propuesta de reforma de los trabajadores.

Pero no eran el momento ni el lugar indicados para el debate político, así que se guardó sus opiniones para sí mismo e intentó ser encantador.

Permaneció en pie en la fila frente a Pru y la miraba fijamente a los ojos. Ambos mantenían la farsa del matrimonio por amor. De hecho, hubiera sido imposible no hacerlo, ya que Arabella lo mencionaba siempre que tenía ocasión. Pru, tal y como pudo observar Nick, le seguía bastante bien el juego. Aunque demasiado discreta como para hacer de ello una gran representación, hacía el papel de esposa locamente enamorada a la perfección. Nadie podría sospechar que aquella mirada deslumbrante no era más que mero teatro.

Su tímida y menuda esposa estaba llena de sorpresas.

Nick la miró mientras el resto de parejas ocupaban sus puestos. Todos sus halagos anteriores habían estado dirigidos a reforzar la autoconfianza de Pru antes de enfrentarse a otro duro evento social. Sin embargo, también había habido algo de verdad en ellos. Estaba sorprendentemente bella. Antes de esa noche parecía haber estado siempre envuelta en capas y capas de gasa, con bufandas, pañuelos, chales y quién sabe qué más. Ahora podía ver que había estado ocultando su pequeña y bonita figura bajo todo ese envoltorio. El vestido de esa noche era sencillo y más estrecho en la falda que de costumbre. Y también, ¡gracias al cielo!, más escotado, aunque no tanto como el de las mujeres que permanecían en fila junto a ella. Había un montón de encaje ocultando cualquier atisbo de pecho, pero,

no obstante, Nick sentía curiosidad.

Desvió la mirada hacia la mujer que estaba a la izquierda de Pru. Si la memoria no le fallaba, se trataba de lady Bidwell, una de sus primas. Aquella mujer miraba con descaro a Nick y, cuando su mirada se cruzó con la de ella, le sonrió de manera provocativa alzando las cejas a modo de interrogación. Nick conocía bien aquella mirada. Era una invitación, y no la primera que había recibido aquella noche.

Nick era tan susceptible como cualquier otro hombre a semejante invitación por parte de una mujer atractiva, pero esas mujeres eran parientes de Pru, ¡por Dios Santo! ¿Acaso creían que la abandonarían tan pronto y por alguien de su propia familia?

Ignoró a lady Bidwell y volvió a mirar a Pru, que esbozaba una tímida sonrisa, compungida y burlona, como si fuera consciente de los actos de las féminas de su familia. ¡Qué criaturita tan extraña era! ¿No le importaba que le mostraran tal falta de respeto?

La música comenzó a sonar y empezaron a bailar, efectuando el primer paso. Nick mantenía la vista en Pru para evitar cualquier otra descarada proposición por parte de lady Bidwell y dar crédito a su ficticio matrimonio por amor.

Los ojos de Pru resplandecían de gozo mientras seguía el ritmo de aquel familiar baile de tres pasos. Tal y como había esperado, era una excelente bailarina. Se deslizaba con una gracia impecable en cada movimiento y parecía sentir la música en su interior, de forma que se movía en perfecta armonía con ella. Todas sus primas y tías, más altas, se movían con una especie de elegancia majestuosa, sin embargo Pru lo hacía como si flotara suavemente sobre el suelo, cual pluma. Nick se quedó embelesado al verla.

Él le dio un apretón en los dedos cuando la tomó de la mano para conducirla hasta la fila y entonces pudo sentir el peso de su sello bajo el guante de Pru. Sintió una punzada de remordimiento. Realmente debería haberle comprado otro anillo, pero ella había sido inflexible al respecto. Ella conocía su situación económica y siempre parecía ser prudente a la hora de gastar su dinero. Todo el mundo vería el maldito sello cuando se quitara los guantes en la cena. ¿Realmente era necesario hacer alarde de él para que todo el mundo supiera que no le había comprado el anillo adecuado?

Fue un baile largo y enérgico tras el cual la mayoría de las mujeres terminó abanicándose. Nick ofreció su brazo a Pru, que le sonreía sofocada por el esfuerzo, y la acompañó fuera de la pista de baile.

—¿Has disfrutado, Pru?

—Oh, sí. Gracias por haberme sacado. Siempre me ha encantado bailar, pero nunca he tenido muchas oportunidades de hacerlo. ¡Oh!, aquí está el tío Randolph. Es un tipo peculiar, pero le tengo bastante cariño. ¿Puedo presentártelo?

—Por supuesto.

Pru lo llevó hasta un hombre mayor con una alborotada mata de pelo entrecano y unas cejas igualmente pobladas. Era alto como todos los Armitage, pero él era decididamente más robusto. Sonrió al ver que Pru se acercaba.

—Prudence, querida mía. —Su voz, casi un bramido, dejaba entrever que había bebido—. No te he visto llegar. Ven aquí y dale un beso a tu viejo tío.

Él se inclinó y Pru se puso de puntillas para besarle en la mejilla.

—¿Cómo estás, tío?

—No puedo quejarme. No puedo quejarme. Pero he oído algo acerca de ti. ¿Qué era? ¡Maldita sea! No puedo recordarlo...

—Has vuelto a beber demasiado champán, ¿verdad, tío Randolph?

Agitó la mano como queriendo golpear a un molesto insecto.

—¡Bah! Un hombre no puede dejarse confundir por esa cosa efervescente... Pero ¿qué es lo que oído sobre ti?

—Tío, me gustaría presentarte a alguien. Este es Nicholas Parrish, mi... marido.

—¿Marido? ¡Ajá! Eso era.

—Nicholas, este es mi tío, lord Randolph Armitage.

—¿Cómo está, lord Randolph? —Nick le alargó la mano y el viejo la agarró con firmeza.

—Bien. ¿Qué tal? Así que entonces tú eres el joven de Pru. Ahora recuerdo toda la historia. Nunca en mi vida me había sorprendido tanto. Me lo contó mi mujer.

Nick pensaba que el hombre, que sonreía de oreja a oreja y cuyos ojos azules resplandecían de júbilo, no pararía nunca de sacudirle la mano.

—¿Recuerdas a mi tía Julia? —le dijo Pru a Nick mientras hábilmente ponía fin a aquel apretón de manos posando la mano sobre la de su tío—. ¿Lady Randolph?

Recordaba a aquella mujer. No había coqueteado con él, pero lo había mirado por encima del hombro con un desdén aristocrático que dejaba clara

su total desaprobación.

—Creo recordar que algo sospechoso... —dijo lord Randolph—. Julia dijo que se trataba de un asunto un poco turbio. Henry te apuntó con un revólver en las costillas, ¿eh, chico? ¿Un revólver en las costillas? —Soltó una gran carcajada que hizo que el estómago le temblara por la risa—. Pero yo no me preocuparía. Me atrevería a decir que Prudence no te causará el menor problema. Es silenciosa como un ratoncito. —Se inclinó hacia Nick. El olor a vino en su aliento era fortísimo. Bajó la voz hasta lo que él consideraba un susurro, aunque no lo era en absoluto—. Estará tan contenta de tener marido que seguramente hará la vista gorda a cualquier escaqueo... La vista gorda... —Le guiñó un ojo mientras golpeaba a Nick con el codo.

Nick estaba a punto de protestar para seguir con su discurso acerca de lo enamorados que estaban él y Pru cuando lord Randolph comenzó a hablar de nuevo.

—¿Parrish? ¿Parrish? ¿Era ese el nombre?

Nick arrastró a Pru a su lado y le depositó la mano sobre su brazo. Si no podía expresar su supuesta historia de amor con palabras, al menos lo haría con hechos.

—Sí, milord. Soy Nicholas Parrish.

—¿Dónde he oído yo antes ese nombre? ¿Habíamos coincidido antes, chico?

—No milord, creo que no. —Se preguntaba si el hombre habría leído alguno de sus panfletos políticos o alguno de los artículos que había escrito y firmado con su nombre para el Crónicas matinales.

—Bien, yo nunca olvido un nombre. No siempre recuerdo a quién o a qué pertenece, pero nunca me olvido. Parrish... Umm. Ya me vendrá. Ya me vendrá. De cualquier forma, tienes un joven y apuesto marido, querida. Ahora has de ser una buena esposa, ¿me oyes?

—Sí, tío, lo seré —prometió Pru, ruborizándose.

—Ah, ahí está Walsham. Debo saludarlo. Me alegro de conocerte, chico. Me alegro de conocerte.

Pru sonreía cuando Nick la miró.

—Me temo que es todo un personaje —dijo ella—. Es muy dulce a pesar de beber tanto y hablar tan alto.

—Mi querida mujercita, tú pareces ser la única Armitage que sabe cómo hablar bajito.

Pru escondió el rostro tras el abanico y soltó una risita nerviosa.

La señorita Shelbourne, prima de Pru, se acercó hasta ellos.

—Señor Parrish, si no recuerdo mal, me prometió un baile.

No había una forma educada de poder evitarlo, así que Nick la condujo hasta la pista de baile. Mientras tomaban sus posiciones, Nick trató de mantener la vista en Pru, esperando que alguien la invitara a salir a bailar.

—¿Estás pendiente de la cándida novia? —preguntó la señorita Shelbourne con cierto tono de sarcasmo—. No te preocupes por Prudence, está bastante acostumbrada a sujetar las paredes. De hecho, creo que hasta lo prefiere.

—Me parece que debe de estar equivocada, señorita Shelbourne. Mi esposa es una... bailarina fantástica. Le encanta bailar.

—Vaya, vaya... ¡Qué defensor tan leal tiene nuestro ratoncito! Supongo que el legado de la tía Elizabeth hace que merezca la pena.

Así que lo consideraban un cazafortunas. ¡Maldita sea!

La música comenzó antes de que pudiera contestar. De mala gana, Nick se inclinó ante su compañera para empezar con el primer paso. Se percató de que Pru había ocupado su lugar al final de la fila junto a su padre. ¡Menos mal! No le gustaba pensar en ella como un florero. Y, además, disfrutaba mucho viéndola bailar.

Cuando terminó aquella pieza, Nick se dirigió junto a Pru con la señorita Shelbourne a la zaga. Estaba charlando con lord Henry cuando, de repente, lord Randolph se unió a ellos.

—Al fin me he acordado —dijo dirigiéndose a Nick con voz atronadora—. Sé dónde he oído el apellido Parrish. Me ha llevado un rato recordarlo, ya no soy tan perspicaz como solía, ¿eh, Henry? No tan perspicaz...

—Sigues siendo tan perspicaz como siempre, Randy —dijo lord Henry guiñándole un ojo—. ¿Qué es lo que has recordado?

—El apellido Parrish. No podía ubicarlo, pero ya lo he hecho. Era una pintora.

—¿Una pintora? —preguntó lord Henry.

—Sí. Vi una exposición hace unos años. Me gustó. Unos cuadros muy buenos. Temática clásica y por el estilo. Decidí comprar uno. Pero eso es lo que había olvidado. La artista era una mujer de apellido Parrish. Helena Parrish.

—Mi madre —sonrió Nick.

—¿No me digas? —Lord Randolph dio unas afectuosas palmadas a Nick en

la espalda y rió—. Tu madre, ¿eh?, ¡qué sorpresa más grata!

Lord Henry se giró hacia Nick.

—No sabía que Helena Parrish fuese tu madre. Era una artista muy buena. Creo que mi hermano, el duque, posee varios de sus cuadros. Y también hizo para él algunas pinturas decorativas para su casa de campo en Beaufoy. ¿Recuerdas, Randy? ¿Aquellos tondos en el salón?

—¡Claro! Y yo tengo El Juicio de Paris —dijo lord Randolph—. Incluso a Julia le gusta, y ya sabéis lo tiquismiquis que es.

La señorita Shelbourne se volvió hacia Nick.

—Vaya, señor Parrish, parece que después de todo tiene algo de distinción. Helena Parrish contaba con una clientela muy elitista. Creo que tenía bastante éxito.

—Sí, lo tenía —respondió Nick mordiéndose la lengua para no contestar de la forma en que le habría gustado hacerlo—. Es una pena que muriera tan joven.

Pru le apretó el brazo y él le dio palmaditas en la mano.

—Me alegra saber que posee El Juicio de Paris, lord Randolph. Recuerdo bien ese cuadro.

—Mira a quién he encontrado por ahí. —William, el hermano de Pru, llegó con una atractiva joven a su lado. Era alta, rubia y de ojos azules. Definitivamente, una Armitage.

—¡Joanna!

Pru se soltó del brazo de Nick y corrió hacia la mujer para tomarle las manos y darle la bienvenida con una sonrisa radiante. El rostro le cambiaba cuando estaba emocionada. Se la veía tan radiante que casi parecía guapa. No, aquello no era justo. Ella era hermosa, pero de una forma dulce, suave y delicada que jamás le había resultado atrayente. Hasta ahora.

—Has vuelto —exclamó Pru a la otra joven—. Me alegro tanto... Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos. Pero, mi querida Pru, tengo entendido que tienes grandes noticias. —Miró a Nick y sonrió—. ¿Es este el apuesto novio del que he oído hablar tanto?

Pru soltó las manos de la joven y atrajo a Nick hacia delante.

—Es Nicholas Parrish. Mi marido. —Aún se ruborizaba al pronunciar esa palabra—. Y, Nicholas, te presento a mi prima Joanna, la señorita Draycott. Es hija de mi tío lord Arthur, a quien conociste antes.

Nick tomó la mano que le ofreció y se inclinó ante ella.

—Señorita Draycott, es un placer.

—Me alegro mucho de conocerlo, señor —respondió ella—. Espero que sepa lo afortunado que es.

William soltó una carcajada que fue rápidamente reprimida por un codazo en las costillas de su padre y un leve resoplo por parte de la señorita Shelbourne.

Nick tomó la mano de Pru y se la llevó a los labios.

—Soy consciente de mi buena fortuna, señorita Draycott.

Ella alzó las cejas, miró a Pru, quien naturalmente se sonrojó, y volvió a mirar a Nick.

—Muy bien entonces. Me alegro mucho por los dos.

—Y digo yo, Parrish —continuó lord Randolph—, supongo que no tendrás más cuadros de tu madre arrinconados por ahí cogiendo polvo...

—¿Cuadros? —La señorita Draycott miró a Pru.

—Ven —dijo Pru—. Vamos a buscar algo de champán y te lo contaré todo.

Agarró a su prima del brazo y se la llevó. Nick sospechaba que iban a hablar de mucho más que de los cuadros de su madre. Nick se giró hacia lord Randolph.

—No precisamente cogiendo polvo —respondió—, pero aún conservamos algunas de sus pinturas. Mi padre tiene la mayoría de ellas en Derbyshire.

—¡Dios mío, Pru! ¡Es guapísimo!

—Lo sé —dijo Pru al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—En todas las ocasiones que te he oído hablar de él —siguió Joanna—, jamás mencionaste ese detalle.

—Nunca lo consideré importante. —Pru se encogió de hombros.

—¡Tonterías! Bueno, ahora entiendo que estuvieras tan enamorada de él.

—¡Joanna, calla, por favor!

—Y parece que él está locamente enamorado. Ese hombre está enamorado de ti, Pru.

—No, no lo está.

—Pero...

—Calla. Espera a que estemos a solas y te lo explicaré.

Pru rodeó con rapidez el perímetro de la pista de baile tirando de su prima hasta encontrar a un sirviente con una bandeja de copas. Cada una de ellas tomó una y salieron a la terraza. Pru señaló el camino hacia un banco de

piedra lejos de las demás personas que también permanecían tomando el fresco.

Se sentaron y Pru le relató toda la historia. Joanna era la única persona a quien Pru le había confesado su amor por Nicholas, y solo después de que su prima lo hubiera adivinado. Pru le había hablado con tanta frecuencia de él y en tales términos que no habría podido engañarla. Joanna entendería lo embarazoso que era su matrimonio mejor que nadie.

Pero no lo entendió.

—Mi querida Pru, estás viviendo un sueño hecho realidad. No te pongas obstáculos a ti misma. ¡Por Dios, querida, estás casada con el hombre al que amas! No deberías autocondolerte. Deberías sacarle el mayor partido posible.

—Pero él...

—Ahora no empieces otra vez con eso de que él nunca podrá amarte. Por supuesto que lo hará. Tú eres adorable.

—¿Adorable? —Pru se echó a reír al oír aquello.

—Digna de adoración, de ser amada.

«Soy digna de él.» Parecía que todos sus amigos estaban dispuestos a recordarle aquella letanía.

—No tengo intención de dar a entender que me autodesprecio, Joanna. Sé que, como ser humano, no soy del todo despreciable, pero él es todo lo que yo no soy. Somos muy distintos.

—¿Vas a hacer que te zarandee, Pru? ¡Cielo santo! Que un hombre sea tan atractivo no le hace ser perfecto. Estoy segura de que tiene defectos. Apuesto a que puedes decirme uno ahora mismo.

—¿Un defecto?

—Sí. Algo en él que no sea tan perfecto. Ya llevas viviendo con él una semana. Seguro que hay algo.

—Bueno... es un poco testarudo con ciertas cosas.

—¡Ajá! ¿Cómo cuáles?

—Dinero, sobre todo. Es demasiado orgulloso para tocar mi herencia, a pesar de que sé que podría hacerlo. No me negará ningún gasto doméstico aunque apenas pueda costárselo.

—Ahí lo tienes. ¿Lo ves? Es tan terco como mi Oliver, pero eso no implica que sea un dios. Es humano, tal y como lo eres tú. Y aprenderá a quererte de verdad, estoy segura.

—Espero que tengas razón, Joanna. —Pru suspiró—. Dejando a un lado

todo lo demás, aun así es violento no ser correspondida. Amar sin ser amada es casi peor que no amar.

—¡Tonterías! Te amaré a su debido tiempo. Lo hará, Pru.

—Tengo una amiga que... está intentando ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿A qué? ¿Y cómo?

—A resultarle más atractiva y hacer que me de... desee. —Pru apenas podía creer que estuviera hablando de aquello, aunque fuera con Joanna. ¡Qué bochorno!

—Bueno, pues ha hecho un magnífico trabajo. Estás fantástica con ese vestido. Y tu pelo también está precioso. Estoy segura de que Nicholas se ha dado cuenta, y los demás también. Vamos, volvamos dentro. Hay caballeros que, francamente, se mueren de ganas por bailar con nosotras.

Al emprender la vuelta, se toparon con Nicholas.

—Disculpadme —dijo él—, pero me preguntaba si querías que fuera a recoger tu chal, Pru. Las noches de abril pueden refrescar bastante.

¡Qué atento era! Un caballero de pies a cabeza. ¿Cómo podía no amarlo?

—Gracias, Nicholas, pero hemos decidido volver dentro.

—Pru me ha estado contando cómo surgió vuestro matrimonio —intervino Joanna.

Pru dio un grito ahogado. «¡Cállate, Joanna!», quiso decir.

—Debo felicitarlo por hacer lo correcto, señor. Y por haber sabido llevar la situación de forma tan elegante.

Nick tomó la mano de Pru y la depositó en el ya familiar pliegue de su codo. A ella le encantaba cuando hacía eso.

—Pru ha sido mi amiga mucho tiempo. Nunca habría permitido que se sintiera deshonrada frente a su familia a pesar de, y perdóneme por decir esto, la forma tan espantosa en que muchos de ellos la tratan.

—Sí, los Armitage a veces pueden resultar estúpidos en exceso.

—Por supuesto no me estaba refiriendo a usted, señorita Draycott. Veo que es una verdadera amiga de Pru.

—Así es. En realidad, sospecho que soy una de las pocas personas que sabe lo mucho que ha estado trabajando estos años en El gabinete de las damas de moda, lo que quiere decir que también estoy al tanto de su inclinación política, señor. Este bullicioso clan de nobles debemos resultarle una terrible carga que soportar...

—Me estoy acostumbrando. —Nicholas sonrió.

—Bien, porque me temo que tendrá que asistir a más reuniones de los Armitage durante esta temporada por la presentación en sociedad de Arabella. Por mi parte, estaba esperando convencerlo para asistir a una pequeña velada musical que estoy organizando para la semana que viene. Y espero convencer a Pru para que toque.

—¿Tocar? —Nick lanzó a Pru una mirada burlona.

—Me temo que estoy falta de práctica, Joanna. Estoy segura de que podrás encontrar a otra persona.

—¿Cómo que estás falta de práctica? —Joanna frunció el ceño—. Oh, por favor, no me digas que no tienes piano.

Pru se encogió de hombros. Aquel era un tema que no quería discutir. Uno de los aspectos más dolorosos de su mudanza de la casa de su padre había sido dejar atrás el piano. Lo echaba mucho de menos. Además, no ayudaba tener a Broadwood & Son, los mejores fabricantes de pianos de toda Inglaterra, ubicados justo detrás de Golden Square, en Great Pulteney Street. Podía ver la parte trasera del local cada vez que miraba por la ventana de su habitación, pero le daba tal sentimiento de nostalgia que había terminado por dejar de asomarse.

Claro que podía haber comprado un piano, pero pensaba que al hacerlo podía contrariar el orgullo de su marido por incurrir en un gasto tan elevado con su propio dinero. Y, desde luego, no deseaba hacer que se sintiera obligado a comprarle uno.

—¿No tiene piano en su casa, señor Parrish? —preguntó Joanna.

—Me temo que no, señorita. Mi hermana nunca ha tocado, y confieso que no tenía idea de que Pru lo hiciera.

—No solo toca, señor, sino que lo hace de maravilla.

—¿Pru? —Nicholas la miró con un repentino interés—. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No me parece importante. —Volvió a encogerse de hombros.

—Esa es la mayor mentira que has dicho nunca —sentenció Joanna—. Sé que no puedes ser feliz sin tu música. Bueno... —Dio unas cuantas palmaditas en la mano de Pru—. Veremos qué podemos hacer con eso. Mientras tanto, por favor, venid a mi velada musical. Os enviaré una invitación. ¡Oh, Dios! Aquí llega el tío Caldecott a reclamar su baile. Excusadme, por favor.

Cuando se hubo marchado, Nick bajó la mirada hacia Pru.

—Pru, ¿acabo de descubrir una de esas cosas importantes que no sabía

acerca de ti? ¿La música?

—Toco un poco, eso es todo. También lo hacen miles de mujeres. De hecho, me atrevería a decir que todas las mujeres de este salón lo hacen.

—¿Solo un poco, Pru? ¡Maldita sea! Ojalá tuviera algún instrumento, pero...

—No te preocupes por eso, Nicholas. Joanna exagera. No es tan importante, de verdad. Oh, aquí está Lionel.

El hermano de Joanna se acercó, sonriéndole amistosamente.

—¿Prima Prudence? ¿Te importaría acompañarme en el próximo baile?

Sin duda, su hermana lo había enviado para asegurarse de que Pru no permanecía sentada durante otro baile. Estaba contenta de la petición, pues no tenía ganas de seguir hablando sobre pianos.

—Claro, Lionel. Gracias.

Y mientras se dirigía a la pista de baile, se giró para ver cómo Nicholas fruncía el ceño.



—¡Vargáme Dios! ¿Habéi visto ezo?

Las damas de Crimson salieron corriendo del comedor hacia el vestíbulo para ver maniobrar a los trabajadores mientras subían las escaleras con el piano nuevo.

—Oh, ¿no e presioso?

—¿Zabe tocarlo, señá?

Pru observaba nerviosa cómo procedían los trabajadores, ya que le aterraba que pudieran dañar el precioso instrumento. Estaba tentada de gritar «¡Cuidado!» a cada momento, pero los hombres de Broadwood & Son parecían saber lo que estaban haciendo.

—Sí, Ginny, sé tocar el piano. Y me muero por tocar este.

—Entonces, ¿el señó Nick lo ha compraó pa ti?

—No, es un regalo de mi prima. Un regalo de boda.

De hecho, un regalo demasiado generoso. Debería haber sabido que Joanna haría algo tan extravagante. Pru incluso había estado a punto de mandar a los trabajadores embalar el piano y negarse a aceptar semejante obsequio, pero eso fue antes de leer la nota de Joanna.

Para mi queridísima Pru:

Por favor, acepta este regalo de boda de tu prima que te quiere. Sé que no puedes ser feliz sin música en tu vida, así que este instrumento representa mis mejores deseos para que tu felicidad pueda ser completa a partir de ahora. Y no te atrevas a desairarme devolviéndomelo porque quiero que lo tengas. Tócalo bien y practica a menudo. No olvides ensayar algo especial para mi velada musical la noche del jueves.

Con todo mi amor,
Joanna

Pru se enjugó las lágrimas después de leer la nota. La emoción la había embargado a pesar de estar emocionada como una niña pequeña por el hecho de tener un Broadwood nuevo de cinco octavas y media para ella sola. Joanna había sabido elegir el piano convenientemente. De alguna manera, había sabido que un piano de cola sería demasiado grande para su pequeña casa de ciudad. Así que aquel era un modelo cuadrado de gran

tamaño en madera satinada de boj y cuerdas de color ébano. Pru sentía un cosquilleo en los dedos de las ganas que tenía de probarlo.

—Es un regalo de boda mu bonito —dijo Ginny—, apuesto a que el señor Nick va a sorprenderse.

De eso no cabía duda. Pru solo esperaba que no se enfadara por tener un piano instalado en medio del salón y que no le importara que ella tocara de vez en cuando. No obstante, era más probable que tocara cuando estuviera a solas. Siempre había preferido hacerlo en privado para aprender nuevas piezas y corregir una y otra vez los errores sin tener a nadie más que escuchara.

—¡Cuidao ande pisas, muchacho! —gritó Bess—. Que vas a bajar botando las escaleras con tu hermoso culo...

Las chicas estallaron en risotadas y Pru empezó a preocuparse por el hecho de que ellas pudieran distraer la atención de los trabajadores.

—Quizá deberíamos dejarlos con su trabajo y volver al comedor —aventuró Pru—. ¿Cómo van esas láminas?

Se las arregló para reconducir a las chicas hasta la puerta del comedor a pesar de que accedieron a regañadientes, pero Pru llevaba trabajando con ellas el tiempo suficiente como para no sentirse ofendida por sus comentarios subidos de tono.

—Dejadme ver las láminas —dijo Pru. Las láminas ya coloreadas estaban esparcidas por la mesa del comedor para secarse. Como siempre, cada una de ellas era ligeramente diferente ya que cada una de las damas de Crimson se sentía obligada a introducir su propia nota de color. Flora siempre les proporcionaba una copia original coloreada según sus indicaciones. Al final, las chicas habían accedido a ceñirse al diseño inicial, pero nadie pudo disuadirlas de añadir su toque personal en los detalles: zapatos, abanicos, sombreros, pañuelos y chales eran iluminados inevitablemente por la paleta de colores vivos de las chicas. Edwina había sido tan lista como para darse cuenta de que aquellas láminas tan especiales diferenciaban El gabinete de publicaciones similares, por lo que nunca desanimó a las chicas a la hora de incluir sus personalidades en las ilustraciones.

Ginny tenía debilidad por las rayas. Madge no podía evitar un pequeño toque de rojo cereza aquí y allá. A Bess, fiel a sus raíces irlandesas, le encantaban los verdes brillantes. Daisy, que prefería que la llamaran Marguerite, tenía predilección por los estampados y se había vuelto una

experta en cachemira y diseños florales en los dobladillos de los vestidos y los chales. A Sadie le gustaba cualquier color, siempre que fuera vivo, y era aficionada a hacer combinaciones poco frecuentes tales como naranja y morado.

Y finalmente estaba Polly. Flaca y enfermiza, se había convertido en una de las damas de Crimson, aunque Pru esperaba que no siguiera trabajando en la calle por las noches. Ella era la ilustradora de rostros, un trabajo muy delicado y concienzudo para el cual la chica había mostrado tener especial talento desde el principio. No había nada de atrevido en su trabajo. Los rostros de Polly eran delicados, de mejillas sonrosadas y encantadores.

Un montón de láminas sin colorear yacían sobre el aparador. Habían empezado con los grabados del siguiente número, pero aún quedaba mucho por hacer.

Pru cogió una de las láminas terminadas. Era un vestido de tarde de un estilo bastante agradable. Leyó la descripción de Flora: un vestido corto blanco de gasa (pintado de rosa) con ribete de encaje Vandyke atado a la cintura, con cordón dorado y borlas (pintado de verde mar) sobre una enagua blanca de Chipre. Zapatos amarillos (pintados con rayas rosas) y guantes también amarillos (pintados de amarillo). Escote pronunciado en forma de uve y un corte bajo los hombros y las caderas especialmente favorecedor. La descripción de Flora exponía que era una creación de la señora Phillips, de New Bond Street, y Pru se preguntó si acaso no sería uno de los anunciantes asiduos de El gabinete.

—¿Señorita? —Madge se acercó a Pru y miró detenidamente por encima de su hombro—. ¿Hay algo mal en el dibujo?

—En absoluto, Madge. —Pru se volvió, sonriéndole—. Solo estaba admirando el vestido.

—Ah, sí. ¿Acaso no es precioso? Le quedaría estupendamente, señorita. Digo, señá. ¡Válgame! No me acostumbro... a que sea... la señá de Nick, me refiero.

—Ni siquiera yo puedo acostumbrarme —se rió Pru. Volvió a dejar el dibujo sobre la mesa y echó un vistazo al montón que había en el aparador—. Estos están bien, Madge, pero quedan muchos más por colorear. Los necesito acabados el miércoles. ¿Podréis tenerlos?

—Claro que podemos, señorita. Señá. Señora. ¡Oh, caramba!

Pru las dejó con su trabajo y se apresuró hacia las escaleras para ver si el

Broadwood había sido instalado en el salón sin ningún percance. Los trabajadores lo acababan de depositar en la entrada y se mostraban exhaustos por el esfuerzo. Ella les indicó dónde ubicarlo y después se sentó para comprobar si estaba afinado. Tras algunos ajustes, quedó perfecto.

Cuando los trabajadores se hubieron ido, Pru corrió hasta su habitación, se arrodilló y se arrastró bajo la cama para buscar su caja de música. Tendría que bajar y trabajar en las pruebas de las páginas para el próximo número. Debería... pero el piano la llamaba.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado allí tocando todas sus piezas favoritas. Era como si hubiera estado a punto de morir en un desierto y, de repente, hubiese encontrado un oasis. No se había dado cuenta de lo sedienta que estaba de música, así que tocó hasta saciar su sed. Nada nuevo, nada diferente, sino todas sus mejores piezas, aquellas que sus dedos conocían prácticamente de memoria. Tocó, tocó y tocó.

Con la última nota de un aria de Mazzinghi, dejó caer la cabeza sobre la suave madera satinada. Estaba exhausta.

—Eso ha sido muy bonito, Pru.

Se incorporó de inmediato para encontrarse con Nicholas sentado en una silla al otro lado de la habitación. ¡Cielo santo! Se había dejado llevar tanto por la música que ni siquiera se había dado cuenta de que él había entrado.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Las últimas tres piezas. ¡Dios mío, Pru! Me tenías embelesado. No soy un experto, pero eres muy buena, ¿verdad?

—Solo aceptable, pero lo disfruto —contestó encogiéndose de hombros.

—Ya lo veo. Estabas en otro mundo, querida.

—¿No es maravilloso, Nicholas? Joanna ha enviado el piano como regalo de boda.

—Sí, es fantástico. Ha sido muy amable por su parte. Madge me lo contó cuando llegué a casa.

—¿Madge? ¡Oh, Dios! Me olvidé de las chicas. ¿Están...?

—Ya se han marchado. Madge estaba arreglándose cuando llegué. Les ha gustado mucho tu música.

—Oh, pero he malgastado toda la tarde. Mira, ya es de noche. No tenía ni idea.

—Estabas absorta en la música.

—Supongo que sí. No te importa, ¿verdad, Nicholas? Me refiero al piano. No sabía dónde ponerlo...

—Claro que no me importa. Quiero que seas feliz aquí, y ahora veo que tu prima tenía razón acerca de lo necesaria que es la música para tu felicidad. Ha sido muy amable al enviarlo. Me alegra que alguien de tu familia te aprecie. Ahora ven y siéntate, Pru.

Él señaló el sofá contiguo al suyo. Pru se levantó, se sacudió la falda y estiró su dolorida espalda. ¿Cuánto tiempo había estado tocando?

Cuando se acomodó en el sofá, Nicholas le dijo:

—¿Te importuna si te pregunto algo sobre tu familia?

—No, por supuesto que no. ¿Qué quieres saber?

—Si me perdonas el atrevimiento, me gustaría saber cómo eres capaz de soportar la forma en que la mayoría de tus familiares te ignoran por completo. Te he escuchado tocar, Pru, y me siento sobrecogido por tu talento. Aun así, parece que tu familia te desestima sin vacilar. ¿Cómo es posible que hayas podido vivir con ellos y no convertirte en un hatajo de nervios?

—No ha sido tan malo después de todo —aclaró ella.

—No sé cómo lo haces, Pru. Sé que eres tímida y callada, pero no eres débil. Posees una serenidad que nunca habría sospechado por el trato que he mantenido contigo hasta ahora. Siento ser tan despectivo con tu familia, pero me enoja pensar que no reconocen lo especial que eres.

¿Especial? ¿Cree que soy especial?

—Cuéntame cómo has sobrevivido, Pru. Esa es una de esas cosas importantes que quiero saber de ti.

—No sé qué contarte. —Se encogió de hombros.

Y mucho menos ahora, ensimismada como estaba pensando que él la consideraba especial. Pero apreciar su música no era lo mismo que encontrarla atractiva o enamorarse de ella. Quizá era estúpido suponer que podía suscitar en él algo más que admiración y respeto, pero sabía que muchos matrimonios ni siquiera contaban con eso, así que tenía que estar contenta.

—Nunca me ha resultado difícil —continuó—. Naturalmente, siempre he sabido que soy diferente. Yo era la única que cuidaba de mi madre. Era menuda como yo, pero ella era una fiera. Supongo que la tuve como ejemplo, pero yo siempre he sido reservada. Nunca podría ser tan directa como lo era ella, pero ella me enseñó a aceptarme a mí misma.

—Ojalá la hubiera conocido.

—Le hubieras gustado, Nicholas. —Pru sonrió con nostalgia—. Era una verdadera intelectual. Si hubiese vivido lo suficiente, seguro que se habría marchado corriendo a Francia para ser parte de la revolución como hiciste tú.

—¿Entonces tus ideales republicanos provienen de tu madre?

—Desde luego no de mi padre y hermanos, que son conservadores hasta la médula.

Nicholas se puso en pie y se movió para sentarse en el otro extremo del sofá.

—¿Y también te enseñó a sobrevivir entre las hordas vikingas?

Pru soltó una carcajada impropia de una dama, por lo que se cubrió la boca avergonzada.

—¿Las hordas vikingas? ¿Eso es lo que te parecen? Me gusta, la imagen es perfecta. Sí, supongo que aprendería de ella a sobrevivir como el patito feo de la familia. Siempre he sabido que nunca sería tan alta, tan bella, sociable y ocurrente como ellos, pero nunca he sentido envidia.

Nick la miraba con una expresión tan intensa en aquellos ojos oscuros que Pru tuvo que preguntarse qué estaría pensando. ¿Acaso no la creía? De hecho, ¿estaba siendo sincera? ¿Acaso no había deseado ser tan guapa como una verdadera Armitage para no sentirse tan poquita cosa al lado de Nicholas?

«Soy digna de él.» «Soy digna de él.»

—Sé que no soy una persona que tenga mucha confianza en sí misma —prosiguió—. Ser el patito feo pasa factura, pero debo confesar que mi trabajo en El gabinete me ha aportado más confianza que nada de lo que haya hecho.

—¿De verdad? —Los ojos de Nick resplandecieron.

—Oh, sí.

—¿Más que la música?

—Sí. La música es solo para mí, ¿sabes? Es una satisfacción, pero la revista posee un valor real. Trabajar con Edwina, y sola durante este corto período de tiempo, ha sido el mayor placer de mi vida. Me siento como si de verdad hubiera conseguido algo.

—Pero debías de tener algo de confianza antes de unirte a El gabinete, por ejemplo, cuando entregaste tu primer ensayo tuviste que creer en ti misma...

—Sí, tienes razón. Estaba preparada para que me rechazaran, por eso

estoy muy orgullosa de ello. —Sonrió mientras recordaba la emoción al saber que habían aceptado el ensayo, la ilusión de saber que sus palabras serían publicadas y alguien las leería. Había sido un momento inolvidable—. Puedo ser menuda, callada y poco agraciada, pero siempre he sabido que tengo cerebro y talento y eso me ha resultado suficiente.

Nicholas alargó la mano para acariciarle la mejilla levemente.

—Menuda y callada, o pequeña y de voz suave, pero nunca poco agraciada.

¿Pensaba que no era poco agraciada? Se le aceleró el pulso y empezó a temblar por su leve roce. ¿Estaría siendo amable otra vez?

Mantuvo la mano sobre su mejilla y le sonrió mirándole a los ojos.

—Nunca poco agraciada —repitió él.

Cuánto deseaba creerlo. Si había conseguido dejar de ser un ápice de poco agraciada, ¿se estaría acercando a ser atractiva?

Empezó a recordar las lecciones de Flora. Si algún momento resultaba adecuado para coquetear y engatusarlo, desde luego era aquel. Quizá debería poner en práctica alguno de los trucos con los ojos. No hay que batir las pestañas como si te estuvieran atacando los mosquitos, sino lentamente y de forma seductora, como si se trataran de las alas de una mariposa.

Pru lo intentó. Cerrar, abrir, cerrar, abrir una y otra vez.

Nick apartó la mano de su rostro dejándola desconsolada. Pestañeó con rapidez.

—¿Tienes algo en el ojo, querida?

Ella cerró los ojos y contuvo un quejido.

—¿Pru?

—No, no, estoy bien. No tengo nada en el ojo.

¡Qué humillante!

—Querida —prosiguió—, sabes que no deberías temer llevar tus anteojos si lo estimas necesario.

¿Anteojos? ¡Santo Dios! Era un caso perdido para el coqueteo. Ni siquiera podía batir las pestañas sin que pensara que bizqueaba. Flora se avergonzaría de ella.

—Sé que a las mujeres no os gusta llevarlos pero...

—Te aseguro que no necesito mis anteojos. Solo los utilizo para mirar de cerca. —Ahora había resultado petulante. ¡Dios! Qué lío había formado solo

porque él había sido amable y le había dicho que no era poco agradada. Pru se sentía como si hubiera dado un paso hacia delante y dos hacia atrás—. Estoy un poco cansada —dijo, valiéndose de la única excusa que se le ocurrió.

Nick se puso en pie y atravesó la habitación dirigiéndose hacia el aparador. —Entonces deberías acostarte temprano. ¿Te apetece un coñac para relajarte? —le preguntó.

—Sí, por favor. —Nunca lo había necesitado más.

Nick se retorció en su asiento mientras la soprano italiana interpretaba a gritos un aria. Ya era bastante malo tener que volver a encontrarse con los parientes vikingos de Pru, pero tener que sentarse a aguantar esos aullidos era más de lo que podía soportar. Era un milagro que las ventanas y los espejos no hubieran saltado en mil pedazos a modo de protesta.

Miró a Pru para ver si su oído musical, más sofisticado que el suyo, le permitía disfrutar de la actuación, pero ella se limitaba a observarse las manos, que descansaban en su regazo. Pareció sentir su mirada y alzó la vista. Nick puso los ojos en blanco y ella tuvo que morderse los labios para reprimir la risa. Los ojos le brillaban de regocijo. La soprano entonó una nota alta muy estridente y Nick agarró a Pru de la mano. Después tuvo que apartar la mirada porque de lo contrario hubiera empezado a reírse.

Cuando el aria hubo terminado, Nick no perdió un segundo para sacar a Pru de su asiento y llevarla fuera. En el pasillo, se derrumbó contra la pared y se entregó a la risa. Pru, con su risa suave y melodiosa cual campanitas tintineando al viento, pronto se unió a él.

—Ha sido horrible, ¿no es cierto? —preguntó cuando al fin consiguió hablar—. ¿O acaso lo que te divierte es mi gusto plebeyo tan poco sofisticado?

—Era un poco gritona —dijo Pru.

Pru se cubrió la boca con el abanico mientras reía de nuevo. Nick estaba embelesado por el sonido de su risa y por la manera en que esta le transformaba el rostro.

—No te había vuelto a ver reír de esa forma desde la aventura del año pasado por el error de imprenta.

Un bochornoso error de imprenta del que Nick había sido culpable y del que no se habían percatado hasta la misma tarde en que los ejemplares habían sido distribuidos. Se habían correteado Londres por equipos para

recuperar cada número. Nick y Pru formaron uno de los equipos y vivieron aquel momento como una aventura salvaje.

—Deberías reír más a menudo —dijo rozándole la mejilla con el nudillo—, te sienta bien.

Nick debería haber caído en la cuenta de que al tocarla se sonrojaría. ¡Maldición! Seguía mostrándose tan asustadiza en cuanto la conversación tomaba una dirección más personal... o incluso cuando la tocaba. Sin embargo, él no parecía evitarlo. Pru tenía la más suave de las pieles. Aquella noche él llevaba guantes, pero el día que le acarició la mejilla con los dedos al desnudo ella no pudo evitar temblar. ¿Cómo demonios iba a hacer que se sintiera cómoda como para compartir cama con él?

—Me alegra ver que ambos estáis disfrutando de la velada.

Joanna Draycott sonrió a Pru, que levantó su abanico para cubrirse el rostro. Sin duda, para ocultar su rubor.

—¿Qué os ha parecido la signora Gambiatti? —preguntó Joanna.

Un sonido ahogado provenía de detrás del abanico de Pru.

—Ha estado... increíble —dijo Nick intentado por todos los medios contener la risa y mantener la expresión firme.

—¿De verdad? —respondió Joanna—. Con franqueza, a mí me ha parecido una chillona. Siento haberme dejado convencer para invitarla. Está sobrevalorada. ¿Qué...? ¿Qué es lo que os resulta tan divertido?

—Oh, Joanna —exclamó Pru alborozada temblándole la voz—, ha sido absolutamente espantoso. Nicholas y yo tuvimos que salir corriendo de la habitación para no avergonzarla con nuestras risas.

—¡Ah! —Joanna sonrió—. Bueno, pues asegúrate de no alejarte mucho. Tú eres la próxima.

—¡Oh, vaya por Dios! —Pru se puso seria de inmediato.

Nick se dio cuenta de que aún sostenía su mano y la atrajo hacia sus labios.

—Vas a hacerlo genial. Estoy seguro. —Nick volvió a percatarse del bulto que le marcaba el sello por debajo del guante—. Oh, ¿no sería mejor que te quitaras el anillo? Es demasiado grande y podría molestarte.

—No te preocupes —respondió mientras empezaba a quitarse el guante.

Nick se sobresaltó por la inesperada oleada de deseo que le sobrevino por el simple acto de verla despojarse de un guante y verlo deslizarse por su brazo, fino y pálido.

—Ya estoy lista. —Una vez se hubo quitado el guante, se sacó el anillo del

dedo. Como siempre, lo llevaba enrollado en una cinta para que pudiera ceñirse a la estrechez de su mano. Desenrolló la cinta anudada al anillo y la deslizó por encima de su cabeza haciendo que el sello de Nick cayera en el escote en forma de uve que dejaba intuir su vestido.

—Excelente —dijo Joanna—. Ese será tu amuleto de la suerte.

Pru se llevó las manos a la cabeza para palpar la diadema entrelazada de tela y perlas que hacía todo lo posible por mantenerle el pelo en su sitio.

—¿Esta cosa está bien puesta?

—Está perfecta —respondió Joanna—. De hecho, te queda fenomenal. Me gusta mucho ese vestido, es muy favorecedor.

—¿Te lo parece? —Pru alisó los pliegues de su falda y sacudió la pequeña cola—. Lo verás, o uno muy parecido, en el próximo número de El gabinete.

—¿De verdad?

—Sí —contestó Pru con un cierto matiz de satisfacción en su voz—. Es una creación de uno de nuestros anunciantes.

—¿A cambio de obtener más publicidad? —preguntó Joanna—. Y así vas a la última moda. Muy buen trato, querida. Bien hecho.

Nick se preguntó cuánto costaría el vestido en realidad. Aunque Joanna lo hubiera dado por supuesto, Pru no había confirmado que, en efecto, se tratara de un pacto beneficioso para las dos partes. Ella estaba echando mano de su herencia. No podía desaprobárselo, pero ojalá no tuviese que hacerlo ¡maldita sea! Le gustaría ser capaz de poder costearle a su mujer la vestimenta adecuada. Era la nieta de un duque. Le daba rabia saber que nunca podría permitirse proporcionarle un guardarropa acorde con su posición social.

—¡Tía Prudence!

Arabella, como siempre, llegó corriendo sin aliento.

—¡Eres la siguiente! ¡Venga! Vamos a acomodarte. —Se volvió hacia Nick y, orgullosa, añadió—: Yo soy quien le pasa las partituras.

—Además de servirme de apoyo moral —añadió Pru tomando aire y estremeciéndose—. Vamos entonces, Arabella. Acabemos con este asunto.

Nick las siguió con la mirada mientras se abrían camino por el pasillo hacia el salón. Arabella le sacaba media cabeza y tenía un cabello rubio precioso, pero era a Pru a quien miraba. Estaba increíblemente hermosa, sobre todo cuando sonreía, como poco antes. De repente, Nick se dio cuenta de que, de un tiempo a esta parte, había empezado a pensar en ella de otra

manera. ¿Cuándo había dejado de pensar que era poco agraciada y poquita cosa?

Llevaba un recogido alto sujeto por una diadema, pero sus rizos asalmonados, de color albaricoque, eran demasiado rebeldes para permanecer sujetos, así que varios tirabuzones se habían soltado y le caían por la curva de su nuca y esbelto cuello de un modo delicioso. Nick la observó alejarse y sintió que le invadía una oleada de deseo mientras se imaginaba besando la palidez de aquel cuello.

¡Dios! ¿De dónde había sacado esa idea? Era Pru, ¡por el amor de Dios! Hacía cuatro años que la conocía y nunca antes la había encontrado atractiva. Mientras la veía desaparecer tras la puerta del salón, se percató de lo tonto que había sido y lo ciego que había estado. Al igual que el resto de su familia. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo bonita y atractiva que era?

—No se preocupe, señor Parrish. Lo hará bien.

—¿Perdone? —Nick se giró hacia Joanna.

La miraba con el ceño fruncido.

—Pensé que estaría preocupado por su actuación frente al público. No tiene por qué preocuparse. Creo que cuando toca se olvida de la audiencia y toca para ella sola. Se olvida de su timidez.

—Eso he descubierto. Tiene mucho talento, ¿verdad? Ha sido usted muy amable al enviar el piano.

—Sí, tiene mucho talento. Quería regalarle el Broadwood para ayudarla a sentirse más cómoda en su nueva casa junto a usted. Quiero que Pru sea feliz, señor Parrish.

Su tono dejaba ver que se refería a algo más que al piano.

—Yo también lo deseo, señorita Draycott.

—Bien. Me decepcionaría mucho saber lo contrario. Pru es muy especial para mí.

También lo era para él. De hecho, le estaba resultando bastante asombroso asumir lo especial que Pru se estaba convirtiendo para él a medida que iba conociéndola mejor.

—Dígame, ¿alguna vez ha tenido pretendientes? —se interesó él.

Joanna alzó las cejas ante semejante pregunta. Excepto por el hecho de querer saber más sobre Pru, no estaba seguro de qué lo había inducido a formular tal pregunta. Quizá así, teniendo más datos sobre su pasado y entendiendo sus antecedentes, fuera capaz de traspasar la barrera de la

intimidad con mayor facilidad y evaluar la ansiedad que había tras su timidez.

—Ninguno que obtuviera atención por parte de Pru —aseguró Joanna—. Como bien debe saber, es tímida en extremo con los hombres en ese tipo de situaciones.

Claro que lo sabía.

—¿Cómo es posible que sea tan tímida con los hombres cuando ha estado viviendo con sus hermanos en una casa llena de hombres?

—Creo que eso es parte del problema. —Joanna sonrió—. Puesto que a menudo olvidaban que ella estaba presente, los ha oído hablar de mujeres llanamente. Conociendo a sus hermanos como los conozco, no me cabe la menor duda de que ha escuchado más cosas de las que hubiera deseado. Creo que eso ha hecho que esté tan preocupada por lo que los hombres puedan decir o pensar de ella, además de hacerle sentir incómoda en su compañía. Pienso que todo lo relacionado con los hombres y las mujeres, y lo que hacen juntos, le avergüenza. Pero estoy segura de que no le estoy contando nada que no haya descubierto ya.

Nick se preguntó qué le habría contado Pru a su prima acerca de su matrimonio.

—Recuerdo su puesta de largo —prosiguió Joanna—. Se ponía tan nerviosa si algún hombre mostraba interés en ella que apenas era capaz de pronunciar una palabra sin tartamudear. Odiaba tanto toda aquella experiencia que se negó a organizar más eventos relacionados con su presentación en sociedad. El tío Henry montó un gran alboroto, estaba que echaba chispas porque decía que Pru nunca encontraría marido, pero ella alegó que no le importaba, que no tenía interés en casarse. O eso dijo.

Joanna inclinó la cabeza hacia un lado y lo observó.

—Sinceramente, señor Parrish, creo que casarse con usted es lo mejor que le ha pasado.

—¿Por qué? Ella deseaba este matrimonio menos que yo.

Podría haberse mordido la lengua. Lo suyo era un supuesto matrimonio por amor, pero él sospechaba que Joanna lo sabía todo.

—¿No ve que es perfecto? Pru lo tenía como amigo, así que puede hablarle, incluso reírse con usted sin ponerse nerviosa.

Eso debería haber sido cierto, pero solía ocurrir lo contrario. Es cierto que se sentían cómodos sobre cuestiones de carácter impersonal, pero en

cuanto la conversación tomaba un rumbo más íntimo, o incluso cuando la tocaba, se ponía más nerviosa e inquieta que nunca.

—No ha habido noviazgo, ni juegos o eventos sociales —continuó Joanna—. Es un hecho consumado el que no haya tenido que enfrentarse a la agonía de buscar marido y la celebración de una gran boda familiar. Por el contrario, se ha casado con un amigo con quien ella se siente a gusto. Sé que no es lo que usted habría querido, señor, pero no puedo imaginar mejor marido para Pru. Y usted, señor Parrish, es un hombre muy afortunado, porque a la larga llegará a conocer a la verdadera Pru mejor de lo que lo haya hecho ningún posible pretendiente, y se dará cuenta de lo valiosa que es la joya que tiene entre sus manos.

La verdadera Pru. Día a día estaba descubriendo más sobre ella y esa aventura le estaba resultando bastante satisfactoria.

—Vamos, señor. Su esposa está a punto de tocar. Tomemos asiento.

—Se me ha escapado una nota en el allegro.

—Te aseguro que tú eres la única que lo sabe. Por Dios, Pru, has estado fantástica, absolutamente brillante. Estoy muy orgulloso de ti.

Pru enrojeció. Las palabras de Nick eran un bálsamo para su alma.

—Eres muy amable.

—¡Caray, Pru! Ojalá dejaras de pensar que es solo amabilidad cuando te hago un cumplido. Hace mucho que nos conocemos como para ofrecerte halagos gratuitos.

—No considero tu adulación gratuita, Nicholas. Al contrario, tiene mucho valor para mí. —Apenas podía creer lo que había dicho. La oscuridad del carruaje debía haber hecho que se envalentonara.

—Ah, Pru. —Nick tomó su barbilla entre sus manos y se inclinó hacia ella.

¡Cielo santo! Iba a besarla, ¿verdad? Por favor, por favor, por favor, que se diera cuenta de lo mucho que lo deseaba, de lo preparada que estaba. Él se inclinó un poco más. Ella se acercó a él. Nick deslizó la mirada por el hombro de ella.

—¿Qué demonios?

Apartó la mano de su barbilla y miró por la ventana.

¡No!

—¿Qué está pasando? —dijo él, inspeccionando a su alrededor—. Hay luz en todas las ventanas. Ha ocurrido algo.

El carruaje aminoró la marcha. Pru apenas podía respirar al reprimir el sollozo de frustración que albergaba en la garganta. No le importaba en absoluto lo que pudiera estar pasando fuera. Ella se estaba muriendo por dentro.

Nick saltó por encima de ella y salió del carruaje antes de que este se hubiera parado por completo. Echó un vistazo a su alrededor y, cuando estaba a punto de correr hacia las escaleras delanteras, pareció acordarse de ella. Se volvió y la ayudó a bajar.

Estaba en lo cierto, se veía luz a través de las cortinas del salón y el tragaluz de encima de la puerta.

—Nicholas, hay alguien en casa. Mira, hay un coche de caballos. ¿Quién puede ser?

—No estoy seguro, pero tengo un presentimiento.

La condujo hasta las escaleras delanteras. La puerta se abrió antes de que Nick pudiera sacar la llave. Lucy, nerviosa y con los ojos como platos, mantenía la puerta abierta.

—No sabía qué hacer, señor. Dijo que todo estaba bien, que esta es su casa... pero como yo no lo había visto en mi vida no estaba segura...

Antes de que cualquiera de ellos pudiera responder, un hombre bajó dando saltos por la escalera. Un hombre que Pru había conocido en cierta ocasión. Una versión antigua de Nicholas.

—¡Aquí estáis! —exclamó él.

—¡Papá! —Nicholas se unió a él en un gran abrazo—. ¿Qué diablos estás haciendo en Londres?

—Dado que nadie se tomó la molestia de invitarme a la boda, supuse que podría venir y ofrecer mi sincera enhorabuena en persona. ¿Prudence? —Le tomó las manos entre las suyas y sonrió—. No podría estar más contento. Bienvenida a la familia. —Se inclinó y la besó en la mejilla.

Su alegría parecía real. Pru se preguntó lo que Nicholas le habría contado en su carta. ¿Estaría tan contento en el caso de saber que su hijo se había casado tras haberse visto en la obligación de hacerlo? O quizá sabía la verdad y era tan bondadoso como Nicholas...

—Bien hecho, hijo mío. Bien hecho. Vamos arriba. Aún es temprano y tenemos muchas cosas de las que ponernos al corriente.

Bartholomew Parrish era un hombre muy apuesto. Tenía los mismos ojos y cejas oscuras que sus hijos. Su pelo debía de haber sido tan oscuro como el de ellos en su juventud, pero ahora estaba salpicado de gris. Pru lo había

conocido en la boda de Edwina y le había caído bien desde el principio.

Pero, ahora, ¿iba a quedarse allí? ¿En la misma casa que ella y Nicholas?

Después de todo, aquella era su casa. Sin embargo, no se trataba de una casa grande así que sabría que... descubriría que...

Pru tuvo que hacer un esfuerzo para lograr que sus piernas la siguieran escaleras arriba. Qué bochornoso iba a resultarle al señor Parrish conocer el verdadero estado de su matrimonio. Porque no podrían ocultarlo. Todas las habitaciones se encontraban en la misma planta. Sabría que dormían separados.

Sofocó un gemido. Continuarían durmiendo separados mientras él permaneciera en la casa porque Pru preferiría morir antes que hacerle saber..., antes que hacerle escuchar.. ¡Dios! Esperaba que no hubiera planeado quedarse mucho tiempo.

Entraron al salón, donde Lucy había dispuesto vino y pasteles.

—No puedo creer que hayas venido hasta Londres —dijo Nicholas—. Sé lo poco que te gusta esto.

—Deberías mandarme al diablo por haberme entrometido en tu vida privada, pero prometo que no os molestaré mucho tiempo. Confieso que quería conocer a mi nueva nuera. Ahora hagamos un brindis.

Sirvió tres vasos de clarete que repartió a cada uno de ellos.

—Por vosotros. Por que disfrutéis de una larga vida en común y seáis muy felices.

Entrechocaron los vasos y Pru se tomó el vino de un solo trago. Le dio un poco de hipo y sonrió avergonzada cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

—Lo siento.

Nicholas se quedó mirándola fijamente. El señor Parrish volvió a llenarle el vaso. Esta vez se tomaría el vino más despacio, aunque se sentía muy tentada a emborracharse.

—Venid y sentaos —dijo el señor Parrish—. Tengo algo para vosotros.

Pru se sentó en el sofá y Nicholas a su lado.

—Señor Parrish —dijo Pru—, siento mucho no haber estado aquí para recibirlo. ¿Se ha ocupado Lucy de acomodarlo de manera adecuada?

—Claro que sí. Pero, por favor, llámame Bartholomew. —Anduvo hasta el otro extremo de la habitación—. Esto es nuevo —dijo deslizando sus dedos por la suave superficie del piano—. Debe de ser tuyo, Prudence.

—Es un regalo de boda de mi prima —respondió ella.

—Ah, yo también os he traído un pequeño regalo, querida. —Alcanzó algo apoyado contra la pared. Pru lo identificó como un cuadro, a pesar de que estaba vuelto del revés. Lo levantó con dificultad, así que Nicholas se levantó para echarle una mano.

—¿Es uno de los de mamá? —preguntó.

—Sí, pensé que a Prudence le gustaría.

Lo llevaron hasta el centro de la habitación y le dieron la vuelta.

—Oh, ¡no me digas! —Nick mostraba una sonrisa radiante.

—Sí, pensé que encajaba como regalo de boda —añadió Bartholomew—. Sé que tu madre habría estado de acuerdo.

Prudence permanecía en pie observando aquella enorme pintura de estilo clásico. Estaba estupefacta. Aunque hubiera sido capaz de pronunciar palabra, no se le habría ocurrido qué decir.

El cuadro mostraba a Marte y Venus haciendo el amor en todo el esplendor de su desnudez.



—Así que, como verás, todo ha sido culpa mía.

Nick se sirvió otra taza de café y tomó un buen trago. Su padre lo miraba con el ceño fruncido mientras removía su bebida. Durante el desayuno, y después de que Pru se hubiese excusado para bajar a trabajar, Nick le había contado con detalle todo lo relativo a la situación que lo había llevado a contraer matrimonio, todo lo que, diplomáticamente, había evitado relatar en su carta. No obstante, no le había contado nada acerca del estado en que se encontraba su matrimonio. Viviendo bajo el mismo techo, su padre pronto se daría cuenta de que aún no lo habían consumado.

—Estoy orgulloso de que asumieras la responsabilidad, Nick. Me alegro de que hicieras lo correcto para con Prudence. Te comportaste como un caballero debía hacerlo.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa, padre?

—Me gusta Prudence.

—A mí también.

—Es tan dulce...

—Sí, lo es.

Su padre levantó la vista del café. Fruncía el ceño preocupado.

—No me gustaría ver cómo le partes el corazón, hijo.

Nick agitó la cabeza y untó mantequilla en otra tostada.

—Puedes estar tranquilo respecto a eso, padre. Ella no ha entregado su corazón en este matrimonio como tampoco lo he hecho yo. Ella no deseaba esta unión más que yo y, de los dos, es quien se ha llevado la peor parte. Ha dejado una bonita residencia en Mayfair y una familia aristocrática para venir a vivir aquí conmigo con bastante menos lujo. Ha debido renunciar a cualquier otra opción que pudiera haber considerado. No, si Pru tiene el corazón roto es por todo lo que ha dejado atrás.

—¿Estás seguro? Hay algo en ella... Ciertamente, digamos que incluso timidez. A mí me parece que posee el esplendor de una joven recién casada.

—Lo que aprecias es su timidez natural. Te resultaría de la misma forma aunque no estuviéramos casados. Te aseguro que no es una joven cohibida por el enamoramiento. ¿No la recuerdas de la boda de Edwina?

—Recuerdo que era callada y un poco nerviosa, pero confieso que no le presté mucha atención aquel día.

—Me temo que nadie le ha prestado demasiada atención nunca. Ni siquiera yo, aunque me avergüence admitirlo. Esa timidez le ha facilitado permanecer en un segundo plano y ha hecho que resultara fácil que los demás la ignoraran. Tendrías que ver cómo la tratan sus familiares, padre. Me hace hervir la sangre.

—Estar emparentado con semejante familia de alta alcurnia va en contra de tus principios. Creo que debes encontrarlos, cuanto menos, irritantes.

—Totalmente, pero su sangre azul no justifica la manera en que la desdeñan por el simple hecho de ser callada y menuda. Hay tantas cosas por las que deberían sentirse orgullosos de ella...

—Entonces es afortunada de tener un marido que la aprecia. —Su padre sonrió al fin.

—Cualquiera con un poco de cerebro lo haría. Deberías oír cómo toca el piano, padre. Es brillante.

—¿De veras? Y tengo entendido que escribe unos ensayos muy buenos para El gabinete.

—Es una excelente escritora. Y una magnífica editora. Edwina no podría haber dejado la revista en mejores manos.

—Y es hermosa.

Nick miró a su padre tratando de descifrar si solo estaba siendo indulgente. No se fiaba en absoluto de aquella sonrisa.

—Lo es, ¿verdad? Admito que nunca antes me había fijado, pero tiene unos ojos azules increíbles y una piel maravillosa... cuando no se sonroja.

Su padre asintió, como si aquellos ojos y esa piel no fueran ninguna revelación para él.

—Y su pelo es poco común. A tu madre le habría encantado poder pintarlo. Es del color de los...

—Albaricoques —terminó Nick—. Sí, lo sé. Y todos esos rizos... Es la única que lo tiene así de su familia, y eso es algo que debería hacerla destacar entre ellos de no ser tan pequeña. Todos son como vikingos altos y grandotes, ¿sabes?

—Muy bien entonces. —Su padre se recostó en el respaldo de su silla y rió con suavidad. Parecía bastante contento. Era como si estuviera disfrutando de una broma privada o algo así—. Parece que me estoy preocupando por nada —dijo—. Veo que, después de todo, parece que no es probable que

vayas a romperle el corazón a la chica. Estoy seguro de que sacaréis el mejor partido a este matrimonio a pesar de lo poco propicio de su comienzo.

—Esa es mi intención. Sí, ha obstaculizado mis planes en cuanto al proyecto de Derby; y no, Pru nunca habría sido mi elección a la hora de escoger esposa, pero lo hecho, hecho está.

—Así es.

—Y haré todo lo que pueda para hacer que Pru lleve una vida acomodada. Después de todo, nada de esto ha sido culpa suya.

—¿Se encuentra cómoda aquí?

Nick consideró la pregunta. Había muchas maneras de sentirse cómodo.

—Creo que está haciendo un esfuerzo por adaptarse. Aunque su padre afirma que no es un hombre rico, Pru está acostumbrada a un estilo de vida más grandioso. Y también está...

—¿Qué?

Nick se encogió de hombros. ¿Cómo explicarlo? ¿Diciendo que la amistad sincera y cómoda que existía entre los dos se había vuelto extraña y violenta? Pero ¿acaso era eso cierto? ¿Había existido una verdadera amistad entre él y Pru? ¿Cómo podía ser su amigo y no conocer aspectos básicos de su vida? Ni siquiera sabía que era de alta alcurnia y que tenía una familia muy numerosa, y tampoco sabía que tocaba el piano como los ángeles. Todo lo que sabía era que compartía con él ideales políticos y de reforma social, y eso lo había averiguado a través de sus escritos en lugar de conversaciones con ella.

No conocía a Pru en absoluto.

Y tampoco estaba ya tan seguro de que se tratara de una amistad sincera y cómoda. Echando la vista atrás, se daba cuenta de que no podía precisar si alguna vez Pru se había sentido relajada en su compañía. Sí con Edwina, pero no con él. No realmente. Recordó las palabras de su prima Joanna sobre el desasosiego de Pru con los hombres en general. Bueno, Nick era un hombre, así que nunca podría haberse sentido del todo a gusto con él. Siempre había sido un poco vergonzosa y se sonrojaba todo el tiempo.

Aunque desde su boda ella parecía ser más tímida. Bueno, lo era, se encontraba en un nuevo tipo de relación. A pesar de que no se había visto obligada a hacer frente a los aspectos físicos de esa nueva relación, ambos eran conscientes de ellos en todo momento.

Y esa maldita pintura de Marte y Venus solo había enfatizado lo violento de la situación.

Su padre alzó las cejas esperando una respuesta por parte de Nick.

—¿De qué se trata? —apuntó.

—La situación es muy embarazosa entre nosotros —suspiró Nick—. Ella se siente... incómoda, inquieta. Aún no se siente cómoda para... para vivir conmigo bajo el mismo techo. Estar casada conmigo. Se avergüenza de todo. Para ella ha sido un cambio mucho más grande que para mí, ¿sabes?

—Ah, lo sospechaba.

Naturalmente. En una casa tan pequeña era imposible ocultar que no dormían juntos.

—Y mi presencia no ayuda, ¿verdad? Bueno, prometo interferir lo menos posible. Tengo unos cuantos amigos en la ciudad con los que me gustaría pasar algo de tiempo.

—¿De verdad? Me preguntaba qué te habría traído de vuelta a la ciudad tan pronto.

—Tu matrimonio, por supuesto. Quería conocer a mi nuera. Supongo que ha sido muy maleducado de mi parte presentarme aquí sin que haya transcurrido algo más de tiempo desde la boda, pero estaba deseando... ver cómo iban las cosas.

—Bueno, padre, la verdad es que me sorprendiste. Cuando viniste a la boda de Edwina era la primera vez que volvías a Londres desde hacía años. Sé cuánto detestas la ciudad. Siento que hayas tenido que regresar tan pronto.

—No hay nada de qué lamentarse, hijo. Quería venir. Disfruté mucho de mi última visita. Había olvidado todos los placeres que ofrece Londres. Estoy deseando... disfrutarlos de nuevo.

—¿Ah, sí?

¡Increíble! ¿Era su padre el que hablaba? ¿Ese ratón de biblioteca tan aficionado a la vida en el campo que se había pasado la mayor parte de la vida de Nick clamando contra las frivolidades y los gastos de la vida londinense? Aunque había un brillo distinto en los ojos de su padre y una sonrisilla...

—Pero dejemos de hablar de mí —dijo su padre—. Ya que has mencionado el proyecto de Derby, cuéntame cómo van tus negocios.

—¿Lo ha notado?

Pru contuvo un quejido. Flora no solo estaba preparada para darle consejo sobre cómo cautivar a su marido, sino que además quería saber todos los detalles de su propósito.

—No ha habido mucho en lo que fijarse —respondió ella.

Flora puso mala cara y se apoyó en el escritorio.

—¿Y por qué no? No me digas que todavía no te has puesto ninguno de los vestidos nuevos.

—Oh, sí, he estrenado varios pero...

—¿Pero?

—Bueno, Flora, tienes que recordar que yo no soy tan extrovertida como tú. De verdad que no puedo soportar sentirme observada.

—¿Qué has hecho, querida?

—Yo... umm... añadí más encaje a los escotes.

Pru se encogió de hombros mientras Flora parecía estar a punto de arrojarse a estrangularla desde el escritorio.

—¡No! ¡No lo hiciste!

—Me temo que sí. No pude evitarlo, Flora. Me sentía tan... expuesta.

—Esa era la idea, tonta. ¿Cómo esperas llamar la atención de tu marido si escondes tus mayores atractivos? Todos estos vestidos fueron diseñados con escotes concretos. Sin duda, habrás arruinado el diseño por completo.

—No lo creo; al contrario, pienso que han quedado bastante bien. Nicholas me halagó y mi prima Joanna también lo hizo.

—¿De verdad? Bueno, supongo que ya es algo, aunque apostaría lo que fuera a que lo que produjo la alabanza fue el color y el corte. Ninguno de ellos sería tan grosero como para decirte que tu pecho estaba recargado de encaje. Y dime, ¿cuánto encaje añadiste exactamente?

—Solo una tira más. O dos.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Flora agitó la cabeza y gruñó.

—Soy una causa perdida.

Esta vez Flora se acercó a través del escritorio, pero en lugar de intentar estrangular a Pru, lo que hizo fue cogerle la barbilla y alzarla con suavidad.

—No digas eso nunca, Pru. No es verdad. Recuerda lo que te dije.

—Lo sé. Soy digna de él.

—Eso es. —Flora sonrió—. Y nunca lo olvides. Estás progresando, aunque a un ritmo más lento del que me gustaría.

Le dio unas palmaditas en la mejilla y volvió a sentarse frente al escritorio.

—Supongo que tendremos que abordar esta transformación poco a poco. ¿Lucy se está ocupando de tu pelo?

—Cuando tenemos algún compromiso y salimos por la noche. Tiene mucho talento.

—Sí, pensé que así sería. ¿Has pensado en que te peine a diario?

—¿A diario? —Pru alzó las manos para dar con los rizos que inevitablemente se habían soltado—. ¿Por qué? Paso casi todos los días aquí, frente a mi escritorio. ¿Quién va a verme?

—Tu marido, boba.

—¡Oh!

—Tienes un cabello muy bonito, Prudence, pero tiende a soltarse, a despeinarse. ¿Por qué no le pides a Lucy que dé con algo pulcro y sencillo para todos los días? Quizá podrías utilizar más las peinetas.

—Muy bien, se lo pediré.

—Y ahora consideremos tu forma de vestir durante el día.

—No quiero invertir en un fondo de armario nuevo, Flora.

—No hay necesidad de que lo hagas. Los tejidos de muselina y batista de tus vestidos son de buena calidad y están en buen estado, al igual que tus complementos, solo que... son demasiados.

—¿Perdona?

—Me refiero a que un chal o pañuelo liviano hará el resto. No es necesario llevar tantos al mismo tiempo.

—¡Oh! —Su madre siempre se había envuelto con capas de encaje, pañuelos y demás, y Pru siempre había considerado que se la veía de maravilla. Suponía que, de forma inconsciente, había tratado de imitar el estilo de su madre.

—Y cuando llevas camisa, querida, no es en absoluto necesario que lleves pañuelo. Ponerse tantas capas hace que parezcas rellenita, en especial a alguien como tú, de pequeña estatura.

Pru recordó el comentario de madame Lanchester acerca de las palomas buchonas. ¿Sería eso a lo que se habría referido?

—Además, querida —continuó Flora—, si he de serte sincera, llevar tantas capas, además de ser complicado, está pasado de moda. Ese estilo estuvo de moda varios años atrás, pero las líneas son más sencillas ahora, como bien deberías saber si pusieras más atención al contenido de mis reportajes de moda en vez de solo preocuparte de la gramática y contar palabras.

—Deseo ir a la moda. —Especialmente ahora que la gente le prestaba más atención, o al menos así era cuando iba del brazo de Nicholas. No quería avergonzarlo por su falta de elegancia—. ¿Qué sugieres? Algo razonable, por supuesto...

—Ven aquí y echemos un vistazo.

Pru se levantó, anduvo alrededor del escritorio y se detuvo frente a Flora. Recordaba la última vez que había hecho lo mismo, así que mantuvo la distancia. Después de todo, Nicholas aún estaba con el desayuno, pero podría bajar en cualquier momento.

—Creo que podemos prescindir del pañuelo aunque sea bonito.

Pru desanudó con cuidado el pañuelo de gasa y se lo quitó.

—¿Lo ves? —dijo Flora—. Mucho mejor. Ahora sacarás más partido a esa bonita camisa primorosamente plisada. Y, además, sigues estando bastante tapada por todos esos botones que llegan hasta el cuello. El pañuelo era excesivo. Ahora ponte ese pequeño broche bajo el cuello y listo. Una nueva apariencia. Y muy bonita. ¡Adoptemos una nueva norma!

—¿Qué norma?

—A partir de ahora, cuando bajes por las mañanas, te quitarás una prenda. Te garantizo que no será una pérdida de tiempo.

—¿Estás segura?

—Confía en mí, Pru. Sé de lo que estoy hablando. Por algo fui contratada como la editora de moda de El gabinete. Ahora vayamos a charlar con Lucy acerca de tu pelo, ¿quieres? Alguien está bajando las escaleras. Quizá sea Lucy.

Pru fue hasta la puerta.

—No, creo que son Nicholas y su padre.

Una inhalación brusca hizo que Pru se girara. Flora se había puesto en pie y tenía una expresión extraña en la cara que revelaba una mezcla de curiosidad y ansiedad.

—¿Bartholomew Parrish está aquí?

—Sí, llegó anoche. ¿Te lo presento?

—Oh, ya nos conocemos —respondió Flora con una sonrisa en los labios—, de la boda de Edwina.

—Sí, claro. Lo había olvidado.

Pru avanzó hacia el pasillo y abordó a su marido y a su suegro.

—Señor Parrish... esto, Bartholomew, ¿podría pasar un momento a la oficina si no le importa?

—Naturalmente, querida. Nick me ha estado contando maravillas acerca de tu trabajo en la revista. Me encantaría echar un vistazo.

La siguió a través de la puerta y se detuvo de repente al ver a Flora. La miró con los ojos bien abiertos.

—De hecho —añadió Pru—, quería presentarte a nuestra editora de moda y amiga, la señora Gallagher, pero ella acaba de recordarme que os conocisteis en la boda de Edwina.

Bartholomew dio un paso adelante y tomó la mano de Flora para alzarla frente a sí.

—Así fue. Es un placer volver a verla, señora Gallagher.

—El placer es mío, señor. ¿Qué le trae a la ciudad tan pronto?

—Tenía ganas de conocer a mi nueva nuera y pensé también en ir a ver a... varios viejos amigos. De hecho, justo ahora estaba a punto de ir a visitar a uno de ellos.

—Muy bien entonces. Ha sido agradable volver a verlo, señor. Quizá nuestros caminos vuelvan a cruzarse mientras esté en la ciudad. —Se giró hacia Pru—. Me temo que debo marcharme. Prometí a la señora Phillips que pasaría a ver algunos de los vestidos que quiere que publiquemos en nuestro próximo número.

Qué extraño. Flora había estado dispuesta a quedarse para hablar con Lucy sobre peinados y ahora parecía ansiosa por marcharse.

—Y no olvides la nueva norma que hemos adoptado —añadió Flora.

—No la olvidaré —sonrió Pru.

—¿Puedo acercarla a algún sitio, señora Gallagher? —se ofreció Bartholomew—. Me agradaría compartir con usted un coche de caballos.

—Gracias, señor, pero tengo mi propio carruaje esperándome fuera. Quizá yo pueda acercarlo a algún lugar, señor Parrish.

—Me encantaría, señora. Prudence, querida, es probable que pase todo el día fuera y cene con amigos. Si tú y Nick tenéis planes esta noche, no os preocupéis por mí.

Le ofreció el brazo a Flora y la condujo hacia la puerta delantera.

Pru y Nicholas se quedaron observándolos en silencio. Se volvieron el uno hacia el otro en el mismo momento. Ambos tenían la misma expresión de asombro.

—Eso ha sido realmente raro —dijo Nicholas—, pero padre ha estado de un humor extraño toda la mañana.

—¿Ah, sí? —Pru no pudo contener la sonrisa.

—¿Qué...? ¿Por qué está todo el mundo tan contento está mañana? ¿Qué está pasando?

—En realidad no es asunto mío. —Pru sintió cómo el color invadía sus mejillas.

—¿Qué es lo que no es asunto tuyo?

—Tu padre y Flora.

Nicholas la miró con los ojos muy abiertos, incrédulo.

—¿No pensarás que...? No, no puedo creerlo.

Pru se encogió de hombros. No conocía a Bartholomew Parrish muy bien, así que no podía pretender entender su comportamiento mejor que Nicholas. Sin embargo, ella sí creía que había algo entre él y Flora. Al entrar en la habitación y ver a Flora, la atmósfera había crepitado con... algo.

—Padre y Flora... No, qué va —dijo Nicholas—. No, Pru, eso no puede ser. Es ridículo.

Ella lo miró, asombrada por su actitud.

—¿Por qué? ¿Por qué es ridículo? ¿Lo desapruebas por el pasado de Flora?

—No, por supuesto que no. —Nick frunció el ceño—. Es solo que no es propio de padre... Bueno, siempre ha estado solo.

—Quizá haya encontrado una razón para no estarlo. Ella es una mujer extraordinaria.

—Lo es —convino Nick, ahora sonriendo—. No obstante, creo que te estás precipitando un poco. Él acaba de llegar. ¿Cómo puede haber algo entre ellos?

Pru suponía que era difícil considerar a los padres como seres humanos. A ella no le gustaba imaginarse a su padre con otra mujer, así que no profundizaría en el tema con Nicholas, pues era evidente que le inquietaba la idea de que su padre estuviera con Flora.

—Seguro que tienes razón —dijo ella.

—Pero dime —dijo él—, ¿cuál es esa nueva norma que ha mencionado Flora?

—¡Oh! —Le ardían las mejillas, sabía que las tendría llenas de ronchas coloradas. Apartó la vista—. No es nada.

—¿Pru? ¿Qué es? Te estás ruborizando.

—Siempre me estoy ruborizando.

—Es por tu blancura. —Nicholas rió—. A Simon le sucede lo mismo. Nunca he conocido a un hombre que se sonroje tanto como él. Pero ¿de qué se

trata, Pru? ¿Cuál es esa nueva norma que hace que te ruborices tanto?

—Solo es una tontería acerca de mi manera de vestir —respondió ella.

—¿Tu manera de vestir?

—Flora se ha convertido en mi asesora de moda.

—¿Ah, sí?

A pesar de que continuaba con la vista apartada de él, Pru reconoció la risa en su voz.

—Es muy estilosa, ¿sabes? —dijo Pru—. Y yo... no. Creo que me ve como si fuera un proyecto.

Nicholas le agarró la barbilla y le giró el rostro para que ella lo mirase a los ojos. Estaba sonriendo.

—Es un proyecto exitoso, querida.

—¿Lo es? —Su voz sonó como un embarazoso grito.

—Todo un éxito. Estás muy hermosa. ¿Ese es un vestido nuevo? —Le dio un golpecito en la mejilla con el nudillo y le soltó la barbilla.

—¿Este? Oh, no, no es nuevo. —Le resultaba difícil hablar con el corazón latiéndole tan fuerte. Su tacto le provocaba reacciones muy sorprendentes en su cuerpo—. Lo he llevado antes cientos de veces.

—¿De verdad? Qué raro, no me resulta familiar.

—Es la nueva norma.

—¿Perdón?

—La norma de Flora. Dice que llevo demasiados complementos, así que debo quitarme uno antes de bajar a la oficina. Me ha hecho quitar el pañuelo.

Nicholas, que aún sonreía, se pasó una mano por la boca mientras murmuraba algo. Pru no pudo oírlo con claridad, pero le pareció entender algo como «Dios bendiga a Flora».

—Me parece una buena norma —dijo en voz más alta.

—Entonces la acataré. Me gustaría... esto... Me hace sentir mal que hayas tenido que cargar con un adefesio como yo y tenerme como esposa. No deseo que te... avergüences de mí.

¡Dios bendito! ¿Realmente había dicho eso? Pru contuvo un quejido ante su propia estupidez. Había quedado como una criatura lamentable y patética. ¿Cómo iba a lograr que la deseara si se comportaba como una boba?

—¿Es eso lo que piensas, Pru? ¿Que me avergüenzo de ti?

—Lo siento —respondió bajando la mirada—. No debería haber dicho eso. Eres todo un caballero como para avergonzarte de mí o decirlo en caso de que lo estuvieras.

—No digas esas cosas, Pru. —Él volvió a alzarle la barbilla—. No hay nada por lo que uno pueda sentirse avergonzado de ti. Nada en absoluto. De hecho, más bien es todo lo contrario.

Y entonces sucedió el milagro. Nick inclinó la cabeza y posó sus labios, con delicadeza, sobre los de ella. Con delicadeza. Durante un brevísimo instante.

Era la primera vez en su vida que un hombre la besaba en los labios. Incluso el día de la boda, Nicholas apenas le había dado un casto beso en la mejilla. Pero esto... esto era diferente. Esto era maravilloso.

Cuando Nick se retiró, Pru dio un grito ahogado sobresaltada porque hubiera terminado tan pronto. Ella deseaba que hubiera durado para siempre. Avergonzada por su reacción, se llevó la mano a la boca y sintió en sus labios un cosquilleo. Era como si aún pudiera sentirlo ahí, como si los labios de Nicholas hubieran dejado una marca sobre los suyos. La idea le hizo estremecerse por la excitación. ¡Nicholas la había besado!

Nick le soltó la barbilla y dio un paso hacia atrás. Pru lo miró con los ojos abiertos de júbilo.

—Lo siento, Pru. No debería haber hecho eso.

Y todo su júbilo se vino abajo. ¿Qué estaba diciendo?

Nick parecía apesadumbrado. Dio unos cuantos pasos más hacia atrás poniendo deliberadamente más distancia entre ellos. Más distancia cuando lo que ella anhelaba era tenerlo mucho más cerca.

—Prometí darte tiempo. Prometí avanzar despacio. Pero veo que me he precipitado. Te he asustado, sobresaltado. No debería haberme impuesto nunca. No estás preparada. Lo siento, Pru, no volverá a ocurrir, te lo prometo. Por favor, perdóname.

Se dio media vuelta y abandonó la habitación. Un momento después, Pru oyó la puerta principal abrirse y cerrarse tras él. Se había ido porque pensaba que la había ofendido.

«No estás preparada.»

Si lo estuviera más, habría estallado.

Se dejó caer en la silla más próxima antes de que le fallaran las rodillas. Volvió a tocarse los labios. ¿Cómo es que podía aún sentirlo a pesar de haber sido un contacto tan breve? ¿Cómo era posible que un beso tan

simple y casi casto hubiera despertado en ella el deseo de algo más? ¿Y cómo es que él no lo había notado?

Cerró los ojos e intentó con todas sus fuerzas no llorar. Este matrimonio estaba resultando más difícil de lo que había esperado. Ella había pensado, al menos durante el primer día, que Nicholas tomaría lo que entonces ya era suyo, incluso aunque las relaciones íntimas impuestas fueran fingidas. Sin embargo, él se comportaba como un honorable caballero que había dejado la búsqueda de una relación física en manos de ella. Y ella era demasiado estúpida y tímida para tomar el control que él le había dado y hacerle saber que recibiría con gusto su roce.

Pru no podía evitar ser tímida. El pudor era parte de su naturaleza. Sin duda, Nicholas identificaba su comportamiento con mojigatería. Pru se avergonzaba fácilmente por todo aquel asunto, pero no era una mojigata. Quería experimentar los aspectos físicos del matrimonio en su totalidad. Y lo deseaba más que nada, solo que era difícil saber cómo iba a arreglárselas para hacérselo saber a Nick. Por eso él la consideraría una mojigata y pospondría la consumación del matrimonio todo el tiempo que pudiera.

Pru no sabía qué hacer.

Sí, sí lo sabía. Flora se lo había enseñado, pero ella había sido demasiado tímida para poner en práctica sus lecciones. Quizá era hora de tragarse el orgullo y volver a intentarlo con el coqueteo.

Pru tendría que coquetear en serio con su marido si alguna vez quería obtener de él algo más que un beso.



Nick abrió la puerta delantera al oír una risa escandalosa aunque, definitivamente, femenina. Las damas de Crimson. Sonrió y se preguntó qué sería lo que habría desencadenado las risas esta vez. Cuando entró en el vestíbulo y vio a su padre correr hacia las escaleras, cambió el gesto.

¿Qué habían hecho?

Pensó en seguir a su padre escaleras arriba. Había visto muy poco a Bartholomew desde su llegada unos días antes, pero quizá primero debería descubrir a qué se habían estado dedicando las libertinas huéspedes. Anduvo hasta el comedor donde las damas de Crimson trabajaban y asomó la cabeza por la puerta.

—Hola, querido. —La voz de Sadie se alzó entre el barullo de risas y cotorreo—. Ven aquí para que estas viejas fulanas de mala muerte podamos darnos el gustazo de verte.

El parloteo cesó y seis pares de ojos clavaron la vista en él. Sonrisas sugerentes, guiños y pechos turgentes apuntaban en su dirección.

—Señoras. —Entró en la habitación. Estaba acostumbrado a su descaro, así que sus maneras ya no le afectaban—. ¿Han vuelto a portarse mal?

Las carcajadas llenaron el aire mientras se atizaban las unas a las otras en las costillas y contoneaban sus pechos de forma provocativa.

—¿Qué quiés decí? —preguntó Madge. La supervisora de las ilustradoras estaba siempre presta a controlar todo el alboroto y hacerles volver al trabajo—. ¿Hemo hecho algo mal?

—Sospecho que habéis asustado a mi padre —contestó Nick sonriéndoles para que supieran que solo estaba tomándoles el pelo—. Acabo de verlo subir las escaleras como un rayo...

—¿Tu padre? —Bess aún conservaba el acento irlandés—. ¿Ese tipo es tu padre?

—Sí. ¿Qué le habéis dicho para que saliera corriendo como un conejo asustado?

—Ná —respondió Sadie—. No nos ha dao tiempo. Echó un vistazo y salió corriendo como una bala. —Rió—. Le pio perdón, señor.

—Un hombre mu guapo su padre —dijo Ginny—. Está claro de ónde le viene a usted su buen físico.

—Imagino que algo le habréis dicho... —insistió Nick.

—Ni idea. —Ginny se encogió de hombros haciendo que sus rizos de color castaño botaran con su movimiento—. Podríamos haberlo hecho...

—No la haga caso, señor Nick —añadió Daisy por encima de las risas que, una vez más, llenaron la habitación.

—Ginny le dijo a qué hora y en qué esquina trabajaba pa que se pasara por allí y además le ofreció una rebaja.

¡Dios Santo! Con razón su padre había salido corriendo. Nick contuvo la sonrisa.

—Lo siento muchísimo, señor Nick —dijo Madge lanzándole a Ginny una mirada gélida—. No sabíamos que era su pae. Quiero tener a raya a las chicas, pero son como una jaula de grillos. Yo les digo que en su casa tenemos que portarnos bien.

—En realidad, es la casa de mi padre. Él es un simple hombre de campo y no está acostumbrado a gente como vosotras. —Nick les lanzó una sonrisa—. Tratad de no asustarle, ¿queréis?

—¡Jesú! No cree que vaya a echarnos, ¿verdad? —Bess se había serenado ante aquel pensamiento. En su mayor parte, las chicas necesitaban el trabajo para mantenerse alejadas de las calles.

—Hablaré con él y le explicaré lo que estáis haciendo. Os prometo que no perderéis vuestro trabajo, pero... intentad comportaros mientras él permanezca aquí.

—Sí, señor Nick —dijo Madge—. No le causaremos más problemas o tendré que repartir algún sopapo.

—Gracias, chicas.

Nick sonrió mientras se volvía para marcharse. ¡Dios! ¿Qué habría pensado su padre al encontrarse con una panda de viejas fulanas ocupando el comedor? Sonreía ante tal idea cuando, al entrar en el vestíbulo, se topó con Pru.

—Perdón —dijo él, inclinándose instintivamente para sostenerla. Dejó caer sus manos cuando, al tocarla, sintió que ella se ponía rígida. Ella se ruborizó y miró hacia el suelo.

—Lo sien... siento —se disculpó ella.

¡Maldición! Sabía que tartamudeaba cuando se sentía incómoda. Aquel tonto besito del día anterior solo había empeorado las cosas entre ellos en vez de contribuir a distenderlas. ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

—Voy arriba a hablar con mi padre —dijo, tratando de mantener la voz

firme para intentar ocultar la frustración que sentía—. Lo hemos visto muy poco y esperaba que esta noche estuviera libre. Quizá podríamos cenar tranquilamente en casa los tres...

—Eso se... sería estupendo. Ba... bajaré a hablar con la señora Gibb sobre el menú.

Estaba lista para huir, pero él estaba decidido a hacer que su esposa aprendiera a sentirse cómoda en su compañía, así que prosiguió la conversación.

—Padre tiene debilidad por el cordero asado.

—¿Ah, sí? Enviaré a la señora Gibb al carnicero si no tiene cordero en la despensa.

—Eso sería perfecto, Pru. Por cierto, tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor?

—Sí. Ayer estuve trabajando en un panfleto acerca del trabajo infantil y el estado de los niños que trabajan bajo la tutela de las instituciones parroquiales, pero me temo que me he dejado llevar por mi invectiva. Tú eres mucho mejor en eso que yo, así que me preguntaba si le echarías un vistazo. Parece que siempre encuentras las palabras adecuadas para persuadir con sutileza en lugar de grandilocuencia. Admiro eso en tu trabajo.

Sus mejillas adquirieron un tono rosado, pero Nick se dio cuenta de que se debía al placer que le había suscitado su comentario y no porque se sintiera avergonzada.

—Eres muy amable al decir eso.

—No es amabilidad, es la verdad. Necesito tu ayuda, Pru. ¿Le echarás un vistazo mañana?

—Sí, por supuesto.

—Sabía que podía contar contigo. —Y, sin pensarlo, alargó la mano hasta el tirabuzón que se había desprendido de la peineta y le caía de forma sensual delante del ojo.

Pru dio un pequeño respingo y se apresuró a colocar de nuevo el tirabuzón en su sitio, pero Nick le agarró la mano.

—Déjalo, es precioso —afirmó él.

Parecía aturullada. Miró las manos unidas de ambos. Nick atrajo hacia sí los dedos de ella y los besó.

—Adoro tu pelo, Pru, cada uno de tus ricitos rebeldes.

—¿De verdad? —respondió ella con voz susurrante.

—De verdad. Ya sabes lo mucho que me atrae la rebelión. —Sonrió, intentando que se sintiera cómoda aunque fracasó, ya que ella apenas podía respirar. Nick le soltó la mano y dio un paso hacia atrás.

Pru soltó abruptamente el aliento contenido.

—Debo hablar con la señora Gibb.

Y antes de que él pudiera añadir una palabra, ella salió huyendo hacia la puerta que conducía hacia abajo, a la cocina.

Nick suspiró preocupado. Las cosas no marchaban bien en su matrimonio. Y él seguía metiendo la pata al querer apresurar todo. La sensación de incomodidad entre ambos se había intensificado desde el inocente beso del día anterior. Él había esperado que un simple beso sin mayor complicación la hubiera ayudado a sentirse más cómoda con él, pero más bien había ocurrido lo contrario. Pru había temblado, jadeado y lo había mirado con los ojos abiertos de terror. La había asustado, ¡maldita sea! Quizá Pru hubiera sentido su reacción, ya que él no esperaba que un simple beso lo hubiera afectado tanto. En el instante en que sus labios se unieron a los de ella, una oleada de puro deseo se había apoderado de él con una fuerza arrolladora, por lo que, al reconocerla, se apartó para evitar aprovecharse de ella. Su inocencia resultaba ser una tentación sumamente erótica.

Pero debía honrar esa inocencia e ir más despacio. No la acosaría. Su matrimonio forzoso ya era lo bastante difícil para ella como para presionarla con atenciones no deseadas. Además, él había prometido esperar hasta que ella estuviera preparada, así que tendría que ser paciente. Por desgracia, la paciencia no era una de sus virtudes.

Subió apesadumbrado para encontrarse con su padre, que leía el periódico en el salón, sentado en el sofá que había bajo el lienzo de Marte y Venus, que ahora ocupaba una posición privilegiada. Nick estudió la pintura de su madre; las extremidades nacaradas se entrelazaban y discretos pliegues de paño rojo escondían escuetamente lo que los amantes hacían. El rostro de Venus reflejaba la culminación del éxtasis. Nick se preguntó si alguna vez vería semejante expresión en el rostro de su esposa. ¿Viviría alguna vez la pasión desenfrenada en su propia casa? ¿O se vería obligado a buscarla fuera? Aún no lo había hecho porque había querido darle una oportunidad a su matrimonio y a Pru, pero ¿cuánto tiempo se suponía que debía esperar un hombre?

Apartó la mirada de los lujuriosos e ilícitos amantes y entró en la

habitación.

—Hola, padre. ¿Te han asustado las chicas?

Pru sonreía mientras escuchaba a su marido y su suegro recordar la infancia de Nicholas en Derbyshire. Tomó otro bocado de la excelente tarta de manzana de la señora Gibb y miró a sus dos compañeros de mesa. Desviaba la vista hacia su marido con mayor frecuencia. Estaba contenta con la evolución de los recientes acontecimientos. Aunque se había echado para atrás y disculpado por haberla besado ayer, hoy la había tomado de las manos y le había besado los dedos. Lo había hecho muchas otras veces antes, pero solo en presencia de su familia, cuando intentaba dar veracidad a su supuesto romance. Sin embargo, nadie los había estado observando hoy, así que solo podía suponer que lo había hecho porque había querido. Y no se había disculpado por ello.

Y eso le daba esperanzas.

Padre e hijo reían al recordar alguna historia. Se parecían mucho, en especial cuando sonreían, ya que eran igual de encantadores. No era de extrañar que Flora hubiera sucumbido a los encantos de Bartholomew tal y como a Pru le había sucedido con Nicholas.

—¿Es cierto, Pru, que tienes cincuenta y dos primos? —preguntó Bartholomew interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, primos hermanos.

—¡Dios mío! —Bartholomew sonrió y agitó la cabeza.

—Ya me disculpé con Pru —explicó Nicholas con cierto brillo en sus ojos oscuros— por haberla emparentado con una familia tan reducida como la nuestra. Se podría poblar todo un pueblo con los familiares de Pru.

—Entonces debes estar acostumbrada al bullicio en casa, querida —dijo Bartholomew.

—Supongo que sí —respondió ella—. Cinco hermanos y una hermana, más las constantes visitas de los primos, hacían que la casa siempre estuviera llena de gente, pero no me importaba. Así eran las cosas. No conocía otra forma de vida.

—Bueno, yo debo confesar que me he acostumbrado a la soledad —observó Bartholomew—. He vivido solo tanto tiempo que el ajetreo puede resultarme a veces un poco desconcertante.

—Creo que lo que te desconcierta son las damas de Crimson —se burló

Nicholas.

—¡Oh, cielos! —dijo Pru—. ¿Han estado molestándolo las chicas, señor? Bartholomew sonrió avergonzado y se encogió de hombros.

—Digamos que me sobresalté un poco. No esperaba encontrar... unos personajes tan coloridos en mi comedor. Pero no se trata solo de las chicas, hay un montón de actividad aquí y eso me ha sorprendido bastante.

—El negocio de El gabinete —dijo Nicholas— hace que siempre haya por aquí aprendices de imprenta, encuadernadores, editores, distribuidores y anunciantes.

—Ya me he dado cuenta. Confieso que no me había percatado de la cantidad de trabajo que podía suponer, pero, claro, yo estoy acostumbrado a la vida solitaria del campo y no al bullicio y ajetreo de la ciudad.

—Por eso me sorprende tanto que hayas vuelto a Londres tan pronto desde tu última visita —comentó Nicholas—. Naturalmente, siempre eres bienvenido. Además, esta es tu casa y deseo que no estés a disgusto aquí.

—No lo estoy en absoluto. De hecho, estoy disfrutando mi estancia mucho más de lo que podía haber imaginado. Conocer a mi nuera, retomar viejas amistades... todo es bastante agradable.

Durante el resto de la velada Pru fue incapaz de desprenderse del malestar causado por el brusco comentario de Bartholomew acerca de la ajetreada atmósfera que se respiraba en la casa. Después de todo, la casa le pertenecía. ¿Sería tan amable como para no admitir que no quería que ella, Nicholas y El gabinete permanecieran allí?

Nick no podía concentrarse. Estaba intentando escribir un artículo a favor de la nueva reforma de los trabajadores debatida en el Parlamento, pero sus ojos continuaban desviándose en dirección a Pru, que estaba sentada trabajando en su escritorio. Por lo general, cuando se concentraba en su trabajo en la revista parecía relajarse y estar más a gusto que en cualquier otro momento, pero no estaba relajada en aquella ocasión. Había cierta tensión en la postura de sus hombros y en su mandíbula. Le dolía verla tan nerviosa. Deseaba poder romper el hielo y ayudarla a sobrepasar el muro que aún había entre ellos.

—¿Qué te preocupa, Pru?

Ella alzó la vista hacia él. Lo miraba con aquellos enormes ojos azules tras los anteojos que utilizaba para trabajar.

—¿Es algo en lo que pueda ayudarte? Has asumido muchas responsabilidades en ausencia de Edwina, así que, por favor, no dudes en delegar en mí. Estoy dispuesto a echarle una mano.

—Gracias, Nicholas, pero creo que el próximo número está bajo control, siempre y cuando termines el artículo que prometiste. No, no es eso. Estaba pensando en otra cosa. Estaba pensando en tu padre.

—¿En mi padre? ¿Qué pasa con él?

—Comprendo que es tu padre y que no lo conozco muy bien, pero...

—¿Pero?

Empezó a decir algo más, se detuvo, pareció reconsiderarlo, volvió a empezar y paró de nuevo. ¿Qué era lo que le resultaba tan difícil decir?

—No me digas que aún estás pensando en él y Flora. Yo que tú no me preocuparía por eso.

—No, no estaba pensando en Flora. —Con un gesto le dio a entender que estaba considerando la idea—. No exactamente.

—¿En qué entonces?

—Es solo que... No creo que le guste que pongamos su casa al servicio de El gabinete.

—Estabas pensando en lo que dijo anoche.

—Sí, y sé que solo dijo que no está acostumbrado a la vida en la ciudad, pero, Nicholas, esta es su casa.

—¿Y? —No le gustaba el rumbo que, se temía, estaba tomando la conversación.

—Que siempre hay mucho ajetreo con todo el trabajo de la revista y las chicas yendo y viniendo. Y, además, estamos los tres viviendo aquí. Dijo que estaba acostumbrado a tener más intimidad. Me preguntaba si... si preferiría que nos mudáramos a una residencia propia.

Nick miró la página a medio escribir que tenía frente a él. Sentía que el enojo le recorría la espalda. No iba a escuchar ni una tontería más.

—Lo siento, Pru, pero no puedo permitirme comprar una casa propia.

—Pero yo sí.

—No. —La miró con dureza—. Ya te he dicho que no tomaré tu dinero.

—Pero...

—He dicho que no, Pru. Y es en serio. —El enfado le había hecho alzar la voz, pero no podía evitarlo. Este no era un tema de posible discusión. Desde el principio le había dicho cómo sería y ella había estado de acuerdo. O eso había pensado, pero se había equivocado. Sin duda, ella había estado

esperando el momento oportuno para abordarlo de nuevo. La presencia de su padre en casa y su comentario acerca de la bulliciosa actividad le habían brindado la oportunidad perfecta.

Bueno, él no se había dejado engatusar, ni se había visto intimidado o sentido avergonzado por utilizar el dinero de su mujer como si fuera un gorrón lamebotas. Nunca había querido casarse con una heredera. Él no era un cazafortunas.

—Como bien sabes, Pru, no me casé contigo por tu dinero. Siento que te hayas visto forzada a vivir en una casa tan pequeña, mediocre y llena de gente en un barrio tan poco elegante —añadió con voz desdeñosa—. Algo tan distinto de tu educación aristocrática. Ahora estás atada a mí y a esta casa, así que te sugiero que vayas acostumbrándote.

Pru se vino abajo y las lágrimas se le agolparon en los ojos. Sin decir una palabra, se levantó y abandonó la habitación.

¡Dios santo! ¿Qué había hecho?

Cruzó los brazos sobre la mesa y dejó caer la cabeza en ellos. ¡Maldición! No había querido hacerla llorar. Se despreciaba por haberlo hecho. Deseaba poder desdecir sus palabras. Lamentaba haberle hablado tan sarcásticamente y de forma tan severa. ¿Por qué tenía que volver a sacar el tema de su dinero? Odiaba que le recordara que él no disponía de dinero propio. En cualquier caso, no todavía.

El sonido de la música hizo que levantara la cabeza. Pru estaba tocando, una pieza fuerte, cargada de ira.

Pru descargaba todas sus emociones al deslizar los dedos por las nuevas y brillantes teclas del Broadwood. No pensaría en Nicholas ni en lo que le había dicho. Ignoraría el nudo que sentía en la garganta y el escozor que le producían las lágrimas en los ojos. Al no ser muy ducha en expresar sus sentimientos con palabras, había aprendido a utilizar la música para liberar su alma.

Y eso es lo que estaba haciendo ahora al aporrear el movimiento allegro de una de las más recientes sonatas de Beethoven. Pru no conocía bien la pieza y no la tocaba correctamente, pero no le importaba. Las notas expresaban a la perfección su desconcierto emocional y sabía que, al final, aliviarían su nerviosismo.

Tocó y tocó perdida en la pasión de las notas hasta que sintió una

presencia a su lado. Se detuvo de repente cuando se dio cuenta de que Nicholas estaba de pie junto a ella en el banco, mirándola y escuchándola.

Posó las manos en su regazo. Era incapaz de mirarlo. Recordó de nuevo sus palabras. De hecho, aún no había podido sacarlas de su mente y no quería verlo.

—No pares —dijo él—. Por favor, termina la pieza.

—No, no deseo tocar más. —Hizo un movimiento para ponerse en pie, pero él posó, con suavidad, la mano sobre su hombro. Había tanta calidez en su tacto que ella deseaba apoyarse y absorber todo el calor que desprendía. Pero le había dicho cosas horribles y justo ahora no debería estar anhelando nada de su parte.

—Por favor, Pru. Sé que te he herido con lo que dije. Y también sé que tú nunca me lo reconocerás. Pero tu música... Ah, Pru, ¡cuánta emoción! Termina la pieza. Descarga tu ira en la música, pero, por favor, déjame quedarme y escucharte.

Ella no lo miró. Le conmocionaba un poco el hecho de que él supiera lo que estaba haciendo. Suponía que era algo cobarde utilizar la música como válvula de escape, pero lo había hecho durante toda su vida. Además del mero entretenimiento, tocaba por dos razones. Una era para desafiarse a sí misma. Tocaba bastante bien, pero siempre buscaba mejorar. Aunque nadie la escuchara, había cierto entusiasmo e ilusión al aplicar su destreza en una pieza difícil. Después solía recompensarse con una balada o alguna canción tradicional que le gustara, pero poner al límite sus habilidades la ayudaba a hacer que su mundo real, donde todo era incómodo, tenso e incierto, se desvaneciera por un tiempo.

La segunda razón por la que tocaba era para dar rienda suelta a los sentimientos que no podía expresar en palabras, tal y como había estado haciendo hasta hacía un momento. ¿Podría hacerlo con Nicholas escuchándola y sabiendo lo que en realidad ella quería expresar?

No estaba segura.

Sus dedos volvieron al teclado por voluntad propia. De hecho, los descansó sobre las teclas un momento y después retomó el allegro.

Ahora que ya no estaba tan enfadada tocaba con más precisión. No obstante, la fuerza de las notas pronto se apoderó de ella otra vez y volvió a dejarse llevar por la pasión de la música, desde lo lúgubre a un ritmo vertiginoso y vuelta otra vez. Cuando hubo terminado, tomó aire y se dio cuenta de que el allegro había cumplido su cometido. Se había calmado, ya

no estaba enfadada ni dolida.

—¿Pru?

¡Dios, casi lo había olvidado! Nicholas estaba allí. Tal era el poder de Beethoven... Alzó la vista y se sorprendió al ver que él estaba sentado a su lado en el banco. Un banco que era muy pequeño, por lo que sus cuerpos se rozaban desde el hombro hasta el muslo. Sin poder evitarlo, Pru sintió un escalofrío.

—¿Qué pieza era esa, Pru? No creo haberla oído nunca.

—Es parte de una sonata de Beethoven. Es conocida como la Patética. — Soltó una sonrisita por lo apropiado del nombre—. Me la ha enviado Edwina desde Viena.

—¿Edwina sabe que tocas? ¿Era el único que no lo sabía?

—Ella tampoco lo sabía hasta que le pregunté si podía procurarme algo de música. La obra de Beethoven aún no ha sido publicada aquí en Inglaterra, pero admiro su trabajo y espero que Edwina sea capaz de encontrar copias para mí.

A Pru le atraía la música moderna, especialmente la de Beethoven, para dar rienda suelta a sus emociones. Utilizaba partituras del siglo anterior para ejercitar y depurar su técnica, pero a veces resultaban muy mecánicas, casi matemáticas y no le suscitaban ninguna pasión.

Sin embargo, las últimas sonatas de Beethoven eran algo distinto. No podía tocar la riqueza de sus tonos y cuerdas sin que la pasión la invadiera. Con frecuencia se preguntaba qué tipo de hombre sería para poder componer esa música con una emoción tan sincera y cruda.

—Es una música muy poderosa —dijo Nicholas—. Y además la tocas muy bien, incluso siendo tú misma la que vuelve las páginas. Realmente eres toda una artista, Pru.

—No, solo toco un poco para mi propia diversión.

—Y para despojarte de tu ira contra mí. Me he portado fatal contigo, Pru. No tenía derecho a decirte esas cosas. Lo siento muchísimo.

Pru se encogió de hombros y al hacerlo sus hombros se rozaron.

—Está bien. No debería haber sacado el tema.

—Escúchame, Pru. —Le acarició la mejilla volviéndole su rostro hacia él—. De verdad que no quiero tu dinero. En serio. Tengo inversiones que deben estar a punto de dar beneficios y, en cuanto lo hagan, podré proporcionarte un estilo de vida mejor. Puedes gastar tu dinero en lo que quieras para ti

misma, pero yo soy responsable de los gastos comunes. Por favor, permíteme hacerme cargo de eso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Asintió con la cabeza.

Se preguntaba qué pensaría si supiera cuánto dinero propio había gastado ya en varios asuntos domésticos que, aunque pequeños, eran necesarios. Obviamente, él era muy sensible hacia esas cosas, así que ella se encargaría de que no lo descubriera. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Entonces él hizo algo bastante sorprendente. Le puso el brazo alrededor del hombro y la abrazó.

—Eres una buena amiga, Pru. Tienes paciencia conmigo y no me cabe ninguna duda de que superaremos estos pequeños inconvenientes. —Alargó la mano que le quedaba libre y deslizó el pulgar por debajo de sus ojos—. Te prometo que no volveré a hacerte llorar.

—¡Oh! Disculpad.

Pru apartó la vista de los preciosos ojos de su marido para ver a Bartholomew en pie, en la puerta del salón. Muy a su pesar, Nicholas apartó la mano de su hombro, se puso en pie y se retiró del piano.

—Entra, padre. Acabas de perderte una magnífica actuación.

—Siento habérmela perdido. Debes tocar para mí en alguna ocasión, Prudence.

—Me encantaría —respondió poniéndose en pie—. Ahora creo que debo pedir el té. Espero que pueda acompañarnos, señor...

Después de llamar a Lucy y darle instrucciones para el té, Pru se excusó un momento y corrió a su habitación. Allí se refrescó la cara con agua fría esperando borrar cualquier rastro de lágrimas. Cuando se miró en el espejo, por instinto, se echó mano al pelo para retocárselo ya que, incluso con las peinetas que con tanta destreza le colocaba Lucy, aún seguía despeinándose. Sin embargo, recordó lo que Nicholas le había dicho ayer:

«Adoro tu cabello.»

Siempre había pensado que su pelo era una cruz, por lo que le resultaba impensable que a Nicholas pudiera gustarle. Si adoraba su cabello, ¿podría algún día llegar a adorar el resto? Observó su rostro, aquellos ojos demasiado grandes y las pecas que lo salpicaban. ¿Le resultaría alguna vez lo bastante atractivo como para querer besarla de nuevo? Ella había pensado que estaba a punto de hacerlo cuando, al disculparse, la rodeó con el brazo... Y sin embargo, él la había llamado buena amiga. No poseía un

rostro bonito como para atraer a un hombre.

Qué chica tan tonta. Tal y como Flora le había señalado, no se trataba de su rostro. Era una cuestión de actitud y confianza. Había perdido algo de confianza cuando Nicholas le había hablado de manera tan severa, pero estaba decidida a no permitir que su testarudo orgullo minara su autoconfianza. Todavía estaba perdidamente enamorada de él, pero ya no ciega ante sus defectos. Conocerlo mejor, de alguna forma le hacía amarlo más.

«Soy digna de él.»

Analizó su reflejo repitiendo unas cuantas veces más la letanía hasta que se sintió más segura de sí misma. Había seguido al pie de la letra la norma de Flora en cuanto a los complementos y esta mañana se había quitado un chal antes de bajar, permitiendo que el escote en uve de su corpiño quedara al descubierto. Se sentía un poco expuesta sin un chal o pañuelo de relleno, pero se había atrevido a ir sin uno. Y su aspecto era mejor. Flora había tenido razón en eso.

Se sacudió la falda, se ajustó el corpiño y se dirigió de nuevo hacia el salón. Lucy la seguía y la ayudó con las bandejas. Antes de sentarse a disfrutar de su té, sirvió una taza a Bartholomew y a Nicholas, y también les pasó un plato de pastelitos.

—Espero que no lo encontréis presuntuoso —dijo Bartholomew después de saborear el trocito de un pastel de nata—, pero creo que he dado con el regalo de boda perfecto para vosotros.

—Pero, señor —comenzó Pru—, ya nos ha traído el cuadro...

—Ese era un regalo para ti, Pru. No, quería regalaros algo para los dos y espero que aprobéis lo que he hecho.

—¿Padre? —Nicholas lo miró con suspicacia—. ¿Qué has hecho?

—He encontrado una oficina para El gabinete.

—¿Oficina?

A Pru le sobrevino un ataque de pánico. Estaba enfadado por el hecho de que el negocio hubiera tomado posesión de su casa. ¿Iba a pedirle que dejara la revista?

—Pero, señor, yo... esto... nosotros... esto es... —Tomó aire para recomponerse—. Para mí no supone ningún problema trabajar en El gabinete. Yo... me gusta.

Bartholomew se inclinó por encima de la mesa y le dio unas palmaditas en

la mano.

—Lo sé querida, y estoy orgulloso de lo que tú, Edwina y Nick habéis hecho de ella. Muy orgulloso. Pero ya es hora de que la revista tenga sus propias oficinas, ¿no crees?

—¡Oh! —Mientras asimilaba la implicación de sus palabras, sintió cómo una pequeña punzada de euforia revoloteaba en su pecho—. ¡Oh!

—Veo que estás de acuerdo conmigo, Prudence. —Bartholomew sonrió—. Si el negocio está creciendo tanto, personalmente creo que es el momento de trasladarlo a su propia oficina para que así no tengáis que seguir compartiendo casa y trabajo como si fuerais unos tenderos de Cheapside. Podréis volver a cenar en el comedor y la biblioteca volverá a ser un sitio tranquilo. Así, una vez que yo haya regresado a Derbyshire, tendréis toda la casa para vosotros solos.

Pru no sabía qué pensar. Sabía que Bartholomew lo hacía por bondad, y en realidad era muy generoso de su parte. Además, la idea de tener la casa para ellos solos era bastante... excitante. Antes del enfrentamiento de hoy, había soñado que algún día ella y Nicholas pudieran tener un verdadero hogar juntos; bien aquí, en Golden Square, bien en cualquier otro sitio. Pero la expresión escéptica del rostro de su marido le hacía mantener bajo control el entusiasmo y morderse la lengua.

Por favor, Dios, no le permitas ser tan testarudo como para rechazar el regalo de su padre. Esta vez su dinero no tenía nada que ver en el asunto.

—Es muy amable de tu parte, padre —dijo—, pero siempre hemos dirigido El gabinete desde casa. Desde hace años.

—Lo sé, y todos habéis hecho un trabajo maravilloso. Pero ahora tienes una esposa, Nick, y es de esperar que pronto, cualquier día de estos, tengas familia.

Pru pensó que no tan pronto, y sintió cómo se sonrojaban sus mejillas.

—No me parece apropiado que sigáis llevando el negocio desde aquí, así que me he permitido conseguir unas oficinas para vosotros en Saint Paul como regalo de boda.

—¿En Saint Paul, junto a la hermosa catedral? —Pru apenas podía ocultar su entusiasmo—. Pero si allí es donde están muchos de nuestros librereros, así como la imprenta y los encuadernadores, además de muchos otros editores.

—Sí, lo sé —dijo con los ojos brillantes por su acertada elección—. Por eso pensé que sería el lugar perfecto para editar El gabinete de las damas de

moda. Además de ser un regalo de boda a los dos, también es un regalo para Edwina, además de liberar la casa.

—¡Oh! Edwina estará encantada —exclamó Pru—. ¡Oficinas propias!

—Sí, con estanterías, almacén y un montón de espacio con bastante mobiliario adicional, pues convencí al anterior propietario para que lo dejara —dijo Bartholomew al tiempo que esbozaba una orgullosa sonrisa—. Todo es vuestro ahora. O de El gabinete.

—¡Oh, señor, qué regalo tan maravilloso! ¿Cómo podremos agradecersele?

—Para mí es un placer, Prudence. Ya es hora de que esta casa sea solo vuestro hogar y no un lugar de trabajo.

Pru miró a Nicholas, que no dijo nada al respecto y no parecía demasiado entusiasmado ante la idea. ¿Por qué debería oponerse? Desde luego, no podía rechazar un regalo de su padre.

—¿Nick? —Bartholomew debía haber detectado el descontento en su hijo—. Estás muy callado. ¿He hecho algo que no debía? ¿Debería haberte consultado primero?

—No, por supuesto que no —respondió Nicholas sonriendo al fin. Una auténtica sonrisa que iluminaba incluso sus ojos, la sonrisa que le hacía más apuesto—. Es demasiado generoso de tu parte, padre, y el más perfecto de los regalos. Desde luego, la revista no es mía. Pru es la editora en ausencia de Edwina, así que si la editora está contenta, también lo estoy yo.

Por supuesto que la editora estaba contenta. Aquel podría ser el primer paso hacia una verdadera vida en común, una vida separada del trabajo. Una oportunidad para hacer que su matrimonio funcionara.

Oh, sí, la editora estaba realmente feliz.



—Bien, ¿qué piensas, Pru?

Se volvió hacia Nick, que estaba sentado junto a ella en el coche de caballos que los llevaba de regreso a Golden Square. Sus ojos azules brillaban de emoción.

—Oh, es maravilloso —exclamó ella—. Ahora que tiene oficinas propias parece una publicación más profesional, ¿no te parece?

Habían pasado el día entero moviendo cajas llenas de libros y papeles desde la casa a las nuevas oficinas de la revista. Bartholomew había dispuesto que las habitaciones estuvieran limpias además de tener una cuadrilla de trabajadores a mano para ayudar a mover muebles e instalar más estanterías. Su padre había hecho todo lo posible para hacer la mudanza más fácil y llevadera, y Nick estaba agradecido.

Tenía que admitir que al principio había sido escéptico. La oferta de su padre le había parecido demasiada coincidencia con su desagradable enfrentamiento con Pru sobre mudarse a una casa nueva. La primera impresión de Nick fue que todo había sido idea de Pru: que ellos o ella compraran una casa propia y además trasladar la revista a otro sitio. Y todo por la idea equivocada de que su padre quería la casa para él solo.

No le había llevado mucho tiempo darse cuenta de que estaba equivocado. El ataque de pánico inicial de Pru ante la idea de que su padre, de alguna forma, tuviera intención de trasladar el negocio, y después su controlada pero obvia alegría ante la posibilidad de establecerse en unas oficinas propias lo habían convencido de que ella no tenía nada que ver con el asunto.

Nick también había experimentado una preocupación momentánea al pensar que trasladar el negocio quizá no fuera una buena idea. Con excepción de aquella tarde, trabajar juntos en la revista era lo único en lo que él y Pru parecían estar completamente a gusto juntos. Se preguntaba si eliminar ese cómodo refugio provocaría más tensión en su matrimonio. No obstante, un momento de reflexión le hizo ver que, por el contrario, era una idea brillante. Separar vida privada y trabajo podría ser justo lo que necesitaban para forjar un nuevo grado de intimidad entre ellos.

—Sí, también me parece un negocio más profesional ahora —admitió él—.

Espero que, a su regreso, Edwina sea capaz de encontrarlo todo. —Pru y Nick habían pasado casi toda la tarde entre cajas organizando los archivos—. Ya sabes que es asquerosamente organizada.

—Sí, lo sé. Por eso he puesto tanto cuidado en mantener las cosas en orden, solo que con un poco más de holgura. ¡Oh, me muero de ganas por empezar! Será genial tener suficiente espacio para alinear todas las páginas de prueba en una mesa de trabajo grande en vez de tener que revisarlas poco a poco. Y también disponer de una habitación para las chicas, y un despacho privado para las reuniones con los anunciantes y demás. ¡Oh, Nicholas, es todo tan maravilloso! Qué amable ha sido tu padre al procurarnos el contrato de arrendamiento y pagar el primer año por adelantado. Con el incremento de la tirada y los nuevos anunciantes tenemos más que suficiente para cubrir la renta después de todo.

Nick asintió con la cabeza. Le encantaba cuando Pru se olvidaba de su timidez y estallaba en aquellas explosiones de palabras. Estaba tan callada la mayoría del tiempo que era una delicia escucharla parlotear.

Al observar cómo la emoción iluminaba su rostro y la hacía resplandecer, Nick se maravillaba de lo hermosa que se la veía con aquellos enormes ojos azules y su radiante sonrisa. No podía apartar la mirada y aún le asombraba haber pensado que era sosa y aburrida. Qué tonto había sido.

Lo que más le gustaba eran sus ojos, claros como un cielo de verano y enmarcados por pestañas que, aunque muy claras, eran espesas y curvas. Las mujeres más modernas habrían oscurecido semejantes pestañas, pero Nick estaba contento de que Pru no lo hubiera hecho. De alguna manera, sus ojos parecían más grandes y azules al estar rodeados de su flequillo color albaricoque.

O quizá fuera su pelo lo que más le gustaba. Era tan maravillosamente salvaje... Incluso ahora un zarcillo albaricoque ondulaba, frívolo, contra su mejilla. El hecho de que fuera natural lo hacía aún más fascinante. Dios, no podía esperar a verlo caer suelto sobre sus hombros.

También pensó en cuando tocaba, cuando parecía olvidarse de todo y de todos. No era su belleza lo que le fascinaba, sino las señales físicas de la pasión que sentía por la música. Su rostro abarcaba toda la gama de expresiones faciales, desde soñadora a afligida, y su cuerpo se balanceaba y se tensaba moviéndose al ritmo de la música como si estuviera haciendo el amor con el instrumento.

Una vez llegó a temer que Pru fuera demasiado tímida como para expresar

pasión física, dando por sentado que su matrimonio no llegaría tan lejos. Sin embargo, ya no estaba preocupado por eso. Pru era una mujer pasional, incluso aunque ella no fuera consciente de ello. Solo esperaba que algún día ella fuera capaz de abandonarse y dejarse llevar por la pasión entre las sábanas.

Si tan solo pudiera estar seguro de que no iba a aterrorizarla...

No había intentado volver a besarla. Era incapaz de olvidar aquel pequeño respingo y la mirada de terror que le dirigió después. No obstante, había empezado a tocarla con más frecuencia y había notado que, cuando lo hacía, ya no se estremecía ni tensaba tanto como al principio.

Eso le daba esperanzas aunque sabía que aún debía ir despacio. Mientras tanto, había liberado el deseo frustrado incrementando la actividad física. Había estado practicando esgrima en la academia de Angelo varias veces a la semana. Lo ayudaba, pero no era la cura que necesitaba.

De repente, se dio cuenta de que ella había estado hablando y que él no había prestado atención a sus palabras.

—Lo siento, querida, me he quedado absorto por unos instantes. ¿Qué estabas diciendo?

Ella le dedicó una sonrisa indulgente.

—Decía que tendremos que enviar una nota de aviso a todos nuestros proveedores y anunciantes para comunicarles nuestra nueva dirección. Será la primera cosa que haga mañana.

—¿Por qué no haces que Imber imprima un comunicado? Seguramente te ahorraría mucho tiempo.

—¡Oh, qué buena idea! Otra señal de lo profesionales que nos hemos vuelto. ¿No es fantástico que Imber se encuentre ahora tan solo unas cuantas puertas más allá? Me pasaré a verlo por la mañana.

En ese momento, Nick miró por la ventana del carruaje más próxima a Pru y observó a un par de desagradables individuos luchando por una jarra. Después, uno de ellos se desplomó al suelo sin parar de reír. Se dio cuenta de lo cerca que estaban de los peores suburbios de Londres.

Se volvió hacia Pru y le tomó la mano.

—Querida, debes prometerme algo.

Pru miró hacia sus manos unidas, pero no apartó la mano. Era una buena señal. Estaba acostumbrándose a su tacto.

—¿Sí?

—Nunca debes marcharte de la oficina sola bien entrada la tarde o por las noches. Si no estoy yo aquí contigo, entonces debes hacerme saber cuándo te gustaría que te recogiera y te enviaría un coche de caballos. No quiero que vayas sola por estos barrios. No es seguro.

—¡Oh! —Miró por la ventana, pero por ahora solo veía gente normal ocupándose de sus quehaceres diarios. Se giró hacia Nick con expresión burlona.

—Prométemelo, Pru. —Le estrechó la mano—. Las calles próximas a la oficina limitan con zonas poco recomendables, y pasas por ellas en tu camino de vuelta a casa. No es seguro para una mujer sola.

—Pero tendrás que conducir todo este trayecto para venir a recogerme —dijo ella—. Me parece una gran molestia.

—No es ninguna molestia. Lo haré con gusto. Quiero que estés a salvo, querida. Acordaremos una hora para que yo venga a recogerte y si necesitas quedarte algún tiempo más hasta que acabes tu tarea, esperaré hasta que termines. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No lo había considerado, pero supongo que gastaremos bastante más que de costumbre en coches de caballos.

Nick se estremeció. Que no pudiera permitirse comprar una casa no implicaba que fuera un indigente. ¡Qué ganas tenía de que el Ulises llegara con, literalmente, un cargamento de beneficios! Estaba retrasándose un poco, pero no tanto como para preocuparle. Se había prometido a sí mismo que cuando llegara no lo invertiría todo en el proyecto de Derby. Iba a comprarle algo bonito a Pru. Dio contra los dedos largos y suaves de ella y se topó con el sello que llevaba enrollado en un lazo. Cuando el Ulises llegara, quizá le comprara un anillo de boda en condiciones.

—Vaya, qué acogedor.

Flora miró a su alrededor mientras permanecía en pie en la zona que habían separado para convertir en una pequeña recepción. Pru incluso había traído algunas plantas para crear un ambiente más agradable.

—¿Te gusta? —preguntó Pru.

—Me gusta. Es bastante coqueta, ¿no es cierto? Muy acogedora, querida.

—Hay un pequeño despacho para ti, Flora.

—¿Para mí?

—Sí, claro. La editora de moda necesita su propio espacio, ¿no crees? Ven,

voy a enseñártelo.

Era poco más que un cuchitril con un escritorio, pero Flora sonrió encantada.

—¡Oh, es precioso! Podré colgar las ilustraciones por las paredes. ¡Cómo vamos a divertirnos! Sabía que esto sería una buena idea.

—¿A qué te refieres?

—Trasladar aquí la oficina. Sabía que sería un regalo de boda perfecto.

—¿Flora? ¿Qué estás diciendo? ¿Has tenido algo que ver en todo esto?

—Bueno, naturalmente, querida. ¿Acaso Bartholomew no te lo ha contado? No, supongo que no lo ha hecho. Fue idea mía, querida. —Se inclinó cerca de Pru y le susurró al oído—. Pensé que tú y tu apuesto marido necesitabais tener la casa para vosotros solos. Al menos cuando Bartholomew se marche.

—Flora, ¿le sugeriste tú la idea?

—Bueno, para ser sincera, yo solo tiré el anzuelo y dejé que él lo mordiera. Al final, todo fue cosa suya.

—Estoy agradecida, no me importa de quién fuera la idea. El negocio ha crecido tanto que había invadido por completo la planta baja de la casa.

—Sí, lo que lo hacía comparable al negocio de un tendero.

Pru la miró exhaustivamente.

—Eso es exactamente lo que dijo Bartholomew.

—Estoy segura de que lo dijo.

—¿Flora? ¿Cuándo habéis urdido todo este plan? ¿Tú y Bartholomew estáis...?

—Es un hombre encantador, ¿verdad? Y es tan guapo como su hijo.

—¿Flora?

—Ocúpate de tus asuntos, Pru, que yo me ocupo muy bien de los míos.

Pru se ruborizó. Por lo visto, había dado en el clavo: Flora y Bartholomew mantenían una relación, fuera cual fuera su naturaleza. Era asombroso. Se preguntaba qué pensaría Nicholas, ya que a él le parecía algo impensable. Pero ¿por qué no? Ambos eran adultos libres y atractivos. Siendo discretos como lo eran, ¿qué debería importarles?

—Deja de pensar en ello, Pru. Estás frunciendo la frente. Muéstrame todo esto y enséñame lo que has hecho.

Así que Pru le hizo un breve recorrido. Había cuatro pequeños despachos privados: uno para Edwina con los archivos editoriales y libros de contabilidad, otro para Pru con el archivo de suscripciones y contratos

publicitarios, uno para Flora con los archivos de moda, y otro que podía ser utilizado indistintamente por Nicholas, Simon Westover o cualquier otro colaborador que pudiera necesitar un sitio para trabajar o también reunirse con proveedores y anunciantes. También había dos talleres con varias mesas grandes de trabajo cada uno. Uno sería para que las damas de Crimson le dieran color a las ilustraciones, y el otro para colocar las maquetas y revisar páginas de pruebas o cualquier otro trabajo que requiriera mayor espacio. Incluso había una pequeña cocina cerca de la parte trasera para que, al menos, pudieran hacerse una taza de té siempre que quisieran. Todo era muy compacto, pero bien distribuido. Pru estaba deseando que Edwina regresara. Iba a quedarse pasmada.

Flora estaba impresionada por lo rápido que se habían instalado y dio su visto bueno a la distribución general.

—Me gusta especialmente la pequeña zona de recepción con todas las portadas e ilustraciones en la ventana —dijo Flora—. Una buena inspiración a la hora de elegir la decoración.

—Estaban todas colgadas en el despacho de Edwina, en el fondo de la oficina —dijo Pru.

—Sí, perdidas entre un revoltijo de cosas. Aquí resaltan y exhiben el trabajo que se hace dentro. Los demás editores de la calle van a morirse de envidia. Bien hecho, querida.

—Gracias, Flora. También te gustará saber que le he pedido a Madge que amplíe sus funciones. A partir de mañana se instalará en un escritorio en la recepción y estará al cargo de despachar el trabajo de todo el que entre.

—¿Será nuestra recepcionista?

—Más o menos.

Flora frunció el ceño.

—Querida, ¿estás segura de que es una buena decisión? La mayoría de los negocios emplean a hombres jóvenes para llevar a cabo esa función y Madge es un tanto... vistosa.

—Madge ha aprendido a leer y escribir y está luchando por abrirse camino y prosperar en la vida. Puede acompañar a las visitas hasta el despacho correcto tan bien como cualquier hombre, Flora.

—¡Tienes razón, Prudence! Edwina estará de acuerdo. —Le dedicó una sonrisa—. Creo que vosotras dos vais a causar gran revuelo en Saint Paul.

Fueron juntas hasta el despacho de Pru y, tal y como hacían en Golden

Square, Flora se sentó en la silla opuesta al escritorio y se puso cómoda. Aunque ahora tuviera su propio despacho, sospechaba que Flora continuaría pasando bastante tiempo en el despacho de Pru. A decir verdad, apenas hablaban de negocios cuando estaban juntas; la conversación siempre era de carácter personal. Por la mirada de Flora, esta vez no iba a ser diferente.

—¿Y cómo estás, querida? ¿Cómo van progresando las cosas?

Pru no tenía intención de que la malinterpretase.

—Creo que necesito más clases.

—¿Oh?

—No se me da muy bien nada de esto, Flora.

—Tonterías. Solo necesitas más práctica, pero intentemos con algo fácil. — Sacó un abanico de su cartera y lo abrió—. Ya es hora de que aprendas el lenguaje de los abanicos.

—¡Impresionante!

Nick se inclinó sobre Pru para observarla y cerciorarse de que, en efecto, era a su mujer a quien llevaba del brazo y no a una desconocida. Había estado comportándose de una forma un tanto extraña desde que habían llegado a la fiesta en casa de uno de sus primos. No sabría concretar qué era. Una palabra esporádica por aquí o una expresión que nunca habría esperado de ella por allá...

Se preguntaba si estaría nerviosa, aunque no podía imaginar por qué motivo. Conocía bien a todos los anfitriones, lord y lady Rusell. La vizcondesa era hija de lord Phillip Armitage, tío de Pru, y había sido bastante cordial al darles la bienvenida. Quizá demasiado vociferante, pero así es como eran todos los familiares de Pru y, como era de esperar, el lugar estaba lleno de ellos. Ahora Nick podía reconocerlos sin que ni siquiera se los presentaran: altos, rubios y chillones, y con distintas variaciones de lo que había llegado a identificar como la nariz de los Armitage. Algunos de los tíos tenían una narizota enorme y algunas de las mujeres la tenían perfecta, pequeña y con tan solo un atisbo de nariz aguileña. El resto, como Pru, se encontraban en un nivel intermedio, pero había en todos ellos cierta similitud que se hacía patente cuando muchos familiares se reunían.

—¡Ah, Prudence, qué alegría verte!

Una mujer de mediana edad, con la versión más aguileña de la nariz Armitage, se unió a ellos. Nick estaba seguro de haberla conocido antes,

pero no podía recordar de quién se trataba. Sus ojos se deslizaban, burlones, de Nick a Pru.

—Buenas tardes, Gertrude. Nicholas, ¿te acuerdas de mi prima, lady Stockton?

—Sí, naturalmente. —Sostuvo la mano que le extendía. Entablaron una breve conversación hasta que la señora fuera reclamada por otra matrona con turbante.

—Nicholas, declaro que hasta que me casé contigo no había sido tan popular —dijo Pru moviendo su abanico enérgicamente—. Es asombroso lo trascendente que puede resultar tener un marido guapo.

Cesó de abanicarse, atrajo el abanico abierto hacia su rostro y se golpeó con él en el ojo.

—Querida, ¿estás bien? —Nick posó la mano en el codo de Pru mientras ella pestañeaba con rapidez y se daba toques en el rabillo del ojo.

—Estoy bien —dijo ella—. Estoy bien. De verdad no es nada.

Después de un momento, miró hacia arriba y sonrió volviendo a traer el abanico hacia su mejilla derecha. Nick se preguntaba si ella sabía que eso era una señal, y bastante sugerente. No, Pru no era el tipo de mujer que sabía cómo coquetear con abanicos. Y aunque lo fuera, no podía imaginarse que jamás pudiera coquetear con un hombre con el que se había visto obligada a casarse en contra de su voluntad. No, debía tratarse de un gesto natural, más tímido que provocador, y encantador. Sus ojos, todavía un poco acuosos, parecían más azules que nunca y él quería sumergirse en ellos.

—Estás muy guapa esta noche, Pru. —Se dio cuenta de que no era mera adulación, lo decía en serio. Esta noche estaba a la altura de sus parientes más elegantes. Llevaba el cabello adornado con una gran peineta dorada en la parte de atrás sobre la cual caía una cascada de rizos albaricocue cuidadosamente dispuestos. Vestía una falda corta de color azul sobre un canacán blanco y, por una vez, el escote no estaba cubierto de encaje, de hecho insinuaba su canalillo. Solo lo insinuaba (nada que ver con los atrevidos escotes de la mayoría de las invitadas, que eran tan pronunciados que dejaban poco a la imaginación), pero era lo suficiente para que Nick estuviera deseoso de ver más. Definitivamente, era un cambio bienvenido. Y el color del vestido conjuntaba a la perfección con sus ojos, unos ojos que lo miraban, atrayéndolo, haciéndolo querer besarla aquí y allá.

Parecía que desde que le había prometido no forzarla en temas íntimos, no

pensaba en otra cosa sino en imponerse. El sorprendente y poderoso deseo que había desarrollado hacia su mujer, el deseo que debía reprimir para hacer honor a su palabra, lo estaba sacando de quicio.

Ella alzó las cejas ligeramente. ¿Acaso sabía lo que él estaba pensando? ¿Por una vez no escaparía corriendo como un ratoncito asustado? Agitó la muñeca con brusquedad para abrir el abanico.

Y, al hacerlo, el abanico salió volando por la habitación hasta caer en la cabeza de uno de los sirvientes que llevaba una bandeja de copas.

La bandeja tembló peligrosamente, pero el sirviente se compuso enseguida, antes de desaparecer entre la multitud.

Nick se rió y cruzó la sala para recuperar el abanico. Cuando lo encontró en el suelo, ya lo habían pisoteado.

—Lo siento, Pru —dijo al regresar a su lado y ofrecerle los restos del abanico—. Espero que no fuera tu abanico favorito. Está hecho pedazos.

—¡Oh, vaya!

Se le pusieron coloradas hasta las orejas. A la madre de Nick le habría encantado ese tono rosado, hubiera sabido cómo plasmarlo en un lienzo. ¡Dios, qué cerca se encontraba de estar verdaderamente perdido! Incluso el rubor de Pru se había convertido para él en un objeto de deseo.

—Qué bochorno —dijo ella—. ¿Lo habrá visto alguien?

Nick no pudo reprimir la sonrisa. Estaba tan avergonzada y resultaba tan deliciosa...

—No lo creo, y si han visto un abanico volando, no podrán saber quién lo ha lanzado. No ha habido ningún daño, querida, excepto por el pobre hombre a quien ha golpeado, claro.

Le compraría uno nuevo. En cuanto el Ulises llegase, compraría una docena de abanicos nuevos.

—Quizá podríamos tomar una copa de champán —propuso él—. ¿Llamo al camarero?

—Mientras no llames al que tiene un chichón sospechoso en la cabeza...

Nick sonrió, le hizo un guiño y se volvió para encontrar a un sirviente. Estaba contento de que Pru no se hubiera retraído como un erizo por la vergüenza. Ahora ya nunca lo hacía. Era callada y tímida, pero el miedo ya no la paralizaba. Excepto cuando se trataba de él. Aunque aquello era una cuestión distinta y, gracias a Dios, sentía que de alguna forma ella estaba bajando la guardia al respecto. Aún había esperanza para Nick.

Se hizo con dos copas de champán y le pasó una a Pru.

—¿Por qué brindamos? ¿Por las nuevas oficinas de El gabinete?

—Sí, por un nuevo comienzo. —Chocó su copa contra la de él y dio un sorbito.

¿Debería atreverse a pensar que quería decir algo más con esas palabras? Le hizo un gesto con su copa y bebió el contenido de un solo trago. Era una copa muy pequeña.

Otra prima se detuvo a saludarlos y entabló conversación con Pru. Nick estaba observándolas cuando se le acercó un vikingo ligeramente achispado. Después de un momento incómodo intentando concordar los nombres y títulos que se había aprendido y emparejarlos con aquel rostro en particular, el vikingo le echó una mano.

—Christopher Gordon, primo de Pru —dijo soltando una gran carcajada—. ¿Eso no ayuda mucho, verdad? Soy el hijo de Jane, lady Gordon, hermana del padre de Pru.

—Por supuesto. ¿Cómo está?

El hombre le estrechó la mano sin fuerzas, como si estuviera pasando por alto el protocolo.

—Me alegro de que se haya casado con Pru. Le fastidió mucho a mi hermana Alison, ¿sabe? Una solterona menos en la familia... Y dado que Pru era la más joven de todas, no es que las demás tengan muchas esperanzas de contraer matrimonio. ¡Ja! Pobre Alison. Lleva molesta desde que se enteró de la noticia. ¡Bien hecho, muchacho!

El tipo se marchó riéndose solo. Nick agitó la cabeza. No podía creerlo. Si antes Pru pasaba inadvertida, desde luego ahora estaba captando la atención de todos y por todo tipo de razones. Y aquello había empezado porque se había casado con él. Le gustaba pensar que le había hecho un favor, pero no estaba seguro de que fuera así.

Volvió junto a Pru, que conversaba con su anciana tía Mary, condesa de Walsham. Después de intercambiar algunas palabras de cortesía con Nick, se retiraron. Él se giró hacia Pru. Ella lo miraba por encima del borde de su copa de champán. Sus ojos parpadeaban de una forma extraña, como si estuvieran intentando deshacerse de una mota de arenilla. Entonces se acordó del abanico.

—¿Todavía te escuece el ojo por habértelo golpeado con el abanico? Pobrecita. Debe haberte dolido. ¿Llevas los anteojos en la cartera? Quizá te aliviarían.

Pru puso los ojos en blanco (ciertamente debía pasarle algo en el ojo) y emitió un pequeño quejido. A lo mejor no se trataba para nada de sus ojos.

—¿Te sientes mal? —preguntó él—. Hay mucha gente aquí. Quizá deberíamos salir a la terraza y tomar algo de aire fresco.

—Sí —aceptó ella dejando escapar un suspiro de cansancio—. Hagámoslo.

Pru se agarró a su brazo y Nick se abrió camino entre la multitud. Respondió a los saludos, pero no se detuvo a conversar con nadie. Realmente estaba preocupado por Pru. No parecía ser ella misma esa noche.

—Ah, Prudence.

¡Maldición! La única persona que no se contentaría con un simple saludo.

—Lady Daine —la saludó Nick.

—Hola, Margaret —dijo Pru.

—Estoy buscando a Arabella —les dijo sin responder a sus saludos—. ¿La habéis visto?

—La vimos antes y estaba muy guapa. Creo que Leonard Gedney está mostrando un fuerte interés por ella. Debes estar muy contenta. Es un joven encantador.

—Puede conseguir un mejor partido. La temporada acaba de empezar. Y debo decirte, Prudence, que tienes un aspecto sorprendentemente fantástico. —Miró en dirección a Nick—. Sorprendentemente fantástico.

—Oh, gracias. —Pru sonrió a su hermana, contenta, naturalmente, de ser halagada. Por lo poco que Nick sabía de Margaret, eso no era algo frecuente.

—Me gusta mucho el vestido que llevas —afirmó Margaret—. ¿Quién es tu modista?

Pru le echó un vistazo a su vestido, se ahuecó la falda y estiró la cola.

—Este lo ha confeccionado madame Lanchester.

Las cejas claras de Margaret casi se alzaron por encima de su exótico turbante.

—¿De verdad? Es una modista muy exclusiva, ¿verdad? Bueno, ya veo que la herencia de tía Elizabeth está al fin destinándose a buenos fines.

Así que la nueva apariencia de Pru y sus nuevos vestidos eran bastante caros. Y, por supuesto, a nadie se le ocurriría pensar que su marido podía permitirse que ella vistiera de semejante manera. Todos sabían que utilizaba su propio dinero, que se veía obligada a hacerlo dado que había

contraído matrimonio con alguien inferior a ella.

¡Malditos fueran todos ellos!

—Si nos disculpa, lady Daine, me llevo a Pru a la terraza. Necesita un poco de aire fresco.

Lady Daine entrecerró los ojos y observó a Pru.

—¿Estás...? ¿No me digas que ya estás embarazada?

Inspiró hondo y se sonrojó. Incluso el pequeño canalillo que dejaba su escote al descubierto adquirió cierto rubor. Francamente, a Nick no le extrañó que incluso él mismo se hubiera puesto rojo como una langosta. Margaret había dado justo con algo que les avergonzaba a ambos, pero al menos le reconfortaba saber que la familia de Pru no era partícipe de los secretos de su matrimonio.

Aun así, pensar en Pru embarazada le hizo llegar a imaginarse cómo dejarla en ese estado. Se preguntaba cuánto tiempo más necesitaría para estar lista y cómo demonios él iba a poder soportarlo.



¿Cómo demonios iba a hacerle saber a su marido que estaba preparada si ni quiera era capaz de coquetear bien? Pru dejó de mirar a la puerta cerrada de su habitación y tiró de las sábanas para cubrirse la cabeza.

La velada había sido un absoluto desastre. Ya era bastante penoso que Nicholas ni siquiera se hubiera percatado de sus patéticos intentos por coquetear con él, para que encima ahora pensara que era bizca y patosa. Esa era la última vez que intentaría ser algo que no era. Con clases o sin ellas, era demasiado peligroso. Podría herir a alguien la próxima vez. La imagen de su abanico volando por la sala la hizo cobijarse aún más entre las sábanas. ¡Qué vergüenza tan espantosa! ¿Cómo había podido pensar que podría conseguirlo? No había coqueteado en su vida, más bien lo contrario. Siempre se había puesto nerviosa y se había mostrado insegura con los hombres. Recordaba su puesta de largo como una dolorosa humillación. Todo aquel negocio alrededor del matrimonio donde las jóvenes desfilaban ante toda la población de candidatos solteros para su inspección como si fueran caballos en Tattersall le resultaba vergonzoso.

A ella no le fue bien. Aquello fue mil veces más desastroso que su vergonzosa ineptitud de esa noche. Al menos Nicholas no se había alejado corriendo como hicieron todos los hombres que le presentaron durante su puesta de largo. Pero también era cierto que Nicholas no podía escapar ya que estaba atado a ella.

Él se había mostrado encantador y solícito. Y se había reído, y no precisamente de ella, cosa que marcaba una gran diferencia. Ella sabía que él todavía le profesaba un gran cariño, aunque se tratara de un sentimiento fraternal.

Quizá la amistad era todo lo que ambos podrían compartir. Y eso sería suficiente, o casi. Pru deseaba que pudieran volver a la camaradería que habían compartido antes de que él se viera obligado a pensar en ella como más que una simple amiga y compañera. Siempre había habido cierto grado de dolor de su parte, porque estaba enamorada de él en secreto, pero él ignoraba sus sentimientos y se había sentido a gusto en su compañía.

Sin embargo, ahora se encontraba entre ellos la no consumación de su matrimonio, y eso cambiaba todo. Pru se quedó dormida preguntándose

cómo retomar esa amistad para que, al menos, ambos pudieran vivir más cómodos estando juntos.

A la mañana siguiente, justo cuando se disponía a marcharse a la oficina, llegó una carta con Edwina como remitente. Se quitó el sombrero y entró en la vacía biblioteca para leer la carta en privado. Sabiendo que Edwina le enviaría una respuesta acerca de la noticia de la boda con su hermano, Pru tardó un poco en romper el sello. No estaba segura de cómo reaccionaría su amiga y ansiaba no haberla decepcionado demasiado. Pru había sido bastante honesta en su carta en cuanto a cómo el matrimonio se había celebrado.

Se sentó tras el escritorio, rompió el sello y desdobló las páginas.

Empezó a leer y dio un suspiro de alivio cuando alcanzó las primeras líneas:

Mi querida Pru:

No podría estar más sorprendida por tus noticias, pero una vez logré cerrar la boca tras haberme quedado boquiabierta un buen rato, asusté a Anthony con un grito de alegría. ¿Qué podría ser mejor que tener a mis dos personas favoritas en este mundo (exceptuando a mi querido Anthony, por supuesto) unidos en matrimonio? Y lo que es más, ahora ya puedo llamarte hermana.

Asombroso. Con todo lo que había pasado, Pru jamás había reparado en eso. Su mejor amiga era ahora su hermana. Maravilloso. Margaret era, en el mejor de los casos, una cruz. Edwina haría mejor de hermana. Pru la adoraba y admiraba mucho más que a ninguna otra mujer de entre sus conocidos.

Y ahora que Nick se acerca a poner en marcha su gran proyecto, o eso me ha asegurado, será fantástico para él tenerte a su lado, alguien que entienda y aprecie su esfuerzo como ninguna otra mujer lo haría.

¡Oh, vaya! De repente Pru cayó en la cuenta de todos los gastos extra que le había acarreado. Sí, ella se había encargado de muchos de los gastos domésticos, pero solo de pequeñas cosas sin importancia que podía ocultarle. Había muchos otros gastos de los que él se había ocupado: una persona de apoyo para ayudar a la señora Gibb en la cocina y una sirvienta más para ayudar a Lucy, además de que las cuatro personas de servicio

requerían comida y alojamiento. También estaban los actos sociales a los que se veía obligado a asistir y que requerían alquilar carruajes. Él siempre iba bien vestido cuando la acompañaba, pero no tenía idea si eso significaba que él también tenía que ampliar su fondo de armario.

En cualquier caso, Pru sabía que a él le había salido caro el que ella se hubiera quedado dormida en la oficina y ahora comprendía que Nick estaba gastando los ahorros para su proyecto. Deseaba que Nick no fuera tan orgulloso y aceptara su dinero. Ella se lo daría gustosa. Sabía algo acerca de su proyecto y apoyaba su esfuerzo. Incluso siendo consciente de que ella compartía sus ideales, él no emplearía su dinero y esa era la raíz de bastantes problemas. A ella le dolía (tontamente, pero así era) que él prefiriera mantener separación de bienes en su matrimonio.

Quizá así habría sido si su matrimonio hubiera sido por amor. Seguro que, si la amase, Nick hubiera estado más dispuesto a compartirlo todo y hacer que su esposa fuera partícipe de su empresa.

Pero el dinero era otra cosa más que no compartían. Lo suyo no era, en ningún caso, un verdadero matrimonio, en el sentido estricto de la palabra.

Por otro lado, ella jamás le había contado que también tenía planes para llevar a cabo un proyecto. No tan ambicioso como el de él, pero un bonito proyecto con el que soñar. Nunca se lo había contado a nadie y ahora ya probablemente nunca lo haría. Prefería emplear la herencia de la tía Elizabeth en ayudar a Nicholas a conseguir su objetivo, pero si pudiera saber cómo...

Se había casado con ella por honor y rechazaba su dinero por la misma razón, pero debía haber otras maneras de ayudarlo sin darle el dinero de forma directa. Tenía que saber más acerca del proyecto y entenderlo mejor para decidir qué hacer.

Retomó la carta de Edwina. Contenía los mejores deseos para su matrimonio y el futuro de Pru con Nicholas seguidos de información sobre la propia feliz unión de Edwina. Pru guardó la carta en su bolso, volvió a ponerse el sombrero y se marchó hacia las oficinas de El gabinete. Una vez dentro del coche de caballos, empezó a reflexionar sobre cómo averiguar más información acerca del proyecto y las inversiones de su marido.

—¿Estás lista, Pru?

Lo miró de forma tan extraña que volvió la vista a sí mismo para

comprobar que no había olvidado abotonarse el chaleco o atarse la corbata.

—Sí, estoy lista.

—Entonces, vamos. —Nick se giró decidido a salir de la oficina, pero las palabras de Pru lo hicieron detenerse justo en la puerta.

—Oh, solo un momento. Si no te importa esperar, quisiera terminar de anotar estos gastos en el libro de contabilidad.

—Pensé que habías dicho que estabas lista para marcharnos.

Se puso de color rojo escarlata y bajó la mirada hacia el libro de contabilidad que tenía abierto sobre el escritorio.

—Lo si... siento. Te enten... entendí mal. Serán solo quince minutos, probablemente menos. ¿Te importa?

—En absoluto. Solo voy a ver si el cochero puede esperar, si no, le diré que se marche y llamaré otro cuando hayas acabado.

Nick salió para hablar con el cochero. Le dijo que les esperaría por un chelín más. Nick le comentó que al menos sería media hora dado que, por lo general, las mujeres no tenían sentido del tiempo. Le lanzó el chelín y le permitió marcharse a tomar una cerveza mientras estuviera de vuelta en media hora.

Nick deambuló por las nuevas oficinas sorprendido por la rapidez y facilidad con que habían ocupado todo el espacio, ya que era varias veces mayor que el de casa. Edwina se alegraría. Se preguntaba qué tendría pensado hacer cuando regresara de Europa. ¿Querría trabajar en las nuevas oficinas o trasladaría su despacho a su nueva casa con Morehouse? Esa solución no era para nada la más acertada.

Confiaba en que su padre no se hubiera endeudado para financiar el arrendamiento. Aunque poseía la casa de Derbyshire y la casa de Londres, no era un hombre rico. Nick tenía el presentimiento de que Edwina, que ahora estaba casada con un hombre muy rico, le devolvería el dinero en secreto cuando regresara. Después de todo, el negocio le pertenecía.

Nick asomó la cabeza por la puerta del despacho de Pru y vio que estaba cerrando el libro de contabilidad y dejando la pluma en su sitio.

—¿Has acabado? ¿Ya?

—Te dije que solo necesitaba unos minutos. Podemos marcharnos ahora.

—De hecho, no podemos. Mandé al cochero a tomarse una cerveza. Volverá en media hora.

—¿Media hora? ¿Pensabas que tardaría tanto?

Nick se encogió de hombros avergonzado.

—Si lo hubiera pensado bien, habría recordado que siempre eres puntual, al contrario que Edwina y todas las demás mujeres que conozco. Esa es otra de esas cosas que necesito aprender de ti, ¿verdad?

Pru sonrió.

—Siéntate, Nicholas, y ponte cómodo. Ya que lo has mencionado y dado que tenemos tiempo, hay algo sobre ti que me gustaría conocer mejor.

Nick arrimó la silla al escritorio, la giró y se sentó en ella hacia atrás apoyando los brazos sobre el respaldo.

—¿Qué quieres saber?

—Háblame de tu gran proyecto.

—¿De la fábrica?

—Sí. Conozco el proyecto en general, pero me gustaría saber más. ¿Será algo similar a una utopía industrial, verdad?

—Sí, un complejo industrial para ser precisos. Una fábrica textil con condiciones de trabajo decentes, un pueblo contiguo para los trabajadores con alojamiento limpio, una escuela para los niños y también una residencia clínica. Todo para hacer la vida de los trabajadores más cómoda y productiva.

—Porque un trabajador contento es un trabajador más productivo.

—Exactamente. Y dado que creo que el futuro de nuestra economía reside en la industria en lugar de en la producción agrícola, no debemos permitir que continúen las terribles condiciones de trabajo actuales. Las condiciones inhumanas en las que se trabaja en algunas de las fábricas les están costando la vida a muchos trabajadores, especialmente a los niños. ¿Cómo podemos llegar a ser una economía productiva si estamos matando a nuestros trabajadores?

—Tienes toda la razón, naturalmente —dijo Pru—. No podemos permitir que la situación actual continúe en las fábricas.

Nick sonrió.

—Tienes un excelente entendimiento, querida.

—Para ser mujer, ¿quieres decir?

—Para ser una mujer de ascendencia aristocrática.

—¿Se burla de mi procedencia, señor?

—No me atrevería a hacerlo. —Él sonrió de oreja a oreja—. No tengo ganas de volver a encontrarme con una horda de vikingos frente a mi puerta.

—De hecho —prosiguió ella—, creo que mi linaje me hace comprender mejor tu propuesta.

—¡Oh! ¿Y cómo es eso?

—Fundarás tu propia comunidad industrial y procurarás que los trabajadores y sus familias sean bien tratados. ¿Correcto?

—Sí, ese es mi propósito.

Pru ladeó la cabeza de forma socarrona.

—Entonces, lo que estás diciendo es que deseas emular a los grandes terratenientes.

Nick se estremeció.

—En absoluto. Mi comunidad progresista será una república utópica sin relación alguna con los viejos latifundios.

—Pero los dueños de esos grandes latifundios, como por ejemplo mi familia, los duques de Norwich, siempre han sido responsables de la gente que trabajaba sus tierras y dependían de su generosidad. Es muy inteligente por tu parte, Nicholas, utilizar el modelo de la aristocracia terrateniente para los nuevos complejos industriales. Después de todo, el viejo sistema de latifundios hizo de Inglaterra un país sólido. Tiene sentido que los mismos métodos nos permitan seguir siendo fuertes en una economía industrial.

Nick la observaba asombrado. ¡Dios bendito! Tenía razón.

—Querida, me has dejado sin habla. No tengo argumentos con los que contradecir tu sabiduría.

Pru sonrió triunfante. Y se la veía muy guapa a hacerlo.

—Siempre me ha horrorizado pensar en los niños de las fábricas textiles de las que he oído hablar. Al menos se está debatiendo una propuesta de ley en el Parlamento que no permitiría contratar a niños de muy corta edad y reduciría las jornadas de los niños más mayores. Mi primo lord Caldecott ha intervenido a favor de esta propuesta en la Cámara de los Lores.

—Sí, lo sé. Un día, cuando tenga la oportunidad de abordarlo en un ámbito distinto a un evento social, me gustaría discutir la propuesta con él. Necesitamos todo el apoyo que podamos conseguir para sacar adelante la propuesta.

—¿Afectaría a tus planes si la ley finalmente se aprobara? —preguntó ella.

—Tanto si se aprueba como si no, no habrá niños trabajando en mi fábrica. En vez de eso, les construiremos una escuela. Incluso los niños más mayores tendrán que asistir unas cuantas horas al día.

—¿Ha intentado alguien antes poner en práctica este modelo de utopía industrial?

—Sí, Robert Owen con New Lanark Village. De hecho, trato de emular su modelo humanista. Pero si quiero triunfar en lo que él no lo hizo, debo mantenerme como el único inversor. Él fracasó debido a que sus inversores no confiaron en sus ideales progresistas y temieron perder beneficios.

—¿Así que por eso has estado intentado incrementar tu capital a través de inversiones?

—Sí.

—¿Cómo de avanzado está el proyecto? ¿Tienes ya el terreno?

—Sí, una gran extensión de tierra a las afueras de Derby además de un amplio almacén esperando establecerse como primera fábrica. Ese es uno de los gastos primordiales. El equipamiento final costará una pequeña fortuna. Después tendremos que construir las casas y otros alojamientos para los trabajadores. Necesitamos una escuela, un mercado y una iglesia. Hay mucho por hacer.

—Suenas como el trabajo de toda una vida.

—Puede serlo, pero tengo inversiones a punto de dar beneficios. Eso me dará liquidez para comprar la maquinaria.

—Y no quieres solicitar inversores así que, ¿lo estás costeando todo tú solo?

—Así es, quiero mantener el control yo solo, si no, no podré estar seguro de que las cosas vayan a hacerse como yo deseo. Mira lo que le sucedió a Owen. Tuvo que comprar las partes de sus inversores cuando no estuvieron de acuerdo con él. Si decidiera recurrir a la financiación externa para arrancar el proyecto, es probable que jamás pudiera comprar la parte de nadie si lo necesitara. Habría perdido todo mi capital en mi parte de la sociedad. No, no quiero contar con inversores que me digan lo que hacer.

—Yo no lo haría.

—Pru —suspiró él.

Pru frunció la frente.

—Me alegraría invertir mi herencia en tu proyecto, Nicholas. Pero no lo aceptarías, ¿verdad?

—No, como te he dicho, ese dinero te pertenece, Pru. No permitiré que te embarques en un proyecto que puede fracasar. No deseo, llegado el caso, ser responsable de la ruina de ambos.

Ella lo observó durante un buen rato y entonces dijo:

—Si no aceptas mi dinero, ¿al menos me permitirás darte algún consejo?

Él le lanzó una mirada escéptica.

—¿Qué tipo de consejo?

—Estrategia de inversión.

Nick sonrió.

—Tu padre me dijo que te ocupas de tus propias inversiones. Has descubierto una estrategia exitosa, ¿verdad?

—He incrementado mi capital.

—¿Cómo?

Ella procedió a contarle con gran detalle cómo había utilizado los bonos del Estado y los depósitos al cinco por ciento de interés para incrementar poco a poco sus ahorros. Todo era digno de admiración. Además, le fascinaban su trabajo de investigación y su determinación, pero, en lo que a él se refería, eran fondos para solteras y viudas, algo demasiado moderado para sus necesidades.

—Pero, Pru, puede llevar años lograr beneficios con métodos tan conservadores. Yo no tengo años, necesito liquidez ahora.

—Si no te importa decírmelo, ¿en qué estás invirtiendo ahora?

Le contó todo acerca de sus participaciones en las compañías navieras, los proyectos de infraestructura de canales y las patentes industriales. Incluso admitió las serias pérdidas de cargamento debido a las terribles tormentas de febrero que se habían tragado barcos enteros, sin contar la inversión fallida en la importación de lino irlandés del año pasado después de que el comercio se extendiera tras la creación de la Unión. Desafortunadamente, el lino no resultó ser tan rentable.

—Las participaciones en compañías que se dedican a la exportación e importación son inversiones bastante arriesgadas —dijo ella.

—Pero el rendimiento puede ser tremendo.

—No si los barcos se hunden, se pierden o si cae el mercado.

Nick se encogió de hombros. Nada ni nadie podría convencerlo para abandonar sus participaciones. Podía hacerse mucho dinero con ellas.

—¿Y si el canal nunca llega a construirse? —prosiguió ella.

—Por supuesto que algunos no llegan a construirse, pero proyectos de infraestructura como los canales traen prosperidad a una región.

—Pero muchos de los proyectos para la construcción de canales han fracasado. ¿Puedo sugerirte una alternativa?

—Claro.

—Si prefieres los proyectos de construcción, puedes echar un vistazo a las empresas encargadas de la ampliación de los muelles y puertos. Por ejemplo, el muelle de Hull. Yo he comprado acciones en London Dock Company. Como el muelle de Wapping está a punto de ser terminado, las primas han sido importantes.

—¿De verdad? Me dejas impresionado, Pru. No tenía ni idea de que tuvieras tantos conocimientos de inversión financiera. —Ella le dedicó una pequeña y tímida sonrisa, halagada por su elogio.

—He investigado mucho desde que heredé.

—¿Has estado solo tratando de asegurarte el futuro o tenías algún otro propósito por el cual incrementar tu capital?

—¿Te refieres a si yo también tengo un proyecto?

—¿Lo tienes? —sonrió.

Ella se sonrojó.

—En realidad, tengo algo así como un sueño, no un proyecto real. Es solo un sueño.

—¡Pru, estás llena de sorpresas! Cuéntame.

—Crearás que es una idea estúpida.

—No, no lo creeré. Si es algo que deseas y que sueñas tener no puede ser una tontería. ¿De qué se trata? Cuéntame.

—Es... una escuela.

—Pero eso es maravilloso. ¿Qué tipo de escuela?

—Para niños pobres, aquí en Londres. Niños que no tienen posibles y que, de lo contrario, se buscarían la vida en la calle.

—Es una idea fantástica. ¿Por qué no la has llevado a cabo todavía? Seguramente tu herencia sea suficiente para fundar una escuela.

—No para el tipo de escuela que tengo pensada. Todavía necesitaré algo más de capital si quiero hacer lo que tengo planeado.

—¿Y de qué se trata entonces? ¿Qué tipo de escuela es?

Se mordió el labio inferior como si temiera responder a la pregunta de Nick.

—Pru, ¿qué es?

—Vas a pensar que soy tonta.

Inclinó la silla hacia delante y se estiró por encima del escritorio para ponerle una mano sobre el brazo.

—Eso nunca. Cuéntamelo, Pru.

Estaba acostumbrándose cada vez más a su tacto y gracias a Dios no tembló ni se puso rígida. Ella lo miró a los ojos durante un buen rato antes de responder, como si estuviera sopesando sus palabras.

—Quiero abrir una escuela de música —dijo alzando la barbilla como si estuviera retándolo a encontrar algún fallo en su idea.

Nick volvió a sentarse y se detuvo a observarla. No era lo que él había esperado, pero no debía haberlo cogido por sorpresa.

—¿Quieres compartir tu amor por la música con los niños?

—Sí, con los niños desfavorecidos. Con los niños de la calle que no tienen futuro. Pero no será solo una escuela de música, se proporcionará una educación completa, pero con especial énfasis en la música. El objetivo será formarlos para que encuentren trabajo en orquestas, como profesores de música...

—Es una idea estupenda, Pru, pero si me permites el atrevimiento, ¿no crees que la música es una de las últimas cosas que un niño pobre necesita? Es casi un lujo en vez de una necesidad.

—Por supuesto que no es una necesidad, pero la música es algo más que un lujo. Es una puerta a la creatividad, la expresión y el autodescubrimiento. Puede enriquecer la vida de los niños que no han conocido nada más que vacío y desesperanza. Puede llegar a cambiar sus vidas para siempre, haciéndoles salir de los bajos fondos a través de su propio talento, talento que de otra forma permanecería oculto y sin pulir.

Le brillaban los ojos por el fervor con el que había defendido su causa. Estaba animada y no había en ella ni un atisbo de vergüenza. Eso era lo que la música, incluso solo hablar de ella, lograba en ella. Era una transformación fascinante.

—La música es capaz de hacernos a todos iguales —continuó—. Un pobre golfillo callejero puede aprender a tocar la misma música que el mayor noble de alta alcurnia. Incluso pueden llegar a tocar juntos, sin necesidad de distinguir rangos. Nos hace a todos iguales, ¿no lo ves? Imagina lo que esa idea puede hacer cambiar la vida de un niño.

—Lo veo —dijo. Estaba tan embelesado por su entusiasmo que casi estaba cerca de creerla. Todo era digno de admiración e incluso había cierto matiz republicano en el concepto.

Era una idea interesante y encomiable, pero, entonces, ¿por qué tenía esa sensación de inquietud y se sentía como un traidor al pensar que era un

plan un tanto frívolo?

¿Acaso era tan egoísta como para pensar que su proyecto era más valioso? ¿Envidiaba tanto la fortuna que ella poseía para hacer realidad su sueño y de la que él carecía? Verdaderamente respetaba lo que Pru quería hacer. Lo respetaba, pero de esa forma solo sería capaz de cambiar la vida de una docena de niños mientras que su complejo industrial cambiaría la vida de cientos, incluso miles. Detestaba aquellos pensamientos tan desleales, pero ¡maldita sea!, no podía evitarlos. El complejo industrial había sido, durante mucho tiempo, el foco donde había concentrado toda su energía. En realidad, en el fondo de su corazón, estaba pensando que de entre los dos proyectos, el suyo era más importante. Odiaba ese pensamiento, pero ahí estaba.

Por supuesto, se mordería la lengua antes que decírselo a Pru.

—¿Has hecho algo ya para poner tu plan en acción?

—En realidad, no. He localizado un edificio en Clerkenwell que creo que sería perfecto, pero tendría que reformar por completo el interior para dar cabida a los estudios, las clases, los dormitorios, las cocinas y demás. Además, están los instrumentos y el mobiliario, las partituras y los profesores. Ah, y otra idea estúpida de las mías, ni siquiera sé si tiene sentido, pero creo que sería genial si cada niño, una vez completados sus estudios, fuera obsequiado con un instrumento. Algo, aparte de su formación, con lo que empezar una nueva vida.

Pru sonrió avergonzada.

—¿Me consideras estúpida?

—En absoluto. Creo que es una idea estupenda. Y me ha hecho ver lo importante que es para ti la música.

—La música ha llenado mi alma y ha iluminado mis días. Le daba sentido a mi vida cuando me sentía perdida dentro de una familia tan numerosa. Me gustaría ser el instrumento, si me permites el juego de palabras, a través del cual los niños puedan encontrar una felicidad semejante.

—Y así será. Es un plan espléndido, querida. —Y realmente lo era. Era perfecto, la quintaesencia de Pru. No podía envidiar que usara su herencia para una escuela como esa. No podía.

La campanilla de la puerta de entrada sonó al entrar alguien.

—Hola. ¿Hay alguien? No puedo esperar todo el día...

¡Dios bendito! Se había olvidado del coche de caballos.

—Vamos, Pru, será mejor que nos apresuremos. Podrás contarme más sobre la escuela en el camino de vuelta a casa.

Esperó a que ella recogiera su chal y su sombrero y cerrara con llave la oficina. Después la condujo hacia la calle, donde los esperaba el coche de caballos. Después de ayudarla a subir al coche, tuvo una idea.

—¿Dijiste que el edificio en el que estás interesada se encuentra en Clerkenwell?

—Sí, en Saint John Square. Es una zona muy agradable, no demasiado lejos de las zonas en que se han criado los estudiantes, los potenciales estudiantes. No me parecía apropiado ubicar una escuela así en Mayfair. Creo que Clerkenwell es una buena opción.

—Un plan excelente. Vayamos a echar un vistazo, ¿te parece?

—¿Hablas en serio? —Sus ojos parecían expectantes.

—¡Claro! Dime la dirección y se la daré al cochero.

Veinte minutos más tarde, Nick y Pru se encontraban juntos sobre la acera, contemplando un sólido edificio antiguo de ladrillo de tres plantas. Estaba en muy buen estado, con todas las ventanas de guillotina intactas y con un elaborado tragaluz de influencia gótica encima de la entrada. Obviamente, estaba vacío.

—¿Has contactado con el propietario? —preguntó Nick.

—Sí, y he visitado con él el edificio en dos ocasiones, pero aún está por encima de mi alcance. No tiene sentido comprar un edificio si no puedo costearme acondicionarlo. Esperaré hasta obtener más ganancias de mis inversiones y espero que para entonces todavía esté disponible. Si no, habrá otros edificios. Aunque me gusta este, ¿y a ti?

—Es un edificio muy bonito, perfecto para una escuela de música.

Pru se rió y Nick se dio cuenta de que había algo de burla en su sonrisa.

—Confieso —siguió Pru—, que he soñado con ver algún día una pequeña placa de latón junto a la puerta que dijera: «Escuela de música Prudence Armitage». ¡Oh! —Se sonrojó—. Debería decir «Escuela de música Prudence Parrish», ¿verdad?

—Debería, señora Parrish —sonrió él.

—Nicholas, dime la verdad. ¿Crees que es un proyecto estúpido?

—No, creo que es un proyecto perfecto para ti, querida.

Empezó a contarle todo lo que le gustaría hacer para convertir el edificio en una verdadera escuela. A media que hablaba iba sintiéndose cada vez más aturdida por la excitación y casi parecía dispuesta a gritar en voz alta y

dar vueltas de felicidad. Pru nunca haría algo semejante, naturalmente. Pero a él le gustaría ver que lo hacía. Por eso estaba prestando poca atención a lo que decía y pensaba en lo mucho que le gustaría verla algún día mirarlo con el mismo ardor, y cómo le gustaría ser capaz de motivar en ella ese brillo en los ojos y ese rubor en las mejillas.

En su camino de vuelta a Golden Square, él siguió preguntándole acerca de la escuela por el mero placer de escucharla hablar y ver el entusiasmo reflejado en su rostro. En aquel momento, toda su timidez había desaparecido. Nick esperaba que pudiera mantener a raya la tensión entre los dos, así que la dejó divagar.

Cuando echaba la vista atrás unas pocas semanas y reparaba en que entonces solo consideraba a Pru como una compañera algo desgarbada y sosa, casi no podía creer el cambio que había experimentado si consideraba la perfección que ahora le asignaba. Era cierto lo que se decía en cuanto a no juzgar un libro por su cubierta. Pru era un volumen fino cargado de información fascinante. Y la cubierta no era tan fea después de examinarla con detenimiento. La idea de la escuela de música realmente era admirable y, con el entusiasmo de Pru, sería un éxito asegurado.

Sin embargo, no podía deshacerse de su egoísta convicción de que su proyecto merecía más la pena. No era leal, pero no podía evitarlo. Era solo que no podía aceptar la idea de que los niños pobres se beneficiaran de una formación musical en vez de educarlos en un oficio para que pudieran ganarse la vida como obreros cualificados. Era mucho mejor que gastara su dinero en una utopía industrial en Derbyshire.

De repente, se le ocurrió que Pru le había ofrecido renunciar a su sueño para financiar el suyo. En eso, definitivamente, ella era mucho más noble que él.

Aun así no podía permitirse vivir con ese desinterés y con tal inmerecida lealtad o lamentaría haberse precipitado. Suponía que eso le hacía ser una mala persona, indigno de la consideración de Pru, pero si no mantenía su particular enfoque en el proyecto de Derby nunca lograría su objetivo, y los niños seguirían trabajando hasta morir en fábricas sin ningún control, carentes de regulación.

Quizá algún día, si ambos tenían suerte, podrían ver sus sueños hechos realidad.



—Estás bromeando.

Flora alzó la barbilla y dijo:

—Hablo en serio, te lo aseguro.

—¿Quieres publicar una lista de las mujeres peor vestidas de Londres?

—Sí.

—¿Y nombrarlas abiertamente sin ocultar su identidad?

—Correcto. ¿No te parece fantástico? Y al mes siguiente publicaremos la lista de las mejor vestidas. Para entonces, las mujeres estarán ansiosas por saber quiénes figurarán en ella.

—No lo sé, Flora. —Pru permanecía en pie sobre la pequeña tarima en el centro del probador del taller de madame Lanchester mientras le prendían con alfileres un nuevo vestido de noche—. Me parece algo potencialmente difamatorio.

—Tonterías —respondió Flora. Se puso en pie al lado de la tarima con los brazos cruzados examinando todos los ajustes que le habían hecho al vestido—. Te garantizo que si publicamos las listas una vez al año, ser incluida en cualquiera de las dos se convertirá en una mención de honor. Ambas listas, para peor o mejor, darán notoriedad a las elegidas. Todo el mundo querrá ver su nombre en alguna, casi no importará en cuál.

—La señora Gallagher tiene razón —intervino madame Lanchester—. Una mujer sin gusto para la moda, o más bien con un gusto espantoso, y podría nombrar a unas cuantas, está reclamando atención. En el fondo se regodeará en secreto por haber sido reconocida por vestir mal. Y, por supuesto, pueden sugerirle venir aquí para renovar por completo su vestuario.

—Las ilustraciones de sus diseños hablarán por sí solas, madame —dijo Flora—. Especialmente este.

—Sí, será una creación deslumbrante una vez hayamos puesto todos los rosetones en su sitio. Miren qué bonita caída tiene el crepé lavanda sobre el cuerpo. Será la más bella del baile, señora Parrish. Ahora no se mueva. Volveré enseguida. Annette, ven conmigo.

Madame Lanchester y su ayudante desaparecieron tras una cortina, dejando a Pru y a Flora a solas.

—No puedo creer que te haya permitido meterme en esto, Flora.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo posar para una ilustración de tu propia revista? ¿Qué podría ser más apropiado?

—Para empezar, una mujer más alta. Yo no me parezco para nada a las Amazonas de la mayoría de nuestras ilustraciones.

—Te prometo que en su ilustración, Rainsbeck te hará parecer una reina. Recuerda que lo que importa es el vestido, no la modelo. Hará todos los ajustes necesarios para que el vestido luzca de la mejor forma aunque eso signifique alargarte las piernas un poco y darle una línea más dramática al vestido.

—Pero ¿por qué yo, por Dios bendito?

—A madame le gusta mucho cómo ha quedado tu vestido y quiere publicarlo. Piensa que el vestido que llevarás para el baile de la duquesa será inmortalizado en el próximo número de El gabinete. Es un vestido muy bonito, querida.

Pru sujetó el suave tejido de la falda de crepé y lo levantó, maravillándose por la ligereza y vaporosidad de la tela. Los ribetes de encaje blanco eran sutiles y delicados. La capa superior de la falda estaba cortada a la altura de la rodilla, dejando al descubierto por la parte anterior una capa inferior de gasa blanca ribeteada de encaje color lavanda hasta el dobladillo y con una larga cola en la parte de atrás. Cuando se movía, el crepé flotaba alrededor de ella como si fuera una nube, haciéndola sentir como la princesa de un cuento de hadas.

—¿Es precioso, verdad? —dijo ella—. Quiero estar lo más guapa posible para el baile.

—¿Para Nicholas? ¿O es que acaso quieres coquetear con otros hombres para darle celos?

Pru frunció el ceño.

—Te prometo que nunca volveré a coquetear con nadie. Nunca. Es solo que me gustaría estar guapa. Sé que nunca seré tan bella como Edwina o la mayoría de mis primas. ¡Cielos! Ni siquiera podré ser nunca más atractiva que Nicholas, pero me gustaría estar guapa para él.

—¿Solo guapa?

—Bueno... Supongo que me gustaría que me mirase y se quedara sin habla. Pero no porque estuviera horrorizado sino por...

—¿Porque te deseara?

Pru sintió cómo se ruborizaba.

—Sí.

—Entonces deja que el vestido haga el resto. Te da un aire muy sensual con su movimiento. No necesitarás en absoluto coquetear. Simplemente, muévete con gracia, como sé que puedes hacerlo, y deja que él te mire asombrado.

—Espero que tengas razón, Flora. Además, es importante que luzca lo mejor posible en el baile de mí tía, ya que es el evento más importante de la familia durante esta temporada.

—Querida mía, el baile de la duquesa de Norwich es el evento de la temporada. De hecho, me sorprendió bastante recibir una invitación. No te preguntaré cómo lo hiciste, pero estoy muy agradecida, Pru. Será la ocasión perfecta para identificar a quiénes incluir en la lista de las mejores vestidas.

—Eso es cierto. Estoy segura de que todo el mundo lucirá sus mejores galas.

—En cuanto a la lista de las peor vestidas, tendré un buen comienzo esta noche. Voy a la ópera. Todo el mundo estará allí, ya que se trata de una representación importante. Espero encontrar varios vestidos horribles.

—Oh, Flora. ¿De verdad vas a hacerlo?

—Claro. Con tu aprobación, por supuesto. Después de todo, tú eres la editora.

Pru suspiró.

—Espero que Edwina no me decapite por ello, pero está bien. Puede ayudar a incrementar nuestra tirada. Iremos a imprenta en un par de días. ¿Crees que podrás tenerla preparada para entonces?

—No me cabe duda de que esta noche en la ópera voy a encontrar un montón de diseños desastrosos. Será un éxito, te lo prometo.

—Ya estamos aquí —dijo madame Lanchester al entrar de nuevo en la habitación seguida por su ayudante—. Los rosetones de encaje. El toque final. Enseguida estaremos listas para el impaciente señor Rainsbeck. Ahora levántese, señora Parrish.

Las dos mujeres empezaron a coser pequeños rosetones de encaje a lo largo del encaje lavanda del dobladillo de la parte inferior de la falda. Después recogieron las mangas hasta los hombros y añadieron algunos rosetones, dejando al descubierto el ribeteado de encaje y las mangas ligeramente abullonadas que salían del corpiño. Para concluir, madame Lanchester agarró el frontal y lo estiró hacia abajo, formando una

pronunciada uve hasta el talle, donde cosió un rosetón ligeramente mayor que el resto.

Involuntariamente, Pru dejó escapar un grito.

—No, por favor, es demasiado bajo.

—Al contrario, señora Parrish. Le aseguro que está muy de moda.

—Pues me parece indecente —gruñó Pru.

Madame agitó la cabeza.

—En absoluto. En Francia lo llevan incluso más bajo, casi dejando los pezones al descubierto. Este solo hace lucir su bonito escote. Asegúrese de ceñir muy bien el corpiño para marcar bien el canalillo.

—¡Oh, Dios!

—Creo que ya estamos listas para el señor Rainsbeck. Señora Parrish, si es tan amable, sígame hasta el salón.

A Pru no le hacía ninguna gracia, pero no veía forma de evitarlo. Se puso una mano sobre su pecho expuesto, pero Flora se la retiró.

—Recuerda lo que me has dicho. Deseas que Nicholas te mire y se quede atónito. Pues esto, querida, le dejará de una pieza. No seas boba. Estás impresionante.

Pru pasó la siguiente media hora posando como si fuera una estatua mientras el famoso académico Lionel Rainsbeck la retrataba. Madame Lanchester rondaba por allí para asegurarse de que el dibujo reflejara los mejores rasgos de su creación. Colocó a Pru mirando ligeramente hacia un lado con la cabeza girada sobre el hombro. Mientras posaba, Pru era consciente en todo momento de la exposición de su pecho, estaba a la vista de todos, pero se imaginó que estaba posando para Nicholas y que él la encontraba bonita.

—Perfecto —dijo el artista—. No muevas un músculo.

Poco después, esa misma tarde, de vuelta en las nuevas oficinas de la revista, Pru y Flora estudiaron con minuciosidad los dibujos hechos en el taller de madame Lanchester así como otros tantos que habían sido realizados esa misma semana en otro taller. Como siempre, todos eran preciosos. Los dibujos del señor Rainsbeck, coloreados después a mano por las damas de Crimson, eran mejores que los del resto de los competidores y, sin duda, una de las razones por las que El gabinete había tenido tanto éxito.

—Tiene un parecido increíble —opinó Flora. En sus manos sostenía el dibujo de Pru con el vestido color lavanda—. Te ha retratado a la

perfección. Espero que el grabado le haga justicia.

En realidad Pru esperaba que el grabador emborronara sus facciones para que el dibujo no se pareciera tanto a ella. No le agradaba la idea de ver su cara, y su pecho, en la revista. Aunque tenía que admitir que el señor Rainsbeck había conseguido que casi pareciera guapa, claro que ese era su trabajo. Sin embargo, aquí lo que importaba era el vestido, así que quizá nadie repararía en el rostro de la modelo. Probablemente la mayoría de los lectores ni siquiera sabían que utilizaban modelos reales en sus ilustraciones.

Pero no tenía sentido seguir preocupándose de eso. Ya estaba hecho, y tenía otras cosas de las que ocuparse.

—El señor Jarvis se pasará más tarde a recoger los dibujos para llevarlos a grabar —dijo—. ¿Te has decidido por estos dos?

—Sí, estos dos quedarán muy bien.

Uno de ellos era el dibujo de Pru.

—Muy bien entonces. Tengo que terminar de revisar algunos ensayos, así que debo volver al trabajo. Ya he perdido mucho tiempo hoy.

Pru pasó las siguientes horas leyendo todos los ensayos que habían sido enviados a la revista, intentado decidir cuáles rechazar y cuáles publicar además de corregir y editar los elegidos para que se adaptaran a la longitud requerida. Estuvo concentrada en su trabajo hasta que se percató del sonido de las campanas de la iglesia dando la hora. Fuera estaba ya oscuro.

Miró el reloj que había en la estantería y vio que eran las siete en punto. Nicholas siempre iba a buscarla a las seis a no ser que hubieran convenido una hora distinta. Eso no había sucedido aquel día, pero él aún no había llegado.

Debía de haberse entretenido. En verdad, no era justo pedirle que planificara sus días conforme al horario de ella. No era necesario, pero él había insistido y se había puesto muy serio respecto a llamar un coche de caballos para llevarlos a casa.

Pru se preguntaba si debía esperar. Ya llevaba una hora de retraso, así que después de todo quizá no iría. Además, la señora Gibb, adaptándose al horario del matrimonio, siempre tenía la cena preparada a las ocho. Si Pru esperaba más tiempo, la cena se echaría a perder. Dado que esa noche solo iban a estar ellos dos, puesto que Bartholomew había mencionado que iba a la ópera, no sería tan terrible tomar una cena fría. La señora Gibb se

disgustaría, pero esas cosas pasaban.

¿Cuánto tiempo debía esperar?

Fue hasta la recepción y abrió la puerta esperando ver llegar un carruaje y a Nicholas dentro, pero la calle estaba desierta.

Le parecía estúpido seguir esperando. Nick le había pedido no salir a la calle una vez hubiera anochecido, pero seguro que estaba siendo demasiado cauto. Después de todo, ¿qué peligro podía haber bajo la sombra de la iglesia de Saint Paul, que se erguía fuera?

Volvió a la oficina para recoger su chal y su sombrero. Se le ocurrió que podía dejar una nota por si Nicholas aparecía. Garabateó unas líneas en un trocito de papel y dejó que se secase la tinta. Echó un vistazo al horario que tenía bajo el tintero de su escritorio para revisar lo que tenía que hacer al día siguiente. Satisfecha de que el próximo número de la revista estuviera bajo control, apagó las velas, agarró la cartera y se dirigió hacia la puerta.

Después de cerrar con llave y dejar la nota dentro del marco de la puerta, buscó un coche de caballos, pero la calle continuaba desierta.

Anduvo alrededor de los pilares del gran pórtico delantero de la iglesia. Había gente pululando de aquí para allá, pero no divisaba ningún carruaje.

Comenzó a caminar hacia Ludgate Hill, una calle ancha y concurrida que desembocaba en la iglesia, segura de que allí podría encontrar finalmente un carruaje. Saliendo de Ludgate Hill había varias calles oscuras y estrechas llenas de siniestras sombras, por lo que Pru empezó a ponerse un poco nerviosa. Cuando una de las sombras se movió, un hombre salió de Creed Lane y Pru gritó.

—Pero ¿qué tenemos aquí?

Nick no podía creer que hubiera sido tan estúpido. Suponía que todavía no estaba acostumbrado a tener una esposa de la que preocuparse, pero eso no era excusa para llegar tan tarde. La pobre Pru debía estar preocupadísima pensando en lo que podría haberle sucedido.

Había perdido la noción del tiempo.

La reunión y el debate del club de los Scottish Martyrs, en una taberna en Shoreditch, se habían alargado más de lo previsto. Se había implicado tanto en los planes para presionar a varios ministros a favor de la reforma de los trabajadores que se había olvidado por completo de Pru.

Lo que le parecía un misterio era cómo podía haberle ocurrido, ya que la

había tenido presente en su pensamiento todo el tiempo.

Antes de marcharse a la reunión había recibido una carta de Edwina. Sabía que Pru también había recibido una, pero debería de ser de carácter privado puesto que ella no la había compartido con él. La suya también lo era, así que tampoco podría compartirla.

Su hermana estaba contenta por su matrimonio. Quizá no fuera sorprendente considerando lo buena amiga que era de Pru. Sin embargo, lo que le inquietaba era la constante advertencia de Edwina en cuanto a no romper el corazón de Pru.

¿Por qué todo el mundo pensaba que Pru había apostado su corazón en este matrimonio? Ella no lo había deseado más que él. A pesar de fingir y mantener un supuesto romance y matrimonio por amor ante la familia de la joven, sus propios amigos y familiares cercanos debían saber que nunca había habido nada entre ellos. Ninguno de los dos albergaba sentimientos distintos de la amistad y el afecto. Afecto que, al menos por parte de él, había crecido desde la boda a medida que iba conociéndola mejor.

Le irritaba que la gente pensara que podía romperle el corazón a Pru. ¿Pensarían que era tan canalla? ¿Acaso no había hecho lo correcto con su deber al casarse con ella cuando era la última cosa que deseaba?

Nick había meditado sobre la advertencia de Edwina durante toda la tarde, antes de asistir a su reunión con su agente de negocios y coordinar la compra de participaciones de Hull Dock Company. Había pensado en lo que Pru le había dicho en relación con el valor de sus propias acciones, y decidió que merecía la pena intentarlo. No obstante, no le comentaría nada. Esperaría hasta ver lo rentable que resultaba la inversión antes de confesarle nada.

Y todavía tenía a Pru en mente cuando llegó a la reunión del club de los Scottish Martyrs. Sin embargo, se enfrascó tanto en el debate que se olvidó y la dejó esperando durante más de una hora. ¡Qué idiota era!

El coche de caballos giró desde Cheapside hacia Saint Paul, disminuyendo la velocidad hasta detenerse frente a las oficinas de El gabinete. Qué extraño. Dentro parecía estar todo a oscuras...

Sintió que la angustia erizaba la piel de su espalda.

De un salto, salió del coche esperando descubrir la débil luz de alguna vela en el interior, pero todo lo que encontró fue un trozo de papel metido en el marco de la puerta con su nombre garabateado. Cogió el papel y lo desdobló.

¡Maldición! Se había ido. Había llegado tan tarde que se había marchado sin esperarlo. Pero decía que había estado esperando hasta las siete, y solo habían pasado diez minutos. Acababa de irse.

¡Por todos los demonios! Ojalá hubiese llegado a tiempo. Podía haberlo esperado... No le hacía gracia pensar en una mujer sola por la calle buscando un coche de caballos. Lo primero que haría al llegar a casa sería disculparse; después la reprendería por haber corrido semejante riesgo. No tenía la intención de ser un marido asfixiante, pero aquel trayecto no era seguro y ella tenía que comprenderlo.

Cuando volvió al coche, gritó al cochero que lo llevase a Golden Square. Acababan de girar hacia Ludgate Hill cuando Nick miró por la ventana y sintió cómo se le helaba la sangre. En la umbría de un estrecho callejón, dos tipos grandes, dos gamberros, estaban abordando a una mujer. Una mujer de corta estatura con el pelo rizado y rojizo.

¡Oh Dios mío!

Aporreó el techo del carruaje para que parase y, sin esperar, abrió la puerta y saltó. Cayó al suelo antes de que el coche se hubiera detenido. Uno de los hombres tenía la mano sobre el pecho de ella, mientras ella intentaba zafarse gritando y pataleando. El otro tipo la sostenía por atrás. Nick arremetió contra ellos sin pensárselo.

—¡Nicholas!

Agarró al primer tipo por los hombros y lo apartó de Pru, después le asestó un puñetazo en la cara a aquel canalla. Y lo hizo con la mayor fuerza que había empleado en toda su vida. Un crujido horrible precedió al alarido de furia que emitió aquel gamberro. El otro hombre soltó a Pru y se dio media vuelta para desaparecer corriendo en la oscuridad. Pru dio un pequeño grito y se abrazó a Nick. Él la atrajo cerca de sí, sujetándola fuerte, pero tenía una mano libre para agarrar del cuello al otro bellaco, que chorreaba sangre por la nariz.

—Debería matarte por haberte atrevido a tocar a mi esposa.

El hombre se llevó la mano a la nariz y miró fijamente a Nick. Articuló algo semejante a una respuesta, se soltó del puño de Nick y dio un paso hacia atrás.

—Vete de aquí antes de que llame a la guardia nocturna y te detengan por asalto —le advirtió Nick—. Vamos. Márchate. ¡Ahora!

El hombre se dio media vuelta y corrió hacia un oscuro callejón mientras

sus pisadas resonaban en la humedad del adoquinado.

Con su otra mano, Nick rodeó a Pru entre sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Dios mío, Pru. Dios mío. ¿Te han hecho daño?

Ella negó con la cabeza aunque mantenía el rostro hundido en el pecho de él. Temblaba como un flan.

Miró por encima de Pru para ver que el coche de caballos se había detenido unos cuantos metros más allá. El cochero estaba atónito. Nick le indicó que abriera la puerta y el hombre bajó a hacerlo. Nick levantó a Pru en brazos y la condujo hasta el coche. La acomodó en el interior y tuvo que sentarla, pero seguía agarrándola. La estrechó como si se tratara de un bebé. No quería separarse de ella. Aún estaba impresionado por lo que casi había estado a punto de suceder.

Nick se sentó y la sostuvo en su regazo. El coche se puso en movimiento haciendo que el ala del sombrero de Pru chocara contra su frente. Alargó la mano hasta la barbilla de Pru y desató la cinta para, de alguna forma, quitarle el sombrero. Lo colocó en el asiento al lado de él, se quitó el suyo y lo dejó junto al de la dama. Después posó una mano sobre la cabeza de su esposa, haciendo que la inclinara contra su hombro, acariciándole el pelo.

Podía sentir el ritmo frenético del corazón de Pru. ¿O quizá era el suyo?

—Pru, lo siento. Lo siento mucho. Debería haber estado allí. No debería haberte hecho esperar. Si hubiera llegado a tiempo, nada de esto habría ocurrido. Oh, Dios mío, Pru.

Ella no contestó, pero se acurrucó más hacia él. Su cuerpecito, tan frágil, se hacía un ovillo contra el suyo, como si se tratara de un pajarito asustado. Podían haberla matado. A su Pru. Su pequeña Pru. Y aquel canalla le había tocado los pechos. ¿Qué más le habría hecho?

—¿Estás segura de que no te han herido, querida?

Pru murmuró algo que no pudo oír. Él le levantó la cabeza para poder ver su rostro.

—¿Te han hecho daño? —Le acarició las mejillas, la mandíbula y los ojos para cerciorarse de que estaba bien.

—No, pero lo habrían hecho si no hubieses aparecido.

—Dios mío.

—Estaba tan asustada... Oh, Nicholas, en toda mi vida había estado tan contenta de ver a alguien. Deseaba tanto que vinieras que cuando lo hiciste...

—Pru.

Agachó la cabeza para que su boca se encontrara con la de ella. A Pru le temblaban levemente los labios, pero no le importó. Estaba asustada y quería hacerla sentir segura. Quería que sintiera su calor. Quería... la quería a ella.

Había estado esperando ese beso toda su vida. Debía saborearlo. Tenía que prestar atención para poder recordarlo con todo detalle más tarde. Sin embargo, no podía pensar en nada más que en las manos de aquel bruto sobre ella, y lo único que deseaba era olvidar. Quería abrazarse fuerte a Nicholas, sentir su calor y dejar que él pudiera borrar el recuerdo de todo lo sucedido.

Así que presionó sus labios contra los de él y se olvidó de todo.

Los labios de Nick eran suaves, aterciopelados y sabían ligeramente a cerveza. Se movieron contra los de ella primero hacia un lado, después hacia otro, obligándola a abrir su delicada boca. Cuando Nick deslizó su lengua dentro, Pru dejó escapar un ruidito por la sorpresa. Después, sus lenguas se unieron y comenzaron a besarse apasionadamente. De repente, todo lo demás: el coche, la calle, el sonido de los cascos de los caballos sobre el adoquinado, el recuerdo del oscuro callejón... Todo desapareció a medida que su mente se dejaba llevar por un cúmulo de nuevas sensaciones.

Nick se arrojó contra sus labios con una pasión que hizo que la sangre se le subiera a la cabeza. Él apartó los labios para seguir besándola el cuello y luego los párpados para, de nuevo, volver a su boca y empezar otra vez.

No podía decir con exactitud cuánto tiempo estuvieron besándose, le pareció una vida entera, pero no le resultaba suficiente.

Cuando hubieron terminado, Nick volvió a recostarle la cabeza contra su hombro y la estrechó fuerte. No hablaron. No se movieron.

Pru se acurrucó contra los restos de lo que había sido su corbata y cerró los ojos, planteándose todo lo que había sucedido. No quería pensar en Creed Lane y los dos hombres que la habían asaltado. Sobre todo en el más grande de ellos, un tipo desaliñado, de labios carnosos y mal aliento que había intentado besarla y que ella había logrado rechazar. Estaba feliz de que no la hubiera besado. Se hubiera sentido violada, sucia e indigna de que los labios de Nicholas rozaran los suyos.

En algún lugar remoto de su conciencia aún albergaba el miedo que había sentido durante el asalto, pero ahora había sido reemplazado por algo más poderoso, algo revelador, algo que quería recordar y saborear por siempre.

Pru había leído sobre besos que inflamaban cuerpo y alma, pero nunca había tenido la certeza de que tal cosa fuera posible. No estaba segura de lo que significaba aunque había fantaseado sobre ello como suelen hacerlo las jóvenes. Pensaba que quizá fuera un ideal romántico que no tenía cabida en la vida real.

Ahora sabía que no era una fantasía. Cuerpo y alma podían ser sobrecogidos por un beso. Un beso podía sobrecoger cuerpo y alma. Había sido incluso más maravilloso de lo que había imaginado, dado que no esperaba semejante respuesta física. Nadie le había dicho nunca que el cuerpo podía sentir tales cosas, sobre todo en el vientre, y todavía más abajo. La había pillado desprevenida, y quería más, incluso aunque no supiera muy bien cuánto más había.

Si finalmente Nicholas iba a tomarla como esposa en algo más que de palabra, tal y como ella esperaba, pronto descubriría lo que era.

Nunca había estado más preparada. Lo necesitaba, necesitaba el calor de Nick.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí.

—¿Puedes caminar?

—Por supuesto.

Y así la levantó de su regazo y la dejó a su lado en el asiento del coche. Abrió la puerta y saltó fuera, pagó al cochero, y le alargó la mano para ayudarla a bajar. Anduvieron en silencio hasta la entrada.

Lucy los recibió y se hizo a un lado para permitirles el paso. Le sorprendió ver que le entregaban a la vez sus sombreros y los miró con los ojos como platos cuando vio sangre en la camisa de Nicholas.

—Señor, ¿está usted bien?

—Sí, gracias, Lucy —respondió Nicholas—. ¿Serías tan amable de prepararle un baño a la señora Parrish? Ha tenido una experiencia bastante desagradable y necesita relajarse. También creo que será mejor que le subas una bandeja con algo ligero de cenar a su habitación. ¿Te parece bien, Pru? Lo has pasado fatal y creo que lo mejor es que te vayas directa a la cama.

Asintió con la cabeza. Se le había hecho un nudo en la garganta y creía

que no sería capaz de hablar sin echarse a llorar. Después de besarla de esa forma, después de haberle inflamado el alma y haber conseguido que el deseo le invadiera el cuerpo, la enviaba a la cama como a una niñita buena sin hacerle el amor, aún.

¿Es que necesitaba todavía más preparación?

—¿Está mi padre en casa?

—No, señor. Salió temprano. Creo que iba a la ópera.

—Iba con Flora. —Dejó a un lado la pasión para poder articular las palabras aunque, hasta a ella misma, su voz le pareció monótona. De repente se sentía vacía, incapaz de expresar ninguna emoción.

—¿Con Flora? —preguntó Nicholas—. ¿Te lo ha dicho él?

—No.

—¿Te lo ha dicho Flora?

—No, pero sé que van juntos.

Nicholas frunció el ceño encogiéndose de hombros.

—Entonces, si te parece, Lucy, cenaré en el salón de atrás. Oh, y dile a la señora Gibb que sentimos mucho haber llegado tarde. Todo ha sido culpa mía. Culpa mía.

Se giró hacia Pru y esta se sorprendió ante la expresión de su rostro. Parecía estar seriamente afectado, asolado por una poderosa emoción que ella no era capaz de identificar. ¿Rabia, desesperación, decepción?

Nick le tomó las manos.

—Lo siento mucho, Pru. Lo siento muchísimo, muchísimo. Todo.

Pru se dirigió con desgana hacia las escaleras sintiendo la mirada de Nick mientras desaparecía por el pasillo.

¿Realmente lo sentía todo?



Nick no tenía ninguna gana de asistir a la velada de esta noche. No estaba de humor para bailes, especialmente un gran baile aristocrático en una mansión ducal donde tendría que sonreír y fingir estar contento.

Cuando no lo estaba.

Había comenzado la semana con el asalto a su mujer, dos asaltos si contaba el suyo propio, y eso le había sacado de sus casillas. Después había recibido la noticia de que el Ulises se había perdido, llevándose consigo una gran parte de su capital invertido. Y hoy se había enterado de que el proyecto de construcción del canal de Culwyn se había venido abajo.

Y ahora, para culminar la semana, tenía que ponerse sus mejores galas y acompañar a su mujer al baile que celebraban el duque y la duquesa de Norwich. Preferiría quedarse sentado en casa y emborracharse, pero ahora ya no era un hombre solo que podía hacer lo que le viniera en gana.

—Para quieto —dijo su padre—. Vas a hacerle un agujero a la alfombra.

—Y Dios sabe que no puedo costearme otra.

—¿Tan mal va la cosa?

—No va bien, pero supongo que en realidad no estoy mucho peor que la semana pasada. Es solo que las perspectivas son menos alentadoras.

—¿Puedo ayudarte, hijo?

Nick se giró hacia su padre, que lucía una chaqueta azul oscuro y unos calzones plateados con hebillas a juego con las hebillas de sus zapatos. Poseía un aspecto muy distinguido. No lo encontraba tan elegante desde hacía al menos doce años.

—Gracias, padre, pero ya has hecho suficiente. Me he vuelto muy impaciente, eso es todo. Quiero despegar. Pero ahora hablemos de otra cosa, que ya tengo bastante. Ahora encima tengo que forzar la sonrisa con la familia de Pru.

Se acercó al aparador y se sirvió otra copa de clarete. ¿Por qué demonios tardaba tanto Pru?

—El padre de Pru ha sido excesivamente amable al conseguirme una invitación para el baile —dijo su padre—. En cierta ocasión conocí al duque, ¿sabes? Hace años tu madre realizó algunos trabajos de pintura decorativa en Beaufoy. Recuerdo que era un tipo bastante agradable, aunque un poco

chillón.

—Todos son chillones. Hay que gritar para hacerse escuchar entre sus voces.

—Pues tendremos que gritar entonces, hijo, y también Flora. Por cierto, está encantada de que la hayan invitado.

—Sí, lo sé. Lleva diciéndolo algún tiempo. —Nick observó a su padre mientras daba otro trago de vino—. ¿Sabes, padre? Todo este asunto con Flora me ha cogido por sorpresa. Pru se dio cuenta antes que yo.

—¿Acaso no lo apruebas? ¿Por su pasado?

—No.

—¿Es por tu madre?

—No, cielo santo, no. Llevas solo mucho tiempo. Es solo que nunca me habría imaginado que te pudieras interesar por una mujer como Flora.

—¿Por qué no? Me recuerda mucho a tu madre.

—¿En serio?

—No físicamente, por supuesto. Pero tiene la misma manera de aferrarse a la vida y disfrutar cada momento en el sentido de que se implica por completo en todo lo que se le antoja y no deja nunca nada a medias.

—Umm. Supongo que tienes razón. Bueno, solo recuerda que Flora es una mujer de mundo.

—No soy estúpido, hijo. Pero si me permites darte un consejo, ocúpate de tus propios asuntos.

Nick sonrió.

—Tomo nota. —Se sentó en una silla frente a su padre y dejó su copa de vino en el candelabro que había a su lado. El clarete le había calmado los nervios, pero lo inquietaba tener que afrontar aquella velada.

—Dime, hijo, ¿cómo está Prudence? ¿Crees que ya se ha recuperado del horrible incidente del otro día?

Nick se encogió de hombros. No estaba seguro de qué incidente había sido más horrible, si el acoso de un par de gamberros o el acoso de su propio marido, el mismo que había prometido no imponerse a ella. Odiaba lo que había hecho por mucho que lo hubiera disfrutado. Le parecía tan pequeña, dulce y vulnerable que se había dejado llevar tras su fuerte reacción al descubrirla en peligro. Ver a aquel bruto poniéndole las manos encima lo había vuelto loco de ira, lo había enervado y le había resultado imposible contenerse.

La respuesta de Pru fue tan apasionada como había esperado, pero incluso

en aquel momento una parte de él había sido consciente de que ella también estaba reaccionando ante el peligro. Había necesitado consuelo y lo había encontrado en él. Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de acariciarle el pecho, tal y como había hecho aquel salvaje en el callejón, apartó las manos y la estrechó entre sus brazos. Lo que ella había necesitado era consuelo y calor humano, no que otra persona la asaltase.

Se había sentido tan avergonzado que no había sido capaz de decir una palabra, ni siquiera días después del incidente. Sin embargo, pensaba en ello constantemente. En lo mucho que la había deseado, y la intensidad de aquel deseo lo asustaba.

Al haberse visto obligado a contraer matrimonio, Nick nunca había pensado en nada más allá que formar una pareja decorosa con Pru. Había estado completamente ciego ante el fuego que ardía bajo la superficie. Pero ahora ya no había nada remotamente decoroso en sus pensamientos. Había probado ese fuego, y quería más.

Se avergonzaba por tener tales pensamientos cuando bien sabía que la apasionada reacción de Pru había sido desencadenada por el terror. Era un canalla por haberse aprovechado de ella en semejantes circunstancias.

—Parece que está bien —dijo por fin—. Un poco callada, pero siempre ha sido así.

—Cuidala, hijo. Creo que se sentirá más vulnerable durante algún tiempo. Imagino que para ella habrá sido una experiencia terrible.

—Sí, lo ha sido. Pobrecilla. Y también para mí. Te juro, padre, que si no hubiese venido corriendo a mis brazos para ponerse a salvo, creo que podría haber matado a aquel hombre. Nunca antes me había sentido tan furioso.

—Sentirás lo mismo si alguna vez un hijo tuyo está en peligro —aseguró Bartholomew—. Cuando un ser querido corre peligro, creo que la parte racional del cerebro deja de funcionar para dar paso al instinto animal. Un instinto de supervivencia cuyo objetivo es defender y proteger a toda costa.

«Un ser querido.»

Antes de que pudiera considerar aquellas palabras, el sonido de las voces anunció la llegada de Pru y Flora. Por fin. Flora había llegado un poco antes, pero había subido a ayudar a Pru a vestirse. No obstante, se las había arreglado para susurrarle a Nick que esa noche vería a su mujer con una imagen totalmente nueva. No estaba seguro de lo que quería decir, pero

estaba deseando descubrirlo.

Él y su padre se pusieron en pie cuando las dos damas entraron al salón. Los ojos de Nick se detuvieron en Pru, y verla le dejó sin respiración. Parecía ir flotando en una suave nube de tela color lavanda que hacía que su cuerpo se moviese de una manera sensual muy desconcertante. Con todo, sus ojos repararon en su pecho, ya que esa noche lo lucía más que nunca y para él resultaba una gloriosa revelación.

Cuando Flora empezó a reírse, se dio cuenta de que había estado mirando el escote de Pru fijamente.

—Creo haber oído un grito de exclamación —dijo Flora—. ¿Lo has oído, Pru?

Nick anduvo hacia su mujer para ofrecerle su brazo. No podía apartar la vista de ella.

—Estás preciosa, querida.

Pru sonrió, ruborizándose apenas. Llevaba de nuevo el cabello recogido con varias peinetas doradas. Era un peinado de estilo clásico que le sentaba muy bien. Y, aunque los hubieran domado, él imaginaba que como mucho en media hora un par de rizos rebeldes se habrían soltado.

La desnudez de su esbelto cuello junto con la extensión de pecho que dejaba al descubierto el escote de su vestido conformaban un festín de preciosa y pálida piel que clamaba ser acariciada y besada.

Flora tenía razón. Su mujer lucía una imagen nueva por completo. Estaba resplandeciente.

—Voy a ser el hombre más envidiado del baile por llevar semejante trofeo del brazo —manifestó el orgulloso marido.

—Tonterías —exclamó Pru, aunque su sonrisa reflejaba placer ante sus palabras.

Recogieron sus sombreros y chales, y los cuatro se dirigieron hacia el exterior. Flora había llegado en un elegante carruaje de su propiedad y Bartholomew iba con ella como acompañante. Nick había alquilado un carruaje para aquella noche sabiendo que se trataba de un gran evento como para llegar en un coche de caballos corriente. La velada le salía cara, cosa que lo inquietaba tras una semana en la que su escaso capital se había visto seriamente amenazado, pero cada vez que echaba un vistazo al escote de su mujer lo olvidaba.

Ayudó a subir a Pru y después se reunió con ella dentro. Dios, olía tan bien... Le estaba resultando muy difícil hacer honor a la promesa acerca de

mantener la distancia entre ellos. Durante días se había estado sintiendo como un bellaco por haberle devorado la boca después de rescatarla de aquellos dos gamberros, sabiendo que ella se sentía demasiado vulnerable como para rechazarlo.

Desde el inicio de su matrimonio, él le había prometido ir despacio. Y hasta ese momento lo había cumplido. En los días posteriores al asalto, se había jurado a sí mismo retroceder, pero no hacerlo por completo. Aunque no la había tocado en manera alguna que pudiera considerarse íntima, esperaba poder persuadirla para besarla de nuevo esta noche. De forma menos explosiva que la última vez. Tenía la sensación de que no rechazaría en absoluto un dulce beso. Y así daría otro paso más hasta llegar, algún día, a mantener relaciones íntimas con ella.

Estaba decidido a mantenerse firme porque sabía que, a pesar de la activa respuesta de Pru a su beso en el coche, todavía se mostraba un poco asustadiza antes los aspectos sexuales del matrimonio. Debía recordar que antes del asalto, ella era una mujer que temblaba con tan solo tocarla, se sonrojaba al oír mencionar las relaciones matrimoniales y gritaba por el asombro que le producía su primer beso.

Aunque esta noche la presión para mantener sus buenas intenciones era alta. Menudo escote lucía, imaldita sea! ¿Cómo demonios iba a lograr mantener las manos quietas?

A veces, ser un caballero resultaba agotador.

Pru no había estado más contenta en toda su vida. Su marido pensaba que estaba preciosa y, francamente, ella también. Había dudado sobre llevar un escote tan pronunciado, pero Nicholas no podía apartar la vista de él. Y estaba segura de que no lo miraba con desaprobación. Todavía la resultaba un poco desconcertante sentirse tan expuesta, pero madame Lanchester tenía razón. Se sentía más elegante, y su escote no era mucho más atrevido que el de las demás invitadas.

Ella y Nicholas bailaron juntos el baile inaugural y, para el asombro de Pru, varios otros caballeros (y no todos primos) le solicitaron bailar otras piezas. Por primera vez en su vida, tenía reservados todos los bailes. Se sentía embriagada de optimismo.

—¿Todos los bailes, Pru? ¿Ni uno para mí?

—Lo siento, Nicholas.

—¿Ni siquiera el baile de la cena?

—Se lo he prometido a mi primo Robert.

—¿Quién es ese?

—Alto, rubio...

Nicholas rió.

—Por favor, tendrás que describírmelo mejor, querida.

—Es aquel tan guapo del chaleco granate bordado con libélulas doradas.

—Ah, sí. —Frunció un poco el ceño. Pru se preguntó por qué debería importunarle Robert. Quizá pensaría que su chaleco era demasiado llamativo...

—Es el hijo menor de mi tío Frederick —le explicó—. Solo es unos años mayor que yo, pero creo que no hemos intercambiado una palabra desde que éramos niños. No me imagino por qué me ha pedido que baile con él. Tampoco los otros, la verdad.

—¿No te lo imaginas? —Desvió la mirada hacia su escote y ella se sonrojó—. Estás para comerte, Pru, y todos quieren dar bocado.

Pru lo observó un momento preguntándose si había bebido mucho. Actuaba de una forma extrañamente posesiva, casi... parecía celoso.

Pero cuando recordó que él siempre fingía delante de su familia el papel de marido loco de amor, se dio cuenta de que, naturalmente, estaba actuando.

—¿Prudence? —Su primo Edward se había acercado—. Creo que este es mi baile.

Bailó pieza tras pieza hasta que los pies le dolieron tanto que agradeció el descanso que ofrecía la cena. Se sentó con Robert Armitage en una mesa pequeña cerca de Bartholomew y Flora. Estaba contenta de ver que Nick se había sentado con Joanna Draycott. Esperaba que también ellos se hicieran amigos.

—El matrimonio te sienta realmente bien, Prudence —dijo Robert—. Se te ve radiante, ¿sabes? Estás maravillosa.

—Gracias, Robert. Eres muy amable, pero creo que solo estoy un poco acalorada por tanto baile.

—No, yo creo que no. Es algo más que eso. —Se inclinó hacia ella de forma que sus rostros estaban a escasos centímetros—. Eres como una mariposa que acaba de salir de su capullo. Es tu matrimonio, creo, lo que ha marcado la diferencia. ¿Estás enamorada, Prudence? —Le lanzó una sugerente sonrisa.

—Quizás —respondió ella, pero entonces recordó su supuesto matrimonio por amor—. Por supuesto que lo estoy.

—Se nota. Me alegro por ti, prima. Siempre he pensado que eras un patito feo, pero ahora veo que solo hacía falta un hombre apropiado que supiera descubrir tus encantos. Parrish es un tipo con suerte.

—Gracias, Robert. —Al principio pensó que estaba tomándole el pelo o incluso coqueteando con ella, pero luego se dio cuenta de que estaba hablando bastante en serio. Ella le dedicó una cálida sonrisa—. Y gracias por invitarme a bailar y cenar contigo, ha sido muy amable por tu parte, y también una sorpresa.

—¿Porque estás acostumbrada a ser una mujer florero?

—Sí, supongo que sí.

—Quería cenar contigo para poder decirte lo mucho que lo siento. A lo del florero, me refiero. Durante años todos te hemos tratado mal y lo siento con todo mi corazón. Si hubiera sabido que ibas a florecer de una forma tan sorprendente, habría puesto mucha más atención...

—¡Serás granuja! Es mi vestido y mi... mi vestido lo que hace que repares en mí. Eso es todo.

Él rió.

—Es un vestido precioso, Prudence, y definitivamente muestra todos tus atributos. Es cierto que si hubieras llevado ese vestido mucho antes, nunca habrías estado plantada como un florero. Te garantizo que habría bailado contigo.

—¿Estás coqueteando conmigo, Robert?

—No me atrevería. Tu marido me está lanzando puñales con la mirada.

Miró hacia donde estaban sentados Joanna y Nicholas, y era cierto que él los estaba mirando. Pru le sonrió, pero Nick solo frunció el ceño y se giró. Qué raro...

Pru se dispuso a disfrutar de la cena mientras ella y Robert charlaban y reían sobre cotilleos familiares. En una familia tan grande nunca había escasez de noticias.

—Va a empezar la orquesta —anunció Robert—. ¿Estás lista para volver a bailar?

—Siempre estoy lista para bailar. Bastantes años llevo ya haciendo de florero.

Robert sonrió y la tomó del brazo. En su camino hacia la pista de baile

pasaron al lado de Joanna y Nicholas. Joanna la agarró del brazo, se inclinó y le susurró:

—Me parece que tu marido está celoso, querida. Es buena señal, ¿verdad?

—Creo que deberías haberme reservado otro baile, Pru. —Nick estaba en pie al lado del aparador del salón sirviéndose otra copa de vino, de la que tomó un trago. Le ofreció otra copa a Pru, pero ella negó con la cabeza.

—Ojalá lo hubiera hecho, pero antes de darme cuenta ya los tenía todos reservados. Lo siento, Nicholas. Confieso que yo estoy aún más sorprendida que tú. Siempre he odiado ir a los bailes porque nunca conseguía bailar mucho, aunque los pies se me iban solos.

—Pues esta noche lo has logrado.

—Sí, y lo he pasado fenomenal —declaró sin que sus labios perdieran la sonrisa.

—Apuesto que sí, con todos esos vikingos revoloteando a tu alrededor como abejas alrededor de la miel de su colmena. Esta noche eres el tarrito de miel de la fiesta.

Ella lo miró de manera burlona.

—¿Qué quieres decir?

—Has estado coqueteando con todos los tipos con los que has bailado.

—¿Coquetear? ¿Yo? —Empezó a reírse.

Nick tomó otro trago de vino hasta dejar la copa vacía. Después la dejó en el aparador y se dirigió hacia ella.

—Sí, coqueteando. Sonriendo y haciéndoles ojitos. Estabas coqueteando.

—Nicholas, solo he intentado coquetear con una persona en toda mi vida y resultó un completo desastre. Te aseguro que no estaba coqueteando. Si sonreía, era porque estaba divirtiéndome.

Nick se plantó frente a ella.

—Porque sabes que estás mucho más guapa cuando sonríes y tu sonrisa lo ilumina todo.

Pestañeó como si no comprendiera.

—¿Mi sonrisa lo ilumina todo?

—Claro que sí, y lo sabes bien. —Alargó la mano y le acarició la mandíbula suavemente con la parte posterior de un dedo—. Esta noche tu risa podría haber encendido todas las lámparas.

Pru esbozó una sonrisa a medias.

—¿Podría?

—Francamente, querida, no me ha gustado nada verte coquetear durante la cena con ese presumido del chaleco de libélulas.

—¿Mi primo Robert?

La agarró de los codos para atraerla contra sí, pero no debería haberlo hecho. Se había prometido a sí mismo comportarse como un caballero esa noche. Pero también se había prometido conseguir un beso. Quizá no iba a ser tan dulce como había planeado, pero el alcohol lo aturdiría demasiado como para pensar en ello.

—No deberías haber coqueteado con él. Se supone que debemos fingir un matrimonio por amor, ¿sabes?

Pru tragó saliva.

—Lo sé, y he intentado representar mi papel.

—¿Ah, sí? —La rodeó con sus brazos. ¡Maldita sea! Era totalmente irresistible. Y él estaba cansado de ser un caballero. Cansado de ir despacio. Cansado de ver cómo otros hombres se la comían con los ojos cuando le pertenecía a él.

—Sí. Robert me preguntó si estaba enamorada de ti. Y le dije que sí.

—Buena chica. —Bajó la cabeza y mordisqueó el lóbulo de la oreja de Pru. Había estado deseando hacerlo toda la noche. Había muchas cosas que había estado deseando hacer durante toda la noche—. No está bien coquetear con otros hombres cuando le perteneces a otra persona, ¿sabes?

—¡Oh! —Su respiración se había vuelto entrecortada y la desnudez de su escote aumentaba con cada respiración.

—Me perteneces, Pru. —Sus labios se cernieron sobre los de ella—. Eres mía. Mía. —Redució el espacio que existía entre ambos y presionó su boca con la suya.

No tuvo paciencia para sutilezas ni finuras. Ni tuvo en cuenta su promesa acerca de ir despacio. El vino, el champán, el coñac junto con los celos en estado puro se habían encargado de tirar por tierra cualquier preocupación con respecto a esa promesa. La obligó a entreabrir los labios para introducirle la lengua profundamente en la boca. Pru emitió un pequeño gemido y él la estrechó más fuerte contra sí para que pudiera sentir la fuerza de su deseo.

Nick dejó de besarla para deslizar los labios por la dulce y suave piel de su cuello.

—Me perteneces —murmuró contra su cuello—. Dilo, Pru. Me perteneces.

Dilo.

—Te pertenezco. ¡Oh!

Sus labios habían dado con el tentador canalillo que formaban sus senos. Dios, qué suaves eran. Quería verlos. Quería verla toda entera.

Nick la levantó en brazos y ella dejó escapar un grito de temor que lo hizo ponerse nervioso, pero ¡por amor de Dios! no se sentía capaz de parar ahora.

—Quiero hacerte mía, Pru.

—¡Oh!

—¿Me lo permitirás? Me perteneces, Pru. Quiero hacerte mía. ¿Entiendes?

—Sí.

—¿Me dejarás?

—Sí.

Se inclinó y la besó.

—Entonces, ven conmigo, esposa mía.

Pru apenas podía creer lo que estaba sucediendo. Quería gritar de alegría, pero estaba demasiado asustada, excitada y nerviosa para hacer algo distinto de colgarse del cuello de Nicholas.

También quería complacerlo, aunque no estaba segura de saber cómo. Para ella, aquel era un nuevo territorio, y necesitaba un guía. Quería decirle que no sabía qué hacer, y que él tendría que enseñarla. Pero estaba tan nerviosa que, como de costumbre, más que de costumbre, se le trababa la lengua y no podía haber dicho una palabra aunque lo hubiera intentado. Lo que, por otra parte, estaba bien, ya que se moriría de vergüenza si él supiera lo torpe y estúpida que se sentía.

Cuando llegaron a la habitación de Nick, no a la de ella (cosa que la sorprendió), la dejó en el suelo y la besó lenta y meticulosamente. Nicholas sabía a vino y olía débilmente a jabón de afeitar. Se apartó para encender una vela, y entonces aprovechó para quitarse el abrigo, el chaleco y la corbata, para quedarse solo con la camisa y los pantalones bombachos. Después, la agarró para darle otro beso y empezó a desnudarla. Pru estaba segura de que debería haberlo hecho ella misma, pero temblaba como un flan y sus manos se hubieran hecho un lío.

Nick se las arregló para quitarle el vestido y el corpiño, así que solo se quedó con la combinación y el corsé. La observó de arriba abajo,

contemplando su casi completa desnudez. Dio un paso atrás y dijo:

—Suéltate el pelo, Pru.

Intentó quitarse las peinetas, pero las manos le temblaban demasiado.

—Ah, Pru. Estás temblando. ¿Estás asustada?

Ella negó con la cabeza.

—¿Nerviosa?

Asintió rotundamente.

—Ah, cariño. —La estrechó entre sus brazos y la atrajo hacia sí. En un momento, sus manos estaban entre su pelo, quitándole las peinetas y arrojándolas al suelo. Cuando hubo retirado la última peineta, su melena rizada cayó sobre sus hombros y por su espalda.

Nicholas la soltó y se retiró hacia atrás un instante.

—Magnífica —dijo—. Gloriosa. —Volvió a estrecharla entre sus brazos y hundió la cara y sus manos en su melena. Le acarició los lóbulos con su lengua y ella sintió tal cosquilleo que soltó un chillido. Nick rió y volvió a soltarla.

La rodeó y se detuvo frente al corsé. Demostró tener bastante talento a la hora de desatar las cintas, pero ella no se paró a pensar dónde habría adquirido tanta destreza. Cuando hubo caído al suelo, no le quedaban más que la combinación y las medias.

Pru pensó que aquel era el momento perfecto para apagar la vela. No creía ser capaz de soportar el siguiente paso a plena luz, pero él no hizo ademán de apagarla y, en cualquier caso, ella no podía articular palabra.

De pie, detrás de ella, la abrazó fuerte y la estrechó contra él. Hundió la nariz en su pelo y llevó las manos debajo de sus pechos. Pru estuvo aguantando la respiración mientras él los acariciaba con suavidad. Cuando finalmente se vio obligada a tomar aire, dejó escapar un áspero gemido.

—¡Oh, Dios, Pru!

La apretó contra él al tiempo que movía las caderas de forma que ella pudo sentir... ¡Dios! Podía sentir su erección a través de sus pantalones.

Pru esperaba no desvanecerse antes de llegar a la parte más importante.

De repente, se separó de ella, y Pru, tímidamente, se dio media vuelta para averiguar por qué lo había hecho. Y en ese momento se alegró de que la vela todavía estuviera encendida. Se había quitado la camisa, era tan hermoso... Habiendo vivido con cinco hermanos, Pru conocía la forma del cuerpo masculino. No obstante, jamás lo había visto tan expuesto. El poderoso efecto que esa esplendorosa masculinidad había surtido en ella la

había cogido totalmente por sorpresa. Ante tal visión, todo su cuerpo se había estremecido.

Era corpulento como sus hermanos, pero delgado y con los músculos bien definidos. Tenía el torso cubierto de suave vello negro. Él le sonrió al verla observándolo, y ella se sonrojó al sentir vergüenza.

Nick alargó las manos hacia los tirantes de la combinación. Había llegado el momento de la verdad y no sabía si iba a ser capaz de soportarlo. Se moriría. Iba a morir, seguro.

Pru cerró los ojos mientras los tirantes se deslizaban por sus hombros y la combinación caía al suelo. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Estaba desnuda. Y él estaba mirándola. Ella seguía con los ojos cerrados, pero sabía que él estaba observándola.

Ese era el momento de morir de vergüenza. Si alguna vez tenía que suceder, ahora era el momento perfecto.

Sí, ella lo había deseado. Lo había deseado más que nada, pero de alguna manera nunca había pensado en cómo se sentiría estando desnuda frente a él. Se sentía total y terriblemente avergonzada.

De forma instintiva alzó las manos para cubrirse los pechos, pero Nicholas se las apartó hacia los lados. Con toda certeza, cada poro de su piel estaba sonrojándose en ese momento.

—Abre los ojos, Pru.

Ella agitó la cabeza. No quería verlo observándola.

—Por favor, abre los ojos. Mírame.

Supuso que antes o después tendría que hacerlo, así que inspiró hondo y abrió los ojos.

En efecto, tenía sus ojos clavados en ella, en su cuerpo desnudo. La observaba mientras seguía sosteniéndole las manos a los lados. Cuánto deseaba que no hiciera eso. Obviamente, había visto a muchas mujeres desnudas en su vida, mujeres mil veces más bonitas y mejor proporcionadas de lo que ella jamás podría llegar a ser. Sin embargo, su mirada era tan apasionada que estaba segura de que lo que él sentía era puro deseo.

Le soltó las manos y empezó a acariciarle suavemente, muy suavemente, el pecho izquierdo. Al instante se le erizaron los pezones, y de nuevo pensó que sería un buen momento para morir.

Pero entonces, con la voz llena de asombro, él dijo:

—Mírate, Pru. Mírate.

Prefería no hacerlo y también prefería que él no lo hiciera.

—Eres perfecta.

Ella lo miró asombrada.

—¿Qué?

—Simplemente perfecta. Y toda mía.

La atrajo hacia él y la besó. Eso estaba mucho mejor. Mejor besar que mirar. Oh, sí, mucho mejor.

Estar así, con los ojos cerrados, desnuda y con los labios unidos en un ardiente beso, no estaba tan mal después de todo. De hecho, le gustaba sentir el tacto de su piel desnuda contra sus pechos. Sentir el calor de su piel y su olor a almizcle. Era una sensación increíble. No podía dejar de sentir su cuerpo desnudo pegado al de Nicholas.

Nick gimió y cesó de besarla para cogerla en brazos y llevarla hasta su cama. Le quitó las ligas y las medias, dejándola completamente desnuda. Mientras él se quitaba los pantalones, las medias y la ropa interior, ella se deslizó por debajo de las sábanas.

No pudo evitar mirarlo cuando lo tuvo frente a ella desnudo, totalmente excitado. Excepto en cuadros y esculturas, nunca antes había visto a un hombre despojado de todas sus ropas. Y jamás estando excitado. Era fascinante a la vez que aterrador. Sabía lo que iba a pasar, pero no podía imaginarse cómo. Era imposible que hubiera sitio. Después de todo, ella era una mujer pequeña. ¿Cómo demonios iban a lograr consumar?

Nicholas tiró de la sábana y se metió con ella en la cama rodeándola con sus brazos. Fue entonces cuando todo pensamiento lógico fue apartado de su mente por una poderosa sensación física, nueva y excitante.

La besó todo el cuerpo, cosa que no había esperado. Cuando Nick le besó y lamió los pezones, dejó escapar pequeños gemidos de placer. Debía haberse avergonzado por hacer algo semejante, pero ¡cielo santo!, era maravilloso. Le hacía sentir un cosquilleo por todo su cuerpo que la obligaba a arquearse hacia él pidiéndole más de manera silenciosa. No parecía poder evitar los gemidos que escapaban de sus labios una y otra vez mientras su lengua le rodeaba los pezones y recorría todo su pecho. Sentía cómo el calor se apoderaba de su cuerpo, aunque parecía concentrarse en sus partes más íntimas. Todo era nuevo, sorprendente y aterrador, pero no quería dejar de experimentarlo.

Las manos de Nick estaban por todas partes. La tocaban, acariciaban...

Sentía el calor de sus manos sobre su piel y cada parte de su cuerpo parecía celebrar el paso de aquellas manos encendiendo su deseo. Incluso llegó a tocarla allí abajo, y, ¡oh, Dios!, estaba húmeda. En otras condiciones se habría avergonzado por ello, pero ahora no podía pensar en eso, su mente estaba fuera de control. Su cuerpo sabía lo que quería y se movía contra el roce de los dedos de Nick.

Se colocó sobre ella y le separó las piernas con sus rodillas. Pru podía sentir su erección allí dónde la había tocado. Entonces la besó apasionadamente y la estrechó fuerte contra él. Todo el cuerpo le temblaba, estaba tensa por la urgencia y el deseo. De alguna manera sabía que tenía que tenerlo dentro de ella para satisfacer esa ansia, esa necesidad que no podía expresar.

Y entonces la penetró. Gritó, pero él seguía besándola, de forma que él se tragó aquel grito. Dolía. ¡Dios, cómo dolía! Pero él seguía empujando, despacio, cada vez más y más profundo, hasta que llegó el momento en que el dolor fue tan agudo que supo que él estaba completamente dentro de ella.

Había funcionado, pero se sentía desgarrada. Gimoteó contra los labios de Nick, y él alzó la cabeza. Le acarició la frente y la mejilla.

—Lo siento, cariño. Ya ha pasado lo peor. Intenta relajarte.

¿Relajarse? ¿Estaba loco? ¿Cómo iba a poder relajarse?

Nicholas se apoyó sobre los antebrazos y empezó a separarse de ella. O eso había pensado, pero no había acabado. Ahora bombeaba, siguiendo un ritmo lento.

Esperaba haber sentido más dolor, pero no fue así. Persistía cierto dolor, pero mientras él se movía, con cada nueva embestida, cada vez más profunda, empezó a... disfrutarlo.

Oh, sí, no estaba nada mal. Pronto descubrió que su cuerpo se movía en consonancia con el de Nick. Sus caderas parecían moverse al mismo tiempo, haciendo presión hacia arriba para recibir cada embestida. Pru hundía los dedos en los músculos de los hombros de Nick intentando alcanzar algo que no podía nombrar. Su respiración se volvió entrecortada, jadeante. Sentía un zumbido en los oídos y creía que todo le daba vueltas.

—¡Oh, Dios, Pru!

Nick aceleró el ritmo de sus movimientos, bombeaba rápido, cada vez más rápido, hasta llegar al clímax que le hizo hundir el rostro entre su melena y

emitir un grito ahogado. Se detuvo, espiró y se dejó caer encima de ella.
Había terminado.
Ya era una mujer.



A Pru le costaba creer que aquello fuera todo. No podía explicar por qué, pero pensaba que había algo más, aunque, al parecer, no era así, ya que Nicholas se apartó para acostarse a su lado.

—Demasiada bebida —murmuró—. Lo siento, Pru. ¿Te ha parecido horrible?

Ella negó con la cabeza. No había sido en absoluto horrible.

—¡Oh, maldita sea! —Echó la cabeza hacia un lado y, casi al instante, se quedó dormido y empezó a roncar suavemente.

¿Cómo podía quedarse dormido después de todo aquello?

Pru permaneció allí un poco desconcertada, sonriendo. Ahora sí, ya era su mujer. Una verdadera mujer. Y estaba bastante orgullosa de sí misma. Había superado el pudor y el temor y le había permitido verla desnuda, besarla y tocarla en formas que jamás había imaginado. Y también había sobrevivido a la vergüenza de cada momento. No se había muerto. Por el contrario, se sentía más viva que nunca.

Si no la hubiera encontrado atractiva, no le habría hecho todas esas cosas. La pasión que Nick había mostrado era innegable. Incluso la había llamado cariño y había afirmado que era perfecta. Recordaría esas palabras para siempre. Si realmente la deseaba, y así quería creerlo, entonces también podía albergar la esperanza de que algún día llegara a amarla.

Por ahora, le resultaba suficiente haber consumado su matrimonio. Pru no se había sentido más orgullosa y radiante en toda su vida. Se sentía preparada y ansiaba afrontar esa nueva faceta de la relación entre ambos. Apenas podía aguardar a hacerlo otra vez, aunque preferiría que las velas estuvieran apagadas porque todavía no se sentía muy segura de sí misma.

Todo había transcurrido de una forma increíble, no se parecía en nada a lo que ella había imaginado. Sabía que no podía esperar algo cuando no sabía de qué se trataba, pero las sensaciones físicas le habían parecido extraordinarias, sensacionales. Sus reacciones físicas le resultaban un tanto embarazosas, pero había sido incapaz de controlarlas.

Aún le temblaba todo el cuerpo y todavía tenía la sensación de que se había perdido algo, que debería haber algo más. Quizá su ignorancia le había impedido hacer algo que debería haber hecho para conseguir que el

acto fuera completo.

¿Acaso sería por eso por lo que él había gritado al final? ¿Como si sintiera dolor? ¿Sería por eso por lo que había maldecido al apartarse de ella? ¿Estaría decepcionado porque ella no había sabido qué hacer?

Estaba segura de que lo haría mejor la próxima vez. Al menos ya sabría lo que iba a pasar y no estaría tan nerviosa. Tampoco sentiría tanto dolor. Gracias a Dios, la virginidad era algo que solo podía perderse una vez. No obstante, tenía que admitir que el dolor había remitido muy rápido y lo que había acontecido después le había resultado bastante placentero. Más que placentero. Mucho más.

Sin embargo, aún sentía cierto dolor, cierta sensación de desgarró. Y algo más.

Necesitaba usar el orinal desesperadamente. Se retorció un poco intentando contraer sus músculos inferiores para tratar de contener la necesidad imperiosa que amenazaba con apoderarse de ella.

Dios santo, ¿qué debería hacer?

La vela aún estaba encendida, así que pudo echar un vistazo a su alrededor. Había estado tan nerviosa que ni siquiera se había detenido a mirar cómo era la habitación de Nick. Era similar a la suya, aunque algo más masculina. Había un biombo en la esquina, así que supo que el orinal debía estar tras él o bien en el armario de al lado de la cama.

Pero por nada del mundo lo utilizaría. ¿Qué pasaría si él se levantaba después y necesitaba usarlo? Además, sería incapaz de usarlo estando Nick en la misma habitación aunque estuviera dormido. Se giró sobre la almohada para mirarlo.

Tenía la cabeza inclinada hacia arriba y una mano apoyada debajo de la barbilla. Parecía un niño, exceptuando los ronquidos.

Volvió a mirar hacia el biombo. Realmente necesitaba usar el orinal. Pero ¿y si se despertaba y oía lo que estaba haciendo? Se moriría. Se moriría de la vergüenza y la humillación.

Solo había una solución. Tenía que regresar a su dormitorio.

Con lentitud, avanzó hasta el borde de la cama sin apartar la vista de Nicholas ni un solo momento. Él no se movió. Se sentó con cuidado, bajó las piernas y se puso en pie haciendo todo lo posible para no molestarlo.

Permaneció en pie un momento, cerró los ojos y se detuvo a disfrutar de los cambios que había experimentado: las transformaciones en su cuerpo, la distinta manera en que ahora lo sentía, lo que él la había hecho sentir...

—Perfecto —murmuró.

Se encogió de hombros y giró un poco la cabeza, olisqueando la piel de su hombro y su brazo hasta llegar a sus manos, donde hundió el rostro para inhalar la esencia de Nick, que aún permanecía latente sobre su cuerpo, para poder intensificar el sensual recuerdo de sus caricias, sus besos y su aroma.

Se dio la vuelta para cerciorarse de que no lo había despertado y dio un grito ahogado ante lo que vio. Había manchas de sangre en las sábanas blancas. ¿Era sangre suya? Miró hacia abajo y vio manchas de sangre similares en la cara interior de sus muslos. Era su sangre. ¡Oh cielos! Había echado a perder las sábanas de Nick. Tenía ganas de gritar, pero temía despertarlo. ¿Qué pensaría él de ella? ¿Qué pensarían los sirvientes cuando hicieran la colada?

¡Qué bochornoso!

La única forma que se le ocurría para solucionarlo era ir a su dormitorio, lavarse y volver a la habitación de Nick y echarse sobre las manchas para que él no las viera. Se pondría su camisón más bonito (el mismo que se había llevado en su solitaria noche de bodas) y dormiría junto a él. Si es que podía dormir.

Seguramente Nicholas no la culparía por haber echado a perder las sábanas. Él sabía que ella era virgen, pero ahora ya era una mujer y estaba bien orgullosa de ello. Pero en realidad tenía mucho que aprender, y lo haría si él estaba dispuesto a enseñarla. Al menos, y por fin, lo había hecho y ya nunca volvería a ser una patética solterona.

Mientras tanto seguía desesperada por usar el orinal. Recogió su ropa del suelo, la sostuvo contra su cuerpo desnudo y corrió hacia su habitación.

Se despertó por el reflejo de un rayo de sol que entraba a través de las cortinas. Al recordar los vívidos momentos de la noche anterior, abrió los ojos de repente. Algo no iba bien.

Estaba en su dormitorio en vez de en la habitación de Nick.

¡Maldición!

Pru se sentó. Mientras iba desperezándose, recordó lo que había sucedido. Había vuelto a su dormitorio implorando a todos los santos no toparse con Bartholomew en el pasillo. Después de ocuparse de los asuntos más urgentes, se lavó y se puso su mejor camisón de encaje. Pero estaba tan

dolorida que recordaba haberse sentado en la cama un momento. Se había tumbado de lado, pensado que podría permanecer allí un rato para recomponerse ella misma y sus acalorados pensamientos antes de regresar junto a Nicholas.

Debería haber sabido que se quedaría dormida.

¡Qué estúpida! Cuando Nick se despertara, se encontraría con que se había marchado habiéndole dejado las sábanas manchadas como recuerdo de lo que había sucedido la noche anterior. ¿Cómo iba a poder mirarlo a la cara durante el desayuno? Sobre todo si Bartholomew estaba presente...

¿Por qué tenía que ser todo tan embarazoso? Estaba segura de que las demás mujeres casadas no se comportaban de forma tan estúpida. Se prometió a sí misma trabajar duro para superar el pudor que le suponían ciertos aspectos de las relaciones íntimas. Ahora ya formaban parte de su vida, de su vida como esposa de Nicholas. Debía superar sus remilgos y pudores y recordar que le había dicho que era perfecta y acudir a él de forma desinhibida.

Si tan solo apagara la vela la próxima vez...

Se vistió y bajó a tomar el desayuno que, ahora que las damas de Crimson ya tenían espacio en las nuevas oficinas, se disponía por costumbre en el comedor. Ni Nicholas ni Bartholomew estaban allí. Por lo general su suegro madrugaba, pero todos habían llegado tarde anoche. De hecho, estaba casi segura de que él todavía no había regresado a casa cuando, la noche anterior, había pasado corriendo desnuda por el pasillo.

Sin duda, ambos estaban durmiendo todavía. Casi le alegraba no tener que ver a Nicholas todavía, aunque al mismo tiempo ansiara que volviera a estrecharla entre sus brazos, la besara y le hiciera el amor. Al final, quizá sus deseos podrían superar su timidez y vergüenza.

No podía permitirse esperar a que Nicholas bajara ya que realmente debía marcharse a las oficinas de El gabinete. El nuevo número debería haber sido distribuido durante la noche anterior y debía cerciorarse de que no había habido ningún problema. Además, estaba previsto que los nuevos grabados llegaran a lo largo de la mañana, por lo que las damas de Crimson tenían trabajo. Iba a ser un día muy movido.

Terminó de desayunar y se dirigió hacia el pasillo. Había dejado el sombrero encima de la mesa de la entrada, así que se miró en el espejo mientras se lo ponía y se ajustaba los lazos bajo la barbilla. Se detuvo un momento a estudiar su rostro. ¿Se la veía diferente esa mañana? ¿Todo el

mundo se daría cuenta de que su vida había cambiado drásticamente de un día para otro? ¿Se darían cuenta de que ya no era una doncella sino una mujer en el sentido estricto de la palabra?

Tenía el aspecto de siempre. Sin embargo, cuando una sonrisa cruzó su rostro, habría podido jurar que había un nuevo brillo en sus ojos.

Nick se quedó mirando las sábanas arrugadas y las alarmantes manchas de sangre.

¡Dios! ¿Qué había hecho?

Había dormido como un tronco gracias a la bebida, así que no le había resultado extraño despertarse solo en su habitación hasta que su cerebro confuso le recordó lo que había sucedido. Y ahora tenía frente a él el resultado de la noche anterior.

La había lastimado, destrozado por lo que parecía, así que había huido.

¡Maldita sea!

Estaba furioso por haber perdido tanto dinero, y había bebido mucho vino, champán y todo lo que había tenido a su alcance. Y la bebida lo había llevado a sentir unos celos irracionales. Y además de todo eso, Pru estaba irresistible. Estaba tan guapa, tan cautivadora, que le había resultado imposible mantener las manos alejadas de ella. Una vez había dado el primer paso, fue incapaz de parar. Debería haber sido capaz de controlar su deseo. Debería haber mantenido su promesa hacia Pru y hacia sí mismo. Pero la bebida le había llevado a sobrepasar el límite. En vez de ceñirse a su plan de abordar el tema despacio, había hecho todo lo contrario. La había hecho suya como si se tratara de un acto de posesión. Y estaba profundamente arrepentido de haberlo hecho.

La había hecho daño. La había ahuyentado. Había intentado ser dulce, pero su deseo por ella, desbordado por la bebida, le había hecho perder el control. Lo había estropeado todo.

Recordaba vagamente haberle preguntado después si le había dolido mucho, pero ella no le había respondido y eso le había parecido suficiente. La había hecho daño, y frente a él tenía la prueba.

Un destello dorado llamó su atención. Una de las peinetas de Pru yacía en el suelo junto a la cama. Recordó cómo se las fue quitando una a una hasta ver caer toda esa gloriosa melena salvaje sobre los hombros, sobre la espalda y entre sus manos. Entonces ya era un hombre perdido.

Nick se encorvó para recogerla. No quedaba nada más de Pru en la habitación. Excepto por la sangre, claro. Al parecer, había cogido todas sus cosas y había salido huyendo.

Se había apresurado. Solo había pensado en él y no en las necesidades de ella. Sin embargo, ella le había respondido afirmativamente cuando le preguntó si podía hacerla suya. La había presionado, seducido, y ella había sospechado que él no aceptaría el rechazo con facilidad. Así que Nick había tomado lo que quería, y ella se lo había permitido en silencio.

¿La había tomado contra su voluntad? Aunque había estado temblando como un flan, Nick no lo creía. Pru había admitido estar nerviosa. No con palabras, no recordaba haberla escuchado pronunciar una sola palabra. Sin embargo, no se había resistido, no lo había rechazado, y de hecho le había permitido excitarla y había respondido a sus caricias.

¡Oh Dios! Había sido maravilloso verla por primera vez con la melena de color albaricoque suelta y en la desnudez de su cuerpo frente a él. Se había acordado de todos esos sinvergüenzas que se la comían con los ojos en el baile, pero pensó que ninguno de ellos la vería así, y quiso reclamarla como suya.

¿Había sido demasiado bruto? ¿Era por eso por lo que había tanta sangre? Plenamente consciente de su virginidad, había sido lo más cuidadoso y dulce posible. Estaba bastante seguro de que la bebida no lo había aturdido en ese sentido. Le había prestado mucha atención y había esperado hasta que estuviera lista, y pensaba que lo había conseguido. No obstante, el dolor había sido evidente. Quizá habría sido porque ella era demasiado pequeña... En cualquier caso, estaba avergonzado y sentía un gran remordimiento por haberle causado tanto dolor.

Después, cuando su cuerpo pareció haberse recuperado del primer asalto y posterior ajuste, Pru pareció estar excitada. Se movió junto a él, excitándolo hasta que no pudo aguantar más. Se sintió un poco culpable por no haberse tomado más tiempo y haberle hecho alcanzar el clímax, pero había sentido tanto dolor que le pareció poco probable que ella pudiera llegar al orgasmo en esa ocasión. Quizá la próxima vez...

¿Próxima vez? Ya estaba pensando en volver a hacer el amor con ella esa noche y todas las noches que estaban por venir. Había sido muy egoísta, por una vez debía pensar en Pru. Después de todo, no había esperado hasta que ella estuviera lista. La había tomado demasiado pronto. Debía darle tiempo para recuperarse emocional y físicamente antes de volver a

imponerse sobre ella.

Esta vez, Nick esperaría hasta que ella estuviera realmente preparada.

Se aseó y se vistió esperando llegar a tiempo para ver a Pru en el desayuno, pero se encontró con que ya se había marchado a la oficina. Así que se sirvió una taza de café, cogió el periódico de la mañana y se sentó a disfrutar del desayuno sin prisas.

Transcurridos unos minutos, oyó abrirse la puerta principal. Nick se levantó y anduvo hasta la entrada esperando que Pru hubiera vuelto a por algo. Deseaba hablar con ella.

Pero era su padre el que estaba en la entrada quitándose el sombrero y los guantes. Todavía llevaba su ropa de gala.

—Hola, Nick.

—¿Padre? ¿Regresas ahora? ¿Has estado fuera toda la noche?

Bartholomew enarcó las cejas.

—¿Qué? ¿Vas a reñirme por volver tan tarde? Francamente, Nick, a veces actúas como una vieja. ¿Desde cuándo te has vuelto tan convencional?

Nick lo miraba en silencio. Su padre siempre había sido convencional. Su madre había sido bastante rebelde e impredecible. Tenía un carácter muy apasionado en consonancia con sus raíces italianas y temperamento artístico. Su padre siempre había seguido feliz su compás. Aunque a veces no tan felizmente, ya que Bartholomew era firme y rígido como una roca.

—No me malinterpretes, padre. Solo es que me sorprende. Durante toda mi vida te he visto como a un tranquilo hombre de campo. No me he acostumbrado todavía a verte como un caballero londinense. Ven, desayuna conmigo.

—Tomaré una taza de café nada más. Me gustaría subir a mi habitación y poder dormir unas cuantas horas.

Dejó el sombrero y los guantes encima de la mesa de la entrada y siguió a Nick hasta el comedor. Se sentó haciendo evidente su cansancio y aceptó la taza de café que Nick le había servido.

—Déjame que te explique algo, hijo. Durante estos últimos quince años he sido un hombre tranquilo que vivía en el campo, pero solo porque Helena no estaba allí conmigo para hacerme reír, para hacer que me divirtiera, para transmitirme pasión. He echado mucho de menos todo eso, Nick.

—Todos hemos echado de menos a madre, pero siempre asumí que tu dolor era tan profundo que preferías quedarte a solas con él. Por eso

pensaba que jamás volverías a la ciudad.

—Me he sentido muy cómodo en el campo y permanecí allí por Helena. Murió allí y quería estar cerca de ella. Después, cuando el dolor por su pérdida se hizo más llevadero, me hice perezoso y por eso me quedé allí con mis libros, mis pájaros y toda la belleza que la naturaleza puede ofrecer en Peak. Al menos eso pensaba y eso me bastaba. Hasta que vine para la boda de Edwina.

—Y conociste a Flora.

—Me dejó sin aliento, Nick. Y me ha devuelto a la vida.

—Siempre se lo agradeceré, entonces. Es genial verte de nuevo tan feliz.

—Antes no era infeliz, Nick. No pienses eso, por favor. Solo era... costumbre. Cuando uno se va haciendo mayor es más fácil mantener las cosas como están. Me atrevería a decir que necesitaba que alguien encendiera la chispa para hacerme cambiar mis costumbres.

—Y Flora lo ha hecho.

Su padre sonrió pero no hizo ningún comentario, cosa que Nick agradeció. Había ciertas cosas sobre la vida de los padres que era mejor mantener en privado.

—¿Disfrutó del baile? —preguntó Nick.

—Inmensamente. Estuvo tomando notas a escondidas para un artículo o algo así.

—Uno de sus reportajes de moda, sin duda.

—Le encanta trabajar en El gabinete, ¿sabes? Le sienta de maravilla.

—Me alegra oír eso. Su aportación es clave para el éxito de la revista.

Su padre dio un inmenso bostezo.

—Perdóname, Nick, pero me voy a la cama. —Se levantó y anduvo hasta la puerta, entonces se giró.

—Por cierto, ayer Prudence fue la más guapa del baile, ¿no crees?

—Sí, lo fue.

—Debiste de sentirte muy orgulloso. Estaba impresionante.

Debía de haberse sentido orgulloso, pero, en cambio, se había mostrado estúpidamente celoso y posesivo.

—Sí, estaba preciosa anoche. —Le vino a la mente la imagen de Pru yaciendo bajo él con los rizos de color albaricoque alborotados sobre la funda de lino blanco de la almohada, y con los ojos húmedos y ávidos de deseo—. Sí, muy guapa.

El gabinete estaba rebosante de actividad. Desde su llegada, Pru no había tenido un momento de paz. Les habían entregado los nuevos grabados, pero se habían quedado cortos en varios cientos de copias. El encuadernador se había pasado por allí para discutir sobre unas cubiertas más consistentes, ya que las que ahora tenían en reserva eran demasiado endebles y no servían para encuadernar el reciente incremento de páginas que había tenido la revista. Dos librereros habían enviado empleados para comprar ejemplares adicionales del nuevo número, y Pru los había convencido para que aumentaran sus pedidos mensuales. También había recibido recados de algunos otros librereros pidiendo copias adicionales, así que tuvo que acordar con Imber imprimir otra tirada.

Se preguntaba qué sería lo que estaba causando ese repentino interés en la publicación hasta que Flora apareció, radiante de éxito.

—¿Lo habéis oído? Apenas es mediodía y ya todo Londres se ha hecho eco de la noticia.

—¿Qué noticia?

—El primer listado anual de las mujeres peor vestidas de Londres publicado por El gabinete de las damas de moda, esa es la noticia.

—¡Vaya! ¿Debo preocuparme o alegrarme, Flora?

—Creo que deberías alegrarte mucho. Todo el mundo habla de ello. No me sorprendería que aumentaran las suscripciones.

Pru estaba convencida de que ya lo habían hecho.

—Muy bien, entonces me alegro. Incrementar los ingresos siempre es una buena noticia.

—¿Señá Parrish? —Madge asomó la cabeza en el despacho—. El señor Grossett quiere verla, señora. Dice que es por sus anuncios.

—Oh, gracias, Madge. Dile que pase, por favor. Flora, será mejor que vayas a echar un vistazo a las chicas. Los nuevos grabados han llegado hoy.

Pru pronto despachó sus asuntos con el señor Grossett, que quería aumentar la publicidad de su imperio de calcetería a una columna entera mensual. Unos minutos más tarde, el representante de una papelería pasó por allí para intentar animarla a aumentar su reserva de material para la revista. Estaba echándole un vistazo a su muestrario y lista de precios cuando Madge le anunció otra visita.

—Lady Bertram, señora. No me ha dicho el motivo de su visita, pero está que echa chispas.

¿Lady Bertram? El nombre le era familiar, pero Pru no conseguía ubicarlo.

Probablemente fuera una de esas mujeres que pensaba que sabía escribir y venía a entregarle un relato o un poema para que se lo publicasen en El gabinete. Bueno, Pru no tenía tiempo para ella hoy. Recogería sus páginas, le prometería echarlas un vistazo a lo largo del mes y se despediría de ella.

—Muy bien, Madge, dile que pase.

Pru estaba tan distraída revisando el muestrario que no oyó entrar a la mujer.

—¿Señora?

Pru alzó la vista ante el sonido de una voz tan fría. La mujer la observaba desde el quicio de la puerta. Era de estatura media y de constitución fornida. Llevaba el pelo recogido con unos tirabuzones, demasiado juveniles para su rostro, que sobresalían por el ala de un sombrero español con una incongruente pluma que le salía desde la nuca y pendía sobre su frente.

De repente, Pru intuyó el motivo de su visita.

—Sí, ¿puedo ayudarla en algo?

—Soy lady Bertram.

—Y yo soy la señora Parrish, editora de El gabinete. ¿Qué puedo hacer por usted, señora?

—¿Puede explicarme por qué ha mancillado mi reputación en su revista?

—Ah. —La intuición no le había fallado. Maldita sea—. ¿Está tal vez incluida en el listado especial de este mes?

—Me han etiquetado como una de las mujeres peor vestidas de Londres. ¿Niega haber escrito tal mentira?

—Admito haber publicado la lista, pero quien escribió el artículo fue uno de nuestros colaboradores.

—¿Usted no es Vestis Elegantis?

—No, señora, pero esa persona trabaja para mí.

—¿Quién es? Quiero saber su nombre.

—Me temo que no puedo decírselo, lady Bertram. La identidad de nuestros escritores y colaboradores es estrictamente confidencial.

—Entonces la considero a usted responsable. Recibirá una visita de mi abogado. Pienso demandarla por difamación.

Pru bajó la vista hacia el muestrario y otros trabajos pendientes en su escritorio que requerían su atención y decidió que, simplemente, no tenía tiempo para las insensateces de lady Bertram. Dio un suspiro y volvió a mirarla.

—Eso sería una estupidez, ¿no cree?

El rostro de la mujer se tornó casi púrpura y los ojos casi se le salían de las órbitas.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma? ¿Sabe quién soy yo?

—Me ha dicho que era lady Bertram, y no veo razón alguna por la que no deba creerla.

—Muy bien, mujerzuela descarada. Ya veremos si sigues siendo tan fresca cuando te llegue la demanda reclamándote hasta el último chelín de tus arcas.

—Lady Bertram, me atrevería a decir que si demanda a la revista verá que su caché, siendo una de las integrantes de la lista, se hunde dramáticamente. El mundo de la alta sociedad no quiere a personas que arman escándalo por nada, ¿sabe?

—¿Y quién es usted para emitir juicios sobre sus superiores? Una mujer que trabaja para ganarse la vida no tiene cabida en el mundo de las damas. Una mujer que utiliza un lenguaje rudo como el de un guarda. ¿Quién es usted para pretender saber algo del mundo de la alta sociedad? ¿La hija de un tendero? —resolló sonoramente.

Pru no estaba segura de qué le aconteció. Quizá fuera aquel resuello. El caso es que se levantó de la silla y miró fijamente a la mujer.

—No es asunto suyo, lady Bertram, pero ya que parece estar tan interesada en saberlo, se lo diré. Soy la nieta del duque de Norwich, sobrina del actual duque. Mi padre es lord Henry Armitage y mi madre fue la hija del vizconde de Saint Clair. Sospecho, señora, que mi sangre es varios tonos más azul que la suya.

La mujer se estremeció visiblemente.

—Oh. —De repente se achantó. Parecía no saber qué hacer.

—Lady Bertram, la lista se ha publicado en tono de broma. Siento que se haya sentido ofendida, pero si me acepta el consejo, le recomendaría que aprovechara su temporal notoriedad. Verá, lady Bertram, su nombre estará en boca de todos, y también aparecerá en todas las listas de invitados. La gente le prestará atención, a usted y a lo que lleva puesto. Le lloverán las invitaciones porque todo el mundo querrá que lady Bertram asista a su evento social. Es la oportunidad de su vida, así que le sugiero que saque buen provecho de ella.

—Oh, no lo había visto de esa forma.

—Estoy segura de que si lo piensa, se dará cuenta de que tengo razón.

Ahora, si me perdona, tengo un montón de trabajo que hacer.

—Sí, señora. Gracias.

Y desapareció por la puerta.

—Bravo, querida.

—¡Nicholas! —Se sonrojó. No lo había visto desde que se había marchado de su habitación la noche anterior. Era desconcertante encontrarlo ahí, de pie, más guapo que nunca, luciendo su habitual sonrisa, y más todavía recordar su hermoso cuerpo desnudo y la forma en que lo había utilizado. Su propio cuerpo se estremecía con tan solo pensarlo.

—No sabía que estuvieras aquí. ¿Has estado escuchando?

—Flora y yo estábamos rondando en la sombra. Has sabido manejar a esa arpía muy bien.

—¡Ya lo creo! —intervino Flora asomando la cabeza por la puerta—. Me habría encantado verle la cara cuando le dijiste quién eras.

—¿Qué escribiste exactamente sobre ella, Flora? —preguntó Nicholas.

—Solo una breve descripción del vestido que llevó a la ópera. Creo que dije que iba envuelta en unos paños de estilo veneciano que le hubieran ido mejor a las ventanas de un salón, y que el color era poco favorecedor y le hacía resultar ostentosa. Oh, y creo que también mencioné algo acerca de la especie de altar de Pascua con lirios que, aparentemente, había sido trasladado a su cabeza.

Nicholas inclinó hacia atrás la cabeza y rió.

—No es de extrañar entonces que estuviera tan enfadada. Me pregunto si Pru debe esperar más visitas de las otras damas incluidas en la lista.

—¡Cielo santo, espero que no! —exclamó Pru—. No podría hacerlo de nuevo. De hecho, todavía no puedo creer que le dijera todas esas cosas. He estado tan ocupada que, de alguna manera, estaba un tanto distraída. Mi mente estaba en otro lugar. Me atrevería a decir que si hubiera podido prestarle toda mi atención, me habría puesto nerviosa.

—Estuviste brillante —dijo Flora—. Deberías distraerte más a menudo. Y no debes preocuparte por las demás. Lady Julia Howard, por ejemplo, es tan engreída que para ella estar en la lista no tiene ninguna importancia. Al parecer, está contenta con mi descripción de su corte de pelo y no se ha ofendido en absoluto por haberme referido a su espantoso vestido como una vulgar afectación francesa.

Nicholas volvió a reír.

—Creo que tienes un lado bastante cruel, Flora.

—Lo compensaré el mes que viene cuando publiquemos la lista de las mujeres mejor vestidas. Por cierto, Pru, ¿le has mostrado a Nicholas los nuevos grabados?

—No.

—¿Qué grabados? —preguntó él.

—Las ilustraciones para el reportaje de moda del mes que viene —dijo Flora—. Ven y te los enseñaré. Y tú también, Pru. Quiero que veáis lo que están haciendo las chicas.

Flora marchó en dirección al taller en el que trabajaban las damas de Crimson. Pru la siguió y Nicholas le tocó brevemente el dorso, haciendo que sintiera un temblor por toda la espalda. No podía evitar pensar en las demás formas en que él la había tocado.

Las chicas estaban trabajando duro. Cada una de ellas se ocupaba de añadir color a una ilustración. Flora se detuvo al lado de Polly y agarró una de las ilustraciones ya terminadas. Era la que mostraba a Pru con el vestido de color lavanda. Flora se la entregó a Nicholas, quien la miró asombrado.

—¿Pru? ¿Esta eres tú? ¿Con el vestido que llevabas anoche?

—Sí.

Permaneció observando la imagen durante un rato con una expresión un tanto extraña que parecía reflejar asombro.

—Es espléndida. —Alzó la vista hacia ella y sonrió—. Verdaderamente espléndida, y guarda un parecido increíble. Has hecho de modelo muy bien, Pru, sobre todo con ese vestido. Estás preciosa.

—¿Verdad que sí? Polly, muéstrale a la señora Parrish lo que has hecho.

—Solo he mezclado un poco de amarillo y un poco de rosa para hacer el color de su pelo, señora —explicó Polly—. Algo así como el color melocotón. Oh, y le he pintado pequeños puntos azules en los ojos.

—Y estamos siendo muy cuidadosas con el vestido —añadió Ginny—. Mire qué bonito es el color lila que Flora nos ha pedido que usemos. Dado que es un retrato suyo, señora de Nick, queremos que quede bonito.

Pru estaba tan emocionada que tenía ganas de llorar.

—Gracias, chicas. Gracias a todas. Aprecio mucho vuestro esfuerzo.

—¿Puedo quedarme una copia? —preguntó Nicholas, y a Pru el corazón se le llenó de orgullo.

—Claro que sí, señor Nick —dijo Ginny—. Pensamos que querría una, así que aquí la tiene. Ya está seca.

Pru vio a Nicholas observar la ilustración coloreada y se preguntó qué estaría pensando. ¿Estaría recordando el momento en que le había quitado ese mismo vestido y la había estrechado entre sus brazos desnuda?

Nicholas la miró y sonrió.

—Voy a enmarcarla. Será el recuerdo del primer baile en el que bailaste todas y cada una de las piezas.

Para Pru sería el recuerdo de mucho más que eso.



Nick suponía que nunca era una buena idea decirle a una mujer que querías mantener una conversación con ella. Si hubiera tenido un poco de sentido común, hubiera abordado el tema sin darle tiempo a preocuparse por ello.

Porque seguro que eso era lo que Pru había hecho. Estaba sentada en el borde del sofá con la espalda recta, rígida y con las manos posadas en el regazo. Parecía un prisionero esperando su sentencia en el banquillo de los acusados.

En el camino de vuelta a Golden Square desde Saint Paul había pensado en ofrecerle sus disculpas, pero no le había parecido el lugar adecuado para lo que, estaba seguro, iba a ser una conversación un tanto violenta. Así que, como un maldito idiota, le había anunciado que quería mantener una conversación con ella cuando llegaran a casa.

Pru había permanecido en silencio durante un momento, y después había dicho:

—Muy bien.

No había preguntado el propósito o tema de la conversación. Entre ellos solo existía un tema pendiente, así que habría adivinado de qué se trataba. Pero el trayecto de vuelta a casa y el tiempo que había estado esperándolo le habían permitido ponerse nerviosa y se encontraba visiblemente tensa.

Se sentó a su lado, casi al borde del sofá, para poder mirarla a los ojos, pero ella no apartaba la vista de su regazo.

—Te debo una disculpa, Pru.

Esta cerró los ojos un breve instante. Por un momento, Nick pensó que ella se había estremecido, pero solo fue una expresión tan fugaz que no podía estar seguro. Su rostro había palidecido por completo y mantenía la mirada fija al frente.

—El día después de nuestra boda te hice una promesa que he incumplido ya dos veces, sobre todo anoche, de manera vergonzosa. —Intentó leer su expresión, apreciar sus sentimientos, pero su rostro permanecía inescrutable—. Prometí darte tiempo, esperar hasta que estuvieras lista para consumir el matrimonio. Por el contrario, me aproveché de ti, influido por la rabia y el exceso de vino. Te obligué a mantener relaciones sexuales contra tu voluntad, y te hice daño.

Se le pusieron los ojos como platos y el rubor le inflamó las mejillas.

—Quiero que sepas cuánto lo siento, Pru. Te prometo que no volveré a actuar de forma tan vergonzosa. Si tiene que haber relaciones íntimas entre nosotros, y espero que así sea, será cuando te sientas cómoda para hacerlo. Cuando estés preparada. ¿Entiendes, Pru?

Ella asintió, pero seguía sin mirarlo.

Nick se estiró y le tomó la barbilla con los dedos pulgar e índice para hacer que sus ojos coincidieran. Tenía los ojos bien abiertos y brillantes por las lágrimas contenidas.

—Dime, ¿te hice mucho daño? Físicamente, quiero decir.

Ella agitó la cabeza, ruborizándose aún más. Ojalá Nick hubiera sabido si lo que le hacía sentir tan incómoda era desesperación o vergüenza. Ojalá le hubiera dicho algo. Continuaba sosteniéndole la barbilla para poder al menos verle los ojos y poder entender sus pensamientos.

—Jamás te habría hecho daño deliberadamente, Pru.

Ella tragó saliva.

—Lo sé. —Su voz era apenas un susurro, pero al menos era algo.

Nick deslizó un dedo por la mandíbula de Pru, deseando que ella no se girara mientras lo hacía. Y no lo hizo.

—Quiero que el nuestro sea un verdadero matrimonio —dijo él—. Quiero tener relaciones físicas contigo. Incluso sabiendo el dolor que estabas padeciendo, disfruté mucho de lo que anoche sucedió entre nosotros. Pero al menos no tendrás que volver a preocuparte de eso. Te prometo, Pru, que jamás volveré a forzarte. Haremos de nuevo el amor cuando tú te sientas cómoda y te apetezca.

—No me forzaste. —Pareció recuperar la voz, aunque apenas era audible.

—No, no lo hice, pero te coaccioné. Digamos que después de todas las atenciones que te dediqué, no te puse nada fácil el poder oponerte. Y eso no estuvo bien. Así que creo que deberíamos empezar de nuevo. Debemos acostumbrarnos a estar a solas juntos, a mantener contacto físico entre nosotros, tocarnos e incluso besarnos.

Le tomó el rostro entre sus manos y le dio un suave beso en los labios. Pru se estremeció un poco y él se apartó.

—Si vuelvo a ir muy deprisa, debes decírmelo, Pru. Lo digo en serio. No puedo saber lo que quieres si no me lo dices. Te sientes cómoda hablando conmigo de otros temas, ¿por qué no también de este?

Se apartó un poco de él y dio un pequeño resoplo.

—¿Me perdonarás el comportamiento de anoche?

Ella volvió a mirarlo.

—No hay nada que perdonar.

Le tomó la mano que tenía sobre el regazo y se la llevó a los labios para besarla.

—Gracias, Pru.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Dijiste que anoche estabas enfadado, ¿fue por algo que yo hice? ¿Fue porque pensaste que estaba coqueteando con mi primo?

Nick contuvo un gruñido.

—No, querida, no estaba enfadado contigo. Sé que no estabas coqueteando. Simplemente estabas contenta y te divertías. Fue muy grosero de mi parte sugerir lo contrario. Fue el alcohol el que impulsó mis palabras, y te pido disculpas por ello. No, estaba furioso por las malas noticias que había recibido por la mañana.

—¿Qué noticias?

—Si te lo cuento, ¿prometes no hacer un gesto admonitorio con el dedo y decir «ya te lo advertí»?

Ella le lanzó una mirada burlona.

—Te lo prometo.

—Me enteré de que el proyecto de construcción del canal de Culwyn está punto de venirse abajo. Parece ser que se necesita maquinaria adicional y de mayor envergadura para bombear el agua, si es que alguna vez se llega a drenar. La empresa se ha quedado sin fondos. Corre el rumor de que van a detener el proyecto la próxima semana.

—¿Y habías invertido mucho en él?

—Sí. Y después de las pérdidas sufridas con el Ulises, no eran noticias especialmente bienvenidas.

—Lo siento, Nicholas.

—Yo también. Pero digamos que aún me quedan algunos recursos. Sobre todo uno que puede darme beneficios muy pronto.

—¿Y de qué se trata? Si es que no te importa contármelo...

—Tengo una participación considerable en un plan de reexportaciones. Importamos café y azúcar de las Indias Occidentales y América y después lo exportamos a Ámsterdam.

Pru frunció el ceño.

—Básicamente es una inversión en activos de barcos cargueros, ¿verdad?

—Sí, pero con un gran potencial de beneficios. Hace tiempo hice una pequeña inversión que me rentó lo suficiente como para adquirir el terreno en Derbyshire. Esta vez he invertido una suma mayor y los beneficios previstos pagarán la mayor parte de los costes de maquinaria y obras de reforma.

—¿No te preocupa el hecho de poder perder otro barco? Ha sido un año terrible para el transporte naval.

—La mayoría de las pérdidas se han producido en el oeste, en el Atlántico o el mar de Irlanda. Este barco, el Benjamin, se encuentra en el mar del Norte. Ya está casi en Ámsterdam.

—Entonces cruzaré los dedos.

—Gracias, querida. Ya sabes lo mucho que deseo poder empezar con el complejo industrial en Derbyshire.

—¿Y cómo es que llegaste a estar tan comprometido con la reforma laboral de los trabajadores, Nicholas?

—Deberías conocer la respuesta a eso, Pru. Sabes cuáles son mis ideales políticos. ¡Cielos! Llevas años editando mis ensayos... Cualquier pensador progresista sentiría lo mismo que yo.

—Pero tengo la sensación de que hay algo más... personal en tu trabajo. ¿Hay algo que te condujo hasta ello? ¿Algo específico?

—A veces es usted muy astuta, señora Parrish. Sí, hay algo. Sucedió hace mucho tiempo.

—¿Y de qué se trata?

Nick tomó aire. Era una historia que, después de tantos años, todavía le dolía y conmovía.

—Cuando era niño tenía un amigo que se llamaba Alfie Blanden —comenzó—. Vivía muy cerca de nosotros en una granja alquilada. No estaba dentro de nuestras tierras, pero estaba cerca. Era una granja muy pequeña y poco productiva. La familia de Alfie era muy pobre, pero eso no nos importaba cuando correteábamos por los campos jugando. Hacía muchos años que la granja no marchaba bien y el padre decidió trasladar a la familia a Manchester para trabajar en una fábrica textil. Alfie, su madre y todos sus hermanos iban a trabajar allí también.

Nick sonrió con nostalgia al recordar a su pequeño amigo pelirrojo.

—El pobre Alfie estaba que no cabía en sí de gozo. Se sentía superior y

todo un adulto por el hecho de ir a trabajar con maquinaria mientras yo todavía asistía a la escuela. Yo no entendía las implicaciones de aquella vida y estaba muy celoso. No podía parar de pensar en Alfie y su trabajo de adulto en una fábrica. De hecho, seis meses después huí de casa para recorrer los aproximadamente treinta y dos kilómetros que había hasta Manchester.

—¿Qué edad tenías? —preguntó Pru.

—Nueve años, los mismos que Alfie. Encontré la fábrica donde trabajaba y supuse que viviría cerca, así que empecé a preguntar por allí. Al final pude localizar dónde se alojaba la familia. No había nadie allí y decidí esperar. Vi uno a uno a todos los miembros de la familia de Alfie llegar a casa. Todos ellos estaban exhaustos y sucios. Todos excepto Alfie, que no regresó.

—¡Oh, no! —Una tristeza terrible se alojó en los ojos de Pru. Sabía lo que vendría después.

—Llamé a la puerta. Me recibió la madre de Alfie de manera hosca. Parecía cansada. Detrás de la puerta solo había una habitación en la que vivía toda la familia junta. Una habitación pequeña para una familia de siete. Estaba desordenada, mugrienta y olía a desechos humanos.

»Le pregunté cuándo volvería Alfie y su madre me contó que había muerto en un accidente laboral. Lo había matado una máquina. Así de claro. Nunca olvidaré ese momento. La madre ni siquiera parecía haber llorado su muerte. Más bien parecía como si para ella aquello hubiera sido algo inevitable, como si se considerase afortunada porque todo lo que había perdido era un hijo. —Nick se restregó una mano por la frente, masajeándose las sienes. El recuerdo de aquel día seguía vivo en su memoria incluso veintitrés años después—. No me invitó a entrar porque no tenían comida que compartir. Me preguntó por qué había ido hasta allí. Y yo le respondí que para trabajar junto a Alfie. Para tener un trabajo en una fábrica y ganar mi propio dinero. Se rió a carcajadas. «Vuelve a casa», me dijo. «Vuelve a tu mullida cama y a la seguridad de tu vida. No hay nada para ti aquí.» Y me dio con la puerta en las narices.

—Oh, Nicholas.

—Desde aquel día he soñado con ayudar a mejorar la vida de los trabajadores en las fábricas. Sin dinero, lo mejor que puedo hacer es luchar por conseguir una reforma parlamentaria. Pero la verdadera reforma, más allá de las medidas insignificantes que puedan llevarse a cabo en la

legislación, solo pueden implementarla los propietarios progresistas, y eso requiere dinero. El propietario adecuado con dinero puede hacerlo correctamente, puede fomentar el cambio y marcar la diferencia en las vidas de los trabajadores. Y ese es mi sueño, Pru. Por eso estoy siempre intentando incrementar el poco capital que poseo, para proporcionar a esas familias un lugar de trabajo seguro y una vivienda decente. Asegurarles que ningún niño más de nueve años se verá forzado a hacer el trabajo de un adulto y poner su vida en peligro.

—Es un sueño excelente —dijo Pru—. Ahora entiendo por qué es tan importante para ti. Nicholas, prometo ayudarte en todo lo que me dejes.

Pru amaba a Nick más que a su propia vida, pero a veces el hombre resultaba terco como una mula. Parecía tener ciertas ideas fijas que era incapaz de sacarse de la cabeza.

Como, por ejemplo, su descabellada idea de que ella le había permitido hacerle el amor sin su completo consentimiento. Dijo que había bebido mucho, pero ¿acaso estaba tan borracho como para no darse cuenta de que le había respondido que sí cuando le había preguntado? ¿No se había dado cuenta de su, aunque torpe, entera colaboración? ¿No se había dado cuenta de su estúpida sonrisa de triunfo después de hacerlo? No, probablemente no, puesto que había empezado a roncar tras apartarse de ella. Pero ¿no había prestado atención a nada de eso antes de quedarse dormido?

Pru estaba decidida a superar de alguna forma su timidez para hacerle saber que quería volver a compartir cama con él. No estaba segura de cómo iba a ser capaz de decir algo así en voz alta, pero debía intentarlo. Estaba harta y cansada de las disculpas de Nick. Le partía el corazón cada vez que le decía que lo sentía. Ella no quería sus disculpas. Ella lo quería a él y estaba dispuesta a hacérselo saber de alguna manera.

Y luego estaba el proyecto industrial y su fijación por hacer dinero. A Pru le parecía que hasta que Nicholas no tuviera suficiente capital para financiar su proyecto, seguiría estando preocupado por las cuestiones económicas. Francamente, ella prefería que él se preocupara por ella, pero eso no pasaría mientras siguiera perdiendo dinero. Odiaba verlo tan al límite, tan preocupado porque su ansiado sueño jamás fuese a hacerse realidad. No sería feliz mientras no viera su futuro económico asegurado. Y porque lo amaba, ella quería que él fuese feliz. Pero si seguía con esas inversiones

tan arriesgadas, sus vidas estarían en la cuerda floja.

Adoraba a Nicholas, le encantaba su pasión por la reforma social y su dedicación al cambio. En ese respecto era como Edwina, aunque más fervoroso y menos paciente. Comprendía el impulso que lo había llevado hasta Francia para apoyar la revolución y ahora a crear el complejo industrial en Derbyshire. Quería ser algo más que un hombre de palabras que escribía discursos, tratados sobre política y artículos para revistas. Quería ser un hombre de acción, y estaba lleno de energía para hacer algo.

Ese rasgo de su carácter era lo que le preocupaba cuando se detenía a pensar en su futuro económico. Nick era demasiado impulsivo e impaciente y esa no era una buena combinación a la hora de invertir con sensatez. Iba a perderlo todo si no se andaba con cuidado.

Todo lo que necesitaba era obtener un buen rendimiento de sus inversiones, una cantidad suficiente para poner en marcha su proyecto. Una vez lo hubiera hecho, Pru estaba casi segura de que podría convencerlo para encargarse de la dirección financiera del negocio mientras él se concentraba en los detalles prácticos para hacer que todo funcionara. Ya le había admitido tímidamente que había seguido su consejo y había invertido en el proyecto de expansión del muelle de Hull, así que era obvio que confiaba en su opinión. Quizá incluso pudiera convencerlo para ser ella en persona quien se encargara de esa parte del negocio, ya que un hombre como Nicholas nunca sería feliz entre libros de contabilidad. A Pru, por el contrario, le gustaban esas cosas. Era metódica y cuidadosa a la hora de manejar el dinero, y eso era exactamente lo que requería un negocio con éxito. Tendría que dejar El gabinete, pero lo haría gustosamente si Nicholas la necesitaba.

Un buen rendimiento de sus inversiones. Eso era todo lo necesario para hacer que su sueño se hiciera realidad.

Y Pru iba a procurar que así fuera.

Con ayuda del gestor de su padre, pudo localizar a Matthew Cracken, el agente para las exportaciones navales a los Países Bajos, incluidas las del Benjamín. Él le confirmó su temor. El barco no había sido avistado en días, y había sobrepasado la fecha prevista de llegada a su destino. El señor Cracken tenía todas las anotaciones sobre la inversión de Nick en el cargamento del barco, pero no confiaba en que obtuviera beneficio alguno.

—Me gustaría hacer un trato con usted, señor Cracken.

—¿Qué tipo de trato, señora?

—Se trata de algo confidencial. Un trato entre usted y yo.

Aquel hombre corpulento la observó fijamente a través de su escritorio atestado de cosas.

—Me tiene intrigado, señora Parrish.

—¿Me da su palabra de que cualquier transacción entre nosotros permanecerá en la más estricta confidencialidad?

—Le doy mi palabra, pero ¿de qué estamos hablando? ¿Deduzco que quiere engañar a su marido de alguna forma?

Pru se estremeció ante aquellas palabras. Era cierto, engañaría a Nicholas. Pero no por algo malo o sórdido, sino por una buena causa. Por su futuro juntos.

—Sí, en cierta manera es un engaño —dijo—. Verá, quiero que obtenga beneficios del cargamento del Benjamin.

El señor Cracken alzó sus pobladas cejas grises.

—¿Y cómo pretende que haga eso si el cargamento está todavía en duda?

—Porque seré yo quien proporcione los beneficios.

El señor Cracken entrecerró los ojos y arrugó la nariz.

—Repítame eso.

Pru mantenía la mirada fija en la del señor Cracken. No se fiaba por completo de él, y estaba segura de que él tampoco lo hacía, pero tenía que mantenerse firme en su determinación y seguir adelante. Era asombroso cómo su timidez y nerviosismo raramente eran un problema cuando se trataba de temas de negocios. Solo eran las relaciones personales las que le hacían sentir vergüenza.

—Deje que le explique —dijo ella—. Quiero que usted informe al señor Parrish de que el cargamento llegó a salvo a Ámsterdam, y quiero que le envíe un cheque con sus beneficios. A cambio, yo le pagaré la suma que aparezca en dicho cheque más una cantidad por mantener la confidencialidad en todo este asunto.

—Bueno, es una proposición interesante.

—¿Lo hará?

—Es algo muy irregular.

—La cantidad que le ofrezco compensará cualquier irregularidad.

—¿Y de cuánto estamos hablando?

Pru dio una cifra, un pequeño porcentaje del extracto bancario. Él miró por encima de sus anteojos y, con audacia, pidió más. Negociaron una cantidad

intermedia y Pru se sintió satisfecha.

—¿Tiene el cheque?

Pru era reacia a admitir que lo tenía. ¿Y si una panda de rufianes estuviera escondida en alguna parte esperando para robarle? Ya había tenido bastante con aquellos rufianes... Todavía tenía pesadillas por el asalto sufrido en Ludgate Hill.

—Señora Parrish, soy un hombre de negocios, no un ladrón. Si tiene el cheque, entréguemelo y yo me ocuparé del resto.

—No —respondió ella—. No es así como procederemos. Lo haremos a mi manera.

Su manera llevaba tiempo y era complicada, pero le daba más seguridad. Pru acompañó a Cracken al banco y le pidió una copia del recibo del ingreso de su cheque. Después, de vuelta a la oficina del señor Cracken, permaneció allí hasta que escribió la carta a Nicholas y vio cómo le mandaba el cheque. Finalmente, hizo firmar un contrato por duplicado al señor Cracken por el cual se garantizaba que mantendría la transacción en secreto.

—Es una clienta muy exigente, señora Parrish. Felicito al señor Parrish por haber hecho tan buena elección.

Y así se hizo. Ahora, casi toda la herencia de la tía Elizabeth pertenecía a Nicholas. O pronto le pertenecería, una vez que se hubiera asegurado de que recibiera el paquete del señor Cracken. No obstante, lo mantendría escondido unos cuantos días y mientras tanto no haría mención a las finanzas. No quería que él sospechara nada.

—Te lo digo, Simon, no es la mujer con la que me casé.

El amigo de Nick se rió a carcajadas y este inmediatamente se arrepintió de haber confiado en él.

—Se ha puesto muy guapa, ¿verdad?

—Bueno, sí. Algo así. Maldita sea, Simon, deja de reírte. ¿No te acuerdas que pensábamos que era muy poquita cosa?

—Tú lo pensabas.

—Pero mira esto nada más. —Le mostró la ilustración coloreada de Pru, que había dejado bocabajo sobre la mesa—. Mírala, Simon. ¿Es esa la misma Pru que una vez conociste? ¡Mírala! ¿Cómo demonios se supone que puedo mantener las manos alejadas de ella?

—¿Y quién dice que tengas que hacerlo? Es tu esposa ¡por Dios santo! De todas formas, ¿qué es esto? ¿Una ilustración para El gabinete?

—Sí, al parecer Flora la convenció para que posase. ¿Puedes creerlo? La pequeña y tímida Pru posando para un reportaje de moda... Te lo digo, Simon, esta mujer está llena de sorpresas. Ahora voy de camino a enmarcarla.

—¿Ah, sí? —Simon se recostó sobre la silla y sonrió—. Vaya, vaya, parece que, después de todo, tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo resultaría este matrimonio. Estás enamorado de ella.

Nick puso los ojos en blanco.

—No seas ridículo. ¡Dios, eres tan romántico, Simon! No todo el mundo es tan fantasioso como tú. No todos podemos tener el matrimonio por amor que tú tienes con Eleanor. ¿Enamorado de Pru? Qué absurdo. Admito hasta cierto punto sentir un deseo que no esperaba, pero deberías verla, tío. Es una pequeña y perfecta Venus.

—No me digas que debería verla, viejo amigo. Si lo hiciera, sospecho que pronto me apuntarías con el cañón de tu revólver.

—Bien lo sabes.

—¿Por qué te resulta tan difícil admitir que estás enamorado de tu propia esposa?

—¡Maldita sea! No estoy enamorado de ella.

—Entonces debes estar ciego o ser estúpido. O ambas cosas. Escúchate, Nick. Has estado la última media hora hablándome sobre su música, contándome que toca como un ángel. Sobre el fantástico plan que tiene de montar una escuela de música que tú admiras en secreto aunque no lo admites. Sobre lo bien que dirige El gabinete en ausencia de Edwina. Sobre lo furioso que te pone ver cómo sus familiares la ignoran. Sobre lo mucho que deseaste acabar con aquel tipo que se atrevió a tocarla, además de todo lo que has dicho acerca de su pelo, sus ojos, su piel y su... sus otros atributos. No sé. Quizá soy un loco romántico, pero a mí todo eso me suena a hombre enamorado.

Nick parpadeó.

—¿De verdad he dicho todo eso?

—Y más.

—Bien. —Nick estaba avergonzado. Mientras escuchaba a su amigo repetir sus propias palabras acerca de Pru, se dio cuenta de lo mucho que había

llegado a admirarla y respetarla. Su afecto por ella también había aumentado, por no mencionar su deseo. Realmente se sentía el protector de Pru, y a veces incluso se sentía posesivo con ella. ¿Habría algo de verdad en las palabras de Simon? ¿Estaría después de todo enamorado de su mujer?—. Yo... eh... pensaré lo que me has dicho.

Dos días después todavía seguía pensando en ello cuando acompañó a Pru a la recepción al aire libre de su tía Sara en Richmond. Hacía un día precioso y Pru estaba radiante en un vestido verde claro con el sombrero a juego. Paseaban, y la brisa y la suave muselina de su falda se ceñían sobre ella de forma tentadora, poniendo de relieve a cada paso la forma de sus esbeltas piernas y la curva de sus caderas.

Nick estaba orgulloso de llevarla del brazo mientras paseaban por los jardines, saludando y conversando con un Armitage tras otro. Los anfitriones, lord y lady George, incluso habían armado un pequeño alboroto acerca de la feliz pareja que hacían. Nick se percató de que fingir un supuesto matrimonio por amor ya no le costaba ningún trabajo, le salía de forma natural. De hecho, ya no le hacía falta fingirlo. Se sentía bien actuando como si la amara. Le parecía real.

Nick pensó que aquello no estaba del todo mal.

—¿Qué tal ha estado la conversación que has tenido con lord Caldecott? ¿Fue bien?

—Sí, fenomenal. Gracias por concertar nuestro encuentro, querida. Estaba muy interesado en mi visión de la reforma de la ley de los trabajadores. Será un gran defensor en la Cámara de los Lores. Estoy gratamente sorprendido. Me parece un tipo muy cabal, Pru.

—¿Para ser un conde?

Nick le sonrió.

—Para ser un hombre. Si hay algo que he aprendido de usted, señora Parrish, es que no hay que juzgar a un hombre por su rango, por muy alto que sea. —Dejó de hablar y la miró—. De hecho, he aprendido un montón de cosas de ti, Pru. Ojalá te hubiera conocido mejor todos estos años. Eres una mujer sorprendente, ¿sabes?

La cogió del brazo y tiró de ella hasta detrás de un gran árbol. Pru reía mientras él se apoyaba contra el tronco y la mecía entre sus brazos. Nick inclinó la cabeza y la besó.

Era un lugar público con demasiados Armitage alrededor como para dar

rienda suelta a la pasión, así que simplemente le dio un suave y casto beso. Cuando terminó, él sonrió y le dijo:

—Lo siento, Pru. Sigo prometiéndote ir despacio, pero continúo rompiendo mi promesa. Pero esta tarde estás irresistible, querida, y no he podido evitarlo.

—Por favor, Nicholas, no vuelvas a disculparte.

—¿No?

—No. Odio las disculpas. Cállate y bésame.

Y lo hizo. Esta vez Pru abrió los labios incitándolo a besarla, haciendo que su lengua se encontrara con la de él con tantas ganas que hizo que a Nick le hirviera la sangre. Después de un buen rato, él se apartó temiendo que, si seguían besándose de esa forma, acabaría por levantarle la falda y la tomaría contra el tronco del árbol.

Nick giró la cabeza al oír el sonido de unas pisadas sobre la hierba y vio a Joanna Draycott, que caminaba por allí; al verlo, se detuvo, lo miró por encima de su hombro y le guiñó un ojo.

Era como la noche del baile de los duques de Norwich. Mientras hacían el viaje de regreso desde Richmond, Pru se sentía feliz y no podía parar de sonreír excepto cuando Nick la besaba, que era con bastante frecuencia.

Una vez que se las hubo arreglado para transmitirle que deseaba que la besara (¡cielos! ¿De verdad le había dicho que se callara?), apenas había dejado de hacerlo. Y el camino de regreso a Golden Square era largo, muy largo.

Cuando llegaron a casa, Pru miró de reojo el paquete que había encima de la mesa del vestíbulo e inspiró hondo. Había estado tan inmersa en su propia felicidad que se había olvidado de ese tema. Pero ahora sentía mariposas en el estómago ante la expectativa.

Caminó alrededor de Nick, intentando por todos los medios parecer despreocupada, y se dirigió hacia las escaleras. Había luz en el salón, así que entró en él. Bartholomew estaba sentado al lado de la chimenea leyendo un libro, pero el fuego no estaba encendido ya que era una tarde muy cálida. Alzó la vista y la vio.

—Hola, Prudence. —Se levantó sonriendo y cruzó la habitación—. ¿Qué tal la fiesta?

—Ha sido estupenda, gracias. Nosotros...

—¡Pru! ¡Padre! —Nicholas entró en la habitación dando saltos, sonriendo de oreja a oreja—. No adivinaríais nunca lo que ha pasado.

—Entonces será mejor que nos lo cuentes —respondió Bartholomew mostrándole una sonrisa.

Nicholas miró a Pru con los ojos llenos de entusiasmo, un entusiasmo que lo embargaba por completo.

—La primera embarcación de Ámsterdam ha liquidado sus beneficios. Y es mucho más de lo que esperaba. Tengo el cheque aquí mismo. Pru, ¿sabes lo que esto significa?

Ella le dedicó una sonrisa.

—Sí, claro que sí. ¡Oh, Nicholas!

—¡Ah, ja! —La levantó de la cintura y empezó a dar vueltas y vueltas riendo y chillando hasta que ella tuvo que gritarle que la bajara. Cuando lo hizo, tuvo que sostenerla por un momento, ya que estaba totalmente mareada. La estrechó con fuerza entre sus brazos—. Al fin, Pru. Al fin tengo dinero para arrancar. Después de tantos desastres, casi no puedo creerlo.

—Bien hecho, hijo. Bien hecho.

Nicholas la liberó y se fundió con su padre en un gran abrazo.

—Padre, ¿no es maravilloso?

—Por favor, Nicholas, no vayas a empezar a darme vueltas, yo ya estoy mayor para esas cosas.

—Debemos celebrarlo. —Nicholas estaba tan lleno de energía que parecía estar a punto de explotar. Se dirigió hacia la entrada y llamó a Lucy. Después volvió junto a Pru—. Debemos beber champán. Un montón de champán. Beberemos y nos emborracharemos. Lo celebraremos toda la noche.

—Pero, Nicholas, se supone que esta noche tenemos que asistir al teatro con Margaret y Arabella.

Su expresión cambió de repente. Fue como si a un niño pequeño le hubieran quitado su juguete favorito.

—¿Tenemos que hacerlo?

No podía negarle nada. Esa noche no.

—Si lo prefieres, supongo que puedo enviarles una nota con nuestras excusas.

Nick sonrió.

—Lo prefiero. Vamos a organizar una pequeña celebración privada en casa. Pediré que compren champán y le diré a la señora Gibb que prepare

una buena cena. E invitaremos a Simon y Eleanor.

Pru miró a Bartholomew.

—Y a Flora.

—Por supuesto —añadió Nicholas—. No podemos celebrar una fiesta sin Flora.

Volvió a agarrar a Pru y a abrazarla con fuerza.

—Ah, señora Parrish. ¡Qué día tan estupendo!

Y en ese momento la besó, bajo la atenta mirada de su padre.



Fue una celebración muy escandalosa. El champán corría libremente, ya que Bartholomew había mandado comprar varias botellas, y Simon y Eleanor habían llegado con más. Durante la cena habían estado bromeando, riéndose, contando historias, y ahora estaban todos alrededor del piano cantando Lavender's Blue, haciendo los coros a Pru.

Esa noche había aprendido algo más sobre su marido: era incapaz de entonar una nota.

Nicholas estaba sentado junto a ella en el banco y cantaba en voz alta cerca de su oído, pero no le importaba, ya que su rodilla tocaba la suya de manera muy sugerente. Pru no recordaba haber sido tan feliz nunca. Sentía que podía estallar de alegría y tenía la esperanza de que la noche terminara con ella y Nicholas juntos en la cama. En realidad, se sentiría desconsolada si tuviera que pasar otra noche a solas mirando la puerta cerrada de su dormitorio.

Pero estaba decidida a que eso no sucediera. Si había sido capaz de reunir el suficiente valor para decirle que se callara y la besara, seguramente también podría arreglárselas para hacer que le hiciera el amor, ¿no?

Pru se esforzó por mantenerse concentrada en la música.

Cantaron estrofa tras estrofa aquella vieja canción, añadiendo nuevos versos que se iban inventando en el momento. Simon era rápido añadiendo dulces y cariñosas estrofas dedicadas a su mujer. Flora, por su parte, añadió varias estrofas subidas de tono que hicieron que todos rieran a carcajadas.

Al final, Eleanor dejó de reírse y gritó:

—¡Basta! No puedo soportarlo más... Pru, toca algo que no podamos cantar, por favor.

—Oh, sí —dijo Nicholas levantándose del banco, dejando en solitario la rodilla de Pru—. Al menos debéis escuchar una pieza seria. Pru tiene un gran talento, ¿sabéis?

Así que tocó una parte de una sonata de Eckard que le resultaba tan fácil que casi podía tocar sin pensar. Ovaciones y aplausos siguieron a su actuación y ella se lo agradecía con su sonrisa a pesar de que, a excepción de Eleanor, que estaba embarazada, todos los demás estaban bastante achispados gracias al champán y no resultaban una audiencia adecuada.

—Pru, ha sido una maravilla —dijo Eleanor—, pero no deberíamos dejar que te canses tocando todo el tiempo. Déjame ocupar tu puesto un rato. Yo no tengo tanto talento, pero estos no lo notarán.

Pru se levantó y estiró los dedos. Había estado mucho más tiempo del que había creído. Se preguntaba qué hora sería. Era ya muy tarde.

Eleanor retiró el banco hacia atrás para hacer sitio a su incipiente barriga y empezó a tocar Barbara Allen. Simon tomó a Pru del brazo y la condujo hasta el otro lado de la habitación, donde las botellas vacías de champán se amontonaban sobre el aparador.

—No he tenido la ocasión de decirte lo mucho que me alegro de que vuestro matrimonio haya funcionado tan bien —dijo Simon mientras se servía otra copa—. Casi me resulta difícil recordar lo desgraciados que parecíais en el momento de la ceremonia nupcial. Se os ve tan felices ahora...

—Soy feliz, Simon.

—Eso parece. Esta noche estás radiante.

—Me atrevería a decir que es por haber bebido demasiado champán.

—No, es mucho más que eso y lo sabes. Estás muy enamorada de él, ¿verdad?

Pru sonrió encogiéndose de hombros.

—Es usted un romántico empedernido, señor.

Él también sonrió.

—De eso me declaro culpable. Te prometo que no voy a entrometerme más. Pero veo que ambos sois felices y no sabes lo mucho que me alegro. Durante mucho tiempo he esperado que Nick encontrara la misma felicidad que comparto con Eleanor. Antes de vuestra boda le dije que este matrimonio sería lo mejor que podía pasarle en la vida.

—¿Le dijiste eso?

—Sí, y creo que se ha dado cuenta de que tenía razón.

—¿Lo ha hecho?

—Eso parece, pero creo que debo morderme la lengua. Es asunto tuyo descubrir lo que Nick siente por ti, sea lo que sea. —Sonrió—. Después de todo, soy el señor metomentodo, siempre metiendo la nariz en los asuntos ajenos.

—Simon, viejo amigo —gritó Bartholomew desde el otro lado de la habitación—, trae otra botella para rellenar nuestras copas. Tengo algo que anunciar.

Los ojos de Pru se encontraron con los de su marido y ambos alzaron las cejas a modo de interrogación. Ella fue junto a él y se agarró de su brazo.

—Sentaos todos, creo que voy a dar un discurso.

Nicholas condujo a Pru hasta el sofá y se sentaron juntos. Flora y Eleanor ocuparon los dos sillones y Simon permaneció detrás de su mujer, reposando las manos sobre sus hombros.

Bartholomew permaneció en pie frente a ellos mientras se aclaraba la garganta. Tenía los ojos un poco vidriosos a causa del champán.

—Como sabéis —comenzó sin la más mínima dificultad—, vine a Londres para conocer a mi nueva nuera y todo lo que ahora puedo decir, honestamente, es que no podía haber esperado una mejor esposa para mi hijo.

Nicholas rodeó a Pru con un brazo y le dio un achuchón.

—Prudence —continuó Bartholomew—, tengo el honor de darte la bienvenida a nuestra familia, aunque comparada con la tuya sea pequeña. ¿Sabíais que tiene cincuenta y dos primos hermanos? —preguntó dirigiéndose a Eleanor.

Esta se quedó boquiabierta y miró a Pru, que le sonreía y asentía.

—Así que me gustaría proponer un brindis por Prudence, mi segunda hija —proclamó Bartholomew, que alzó su copa y esperó hasta que los demás hicieran lo mismo.

—Por Prudence —dijo Simon, y los demás se hicieron eco del brindis.

Pru se alegraba de que Nicholas mantuviera el brazo a su alrededor pues tenía ganas de llorar.

—Gracias —susurró—. Gracias, Bartholomew.

—Y se me ha ocurrido que, dado que mi hijo tiene una esposa tan excelente, debería tener una casa propia que compartir con ella. Así que, Nick, he decidido que esta casa, que Prudence ya ha convertido en un hogar acogedor, debe pertenecerte. —Echó mano a su bolsillo y sacó un pergamino doblado—. Aquí está la escritura, hijo. La he firmado hoy en tu favor.

—¡Dios mío! —Nicholas se levantó del sofá y tomó el documento que le entregaba su padre. Se detuvo a mirarlo un momento y agitó la cabeza. No podía creerlo—. No sé qué decir. Gracias. —La voz le temblaba a causa de la emoción. Estrechó la mano de su padre con firmeza—. Gracias, padre. Gracias.

Pru contuvo las lágrimas. Lo que había hecho Bartholomew era maravilloso. ¿Sería consciente de lo mucho que eso significaba? Siempre tendrían la seguridad de su casa, sucediera lo que sucediera con la fábrica de Nicholas.

Pru se puso en pie y anduvo hacia su suegro, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Gracias, señor. Es extremadamente amable y generoso.

Bartholomew hizo un gesto con la mano quitándole importancia a sus palabras.

—No es nada. Nick lleva aquí muchos más años que yo, es más su casa que la mía. Esto solo lo hace oficial.

—Bien hecho, señor —dijo Simon—. Creo que esto se merece otro brindis.

Y todos alzaron sus copas en honor a Bartholomew.

Nicholas y Pru volvieron al sofá y él le tomó las manos entre las suyas.

—Una cosa más, Nick —añadió Bartholomew, que aún seguía en pie—. Ahora que la casa te pertenece, creo que ha llegado el momento de que os deje a solas. Una pareja de recién casados no tiene por qué lidiar con un suegro como residente. Siento haber permanecido aquí tanto tiempo. Tengo intención de marcharme mañana o pasado.

—¿Vuelves a Derbyshire? —preguntó Pru lanzando una mirada a Flora, que estaba sonriendo. No pensaba que Flora fuera una de esas personas que se acostumbrara a la vida en el campo. La, en otros tiempos cortesana, era una mujer de ciudad.

—No, todavía no —respondió Bartholomew—. He vivido apartado de Londres durante tanto tiempo que ahora he descubierto que disfruto bastante de la vida en la ciudad. —Miró a Flora—. Más de lo que creía posible. De hecho, he decidido que voy a pasar más tiempo aquí. He encontrado una casita preciosa en Conduit Street. Es un poco más pequeña que esta y no tiene jardín trasero, pero me gusta mucho. De hecho, la he alquilado por una larga temporada.

—¿Otra casa en la ciudad, padre? Después de darnos esta, ¿te buscas otra?

—Creo que quiere tener algo de intimidad, Nicholas —dijo Pru sonriendo a su suegro.

—Bueno, pero sabes que podías haberte quedado con esta casa —insistió Nicholas—. Pru y yo podríamos haber ido a la casa más pequeña.

—No, vosotros necesitáis más espacio, hijo. Sobre todo cuando lleguen los

niños.

Pru sintió cómo se sonrojaba. Al menos esta vez se ruborizaba por el hecho de que podía suceder, no porque fuera algo imposible.

—¿No te sentirás muy solo en esa casa? —preguntó Eleanor.

—Estoy acostumbrado a estar solo —respondió Bartholomew—. He pasado los últimos quince años a solas y, francamente, estoy cansado de estar así. De todas formas, espero no estar solo siempre. —Miró durante un momento a Flora, que le sonreía.

No dijo nada más, y nadie preguntó a qué se refería. La mirada que le lanzó a Flora lo dejaba todo claro. Pru esperaba que Flora hiciera feliz al pobre hombre, ya que estaba loco por ella. Aunque su sonrisa dejaba entrever que lo haría.

Imagínate. Pru tendría a Flora como suegra. Se rió ante la idea y se dio cuenta de que el champán se le había subido a la cabeza.

Nick permanecía en el vestíbulo junto a Pru. Acababan de despedir a sus invitados. Su padre había acompañado a Flora a casa, y Nick sospechaba que no volvería.

—¡Menuda noche! —dijo agarrando a Pru del brazo y conduciéndola hacia las escaleras—. La cabeza me da vueltas y no es por culpa del champán. Primero los beneficios del Benjamin, después la escritura de la casa. ¿Puedes creerlo, Pru? Ahora la casa es nuestra. Nuestra. Estuve a punto de caerme de espaldas cuando padre lo anunció.

—Es excesivamente amable por su parte —dijo ella—. Un bonito gesto.

—Y su relación con Flora..., podría convertirse en mi madrastra, Pru. La famosa señora Gallagher. Está enamorado de ella por completo. Me pregunto si se casará con él.

—Yo también me lo he preguntado. Espero que no le rompa el corazón. Por su pasado y todo lo demás, ella nunca ha parecido ser el tipo de mujer que busca casarse.

—Y también debemos contar con que, en algún momento, debe haber habido un señor Gallagher.

Pru se detuvo en el rellano y lo miró fijamente.

—¡Cielo santo! Tienes razón. Es curioso, pero nunca lo había pensado.

—Supongo que se trataría de una locura de juventud antes de que su primer protector la sacase de Saint Giles. ¡Oh, Dios mío! ¿No pensarás que

aún está casada, verdad? ¿Será eso por lo que no puede casarse con mi padre?

—Oh, Nicholas, espero que no.

—Bueno, estoy seguro de que lo resolverán. Ella parece tenerle mucho cariño, ¿verdad?

—Sí, eso parece.

Nick entró al salón y apagó las velas. Cuando se volvió hacia la puerta estaba tan oscuro que no podía ver a Pru. ¡Dios santo! ¿No había huido a solas escaleras arriba, verdad? No esta noche. Esta noche no, por favor.

—¿Pru?

—Estoy aquí.

Alargó la mano hasta encontrar la de ella, entonces la atrajo hacia él y la rodeó con sus brazos.

—Pensé que habías salido corriendo.

—Nunca.

—Ah, Pru... —suspiró, y la besó.

La persuadió para separar los labios e introducir la lengua dentro de su boca, adentro, bien adentro, acariciándole a Pru la lengua y sus carnosos labios. Ella le acariciaba los hombros y él la estrechaba más fuerte, presionando las caderas sobre el vientre de ella. La ondulación de las caderas de Pru, una enloquecedora combinación de inocencia y deseo, hizo que Nick sintiera cómo una intensa oleada de ardor recorría todo su cuerpo.

Nick se apartó y apoyó su frente contra la de Pru.

—Ha sido una noche digna de celebrar.

—Sí.

—Me gustaría que la celebración no terminara aquí, Pru. Me gustaría hacerte el amor, pero solo si tú quieres.

Nick pudo sentir la sonrisa de Pru.

—Sí quiero.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Nicholas, cállate y...

La besó, la tomó de la mano y la condujo escaleras arriba.

Volvió a besarla cuando entraron en la habitación de Nick. Cuando él se dispuso a encender una vela, ella dijo:

—No, por favor.

—¿Prefieres estar a oscuras?

—Sí.

—¿Por vergüenza?

—Sí.

—Entonces será como tú desees, querida. Pero no tienes nada de lo que avergonzarte, ¿sabes? Eres una mujer bonita y atractiva.

Ella dio un pequeño resoplido que bien pudo ser una risa.

—¿No me crees? Pru, te has comportado como un ratoncito tímido y callado durante mucho tiempo, pero yo he descubierto tu verdadera personalidad. Eres una mujer bonita, apasionada, y muy atractiva. No puedes esconderte de mí más tiempo. Ni siquiera en la oscuridad.

Se desnudaron el uno al otro y él tomó su suave cuerpo desnudo contra el suyo y la besó con voracidad. Ella respondió de la misma manera. Pronto estableció un ritmo apasionado que, junto a la forma en que devoraba su lengua, ella entendió como preludio de lo que estaba por venir. De la misma forma, ella le succionó la lengua tímidamente y él sintió cómo subía su temperatura interior.

Estaba listo para explotar, para tomarla rápida y urgentemente y sofocar su deseo. Pero esta ocasión sería para ella. Quería hacerlo especial para ella, sobre todo después del dolor de la primera vez. No se apresuraría. Quería que Pru sintiera de forma completa el placer de hacer el amor.

La tumbó en la cama y se dispuso a amarla con las manos, sus labios y su lengua, utilizando para excitarla toda la destreza sexual que había desarrollado con los años. La oscuridad la hacía envalentonarse y Pru empezó tímidamente a explorar el cuerpo de Nick con sus manos, llevándolo hasta el borde de la locura.

Cuando apenas podía aguantar más se posicionó sobre ella, entre sus muslos.

—Ah, mi amor.

Deslizó las manos bajo su dulce y pequeño trasero, la levantó levemente y después, penetrándola de la forma más suave que le fue posible, se alivió dentro de ella. Sin barrera alguna, ella resultaba más acogedora y deslizarse en su interior, más placentero.

La sostenía mientras se movía a un ritmo lento, mostrándola con las manos cómo girar las caderas en sentido contrario al de sus embestidas. La respiración de Pru se volvió entrecortada y se agarró con fuerza a los

hombros de Nick, que pudo sentir cómo los músculos de su bella esposa se tensaban y ella empezaba a gemir levemente. Sabía que estaba cerca del clímax, pero no sabía cuánto exactamente, así que se contuvo haciendo un gran esfuerzo, con voluntad y determinación.

De repente, el cuerpo de Pru quedó inmóvil, cada uno de sus músculos se había tensado.

—Por favor —susurró—. Por favor, Nicholas.

Él aumentó el ritmo, moviéndose dentro de ella más deprisa, más rápido. Él la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—¡Nicholas! ¡Oh, Dios mío, Nicholas! ¡Oh! ¡Oh!

Siguió estrechándola mientras su cuerpo se sacudía contra el de él hasta que se estremeció una última vez y se quedó en calma. Fue solo entonces cuando él se dejó llevar, bombeando con fuerza hasta llegar al orgasmo.

Yacieron juntos, sofocados y jadeantes. Nick hundió el rostro en los suaves rizos que caían sobre el cuello de Pru. Levantó la cabeza, e incluso en la oscuridad pudo ver la expresión de asombro en su rostro; nunca había estado más bella.

Y en la oscuridad de su cuarto, un destello de luz cruzó su mente.

La amaba.

Nick se giró hacia su lado arrastrando a Pru con él. Ambos seguían abrazados. Él la miró a los ojos y sonrió. En ese momento, ella sintió que jamás lo había amado más. Se sentía tan embargada por la alegría que casi tenía ganas de llorar. Su sueño se había convertido en realidad, pero no se atrevió a hacerlo. Nick podría malinterpretar sus lágrimas y volvería a disculparse. Pru no podría soportarlo de nuevo.

Tiró de las sábanas para cubrirse con ellas. La besó suave y detenidamente, después se dio media vuelta y la atrajo hacia sí. La cabeza de Pru encajaba bastante bien en la curva de su hombro. Ella enrolló una de sus piernas sobre una de las de Nick y posó una mano sobre su pecho. En tan solo un momento se había quedado dormido.

¿Cómo podía hacerlo? No podía entender cómo alguien podía quedarse dormido después de una experiencia tan trascendental. En especial ahora que sabía por qué había querido más la última vez.

Porque había habido más, y había sido espectacular y, aunque un poco aterrador, totalmente inesperado. Tal poderosa tensión se había adueñado

de ella, que había sentido que iba a estallar en mil pedazos. Y así lo había hecho. Se había liberado y después había vuelto a componerse flotando en sus brazos con delicadeza.

Pru yacía junto a él bien despierta y pensó que ahora sí se sentía casada. Acurrucada contra Nicholas sentía que estaban unidos, que formaban una sola entidad de cuerpos y almas. Con total seguridad, aquel era el momento más feliz de su vida.

Él la había llamado «mi amor».

Dos días más tarde, Pru se sentía exasperada por haber organizado todo lo relacionado con las ganancias de Nicholas. Había estado tan ocupado equipando el almacén de Derbyshire para transformarlo en una fábrica que apenas lo veía. Excepto por las noches, cuando le hacía el amor de forma gloriosa. Y ahora, incluso eso tenía que sacrificarse.

—Tengo que marcharme, Pru —le dijo cuando fue a recogerla a El gabinete esa tarde—. Tengo que estar allí para asegurarme de que la planificación para ubicar el equipamiento se lleva a cabo correctamente. También tengo que hacer una visita a un fabricante en Manchester para examinar maquinaria y negociar su compra. Lo siento, pero tengo que irme.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó ella.

—Esta vez no más de quince días, pero me temo que este será el primero de muchos viajes, mi amor.

¿Dos semanas? ¿Cómo iba a soportarlo? Después de solo unas cuantas noches compartiendo cama, se había acostumbrado a quedarse dormida acurrucada contra él sintiendo su calor. Por mucho que le gustara su manera de hacerle el amor, Pru, como una tonta, a veces pensaba que lo mejor era el rato de después, cuando se sentía tan unida a Nicholas. Adoraba cuando la estrechaba contra él con su espalda sobre su pecho y encajaban sus cuerpos como si de dos cucharas se tratara. Rodeándola con el brazo y sintiendo su aliento sobre su cuello, a Pru la embargaba una felicidad completa. Ella siempre pensó que no sería capaz de quedarse dormida porque era plenamente consciente de su presencia. Pero sí lo fue y, de hecho, con frecuencia era el suave tacto de los labios de Nick sobre los suyos lo que la despertaba.

Dormir sola otra vez resultaría muy duro.

—Cuando Edwina regrese —dijo ella—, quizá pueda tomarme algún tiempo

de descanso en El gabinete y acompañarte en alguno de tus viajes.

—Eso me encantaría, Pru.

Se marchó al día siguiente. La intensidad del beso de despedida le abrasó el alma. Esperó a que se hubiera ido antes de romper a llorar.

Se mantuvo ocupada en El gabinete para no tener tiempo de pensar en lo mucho que echaba de menos a Nicholas. Era fácil mantenerse distraída durante el día, pero por las noches se sentía miserablemente sola. Ya ni siquiera tenía a Bartholomew para hacerle compañía; se había mudado a Conduit Street y parecía ser feliz allí.

Una semana después de la marcha de Nicholas, sucedió algo que mitigó un poco la soledad de Pru. Edwina regresó.

Pru jamás se había sorprendido más que aquella mañana cuando, al levantar la vista de su escritorio, vio a su amiga de pie junto a la puerta de su despacho. Dio un grito de alegría y se apresuró hacia Edwina, su nueva hermana, para darle un cálido abrazo.

Edwina, la mujer más bella que Pru conocía, estaba más hermosa que nunca con un vestido de manga larga de influencia francesa muy elegante.

—¡Pru! ¿Cuándo ha sucedido todo esto? —Hizo un gesto abarcando toda la oficina—. Esta mañana fui derecha hacia Golden Square esperando ponerme al día con lo que El gabinete había logrado durante mi ausencia. Imagínate cuál ha sido mi sorpresa al enterarme de que os habíais mudado a una oficina. ¡Es fantástico, Pru! Enséñame todo. ¿También trabajan aquí las damas de Crimson?

Pru estuvo más de una hora mostrándole la oficina a Edwina y explicándole la razón de cierta disposición en algunos casos. Edwina hizo algunas sugerencias para mejorar la distribución, pero en general estaba encantada y muy emocionada por tener tanto espacio.

—¿Y todo esto lo ha hecho padre? —preguntó Edwina.

—Sí, lo hizo todo él, pero la idea fue de Flora. Parece ser que le inculcó la idea.

—¿De Flora?

Pru sonrió.

—Tienes que ponerte al corriente de las nuevas noticias.

Edwina alzó las cejas.

—Ya veo. Será mejor que empecemos cuanto antes entonces. Quiero saberlo todo.

Se sentaron en el despacho de Pru y Madge les trajo una tetera. Tal y

como Pru había imaginado, lo que su amiga quiso saber en primer lugar fue cómo iba su matrimonio con Nicholas. Y Pru le contó todo, o casi todo. Le explicó cómo había acontecido todo de forma más detallada de lo que había hecho en sus cartas. Le contó lo amable que había sido Nicholas en cuanto a la forma de tratarla frente a su familia y cómo había fingido un romance y un supuesto matrimonio por amor.

—Se ha preocupado mucho de mi reputación —le explicó Pru— y de la reacción de mi familia ante el matrimonio. Se ha comportado de forma maravillosa a pesar de haberse visto emparentado con una familia mucho más noble de lo que a él le habría gustado.

—Podría sacudirte por eso, Pru. ¿Por qué en todos estos años no lo mencionaste nunca? Pensé que éramos amigas...

—Es algo que no tiene nada que ver con nuestra amistad. Nunca le di importancia y...

—Y temías que unos republicanos tan recalcitrantes pudieran despreciarte por ello.

Pru se encogió de hombros.

—Supongo que eso tendrá algo que ver con ello, pero solo en cierta parte. En su mayoría pienso que es algo que no tiene importancia, que me da igual.

—Nunca te habríamos despreciado, Pru. Y lo sabes. Tus ideales siempre han sido firmes, y tú y tu herencia sois dos cosas independientes. Eres un ser único, pero no predeterminado por tu nacimiento. Si quieres saber mi opinión, Nickie tiene suerte de tenerte.

—Yo soy la afortunada —la corrigió Pru, sonrojándose.

—Entonces, ¿sois felices juntos?

—Oh, sí.

Edwina dio un suspiro.

—Eso me alivia entonces. Le dije que presentaría su cabeza en una bandeja de plata si se atrevía a romperte el corazón.

Charlaron más acerca de la revista y Pru le contó la historia de Flora con su padre. Al contrario que su hermano, Edwina estaba encantada e intuía la buena pareja que hacían.

Cuando Flora llegó a la oficina, Edwina le dio un cálido abrazo y la sonrió encantada.

Antes de que Nicholas se marchara, había dispuesto que fuera su padre

quien pasara a recoger a Pru por las tardes para llevarla de vuelta a casa. Pero cuando Edwina anunció que se marchaba a visitar a su padre en su nueva casa en Londres, Pru decidió aprovechar la ocasión y ahorrarle el viaje a Bartholomew. Durante la última semana había estado trabajando hasta muy tarde y tenía todo al día, así que se permitió marcharse un poco antes de lo habitual.

Edwina la dejó en Golden Square y prometió verla a la mañana siguiente en la oficina.

—Estoy deseando volver al trabajo —le dijo Edwina—. Lo he echado mucho de menos.

Cuando Pru entró en la casa se detuvo en la mesa del vestíbulo a comprobar el correo. Se quitó el sombrero y subió las escaleras. Cuando llegó al rellano, le sobresaltó una voz familiar.

—¿Qué demonios has hecho, Pru?



Nunca en su vida había estado más furioso. Había estado a tan solo unas horas de firmar el contrato de compra de la primera entrega de maquinaria, entonces descubrió que lo habían engañado.

Nick quería agarrarla de los hombros y sacudirla hasta que le vibraran los dientes, pero mantuvo la distancia y se quedó frente a la chimenea, al otro lado de la habitación, mientras ella permanecía en la entrada del salón y lo miraba con los ojos abiertos, angustiada.

—¿Pensabas que no lo descubriría? ¿Tan estúpido me crees?

—¿Qué... quieres decir?

—Vamos, Pru, no te hagas la inocente conmigo. Sé lo que has hecho. Me has desafiado.

Ella no respondió, pero su silencio habló por ella. Sabía a qué se refería.

Entró despacio en la habitación con los brazos rígidos colgándole a los lados del cuerpo.

—Por favor, Nicholas, di... dime qué ha pasado.

—Que he descubierto tu treta, eso es lo que ha pasado. Deberías haber sabido que todos los días, religiosamente, reviso las noticias sobre las embarcaciones. ¿Creías que no obtendría el informe sobre el extravío del Benjamin?

—¡Oh, Dios!

—No ha habido beneficios. No ha habido ganancias. ¿Cómo podía haberlas si se perdió todo, Pru? Todo. Y aun así, he obtenido una gran suma de dinero por el cargamento perdido.

Se movió hasta situarse frente a ella haciendo un gran esfuerzo para no lanzarse a estrangularla.

—¿Por qué lo hiciste, Pru? ¿Por qué? Tuviste que tomarte muchas molestias para poner tu plan en acción. ¿Por qué? Sobre todo después de que una y otra vez rechazara tu dinero...

Pru se mordía el labio inferior. Lo miraba atenta, de forma imperturbable, con los ojos bien abiertos aunque vidriosos.

—Quería que lo tuvieras —dijo en voz baja.

—¿Incluso sabiendo que yo no lo quería?

—Lo necesitabas, y por eso me aseguré de que lo tuvieras. ¿Acaso está

mal eso?

—¿Mal? —Había alzado tanto la voz que casi podía decirse que estaba gritando. Además, gesticulaba con las manos haciendo alarde de su frustración—. ¡Dios mío, Pru! Lo hiciste a mis espaldas. Hiciste un trato privado con el agente de la embarcación para hacerme creer que el dinero provenía de él. ¿No pensaste que eso estaba mal?

—Esperaba que no lo descubrieras. —Hablaba tan bajo que tenía que aguzar el oído para oírla—. Lo siento mucho, Nicholas. Pero te juro que lo hice por tu bien.

Nick gruñó asqueado.

—Fuiste en contra de mi voluntad, me desafiaste, ¿y dices que lo hiciste por mi bien?

—Lo siento, Nicholas. De verdad que lo siento. —Alargó la mano haciendo ademán de tocarlo, pero lo pensó mejor y la bajó—. Tu historia sobre Alfie me conmovió, ¿sabes? Y también me hizo comprender mejor lo importante que es para ti el proyecto de Derby. Quise ayudarte para así poder ayudar a otros niños como Alfie. Solo quería que tuvieras el capital necesario para empezar con la fábrica.

—Me haré con mi propio capital, señora. No necesito el suyo.

Pru alzó la barbilla.

—Sí que lo necesitas. Sé que si continúas invirtiendo en empresas tan arriesgadas nunca conseguirás tu objetivo. De hecho, es más que probable que lo pierdas todo.

—¿Cómo te atreves, Pru? —Su voz desataba toda su furia e hizo todo lo que le fue posible para no agitarla más—. ¿Cómo te atreves a manipularme de esa forma? Te lo advierto, no lo consentiré. No lo consentiré.

Una poderosa emoción que él fue incapaz de identificar se agolpó en los ojos de Pru mientras las lágrimas amenazaban con precipitarse por sus mejillas. Aun así, le sostuvo la mirada.

—Nicholas —dijo suavemente—, lo hice para que pudieras hacer realidad tu sueño. Lo hice porque me importas.

Nick farfulló un gruñido de desdén.

—¿Cómo puedes decir que te importo cuando actúas en contra de mis expresos deseos? Eso no es importar, es engañar y manipular. Y eso me hace estar tan furioso que incluso podría retorcer tu pequeño y entrometido pescuezo.

De repente, Pru sintió que algo se rompía en su interior. Todo lo había

hecho por él. Y a él no le importaba.

Todos los años que lo había estado amando ciegamente parecían haberse venido abajo. Todas las pequeñas cosas que le molestaban sobre Nick y que ella había ignorado, justificado y excusado, de repente se habían manifestado de forma rotunda, mostrando lo fastidiosas que eran.

Estaba cansada de poner excusas, cansada de ignorar cada uno de sus defectos y flaquezas. Estaba cansada de su carácter, su impaciencia y su testarudez. Por mucho que lo amara, dudaba de querer vivir más tiempo soportando todo eso.

Apretó los puños y de repente la frustración y la decepción no pudieron contenerse por más tiempo. Las palabras brotaban de su interior y ella era incapaz de detenerlas.

—Llevo ya conviviendo algún tiempo con tu terco orgullo masculino — enunció en voz baja, vocalizando cada palabra detenida y deliberadamente — y nunca me he quejado. He permitido que mi gran afecto hacia ti, mi amor por ti, me hiciera obviar tus defectos y estar ciega ante tus debilidades. Siempre te he creído maravilloso, perfecto, y siempre he querido que tú sintieras por mí también algo parecido. Pero estoy cansada de intentar hacer que lo sientas. Cansada de hacerlo todo a tu manera. Cansada de que ignores mis sentimientos. Estoy... cansada.

Se detuvo para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. No le preocupaban las lágrimas en sus ojos, pues no se avergonzaba de ellas. Sin embargo, quería que sus palabras fueran del todo claras.

—Estoy tan cansada de intentar que me quieras, de hacer que me ames, que me he doblegado ante todos tus deseos. Muy a mi pesar he aprendido que eres un hombre muy egoísta, Nicholas, y que no tienes ninguna consideración con lo que los demás puedan querer. Deseaba que tuviéramos una casa propia, pero no me permitiste comprar una porque te preocupaba que pudieran pensar de ti que eras un cazafortunas. Solo ahora, gracias a la generosidad de tu padre, tenemos nuestro propio hogar.

—Yo nunca...

Pru alzó la mano.

—Por favor, déjame acabar. Sé que se supone que yo soy la calladita, pero me gustaría que me permitieras hablar.

—Muy bien, hazlo entonces. —Su boca tenía una expresión seria, tensa.

—Nunca te has preocupado por mis sentimientos, Nicholas. Sé que no

querías casarte conmigo, pero has disfrutado actuando como el perfecto caballero, el mártir, al hacer lo que era correcto. Pero no has sido un verdadero caballero puesto que nunca te has preocupado lo más mínimo de mis sentimientos.

—Pru, eso no es...

—Quería comprar una casa porque me encontraba muy incómoda aquí con tu padre. Por supuesto, no era culpa suya pues es un hombre amable y considerado. Pero tenerlo en nuestra casa, sin ser nuestra casa, tan poco tiempo después de nuestra boda, fue muy violento para mí. Nunca te preocupaste por lo incómodo que pudiera resultarme tener su habitación junto a la mía, observar su mirada inquisitiva cada día mientras se preguntaba si nuestro matrimonio estaba progresando, consciente de que él sabía que no compartíamos cama. Y estar preocupada porque estuviera escuchando cada noche para ver si lo hacíamos. Nunca te preocupaste por cómo me sentía. Preferías mantenerte firme en tu estúpido orgullo antes que permitirme comprar un poco de intimidad para los dos.

—Eso ya no es un problema —dijo mirándola exhaustivamente—. La casa es nuestra. No debería tener quejas, señora. Tiene lo que quería, ¿no es así?

—No, no lo es. Quería formar una verdadera pareja contigo, Nicholas, pero me alejaste de la parte más importante de tu vida. Siempre has hablado de tus sólidos principios republicanos, pero si realmente te aferraras a ellos, hubieras aceptado mi oferta para compartir recursos. Si fueses un verdadero republicano, hubieras empleado con gusto el dinero que te ofrecí para poder financiar tu gran sueño utópico. Dinero que planeaba utilizar para hacer realidad mi propio sueño, pero que te ofrecía de manera más que gustosa. Pero no, estás demasiado concentrado en ti mismo y eres demasiado orgulloso como para ser un verdadero republicano.

—Maldita sea, Pru, eso es mentira.

—¿Lo es? Te preocupa más tu papel de héroe dentro de la reforma social que la gente que podrá verse beneficiada por dicha reforma. Si esa gente y yo misma te importáramos, habrías utilizado mi dinero.

Tenía el rostro húmedo por las lágrimas, así que alzó la mano para enjugárselas.

—Estoy harta de tu estúpido orgullo, Nicholas. No creo que pueda soportarlo más. No creo que quiera vivir más tiempo con alguien incapaz de aceptar un regalo por amor.

Se dio media vuelta y salió de la habitación. Se apresuró escaleras arriba hasta su dormitorio, cerró de un portazo y se lanzó sobre la cama. Lloró y lloró. Lloró por su sueño de amor perdido, el sueño que, por algún tipo de milagro, había pensado que podía hacerse realidad. Lloró por haber sido tan tonta como para creer algo así. Lloró por darse cuenta al fin de que él jamás la amaría tanto como para compartir sus sueños con ella. Y lloró por el dolor de cabeza que amenazaba con apoderarse de ella y desesperarla.

Cuando hubo derramado todas las lágrimas posibles, se levantó y empacó algunas cosas en una caja de sombreros. Después se marchó de la casa.

Nick todavía estaba sentado en el salón cuando la oyó bajar las escaleras. Pru no se detuvo en el descansillo sino que continuó hasta la planta baja. Cuando oyó cómo se abría y cerraba la puerta, se levantó y fue a mirar por la ventana.

Pru caminaba hacia la plaza cargando una caja de sombreros. La observó mientras paraba un coche de caballos y se metía en él.

Lo había dejado.

Nick casi se alegraba, porque no tenía idea de cómo iba a poder mirarla a la cara otra vez, aunque quisiera hacerlo. ¿Cómo se había atrevido a decirle semejantes cosas? En primer lugar, lo había desafiado y engañado, y después, comportándose como una arpía, lo había recriminado. Pru le parecía una completa extraña. ¿Qué había sido de su dulce, tímida y callada esposa? ¿Qué había sido de la mujer de la que se había enamorado?

A pesar de su enfado, él todavía la amaba, pero había vuelto a casa para hacerle entender que él la quería bajo sus condiciones y no por la reinterpretación que ella hiciera de esas condiciones. Había estado dispuesto a reprenderla por haber sido tan tonta como para desafiarlo, pero una vez hubiera entendido que había obrado mal, se la habría llevado a la cama para demostrarle quién estaba al mando. Ella habría admitido que se había equivocado y las cosas hubieran vuelto a estar como estaban antes de haberse marchado a Derbyshire.

Pero ella no se había encogido ante su ira. Había permanecido erguida frente a él, e incluso lo había acusado de ser el culpable de todo. Después había empezado a arrojarle mentiras a la cara y se había marchado. Lo había arruinado todo.

¡Maldita sea!

Dio un puñetazo en la mesa de té que hizo que la parte superior se soltara y cayera tan rápido que estuvo a punto de golpearlo de lleno. El servicio de té se rompió retumbando en el suelo, haciendo que miles de fragmentos de porcelana se esparcieran alrededor. El resto de la mesa se tambaleó hasta que finalmente cayó sobre el parqué con gran estrépito.

¡Maldita sea ella!

El sonido de pisadas anunció la llegada de Lucy, quien se detuvo en la entrada boquiabierta y pálida al observar el desastre que reinaba en el salón.

—Señor, ¿está usted bien?

—Sí, sí. Haz lo que puedas para recoger todo este desorden, ¿quieres?

Nick se dirigió con dificultad hacia las escaleras. A veces, debido a su enfado, subía los escalones de dos en dos. Rápidamente se puso el abrigo, las botas y agarró un sombrero dispuesto a salir de casa. Iba a dar con una botella de buen coñac para bebérsela hasta el final y, después, empezar con otra.

¡Maldita sea ella!

A la mañana siguiente, temprano, Pru se dirigió hacia El gabinete; era la primera en llegar. No había podido dormir aunque su vieja cama en la casa de su padre le había resultado mullida, cómoda y acogedora. La tarde anterior, cuando fue a casa de su padre, se encontró con que no había nadie. Por ello, el ama de llaves se alegró de poder arreglar la habitación de Pru y enviarle una tetera y un trozo de pastel de carne frío. Pero Pru no tenía apetito y se encontraba tan vacía por dentro que no podría haber probado bocado. Se había limitado a acurrucarse en el sillón que había junto a la ventana donde antiguamente había pasado tanto tiempo fantaseando y soñando historias de amor propias de jovencitas.

Pero sus sueños se habían desvanecido y ahora reflexionaba cómo iba a seguir adelante y cómo iba a soportar la vida sin Nicholas.

Esa noche, al llegar a casa, sus hermanos tuvieron la suficiente consideración de dejarla a solas. Solo su padre había pasado por su cuarto para ver cómo se encontraba. Apenas hablaron, pero la sorprendió al estrecharla entre sus brazos para que se aliviara llorando. No la había abrazado así desde que era una niña.

—¿Tengo que matarlo, Prudie? —le preguntó utilizando el apodo que solo

William empleaba de vez en cuando—. ¿Romperle las piernas o los brazos? ¿Quizá abrirle la cabeza?

—No —le había respondido ella con la sonrisa que él, intencionadamente, había logrado que esbozara—. Lo amo, papá.

—Ah. Entonces, ¿qué debo hacer?

—No lo sé. Supongo que rezar y esperar.

—¿Para qué? ¿Para que venga a buscarte?

—Para que entre en razón. Para que se dé cuenta de que su terco orgullo masculino es estúpido. Para que se dé cuenta de lo mucho que lo quiero y que no me odie por lo que hice y lo que dije. Y para que, quizás algún día, el también me quiera.

—¿Y mientras tanto?

—Esperaré.

Pru no sabía cuánto tiempo tendría que esperar. Sabía que Nicholas estaba igual de furioso que ella, aunque ella había disipado parte de su rabia con el llanto. Más que nada, ahora estaba atónita por haberle dicho cosas tan odiosas a pesar de que fueran ciertas. No sabía de dónde había sacado el coraje, o la estupidez, para hacerle tantos reproches. En toda su vida jamás había hablado tan duramente a nadie.

Suponía que era lo que sucedía cuando los sentimientos estaban en juego. El amor y el dolor se sobreponían a la razón y la lógica. Lo había amado tanto y desde hacía tanto tiempo que, cuando había descargado su ira contra ella sin detenerse a considerar el motivo del engaño, la desilusión la hirió en lo más profundo de su ser. Y de esa herida brotaron libres sus palabras.

No sabía si sería capaz de mirarlo a la cara si alguna vez volvía a verlo. Suponía que tendría que disculparse, pero solo por haber dicho en voz alta lo que sentía, no por sentirlo. Ella aún creía que todo lo que le había dicho era verdad. Él era culpable de todas las cosas de las que lo había acusado y aun así, Dios la ayudara, todavía lo amaba. Ya no le importaba que no fuera perfecto. Solo deseaba que pensara en ella de vez en cuando y no solo en sí mismo. Quería compartirlo todo con él, incluidos sus sueños. Quería que le permitiera ser su socia, su compañera. ¿Era mucho pedir?

Pru intentó sacárselo de la cabeza y se puso a trabajar en las últimas páginas de prueba. Edwina entró en la oficina brincando esa mañana.

—Ya estoy aquí —anunció al llegar a la puerta del despacho de Pru—. Estoy deseando volver al trabajo. ¿Dónde he...? ¡Dios mío, Pru! Tienes una

cara horrible. ¿Qué demonios ha pasado?

Pru alzó la vista hacia Edwina, que se parecía tanto a su hermano, y rompió a llorar.

Nick deambulaba por el salón intentando ignorar el martilleo que sentía en la cabeza. La noche anterior había bebido demasiado coñac, pero no había conseguido aliviar el dolor de su corazón. De hecho, cuanto más bebía, más sensiblero y sentimental se volvía.

Él quería estar enfadado, imaldita sea! Quería regodearse en su ira, deleitarse en su fulgor y disfrutar de ella. Pero no la había disfrutado en absoluto. Por el contrario, le había hecho sentirse miserable, especialmente cuando se había repuesto de los estragos del alcohol. Había descubierto, para su consternación, que quería retractarse de casi todo lo que había dicho. Porque tan solo una cosa importaba por encima de todo lo demás.

Lo había abandonado. Y no estaba seguro de poder soportarlo.

Esa mañana (¿o era ya mediodía?) el dolor de su corazón era aún más fuerte porque había dormido en su cama solo, la misma cama en la que había compartido tanta pasión y gozo con Pru.

Suponía, considerando todo lo que le había dicho, que tenía una buena razón para marcharse. Pero ¡idiablos!, él estaba en posesión de la razón. Él había sido el engañado, y no merecía un juicio tan duro por parte de ella. Aun así, eran las palabras de Pru las que resonaban en su cabeza mientras deambulaba. Esas palabras lo azotaban como si de un millar de látigos se tratara. Egoísta. Testarudo. Desconsiderado. Orgullosos. Caballero de pacotilla. Falso republicano.

Sin embargo, una de las cosas que dijo Pru fue, en concreto, la que le partió el corazón en mil pedazos.

Lo había hecho porque lo amaba.

Y siendo tan estúpido como era, había despreciado ese amor, arrojándoselo a la cara.

Pero él no lo sabía. No sabía que lo amaba. Después de todo, ella se había visto obligada a contraer matrimonio en contra de su voluntad al igual que él. Hasta hacía bien poco, Nick pensaba que la idea de su matrimonio con él no le resultaba nada tentadora. Pero saber que lo amaba, o que una vez lo había amado, le había revuelto las entrañas.

¿Cómo era posible que dos personas que se amaban hubieran podido

echar a perder su matrimonio?

Caminaba de un lado a otro, de arriba abajo, considerando todo lo que se habían dicho. En un momento se había convencido de que él llevaba la razón y que ella había reaccionado de forma exagerada. Al momento siguiente pensaba que era ella la que había estado en lo cierto y era él quien era un canalla.

Y no paraba de preguntarse adónde habría ido.

No estaba seguro de cuánto tiempo había estado deambulando por el salón cuando oyó que la puerta principal se abría. Agitó la cabeza. ¿Había vuelto?

Escuchó la voz de Lucy y la de otra mujer. ¿Era Pru? Permaneció en pie y esperó. No sabía qué podría decirle. Una parte de él quería estrecharla entre sus brazos y olvidarse de todo lo que había pasado. Por lo menos podrían hablar del tema e intentar reparar el daño causado a su relación. Por lo menos había vuelto a casa, no lo había dejado por su bien. Siguió el sonido de las pisadas sobre la escalera y esperó hasta que llegara al descansillo. El corazón le latía con fuerza. Ella ya estaba casi allí.

—¡Nickie!

Dejó escapar un gruñido de frustración y sus hombros se vinieron abajo mientras la ansiedad daba paso a la decepción.

—Vaya, no es este el recibimiento que me esperaba.

Edwina entró en la habitación. Él la observó por un momento intentando despejar su mente. No era Pru. Pero ¿cómo podía ser Edwina si aún estaba en Francia? No la había visto desde hacía cinco meses.

Pero realmente era su hermana, así que recorrió la habitación para darle un abrazo.

—Ed, siento haberte dado un recibimiento tan horroroso. Esperaba... a otra persona. —Se apartó de ella para mirarla. Estaba más guapa que nunca—. ¿Cuándo has vuelto?

—Anteayer. —Se retiró y frunció el ceño—. ¡Por Dios, Nickie! Estás horrible. Al igual que Pru, por cierto.

—¿La has visto?

—Está en El gabinete.

—¿Sabes dónde ha pasado la noche? —le preguntó, ansioso de repente por saber si Pru estaba a salvo—. ¿Estuvo en tu casa, Ed?

—No, ha vuelto a casa de su padre.

—¡Oh, Dios! —Se pasó la mano por el pelo—. He armado un buen lío, Ed.

—Ven y siéntate, Nickie. Cuéntame lo que ha pasado. La vi ayer, ¿sabes? Estaba bien. De hecho, se la veía radiante de felicidad. Pero hoy se encontraba abatida y no ha querido contarme qué le sucedía. ¿Qué demonios has hecho?

Y él se lo contó. Le repitió las crueles palabras que le había dicho a Pru y todas las acusaciones que ella había vertido sobre él.

—¿Crees que Pru tiene razón, Ed? Yo creo que sí. De lo contrario no se habría marchado. Pero ¿tiene razón con respecto a mí? ¿Soy tan egoísta? ¿Soy tan desconsiderado?

Edwina suspiró.

—Recordarás que tuve un enfrentamiento parecido con Anthony.

Nick suspiró.

—Sí, y también fue por mi culpa. Soy un experto en propiciar este tipo de situaciones, ¿verdad?

Ella alargó la mano y dio unas palmaditas en la mano de su hermano.

—No, no fue culpa tuya, pero Anthony me acusó a mí de las mismas cosas. ¿Recuerdas cuando te lo conté?

—Sí, fue cuando decidiste renunciar a El gabinete.

—Él me dijo que era una arrogante por creer saber lo que los pobres necesitaban. Me dijo que era una mujer privilegiada jugando a la reforma con el fin de sentirme orgullosa e importante. Me dijo que hablaba mucho, pero que nunca actuaba. Y me convencí a mí misma de que él tenía razón. Eso fue cuando empecé mi trabajo en Saint Giles y Seven Dials. Enfrentarme a diario con aquellas pobres mujeres me hizo poner los pies en la tierra y reconsiderar mis nobles ideales.

—¿Así que piensas que él y Pru tienen razón? ¿Somos entonces unos republicanos de boquilla? ¿Somos republicanos en ideas pero no en hechos? Yo procuro actuar, hacer algo grande. Lo estoy intentando. Pero no es simple idealismo por el mero hecho de no haber logrado el éxito todavía. ¿No es cierto?

—Debes quedarte con lo que Pru te dijo y reflexionar sobre ello con el corazón, Nickie. Debes decidir por ti mismo si ella estaba diciendo la verdad. Pero lo que sí es cierto es que tus ideales son reales, verdaderos y sinceros. Debes aferrarte a ellos, y si alguna vez esperas ver un mundo mejor, debes seguir actuando con respecto a ellos siempre que puedas.

—Actuar con respecto a ellos. —Nick agitó la cabeza—. En cuanto a eso,

estoy en un dilema, Ed. Una vez que descubrí el engaño de Pru, no seguí adelante con la compra en Manchester. Todavía tengo su dinero. ¿Qué debo hacer? ¿Debería guardarlo y seguir con mis planes después de todo? ¿Sería eso lo que Pru querría?

—¿Es eso lo que tú quieres?

—No lo sé, Ed. —Había alzado la voz debido a su frustración, e hizo un esfuerzo por recomponerse—. Todo esto ha sucedido tan deprisa que no he tenido tiempo de considerar qué es lo que quiero. Si te digo la verdad, ni siquiera puedo pensar en la maldita fábrica. En lo único que puedo pensar ahora es que Pru dijo que lo hizo por amor. Y, ¡maldita sea!, le desprecié ese amor en su propia cara. Un amor que yo no esperaba. Un amor que verdaderamente no merezco. Un amor que, ahora descubro, deseo con desesperación.

—¿Te has enamorado de ella, Nickie?

Él esbozó una sonrisa amarga.

—¿No es gracioso? Una mujer con la que nunca quise casarme. Una mujer en la que jamás había reparado. Una mujer perteneciente a una clase social que siempre he detestado. Y la amo.

—Oh, Nickie. —Le acarició el brazo suavemente.

—Y no quiero vivir sin ella, Ed.

—Entonces, ¿por qué no vas a casa de su padre y se lo dices?

Nick agitó la cabeza.

—No creo que eso fuera suficiente. Sería demasiado fácil. ¡Diablos! Dudo que ella me crea después de todas las cosas horribles que le dije.

—Entonces debes demostrárselo. Debes demostrarle que la amas.

—¿Cómo?

Edwina sonrió.

—Ya se te ocurrirá algo.



Dos días más tarde a Nick seguía sin ocurrírsele nada. Cuando uno de los lacayos de lord Henry había llegado a recoger las cosas de Pru acompañado de una criada, se sumió en la desesperación y la confusión. No obstante, había concluido que lo mejor para los dos era permanecer un tiempo separados. Ambos se habían dejado llevar por la ira y los dos necesitaban dejar que las cosas se enfriaran. Unos días a solas habían hecho que Nick retomara la perspectiva. Había llegado a la conclusión de que muchas de las cosas que Pru había dicho eran ciertas, sobre todo en lo relacionado con su falta de consideración hacia ella. Y estaba avergonzado por ello.

Sin embargo, no había llegado todavía a ninguna conclusión sobre el dinero. Deseaba poder aceptar la idea de Pru de que, si él de verdad se preocupase por el proyecto y por la gente que podría llegar a ayudar, tomaría el dinero. Pero por su vida que era incapaz de dejar a un lado su orgullo y aceptarlo. Suponía que era el mayor de sus defectos, pues era el único que no podía vencer.

Había pasado la tarde con Simon compadeciéndose por el lío que había armado en su matrimonio a la vez que se había sometido estoicamente a la reprimenda de su amigo. El romántico Simon jamás podría entender cómo había sido capaz de rechazar la fortuna de Pru tras habérsela ofrecido y mucho menos después de lo lejos que había llegado para hacer que él tuviera ese dinero.

—Fue un acto de amor desinteresado —dijo agitando la cabeza a modo de desaprobación—. Debes haberle hecho mucho daño al rechazar el dinero. En verdad, no sé cómo has podido ser tan cruel. Debería darte vergüenza.

Cuando Nick alzó la vista y se encontró con que Eleanor estaba apoyada en el quicio de la puerta mirándolo con el ceño fruncido, creyó tener suficiente y se marchó. No necesitaba oír más. Lo había entendido. Era un tipo arrogante y egoísta. Muy bien, lo admitía. Pero ¿cómo iba a solucionar las cosas? Pru se merecía algo más que una simple disculpa.

Después de marcharse de la casa de Simon fue a una taberna con uno de sus colegas del club Scottish Martyrs y procedió seriamente a emborracharse de nuevo.

Cuando regresó a horas intempestivas a Golden Square, iba

tambaleándose por el pasillo, sintiéndose nostálgico y taciturno. La soledad de la casa reflejaba la soledad que sentía en su interior. Pru solo había estado allí dos meses, pero la casa parecía estar vacía sin ella. La echaba de menos. Echaba de menos su presencia, su música, su suave voz, su manera de sonrojarse, la forma en que se acurrucaba contra él por las noches. Echaba de menos su rostro. Era extraño lo querida y preciada que se había vuelto para él en tan poco tiempo. No se había dado cuenta de lo mucho que la apreciaba hasta que no se hubo marchado.

Después de todo, quizá había llegado el momento de ir a llamar a la puerta de lord Henry y pedirle que regresara, que volviera a casa.

Con cierta dificultad, Nick se las arregló para encender la vela de la mesa del vestíbulo. Fue entonces cuando vio el paquete y se le cortó la respiración. Era el mismo tipo de paquete que había recibido de parte del señor Cracken, el mismo que contenía el cheque de las falsas ganancias.

Sacudió la cabeza con el fin de despejarse. Cuando abrió los ojos, el paquete todavía estaba allí. Durante un momento había pensado que era el mismo que Pru había manipulado y después había sido enviado por Cracken, pero su lento cerebro llegó a la conclusión de que no podía ser el mismo. Nick todavía tenía el otro en su dormitorio esperando a que decidiera qué hacer con él.

Al romper el sello los dedos le temblaban y gritó al ver que un cheque caía sobre la mesa. Lo recogió con cuidado. El importe superaba en un cincuenta por ciento el cheque de Pru. Era una cantidad pasmosa. Sacó el documento que acompañaba al cheque y vio que era un recibo con su participación de cargamento a bordo del Resolution, el segundo barco en el que había invertido a través de Cracken, que había sido entregado en Ámsterdam.

¿Podría tratarse de un nuevo engaño de Pru? ¿Uno que hubiera tramado antes de marcharse? ¿Podría tener tanto dinero como para financiar dos de sus inversiones fallidas? Se sentía demasiado aturdido por la bebida como para poder pensar en ello en aquel momento. Necesitaba tener la mente despejada. No decidiría lo que hacer hasta que hubiera visitado a Cracken, que sería lo primero que haría a la mañana siguiente.

El resultado de aquella visita fue que Nick descubrió que los beneficios eran legítimos. El Resolution había entregado un cargamento de azúcar que había cosechado inesperadamente grandes beneficios debido a la pérdida

de la misma mercancía a bordo del Benjamin. Pru no tenía nada que ver con eso.

Después de todo, no habría hecho falta que ella hubiera sacrificado su dinero. Nick ahora tenía más que suficiente para abordar su proyecto. Debería estar eufórico, pero era una victoria un tanto agri dulce. Su primer pensamiento fue regresar a Derbyshire enseguida y retomar la compra de la maquinaria y las obras de reacondicionamiento. Podría reanudar los planes para la fábrica sin más demora, pero fue entonces cuando recordó las palabras de Edwina.

Debes demostrarle que la amas.

Nick no regresó a Derbyshire. Por el contrario, se dispuso a poner otro plan en acción.

—Pareces exhausta, Pru. Deberías marcharte a casa.

A casa. Pero ya no estaba segura de dónde se encontraba su hogar. Ya no se sentía en casa en la residencia de su padre, a pesar de haber vivido allí durante veintisiete años y tres meses. Era extraño, pero solo sentía la casa de Golden Square como su hogar, aunque solo hubiera vivido allí dos meses.

Porque allí era donde había hecho realidad su sueño.

—Todavía me quedan unas cuantas páginas por revisar, Edwina, y también tengo que actualizar la lista de suscripciones.

—Estoy preocupada por ti. —Edwina permanecía en pie en la puerta del despacho de Pru apoyada contra la jamba. No había cesado de mirarla con preocupación en toda la semana, cosa que había hecho que Pru se sintiera muy cohibida—. Se te ve tan cansada...

Pru era consciente de su aspecto demacrado. Se miraba de vez en cuando al espejo.

—No he dormido muy bien últimamente.

—No lo dudo. Volverá a ti, estoy segura.

Pru la miró de repente, sus ojos estaban llenos de ansiedad.

—¿Te ha dicho algo?

—No, nada en concreto. Sé que quería tener algún tiempo a solas para dejar que se le pasara el enfado y ya lo ha tenido, Pru. Ahora se siente más miserable que furioso.

Entonces, ¿por qué no había vuelto con ella? Pru había estado rezando

para que Nicholas fuera a casa de su padre a pedirle que volviera con él, pero no lo había hecho. Ya había pasado más de una semana y aún no se había puesto en contacto con ella. Le había dicho cosas horribles y quizá por eso no quería volver a verla jamás.

—Debería haberme callado, haber actuado como un ratoncito silencioso y no haberle dicho lo que pensaba —dijo ella—. No sé lo que me pasó.

—Necesitabas decirle cómo te sentías, Pru. Si no lo hubieras hecho, habrías seguido albergando más y más resentimiento hasta el punto de haberlo despreciado. Y mucho más que eso, Nickie necesitaba escuchar esas palabras. Necesitaba verse a sí mismo a través de tus ojos.

—No me gustó tener que pronunciar aquellas palabras más de lo que a él le gustó oírlas. Hicieron que nos separáramos justo cuando...

—Si te consuela saberlo, él se siente de la misma forma.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué no ha venido a verte? No lo sé, Pru. ¿Quieres que vuelva?

Naturalmente que quería. Lo amaba, pero en cierta forma había enloquecido un poco cuando se enfadó tanto con ella. Ya en la primera noche que pasó en casa de su padre supo que no podría soportar vivir sin él. Llevaba amándolo demasiado tiempo como para pensar mal de él. Sin embargo, había descubierto que amar a un hombre imperfecto, humano, era una experiencia mucho más enriquecedora que amar a un ser idealizado. De hecho, había aprendido que el amor podía ser algo terrible.

Pero lo amaba y aun así lo había apartado de su lado, y parecía que nunca iba a volver con ella. A pesar de su estúpido orgullo, su testarudez y todo lo demás, él seguía siendo su sueño, su camino a la felicidad. Y habiendo probado ya ese sueño sabía que sería capaz de dar cualquier cosa con tal de recuperarlo.

—¿Pru?

—Sí. Sí quiero que vuelva. ¿Debería...? ¿Crees que debería dejar de esperar a que viniera y ser yo la que fuera a buscarlo? —Ni siquiera estaba segura de tener el suficiente valor para hacerlo si llegaba el caso, pero Nick era muy orgulloso y era probable que no quisiera ser él quien diera el primer paso. Así que dependía de Pru el hacer lo que debía hacerse si quería salvar su matrimonio—. ¿Debería ir a buscarlo?

—Eso depende de ti, Pru.

—Creo que debería. ¡Maldita sea! Estoy siendo tan cabezota como él. Voy a ir a buscarlo.

—¿De verdad?

—Sí. —Ahora que lo había decidido, no quería dejarlo para otro momento. Ya había dejado pasar una semana—. Ahora mismo. Enseguida. —Se levantó de su escritorio.

Edwina se giró al escuchar el sonido de la puerta de entrada al abrirse, después miró a Pru y sonrió.

—No creo que sea necesario. —Y se marchó.

Un momento después, Nicholas se encontraba en el mismo sitio, más guapo que nunca si no fuera por el ceño fruncido que sostenía. A Pru el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Hola, Pru.

—Nicholas...

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. ¿Y... tú? —Qué tontos parecían siendo tan poco espontáneos y formales.

—Estoy bien —dijo él, y después hizo una pausa antes de volver a hablar. Parecía algo nervioso—. Me preguntaba si podrías dedicarme algún tiempo, un rato. Quizá una media hora.

—Naturalmente. —Al final había venido a verla, así que quizá Pru no debía mencionar que acababa de decidir ir a buscarlo—. Ven y siéntate.

—No. Necesito que vengas conmigo.

Pru tenía el pulso tan acelerado que podía sentir el latido de la sangre en sus oídos. ¿Quería que volviera a casa?

—¿Ir contigo adónde?

—Tengo un carruaje esperando fuera. Quiero enseñarte algo. No tardaremos mucho.

Ella dudó, pero solo porque estaba nerviosa e inquieta, y Nick malinterpretó su silencio.

—Por favor, Pru. Por favor.

—Está bien. Déjame coger mi sombrero.

Hablaron muy poco durante el trayecto. Él le preguntó por su familia. Ella se interesó por Lucy y la señora Gibb. Nick no la había tocado excepto cuando la había ayudado a subir al carruaje.

Pru estaba tan tensa y nerviosa que no había prestado atención alguna al recorrido efectuado. Cuando el carruaje se detuvo, no tenía idea de dónde estaban. Nicholas se bajó del transporte dando un salto y le ofreció la mano

para bajar. Ella la tomó y pisó el pavimento frente al familiar edificio de ladrillo en Clerkenwell.

El edificio de su escuela.

Se giró hacia Nicholas, que aún sostenía su mano, y alzó las cejas a modo de interrogación.

—Ven —le pidió él.

La llevó de la mano por el caminito que conducía hasta la entrada con el precioso tragaluz de tracería. A la izquierda de la entrada colgaba una reluciente placa grabada.

«Escuela de música Prudence Armitage Parrish.»

La sorpresa le hizo dar un grito y llevarse la mano a la boca. ¿Era cierto? Pru intentaba sofocar el palpitar de esperanza que sentía en el pecho. Se volvió hacia él.

—¿Nicholas? —Su voz era un susurro ahogado—. ¿Qué es esto?

Le tomó la otra mano para poder tener ambas.

—Abandonaste tu sueño por mí —dijo él— y eso no estuvo bien. Tus sueños son tan importantes como los míos. De hecho, más importantes porque, para mí, tú eres lo más importante.

—¡Oh! —Apenas podía hablar.

—Te tengo mucho aprecio, Pru, y te he hecho daño de muchas formas. Más de las que me habría gustado. Pero espero que me des otra oportunidad. Todo lo que dijiste era cierto, pero te amo lo suficiente como para intentar cambiar.

—¿Me amas? —Su voz resurgió en un chillido.

—Con todo mi corazón. Espero que aceptes la escuela como regalo, como prueba de mi amor por ti y no me lo desprecies en la cara como yo hice contigo.

Pru contuvo un sollozo y arrojó los brazos alrededor del cuello de Nick. ¡La amaba!

—¡Oh, Nicholas!

Él esbozó una amplia sonrisa y la estrechó con fuerza.

—¿Eso significa que sí? ¿Aceptas la escuela?

—Sí, oh, sí.

—¿Y me perdonas? ¿Me darás una segunda oportunidad? ¿Volverás a casa, amor mío?

—¡Sí, sí y sí!

Pru le llenó la cara de besos haciendo caso omiso de la gente que

caminaba a su alrededor y los carruajes que pasaban cerca. No le importaba quién los mirara, no sintió el menor atisbo de vergüenza. Ni siquiera cuando le robó un beso largo y apasionado.

Cuando Nick se apartó y le sonrió, Pru le dijo:

—Pero ¿cómo has podido comprar la escuela, Nicholas? ¿Has utilizado el dinero que te di?

—Eso no habría sido un regalo, ¿no crees?

—Entonces, ¿cómo?

Nick sonrió.

—Mi otro barco llegó a buen puerto.

—¿Tu otro barco?

—Invertí en dos barcos cargueros con destino a Ámsterdam. El Benjamin se perdió, pero el Resolution y su cargamento han dado unas ganancias superiores a las que jamás hubiera imaginado. Nosotros, querida esposa y socia, hemos obtenido un beneficio considerable, así que decidí darle a tu dinero buen uso.

—Pero ¿qué hay del proyecto en Derby?

—Tengo suficiente para empezar con el dinero que me diste y también con un poco del Resolution.

Ella lo miró, atónita.

—Nicholas, ¿vas a usar mi dinero?

—Lo he estado pensando mucho durante esta semana y he llegado a una conclusión, Pru. Si me amas lo suficiente como para ofrecermelo tu dinero, yo te amo lo suficiente como para aceptarlo.

—¡Oh, Nicholas! —Pru hundió el rostro en la corbata de Nick, embargada por la emoción.

—Dijiste que no te había permitido ser una verdadera compañera, una socia —recordó Nicholas—, y tenías razón. Pero sí quiero que seas mi socia, Pru. En todo y en todos los sentidos.

Pru alzó la vista y lo observó.

—¿A pesar de no ser la mujer que hubieras elegido para ser tu esposa?

Nick cerró los ojos un instante. Una expresión de dolor ensombreció su frente.

—Así es —dijo por fin, agarrando la mano que ella había posado sobre su pecho—. No te habría elegido como esposa, pero la fortuna me ha sonreído inmerecidamente y me ha dado por esposa a una mujer más valiosa y

perfecta que cualquier otra que hubiera podido encontrar, aunque hubiera buscado en el mundo entero.

—¡Oh, Nicholas! —Contuvo las lágrimas rogándole al cielo no derretirse a sus pies por la felicidad que sentía. Gracias a Dios, él la sostenía entre sus brazos y la estrechaba con fuerza.

—Ojalá —prosiguió él— pudiera retirar todas las cosas horribles que te dije. Me gustaría borrarlo todo y olvidar lo que ha pasado.

Pru inclinó la cabeza y lo miró.

—No, creo que no deberíamos olvidarlo. Ambos hemos aprendido mucho sobre el otro y sobre nosotros mismos. Y sin duda cada uno ha sabido sacar lo mejor de ello. Nuestro matrimonio, nuestra sociedad, se beneficiará de eso, porque se ha puesto a prueba y ha sobrevivido.

—Porque nos amamos.

—Sí.

Volvió a estrecharla entre sus brazos, después la soltó.

—Pero aún hay algo más. Algo que compré con mi dinero antes de que se convirtiera en nuestro dinero. —Le tomó la mano y le sacó del dedo el sello que llevaba anudado con una cinta y que ella había seguido llevando incluso después de dejarlo. Después, se llevó la mano al bolsillo y sacó un anillo nuevo. Un precioso zafiro engarzado en oro.

—Nuestro matrimonio tuvo un comienzo bastante adverso —dijo él—, pero espero que podamos empezar de nuevo. Y este anillo será el símbolo de un nuevo amor y una vida juntos.

Deslizó el anillo por el dedo de Pru y se llevó la mano a los labios.

—Esta vez es el anillo adecuado y también es una unión por amor. La amo, señora Parrish.

—Y yo lo amo a usted, señor Parrish.

Al pasar, los peatones chascaban la lengua o sonreían indulgentes al verse obligados a rodear a la desvergonzada pareja de jóvenes que daba semejante espectáculo en medio de la calle a plena luz del día.